

ELEGIAS

DE

VARONES ILUSTRES DE INDIAS,

COMPUESTAS

POR JUAN DE CASTELLANOS.

SEGUNDA PARTE.

DEDICATORIA

A la majestad del rey don Felipe, nuestro señor.

Columna de la religion cristiana,
De católica fe firme sustento,
Aquestas mis elegias os presento,
Monumentos de gente castellana.

La vena que es estéril poco mana,
Pero como, Señor, le deis aliento,
Podrá la poquedad de mi talento
Servir á majestad tan soberana.

Esta segunda parte se publica,
La cual sobre real favor estriba
Como cosa que tanto le conviene.

El don es pobre, la voluntad rica;
Esta, Rey soberano, se reciba
Por ser de quien ofrece cuanto tiene.

CENSURA DE DON ALONSO DE ERCILLA.

Yo he visto este libro, y en él no hallo cosa mal sonante ni contra buenas costumbres; y en lo que toca á la historia, la tengo por verdadera, por ver fielmente escritas muchas cosas y particularidades que yo vi y entendí en aquella tierra, al tiempo que pasé y estuve en ella: por

donde infiero que va el autor muy arrimado á la verdad, y son guerras y acaceimientos que hasta ahora no las he visto escritas por otro autor, y que algunos holgarán de saberlas.

DON ALONSO DE ERCILLA.

ELOGIOS DE LA OBRA POR VARIOS INGENIOS.

*Domini MICHAELIS D'ESPEJO, præfecti ararii ecclesiastici
Sanctæ-Ædei novi regni.*

Unus erat quondam notus mortalibus orbis,
Unus et in mundo tunc quoque Phebus erat.
Alter ab Hispanis cum sit superatus athletæ
Alterius Phebi convenit esse jubar:
Ut videant omnes magnorum facta virorum,
Caecis in tenebris quæ latuere diu.
Hoc lumen clarum, quo possis cernere gestas,
Dat Castellanos, lector amice, tibi.
Si tamen est aliquid discriminis inter utrumque,
Iste secundus erit, si fuit ille prior.

De Hierónimo Galvez.

SONETO.

Brazos de los insignes castellanos,
Engrandeciendo mas honra ganada,
Llegaron con los filos de la espada
Do no llegaron griegos ni romanos.
Pues navegando mares oceanos
Por donde no halló nacioa entrada,
Han dado monarquia prosperada
Al mejor rey de todos los humanos.
Estaban sus proezas en los pechos
Del olvido por falta de escriptura,
Mas vos las dais al siglo venidero.
Dais, Castellanos, castellanos hechos:
¿Que mayor bien, ni qué mayor ventura,
Que teneros á vos por pregonero?

De Juan Ciberio de Vena.

AL LECTOR.

Valor de castellanos ha triunfado
De todas las indómitas naciones,
Y en cualesquier honrosas ocasiones
Su lanza satisfizo su cuidado.
Y Castellanos es quien ha cantado
Sus proezas sin uso de ficciones,
Porque las flores de sus guarniciones
Salieron de la tela del brocado.
Y así, lector, vereis pura sustancia
De verdades y cosas tan estrañas,
Que ninguna merece mal oido.
Pues demás del estilo y elegancia,
Son obras, son grandezas, son hazañas,
Indignas de la cárcel del olvido.

De don Bernardo de Vargas Machuca.

Vi, señor, vuestra historia peregrina
Donde mostrais ingenio peregrino:
Con quien la desposais de mas es dino,
Y ella de tal esposo no es indina.
Sea buena ventura la madrina;
Y el mesmo desposado su padrino;
Pues rey que tiene merecer divino
Hará la respetar como divina.
Moneda fué la de los castellanos
Que todos la tuvieron por perfeta,
Subida de quilates y de granos.
Confiad pues, dotiloco poeta,
Que la que se labró por vuestras manos
A todos ha de ser grata y aceta.

Del sarjento mayor Lázaro Luis Ibanzo.

No debe tanto á Homero el griego bando
Porque cantó sus hechos soberanos,
Como á Juan Castellanos castellanos,
Que los va en las estrellas colocando.
Virgilio esté á sus frigios alabando,
Y el docto Tito Livio á sus romanos:
Que nuestro historiador con propias manos
Obró con Marte lo que va cantando.
Fueron igual en él pluma y espada,
En vencer y en cantar de las regiones
Del español pisadas y rendidas.
Y destas sus historias y blasones
La muerte quedará tan ensalzada,
Que ya los vivos no estimen las vidas.

Del autor.

Aquí, lector, verás cosas tocantes
A nuevas tierras y á sus influencias,
Varias regiones, muchas diferencias
De bárbaros en ellas habitantes.
Pero suplicote que no te espantes,
Si fuera de guerreras competencias
Encontrares algunas menudencias,
Desenfado comun de caminantes.
Pues aunque viven pocos este dia
De los que comenzaron los cimientos,
Demás de los trabajos padecidos,
En sus conversaciones todavia
Referen gratos y donosos cuentos,
Que no dan sinsabor á los oidos.

ELEGIAS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS.

SEGUNDA PARTE.

INTRODUCCION.

Aquí comienza ya mi flaco Marte
A ser por otras tierras peregrino,
Con intencion de dar segunda parte
A tan prolijo y áspero camino:
Provea de salud, ingenio y arte,
Aflato del espíritu divino,
Porque pueda con versos elegantes
Dar cuenta de regiones tan distantes.

Aquel de quien el bien todo redunda
Haga mi torpe pluma mas lijera,
Pues bien como doncella pudibunda,
Que de clausura grande sacan fuera,
Quiere salir agora la segunda
Por el orden que tuvo la primera;
Y es desde Venezuela donde muerto
Dejamos el tirano desconcierto.

Suélese computar en doce grados
Términos desta costa ya medidos,
Pueblos que de españoles hay poblados:
Están la tierra adentro muy metidos
Grandes campos y hatos de ganados,
De buenos alimentos proveidos,
Minas algunas por su circunstancia,
Y de diversos frutos abundancia.

Pero no quiero seros importuno
En contaros agora los lugares,
Que yo diré después de cada uno
Hasta las cosas muy particulares:
Volvamos al reino de Neptuno
Y á las riberas grandes destos mares,
Pues tenían un tiempo sus ancones
Potentes y admirables poblaciones.

Pero también por los inconvenientes
En tierra de Cubagua sucedidos,
De increíble número de gentes,
Los venos asolados y barridos,
Caciques y señores prepotentes
Con todos sus subyectos consumidos,
Por usarse también mala cautela
En la gobernacion de Venezuela.

Y Venezuela de Venecia viene,
Que tal nombre le dió por escelerencia
El alemán, diciendo le conviene
Al grande lago desta pertenencia
Llamado Maracaibo; y este tiene
Mas de cien leguas de circunferencia,
Y por la parte de mas ancha via
Sesenta y algo mas de travesia.

Por partes la rodean altas breñas,
Y por parte también campo patente;
Tiene dos islas, y estas son pequeñas,
Habitadas de aves solamente:
La una tiene selva y altas peñas,
Donde suele venir indiana gente
A se holgar las tardes y mañanas,
Y á caza de conejos y de iguanas.

Matatan su licor allí derrama,
Que viene de la parte del oriente,
Y por la misma via corre Chama
Con impetuosisima creciente;

Y Cucuta también que, según fama,
No es en descendencia diferente.
Con otros muchos mas, cuya porfia
Nace del ángulo de mediodía.

Deste reino lo ceban otros rios,
Por do, hasta llegar á sus confines,
Pueden desde la mar entrar navios,
A lo menos remeros bergantines,
Las mayores distancias ó desvios,
Hasta los indios dichos matachines,
E ya cierto patax hizo la prueba
Hasta cerca de Mérida la nueva.

De hoja de laurel es la hechura,
Ambas bandas así proporcionadas;
Va desaguardo acia Cinosura,
Donde mezcla sus aguas con saladas:
Dentro tienen los indios su cultura
De casas fuertemente fabricadas
Sobre las barbacoas, con estantes
Hincados en las aguas circunstantes.

Son estas barbacoas soberados
Para su defension ingeniosos,
Por suelo palos gruesos apretados
Con yedras ó bejucos correosos:
Allí tienen tugurios bien formados,
Y viven regalados y viciosos
Con la fertilidad de pesqueria
Que les sirve también de granjeria.

Ofensa suele ser del enemigo
Aquesta sobredicha compostura,
Y están las barbacoas que ya digo
Las mas á dos estados de fondura;
Agua les es refugio y es abrigo,
Y hace su morada mas segura:
Allí hacen mercados, ponen tiendas
Y contratan sus bienes y haciendas.

La traza doy, según las relaciones
Que me dieron amigos míos antes,
Y acaso no serán sus descripciones
En geografia llenas ni bastantes;
Mas ahora, con otras perfecciones
Que se pintan en trazas semejantes,
Me pareció poner aquí la muestra
Que se delineó por mano diestra (1).

Y es Francisco Soler, á quien convino
Hacer viaje por aqueste lago,
Varon de entendimiento peregrino,
Regalo de las musas y balago,
Tanto, que lleno de furor divino,
Podría rebacer lo que yo hago,
El cual andando por el alaguna
Notó sus partes todas una á una.

Y de mi voluntad y pedimento
Aquí la retrató su propia mano,
Y aun es aqueste su menor talento,
Y de su habilidad lo mas liviano:
Pues para cosas de mayor momento
Le dió Dios un ingenio soberano,
Con aquello que hace mas al caso,
Ser de virtudes santas rico vaso.

Pudieran detenerme tales loas,
Porque no fueran ratos mal gastados,
Pero volvamos á las barbacoas
Y á los ingeniosos soberados,
Debajo de las cuales hay canoas,
O navios que tienen diputados,
Con que se mandan hombres y mujeres
Y se sirven en todos menesteres.

(1) Al pié hay lo siguiente: «Aquí la laguna de Venezuela.» Y en efecto estuvo el tal mapa, que debió de arrancarle alguno la bastante tiempo, según la muestra.

Es la canoa barca de un madero,
Que rige con grandísima destreza
El bárbaro patron ó marinero,
Y corre con tan grande lijereza,
Que parece vencer lo mas lijero,
Por ser hecha con mucha subtileza;
Y no son muy crecidos estos leños,
Pues por la mayor parte son pequeños.

Pero quiero decir aquí de una
Canoa que hicieron los cristianos,
Para poder pasar esta alaguna
Y ver los otros campos comarcanos,
Sin que los estorbare la fortuna
Que suelen mover vientos oceanos,
Hecha del tronco de una cañita verde,
Tan grande que ella pide que me acuerde.

Que para la llevar cómodamente
Al agua con paraleles donde topa,
Con ser crecido número de gente
Destas indianas partes y de Europa,
Fué cosa, según dicen, conviniente
Que diez piés le cortasen de la popa,
Con las cuales industrias y concierto
La metieron en el acuoso puerto.

Podía bien sufrir en el pasaje
Mastel con velas de tupidas lonas,
Y capaz en llevar cada viaje
Diez caballos y mas de cien personas,
Con abundancia de matalotaje,
Ropas, armas, ballestas y azconas,
Con el demás pertrecho y atavio
Que pudiera llevar un buen navio.

Pasarou pues el lago descubierta
De la manera que se representa.
Los moradores dél en cada puerto
Hacen de sus canoas mucha cuenta,
Cavadas por gran orden y concierto,
Con carecer de toda herramienta;
Mas lábralas flegmático sosiego
Con bachelas de piedras y con fuego.

Para los usos mas cotidianos
De oro bajo suele ser alguna,
Pero si por rescates de cristianos
Les da hachas de hierro la fortuna,
Con prolijo trabajo de sus manos
Las cortan bien, haciendo dos de una;
Y esto hacen con hilos de algodones,
Mediante sus prolijas dilaciones.

También suelen, y no con mucha pena,
Con los hilos que digo retorcidos,
Cortar en una noche la cadena,
Huyendo los en ella detenidos;
Y el que de indios la tenía llena
A la mañana los halló huidos:
Al fin en la prision que los lastima
Los hilos de algodón sirven de lima.

Y así suelen, cuando se ven captivos,
Engañar al mas diestro baquiano:
Que busca grandes mañas y motivos
De libertad el corazón humano.
Y pues pintamos indios fugitivos,
Quiero decir de cierto lusitano
Una maña donosa muy reida,
Que para huir tuvo su querida.

Era india bozal, mas bien dispuesta;
Y el portugués, que mucho la quería,
Con deseo de verla mas honesta
Vistióle una camisa que tenía;
Hízola baptizar, y con gran fiesta
Debió celebrar bodas aquel día:
Que en entradas vergüenza se descarga
Para poder correr á rienda larga.

Estaban en zavana de buen trecho,
Y llegada la noche muy oscura,
El portugués juntóla con su pecho
Para poder tenerla mas segura:
Ambos dormian en pendiente techo,
Segun uso de aquella coyuntura;
Fingió la india con intento vario
Ir á hacer negocio necesario.

Levantóse del lusitano lado,
Y sentóse no lejos dél, que estaba
Los ojos en la india con cuidado
De ver si mas á lejos se mudaba;
Siendo de su mirar asegurado
Viendo que la camisa blanqueaba,
La india luego que la tierra pisa
Quitóse prestamente la canusa.

Y al punto la colgó de cierta rama,
Por ceño de la vana confianza;
Aprestó luego mas veloz que gama
Con el traje que fué de su crianza:
El pensaba lo blanco ser la dama;
Mas pareciendo mal tanta tardanza,
Le decia: «Ven ya, miña Tereya,
A os brazos do galan que te deseja.»

Y también miña Dafne le decia,
Temándose quizá por dios Apolo;
Y agora no lo fué, pues que no via
A la que lo dejaba para tulo;
Estendera los rayos con el día,
Para que pueda ver el rastro solo:
Que agora tanto nubló se le pega,
Como á los moradores de Nurega.

Faltó también la lumbré de la hermana
Que fué para su Dafne gran seguro,
Quiero decir, la lumbré de Diana,
Que suele deshacer lo mas oscuro:
No se tornó laurel, tornóse rana,
Por ser también el agua de su juro,
Y ser la lijereza de la perra
No menos en el agua que en la tierra.

Viendo no responder, tomó consejo
De levantarse con ardiente brio,
Diciendo: «¿Cuidas tú, que naon te veyo?
Veyote muito hein per o atavio.»
Echóle mano, mas halló el pellejo
De la querida carne ya vacío;
Tornóse pues con sola la camisa,
Y mas lleno de lloro que de risa.

Y la moza, mas suelta que Atalanta,
Alcanzó de su curso los estremos;
Del lago que decimos no se espanta,
Ni de las bravas ondas que le vemos:
Llegó a las barbacons la gigante,
Haciendo de sus diestros brazos remos,
Pues allí las mujeres y varones
Son en nadar mas diestros que tritones.

También podré decir sin desvario,
Que suele navegar algun salvaje
Por esteros, lagunas ó por rio,
Y dada conclusion á su viaje,
Puesto sobre sus hombros el navio,
Lo lleva donde hacen estalaje:
Parecen monstruosas cosas estas,
Poder llevar navios á sus cuevas.

Quiérome declarar desta manera
Por deshacer la duda del oyente,
Haber canoa como lanzadera,
Capaz de una persona solamente,
Hecha de lijerísima madera,
Que vuela contra toda la corriente;
Y por no la dejar en el arena
En los hombros la lleva muy sin pena.

Y aun suele hacer mas la gente fiera
Contra sus enemigos peleando:
Tener el un pié dentro, y otro fuera,
Con el cual va la barca gobernando,
Sirviéndole de remo, de manera,
Que puede con las manos ir lechando,
Y no va menos cierta la saeta
Que si la despidiera diestro geta.

Y es entre indios cosa bien usada....
Pero pues declaramos la facecia
Y habla de la vil enamorada,
Que para verse libre no fué necia,
Digo que por la causa señalada
Se dijo Venezuela de Venecia,
Y así llamamos todos esta tierra,
Que muy prolijos términos encierra.

Los naturales della son desnudos,
 Todas sus proporciones muy bien hechas,
 Alentados, fornidos y membrudos,
 Prontísimos al arco y á las flechas;
 Algunos son flojísimos y rudos
 Cerca de sus labranzas y cosechas;
 Hay gente limpia, de graciosa traza,
 Y dados á la pesca y á la caza.

Y aun no suelen las cazas ser ayunas
 Sobre sus lindes de pasiones graves;
 Pero bueno será decir de unas
 Maneras de cazar algo suaves,
 En algunos estanques ó lagunas
 Habitadas de nadadoras aves;
 Y están estos estanques y sus senos
 De secos calabazos siempre llenos.

Por cima de las ondas fluctuando,
 O quedos si no da soplos el viento,
 Las ánades entrellos clurcheando
 Aquello que les es mantenimiento.
 Allí suelen entrar de cuando en cuando
 Indios que de cazar tienen intento,
 Cubierta la cabeza del cazante
 Con medio calabazo semejante.

Y porque con aquellos embarazos
 Las ánades allí no puedan vello,
 Entre los sobredichos calabazos
 En el agua se mete hasta el cuello,
 Cubiertas bien las manos y los brazos
 Escepta la cubierta del cabello,
 Con cordel apretada la cintura
 Para colgar la caza que procura.

Cubierto pues con aguas el villano,
 Do para su propósito barrunta
 Estar mas á sabor y mas cercano
 Al tiempo que algun ave se le junta,
 Asele de los pies oculta mano,
 Y entre las turbias aguas es defunta;
 Y con gastar en esto breves ratos
 Acontece sacar copia de patos.

Ya digo no ponelles embarazo
 Las ropas sinuosas ni pendientes:
 El viril miembro cubre calabazo,
 Pero los giniales van pendientes;
 A otros mas honestos un pedazo
 De maure cubre partes impudentes,
 Y aunque desnudas todas las mujeres,
 Vencen las mas honestas pareceres.

Porque debajo la horcajadura
 Se ponen la que llaman pampañilla,
 Que van tendiendo hasta la cintura,
 Y allí galana zona con que asilla.
 Son mujeres de tanta hermosura,
 Que se pueden mirar por maravilla,
 Trigueñas, altas, bien proporcionadas
 En habla y en meneos agradadas.

No falta gentileza de Deidamia,
 Ni belleza que las antigüedades
 Quisieron colocar en Hipodamia,
 Con otras apacibles cualidades;
 Mas no sin deshonor ni sin infamia
 En cumplir deshonestas voluntades,
 Pues apenas vereis do no se tope
 El ardiente lascivia de Sinope.

Fueron pues los principios descubiertos
 Por Colon con las gentes castellanas,
 Y después los hicieron mas abiertos
 Perias del español cotidianas;
 Y así continuaban estos puertos,
 Vecinos de las islas comarcanas,
 Rescatando con cuentas y con lachas
 Oro, ropa, muchachos y muchachas.

La ropa que decimos son bamacas
 De que tienen por esta circunstancia
 Y por toda la tierra de Caracas
 Destas camas pendientes abundancia:
 Maures y mantellinas, que aunque flacas
 Cubiertas, es allí buena ganancia;
 Habian los esclavos muy baratos,
 Y no les iba mal en los contratos.

Mas las contractaciones maculaba
 Cudicia, que no hizo cosa buena;
 Pues fiel amistad que el indio daba
 Se solia pagar con dura pena;
 Y el que nunca la vió, ya recelaba
 El riguroso son de la cadena,
 Hallarse de sus tierras apartado,
 Y ver el rostro del señor airado.

Mantengan los indios paz entera,
 Mayormente la gente caquetia,
 Por ser en sus costumbres mas sincera,
 Con cierta presuncion de hidalguia;
 Mas nuestra castellana mas artera
 A su sinceridad no respondia,
 Y así por dalles muchas ocasiones
 Empeoraron ellos muchas veces.

Porque si procuraba sus provechos
 El español mediante sus engaños,
 También indios quedaban satisfechos
 Con muertes, con heridas y otros daños;
 Y en defenderse con valientes hechos
 Duraron harto número de años,
 Tanto, que fué por bien larga distancia,
 La pérdida mayor que la ganancia.

Y á no se consentir aquella era
 Tantas y tan enormes sinrazones,
 Sino que se pasara la carrera
 Segun las nuevas leyes y sanciones,
 Esta gobernacion digo que fuera
 De lo mas principal destas regiones,
 Por ser muchas provincias principales
 Con grande cantidad de naturales.

Caquetios, guanaos y coyones,
 Aratomos, cocinas y tímotos,
 Giraharas de bravas condiciones,
 Los cuicas, guabiguas, los itotos,
 Todas estendidísimas naciones,
 Demás de guamonteses y de enotos,
 Y otras algunas mas, que Dios mediante,
 Habremos de decir mas adelante.

Pero de grosedad tan conocida,
 Do se hiciera permanencia buena,
 Hay tan poquitos hoy que tengan vida,
 Que la memoria da terrible pena;
 Cubagua fué sin freno y sin medida,
 Y aquí fué la maldad no menos llena:
 Yo mismo vi cautelas é invenciones
 Indignas de cristianas intenciones.

Volviendo pues al término marino,
 Digo que con algunos compañeros
 Solia frecuentar este camino
 El factor Joan de Ampíés, de los primeros
 Que de Santo Domingo fué vecino,
 Donde yo conocí sus herederos,
 Y á Bejarano que, por ser quien era,
 Heredó por mujer á su heredera.

Curazao y Aruba, que frontero
 Desta costa son islas situadas,
 Al Joan de Ampíés, factor ó tesorero,
 En perpetuo gobierno fueron dadas,
 Las cuales por aqueste caballero
 Primeramente fueron conquistadas;
 Y pues son tan cercanas desta gente,
 Quiero trataros dellas brevemente.

De la costa del mar que represento,
 Hasta tres leguas estarán distantes;
 Las gentes que las tienen por asiento
 Son mucho mas que otras elegantes,
 Y tanto que por otro nombramiento
 Les llamaban las islas de Gigantes,
 Por ser en general de su cosecha
 Gente de grandes miembros y bien hecha.

No tienen para qué formar querellas
 De natura por malas proporciones:
 Son las mujeres por estremo bellas,
 Gentiles hombres todos los varones;
 Por consiguiente son ellos y ellas
 De nobles y apacibles condiciones;
 Tienen para la guerra gentil brío,
 Y su lenguaje es el de caquetio.

En el agua se mueven diestramente,
Soltisimos en tierra y alentados,
Punteria de tiros escelente
En aves, en conejos, en pescados;
Hanse lavado todos en la fuente
Que quita las mancillas y pecados;
Tienen pueblos formados, tienen templos,
Y sus amos les dan buenos ejemplos.

Niungunos pueden ser mas escelentes
De flecheros que el orbe nuevo cria,
Porque desde muchachos balbucientes
Se hacen diestros en la punteria:
Júntanse muchos niños, pretendientes
De llevar cada cual la mejoría,
Puestos en los estremos de una plaza
Con bola verde como calabaza.

Estando todos ellos esperando,
Arrónjania con brazo vigoroso,
Y aquel que no le da yendo rodando,
Queda de cierto premio perdidoso:
Vanse por tiempo tanto despertando,
Que yendo con el paso presuroso
Nunca yerran conejo ni hutia,
Ni saben arronjar liecha baldia.

Por Juan de Ampíes, después por Bejarano
Se les daban cristianos documentos,
Y cada cual con celo de cristiano
Deseaba poner buenos cimientos;
Mas no siempre tenían a la mano
Quien les administrase sacramentos;
Mas este si faltaba se suplia
Con algun lego que los instrua.

Uno conoci yo, pero no viejo,
Y aunque se me mostraba no ser basto,
Aquella soledad y el aparejo
Lo hacian vivir muy poco casto;
Y siendo proveido de consejo,
Se le hizo del mal dejar el pasto:
Do consta con cuán grande pesadumbre
Se suele desechar mala costumbre.

Algunas veces hubo sacerdote
Que tenia cuidado desta cosa,
A lo menos después que vino en dote
Esta gobernacion infructuosa;
Pero también deseo que se note
Ser una vida harto trabajosa
Residir el pastor entre ganado
Que cura, y él no puede ser curado.

Pero para buscar lo que consuela
Al ánima de máculas teñida,
Solia con alguna canohuela
En tiempo de bonanza conocida
El tal atravesar a Venezuela
Con harto detrimento de la vida;
Porque del mar cuando mayor bonauza
Se debe tener menos confianza.

Hay allí de ganados buen rebaño
De todas castas, mas de tal grandeza,
Que si yo por ventura no me engaño
Escede a la comun naturaleza:
Del cual los indios recibian daño
A causa de tener gran estrechez;
Mas bien sabe hacer manada augusta
El indio, cuando a ello se regosta.

Sucedió pues en este tal gobierno
Lázaro Bejarano, que ya digo
Que como sucesor y como yerno
Fué destes dichos indios gran abrigo.
Su musa digna fué de nombre eterno,
Lo cual no digo por le ser amigo,
Sino porque sus gracias y sus sales
No sé yo si podrán hallar iguales.

Haciendo yo por estas islas via,
Seria por el año de cuarenta,
Allí lo vi con su doña Maria,
De tantas soledades descontenta:
Holgóronse de ver la compañía
De los que allí llegamos con tormenta:
De la Española vino con sus prendas,
A fin de visitar estas haciendas.

Aunque allá las tenia principales,
Y un ingenio, que es gran heredamiento
Pero la condicion de los mortales,
Puesto caso que tengan buen sustento,
Es siempre procurar que sus caudales
Vayan en excesivo crecimiento,
Sin espantarnos riesgos ni trabajos
O de caminos largos ó de atajos.

Al tiempo que llegamos a su puerto,
Un grave sinsabor lo poseía,
A causa de que se le habia muerto
El único heredero que tenia;
Mas él, como varon sabio y esperto,
Con cristiana cordura lo sufría:
La cándida mujer por escelencia
Padecia su mal con impaciencia.

Pero la gente que llegó novela
Por términos cristianos consolóla;
Después en una buena carabela,
Fastidiados ya de vida sola,
Se bajaron al Cabo de la Vela
Para de allí pasar a la Española;
Y en el rio la Hacha, que es do cuento,
Se les hizo muy gran recibimiento.

Invencciones allí ricas y estrañas,
Variados colores de libreas,
Hubo toros, sortija, juegan cañas,
Corriéronse riquisimas preseas,
Donde se daban todas buenas mañas,
Por estar en presencia de sus deas,
Aunque toda la fiesta se hacia
Por respecto de la doña Maria.

Era con gran razon merecedora
De fiesta tan cabal y generosa,
Porque demás de ser esta señora
En aviso cabal y virtuosa,
Entre las otras era como aurora
En todas buenas partes de hermosa.
Con esto concluyamos, y aquí pare
Lo de Aruba, Curazao y Buitare.

Mas á la tierra firme que frontera
Tenemos, de presente nos volvamos,
Procurando de dar razon entera
De lo que coligimos y notamos,
Y no prolíja, pero verdadera,
Segun en lo demás acostubramos;
Pues para se quistar bien algun cuento
Es la verdad insigne condimento.

Aquesta costa toda se sabia
Cuya gran poblacion á muchos llama,
Y de la tierra adentro se tenia
No menos opinion ni menos fama;
Y no solo por Indias se estendia,
Pero por otras partes se derrama,
Y ansi muchos varones eminentes
Eran de su conquista pretendientes.

No tenían el ánimo distinto
Desta negociacion los de Alemaña,
Y el gran emperador don Carlos Quinto
La dio, creyendo darse buena maña,
Con otros intereses que no pinto,
A los que llaman de la gran compañía,
Que son aquellos Berzares famosos,
En tratos y haciendas poderosos.

Habidos los recados y poderes
Con los demás perrechos suficientes
Euvieron los gruesos mercaderes
Capitanes con número de gentes,
Algunos con sus hijos y mujeres,
Para poblar lugares convenientes;
Y habiales cabido buen partido,
Si por entonces fuera conocido.

Y cierto, si duraran pensamientos
Con las ejecuciones juntamente,
Pudieranse hacer repartimientos
De grandísimo número de gente:
Quedarán todos ricos y contentos;
Mas el efecto fué muy diferente,
Adelante llevando su porfia,
Dejando atrás lo que les convenia.

Y aquella general inadvertencia
 A todos cuantos hoy viven lastima,
 Por ser entonces tanta la demencia,
 Que indios no tenían en estima,
 Y nadie procuraba permanencia,
 Sino coger el oro de por cima;
 Y tan exorbitantes intenciones
 Fueron causa de grandes perdiciones.

Tierras cercanas pues menospreciadas,
 Que de descanso daban certidumbre,
 A lo largo hacían sus jornadas,
 De que después tuvieran mejor lumbre;
 Hicieron prolijísimas entradas,
 Y todas con inmensa pesadumbre,
 De las cuales daré razon cumplida,
 Si Dios fuere servido darme vida.

Serán en su proceso celebrados
 Insignes y valientes capitanes;
 Grandes proezas, hechos señalados,
 De fuertes españoles y alemanes;
 Riesgos de vida, fines desastrados,
 Trabajos insufribles y desmanes,
 Con otras cosas dignas de memoria,
 Merecedoras de cabal historia.

Pues el Ampíés, tractante diligente
 En la contractacion deste camino,
 Era de la conquista pretendiente,
 Y no sé yo por qué vras le vino;
 Mas el primero fué que metió gente
 En tierras deste bárbaro vecino,
 Año de veinte y cinco con quinientos,
 Y el número mayor de los diez cientos.

La causa principal fué tener prendas
 De indios desta tierra naturales,
 En hatos de ganados y haciendas,
 De minas, de maíces y yucales,
 Que daban relacion de las viviendas
 De muchas poblaciones principales,
 Entre los cuales fué cierto mancebo,
 Señor de la ciudad Hurehurebo.

Y en casa del Ampíés este tenía
 Sus hijos, su mujer y una su hermana;
 Aqueste se llamó Fernán García,
 Después que ya tomó la fe cristiana,
 La hermana se nombró doña Mencia,
 A su mujer pusieron doña Juana;
 Era también captiva desta presa
 Otra que se llamó doña Teresa.

Instructos en católico camino,
 Este Fernán García y doña Juana
 Se casaron según orden divino
 De la Iglesia católica romana.
 El dicho Joan de Ampíés fué su padrino
 Y á todos libertó de buena gana,
 Y vinieron con él en un navio
 A sus vasallos y á su señorio.

Era poca la gente que traía,
 Pero como valiente y atrevido,
 En la tierra metió su compañía,
 Sin serle por los indios defendido;
 Fundó su pueblo donde convenia
 Para la defension de su partido:
 Aqueste Coro fué, según parece,
 Pues hasta nuestros tiempos permanece.

Púsose por la gente forastera
 Al pueblo semejante nombramiento
 Por el rio que guía su ribera
 Brevecilla distancia del asiento,
 Que siempre se llamó desta manera:
 El cual le viene bien, pues Coro viento
 Quiere decir en lengua generosa,
 Y así es aquella tierra muy ventosa.

Es tierra de fructíferos cardones
 Con que gran parte della se embaraza;
 De uvas, de granadas y melones
 Podría tener abundante plaza;
 Hay hobos, cimírucos y mamones;
 Abundantísima de toda caza:
 Hay perdices, conejos y venados,
 Y grande pesquería de pescados.

De ganados hay hoy los campos llenos,
 Su carne por estremo provechosa,
 Sabores ultimadamente buenos;
 De cabras muchedumbre copiosa:
 Paren á dos y tres, si mas, no menos;
 Hay de caballos casta generosa,
 Y la cercana sierra les da grano
 Si les falta por ser largo verano.

Doce leguas en torno del asiento
 Había poblacion engrandecida,
 Ciudades de grandísimo momento,
 Como Todariquibo, Zacerida,
 Memoradas también en este cuento
 Carao, Tamadoré, Capatarida,
 Carona, Guaybacoa, Cumarebo,
 Miraca, Hurraqui, Hurehurebo;

Con otros que llamamos de presente,
 De cuya poblacion nos es notorio
 Tener crecido número de gente,
 Hasta Paraguaná que es promontorio,
 O punta señalada y eminente
 De San Román, antiguo diversorio
 De cristianos en aquellas edades,
 Sin faltar en los indios amistades.

Cae la sobredicha circunstancia
 De Coro según vemos al nordeste,
 Y al Maracaibo ponen de distancia
 Treinta leguas al viento sudneste.
 En Coro pues con toda vigilancia
 El dicho Joan de Ampíés formó su hueste
 De pocos pero muy buenos soldados,
 Y hasta cinco ó seis hombres casados.

Un Joan Cuaresma fué de los primeros
 Con su mujer Francisca Samaniego,
 Joan García con otros compañeros
 Casados, y con ellos maestre Diego,
 Bartolomé García y un Riberos,
 Según me declaró Fernán Gallego,
 Que tenemos hoy día por vecino
 En este reino donde después vino.

Vino también aquel varon famoso,
 Esteban Martín, digno de memoria,
 Vino Pedro de Limpias valeroso,
 Cuya gran valentia fué notoria,
 Y el capitán Martínez virtuoso,
 Cada cual digno de mayor historia;
 Vino Juan de la Puente y un Aceros,
 En virtud y valor de los primeros.

El Limpias, el Esteban y el Aceros,
 Con la conversacion de aquellas gentes,
 De mas de ser fortísimos guerreros
 Salieron todos lenguas escelentes;
 Porque son estos indios compañeros
 Apacibles, benignos y obedientes,
 En el lenguaje todos elegantes,
 Y estiéndense por tierras muy distantes.

Poblado Coro pues en llana vista,
 Lugar de salutífero terreno,
 Con municion para que se resista
 Al que tuviese parecer ajeno,
 Quería comenzarse la conquista
 Por los mas comarcanos deste seno;
 Mas antes de venir á los cabellos
 Se convidó con paz á todos ellos.

Aquesta celebraron tan de veras
 Cuanto por el Ampíés se les pedía,
 Mediante los terceros y terceras
 Que para sus designos él traía:
 De suerte que de todas las fronteras
 Ninguno para guerra se movía,
 Por estar de por medio la Teresa
 Y el príncipe Fernando y su princesa.

Estos trajeron al cristiano bando
 Al indio que Manure se llamaba,
 El cual sobre caciques tuvo mando
 Y toda la comarca subyectaba;
 Y hizolo venir el don Fernando
 A cuanto nuestra gente deseaba:
 Fué Manure varon de gran momento,
 De claro y de sagaz entendimiento.

Tuvo con españoles obras blandas,
Palabras bien medidas y ordenadas;
En todas sus conquistas y demandas
Temblaban dél las gentes ataradas;
Haciase llevar en unas andas
Con chapas de oro bien aderezadas,
Y el amistad y paz después de hecha
La tuvo con cristianos muy estrecha.

Usaba de real magnificencia,
Sin se le conocer parecer vario,
A sanos y á subyectos á dolencia
Siempre les proveyó lo necesario:
De tal manera, que sin advertencia
Se hizo poco á poco tributario;
Pero jamás desgusto ni molestia
Pudieron perturbarle su modestia.

Nunca vido virtud que no loase,
Ni pecado que no lo corrigiese;
Jamás palabra dió que la quebrase,
Ni cosa prometió que no cumpliese;
Y en cualquiera lugar que se hallase
Ninguno le pidió que no le diese;
En su mirar, hablar y en su manera,
Representaba bien aquello que era.

Ampiés, viendo persona tan urbana,
En medio de tan rudo barbarismo,
Dióle noticia de la fe cristiana
Siendo bien instruido por él mismo;
Y después recibió de buena gana
El agua del santísimo bautismo;
Llamóse don Martín, y después desto
Baptizó de su casa todo el resto.

Demás de la mujer, hijas y hijos,
Se baptizaron todos los vasallos
Que tenía por granjas y cortijos;
Corrieron españoles los caballos
Por mas solemnizar los regocijos;
El don Martín holgaba de mirallos,
Admirado, suspenso y espantado
De ver irracional tan bien maudado.

Fué siempre del Ampiés amigo caro
Satisfaciendo bien sus voluntades,
De todos clementísimo reparo
Y socorro de sus necesidades;
No supo de sus bienes ser avaro,
Ni maculó jamás las amistades;
Fué fiel en palabras y en el hecho,
Y libre de maldad siempre su pecho.

Con estas sobredichas ocasiones,
Conformes á pacífica costumbre,
El capitán Ampiés y sus varones
Tuvieron de la tierra mayor lumbre;
Y aquellas circunstancias poblaciones
Vinieron á la paz y servidumbre
Hasta catorce leguas mas adentro,
Mas de su voluntad que por recuento.

Colando mas adentro con el celo
De lo que por los indios se decía,
Vino la nueva del gobierno nuevo
Que por los alemanes se traía:
Movióse Joan de Ampiés, y yo me nuevo
Dejándolo por ir por otra vía
A tractar desta gente que ya viene,
Pues él se fué do sus haciendas tieue.

ELEGIA I.

A la muerte de micer Ambrosio, primero gobernador por los alemanes, donde se cuentan las cosas sucedidas en la provincia de Venezuela hasta su muerte.

CANTO PRIMERO.

Habia Febo ya, según la era
Que contamos del santo nacimiento,
Pasado tres quinientos de carrera,
Con otros siete lustros deste cuento,
Por los cursos opuestos á la esfera
Que es causa del diurno movimiento,
Cuando vivieron por los alemanes
Lucidos y valientes capitanes.

Fueron soldados mas de setecientos
En militares artes instruidos,
Copia de belicosos instrumentos
De que todos venian proveídos;
Lucian variados ornamentos
De las bizarras ropas y vestidos;
Las bélicas trompetas dan clamores,
Suenan incitativos atambores.

A la voz de conquista tan solene,
Siguen muchos guerreras ordenanzas:
El caballero deja lo que tiene,
El labrador sus rústicas labranzas;
El oficial humilde también viene
A sombra de soberbias esperanzas,
Y todos los demás con los contentos
Que suelen prometer descubrimientos.

Micer Ambrosio Alfinger los regia,
Persona bien nacida y eminente,
Y cuya discrecion y cortesia
Se puede bien decir ser excelente:
El cual gobernador también tenia
No menores estremos de valiente.
De capitanes hizo nombramiento
A Vasconia y á don Luis Sarmiento.

También á Joan Florin y á Monserrate,
Y Casamirez, hombre de gran cuenta:
Que todos ellos en cualquier combate
Pudieran señalarse sin afrenta;
Indigno de poner en el remate
Al buen Filipe de Utem, que ensangrienta
La tierra con su sangre generosa,
Por mano dura, falsa y alevosa.

Vino Bartolomé Berzar pujante
En la misma sazón y coyuntura,
De bienes temporales abundante,
Pero falto y ajeno de ventura;
Pues un misino furor en un instante
Nos encubrió la misma sepultura,
Mandando que sus furias se ejecuten
En él y en el señor Felipe de Utem.

Nicolao Fedrimán entonces vino,
Que de micer Ambrosio fué teniente,
Hombre de entendimiento peregrino,
Capitan admirable y excelente;
Pues en cualquier rigor deste camino
Ninguno mas sagaz y diligente:
Del valor de los cuales, Dios mediante,
Diremos grandes cosas adelante.

Entre los mas insignes desta gente
Alonso Vazquez era tesorero,
De la casa de Acuña descendiente;
Fué contador Antonio de Navelo,
Pedro de San Martín por consiguiente
De factores del rey él fué primero:
Cada cual dellos hombre de sustancia
Para cualquier negocio de importancia.

Llegaron pues á la ciudad de Coro,
Cuyas pajizas casas ó buhios
Se mostraban ajenas del decoro
De los recién llegados atavios;
Mas antes de preseas, plata y oro,
Los moradores dellas muy vacios,
Y lo mas principal de sus arreas
Eran á bien librar bastos anjeos.

De las capas allí la mas usada
Entonces era sola la del cielo;
Casaca de lienzo mal cortada,
Alpargate ligero por el suelo;
La vaina con que cubren el espada,
De cuero de venado con su pelo:
Finalmente, que los recién venidos
Hacian burla de los mal vestidos.

Pero también la gente macienta
Burlaba de quien burla de su pena,
Porque tenían ya por cierta cuenta
Que habian de venir á la melena,
Puestos en el rigor de su tormenta
Que los mas estrados mas refrena;
Y que necesidad, hambre y ultrage,
Habian de hacelles mudar trage.

Pues como ya no se hallasen prestas
Las raciones del vino ni sustento,
Vierades abatidas muchas crestas,
Y andar todos los mas á paso lento;
Y aquellos de las plumas mas enhiestas
Meneallos también cualquiera viento,
Arrastrando los piés por la ribera,
Con traer la barriga muy lijera.

Guiña del ojo práctico soldado,
Que en las necesidades se sustenta
Con cuatro granos de maíz tostado
Con agua, sal y aji, que'es la pimienta
Que da sabor al mísero guisado,
Y á los que van famélicos alienta
Para subir altísimos oteros,
Mas sueltos que los perros mas lijeros.

Viendo la gente pues tan afligida,
A la sierra hicieron un entrada,
A fin de proveerse de comida,
Ganada por los filos del espada:
Fué gente de valor apercebida
De la recién venida y de la osada,
Y el Esteban Martín fué por caudillo,
Hombre cuyo valor no fué sencillo.

Iban los baquianos compañeros
Con camisetas cortas y lijeras;
Los chapetones no van hechos cueros,
Pero todos las mas vestidas cueras,
Que separaron de los aguaceros
Y del terrible sol no tan sinceras,
Antes del dicho sol y del invierno
Poquito menos duras que de cuerno.

Dejaron de crujir los tafetanes,
Allojaron un poco los folones,
Y los que reventaban de galanes
Ven sus blancas camisas y jubones,
Y aquellos hombecinos bahañanes
No menos que los mas negros carbones;
Vierades luego del soldado viejo
La grita, la matraca y cordelejo.

Uno por una parte les decia:
«Este, señores, es el primer baño».
Otro: «Placerá á Dios que con leña
Remediaremos parte deste daño».
Otro: «Para la siesta deste día
Grande socorro son calzas de paño».
Otro: «Para los riesgos del viaje
Bella defensa es un buen plumaje».

Yendo con semejante batería
A los tales trabajos conveniente,
La cumbre de la sierra se subia
Con una siesta de calor terrible;
Y el antiguo y moderno parecia
De sed, por el ardor ser insufrible:
Agua no se hallaba por la tierra
Hasta la otra parte de la sierra.

Adelantóse pues Pedro de Aranda,
Soldado valeroso, de buen brío,
A fin de se bajar á la otra banda
Do sabia correr un fresco río;
Van todos los demas en su demanda
Con alguna distancia de desvío,
Mas el Aranda, mozo mas lijero,
El sobredicho río vió primero.

Encima la barranca, poco llano,
Con arboleda clara que tenia,
En un troncon que vido mas cercano
Arrimó la ballesta que trata;
Atrás dió luego salto bien lejano
Porque le pareció que se movia,
Huyendo con mas ímpetu que cebra,
Por conocer al claro ser culcebra.

El cuello levantó la bestia liera,
Y luego la trisulca lengua saca;
Meneó la cabeza, la cual era
No de menor grandeza que de vaca;
La lumbré de los ojos reverbera
Para mayor temor del alma laca,
Mas con oír rumor se estuvo queda
Debajo de la selva y arboleda.

Aranda se paró, como ya viese
Llegar el avanguardia de la gente,
Dió voces para que se detuviese,
Sin huelgo del temor de la serpiente;
La cual como de allí no se moviese,
Y todos se pasasen de repente,
Aranda pidió tiros, y se apresta
Para cobrar sus armas y ballesta.

De venenoso tiro se repara,
Que luego recibió rasa cureña;
Apuntó bien á la espantable cara
Por lo mas escombrado de la breña;
Un ojo le clavó la veloz jara,
Y á no dar allí fuera dar en peña:
La bestia se movió de do yacia,
Con silbos que la selva se hundia.

Infláronse las venas y garganta
Con el dolor y su costumbre brava;
Ya como grande viga se levanta,
Ya se estendia, ya se doblegaba,
Ya ramos de la mas cercana planta
Con golpes de la cola derribaba;
Piedras, palos y cosas diferentes,
Hacia mil pedazos con los dientes.

Reguardábanse todos de las prestas
Vuelas, por no le dar cebo y despojo;
Otros, huyendo van por las florestas
Del gran furor y serpentín enojo;
Otros en él desarman las ballestas
Y acaso le quebraron el otro ojo;
Y en este tiempo vido nuestro bando
Que iba de sus furias afojando.

Como sus vuelcos fuesen ya pequeños
Y diese de desmayo clara seña,
Perdieron el temor los mas ísleños,
Y de las bajas ramas de la breña
Cortaron verdes y crecidos leños
Para herir la bestia zahareña:
Tal combate de golpes se concierto,
Que la terrible fiera quedó muerta.

Los capitanes desta compañía,
Con todos cuantos iban á su cargo,
La midieron, y vieron que tenia
Poco menos que treinta piés de largo;
Y lo mas grueso della bien seria
De hombre por do tiene mas embargo,
Quiero decir por medio la cintura,
Cosa que de creer se hará dura.

Después del vencimiento serpentina
De que la gente nueva se espantaba,
Prosiguen adelante su camino
Al valle do la guia los llevaba,
Para dar en el mísero vecino
Que semejante mal no recelaba;
En el río hicieron sus conciertos
De caminar por pasos encubiertos.

Conclusas calurosas destemplanzas
Del radiante sol de mediodía,
Caminaron con buenas ordenanzas
Por el umbroso monte tras las guías;
Llegaron á las rocas y labranzas
Que el descuidado bárbaro tenia;
Y en parte que les era mas oculta
Entraron todos ellos en consulta.

La lumbré de la lámpara febea
Debajo puesta ya del horizonte,
Mediante la tiniebla que desea
Quien sigue las tres hijas de Aqueronte,
Seguros de que ya nadie los vea
Dejaron el latibulo del monte,
Y sin ningún rumor, y á paso lento,
Llegaron á la vista del asiento.

Allí paró segunda vez la gente
De nuestras españolas compañías,
Y luego hizo ir incontinentemente
El Esteban Martín á dos espías,
Astuto cada cual y diligente
En estas semejantes rácherías;
Y fué Pedro de Limpías el un hombre,
Y el otro no me acuerdo de su nombre.

Partiéronse los dos apercebidos ,
Segun que suelen tácitos y mudos ,
Descalzos porque no fuesen sentidos ,
Y en todo lo demás cuasi desnudos ,
Aunque de sus espadas prevenidos
Y á las espaldas puestos los escudos ;
Y ven después de hecho su rodeo
Estar todos subyectos á Morfeo.

Estando pues el Limpias abajado
Entre ciertos ajies ó pimientos ,
Vido salir un indio descuidado
Fuera de sus pajizos aposentos :
Sin ver asechador el asechado ,
E ya cesando de sus movimientos
A las matas de ajies encamina
La crecida represa de la urina.

Lava con los orines el insonte
Al sonte barbas, cejas y cabello ,
Y de los pelos del veloso monte
Descienden las corrientes hasta el cuello ;
Porque la caza no se les remonte
Retiene Limpias todo su resuello ;
Pues al menor anhelo no se suelta
Hasta tanto que el indio dió la vuelta.

El caño del gandul ya desaguado,
Que fué poco menor que regadera ,
En ojos y hocicos rociado,
El buen Pedro de Limpias salió fuera ,
Y junto con aquel otro soldado
Volviéron do la gente los espera ;
Hablaron con los otros en secreto ,
Diciendo : «todo queda ya quieto».

Cuando caliginoso peso iguala
Su curso por venir con el pasado,
Y con el dulce sueño se regala
El cuerpo de cuidados descuidado ,
Doscientos españoles van en ala
Para dar el asalto concertado ;
Después á baquianos y noveles
Les fueron señalados sus cuarteles.

Los cuales con el tácito semblante
Cada cual á su puesto se endereza ,
Rompiendo de la casa circunstante
La puerta del zaguán ó de la pieza ,
La punta del espada por delante ,
Cubierta del escudo la cabeza ,
Y algunos tan sutiles y advertidos
Que pudieron entrar sin ser sentidos.

Los falsos y nocturnos mercaderes
Dan en los miserables inocentes ,
Que estaban con sus hijos y mujeres
En las sencillas camas, y pendientes
Perturban soporíferos placeres ;
Oprimidos los tienen y obedientes ,
Dentro de las hamacas encogidos,
No menos apretados que cosidos.

En todas partes hay desasosiego,
Aquí y allí se siente pesadumbre ,
Y entre tanto que guardan el entrego
Los unos, según tienen de costumbre ,
Otros echaban pajas en el fuego
Para mejor valerse con la lumbre ;
Mas aquel que soplabá la candela
Cumplíale hacer buena rodela.

Pues entonces á cierto compañero ,
En este menester mal advertido ,
Que con el resplandor un indio fiero
Soplando sin temor delante vido ,
Le dió con una mano de mortero
Con que muelen maíz endurecido ,
Y fué de tal manera la herida
Que al tiempo del soplar sopló la vida.

Despertaron al fin los que dormían ,
Al grito del vecino y del pariente ;
Algunos escapaban y huían ,
Otros peleán valerosamente ,
Otros con solas flechas, si tenían ,
Procuraban herir á manteniendo ,
O sintiendo hablar ó si se topa
Por el obscuridad gente de ropa.

Descendían los golpes encubiertos
Con grande confusión de vocería ;
Por una y otra parte son inciertos ,
Mas ciertos para quien los recibía :
Hubo de entrambos bandos hombres muertos
Y en partes sanguinosa la porfía ;
Pero los miserables saltados
Fueron al cabo los peor librados.

Al tiempo pues que las nocturnas lumbres
Se suelen absentar de vista humana ,
E ya dorando va las altas cumbres
El claro resplandor de la mañana ,
Cesaron las guerreras pesadumbres ;
Victoriosa la gente castellana ,
Recogen á la plaza de los vivos
Número copioso de captivos.

Suenan prisiones duras y molestas
Por cuellos de los padres y sus prendas ;
Hácense las compañías luego prestas
Para los apartar de sus viviendas ;
Llevan los miserables á sus cuestras
Sus adquiridos bienes y haciendas ,
Hasta las casas de los vencedores ,
Como dellas y dellos poseedores.

Volviéronse por pasos conocidos
Con recato y aviso conviniente ,
Llegaron do perciben los oídos
Las ondas sometidas al tridente :
Fueron con alegría recibidos
Deste gobernador y de su gente ,
Y repartióse luego la comida
A cada cual, por orden y medida.

Mostró la gente nueva sus trofeos
Así como hazaña grandiosa ,
Y en ver algunos indios arceos ,
Desea ranchar quien menos osa ;
Luego salieron otros arrancheos
Diciendo que el burtar es dulce cosa ;
Recogióse de indios muchedumbre
Reducidos á dura servidumbre.

Para confirmaciones deste yerro
Que de mayores otros se deriva ,
Allí los señalaron con el hierro
Que de la libertad dulce los priva ;
Perpetuóse luego su destierro
Adonde cada cual muriendo viva ,
Poniéndoles prolijo mar en medio ,
En otro cautiverio sin remedio.

Gran número de indios ya vendido
Por las islas en públicos pregones ,
Trajeron del dinero procedido
Caballos, ropas, armas, municiones :
Fué cada cual soldado proveído ,
Segun aquellos tiempos y sazones ,
De lo que demandaban sus intentos ,
A fin de proseguir descubrimientos.

Luego micer Ambrosio determina ,
Con avio que tuvo por bastante ,
Dejar por algun tiempo la marina
E ir con sus designos adelante :
Gentes, caballos, armas encamina
Al Maracaibo lago circunstante ,
Pues como hallador desta alaguna
Quiso tentar desde ella su fortuna.

Partió pues en servicio del monarca ,
Toda su gente bien aderezada ,
Y como ya tomase la comarca
Del alaguna ya comemorada ,
Para pasar por ella hizo barca
De la ceiba que dejó declarada ,
Tronco de veinte pies en la grosura
Y de ciento y cincuenta de longura.

Ayudados de velas y de manos ,
En veces y viajes diferentes
Pasaron á los otros campos llanos
Que acia Santa Marta van corrientes ,
Donde poblaron pueblo de cristianos
En sitios que no fueron convinientes ,
Por ser un suelo seco, tan enjuto
Que nunca produció grano ni fruto.

Si no son datos, fruto de cardonés,
De que hay cantidad innumerable,
Que cogen en sus tiempos y sazones,
Y tienen por sustento razonable,
Y en aquellas provincias y regiones
De gustoso sabor y saludable,
Unos redondos, otros perlongados,
Blancos unos y otros colorados.

También demás de ser el fruto sano,
Tiene de buen olor suaves deijos;
Granillos menudicos, y á su grano
Parecen los del higo ser anejos;
El árbol del altura de manzano,
Pero de su blandura va muy lejos,
Pues son ramos rollizos con esquinas,
Cubiertos de espesísimas espinas.

En un pueblo de indios que allí estaba
Hicieron los cristianos el asiento;
Aqueste Maracaibo se llamaba,
De quien el lago tuvo nombramiento:
Allí no se cogía ni sembraba,
Mas era de rescates el sustento,
Y celebraban ferias y mercado
A trueco de la sal y del pescado.

Hizo micer Ambrosio de solares,
Segun orden, comun repartimiento,
Nivelando las calles y lugares
Para mejor trazar aquel asiento;
Nombraron de personas singulares
Oficiales, justicia y regimiento:
Fernando de Beteta fué teniente,
Que conoció do moro de presente.

Allí, sin ocasion justificada,
El Ambrosio, guiado por malsines,
Hizo matar al capitán Villada,
Que fué de los soldados mas insines:
De do quedó la gente desgraciada,
Y adevinando trabajosos fines,
Tuvo mala sospecha de alzamiento,
Pero consta que fué sin fundamento.

Era Caravajal el escribano,
Soldado mas astuto que valiente,
Que por ser en sus hechos inhumano
Después trataré dél mas largamente,
Porque mucho después alcanzó mano
En el mando y gobierno desta gente;
Y por sus desconciertos y malicia
Vinos cómo fué muerto por justicia.

De gente que este pueblo sustentaba
Españoles casados no contamos,
Aunque de la caterva que allí estaba
Algunos conocimos y tractamos;
Acuérdomme de solo Gil de Nava,
Item de su mujer Isabel Ramos,
Porque bajaron desde Venezuela
Mucho después al Cabo de la Vela.

Siguiendo pues propósitos y fines
Destas cosas de que memoria hago,
Trajo micer Ambrosio bergantines
Para mejor correr aqueste lago:
Recorrieron comarcas y confines,
Y mediante blanduras y halago,
Procuraron traer al que pelea
A la paz y amistad que se desea.

Unos caudillos van hasta la sierra,
Otros corren del agua lo cercano,
Unas veces por paz, otras por guerra
Donde fué menester sangrienta mano:
Al morador del agua y de la tierra
Con gran dificultad se hizo llano;
Mas de la vecindad no tan contentos,
Que no tuviesen muchos movimientos.

Andaban sospechosos y alterados,
Por no les parecer segura vida
Subyectarse por siervos y erizados
De la gente feroz recién venida;
Vlanse demás desto molestados
Cerca del proveer de la comida,
Que el bárbaro cercano no tenía
Si por rescate no se le traía.

De las tierras de sus pueblos distantes,
Desde donde venían labradores,
Con maíz y otras cosas semejantes
A rescatar con estos pescadores;
Porque estos indios, como dije antes,
Son de tierra tan seca moradores,
Que jamás se conoce tiempo frio,
Y el cielo pocas veces da rocío.

Por la molestia pues que voy diciendo,
De que estaban aquestos indios llenos,
Los del agua se fueron retrayendo,
Los de tierra también ni mas ni menos;
Los nuestros, alimentos inquiriendo,
Recorrian con barcos estos senos,
Tan lejos que tardaban muchos dias
En socorrer aquestas compañías.

Las cuales padecian entre tanto
De hambre molestísimo tormento,
Y tanto, que llegaban muy á canto
De miserable fin y acabamiento:
Mirábanse los rostros con espanto,
Curtidos del calor y grande viento,
Que tiende por allí soberbia mano,
A lo menos el viento subsotano.

Parte desto trabajos tan pesados
Solía remediar la pesquería,
Y caza de conejos y venados
Que mataba con perros quien tenía,
Y á cuestras de los miseros soldados
Toda la pesca y caza se traía;
Y no tenía la ración mas larga
Quien subyectó sus hombros á la carga.

Por ser igual el grande y el mediano
En semejantes términos y treguas,
Mayormente la parte de aquel grano
Que traían de mas de quince leguas
En los cansados hombros del cristiano,
Y no con los caballos ni las yeguas,
Por reservarlos en aquesta tierra
Para los duros trances de la guerra.

Pues demás de ser pocos, está claro
Ser necesarios en cualquier salida
Para hacer espaldas y reparo
A los que iban cargados de comida
Por tierra donde el pan costaba caro,
Y en agua se pagaba con la vida;
Pues fué también adversa la fortuna
A los que entraban por el alaguna.

Donde de muchos trances sucedidos,
Diré de dos docenas de soldados
Que llegaron á pueblos conocidos,
En amistad y paz confederados,
Do fueron de los indios recibidos
Y con alegres muestras regalados,
Y luego la fragata proveída
Hasta que mas no cupo de comida.

En la cual, por razon de estar tan llena,
No podia volver toda la gente,
Y no juzgaban por cordura buena
Dejar alguna parte del presente;
El cacique habló: «No tengáis pena,
Que yo daré recado conveniente;
Vayan los que gobiernan al navío,
Que todos los demás ternán avío.»

Por los aviamientos prometidos,
Aqueste capitán y sus soldados
No se mostraron desagradecidos,
Mas imprudentemente confiados;
Y los de la fragata despedidos,
Cuantos podían ir bien aviados,
Atenidos al ya dicho concierto
Los veinte se quedaron en el puerto.

Luego por las canoas importuna
El capitán al indio y á su gente,
Y recogieron del alaguna
Muchas por el cacique diligente;
Pero podían ir en cada una
No mas que dos personas solamente,
Un español á proa sin mas ropa,
Y para lo llevar un indio á popa.

Cada cual al pasaje se pertrecha,
Y en algunos, llegados estos leños,
No dejó de reinar mala sospecha,
Porque les parecían ser pequeños;
Y por ningunas vías aprovecha
Pedir otros mayores á sus dueños:
Quedarse pues en tierra no cumplía,
Porque no menor riesgo se corría.

Bien como cuando huye delincuente
De la muerte que tiene merecida,
Y sabe que al pasar alguna puente
Corre terrible riesgo de la vida,
Y con haber aquel inconveniente,
Escoge por mejor la tal huida,
Porque podría ser que la ventura
Allí le diese puerta mas segura:

No menos los confusos y perplejos
Tomaron por consejos menos locos
Hacerse con los pocos á lo lejos
Que quedar entre muchos siendo pocos.
Hicieron pues sus pasos circunflejos
Reconociendo ya minaces cocos,
Y fiando fieles de infieles,
Entraron en los débiles bajeles.

Un remo cada cual, sin otra vela,
Porstrado sin lugar do se sentase
El español que siempre se nivela
De manera que no se ladease
La fútil y lijera canabuella
Y con algun vaivén se zozobrase.
Van navegando juntos desta suerte
Aguas ejecutoras de su muerte.

Yendo corriendo pues el alaguna
Con navios de vasos tan estrechos,
Sin los amenazar otra fortuna
De la que ya llevaban en los pechos,
Dieron el gran vaivén todos á una
Que requerían los conciertos hechos:
Quedaron zozobrados los navios,
Y en el agua personas y atavios.

Vereis al resollar de los caídos
Cómo las aguas eran embarazos,
Los unos totalmente sumergidos,
Otros que hacen remos de sus brazos,
Y algunos que si destos son asidos,
No sueltan aunque los hagan pedazos,
Pensando ser aquel de quien afierra
Bastante para lo sacar á tierra.

Aquel que sobre el agua se mostraba
A cabo de muy poco no parece;
Quien con bebidas aguas arqueaba
En ellas se desmaya y entorpece;
Otro que de sus brazos confiaba,
Por no saber dó ir también perece,
Y de veinte los diez y nueve leños
Habellos recogido ya sus dueños.

Porque los indios, hechas las traiciones,
Huyéronse del triste naufragante
Mas sueltos que delfines ó tritones,
Llevándose los leños por delante,
Dándoles con las manos empellones
Por apartallos mas del circunstante,
De los cuales el agua cuanta era
En un solo vaivén echaban fuera.

Mas de los españoles el caudillo,
Cuando las confusiones y alboroto,
Su leño nunca quiso desasillo,
Y dió de puñaladas al piloto;
Su nombre no queremos encubrirlo,
Ni cumpla de memoria ser remoto,
Pues es el valeroso Juan Aceros,
Que vivos los tenía y muy enteros.

El espada sin vaina retenida,
Recogido no menos el escudo,
La canoa que tuvo bien asida
Desanególa lo mejor que pudo:
Apercibióse para la huida,
Después que se metió medio desnudo,
Con gran destreza la gobierna y rema,
Huyendo de la pérfida postema.

Mas los indios por no perder el lance,
Movidos del vigor con que él se mueve,
A grande prisa siguen el alcance
Todas las canabuellas diez y nueve;
El que huyendo va del duro trance
Cumple como varon con lo que debe,
Haciendo blandear el canaleta
Óremo, que en el agua saca y mete.

Como caza que sacan los ventores
Del alto para mas llana carrera,
Do por desatinalla cazadores
Le dan terribles voces donde clamera,
Y aunque mas asombrada de clamores
Procura del peligro salir fuera,
En busca de jaral ó de espesura,
Do tampoco halló mata segura:

Tras el buen español, que no desmaya,
Ansi gritando va la gente perra;
El cual, imaginando dónde vaya,
Tenía por mejor tomar la tierra,
Y con sumo sudor tomó la playa,
Donde también halló gente de guerra;
Pero dejada ya la canabuella,
Armóse del espada y la rodela.

Conoce de sus bados el motivo,
Y el patente peligro no lo ablanda;
Para tomallo pues los indios vivo,
Rodéalo por una y otra banda;
Los que venían tras el fugitivo
Perseveran también en la demanda;
Consulta sus potencias, y no alcanza
Refugio de que haga confianza.

Y conocida ya su triste suerte
Que con desconfianza lo convida,
Determinóse de vengar la muerte,
Antes de ver el cabo de su vida:
En un flaco lugar se hizo fuerte,
Con animosidad jamás vencida;
Y sus hechos en estas ocasiones
Sobrepusaron á las intenciones.

Porque los que llegaban mas exentos,
Con determinacion de echalle mano,
Volvían de sus golpes tan saugrientos
Que no los remediara cirujano:
Saltos veloces, bravos movimientos,
Con fuerza y valentía de tritano;
El espada no halla cosa dura,
Ni hueso do no haga coyuntura.

Viéndolo menear desta manera
La vil y mas que pérfida canalla,
Y cuán mal acababa su carrera
Aquel que mas cercano dél se halla,
Tomaron por partido desde fuera
Dar fin y conclusion á la batalla:
Tantos tiros y tanta piedra vuela,
Que le desmenuzaron la rodela.

Por mil partes estaba traspasado
De piedras y de flechas mal herido,
De innumerable gente rodeado:
Por todos cuatro lados combatido:
El cuerpo grandemente fatigado,
El ánimo jamás enflaquecido;
Mas para ejecucion de sus intentos
Estaban flacos ya los instrumentos.

Y al tiempo que la luz resplandeciente,
Que todos los planetas señorea,
Quería ya meter la roja frente
En la cerúlea y espumosa dea,
Espíritu vital del combatiente
Gesó, poniendo fin á la pelea,
Del sueño de la muerte poseído;
Mas aunque muerto nunca fué vencido.

Quedaron con él treinta derribados,
Otros cortados homilros y ternillas,
Y todos ellos atemorizados
De semejantes vueltas y rencillas;
Y los que después fueron castigados
Contaban cerca desto maravillas,
Y cómo, con estar el cuerpo vano,
Nunca soltó el espada de la mano.

Al pueblo pues llegado con bonanza
El navio y á buena coyuntura,
Y vista de los veinte la tardanza,
Por cierta se juzgó la desventura:
Determinóse luego la venganza,
Que no fué segun dicen poco dura,
Y aun á los del ejército sangriento
También fué de trabajos gran aumento.

Los cuales referirse por estenso,
Con la necesidad de aquella era,
Seria navegar por mar inmenso,
Y nunca poner fin á mi carrera;
Pero para lo dar á lo que pienso,
Digo que en el compás desta frontera,
Demás de tanto mal ser insufrible,
La plaga de los tigres fué terrible:

Tan fieros, atrevidos y caninos,
Que, con ser en su guarda muy atentos,
Algunos de los miseros vecinos
Fueron de tales fieras alimentos,
O ya tomándolos por los caminos,
ó sacándolos de sus aposentos;
Y en esta confusion y desventura
No podian dormir hora segura.

Hoy lo puede decir Fernán Gallego,
Que queriendo dormir en la ribera
Del laguna, donde puso luego
Un pedazo de red por cabecera,
El tigre deseoso del entrego
Arrebató la red y la montera:
Ileso lo dejó, mas destocado,
Y para no dormir escarmentado.

Pues visto que la fiera le enseñaba
El modo de tener buena crianza,
Dejándole la gorra que llevaba;
Destocado y en pié tomó la lanza,
Y toda la mas gente que velaba
Se pusieron al fin en ordenanza;
Y aun esta vela fué por tales modos
Que do velaban dos velaron todos.

Y así viendo peligros tan cercanos,
Y cada cual el riesgo que corría,
Velaron con las lanzas en las manos
Hasta que ya llegó la luz del día;
La red buscaron por aquellos llanos,
Y revolieron á la pesquería;
Hallaron en la playa por delante
Al tigre con intento semejante.

Porque, como la caza le faltase
Por dar el fiero golpe desviado,
Entre tanto que carne se hallase
Determinó cebarse con pescado;
E instinto proveyó que se guiase
Su pesca por un orden acertado,
El vientre descargando por la vera
Del agua, y en acecho puesto fuera.

Al cebo sucio que se le ponía
Cuando peje de tomo se llegaba,
En anzuelo de uñas lo cogía,
Con un gran manoplazo que le daba,
Y por entonces no se lo comía;
Mas en la misma playa los juntaba,
Pareciéndote ser intentos locos
Comenzar á comer teniendo pocos.

Pero vista la gente que venía
Con gritos y con armas y gran tiento,
Desamparó la pesca que tenía,
Y no huyendo sino á paso lento,
Por entonces cesó; mas otro día
Estando mas rabioso que hambriento,
Vió, yendo por la playa mariscando,
Un joven español estar pescando.

El español, temiendo la fortuna,
Como lo vió venir determinado,
Determinó huir al alaguna,
Y el tigre se metió tras él á nado;
Con lijeros alcances importuna
Al mozo de peligros rodeado,
El cual cuando cercano dél se via
Debajo de las aguas se metía.

Vallase de diestro movimiento
Debajo de las aguas, y nadaba,
Y cuando ya se via sin aliento,
En partes diferentes sobreaguaba;
Va la bestia feroz en seguimiento
A la parte y lugar do se mostraba;
No sabe ya dó vuelva ni qué haga
Para poder librarse desta plaga.

Andando pues así desta manera,
Rehuyendo de ser prenda y despojo,
Una vez sobreaguó junto á la fiera
Que queria pagarse del enojo;
Arrojóle la garra carnífera,
Y allí le hizo menos el un ojo;
Tornóse á zabullir incontinentemente
Y encomendóse á Dios devotamente.

Y en el punto que estaba ya dudando
De se poder salvar el buen isleño,
Acertamiento lué venir bogando,
Unos indios de paz en un gran leño;
Vieron el tigre, van tras él gritando,
Cuyo socorro fué nada pequeño,
Pues con flechas le daban tanta guerra
Que lo hicieron retirar á tierra.

El tigre desta suerte retirado,
Y por espesas matas abscondido,
Vieron al pobre mozo fatigado,
Y en la cabeza y rostro mal herido;
Fué dellos socorrido y ayudado
Y en la dicha canoa recibido:
El cual después sanó de la herida
Y tuvo que contar toda su vida.

Un negro fué después por el camino
Armado de rodela y media lanza,
Y al lado su machete vizcaino,
Segun entonces fué comun usanza;
Luego la bestia fiera sobrevino
Con aquella rabiosa destemplanza;
Fuéle forzado pues al de Guinea
Apercebirse para la pelea.

Y al tigre ferocísimo cercano,
Que con minace gesto se ponía,
Un golpe le tiró la diestra mano
Con la mediana lanza que traía;
Fué, puesto que le dió, trabajo vano,
Porque del duro cuero resurtía;
Saltó luego con él en un instante,
Y él puso la rodela por delante.

En ella fué la bestia sacudiendo
Con mano que el mejor arnés recela;
El negro va sus pasos retrayendo,
Amparándose bien con la rodela;
Ibase de los golpes deshaciendo,
E ya tenia menos una duela:
El negro se hallaba ya perdido,
Y en tres ó cuatro partes mal herido.

«Valedme, dice, vos, Rey soberano,
Favorecedme vos, Virgen entera,
Que soy hijo de rey y soy cristiano,
Indigno de morir desta manera;
No sea mi sepulcro el inhumano
Vientre de aquesta bestia carnífera.»
Acordósele luego del machete,
Que fué de su salud buen alcahuete.

Pues antes desto no se recordaba
Traello bueno y al siniestro lado,
Por ser tanta la priesa que le daba
Que lo traía muy desatinado;
Sacólo de la vaina donde estaba,
Y en el favor de Dios fortificado,
Tal golpe con sus fuerzas endereza,
Que le hizo dos partes la cabeza.

Concluyóse con esto la reyerta,
Escapando del trance trabajoso:
La carnífera bestia quedó muerta,
El negro de Gilofó victorioso;
Y porque la victoria fuese cierta,
Al pueblo, deste lance deseoso,
Llevó para señales conocidas
La cabeza del tigre y sus heridas.

Habia cirujano diligente
Que le curó los golpes de la fiera,
Mas no pudo sanar tan brevemente
Que no durase harto la carrera.
Llamábanle después Anton Valiente,
Y en hecho de verdad él se lo era.
Y por algunos dias después destos
No les eran los tigres tan molestos.

Mas había también enfermedades
De condiciones y maneras varias,
Con todas las demás necesidades
De cuantas cosas eran necesarias;
Rompiéronse también las amistades
De muchos indios que les daban parias;
No quería servir ya Juruara,
Y mató seis cristianos Arayara.

Viendo cerrado pues aquel portillo
Y del sustento déstos desconfiados,
Determinaron ir a descubrillo
Treinta valerosísimos soldados
Con el jurado Leiva por caudillo,
Que fué de los varones señalados;
Dos de caballo, los demás rodela,
Caminaron al Cabo de la Vela.

Descubrieron amplísimas zavasas,
Aunque llenas de cardos y de espinas,
Habitadas de gentes inhumanas,
Las cuales por allí llaman cocinas,
De tan ligeras piernas y livianas,
Que son á las de ciervos muy vecinas;
Es solo su sustento y su cosecha
Lo que les puede dar el arco y flecha.

Todos enjutos, altos, gente baza,
Y nunca jamás ropa ni atavío
A sus nerviosos miembros embaraza;
Son dados al sangriento desafío;
Tan diestros en la pesca y en la caza
Que no saben soltar tiro baldío;
Animosísimos en la pelea
Contra cualquier y donde quier que sea.

En el uso de su mantenimiento,
He de varones viejos entendido
Como suelen comer el escremento,
Y que después de seco y demolido
(¡Oh muy mas que bestial entendimiento!)
Lo tornan á meter donde ha salido:
Es gente torpe, sucia, vagabunda,
E usa de comida tan inmundada.

También estas sucísimas catervas
Suelen para comer moler cardillos
De los que se nos pegan de las yerbas,
Ó ya duros, ó cuando ternecillos;
Y son de condiciones tan protervas
Que no dejan regirse por caudillos,
Mas antes, el mas torpe y el mas ciego
Quiere hacer cabeza de su juego.

Hanse perdido por allí hajeles,
Y con la gente que salió perdida
Se mostraron perversos y crüeles,
Pues á ninguno dellos dieron vida;
Donde los chapetones ó noveles,
Pensando de hallar buena acogida,
Les hablaban por modos cortesanos,
Siendo mejor con armas en las manos.

Que el tigre no se precia de clemente,
Y el bruto mal entiende cortesia,
Y aun antes de topar con esta gente
Mucha de la perdida parecia
De sed, por ser la tierra tan ardiente
Y mas que la que mas en Berberia:
Hay jaqueyes allí que son aguadas,
Pero rarísimas y resguardadas.

Por allí se perdió con gente harta
El fraile don Martin Calatayude,
Obispo deste reino y Santa Marta,
De quien será razon que no me mude
Sin relatar, primero que me parta,
Aquello que yo ví y entender pude
De sus peligros grandes y sus daños,
El año de cuarenta y cuatro años.

Y aunque esto fué después de la yactura
De lo que voy diciendo de presente,
No quiero que se pase coyuntura,
Sino contarla luego brevemente,
Y acabada volver a la escriptura,
Concluyendo sucesos desta gente,
Porque las amistades que profeso
Me fuerzan á hacer este digreso.

Al tiempo, y en aquellos mismos dias
Que vido Blasco Nuñez el arena
De Indias, y en aquellas demasias
Cuya memoria da terrible pena,
Pasó de (Palos) un Alonso Diaz,
Piloto de la nave Magdalena,
Maestro Miguel Bóvedo demente
Y en pérdidas blasfemias insolente.

Cuya costumbre mala fué de suerte
Que después acabó como vivía,
Y Aguirre lo mató de mala muerte
En su rebelion y tiranía;
Y aun en la confusion de mal tan fuerte
Murió con las blasfemias que solía:
Este maestre pues en el navio
Usaba de su torpe desvario.

Y el buen obispo le reprehendia
Su costumbre bestial y deshonestá,
Y el Bovedo, que muy mal lo queria,
Por la reprehension serle molesta,
Quieren decir que dijo cierto dia:
«De una se libró y otra le resta,
Podria ser entrar do no saliese»;
Y no me espanto yo que lo dijese.

Mas algunos lo tienen por novela
De vulgo, que los mas libres embarga...
Yendo pues por el mar de Venezuela,
Llenas las velas y el escota larga
En demanda del Cabo de la Vela,
Do llevaban derecha su descarga,
Entraron do salida se resiste
Y en golfo que llamaron Golfo Triste.

Al salir se padece gran estrecho,
Por la corriente serles importuna,
Si no sobreviniere tiempo hecho
Que suele raras veces ó ninguna;
Y es el mayor trabajo sin provecho
Del que quiere vencer esta fortuna,
A causa de la brisa dar en frente,
Y como digo grande la corriente.

Desta navegacion mal advertidos,
Entraron en aquella pestilencia,
Y cuando conocieron ir perdidos
Valia poco buena diligencia,
Por ser de recios vientos combatidos
Con tan impetuosa violencia,
Que cuanto mayor era la tardanza,
Tanto mas se tardaba la bonanza.

Industria de la gente marinera
No faltaba de noche ni de dia:
Dan bordos á la mar y á la ribera,
Pero siempre la nao decaia;
Si algo se ganaba yendo fuera,
A la vuelta de tierra se perdia;
Al fin, que sola la desconfianza
Era de sus remedios esperanza.

Venian entre muchos pasajeros
Personas graves y de mucha cuenta,
Que juntamente con los marineros
En número pasaban de setenta:
Conoci muchos destos caballeros,
Y agora la memoria representa
A Sebastián de Almeida, lusitano,
Varon bien puesto y hombre cortesano.

Fray Melchior de Pie de Concha vino,
Del obispo ya dicho compañero,
Que deste reino fué provisor dino,
Religioso y honrado caballero;
Vino Juan de Valbuena, mi vecino,
El cual hoy da valor á nuestro clero,
Pues ya cansado del discurso luengo
Se revistió del hábito que tengo.

Pues escapándonos de los rigores
Del Mavorte feroz, crúel, airado,
Hicimos lo que hacen malhechores,
Que recogerse suelen á sagrado ;
Su gracia nos dé Dios y sus favores
Para llorar el tiempo mal gastado,
Porque con la mudanza del oficio
Se gaste lo demás en su servicio.

Vino Joan de Guevara, que muy caro
Fué del obispo queste mal recela ;
Y allí vino también aquel Alfaro
Que fué factor del Cabo de la Vela,
De quien tiene Monipox linaje claro,
Do vive con crecida parentela
De hijas que en virtud y hermosura
Tienen aquel valor que se procura.

Estos, con la restante turbamulta
Que de salvar las vidas tienen pio,
Entraron muchas veces en consulta
Para seguir el nuenos desvario ;
De cuyo parecer al fin resulta,
Que diesen al través con el navío,
Y por la playa con guerrera vela
Caminasen al Cabo de la Vela.

Mas como donde votan muchas gentes
Estriba cada cual en su conceito,
Otros, en este caso diferentes,
Daban el parecer por indiscreto ;
Pero sin mas mirar inconvenientes,
Dar al través pusieron en efeto,
Y así de ricas mercancias llena
En tierra zaborió su Magdalena.

Vereis de grandes olas multiplicos,
Cuyos embates llegan al entena ;
Vereis cómo los grandes y los chicos
Trabajan de saltar en el arena ;
Vereis pobres villanos cómo ricos
Se querian hacer á costa ajena,
Quitando de las cajas cerraduras
Para sacar costosas vestiduras.

Trocaban los pellicos y zurrones,
E sayos de remiendos cuarteados,
En muy pulidas calzas y jubones,
Guarnecidos de ricos entorchados ;
Y aquellos estopeños camisones
En otros por estremo bien labrados :
Cargan de seda, grana y lenceria,
Y de lo que mejor les parecia.

Vereis de gentes viles y mugrientas
Hechos soldados mas que fanfarrones,
Que bien pensaban caminar por ventas
Y de hallar á legua los mesones :
Hacian los pobres falsas cuentas ;
Y al fin bien parecian chapetones,
Porque guanibucanes y cocitas
Tan solamente venden flechas finas.

Al fin con todos estos embarazos
Tomaron tierra todos los perdidos,
Los mas dellos á fuerza de sus brazos,
Y todos rociados los vestidos ;
Y los bateles hechos mil pedazos
De grandisimas olas embestidos,
Y la nave que todos los pertrecha
En brevisimo tiempo fué deshecha.

Va por las aguas el prolijo parto
De mil mercaderias diferentes ;
Aquí viene la pipa y allí el cuarto,
Allí cajas de cosas excelentes ;
Tuvieron en la playa vino harto,
Conservas y otros muchos adherentes,
Holandas y rüanes, sedas, paños,
Testigos ciertos de tan grandes daños.

Juntos todos los náufragos en tierra,
Sin salir resistencia de contrarios,
El ocio y cobardía se destierra,
Por se hallar allí consiliarios
Que nombraron oficios para guerra,
Si por ventura fuesen necesarios :
Fué dellos capitán un caballero
Que iba de Panamá por tesorero.

El cual en guerra de indios ignorante,
Que como chapeton no la recela,
Armóse solamente de montante,
Siéndole muy mejor una rodela :
Mandó que caminasen adelante
En demanda del Cabo de la Vela,
Y el Miguel Bobedo como mas sabio
Guia por el aguja y astrolabio.

Los avisados llevan en las manos
Armas, pero también matalotaje ;
Mas aquella caterva de villanos,
Contenta con haber mudado traje,
Pareciales que con ir galanos
Aseguraban riesgos del viaje,
Aunque todos los mas para el camino
Llevaban barrilejos de buen vino.

Son por allí terribles los calores ;
De agua no se halla nacimiento,
Y con la sed los rústicos pastores
En el fuerte licor daban sin tiento ;
De manos ni de piés no son señores,
Ni aun para caminar á paso lento ;
Cesaron con la noche los caminos,
Y caminaban otros desatinos.

Pues uno no hallaba quien le corra,
Aunque fuese ligero como el viento ;
Otro tiene pendencias con su gorra
Porque le daba gran desabrimiento ;
Otro por decir gorra dice borra,
Otro que para él son pocos ciento ;
Uno lloraba y otro se reia,
Y el mas libre de todos hecho lia.

El de Guadalcanal ya despumado,
La claridad del día ya venida,
Por el obispo fué determinado
Que fuese cierta gente repartida
Para buscar por uno y otro lado
Fuente que proveyese de bebida ;
Mucho cardon ballaron, mucha tuna,
Y el agua que hallaron fué ninguna.

Mas aunque todos eran chapetones,
Y en este menester de pocas mañas,
Dieron en comer fruta de cardones,
La cual les refrescaba las entrañas ;
Y no sabieron estas invenciones
De hombre natural de las Españas,
Mas de un indio Gonzalo que venia
De Castilla con esta compañía.

Y luego cada cual se desatina
Haciendo de su vida poca cuenta,
Por ver el gran estremo de la urina
Que no menos que muerte representa,
Pues era toda como sangre fina
Cuando de las narices nos reventia :
Quejábanse del indio don Gonzalo
Por les mostrar aquel fruto tan malo.

El indio consultor riendo dice :
« De aqueste mal no moriréis ogaño,
Pues bien visteis que yo la salva hice
Sin querer extimirme deste daño ;
Nadie desmaye ni se escandalice,
Ni piense ser de muerte tal engaño,
Porque presto saldreis desta fatiga,
Y al médico podreis dar una liga. »

Visto pues ya que por ningunos modos
Descubrian refugio de bebida,
Por todas las zavasas y recodos
Desta tierra de mi bien conocida,
Determinaron de volverse todos
Al puerto do la nave fué perdida,
Para se proveer de mas brevaje
Y rehacerse de matalotaje.

Ven número de sedas increíble
Que el ánima de pena les traspasa,
Y el sayagués tomara lo posible
Sin que ninguno les pusiese tasa ;
Mas parecióles ser mas conveniente
Cargarse de bizcocho, vino y pasa :
Que el buen obispo sabio y escelente
Dió orden al avio desta gente.

Prosiguen su camino como antes,
Dejando mal afortunados puertos;
Son guías las agujas mareantes,
Pero también llevaban desconciertos;
Que los pilotos diestros y bastantes
En tierra no debían ser espertos,
Pues tenían mas breve la carrera
Si la derrota bien guiada fuera.

Porque cortando con mediano tino
Aquella travesía destes llanos,
En menos de dos días de camino
Dieran en poblaciones de cristianos;
Y así por no saber y mucho vino
Perecieron allí muchos cristianos,
Pues mal podía dallas buen seguro
Con inmenso calor el vino puro.

El uno daba fin á su carrera,
Otro vian caer á poco trecho,
Quien puede socorrer menos espera
Por no mirar á mas de su provecho;
Y el que quedaba tal que no muriera,
Los indios que venían en acecho
Lo hallaban dormido de tal suerte,
Que le daban el sueño de la muerte.

El noble se media y moderaba
En el vino por orden atentado,
Y se compadecía y esforzaba
En riesgo y en trabajo tan pesado;
Pero fray Melchior ya desmayaba,
Por ser un caballero delicado,
El cual con lacrimosas turbaciones
Al obispo habló tales razones:

«Señor y padre mio, yo me quedo
Do mi fortuna triste determina,
Pues aprovecha poco buen denuevo
Donde tan gran flaqueza predomina;
No falta voluntad, pero no puedo
Llegar donde sus vuelos encamina,
Porque los miembros del vital mieneco
Me niegan lo que pido mi deseo.

«Acabando me va la sed ardiente,
Ya descompuesta toda coyuntura;
La luz diurna mas resplandeciente
Noche se representa muy oscura;
Mi cuerpo miserable finalmente
Se queda, sin gozar de sepultura,
A ser escarnio destas gentes fieras,
O cebo de las aves carniceras.»

A nuestro buen obispo fué molesta
La determinación del compañero,
Mas con animosísima respuesta
El paso torpe hizo mas ligero,
Diciendo: «Tal bajeza como esta
No debía caber en caballero;
Que el ánimo del noble se conoce
Cuando le da fortuna mayor coce.

«Vuestra fatiga tengo conocida,
Pena, debilidad y sed terrible;
Mas no teneis el alma despedida,
Y el remedio no es inaccesible;
Y para conservar la cara vida
Mas habeis de hacer de lo posible;
Procurad que la muerte se detenga,
Y no la llameis vos antes que venga.

«Hágase la posible diligencia
En buscar un camino que se siga,
Que yo confío en Dios y en su clemencia
Que presto terná fin esta fatiga;
Vamos con vigilancia y advertencia,
Porque de gente amiga ó enemiga
No puede ya faltar tierra hollada,
Y rastros que nos den algun aguada.

«Y si nos viéremos en tales puntos
Que el alma del cuerpo mortal vuele,
E ya fueren los miembros tan difuntos
Que muerte los ocupe como suele,
Ambos á dos nos quedaremos juntos
Para que uno con otro se consuele,
Y acabaremos peregrinaciones
Con santas y devotas oraciones.»

Con tal exhortación, el reverendo
Parece que cobró mejor semblante,
E ya con trompezones, ya cayendo,
Procuró de pasar mas adelante.
Por undécimo día ya corriendo
Sin agua ver el triste caminante,
Y primero que viesen este día
Faltaron veinte desta compañía.

Vendo pues el cansado peregrino
Haciendo con los piés flacas mudanzas,
Y los demás guiados por el tino
Que prometen inciertas esperanzas,
Vinieron á topar con un camino
Que luego les mostró ciertas labranzas
Con maiz y con indico sustento,
Causa de crecidísimo contento.

Con un nuevo hervor incontinente,
Viendo la poca tierra cultivada,
Por una y otra parte fué la gente
En demanda del agua deseada;
Cercana se halló pequeña fuente
Que rodeó la gente fatigada,
Con tanta grita, priesa y alboroto,
Que no fué de locura muy remoto.

Uno quiere matar á quien le toca;
Otro por apartallo se le pega;
Uno mete los piés, otro la boca;
Este pudo llegar, aquel no llega;
Calla quien bebe, y otro lo provoca
A rencilla, rencor y pasión ciega;
Al fin de tantos el jaquey fué lleno,
Que presto lo hicieron como cieno.

Nunca plaza se vió tan alterada,
Al tiempo que reparten la comida
En alguna ciudad necesitada
Que es de partes estrañas proveída,
Y suele bofetón, coce y puñada
Andar también á vueltas repartida,
Cuanto fué la porfía y la batalla
Sobre el jaquey pequeño que se halla

Pero dados ya fines al ruido,
Del primero jaquey poco distante
Otro se descubrió mas estendido,
De claras aguas lleno y abundante,
Adonde cada cual fué proveído
Para poder pasar mas adelante:
Recreóse la flaca compañía,
Mas con algun des gusto todavía.

Porque de dos cocinas atrevidos,
Cada cual dellos sagitario fiero,
Fueron en el jaquey acometidos,
Teniéndolos allí como en terrero:
Quedaron tres ó cuatro mal heridos,
Entre ellos el ya dicho tesoroero;
Y queriendo los nuestros alcanzillos,
Huyeron mas veloces que caballos.

Causáranles mayores aflicciones
Naturales que son deste terreno,
Si por aquestos tiempos y sazones
No tuvieran un poco de mas freno,
A causa de cristianas poblaciones
Que ya predominaban este seño,
Cebados en la rica pesquería
De perlas que esta seca costa cria.

Apercebidos pues y dada cura
A los que lastimó dura saeta,
Vieron en estos llanos un altura,
Acia do caminaron vía reta;
Y es cerro que por ser de su hechura
Los españoles le llamamos leta:
Allí tentó subir la compañía
Para mirar la mar si parecía.

E uno que subió con mejor brio
A lo alto del cerro descubierta,
Del deseado mar y su desvío
Se pudo brevemente hacer cierto;
Pues vió desde las cumbres un navio
Venir por alta mar á tomar puerto;
Derramando la vista mas aposta
Vió gente de caballo por la costa.

La placentera voz del atalaya
Puso tales espuelas este día,
Que cada cual, sin ver por dónde vaya,
Vuela acia la parte que decía:
Salieron dos mancebos á la playa,
Do vieron gente del Andalucía,
A quien contaron lo que les pasaba,
Y de la gente que detrás quedaba.

De los nobles del Cabo de la Vela
Sabida la desgracia ya contada,
Cada cual con su gente se desvela
En ir á socorrer la fatigada,
Con aquel aparato que consuela
La que suele venir necesitada;
Pues llevaron á buenos y á los malos
Caballos y gran copia de regalos.

Destos generosísimos cristianos
Lleno de caridad salió primero
Aquel varon insigne, Castellanos,
Tesoro de virtud y tesoro;
Ansimismo llevó llenas las manos
Aquel maravilloso marinero,
Bartolomé Carreño, cuya fama
Con gran loor por Indias se derrama.

Salió su hijo Francisco Carreño,
De su familia grande rodeado,
Varon cuyo valor no fué pequeño,
Antes en buenos hechos señalado,
Y que también gozó del dulce sueño
Y licor del bicipite collado,
Conociendo los flujos y reflujos
Y del cielo sus cándidos dibujos.

Salió también Alonso de Barrera,
Alonso Diaz y Pedro de Gales,
Diego de Almonte, Alonso de Herrera,
Diego Nuñez y Pedro de Rosales,
Con otros muchos que en aquella era
Se tenían por hombres principales:
Todos van con regalos escelentes
A socorrer las fatigadas gentes.

Guió con mas presteza su carrera
Un Rodrigo de Funes, negro horro,
Y hallólos á todos de manera
Que fué bien necesario su socorro,
Y no deste peligro tan afuera,
Que muchos no quedasen en el morro;
Pero pasados brevecillos puntos
Los unos y los otros fueron juntos.

El obispo fué dellos recebido
Con gran honor y justa reverencia;
El parabién le dan de bien venido,
Y el pésame del mal tan sin clemencia:
Cualquier de los demás fué socorrido
Y regalado con magnificencia;
Al pueblo los trajeron, y á posadas
De cosas necesarias preparadas.

Hicieron grandes fiestas al prelado,
Remediaron al pobre peregrino...
Mas porque yo me siento fatigado
De tan prolijo y áspero camino,
Quiero volver las riendas al jurado,
Y á Limpias, capitan, que con el vino:
Y allí descansaremos, entre tanto
Que damos orden al futuro canto.

CANTO SEGUNDO.

Desde se trata como el jurado Leiva y Pedro de Limpias prosiguieron adelante por las zavasas del Cabo de la Vela y Soturma, en busca de alguna gente para guías, y de lo que les sucedió con unos indios que encontraron.

La gran velocidad y la soltura
Desta gente bestial, incorregible,
A los que la verán en escritura
Yo no me espanto selles increíble;
Mas aquí se recita verdad pura
Y aquello que me consta ser posible;
Porque testigos son todos de vista
Los que dan relacion desta conquista.

Es así pues que nuestra compañía,
Yendo por la zavana descubierta
Con deseo de ver alguna guía
Que les diese razon de cosa cierta,
Acaso vieron gente que venia,
Y con temor que no se les divierta,
Leiva y Pedro de Limpias se apearon
En el instante que los devisaron.

Venían cuatro bárbaros lozanos
Con cuatro hembras por zavasas rasas,
Y como devisaron los cristianos,
Enviaron las indias á sus casas:
Toman flechas y arcsos en las manos,
Y en furias encendidos como brasas
A los nuestros abrevian su corrida
Con intencion de les quitar la vida.

Pensaban amarrallos con cabestros
Y llevallos á todos enlazados,
Porque con los que fueron menos diestros
Estaban por allí mal enseñados:
Salieron al encuentro, de los nuestros
Pedro de Limpias y otros seis soldados,
Hablándoles de paz con una lengua
Que los indios juzgaron ser gran mengua.

Porque pospuestos los dudosos miedos,
Juzgando su valor por muy mas fuerte,
A voces y por señas con los dedos
Siempre les respondian desta suerte:
« Sentaos en el suelo, y estad quedos
Si no quereis morir de mala muerte:
Que no seremos con vosotros bravos,
Si fuerdes en servir buenos esclavos.»

Ya sus humores el sufrir enjuga
Viendo que los pretendían para siervos,
Y así cualquiera dellos apechuga
Por vellos tan insanos y protervos;
Mas era como ir una tortuga
En el alcance de lijeros ciervos;
Solo Limpias llevó pasos mas llenos
A causa de correr con los ajenos.

Espuelas apretó trás un mozelno
Y con el pecho pudo derriballo,
El cual se levantó luego del suelo,
Y cuando revolvió para tomallo
Se puso, no de salto mas de vuelo,
Encima de las ancas del caballo:
Por las areas aprieta y lo lastima
Sin que lo pueda desear de encima.

A derriballo mil veces amaga,
Por quedar vencedor en la contienda:
El Limpias no sabiendo qué se haga,
Ni cómo del muchacho se defienda,
El brazo revolvió con una daga,
Y dióle con la mano de la rienda:
El muchacho con tan atroce juego
En tierra traspasado cayó luego.

Estuvo nuestro Limpias muy á canto
De perder opinion en el viaje,
Y como nunca vieron otro tanto
Jamás en osadia de salvaje,
Quedaron todos ellos con espanto
De la velocidad y del coraje;
Y de los otros tres aun todavía
Cada cual á las armas revolvia.

Mas el Limpias, persona señalada,
Ya fuera de pacífico motivo,
Al uno derribó de una lanzada,
Y al otro del cabello trajo vivo;
El otro viendo burla tan pesada,
Huyendo se libró de ser captivo;
Y los nuestros, después guían la proa
Hacia la sierra de Coquibacoa.

Caminaron por campos descubiertos,
El indio que tomaron siendo guía,
Hasta que ya salieron á los puertos
Y bravas playas do la mar batía:
Halláronse rimeros de hombres muertos,
De mucho tiempo ya, según se vía,
Porque todos estaban consumidos,
Con no mas de los huesos y vestidos.

Al indio preguntaron, que quién era
La gente que hallaban en tal puerto:
El respondió ser gente marinera,
Que con tempestuoso desconcierto
La furia de la mar los echó fuera,
Y que de hambre y sed habían muerto:
Y que muchos también por estos flancos
Habían ellos muerto por sus manos.

Porque, yendo á buscar algun consuelo,
Si con algunos indios encontraban,
De miedo se sentaban en el suelo,
Y con halagos grandes les hablaban:
Los indios conociendo su recelo
Para hacello cierto los mataban;
Dijo: « barbudos eran y vestidos,
Mas no como vosotros atrevidos. »

Prosiguen sus caminos á la tierra,
Aquesta desventura percebida;
Hallaron sementeras en la tierra
Y en ellas mucha copia de comida:
Al encuentro salió gente de guerra,
De castellanias armas proveída,
Y toda la mas gente que venía
Era guanebucan y caquetía.

De la victoria ya tan confiada,
Segun las bravas muestras y semblante,
Que para cualquier dellos era nada
Fuerza del español que ve delante:
Piden los nuestros paz, no les agrada,
Porque el menor se juzga por gigante
Contra gente vestida, de quien piensa
Ser como los demás en su defensa.

En los naufragos miseros mostrados
Cada cual á los nuestros va derecho,
Tan atrevidos y desvergonzados
Como si todo lo tuvieran hecho;
Pero los españoles esforzados,
Movidos de grandísimo despecho,
Y de guerreras furias todos llenos,
A sus atrevimientos ponen frenos.

Aquí vereis un indio traspasado
Por pecho, por entrañas y ternillas;
Allí cabeza y brazo derribado;
Acullá jarretadas las rodillas;
Lleva gentiles bríos el jurado;
Pedro Limpias hace maravillas;
Tanta priesa les dan en las contiendas
Que el pueblo les dejaron y haciendas.

Vencidas estas gentes inhumanas,
Y recogidos indios mas de ciento,
Y espadas, alabardas, partesanas,
Con otras cosas de mayor momento,
Volvieron por los campos y zavañas
Cargados indios de mantenimiento;
Llegaron á su pueblo y á sus gentes
A tiempos y á sazones convenientes.

Después de mucho tiempo consumido
En ver y trastornar aquel terreno,
Micer Ambrosio supo ser venido
A gobernar un micer Joan el Bueno;
A Coro se volvió mal desabrido
Do lo halló de su salud ajeno;
Y por morir el Joan aquel invierno
Ambrosio se quedó con el gobierno.

Ansímismo murió Luis Sarmiento,
En todas buenas partes eminente,
Y en cama no con menos detrimento
El Ambrosio también cayó doliente,
Pero determinó mudar asiento,
Nombrando á Fedriman por su teniente;
Y después de mandarlo que convino,
A la Española hizo su camino.

Con gana de se ver convalécido
De su debilidad y enferma saña,
Teniendo desta isla conocido
A su salud no selle tan estraña,
Por haber allí siempre residido,
Factor seyendo de la gran compañía.
Y no le sucedió mal el aviso,
Pues luego tuvo la salud que quiso.

Estuvo ciertos dias donde digo
A causa de le ser la tierra sana.
Quando de Coro fué, llevó consigo
A un Bartolomé de Santillana,
A quién después yo tuve por amigo,
Persona de valor, sagaz y urbana:
Y á este, por ser hombre diligente,
Quiso nombrar Ambrosio por teniente.

Porque del Fedriman, por ser brioso
Y ambicioso varon de su cosecha,
Estaba grandemente sospechoso:
Y cierto no fué vana la sospecha;
Pues de la cosa que él era dudoso
Bien podia tenella ya por hecha,
Con prometer cumplir su mandamiento,
Sin hacer de la costa mudamiento.

Mas, apenas Ambrosio mudó cama,
Quando despidió el todo reposo,
Y con aquel ardor de ganar fama,
No receló quedar por mentiroso:
Creyendo de fortuna que lo llama
A hacer algun lance venturoso;
Y así mandó juntar alguna gente,
Y dicen que les dijo lo siguiente:

« Señores: la memoria nos ofrece
Un dicho de los sabios repetido,
Y á todo buen juicio le parece
Que no debe cubrirse con olvido,
Y es este: que ningun premio merece
El hombre que se está siempre dormido;
Pues el honor, valor, riqueza, ciencia,
Se ganan con la buena diligencia.

» Nunca se dan á ftojos los honores;
Abate los mas altos la torpeza;
Caminos son derechos los sudores
Para poder llegar á gran alteza,
Y salsas de ningunos sinsabores
Los trabajos, vigiliyas y aspereza;
Pues lo que se ganó con pesadumbre
Tiene después sabor y dulcedumbre.

» Pudiera dar ejemplos de pasados
Que fueran á propósito traídos,
De pobres diligentes levantados,
De prósperos ociosos abatidos;
Taburlanes de gloria coronados;
Dionisios de corona despedidos;
Pero basta traer á consecuencia
Aquello que se ve por esperiencia.

» El bien que la fortuna le ofrecia
Perdió Velazquez por su negligencia,
Y con Cortés usó de cortesía,
Aunque dijeron ser inobediencia;
Mas es gran vanidad y bobería
De gentes que no tienen advertencia,
Pues no fueron sus hechos soberanos
Ocasiones soltando de las manos.

» Para poder hacer empresa bella
Ocasion de presente la tenemos,
Y no conviene desasirnos della
Recelando sucesos con extremos;
Pues en satisfaccion de la querella
Que podria tener el que tenemos,
Yo me prefiero dalle tal disciplina
Que todos quedeis libres de mi culpa.

» Quanto mas que yo tengo por muy cierto
Que va de su salud mas apartado,
Y fué temeridad dejar el puerto
Donde pudiera ser mejor curado;
Y aun es esta la hora que está muerto
Segun lo vistes ir debilitado,
Pero de vuestro daño muerto ó vuelto,
Todos podeis dormir á sueño suelto.

» Porque yo me daré tan buena maña,
No solo por razon, mas por derecho,
Que no solo mitigue cualquier saña,
Pero se sienta bien de nuestro hecho
Por los señores de la gran compañía,
De los cuales está yo satisfecho,
Que serán muy servidos y contentos
En no les dilatar descubrimientos.

»Abreviémonos antes que se parta
Otro descubridor de menos sueño ;
Pues Lerma sale ya de Santa Marta ;
Por vía de Cubagua va Sedeño ;
Hierónimo de Ortal da prisa harta
A venir con avío no pequeño :
E yo sé que terneis por cosa dura
Ser preferidos otros en ventura.

»Inconvinientes pues asegurados,
Mi parecer sin otro repugante
Es, que pues vamos bien aderezados
Procuremos pasar mas adelante :
Podrá ser que nos llamen nuestros hados
A tierra rica, llena y abundante,
Y que solicitud buena nos eche
Donde tan gran miseria se deseché.

»La gente principal desta frontera
Ya nos sustenta mal y con gran pena,
Y alguna por la dar á forastera
Se quedan hartas noches sin su cena :
Busquemos otra tierra mas entera
Donde podais comer á costa ajena,
Que ya la grande falta de comida
Pide con gran instancia la partida.

»A Dios pongo, señores, por testigo
Ser para vuestro bien esto que quiero,
Y que llevais en mi fiel amigo,
Un llano capitán y compañero :
Por tanto conceded con lo que digo
Como de vuestro gran valor espero,
Y cada cual de mí se satisfaga
Que no le diré cosa que no haga.»

Dijo su voluntad, y á lo que creo
Ninguno la tenia discrepante,
Vencidos del grandísimo deseo
Que tenían de ir mas adelante ;
Porque para hacer mayor empleo
Era su Fedrimán hombre bastante ;
Y así de los soldados de mas cuenta
Se pudieron llegar ciento y cincuenta.

Esteban Martín, Limpias y Navero,
Pedro de Aranguez, noble vizcalno,
Alonso Zarco, Barrios, Montiveros,
Y el valeroso mozo Juan Florino,
Que en buenos hechos fué de los primeros ;
Con ellos fué también este camino
El padre fray Vicente Requejada,
Y él me dió relación desta jornada.

Y el buen capitán Martín de Arteaga,
Que escrita me la dió mas largamente,
Y no sé con qué lengua satisfaga
Méritos de varón tan excelente ;
Pues según su valor la mayor paga
No es ni puede ser equivalente ;
El cual aun vive hoy dentro de Coro
Mas lleno de virtudes que de oro.

Fué la demás esclarecida gente,
Soldados valerosos escogidos,
Cuyos nombres callamos de presente
Por no poder ser todos referidos :
Llevaron diez caballos solamente ;
De lo demás van bien apercebidos,
Abrevian caballeros y peones
Por evitar algunos trompezones.

Caminaron al sur por barlovento
De Coro, do la gente se ballaba,
Porque por el cuartel de sotavento
El Maracaiño los desengañaba :
Siguiéron pues aquel descubrimiento
Que mas prosperidad representaba ;
Atravesaron sierras en efecto
Y llegaron á Barraquicimeto.

Ameno valle ven y tierra llana,
Fértil y pobladísima ribera.
Asentó Fedrimán en la zavana
Que de su nombre dél es heredera.
Enferma lleva gente castellana
Que seguir no podia su bandera :
Dejólos con recado conveniente,
Y anduvo con el resto de la gente.

Mucha gente de indios se congrega,
De rigurosas armas proveída ;
Nicolao Fedrimán con paz les ruega,
Loando su pacífica venida :
Al fin por la distancia desta vega
Fué de todos la paz bien recibida,
Y celebradas estas amistades
Socorrieron á sus necesidades.

Con todos se compone y averigua,
Descubre pueblos sin ponelle tasa,
Los indios alterados apacigua
Por hallar por allí blanda la masa ;
Vido la población de Hacarigua ;
Aguas de Amoradore rio pasa ;
De paz la tierra toda va llamando,
Algunas piezas de oro rescatando.

Llegó después con breves escuadrones
Hasta Húmbana, provincia buena,
La cual de populosas poblaciones
Estaba por allí no menos llena :
En los vecinos hay alteraciones,
Y todos ellos recibieron pena
De ver que sus labranzas y riberas
Se hollasen de gentes estrangeras.

Amenazan con belicosos petrechos,
Diciéndoles : « volved á esotra mano »,
Dándose de palmadas en los pechos,
Que son señales de furor insano ;
Pero con pretension de sus provechos
Ruégales con la paz el Fedrimano :
Dicen no querer hombres en sus senos
Que no saben si son malos ó buenos.

Y del crecido número de gente
Y fieros escuadrones de desnudos,
Uno dellos hablaba solamente,
Que todos los demás estaban mudos ;
Nicolao Fedrimán volvió la frente
No queriendo probar filos agudos,
Ni menos esperar golpe de flecha
A causa de la paz que deja hecha.

Que no por no tener filos aceros
Para les refrenar sus movimientos,
Pues eran él y aquestos compañeros
Enseñados en grandes rompimientos ;
Mas porque el contador dicho Naveros
No dejó de hacer requerimientos,
Que no rompiese nuestra compañía
Si la de los contrarios no rompía.

Volvióse Fedrimán cuasi derecho
De do la gente flaca se quedaba ;
Algunos indios iban en acecho
Con deseo de ver dónde paraba :
Imaginóse ser concierto hecho
Con otra gente que de paz estaba,
Porque cuando pasasen aquel rio
Por ambas partes diese gran gentío.

Mas el buen alemán, que sagaz era,
Como quien del asalto se recela,
Dió muestras de dormir en la ribera,
Asentó toldos, y sacó candela ;
Mas el reposo fué de tal manera
Que ninguno dejó de estar en vela
Con intencion que el agua peligrosa
Pasasen con la noche tenebrosa.

Al tiempo pues que con nocturno velo
Pierden floridos campos sus colores,
Y no da resplandor el alto cielo,
Presentes oscurísimos vapores ;
Cuando gozan amantes del consuelo
Que toman de sus tóxicos amores,
Con miedo del ejército salvaje
Orden dió Fedrimán á su pasaje.

Tácitamente cada cual soldado
Del vestido comun se desabriga ;
Y como no podían hallar vado
Que con seguridad un alma siga,
Unos en balsas van, otros á nado
Pasando con grandísima fatiga,
Y cuando luz de Febo reverbera
Hollaban ya sus piés otra ribera.

Luego con parecer de espaz vaso,
Peon y caballero bien armados
A gran prisa salieron á lo raso
Buscando los lugares escombrados,
Donde los temerosos deste caso
Se hallaron de indios rodeados
Por una y otra parte del ejido,
Pero sin alboroto ni ruido.

No levantan de arena tantos granos
Combates de terribles torbellinos,
Por playas secas ó hollados llanos
De grande cantidad de peregrinos,
Cuantos indios venian ya cercanos
Ocupando los pasos y caminos;
Y el indio que acullá habló por todos
Aquí quiso tener los mismos modos.

Con las flechas y arco muy á pique,
Se vino luego acia vuestra gente,
Diciéndoles: « Ya viene mi cacique
A daros un grandísimo presente,
Y de lo que mandó que os notifique
Podeis ver el efecto brevemente;
Dilatad algun tanto la partida
Porque mejor se guise la comida. »

Viendo los nuestros el intento loco,
Marcharon con el orden que convino.
El avanguardia guia poco á poco
Aquel Pedro de Aranguez, vizcaino,
Sin dar mas ocasion de la que toco:
Ya cuando comenzaba su camiuo,
Con agudo harpon y paletilla
Le pasaron las armas y espaldilla.

Revuelve luego no con furia poca,
Y cuando sus venganzas apareja,
Otro le segundaron por la boca
Cuya punta salió por el oreja;
A muy mayor venganza se provoca
Cobrando furias de costumbre vieja,
Y para se hacer del daño pago
Arremetió, diciendo: ¡ Santiago!

Llevando ya la lanza levantada,
A indio hablador vido delante,
Al cual atravesó de una lanzada,
Y rompe por la gente circunstante:
La batalla cruel es comenzada;
Mire por sí la parte litigante;
Para nias mal Alecto sale fuera
Sin quedar Thesifone ni Megera.

Estas tres furias encendieron luego
De furor infernal humanas pechos;
Aviva la pasión bélico fuego;
Venise patentes los sangrientos hechos;
Comiézase mortal desasosiego;
Hallábase los pocos en estrechos,
Por ser tan limitada su defensa
Y la de los contrarios ser inmensa.

Mas el buen Nicolao les decia:
« ¡Ea, señores, que la gloria es nuestra,
Y este de que gozamos es el dia
Para que deis á indios clara muestra
De la fuerza, vigor y valentia
De que Dios ha dotado vuestra diestra:
A ellos pues, y en el encuentro fiero
Cada cual mire por su compañero! »

Comienzan á romper por escuadrones
Con el veloz vigor de los caballos;
A las espuelas llevan los peones
Por ayudarse dellos y ayudallos;
Suenan alborotadas confusiones;
Esfuerzan los caciques sus vasallos;
Indios aquí y allí vereis caidos,
Muertos los unos y otros mal heridos.

Sus filos las espadas allí ceban;
Empléanse los hierros de las lanzas;
El Limpias, Artega y el Estéban
Confunden las indianas ordenanzas;
Fedrinán y el Aranguez allí prueban
Sus fuerzas no ser vanas confianzas;
La grita, voceria y el estruendo,
Los vaporosos aires va rompiendo.

Cercéanse narices, muelas, dientes;
Derribanse penachos á montones;
Golpes de sangre salen de las frentes;
Cortábase las humanas proporciones;
Infinidad de flechas van pendientes
De las colchadas armas de algodones,
Que si no llegan á hacer heridas
Fueron de sus harpones detenidas.

Como toro que lidian los villanos,
Que ya del suelo, ya de talanquera,
Tantas garrochas salen de las manos
Que le cargan el cuerpo de madera,
Y ha menester tener los piés livianos
Quien pica siendo larga la carrera,
Pues ya por las espaldas le resuella,
Ya lo hiere, lo mata y atropella:

No menos á las partes sucedia
En aquestos recuentros porfiados,
Por ser gran cantidad de becheria
La que cuelga de sayos estofados;
Mas el de cuatro piés que los seguia,
Bufaba por espaldas y por lados,
E ya los huella, ya los desharata,
Ya los deja caidos, ya los mata.

Anda la furiosa diligencia,
El sol ardia, hierven movimientos,
Cobra mayores fuerzas la pendencia
Con indios que llegaban por momentos;
Hitivana perdía la paciencia,
Por no poder salir con sus intentos:
A voces reprehende sus alardes,
Llamándoles de viles y cobardes.

Donde manifestaba sus enojos
Era parece ser cierto repecho:
Puso Estéban Martin en él los ojos,
Y allá con gran furor rompió derecho.
Ejecutó la lanza sus antojos
Hasta salir la punta por el pecho;
Y como las entrañas le rompiese,
Al alma dan lugar por do saliese.

Aquellos que procuran de vengallo
Quedaban hechos postas y tasajos;
Tiraban dél, mas no pueden sacallo
Por se lo defender crueles tajos;
Mataron á Naveros su caballo,
Aumento de sus penas y trabajos,
Pues aunque fué valiente y esforzado,
Era para peon muy delicado.

Al tiempo pues que Febo dividia
Con sus dorados carros la carrera,
Y en aquel hemisferio repartia
En dos partes el eje del esfera,
Y la mudable sombra se metia
Ya debajo de quien la causa era,
Otro principal indio hizo falla,
Y así dejaron todos la batalla.

Pues las bárbaras gentes despedidas,
Los nuestros de quietud necesitados,
Coraron al Aranguez las heridas,
Y á los demás que estaban lastimados,
Algunos en gran riesgo de las vidas,
Aunque todos de muerte libertados;
Y el débil de flaqueza fuerza saca
Para ir á buscar su gente flaca.

Porque por los encuentros descubiertos
Cualquier varon de término discreto
Imaginara ser ya todos muertos
Por los indios de Barraquicimeto;
Y así, como varones bien expertos,
A buscallos volvieron en efecto:
Quiso Dios que primero que llegasen
En medio del camino los topasen.

Porque para dejar aquella parte
No les faltó también discreto miedo,
Por ver andar los indios de mal arte
Y no podelles ver el rostro ledo:
Holgáronse de ver el flaco Marte,
Aunque cuasi los mas con buen denuedo;
Y juntos los cristianos escuadrones
Iban á las amigas poblaciones.

Peró poco después que se juntaron,
Yendo do piensan ser bien alojados,
En unos campos rasos encontraron
Cuatrocientos gandules bien armados:
El Limpias y el Estéban les hablaron
Como los vieron tan alborotados,
Diciendo: «Pues de paz es vuestra tierra,
¿Cómo nos recibis en son de guerra?

»Pues mal no recibis de los cristianos,
E ya se celebraron amistades,
Apartemos las armas de las manos,
Huyamos de contrarias variedades:
Que no pide razon á pechos sanos
Pagalles con cautelas y maldades;
Y si haceis de flechas confianza,
No menos, si no mas, pica la lanza.»

Estuvieron suspensos por un rato,
Aunque las manos puestas en la flecha;
Y así viendo los nuestros el recato,
Certificáronse de la sospecha
De ser participantes en el trato,
Y no sin culpa de la maldad hecha;
Y por tener lugar y ocasion bella,
Determinaron de valerse della.

Arremetió la gente castellana,
Los indios desterraron sufrimiento;
Los unos y los otros tienen gana,
Y así se concertó su rompimiento:
Rios de sangre van por la zavana,
Clamores rompen el lijero viento,
Inquietud llegó, huye reposo,
Recuento se revuelve sanguinoso.

Rómpanse los flecheros escuadrones
Con impetu feroz de los rocines;
Impiden ya su huella los montones
De los indios que fueron mas insines:
A los restantes hacen los peones
Que viesen luego miserables fines,
Pues el cacique solo quedó vivo,
El cual del Arteaga fué captivo.

Recogieron las joyas de caídos,
Levantó corazón el mas inerte;
Quedaron de los nuestros diez heridos,
Mas ninguna herida fué de muerte.
Fué freno para muchos atrevidos
El sucedelles bien aquella suerte,
Y así los vivos, vistos los efectos,
Pacíficos vinieron y quietos.

Después de los encuentros sucedidos,
A Hacarigua guian sus pisadas,
Adonde fueron todos recibidos
Como de gentes atemorizadas;
Y de aquella provincia despedidos,
Apaciguando gentes alteradas,
Procuran ya por paz, ó ya por guerra,
Descubrir mas secretos de la tierra.

No sin recelo de guerreras tramas
Dieron en unas grandes poblaciones,
Do no faltaron amorosas llamas,
Pues por ser de tan bellas proporciones
Le llamaron el valle de las Damas.
Con las demás anejas condiciones
En usar de grandísima franqueza
De aquello que les dió naturaleza.

Dejadas estas gentes ya sujetas,
Yendo por un gran llano cierto dia,
Oyeron tal ruido de cornetas,
Que pareció que el mundo se hundia:
No tuvieron sus ánimas quietas
Hasta bien percibir lo que seria,
Y vieron descender de unos recuestos
Innumerables bárbaros compuestos.

No multiplican áticas colmenas
Los enjambres de abejas tan poblados,
Ni revuelve la mar tantas arenas
Cuando sus vientos andan mas turbados,
Cuanto se ven aqui campañas llenas
De sagitarios fieros y esforzados,
Untados todos ellos con resina,
O mara que llamamos trementina.

Venían los caudillos de salvajes
Con diademas de oro coronados,
Encima superbísimos plumajes;
Los rostros de pinturas variados;
A las espaldas llenos los carcajes,
Los arcos en las manos preparados,
Con tan feroz y bravo continente,
Que hacían temblar al mas valiente.

Los nuestros dicen: «En lugar estamos
Do cumple que las manos apretemos.»
Pedro de Limpias dijo: «No temamos,
Ni tanta muchedumbre recelemos:
Holguemos y comamos y bebamos,
Que nosotros al fin los venceremos.»
Era montañésico mal limado,
Y esto decía él medio mascado,

Como quien no bebió licor de Apolo,
Sino lo que le dió crasa Minerva;
Separatísimo de todo dolo,
Pero de condicion algo proterva;
Mas en valientes hechos tal, que solo
Bastaba para toda la caterva:
Conocilo y tratélo largamente,
Y aun á su muerte me hallé presente.

Dando pues orden nuestra compañía
A lo que deste caso sucediese,
Al indio que llevaban para guía
Preguntaron las lenguas que dijese
De quién era la gente que venia,
Por qué fines ó causa se moviese:
Que declarase bien qué cosa era.
El indio respondió desta manera:

«Sin tormento de fuego ni de agua
No receleis que la verdad os niegue;
Mas no sabré decir qué mal se fragua
Hasta tanto que ya la gente llegue;
Pero conozco ser Catimayagua
Con otro principal dicho Cateague,
Y son los otros dos que veis de cara
Geooagúa y Badurajara.

»Y no creo que vienen por venganzas
En venir unos de otros apartados:
Antes creo que vienen de labranzas,
Pesquerías ó cazas de venados;
Pero por sí ó por no, de vuestras lanzas
No vivais por ahora descuidados,
Porque si vienen ellos de mal arte,
Tengo yo de llevar la peor parte.»

Oído por los nuestros lo que toco,
Quel indio caquetito les decía,
Parecía ser consejo loco
Querer romper tan grande compañía;
Y así determinaron poco á poco
Irse quietos acia do venia,
Y los indios también sin sobresalto
Bajaron á los llanos de lo alto.

Después que ya llegaron á lo llano,
Bajando cada cual por su ladera,
Un tuerto gentil, hombre bien lozano,
A todos les tomó la delantera,
Y cerca del ejército cristiano
Con brio les habló desta manera:
«¿Quién sois, á qué venis, ó quién os manda?
¿Qué desigño tenéis, ó qué demanda?»

Estéban respondió: «Somos cristianos,
De religiones el mejor tesoro;
Venimos en demanda de los llanos,
Y por decir verdad buscamos oro;
Somos también carísimos hermanos
Del cacique Manaure, rey de Coro.»
El indio, viendo que en Manaure toca,
Dióse ciertas palmadas en la boca.

Y luego con el rostro mas sereno
Les dijo: «Si es de paz vuestra venida,
Por ser hermanos de señor tan bueno,
Tengo por bien dejaros con la vida:
Vamos, pues así es, á mi terreno,
Do todos hallareis buen acogida,
Y de cualquier asalto de enemigo
Seguros podeis ir, pues yo lo digo.

Aunque rieron que por tales vias
Fuesen del indio tuerto convidados,
Juntáronse con estas compañías
El dicho Fedrimán y sus soldados,
Y entre los indios fueron ocho días
Ellos y sus caballos regalados,
Y diéronles después matalotaje
Para que prosiguiesen su viaje.

Despedidos por términos urbanos,
Dieron, muy lejos ya desta frontera,
En un pueblo de chipas en los llanos,
Gente brava, feroz y carnicera.
Carne hallan asada los cristianos:
Comieron sin que sepan de quién era;
Mas ojos propios los hicieron ciertos,
Hallando piés y manos de hombres muertos.

Luego vereis estar imaginando:
Unos que ven y no quieren creello,
Otros en otra parte basqueando,
Otros para bostar mover el cuello,
Otros ó los mas dellos vomitando,
Otros meter los dedos para ello,
Otros quisieran con aquellas sañas
Abrirse con sus manos las entrañas.

Desabridos de gente tan malina
Que siempre de la paz anda huyendo,
El sabio Nicolao determina
Ir gentes mas humanas inquirendo.
Y aun también de volver á la marina,
Valles y serranías descubriendo;
Y dieron luego por aquella via
En un pueblo de gente caquetia.

Hallaron los vecinos ser absentes,
Alzado de las casas todo ato,
Porque por tener nuevas destas gentes
Vivian con grandísimo recato;
Mas á tractar de cosas indecentes
El cacique volvió desde á buen rato,
Y sobre cierta cosa que pedia,
Al Fedrimán habló con osadía.

El dicho Fedrimán lo halagaba
Por los mejores modos que podia;
El indio con furor se desmandaba
Con una mas que loca fantasía;
Fedrimán, viendo su protervia brava,
Dióle con una caña que tenia;
El áspero gandul echando fuego
Al bosque montuoso se fué luego.

El cual con furiosos movimientos,
Por encenderse mas en el coraje,
Ciertos polvos tomaba por momentos,
Y ansimismo bebió cierto brebaje;
Hizo luego de indios llamamientos,
Da flechas al ejército salvaje,
Que las lenguas (de bien hablar desnudas)
Se traspasaban con puntas agudas.

Con esta gente que del monte saca
Con un bravo furor diciendo viene:
«Hombres de mal vivir, gente bellaca,
Que de sudor ajeno se mantiene,
Dadme sin mas tardar una hamaca,
Que no sé qué soldado me la tiene:
Donde no, bien podeis tener por cierto
Que cada cual de vos ha de ser muerto.»

El Fedrimán mandó se la buscasen,
Y sin poner excusa se la diesen:
Buscan; y como no se la hallasen,
Y los intentos malos conociesen,
A las lenguas mandó que le rogasen
Que por tan poca cosa no riñesen,
Pues otra gente de mayor pujanza
Sabia domeñar su fuerte lanza.

El indio fiero dijo: «No me espanto
De dardos ni de lanzas de hinojos,
Pues otros mas valientes forman llanto
Cuando me ven encarnizar los ojos;
Y agora, pues estamos muy á canto,
Veis si pueden algo mis enojos:
«¡Aquí, tigres, aquí, gente no civa,
Haced de suerte que ninguno viva!»

No viene con tal fuerza torbellino,
Impelido de grandes ventisqueros,
Ni en Indias aguacero repentino
Barre con tanta furia los oteros,
Cuanto furor, braveza y desatino,
Mostraron estos bárbaros guerreros:
El ímpetu fué tal y tan horrendo,
Que los nuestros se iban retrayendo.

Cobran los bárbaros mayores bríos,
Teniendo ya por fácil acaballos,
Ampáranse los nuestros en bubios
Hasta poder subir en los caballos.
Decia Fedrimán: «¡Aquí los míos!»
El Uriorebui: «¡Aquí, vasallos!»
Mas los de cuatro piés ya salen fuera:
Ellos harán bien ancha la carrera.

Fedrimán, Limpias y Estéban Martínez
Y Martín de Arteaga con Berrio,
Por tales vias guían sus rocines,
Que ningun golpe daban en vacío;
Y tanta priesa dan los paladines,
Que la corriente sangre hace río:
Bartios, y Joan Florin y Alonso Zarco
Cortan aquí y allí macana y arco.

Mas aunque cantidad de indios mueran,
Y vean uno y otro ya difunto,
Los vivos todavía perseveran,
Sin que de su furor aflojen punto:
Uriorebui pica tan de veras
(que ningun español se llega junto,
Y Limpias, viendo sus encuentros fieros,
A él encaminó sus piés lijeros).

Bien pensó de camino derriballo;
Mas la tal esperanza salió vana,
Por le desbaratar lanza y caballo
Con dos terribles golpes de macana;
Fingió que le buia por ceballo,
Y el indio lo siguió de buena gana;
Cambió los hierros al arzon trasero,
Y acertóle por el degolladero.

Cayó, mas no cayeron los motivos
De los que procuraban su venganza;
Pero como quedaban pocos vivos,
Quedó superior cristiana lanza.
Quisieron mas morir que ser captivos
Los que no concluyó tan gran matanza;
Pues cuatro que escaparon destas suertes
En cierta parte se hicieron fuertes.

Fueron por todas partes rodeados
De los nuestros, al modo de corona:
Serian dos docenas de soldados
Y el mismo Fedrimán por su persona,
Donde fueran sus sesos derramados
A faltar el escudo de Belona;
Mas viendo de los suyos diez heridos,
Rompió por los indios atrevidos.

Entrando por guerreros embarazos,
Alzó la maza quien su mal recela;
Mas el buen Arteaga con sus brazos
Púsole por delante la rodela,
Que del golpe se hizo tres pedazos;
Y aunque del Fedrimán fué gran tutela,
Al Arteaga dió con tal denuedo,
Que le sacó la uña del un dedo.

Era la furia tan embravecida
Y el ánimo protervo desta gente,
Que ninguno se quiso dar á vida,
Aunque se lo rogaban blandamente;
Pero la vital trama fué rompida
Tomando los dos vivos solamente.
Fedrimán por huír otro reproche
Acordó de salir á media noche.

A tino caminaron sin señales,
En demanda de pueblos que decian;
Guiábanlos aquellos dos zagales,
Mas tan perversos eran los que guían
Que siempre los metían por breñales
Donde de sed y hambre perecían:
Trajéronlos así cinco jornadas,
Y al cabo los mataron á lanzadas.

Muertos los indios pues en la montaña,
Estéban procuró buscar camino,
Porque ninguno tuvo mejor maña,
Ni en adalid se vido tan buen tino :
El mas oculto rastro desentraña
Hasta dar con el bárbaro vecino,
Sin lo sentir la mas asluta vela,
Y oía de una legua la candela.

Yendo pues por el hosque fatigado,
Sin poder descubrir favor humano,
Pequeño ramo verde vió quebrado,
Que hizo su trabajo mas liviano ;
Pues vido claramente ser tronchado,
No por irracional, sino por mano
De hombre que por esta selva iba
De los humanos tratos muy esquiva.

En aqueste compás hizo parada,
Luego con vigilancia dió rodeo,
Vido señal de pié mal señalada,
Mas tal que satisfizo su deseo ;
Prosiguió por la via comenzada
Para hacer mas cierto su rastreo,
Hasta que descubrió con ojos ledos
Impreso carcañar y cinco dedos.

Prolijo rato va tras esta prenda,
O ya con la ganar, ya con perdella,
Pues para perfeccion de su hacienda
No le cumplia desasirse della :
Al fin le dió ventura cierta senda,
Do se mostraba mas patente huella ;
Esperó la hambrienta compañía,
Que por señales suyas lo seguía.

Desque llegaron donde los espera,
Dadas á todos buenas esperanzas,
Tomó dellos la gente mas lijera,
Siguiendo de las trochas sus usanzas ;
Y después de romper larga carrera,
Dieron en fertilísimas labranzas,
Sin grano seco, mas maiz en berza,
Do su contento tuvo mayor fuerza.

Camino se halló luego patente,
Por el cual sin ningunos alborotos
Caminaron á paso diligente,
Sin querer admitir contrarios votos ;
Toparon poblacion de cierta gente,
De los que por allí llaman ilotos,
Y cuando el sol cubria sus cabellos
Con voz de ¡Santiago! dan en ellos.

El pueblo se mostró de esfuerzo fallo
Y turbado de grande desatino,
Por les acometer de sobresalto
Y por nunca jamás visto camino :
Al fin los mas huyeron á lo alto
Del monte que tenían por vecino ;
Captivaron la gente detenida,
Y hallaron gran copia de comida.

Llegó la resta de la compañía,
De hartura y descanso bien angosta,
Velóse por el orden que solía,
Y aun otros muchos mas velan aposta ;
Recogen alimento, y otro día
Tomaron el camino de la costa,
Pues para descubrir mas adelante
Juzgaban no tener gente bastante.

Y demás de la breve compañía
Amenazabalos también el agua
Y fuerza del invierno, que venía
Muy mas impetuosa que en Veragua :
Guiáthalos ya gente caquetia
Del pueblo que se diz Sarasaragua ;
En efecto con cantidad de oro
Salieron á la costa y á su Coro.

Por abril de quinientos y mas treinta
Con mil un año mas de los que sigo,
Llegó la dicha gente macilenta
Y el dicho Fedrímán alonde digo ;
Donde micer Ambrosio representa
Ser digno Fedrímán de gran castigo,
El cual era venido sano y bueno,
Aunque desta pasion el pecho lleno.

Hizole luego cargo del esceso,
Y con prisiones estendió su saña ;
Cerró para sentencia su proceso,
La cual fué de destierro para España ;
Al fin él pareció preso y opreso
Ante los grandes de la gran compañía,
Donde le dejaremos por agora,
Pues para tratar dél verná su hora.

Después de pronunciada la sentencia,
Ambrosio recogió toda la gente,
Del cual quiero también hacer ausencia,
Por me sentir cansado de presente
En recontaros tanta menudencia
Cuanta veis en el canto precedente ;
Pero la conclusion y paraderos
Podreis ver en los cantos venideros.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo micer Ambrosio volvió, con la gente que recogió en la ciudad de Coro, al pueblo que dejó poblado en el Maracaibo, y de la entrada que hizo por aquella via.

Muchas veces el hombre con prudencia
Desastres venideros asegura,
Y muchas con tener gran advertencia
Y buscar su sazón y coyuntura,
Le vale poco buena diligencia
Por no tener propicia la ventura ;
La cual cuando derrama sus regalos
Suele quitar de buenos para malos.

Porque con hombres, que razón repunan
Que hallen para bien lugar abierto,
Usa magnificencias la fortuna,
Sin consideracion y sin concierto ;
Y suele la virtud estar ayuna
Sin que pueda gozar descanso cierto :
Y así de sus antojos hace leyes,
Eso me da con bajos que con reyes.

A Próculo dotó de gran imperio,
A Mauricio y á Tito Coruncanó,
Y de pastor de vacas á Galerio
Para subir á él le dió la mano ;
Puso también en grande vituperio
A Policrates y á Valeriano,
Con muchos otros mas, cuya subida
Fué grande, mas menor que su caída.

Lo cual suele hacer por estos senos
De Indias y de sus descubrimientos,
Do vimos abatidos muchos buenos
Y encaramados bajos pensamientos ;
Aunque experiencia muestra que los menos
Salieron dellos ricos y contentos,
Como micer Ambrosio, cuya historia
A muchos que son vivos es notoria.

Los cuales dicen ser varón notable
En hechos y palabras que decía,
Solicitud, conversacion loable,
Vigilancia, viveza, valentia ;
Mas no le fué fortuna favorable,
Pues dentro deste reino, do venía
Con amago de próspera ventura,
A la puerta le dió la sepultura.

Agora pues para la tal jornada,
La cual aquella gran sabiduría
Para otro tenía reservada,
Hizo juntar aquella compañía,
A hambres y trabajos tan usada,
Que ya no recelaba turbio día ;
Y vino con pertrechos y recado
Al Maracaibo que dejó poblado.

Halló la gente del mal affligida,
De enfermedad y hambre fatigada,
Con grandísimo riesgo de la vida,
Y de socorro ver desesperada :
Regocijáronse con su venida,
Como quien la tenía deseada ;
Y á su necesidad tan insufrible
Ambrosio socorrió con lo posible.

Y reparados razonablemente
De cosas necesarias al camino,
A su casa llamó toda la gente
Deste lugar y la que con él vino,
Con intención de les hacer patente
Su cierta voluntad y su desino;
Y después de comunes prevenciones,
En sunia les habló tales razones:

«Carisimos hermanos y señores,
A quien yo tengo por amadas prendas,
Bien veis que por buscar otras mejores
Dejastes vuestras casas y haciendas,
Y á trueco de trabajos y sudores
Colocaros en prósperas viviendas,
Do fuese la labor de vuestras manos
Heredera de premios soberanos.

»Pero lo descubierta no da muestra
Para que tal efecto se consiga
En esta parte, donde vuestra diestra
Jamás temió peligro ni fatiga;
Y es menester que la jornada nuestra
Mucho mas adelante se prosiga,
Hasta poder hacer algun empleo
Donde satisfagamos el deseo.

»Parar aquí fué cosa conviniente,
Porque no se sufría salir antes,
Hasta tener caballos y mas gente,
Y noticia de tierras abundantes:
Tenemos ya recado suficiente
Y guias que parecen ser bastantes;
Ansimismo tenemos en la mano
El apacible tiempo del verano.

»Está la gente bien apercebida,
Y á causa del trabajo tan continuo,
Aquellos que escaparon con la vida,
Muy mas purificados que oro fino:
Al fin punto de honra nos convida
A que ya nos pongamos en camino;
Demás desto riqueza, gloria y fama
Se llega por momentos y nos llama.

»En mi terneis en toda la conquista
Medido capitán y buen amigo;
La muestra desto ya la tenéis vista,
Con otras muchas cosas que no digo:
Conviene pues hacerse luego lista,
Y ver los que podrán salir conmigo;
Y cualquiera persona baja ó alta
Pida, que yo daré lo que le falta.

»Todos comiencen á hacerse prestos,
Y á la lista que digo se presenten;
Mas los casados y los indispuestos
No quiero que en la nómina se cuenten,
Pues quedarán soldados con aquestos
Que los sirvan, regalen y sustenten;
Y si nos diere Dios lo que le ruego,
El socorro y remedio verná luego.

»Dejamos ya de paz esta frontera;
Y como con agravios no se tienta,
Andando los demás por allá fuera,
Se podrán sustentar mas largamente;
Y gobernallos ha con paz sincera
Aquel que yo les deixo por teniente,
Que es el jurado Leiva, de quien siento
Toda modestia y buen comedimiento.

»Queda Bartolomé de Santillana
En Coro con poderes muy bastantes,
Yaron que nunca supo ser mañana
En socorrer negocios importantes:
Antes acudirá de buena gana
Si se rebelan indios circunstantes;
Y sé que ya por paz, ó ya por guerra,
Os asegurará toda la tierra.

»Confiado de tales amistades,
Ningun temor me da la larga via,
Conociendo de vuestras voluntades
Estar siempre conformes con la mia:
Dad orden pues á las necesidades
Para poder salir al sexto dia,
Y el caballero y el peon ordene
Lo que para su rancho le convenga.

A su razonamiento dados fines,
Con determinacion ya rosoluta,
Tocaronse trompetas y clarines,
Y cada cual sus mandos ejecuta:
El Vasconia y el Estéban Martínez
Tomaron á su cargo la minuta,
Que serian doscientos y cincuenta,
Y fueron de caballo los cuarenta.

Apréstase la lanza y el espada,
El éscopil, celada y la rodela,
Esperando la hora señalada,
Que por ninguno dellos se recela;
Y ordenaron salir con el armada
A la costa del Cabo de la Vela,
Con determinacion y con intento
De proseguir aquel descubrimiento.

Ya la era del Hijo de Maria,
Mediante movimientos regulados,
Ocho cabales lustros recorria,
Con tres quiniientos años acabados,
Cuando la valerosa compañía
Destos descubridores memorados
Se llegaron al término marino
Para prosecucion de su camino.

Luego la costa abajo se despacha
Ambrosio con tal orden de guerrero,
Que no se le pudiera poner tacha
Por otro (de esperiencia) mas entero.
Llegaron pues al rio de la Hacha,
Que deste nombre tal es heredero
Por una que perdió cierto soldado
Al tiempo que pasaba por su vado.

Llegados al paraje que se trata,
Dieron á su camino mas reposo,
Por hallarse maiz, yuca y batata,
Y ser terreno ya mas abundoso.
Salióles al encuentro Boronata,
Indio guanebucán y belicoso:
Tuvieron un recuento porfiado;
Mas Boronata fué desbaratado.

Dejadas ya las flechas y el poporo
Por el guanebucán feroz, robusto,
Esta gente paupérrima de Coro
Tomaron un poquillo de buen gusto,
Por recoger allí joyuelas de oro
Y ensangrentar las manos el mas justo:
Entonces ansimismo dió caducida
Del idolo de oro gran noticia.

La fama del cual era no muy flaca,
Y aun todavia por aquellos puestos
Suena su voz, y por rason se saca
Sus miembros ser de buen grandor compuestos.
Pues dicen lo llevaban en lamaca
Diez ó doce gandules bien dispuestos:
Túvolo Boronata por grandeza
Y por ostentacion de su riqueza.

No faltaron después buenos ventores
Que ventaban la caza por defuera,
Siguiéndola por los alrededores
Hasta las sierras dichas de Herrera;
Mas no fueron tan buenos rastreadores,
Que pudiesen topar la madriguera;
Trabajó su pedazo Castellanos,
Pero también sus pasos fueron vanos.

Eran guanebucanes gente brava,
Y cuando competian dos señores
Seguian al que mas se lo pagaba
Y mejor premiaba sus sudores;
Y tiénese por cierto que ganaba
Quien podia gozar de sus favores:
Fué gente principal, rica, gallarda,
Pueslo que la demás era bastarda.

Y así se deseaba por momentos
Dar en guanehucanas poblaciones,
Por ver la majestad de sus asientos,
Demás de recoger en ellos dones
Que hacen á perdidos y hambrientos
Trastornar diversísimas naciones;
Y aquí fueron tan grandes los caudales
De oro, que lo muestran las señales.

Antes fué gran caudal, y en tiempo mio
Un Fernán Sanchez tuvo tal ventura,
Que yendo por orilla deste río
La barranca dél hizo hendedura,
Y descubrió frontero de un budio,
En una muy antigua sepultura,
Una olla con cantidad de oro,
Que fué remedio de su pobre lloro.

Ambrosio pues con esta golosina
Siguió riberas desta y de otras aguas,
Sin le quedar por ver brazos de Urina
Ni sus pequeñas barcas ó piraguas:
Con mano mas sangrienta que benina
Pasó por los bubures y cendaguas;
E ya de joyas de oro pertrechado,
Al valle de Upar fué, que hoy es poblado.

Fué yo de los primeros pobladores,
Y allí pude tener alguna mano,
Pues padecí trabajos y sudores
Pesados de llevar al cuerpo humano;
Mas á fin de buscar tierras mejores,
Lo que me daban tuve por liviano,
Y cuando conquistar allí me plugo
Mandaba don Alonso Luis de Lugo.

Nombró por capitán al buen Salguero,
Que bien puede gozar deste renombre
Por ser en las virtudes tan entero,
Que no le viene largo mayor nombre:
Deste reino descubridor primero,
Y en la conquista suya cabal hombre;
El cual después como varon cristiano
A las cosas del mundo dió de mano.

Pues él y su mujer Joana Macías,
Que de valor no tiene menos prenda,
Ofrecieron en medio de sus días
A Dios todo su ser y su hacienda,
Plantando para santas compañías,
En las casas que son de su vivienda,
Una tal y tan ilustre monasterio
De monjas, que lo tengo por misterio.

A él ya le llegó la fatal hora,
Con tal muerte cual fué su santa vida:
Es ella de presente la priora
Con ejemplo y virtud esclarecida,
En la ciudad de Tunja, donde mora,
Y tiene gloria y fama merecida:
Lleve Dios adelante sin zozobra
Una tan santa y tan heroica obra.

Aquesto dije, por venir á cuento,
Del valle de Upar, donde voy entrando,
Y al Ambrosio me vuelvo descontento,
Que lo veo destruyendo y asolando
Con furia de rigor sanguinolento;
Ausimismo caciques abrazando,
Aunque recuentros tuvo no muy flacos
De guanaos, itotos y aruacos.

Potentes escuadrones y ordenanzas
De pedregosas sierras abajaban;
Mas rigurosos hierros de las lanzas
Los encendidos pechos resfriaban
De los que con mas locas confianzas
Caminos comenzados estorbaban;
Al fin, el enemigo ya mas manso,
Tomaron algun tanto de descanso.

Recrearon los cuerpos fatigados;
Aunque siempre con grande vigilancia;
Iban muchos á caza de venados,
De que estos campos tienen abundancia;
Hallaban muchedumbre de pescados
En los rios de aquella circunstancia;
No dejaba también gente lijera
De correr una y otra cordillera.

Recorriendo pues tierra del Upare,
Recogido de oro montoncillo,
Pasó de las zavañas de Zazare,
Y río que llamamos de Vadillo,
Las de Guatapori y Garupare,
Pasando muchos indios á cuchillo,
Y los de Pacabueyes anihila,
Y los de gente blanca y de Chimila.

Siguió mas adelante su camino
Con gente victoriosa y esforzada,
De los cuales no era menos dino
Ni su lanza la menos estimada
Fernando de Alcocer, que es hoy vecino
En este nuevo reino de Granada,
A cuya relacion voy obediente,
Pues él á todo se halló presente.

Micer Ambrosio pues con importuna
Hambre, que no consiente que se trueque,
En seguimiento va de su fortuna,
Mediante relacion de cierto jeque,
Hasta venir á dar al alaguna
De la provincia de Tamalameque,
Donde halló de indios muchedumbre,
Que dió luego la paz con mansedumbre.

En una isla destas residia
El indio Cumujagua, generoso,
Que fué señor á quien obedecia
Un número de gente grandioso:
Este los recibió con alegría
Dentro de la ciudad de su reposo,
Adonde por hallar todo remedio
Estuvo con los suyos año y medio.

Tuvieron el recado conviniente,
Sin ofrecerse guerra ni combate,
Y ovieron de los indios buenamente
Mas de cien mil ducados de rescate;
Cudicia, que de males es la fuente,
Y á cosas indebiditas nos abate,
Hizo prender al indio caballero
Para poder sacalle mas dinero.

Viendo los indios ya que sobre paces
Usaban de tan ásperas afrentas,
Procuran ordenar guerreras haces
Que de temor pudiesen ser exentas,
Juntando de canoas muy capaces
Un número de mas de cuatrocientas,
Y en ellas embarcaron estas gentes
Tres mil indios gallardos y valientes.

Luego la gran caterva de salvajes
Aprietan en las manos canaletes,
Todos con superhísimos plumajes,
Joyas de oro, pectos, brazaletes,
A las espaldas puestos los carcajes,
Algunos ansimismo con almetes:
Daba la vista deste moviniento
Temores con algun contentamiento.

Ambrosio, que los vió venir al puerto
Con estos capacísimos bateles,
Mandó poner los suyos en concierto,
Cubrir caballos con usadas pieles;
Y cada cual, como varon esperto,
A su caballo puso cascabeles,
Creyendo que por no ver otro tanto
Causaran á los indios gran espanto.

Dejando los caballos abscondidos,
Quiso salir con solos los peones,
El á caballo, solo, con vestidos
De las colechadas armas de algodones;
Y estando por buen orden digeridos,
Llegaron los indianos escuadrones,
Los cuales con gentil brio de guerra
Tomaron todos juntos luego tierra.

El indio capitán, á quien subyecto
Era todo varon que con él vino,
Con ricos brazaletes y con pecto,
Y ansimismo celada de oro fino,
Al Ambrosio dió cuenta del efecto
Porque se comovieron al camino
Diciendo: «¿Nuestras obras y halago
Debian merecer aqueste pago?»

» Decid, ingrata gente y estranjera,
¿En las tierras adonde sois vecinos
Acostumbran pagar desta manera
Los que son hospedados peregrinos?
¿Suiclen pagar al amistad sincera
Con tan desordenados desatinos?
¿Recompensan el buen acogimiento
Con tan torpe desagradecimiento?

» Aquí llegastes flacos y hambrientos,
Mal parados de guerras y contiendas;
Salimonos de nuestros aposentos
Por daros mas á gusto las viviendas;
Fuestes bien proveidos de alimentos,
Partimos con vosotros las haciendas:
Pues ¿dó se sufre tan dañado pecho
Contra quien tantos bienes os ha hecho?

» Mal puede confiar de fuerte lanza
Una gente tan mal agradecida;
E ya se nos acerca la venganza
Crüel y justamente merecida:
Pues no querrá tan próspera pujanza
Cual veis hacer en balde su venida,
Si no se redimieren vejaciones
Con quitar al cacique las prisiones.

» Y pues aquestos son medios humanos,
Y para desterrar guerras molestas,
No seais temerarios ni livianos
En acudirnos bien con las respuestas;
Y si no, preparad luego las manos,
Porque los indios ya las tienen prestas,
Y en comenzando conocereis luego
Del arte que jugamos este juego.»

Ambrosio no por esto hizo blanda
Su dura voluntad, mas antes digo
Que á dos ó tres soldados de su banda
Mandó que lo sacasen por testigo
De cuan en poco tiene su demanda,
Pues lo tenia con un piedamigo,
Y cuando salió dijo con voz grande:
«Ninguno de vosotros se desmande;

» Que no me libraré guerra rompida,
Ni yo tal consejo ni tal quiero;
Pues aunque vayan estos de vencida,
Y vuestro poder quede muy entero,
Algunos hemos de perder la vida,
Y está claro que yo caeré primero;
Pues veis las gentes que conmigo vienen,
Y del arte y manera que me tienen.

» Comportemos ahora nuestra suerte:
Que si por fuerza de armas esto fuese,
Por darme vida me dareis la muerte,
La cual huir queria si pudiese;
Y como razon buena los concierte,
Ellos me soltaran sin interese,
Pues aunque me detengan tiempo luengo,
Muy mal les podré dar lo que no tengo.»

Con aquellas palabras se resfría
La cólera de indianos escuadrones,
Puesto que parte dellos insistía
En lo librar de aquellas aflicciones;
Porque lástima grande los movía,
Viéndolo con tan ásperas prisiones;
Y Ambrosio, que á razon no se subyeta,
Hizo luego señal con la trompeta.

Con tal furor caballos ocurrieron,
Que pareció hundirse bajo y alto:
Los indios por tal orden lo sufrieron,
Que ninguno de vida quedó falto,
Y con gentil compás se retrajeron
Sin representacion de sobresalto;
Y hecho de la tierra su desvío,
Se metió cada cual en su navío.

Volvieron sin hacer la diligencia
Que su primera furia deseaba,
Enojós convertidos en paciencia,
Sin que sacasen tiro del aljaba:
Tanto pudo con ellos obediencia,
Por respecto de quien se lo mandaba,
El cual en lo guiar por esta vía
Tuvo la libertad que pretendía.

Habia Nicaho, pueblo potente,
Una legua y aun mas desta comarca,
En una cierta isla diferente
Que grande poblacion ciñe y zarca:
Para pasar á ella nuestra gente
No podían haber remo ni barca,
Y el morador tenia por su muro
El agua, do pensaba ser seguro.

Para pasar remedios indagando,
Ambrosio dijo: «Yo me determino
Que vamos todos juntos atentando
Por donde el agua da mejor caudino;
Pues ya podría ser que vadeando
Llegásemos al bárbaro vecino.»
Su parecer juzgaron por discreto,
Y luego lo pusieron en efeto.

Camino de la isla van derechos,
Por donde el agua niénos impedía;
Al cuello por lo menos ó á los pechos,
Y á vuela pié, segun mejor podía,
Fueron aquestos atrevidos hechos;
Pero llegaron do se pretendía,
Y el bárbaro que pudo hacer guerra
Nunca les impidió tomar la tierra.

Pudiendo con sus barcas ó piraguas
Rodearlos por una y otra banda,
Y antes que se saliesen de las aguas
Dalles una gentil escurribanda;
Mas ellos, fuera de guerreras fraguas,
Esperaron cual fuese su demanda;
Y así los recibieron blandamente,
Sin conocerse rostro diferente.

Y aun en tierra pudieran ser rompidos,
Por traer los caballos fatigados,
Y no faltos de agua los vestidos,
Pues todos ellos iban empapados;
Pero demás de ser bien recibidos,
Bastantemente fueron regalados,
Y aun aumentaron buenos crecimientos
Al oro, que eran todos sus intentos.

Y trastornando donde se barrunta
Estar algunas joyas del vecino,
Un ataud se vió de una difunta,
Todo hecho de hoja de oro fino:
Esta con lo demás fué luego junta,
Porque dejalla fuera desatino,
Y pesó, segun dicen baquianos,
Cinco mil y quinientos castellanos.

A grandes esperanzas se despierta
La gente, con presa tan subida,
Diciendo que el sepulcro de la muerta
A los que estaban muertos daba vida;
Mas es el ataud memoria cierta
Que pone por delante la caida;
Cébo fué por agora y añagaza,
Pero tal que los vivos amenaza.

De manera que estaban satisfechos
De no poder erralles esperanza
Con muy mayores colmos de provechos;
Pero fallábales fuerza de lanza,
Porque vinieron pobres de pertrechos
Para romper alguna gran pujanza;
Y así se concertó volver á Coro
Con treinta y cinco mil pesos de oro.

A fin de hacer dellos un empleo
De cosas necesarias al armada:
Gentes caballos, armas y el arreo
Que podía pedir larga jornada;
Y para perfeccion de su desseo,
Con gran brevedad fuese la tornada,
Pues con muestra de lo que represento
Tenían presto buen aviamiento.

Nombraron pues para la tal carrera
Veinte y cinco maguanimos soldados,
Los cuales sé decir que donde quiera
Pudieran ser varones estimados:
Estos iban debajo la bandera
De Vasconia, que sigue duros hados,
Y el Ambrosio quedaba con el resto
En la provincia donde hizo esto.

Salieron proveidos de recuaje
De indios, do llevaban la moneda,
E iban prosiguiendo su viaje,
Ya por zavana, ya por arboleda,
Y en el valle de Upar en buen paraje,
Parecióles mejor mudar vereda,
Teniendo por larguísimo camino
Guiarse por el término marino.

Sino, de su buen tino confiando,
Del cual estaban todos satisfechos,
Al Maracaibo ir atravesando
Por caminos que fuesen mas derechos;
Pues iban por la costa rodeando
Y opuestos á mas daños que provechos;
Y por tener por bueno su conceto
Todos se dispusieron al efeto.

Siendo pues la intencion de todos una,
Ya de comida mal apercebidos,
En la demanda van del alaguna,
De su derrota no muy divertidos;
Pero guiábalos mala fortuna
Para pagar los yerros cometidos,
Y así dieron en tierra tan sin gente,
Que no pudieron ver cosa viviente.

Prosiguieron el infelice curso
Mas número de dias que cuarenta,
Sin poder descubrir en el discurso
Contra su tan famélica tormenta
De yerbas ó de frutas un recurso,
Que en tiempo tal los miseros alienta;
Y el mas veloz y de mejor anhelo
No levantaba ya los piés del suelo.

Quien por zavasas escombradas iba,
En lo limpio hallaba trompezones:
Una pequeña paja lo derriba,
Aire flaco le da mil empellones;
Ya la lumbre del sol les es nociva,
No pueden percibirse sus razones,
No se esfuerzan los pocos á los pocos,
Porque todos andaban como locos.

El que va prosiguiendo su camino,
Luego se torna acia donde sale,
Predominándolo gran desatino:
Riqueza llevan; pero ¿que les vale?
Que mal puede hartarlos oro fino,
Ni puede descubrir quien los regale,
Y aquel que hace rentas y vasallos
De tanto mal no puede libertallos.

En esta mas que miserable vida,
A tanto las locuras se estendian,
Que humana compasion fué despedida,
Y enormes desconciertos acudian;
Pues para proveerse de comida
Mataban de los indios que traian:
Hecho que por maldad se solemniza,
Y al cristiano varon escandaliza.

Mal satisfecha la hambrienta saña,
Sigue su confusion el caminante,
Y aunque se daban todos flaca maña,
El oro se llevaba por delante,
Hasta venir á dar á la montaña
Del dicho Maracaibo circunstante,
Donde, por ser difícil la salida,
Esta gente quedó muy mas perdida.

El mas brioso se sentia laso,
El mancebo robusto desnayado;
Vasconia no podia ya dar paso
A causa de tener un pié llagado;
El resplandor del sol les es escaso
Por caminar por bosque muy cerrado;
Finalmente, que ya los flacos Martes
Allí se dividieron en dos partes.

Y á la raíz de un árbol señalado
El oro se dejaron abscondido,
De tal manera puesto y enterrado,
Que nunca hasta hoy ha parecido,
Aunque con diligencia fué buscado
Por Francisco Vanegas, advertido
Por uno destes, de quien diré luego,
Mas en el atinar estuvo ciego.

Quedó Vasconia pues con seis ó siete,
Y no sé cuántos indios en cadena,
Los cuales degolló crúel machete
Para manjar infame de su cena:
Un Francisco Martin y un Alderete,
Teniendo la comida por obscena,
Las pisadas siguieron al instante
De los otros que van mas adelante.

Los que quedaron, sobre particiones
De pierna, pié, de mano, brazo, codo,
Tuvieron ciertas bregas y pasiones,
Pues Vasconia partía de tal modo,
Que daba muy escasas las raciones
A los otros, tomándoselo todo;
Y así, por no tener con él pendencia,
Huyeron los demás de su presencia.

Quedóse solo con furor horrendo
Do debió fenecer con mala suerte;
Los otros adelante van huyendo,
Temiendo cada cual que con su muerte
Había, ya despierto, ya durmiendo,
De ser mantenimiento del mas fuerte,
Pues la maldad á tanto se estendia,
Que del mayor amigo nadie fia.

Algunos del consorcio dividido
A Cucuta salieron juntamente,
Rio después acá muy conocido
De sierras deste reino descendiente;
De la barranca del luego se vido
Canoa con dos indios solamente,
A los cuales, por seña conocida,
Demandaron socorro de comida.

Los indios, dos, de ver nuevo gentío,
Estuvieron confusos y perplejos;
Mas conociendo su hambriento pio
Con rostros que á la hambre son anejos,
Bajaron con su leño por el rio
Al pueblo que tenían poco lejos,
Y de lo que hallaron mas á mano
Recogieron batatas, yuca y grano.

Con otro muy mayor y mejor leño,
Volvieron ocho indios al momento:
El socorro que llevan es pequeño
Para lobo que viene tan hambriento,
Y los caribes nuevos que os enseño
Concibieron un torpe pensamiento,
Y fué tomar la gente comedia
Para que les sirviese de comida.

Llegaron pues los indios con simpleza
Y el español fué della tan ayuno,
Que les acometió con gran presteza
Con el furor hambriento é importuno;
Pero por su grandísima flaqueza
Ovieron á las manos solo uno:
Huyen los otros para sus cabañas,
No teniendo por buenas tales mañas.

Luego rompió las venas el cuchillo
Y aun la sangre les fué licor sabroso;
Y un soldado bestial, dicho Portillo,
Demás del hecho vil y criminoso
Lo hizo tal que no quiero decirlo,
Por ser horrendo, feo y asqueroso,
Y tal que las entrañas sosegadas
En oílo darán mil arqueadas.

Los miserables miembros repartidos
Desde los bajos piés á los cabellos,
Por no ser llenamente proveidos
Estos voraces y hambrientos cuellos,
Unos de otros fueron divididos,
Sin que nadie jamás supiese dellos;
Era su duro mal mas que penuria,
E ya no hambre sola, sino furia.

El Francisco Martin, ida la gente,
Sin culpa de crueldad y de locura,
Una balsilla hizo suficiente,
Juzgando selle cosa mas segura
Al beneplácito de la corriente
Tr donde lo llevase su ventura;
Y así fué nuestro triste navegante
En riesgo y en trabajo semejante.

Cercado de cien mil inconvenientes
Que el dudoso camino prometia,
Quiso Dios que topase ciertas gentes
Antes de le faltar la luz del dia,
En el lenguaje poco diferentes
De lengua de Cubagua que él sabia;
Hizoles entender por modo bueno
Ser indio natural de otro terreno.

Ansimismo les dijo que de guerra
Había sido preso de cristianos,
Los cuales lo sacaron de su tierra,
Pueblo que confinaba con los llanos;
Y agora, yendo por aquella sierra,
Procuró de librarse de sus manos,
Y que venia para ser captivo
Suyo los días que durase vivo.

Fácilmente por indio fué tenido,
Pues demás de la lengua que hablaba,
El pellejo traía tan curtido,
Que no indio, mas negro semejaba:
Allí fué finalmente proveído
De la cosa que mas él deseaba,
Y el indio principal éstos convenses
Lo tuvo por esclavo ciertos meses.

Este señor tenía cierta llaga,
Y el Francisco Martín, como vasallo
Que desea que dél se satisfaga,
Trabajó lo posible por curallo:
Pretende solo crédito por paga,
Y por justos respetos obligallo;
Y dióle Dios en esto tal ventura,
Que tuvo buenos fines esta cura.

En el oficio de la cirujía
No fué curado dél aqueste solo;
Ningun premio le dan; mas todavía
La cura del señor acreditólo:
Tanto la fama desto se estendía,
Que lo tenían ya por dios Apolo,
Y venían de partes diferentes
A curarse con él algunas gentes.

Un cacique Bubur, como supiese
Que el otro de tal indio se servía,
Y grandes pesadumbres recibiese
A causa de una llaga que tenía,
Al itoto rogó se lo vendiese,
Prometiéndolo por él justa valía:
Finalmente vinieron á conchavo
El itoto y Bubur sobre el esclavo.

Hubo muchos terceros en las ventas,
Y el itoto, de términos ruines,
Por dos sartas lo dió de ciertas cuentas,
Que no valían ambas dos tomines:
Las partes satisfechas y contentas,
Con el Bubur se fué nuestro Martínez,
El cual, como tenía buena mano,
En brevisimo tiempo lo dió sano.

Viéndose restaurado de doliente,
Mostrósele el Bubur agradecido;
Y porque supo ser hombre valiente
Hízolo general de su partido:
Dióle indios, y diólo juntamente
A una hija suya por marido,
El cual, como mamó leche de España,
En guerra y paz se daba buena maña.

Y pues ya tiene levantada cresta,
Arco, macana, flechas y embijado,
Dejémoslo gozando de su fiesta
Y los regalos de recién casado:
Que dél diré después lo que me resta
En hallándome mas desocupado.
Volvamos al Ambrosio, que esperando
Estaba los que ya no tienen cuando.

Y así, por parecer muy espacioso
Vasconia, capitán, en su venida,
Vivia congojado y sospechoso
De la desgracia grande sucedida;
Y al Estéban Martín, varon famoso,
Rogó que apresurase la partida
Al Maracaibo, do tuviese lumbre,
Nuevas, ó relación ó certidumbre.

El Estéban Martín, como subyeto,
Con diez hombres, sin otra compañía,
Puso los mandamientos en efecto,
Sin torcer el camino que sabía;
Y así, con tiento de varon discreto,
Brevemente llegó donde quería,
Y donde, por indicios, fueron ciertos
Vasconia y los demás ser todos muertos.

Visto pues el tardar no ser sin lloro
Y pérdida de gente castellana,
Y que la confianza de aquel oro
Para sus pretensiones era vana,
Despachó mensajeros para Coro,
Para Bartolomé de Santillana,
Con algun oro, con que proveyese
Gentes, caballos y lo que pudiese.

El cual, vistas las cartas del Estéban
Y apartando de sí ratos ociosos,
Hizo muestra del oro que le llevan
A los que dél estaban cudiciosos;
Y así, para demanda dél, se ceban
Sesenta y dos soldados valerosos,
De los cuales fué Limpias y Sarmiento,
Hidalgo burgalés de nacimiento.

Recogido del término marino
El servicio que mas les agradaba,
Con el demás recado que convino
Y su jornada larga demandaba,
Al Maracaibo guían su camino,
Donde Estéban Martín los esperaba;
Y tres días después de su venida
Pusieron en efecto la partida.

Todos ellos con buen aviamiento
Van en prosecucion de su carrera,
Hasta que ya llegaron al asiento
Donde micer Ambrosio los espera;
Recebió crecidísimo contento
En vellos ya debajo su bandera,
Aunque con pesadumbre de la nueva
Que del dicho Vasconia se le lleva.

Viendo la gente pues aderezada,
Y el mas pesado dellos bueno y sano,
Quería ver el fin de su jornada,
Y no perder el tiempo del verano;
Mas por tener la pluma mal cortada,
Y no poco cansada ya la mano,
Quiero cobrar alientos y resuellos,
Que yo diré después lo que fué dellos.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo caminó micer Ambrosio con esta gente, des-
briendo tierra hasta llegar adonde está ahora poblada la cibdad
Pampiona, distrito deste nuevo reino donde lo mataron.

Por sabios, avisados y discretos
Que sean los caudillos de las gentes,
Todos en sus gobiernos van subyetos
A votos de juicios diferentes;
Y no les faltan émulos secretos
Que dan sus pareceres entre dientes,
Principalmente si á los buenos hechos
El capitán limita los provechos.

Y así, por dilatar las particiones
Del oro que tenían recogido,
Y con dolor de aquellas perdiciones
Del otro que jamás ha parecido,
Eran continuas las murmuraciones
Con deseo de vello repartido,
Para que cada cual se proveyese
De lo que de su parte le cupiese.

Mas el gobernador con buen halago
La tal repartición entretenía,
Ni concediendo bien ni con amago
De no hacer lo que se le pedía;
Pero desea de hacerse pago
De lo que cada uno le debía,
Pues fué cierto gastar en aviallos
Muchas mercaderías y caballos.

Aquesta fué la principal asilla
Para se desgustar alguna gente,
Y entrellos un Anaya, de Sevilla,
Inquieto varon aunque valiente:
La demás era gente tan sencilla,
Quel negocio sufría blandamente
Y al fin, sin repartir el oro fino,
Adelante siguieron su camino.

Del cual cualquiera parte que se ande
Hierve la gente de que estaba llena ;
Falta quien para guerra se desmande ,
No hallan escuadron que les dé pena ;
Llegaron á beber del rio grande ,
A quien llamaron de la Magdalena ,
Cuyo nombre le vino por concierto
De ser en aquel dia descubierto .

Por una y otra parte discuriendo
Camina sin cesar el marcio coro ,
Los confines de Guane descubriendo ,
Provincia de grandisimo decoro ,
Por ásperos caminos descendiendo
A lo que llaman hoy rio del Oro ,
De las lucidas puntas de sus minas
Escuden en quilates las mas finas .

Estienden adelante sus carreras
Aquestos valerosos españoles ,
Atravesando cumbres y laderas ,
Asperisimos riscos y peñoles ,
Hasta que ya pusieron sus banderas
En la zavana de los Caracoles ,
A la cual , por los muchos que hallaron ,
De semejante nombre la llamaron .

Pues en cierto rincon desta dehesa ,
Estando ya con falta de alimento ,
Congregacion de aguas y represa
De caracoles dió gran cumplimiento ;
Y en veinte dias no gozó su mesa
De otro mas cabal mantenimiento ,
Hasta tanto que Estéban Martin vino
Y trajo nuevas de mejor camino .

Dió noticia de grandes poblaciones ,
Prolijas sementeras y labranzas ,
Aparencias y representaciones
Del cumplimiento de sus esperanzas :
Aliéntanse hambrientos escuadrones ,
Compónense guerreras ordenanzas ,
Afilanse las lanzas, las espadas ,
Y a gran priesa caminan las jornadas .

No van por el camino sin encuentro
De grandes escuadrones de flecheros ,
Y cuanto se metian nias adentro
Mas cantidad habia de guerreros :
Tuvieron un grandisimo recuento
Con indios que llamamos citareros ;
Mas , á pesar de quien mas los baldona ,
Al páramo llegaron de Pamplona .

Donde después acá , que no de guerra ,
Sino de mansa paz todo se trata ,
Han dado las entrañas de la tierra
Gran cantidad de oro sobre plata ,
Y en el frio compás de aquella sierra ,
Zavana rasa , montuosa mata ,
Fria quebrada , claros vertederos
Convidan con riquisimos veneros .

Pero con increíble pesadumbre ,
Al humano vivir incomportable ,
Paes el glacial viento de su cumbre
No es á los humanos amigable ;
Mas la continuacion y la costumbre
Parece que lo hacen tolerable ,
De tal manera ya que en su cultura
Arte templá rigores de natura .

Fué pues Ambrosio por lo mas supremo
Del páramo , sin del hacer desvio ,
Mas no se vió rigor del monte Heimo
Que nevase tan frigido rocío ;
Y como fuesen de calor extremo
A los estremos grandes deste frio ,
Lo que no vencen bélicos calores
Vencieron frigidisimos temblores .

Pues muy en breve se quedaron yertos
No poca cantidad de los cristianos ,
Muchos caballos , y ansimismo muertos
Mas de trescientos indios de los llanos ,
Ladinos , sagacisimos , espertos ,
Y de los españoles piés y manos ;
Los cuales confiados del estilo
Sus cueros solos eran atavio .

Y á todos fué muy gran inconveniente
Venir de lana mal apercebidos ,
Y dar en tierra fria de repente
Con las lijeras ropas y vestidos
Que solian traer en la caliente ,
Adonde con calor son afligidos ;
Y ansi , de ver en poco tantos muertos ,
De lágrimas arroyos van abiertos .

Ninguno ya por amistad espera ,
El riesgo de si propio conociendo ,
Ocupando la muerte donde quiera
A quien se para y al que va huyendo ,
Enseñando los dientes , de manera
Que se juzgara dél estar riendo ,
Mas era de la muerte la divisa
Con estremo de la sardonía risa .

Con aquestos trabajos excesivos
Y quebra-grande de vitales hilos ,
No quieren aflojar de sus motivos ,
Antes van afilando los estulos ,
Hasta que las reliquias de los vivos
Allegaron al pueblo de los Silos
Nombrado de la gente forastera
Por los que ven aqui de su manera .

Donde los fatigados peregrinos
Tuvieron fuego , ropas y comida ,
Contra la voluntad de sus vecinos ,
Pues todos se pusieron en huida ;
Porque la gente ya destos caminos
De tela de algodón anda vestida ;
Y ansi fueron aquestas vecindades
Reparo para sus necesidades .

Quietos ya los grandes ventisqueros ,
El buen gobernador luego procura
Que vuelva Limpias con sus compañeros
Al lugar donde fué la desventura ,
Mandándole que fuesen herederos
Los muertos de terrena sepultura ;
Y llegados al páramo terrible
El Limpias hizo todo lo posible .

Enterrando del número caido
Un buen soldado , natural mancheño ,
Cuando le desnudaban el vestido ,
A fin de que tuviese nuevo dueño ,
En el seno hallaron abscondido
Caricuri de oro bien pequeño ;
Y cada cual que el hurto reconoce
Lo tuvo por delito muy atroce .

Por ser orden que lo que se hallase
Por cualesquiera vias y ocasiones
Ante el gobernador lo presentase ,
Y al contador del rey diese razones ;
Y aqueste , como no lo declarase ,
Fué causa de cien mil murmuraciones :
Como si fuera menos que hurtado
Lo que todos habian declarado .

Sepultados los del cristiano bando ,
Ambrosio con los sanos escuadrones
A Cucuta se fué luego llegando ,
Entonces de crecidas poblaciones ;
El hilo del vivir le van cortando
Domésticas ó bárbaras naciones ,
Pues entre muchos dura la sospecha
Haber sido traicion y maldad hecha .

Caminando con todo buen recado
La vuelta deste valle cierto dia ,
Antes de descender á lo poblado
La claridad del sol se despedia ,
En tal manera , que les fué forzado
Parar en un loma poco fria :
Los indios , viendo nuestro campo quedo ,
El no bajar juzgaron ser de miedo .

Luego los arcos rústicos aprietan ,
Porque jamás buscaron otro muro ,
Y en efecto consultan y decretan
Ser negocio mejor y mas seguro
Acometelles antes que acometan
O ya con claridad ó con oscuro ;
Con este parecer secretamente
Por el monte se van á nuestra gente .

El Amoroso, persona recatada,
Con Estéban Martín y seis soldados,
Salieron á velar la madrugada,
Que nunca ser quisieron reservados;
Y dicen descubrir una celada
De los indios que tengo declarados,
Los cuales sin hacer sus algarazas
Arronjaron gran número de jaras.

Entraron do sintieron el ruido
Cada cual de los dos determinado,
Y cada cual valiente y atrevido;
Mas fué superior siniestro hado;
Pues Estéban Martín salió herido,
Y el buen micer Ambrosio degollado
Por la punta cruel de seca planta
Que las venas rompió de la garganta.

Por algunos allí se presunía
Aquel golpe no ser indica mano;
Mas ello sea por qualquiera vía,
No pudo dalle cura cirujano;
Finalmente, duró tercero día
Haciendo diligencias de cristiano;
Y por morir allí tan cabal hombre,
Al valle le quedó su mismo nombre.

Todos mostraron tierno sentimiento,
Y no faltaron ojos lacrimosos
Ansí de los de sano pensamiento,
Como de los que fueron sospechosos.
Hicieron pues humilde monumento
Debajo de unos arboles umbreros,
Y en la corteza que mas tierna era
Una letra quedó desta manera:

Præbuit Allinger patriam Germania nobis,
Tellus in hæc silva barbara corpus habet.
Confluxum telis sequitur me hæc ænia voluptas,
Cultorum Christi protinus esse sedem.

En Allinger fué nacido
Una ciudad de Alemaña:
Tierra bárbara y extraña
Tiene mi cuerpo abscondido
En medio desta montaña.

Muerto de cruéles manos,
De los placétes lunanos
No llevó mayor pñer
Que morir donde ha de ser
Habitaçion de cristiano.

Los tristes funerales concluidos,
Segun mejor pudieron de presente,
Viéndose todos mal apercebidos
De lo que mas les era conveniente,
Los españoles ya diminuidos
De indios grande número de gente,
Para ver lo que cada cual apunta
De todos ellos juntos hubo junta.

Guardado de los votos el decoro,
Segun la cualidad de los soldados,
Determinaron de partir el oro
Por árbitros en esto señalados;
Y juntamente de volver á Coro
Para venir mejor aderezados,
Y demás desto que nombrado fuese
Capitán general que los rigiese.

No faltaba quien los inquietase
Cerca de la eleccion que se hacia,
Como ya cada uno procurase
Salir con lo que mas le convenia:
Al fin se concertó que gobernase
Pedro de San Martín, y fuese guia
El Estéban Martín, de cuya lanza
Se podía tener gran confianza.

El cual se dió tan admirable maña,
Sin vencerse jamás de desatino,
Que rompiendo por áspera montaña
Ahorró prolijísimo camino:
No les faltó también guerrera saña
En las provincias por adonde vino,
En un grande cercado mayormente
Donde se recogia mucha gente.

Do como fuesen faltos de comida
Y esperasen rancheo de provecho,
Para la dicha cerca ser rompida
Determinaron de poner el pecho:
Fué por el un cuartel acometida,
Teméndose por fácil este hecho;
Mas el indio feroz y belicoso
Manifestóles ser dificultoso.

Pues los que defendian la barrera
No se mostraban flacos defensores,
Antes si bien pelean los de fuera,
Los de dentro no quieren ser menores;
Ninguno de victoria desespera,
Todos pretenden ser superiores;
Si lanza hiere por la junta estrecha
También lastima venenosa flecha.

Querian pues allí rayos dorados
Bajo del horizonte recogerse,
Y nuestros españoles fatigados
Acordaron también de retraerse,
Viendo los indios fieros y esforzados
Con determinacion de defenderse;
Pero con intencion siguiente día
De volver á la hélica porfia.

Velóse bien la gente castellana,
Sin los indios tener ratos ociosos;
Y cuando vieron ya la luz temprana
Los ojos que durmieron cuidadosos
De lo que han de hacer á la mañana,
Recogen instrumentos belicosos,
Para volver las manos á la obra,
Que ya no podrá ser sin gran zozobra.

Guarnecen las cabezas con celadas,
Los cuerpos con los sayos estofados,
Las lanzas en las manos preparadas,
Y los caballos bien encubiertos:
Peones llevan hachas afiladas
Para cortar los palos apretados,
De los cuales algunos llevan prestas
Algunas escopetas y ballestas.

Desta manera pues apercebidos
Los soldados y los que los subyentan,
A cuatro capitanes sometidos,
Que el combate consultan y decretan,
Fueron por cuatro partes repartidos,
Porque por otras tantas acometan:
El factor San Martín tomó el oriente,
El Estéban la parte de occidente.

Pedro de Limpias va por do le place,
Guiado de sus propias opiniones,
Monserrate también lo mismo hace;
Y todos los demás eran varones
De quien raro valor se satisface
En las mas importantes ocasiones;
Y hechas las señales que prometen
Con la trompeta, todos acometen.

Los bárbaros no menos están prestos
Por su defensa de poner la vida,
Pues de dardos y flechas bien compuestos,
En viendo nuestra gente repartida,
Acudieron á todos cuatro puestos
Con una prontitud jamás oida:
Crian feroces brios impacientia,
Y los temores viva diligencia.

Como si nao remanece rota
En alguna grandísima refriega,
Do la gente se turba y alborota
De ver que á mas andar se les aniega,
Y al timon, á la bomba y al escota,
No reposa la gente ni sosiega,
Andando con hervor los oficiales
Con unos y otros y otros materiales:

A su defensa van aun no tan tardos,
Sino mas diligentes y lijeros,
Con guaicás, flechas, piedras y con dardos,
Gruesos puntales, leños y maderos,
Para que les sirviesen de guardos
Si hiciesen portillos y agujeros;
Los niños, las doncellas, las mujeres
También acuden á los menesteres.

Rompe los aires grande vocería;
El indio vierte sangre y el cristiano;
Un punto no reposa la porfia,
Ni defensa del bárbaro villano,
Pues por parte que palo se rompía
Otros muchos tenían á la mano;
Aumentase hervor á la pelea
Por hacer cada cual lo que desea.

El Anaya, Pancorvo y un Castillo,
 Persona cada cual acreditada,
 Cuyo esfuerzo y valor no fue sencillo,
 Fueron por una parte descuidada
 Do pudieron hacer un buen portillo,
 Por el cual entran en la palizada
 Anaya y Casamirez con rodelas,
 Sin illes los demás á las espuelas.

Porque sentidos los guerreros dolos,
 Ya cuasi dentro cinco combatientes,
 Gran multitud de indios perturbólos
 Con tan impetuosos accidentes,
 Que Anaya y Casamirez quedan solos
 Entre mortíferos inconvenientes;
 Y fué luego la rota palizada
 En aquel mismo punto remediada.

Los dos toros están dentro del coso,
 De crúeles alanos rodeados,
 En estacada puestos y en un foso
 Donde de todas partes son picados:
 No tigre, no leon, no feroz oso,
 Al tiempo que se ven mas fatigados,
 Hacen tan fieras sus arremetidas
 Cuanto los dos por escapar las vidas.

Ensangrentados van pechos y golas,
 Tintas de las entrañas circunstantes,
 Do las agudas armas españolas
 Por todas partes andan penetrantes;
 Pero ¿qué pueden ser dos almas solas
 Entre tan gran caterva de gigantes?
 Socorro pues ninguno puede dallo,
 Eso me da peon que de caballo.

Tal número de sangre va vertida,
 Que el cercado les es anegadizo;
 Pero no puede ya dalles la vida
 Sino la potestad del que los hizo:
 Porque de flechas hay gran avenida
 Y piedras mas espesas que granizo:
 No tienen ya rodelas en los brazos,
 Que ya se las han hecho mil pedazos.

A los dos finalmente dividieron
 Los ímpetus terribles de la gente,
 Y al Anaya tan gran golpe le dieron
 De macana por medio de la frente,
 Que con la fuerza dél allí salieron
 El ánima y los sesos juntamente:
 Casamirez también luego dió el alma
 Con punta dura de tostada palma.

No menos acullá la furia arde,
 Y el Estéban Martín punto no cesa
 De dar calor al español alarde
 Dándoles de victoria ya promesa;
 Pero para los dos llegarán tarde
 Aquellos que se dieron mayor priesa
 De la misma manera Monserrate
 Con grande furia sigue su combate.

Quel daño visto, para remediallo
 Fué poseído de furor y saña,
 Y los que son con él, por contentallo,
 Se dieron en romper tan buena maña,
 Que pudo bien entrar con el caballo.
 Y tras él juntamente su compañía:
 Ya haciendo bien anchos los lugares,
 Rompiendo con su lanza los ijares.

Acuden españoles al instante
 Hallando por allí lugar abierto;
 Monserrate pasó mas adelante
 De lo que requeria buen concierto,
 Teniendo para sí ser él bastante
 Para matar y no para ser muerto;
 Y así con esta loca confianza
 Hacia gran estrago con su lanza.

No se vió caballero menos tarde
 En el acometer ni mas ardiente;
 Audando pues sin esperar reguardo
 En riesgo y en peligro tan patente,
 De gigantea mano vino dardo
 Que del caballo traspasó la frente;
 Empinósele luego muy derecho,
 Y de espaldas cayó sobre su pecho.

A socorrello van con diligencia,
 No sin grande trabajo de los brazos,
 Mas fué tan vigorosa resistencia
 Y tantos los guerreros embarazos,
 Que primero llegó fatal sentencia
 Haciéndolo los indios mil pedazos;
 En los cuales también espada y lanza
 Hicieron crúelísima matanza.

Andan por el cercado los rigores
 Que suelen ser anejos á guerreros,
 Lastimados de grandes sinsabores
 Por muertes de queridos compañeros;
 Al fin sus casas dejan moradores
 A los advenedizos y estranjeros,
 Y demas de la gente fugitiva
 Un número bien grande fué captiva.

Los daños recebidos descubiertos
 Por los que son señores del estancia,
 Fué, por no se tomar buenos conciertos,
 La pérdida mayor que la ganancia;
 Porque sin los heridos, fueron muertos
 Diez hombres de grandísima sustancia
 A los cuales hallaban todos menos
 Por ser tan valerosos y tan buenos.

Qemadas casas, mucuras y tures,
 Atravesaron por aquella via
 Rompiendo con machetes y seguros
 La montaña que se les ofrecia:
 Llegaron pues á tierra de Bubures
 Donde Francisco Martín residia,
 El cual de parte de indios comarcanos
 Tuvo noticia cierta de cristianos.

Certificado de lo que desea
 Para de su vivir hacer mudanza,
 Convocó capitanes á pelea,
 Hizo hacer alarde y ordenanza,
 Y congregada bárbara ralea
 Les dijo: «Cerca tengo mi venganza;
 Por tanto quien me quiera por amigo
 En este menester vaya conmigo.

»Estos mis capitales enemigos
 Huélgome que me vengan á las manos,
 Para hacer en ellos los castigos
 Que merecen sus hechos inhumanos;
 Pues ellos me quitaron mis abrigos,
 Y privaron de padres y de hermanos,
 Y me trajeron preso y en cadenas
 A ver y conocer tierras ajenas.

»Mi destruicion y sanguinoso daño
 Agora lastaran con fin de vida,
 Ya con abierto mal, ya con engaño,
 Si hiciere con ellos paz fingida;
 Y vosotros vereis cómo maraño
 Los hilos de su tela bien tejida.»
 Y á estas prevenciones así hechas,
 Armóse de macana y arco y flechas.

Púsose tal que no lo conociera
 Padre ni madre, hijo ni pariente;
 Y para su postura ser mas fiera
 Con bitumen untó hasta la frente,
 Pues la cubierta de sus miembros era
 El bermellon ó bija solamente;
 Va luego con la gente de sus partes
 En busca de cristianos estandartes.

Y como cerca dellos se hallase
 Un rio de por medio, de buen trecho,
 Antes que el dicho rio se pasase
 Hizoles entender ser mas provecho
 Que la caterva sola se quedase,
 Para hacer á solas el asecho,
 Y que ninguno dellos se moviese
 Del puesto hasta tanto que él viniese.

Al tiempo que iba por el espesura
 Para salir al rio ya nombrado,
 En la misma sazón y coyuntura
 Fernando de Alcocer habia pasado
 Con diez cristianos, por tener segura
 La ribera contraria de aquel vado,
 Para que por los indios del paraje
 No se les perturbase su pasaje.

Yendo pues mas adentro con la gente,
 Por mas asegurarse deste miedo,
 Con el Francisco dieron de repente ;
 Fernando de Alcocer y un Escovedo
 Arremeten á él incontinente ,
 Y el Francisco Martin estuvo quedo,
 Haciendo con las manos altas luego
 Señas de paz y muestras de sosiego.

Holgóse la cristiana compañía
 De vello tan pacífico y tan quieto,
 Reconociendo que de paz venia
 Y ser muy principal en el aspeto :
 Tractáronlo segun que convenia,
 Y tuviéronle todos buen respeto,
 Con el cual se vinieron allegando
 Al vado que los otros van pasando.

Y él de su voluntad lo mismo quiso,
 Sin ser de los soldados compellido ;
 Mas aquel que lo via de improviso
 A gran admiracion era movido :
 Al Estéban Martin dieron aviso
 Del indio que de paz era venido,
 Para que como lengua declarase
 Lo que dél conociese y alcanzase.

El cual, después de habelle preguntado
 Quién es ó de qué parte se divierte ,
 En nuestro castellano bien cortado
 Dió luego la respuesta desta suerte :
 «Soy Francisco Martin el desdichado,
 Cursado bien en tragos de la muerte ,
 La cual no me daría ya molestia
 Viéndome donde dejo de ser bestia.

»Inmensas gracias doy á aquella fuente
 De donde mana toda cosa buena,
 Pues vino sobre mí con el torrente
 De su clemencia con merced tan llena ,
 Que salgo del desorden desta gente,
 De cuanto puede ser virtud ajena ,
 Pues puedo decir dellos en su mengua
 Ser bestias que se entienden por la lengua.

»No porque en el hablar sean perfectos,
 Porque torpezas son y devaneos :
 Solamente declaran sus concetos ,
 Cuál es su no querer ó sus deseos ;
 Y aquesto no por términos discretos,
 Sino por confusisimos rodeos ,
 Pues que para decir dulces ó amargas
 Tardarán en hablar dos horas largas.

»Sin orden, sin concierto, sin templanza,
 Porque ninguno dellos esta sigue,
 No tienen ley, ni fuero, ni ordenanza ,
 Ni cosa que a vivir bien los obligue :
 Cada uno se toma su venganza,
 Si puede, sin júez que lo castigue :
 ¿Qué sentiría yo pues de mi mismo,
 Entre tan mal compuesto barbarismo?»

Finalmente les dió razon y cuenta
 De lo que les habia sucedido
 En aquella famélica tormenta
 Do los demás habian perecido ;
 Y escuchando la gente descontenta
 Razones que lastiman el oído,
 Cada cual procuró que se le diese
 Ropa con que sus carnes encubriese.

Cuál le daba camisa, cuál sombrero ,
 Cual el cosete viejo que vestia,
 Cuál calzado de hilo, cuál de cuero,
 Cual de las alhajuelas que traia ;
 Finalmente que cada compañero
 Daba de la pobreza que tenia,
 Y no tan solamente de vestido,
 Pero de lo demás fué proveido.

Mas antes de dejar arco y aljaba,
 Y aquel lijero traje de floresta,
 Fué do la gente de indios esperaba
 A dalles de lo visto la respuesta :
 Dijo no ser la gente que pensaba,
 Sino buena, leal, grata y honesta,
 Y de cuyos respectos y templanza
 Tenia toda buena confianza.

Y que no la tuviesen ellos menos ,
 Porque también á estos conocia
 De virtud y modestia todos llenos,
 Y no como los otros que él decia ;
 Que los fuesen á ver, pues eran buenos ,
 Hidalga y apacible compañía ;
 Y para los vencer con su consejo
 Mostróles ciertas cuentas y un espejo.

Ellos sin repugnancia ni debate
 Cumplieron del Francisco los intentos ;
 Los nuestros, para que de paz se trate,
 Hiciéronles muy buenos tractamientos,
 Dándoles menudencias de rescate
 Con que quedaron ledos y contentos ;
 Para sus casas luego se aperceben
 Donde de buena gana los reciben.

En los cuales asentios y estalaje
 Fueron algunos dias detenidos ,
 Y para lo restante del viaje
 Mas que medianamente proveidos.
 Allí mudó Francisco Martin traje,
 Y usó de nuestras ropas y vestidos ,
 Y supo su mujer, y suegra, y suegro
 Su buen yerno no ser indio ni negro.

Ni deseban yerno por vecino
 Que supiese jamas andar vestido ;
 Mas cuando se partió y el tiempo vino
 Que su deseo viesse ya cumplido,
 Sirviendo quiso ir por el camino
 La hija del Bubur á su marido ;
 La cual india salió tan comedida,
 Que le sirvió muy bien toda su vida.

De su peregrinar siguen el resto,
 No sin grande deseo de sosiego ;
 Y como fué jornada desde puesto
 Que no les pudo dar camino ciego,
 En Maracaibo se pusieron presto,
 Y á la ciudad de Coro fueron luego,
 Do quedó Santillana por justicia,
 De quien dimos atrás larga noticia.

Contra quien no faltaban indignados,
 Como suele tener cualquier que manda,
 Mayormente si los desvergonzados
 La mano del júez no sienten blanda ;
 Tenia Coro pues amancebados,
 Y estos la noble gente de su banda,
 Y el dicho Santillana como bueno
 Procuraba ponelles algun freno.

Para vengarse del rigor amargo
 Hallaron estos el lugar abierto,
 Y fué decir que ya no tiene cargo,
 Pues el que se lo dió quedaba muerto ;
 El dicho Santillana, sin embargo,
 Procedia por orden y concierto ;
 Mas aunque por mil vias se repara,
 En efecto quitaronle la vara.

Pusiéronle también duras prisiones,
 Puesto que pareceres hubo varios,
 Y las grandes revueltas y pasiones
 Enhillaron negocios no sumarios :
 Hicieron contra él informaciones
 Al beneplácito de sus contrarios ;
 Hubo testigos tales y tan duros
 Que les averiguaron ser perjuros.

A los cuales después, dias siguientes,
 Siguió por tales vias y maneras,
 Que hizo desterrar y quitar dientes,
 Y algunos condenar para galeras ,
 Sin vaelles amigos ni parientes ;
 Por tomar los negocios tan de veras,
 Que quiso después ir por su presencia
 Contra ellos á la real audiencia.

De do como tuviesen ya noticia
 De todas las pasiones sucedidas,
 Vino con cargo de real justicia
 Y obispo, don Rodrigo de Bastidas ;
 El cual, reconociendo la malicia,
 Y las cosas sin orden proveidas,
 Como venia con intencion sana
 Mandó luego soltar al Santillana.

Procuró mitigar enemistades,
Como varon muy bien intencionado ;
Plantó su catedral con dignidades,
Y planta y erección de buen prelado,
Haciendo las demás solemnidades
Anejas á tan inclito cuidado;
Y puestos frenos á la gente suelta
Para Santo Domingo dió la vuelta.

Quedó por provisor don Joan Robledo,
Chantre y después dean de Venezuela,
Que yo comunicué con verso ledo
Y prosa desde el Cabo de la Vela ;
De otra dignidad decir no puedo
Sino del padre Fructos, de Tudela,
En aquella provincia bien antiguo
Y que también yo tuve por amigo.

Y porque los de Coro por entero
Tuviesen de justicia cumplimiento,
Dejóles por juez un caballero
Con quien tuvieron gran contentamiento:
Este es Alonso Vazquez, tesorero,
Hombre de muy cabal entendimiento,
Cuyos gobiernos y judicatura
Fueron de gran valor y gran cordura.

Bien pudiera tocar mi baja lira
Otros muchos negocios sucedidos ;
Mas por algun espacio se retira
A la reformation de sus sentidos,
Hasta que Fedrimán y George Espira
A la gobernacion sean venidos ;
Y pues he de tocar cosas de espanto,
Quiero templar sus cuerdas entre tanto.

ELEGIA II.

*A la muerte de George Espira, cuarto gobernador
de las provincias de Venezuela.*

CANTO PRIMERO.

Después del sacrosanto nacimiento
Y aquella felicísima venida,
El sol, según su propio movimiento,
Había dado por igual medida
Treinta y seis vueltas con quinceo ciento
Al círculo que llaman de la vida,
Pues de sus movimientos se deriva
Al mundo la virtud generativa.

Quando con vuelo mas que presuroso,
La fama, como ya tiene de maña,
Hizo luego patente lo dudoso,
Estendiendo por tierras de Alemania
El remate de Ambrosio trabajado ;
Y los señores de la gran compañía
Nombraron por estar mas á la mira
Por su gobernador á George Espira.

Pues aunque Fedrimán fué pretendiente,
Y con razon el cargo se le deba,
No se halló parece ser presente
En aquel tiempo que llegó la nueva ;
El cual de capitán muy excelente
Había dado ya bastante prueba :
Formó sus quejas á la compañía
Del gran agravio que se le hacia.

Aquella gente noble le confiesa
El ser justificadas sus razones,
En secreto haciéndole promesa
Enviarle bastantes provisiones ;
Y pues aquello de presente cesa
A causa de perder las ocasiones,
Volviése con el otro caballero
Como coadyutor y compañero.

Enbarcose con esta confianza
En la flota que vino George Espira,
Espira sin recelo de mudanza,
A lo que Nicolao mas aspira ;
Por términos urbanos y crianza
Cada cual se respecta, tracta y mira,
Y á Coro, donde van encaminados,
Llegaron con gran copia de soldados.

Hombres de mucha suerte, de los cuales
Musior de Radou era gran hombre,
Y el alferez que fué Martin Gonzalez,
En los hechos hidalgo y en el nombre ;
Los dos Velascos, hombres principales,
Y dignos de tener este renombre,
Franciscos ambos, tío y el sobrino,
Que en Cubagua después fué mi vecino.

Del número también desta reseña
Fué Cárdenas, insigne caballero,
Sancho Briceño, Alonso de la Peña,
Después en la Española tesorero,
George de Almeda, Pedro de Nurueña,
Y Lope de Montalvo, muy entero
En paz y en belicosa coyuntura
Y varon de grandísima cordura.

Y con los que saltaron en el puerto
Fué parte no menor de la cuadrilla
Un Peña, que llamábamos el Tuerto,
De gran valor para cualquier rencilla ;
Fué Murga, Santa Cruz y fué Roberto,
Y destes mismos fué Joan de Bonilla ;
Joan de Villegas, hábil escribano ;
Diego de Montes, diestro cirujano.

Y célebre varon en medicina,
Que de yerbas halló grandes secretos,
Con cuya propiedad a la contina
Obraba saluiferos efectos,
Y también en guerrera disciplina
Fueron maravillosos sus concetos:
Vinieron otros muchos, que no cuento,
Soldados de grandísimo momento.

Poco tiempo después de la venida,
Estos gobernadores diligentes
Se concertaron para la salida
A descubrir por partes diferentes ;
Entrellos fué la gente repartida,
Pero los baquianos concocients
Del dicho Fedrimán él se los lleva,
Y al Espira siguió la gente nueva.

De los viejos llevó como sesenta,
Y al Estéban Martin por su gran tino,
Y por saber que de cualquier afrenta
Lo podía sacar en el camino ;
Llevó, por ser persona de gran cuenta,
A Martin de Artiaga, vizcaíno,
Y á otro capitán, Joan de la Puente,
Lengua de caquetios escelente.

De gente que llamábamos isleña,
Por nombres no sabré decir el resto ;
Mas era principal en la reseña,
Y en hechos valerosos el mas presto,
El capitán Guierre de la Peña,
Que fué mariscal mucho después desto,
De cuya discrecion y fuerte Marte
He hecho relacion en otra parte.

Para regir el campo peregrino
El mas viejo Velasco fué teniente,
Alferez ansimismo su sobrino,
Capitán de jinetes desta gente
Fué Lope de Montalvo, varon dino
De muy mas alto cargo y eminente,
Y de los otros hombres principales
Nombraron los restantes oficiales.

Espira pues, con el aviamiento
Que para su viaje le convino,
Su derrota llevó por barlovento
De Coro, y Fedrimán hizo camino
Al dicho Maracaibo, con intento
De no dejar el término marino
Hasta ver y saber si le llegaba
Despacho del gobierno que esperaba.

Salió pues George Espira mas pujante
Con quinientos soldados chapetones ;
Doscientos dellos envió delante,
Que van por las serranas poblaciones
Con tres caudillos, cada cual bastante
Para regir mayores escuadrones :
Estos iban con orden y decreto
Que saliesen á Barraquicimeto.

Do también iba él por otra vía
A subyectar el bárbaro vecino,
Y el Estéban Martín era la guía
Como cursado bien en el camino;
El cual al campo todo precedía
Para mejor valerse de su tino,
Y así con el favor y aviso suyo
Brevemente llegaron al Tucuyo.

Donde, por ser provincia bastecida,
Hizo pausa con estas compañías,
Así por proveerse de comida,
Como para llevar algunas guías;
E ya la gente bien apercebida
De bastimento para ciertos días,
Pasó por Cazamar, y hizo muestra
Ir el camino de la mano diestra.

Atravesó por villas y lugares,
Y del Aragua río vió la fuente;
Entró por la provincia de Ticares,
Pobre, feroz y belicosa gente,
Y cuyos adherentes y ajuares
El arco y flechas eran solamente;
Sirve de cama la madera dura,
Sin paja, hoja ni otra cobertura.

Entrellos se castigan los escesos,
Sin reservar casado ni soltero,
Cuando son atrevidos y traviesos;
No tienen oro, plata ni dinero,
Mas por riquezas tienen ciertos huesos
Como joyas colgados del garguero:
Son en todas costumbres diferentes
De todas las demás cercanas gentes.

Y á muchas gentes que les son estrañas
Aquestos suelen ser crúel azote;
Y así los nuestros, vistas estas mañas
Y no hallar allí próspero dote,
Rompiéron por las ásperas montañas
Hasta venir á dar á Cocorote,
Que tiene campos de mayor distancia,
Y de buenas comidas abundancia.

Allí hallaron gente caquetia,
Hombres de mas primor y mejor traza;
Y el George Espira quiso cierto día
Por estos campos rasos ir á caza,
Con seis ó siete de su compañía,
Soldados de valor y hombres de plaza:
Redon, Villegas y Joan de Bonilla,
Velasco y otros tres de su cuadrilla.

Caminando la vuelta del ocaso,
Acia las faldas de unas serrezuelas,
Llevando, como suelen en tal caso,
Los ojos mas que vivas centinelas,
Vieron tres indios chipas en un raso,
Armados con sus dardos y rodelas;
Y para los tomar y subyectallos
Hieren de las espuelas los caballos.

Los indios, aunque vieron el intento
Y de los caballeros el denuedo,
No por eso hicieron mudamiento,
Mas antes cada cual estuvo quedo;
Sin que se recelase rompimiento,
Ni se manifestase claro miedo,
Llegan, y cada uno de los siete
Para tomallos vivos arremete.

Los tres con furiosa destemplanza,
Viéndose de los siete rodeados,
El caballo rebaten y la lanza
Con golpes de macana, tan pesados,
Que fueron los de la mayor pujanza
En el acometer mas atentados,
Porque al caballo de menor resguardo
Pasaron las entrañas con un dardo.

En la continuacion del duro juego,
Que en daño de los nuestros se convierte,
A otros tres caballos hieren luego,
Y la menor herida fué de muerte;
Enciende la pasión bélico fuego,
Donde las llamas fueron de tal suerte,
Que de los españoles referidos
Quedaron de los siete seis heridos.

Viendo cómo mostraba la canalla
Los brazos fuertes y los piés livianos,
Bajóse del caballo do se halla
Cualquiera de los ya dichos cristianos,
Y para conclusion de la batalla
Arremeten con lanzas en las manos;
Mas vista la feroz arremetida,
Dos indios se pusieron en huida.

Volaba cada cual, que no corria,
Después de granjear honra notoria,
Y al uno parecióle cobardía
Huir sin ver el fin de la victoria;
Y así con todos siete combatía,
Con un esfuerzo digno de memoria:
Admiraban los golpes y destreza
Y aquella nunca vista lijereza.

Francisco de Velasco, con despecho
De ver encantamiento semejante,
A él encaminó salto derecho,
Y el bárbaro salió tan adelante,
Que juntaron los dos pecho con pecho;
Mas acuden los otros al instante,
Y fué de tantas manos detenido,
Que se vió preso, pero no rendido.

No quiere George Espira que ya muera,
Ni consiente que sea maltratado;
Mas en prision fué puesto y en collera,
Y á diez indios ladinos entregado,
Los cuales lo llevaban de manera
Que no pudo huir por mal recado;
Caminan pues con él por campos llanos
Al campo donde estaban los cristianos.

El chipa caminando va sin pena
Con estos naborias ó vasallos;
Pero viéndose lejos del arena
Donde quedaban los de los caballos,
Asió del un ramal de la cadena
Y comenzó con él de santiguillos;
A uno santiguaba las cervices
Y á otro derribaba las narices.

Lastima brazos y quebranta codos,
Llevando lo peor quien mas se adarga;
Al fin él esgrimió por tales modos,
Y era la fuerza tal con que descarga,
Que del chipa crúel huyeron todos,
Y tuvieron por bien de dalle larga;
Y á los gritos que daban desde un cerro
Acuden españoles con un perro.

Era perro de gran conocimiento
Y bien instruido para tales lances;
Y como lo vió ir en el momento
Sigue del fuerte chipa los alcances:
El indio reparó, ya sin aliento,
O sin temor quizá de tales trances,
Y como vió venir aquel alano,
Para se defender probó la mano.

Mas el perro feroz encarnizado,
Sin recelar los golpes de cadenas,
Saltó con el mancebo desdichado,
Cebándose en la sangre de sus venas;
Y de sus carnes, ya despedazado,
Las voraces entrañas fueron llenas,
Y así se concluyó la valentía
De que dió claras muestras aquel día.

Después que por allí se pertrecharon
De los cotidianos menesteres,
Acia Catimayagua caminaron
Para circuncidalle los poderes;
Y así de un pueblo solo le sacaron
Mas de seiscientos hombres y mujeres;
Prosiguen adelante, y en efecto
Allegaron á Barraquicimeto.

Donde los que venían por la sierra
Habían hecho ya lances sangrientos,
Porque todos los indios de la tierra
No daban necesarios alimentos;
Antes los persiguió gente de guerra,
Conociendo no ser mas de doscientos,
Y acertó de llegar el George Espira
En el rigor de la guerrera ira.

No fué poco sangrienta chirinola,
Pues salieron heridos mas de ciento,
De los cuales fué Diego de Urriola,
Y un Alonso Martín, que era sarjento,
Urrea, Juan de Oñate, Casasola,
Cárdenas y otros muchos que no cuento;
La tierra se corrió que era contigua,
Hasta venir á dar á Hacarigua,

De grandes y estendidas poblaciones
Y llenas de naciones diferentes,
Culbas, caquetlos, y coyones,
Giraharas feroces y valientes.
Allí los españoles chapetones
Cayeron muy enfermos y dolientes,
Y fué tanta la gente que caía,
Que les cumplió hacer enfermería.

Quedó Murga, persona señalada,
Con la guarda que Jorge se aplica,
De todas armas bien aderezadas;
Dejóles también médico y botica;
Prosigue mas adentro su jornada,
A fin de descubrir tierra mas rica;
Caminan hasta tanto que pasaron
El río del Estribo que llamaron.

Descubren campos anchos y hermosos,
Con daño de las gentes mas vecinas;
Atravesaron rios caudalosos,
Guanaguanari, Tapia y á Barinas;
Los indios giraharas, belicosos,
Salieron á las gentes peregrinas
En campo llano y en zavalas rasas,
En guarda y en defensa de sus casas.

Contrarios con contrarios se juntaron;
Suena de duros golpes el ruido;
Los indios de tal suerte pelearon,
Y este recuento fué tan bien reñido,
Que á cuatro de caballo derribaron,
Y entrellos á Montalvo mal herido;
Pero los nuestros son superiores,
Y quedaron del pueblo por señores.

Ya los matices del florido cuerno
Y pomíferas plantas del verano
Habian dado fines al gobierno
Del sustento que dan al ser humano;
Y nimbos procelosos del invierno
Venian estendiendo ya la mano,
Pues de crecientes fuera de sus senos
Los campos comarcanos iban llenos.

De tal manera, que les fué forzoso
Suspender sus peregrinaciones,
Buscar lugares para su reposo
Y recoger algunas provisiones,
Hasta pasar el tiempo pluvioso
Y las tempestuosas confusiones;
Y parecióles, por mejor valerse,
En dos partes distantes recogerse.

Allí con grande parte de la gente
Se detuvo, por ser hombre bastante,
Francisco de Velasco, su teniente,
Y el Espira pasó mas adelante;
El cual halló recado conviniente,
Seis leguas del Velasco mas distante,
Y aunque Velasco pudo bien hacello,
En dos meses, ó mas, no quiso vello.

Antes dicen decir estas razones
A Castrillo, Mendoza y á Castuera,
Pancorvo y Alcocer y otros varones:
« Si veinte como vos ó mas tuviera,
En menosprecio destes horrachones
Yo sé, señores, bien lo que hiciera,
Pues es bajeza, poquedad y mengua
Mandarnos gente de contraria lengua.»

Estas murmuraciones ó consejas,
Ya fuesen con verdad, ya con mentira,
Algunos susurrones y vulpejas,
Ardientes nutrimentos de la ira,
Debieron de llevar á las orejas
Del alemán valiente, George Espira;
Y por informacion que hizo dello
Al alguacil mayor mandó prendello.

Por no ser tales las informaciones
Que las culpas hiciesen evidentes,
Y por quitar algunos trompezones
Cerca del parecer de muchas gentes,
Mandó que lo llevasen en prisiones
Al pueblo do dejaron los dolientes:
Estos estaban ya diminuidos,
Por ser la mayor parte fallecidos.

El Murga, capitán, era ya muerto,
Y de la dicha gente la restante,
Viendo no tener fuerzas ni concierto
Para poder pasar mas adelante,
Volver desean al marino puerto,
Y nombran capitán, hombre bastante:
Este fué Martín Sanchez, un soldado
Antiguo, y en la tierra muy cursado.

Aqueste Martín Sanchez, que ya digo,
Rigió la poca gente con tal peso,
Que el mas duro rigor del enemigo
Ninguno de los suyos hizo lesos.
Con todos los demás llevó consigo
Al Velasco también en son de preso,
Y en Coro lo entregó con esta gente
A quién allí quedaba por teniente.

Espira su viaje proseguía,
Que ya no halla pluvia que lo pare;
Y el verano llegado hizo via
Entrel río de Apurí y de Sarare,
Adonde halló gente caqueta,
Y bastimento con que se repare;
Es aquesta nacion muy estendida
Y en infinitas partes dividida.

De fuerzas lleva ya gran menoscabo,
A causa de cubrir terrenas cuevas
Muchos de quien trabajos dieron cabo,
Por ser en las entradas gentes nuevas.
Por Caroni pasaron y Carabo,
Río que nace ya de los Tnnuevas,
Y el nombre se le dió de Alonso Diaz,
Porque su agua dió fin á sus dias.

Hallaron sal y ropa mantellina,
Y alguna joya de oro mal labrada,
Por ser esta provincia que confina
Con este nuevo reino de Granada:
Es aquesta nacion toda benigna,
Y en las culturas bien ejercitada.
Proceden mas á su descubrimiento
Hacia do tiene Pauto nacimiento.

Y el Estéban Martín tomó por guia
Un guayqueri que dijo ser esperto
En los secretos desta serranía,
Afirmándole ser testigo cierto;
Y consta ser la tierra que decia
El reino que tenemos descubierto,
Pues dijo conocer á Sogamoso,
En aquellas sazones poderoso.

Oída la noticia que el villano
Daba de la riqueza de la tierra,
Al George Espira tienen por insano
Y el Estéban Martín dice que yerra
En ir perseverando por lo llano
Sin calar los secretos de la sierra;
Mas á cualquiera que se lo decia
Con impaciencia grande respondia:

Juzgando lo mejor por desatino,
Y la sabia razon por indiscreta;
Y así, para seguir aquel camino,
A parecer ninguno se subyeta,
Por ser muy diferente su desino,
Venido de la gran fama de Meta,
Que fué general hecho que seguian
Los que por aquel tiempo descubrian.

Dejados pues los mas ciertos apriscos,
En daño del ganado que regia,
Huyó de caminar por altos riscos,
Y en la demanda fué del río Hia,
Do perecieron tres maestros Franciscos,
Y todos ellos juntos en un dia,
En unas mismas aguas y corrientes,
Aunque en oficios eran diferentes.

Prosiguen el camino por Opia ,
 Sufriendo de fortuna mil reveses ,
 Y la tardanza fué con demasia
 Por aquellas riberas y conveses ;
 Pues por la gran creciente que traía
 En pasallo tardaron ocho meses.
 Y al fin efectuado su pasaje ,
 A la parte del sur hacen viaje .

Iban por aquel rumbo via reta ,
 Pasando rios que les daban vado ;
 Con hambre que los mas fuertes subyeta
 Atravesaron grande despoblado ,
 Hasta venir á dar al rio Meta ,
 Que no la pudo dar á su cuidado :
 Vive la gente dél con desengaño ,
 Pues nada de su cuerpo cubre paño .

Desde las plantas á los altos cuellos
 Sus partes se verán desababadas ,
 Ellos hasta la cinta los cabellos ,
 Y las mujeres todas tresquiladas ;
 Tanto que juzgareis ellas ser ellos ,
 A no ver las señales apropiadas
 Donde naturaleza diferencia
 El existente ser del apariencia .

Prosiguieron la senda mas batida ,
 Con la solicitud acostumbrada ,
 Hallaron pueblo lleno de comida ,
 Donde tuvieron noche descansada :
 La gente toda dél era huída ,
 Y en parte diferente congregada :
 Velárouse , segun comun costumbre ,
 Por evitar alguna pesadumbre .

Antes que Venus con dorada frente
 Fuese del claro dia mensajera ,
 El Espira , con parte de la gente
 De caballo , siguió cierta carrera
 Para buscar el morador ausente
 Y ver la poblacion desta frontera ,
 En el pueblo dejando los restantes
 Con el reguardo que tenían antes .

Y el santo resplandor de la mañana
 Por cumbres y por llanos estendido ,
 La gente que quedaba castellana
 Oyeron de cornetas gran ruído ;
 Y luego descubrió por la zavana
 Golpe de gente bien apercibido
 De varias armas , intencion nociva ,
 Sin ver á George Espira por dó iba .

En la composicion de su ordeanza ,
 Pavés y dardos llevan los primeros ,
 Y los de mas atrás aguda lanza ;
 Tras estos muchedumbre de flecheros ,
 Y hondas , de que tienen gran usanza ,
 Cuyos tiros no son menos certeros :
 Los que velaban de los peregrinos
 Dan arma sin que dejen los caminos .

E un Francisco Sanchez , buen soldado ,
 Tuvo tan gran esfuerzo y osadia ,
 Que sin dejar el puesto señalado
 Ni huir el estruendo que venia ,
 De gente que llegó por aquel lado
 El impetu terrible resistia ,
 Igualando los golpes de su diestra
 A la temeridad que en esto muestra .

Tal era de sus brazos el gobierno
 Y fuerza de que lo dotó natura ,
 Que el mas duro pavés ballaba tierno ,
 Blanda la lanza de madera dura ;
 Y á costa de la gente de aquel cuerno
 Tineta se ve de sangre la verdura :
 A unos las entrañas va rompiendo ,
 A otros da temor con el estruendo .

Como quien con pesada podadera
 Va rozando de plantas varias tramas ,
 Para hacer allí su sementera ,
 A todas partes derribando ramas ,
 Y hacen mella ya por la ladera
 Los carrascos , quejigos y retamas ,
 Por ser aquellos árboles enhiestos
 De sus nativos troncos descompuestos :

No menos en la furia se mostraba
 En esta parte donde combatía ,
 Pues en el escuadron se señalaba
 Aquella grande mella que hacia :
 Brazos , piernas , cabezas derribaba
 De quien con mas furor acometía ,
 Sin que los muchos que le daban guerra
 Le hiciesen perder paso de tierra .

Acuden españoles al ruido ,
 A fin de sustentar tan bravos hechos ;
 Mas tanto tiro , grita y alarido ,
 Les hacian los pasos ser estrechos ;
 Y ansi , sin ser con tiempo socorrido ,
 Le dieron con un dardo por los pechos ,
 Con cuya crudelissima herida
 Perdió luego las fuerzas y la vida .

A fin de refrenar infladas venas ,
 Pusiéronse los nuestros por delante ;
 Mas fué como mojar las velas llenas
 Del barco por que corra mas adelante ,
 O como minutísimas arenas
 Opuestas á gran viento de levante ;
 Sin dar lugar á la cristiana lanza
 El indiano concierto y ordeanza .

Regíanlos catorce capitanes ,
 Como gigantes todos y aumosos ,
 A su modo soberbios de galanes ,
 Aunque los ornamentos son plumosos ,
 Y segun los meneos y ademanes ,
 De ensangrentar las manos cudiciosos :
 Ondean por los hombros de salvajes
 Grandes diversidades de plumajes .

El mas principal dellos les decia :
 « Adelante los mios , que notoria ,
 Segun el buen principio deste dia ,
 Tenemos desta gente la victoria ;
 Demás de que también de parte mia
 No terná menoscabo vuestra gloria ,
 Pues si el ejemplo del mayor aplace ,
 Aquí vereis mi diestra lo que hace . »

Apenas les habló desta manera ,
 Cuando vestido de furor insano ,
 A todos les tomó la delantera ,
 Con tres ó cuatro dardos en la mano ;
 Clavó del primer golpe la mollera
 Al desdichado mozo Joan Serrano :
 Fué la punta del tiro tan profunda ,
 Que no fué menester llaga segunda .

Trabóse mas del uno y otro bando
 El hélico furor triste y horrendo ;
 El indio hiero tierra va ganando ,
 El español feroz la va perdiendo ;
 Innumerables hondas disparando
 Con sus crujidos hacen tal estruendo ,
 Que de sobresaltados los caballos
 Mal pueden los jinetes concertallos .

Por el poco lugar que se le daba ,
 Arma del español anda suspensa ;
 Y el dardo , piedra , flecha , que llegaba ,
 Era por todas partes tan inmensa ,
 Que ya ninguno dellos procuraba
 Sino tan solamente su defensa ,
 Yéndose retrayendo de la muerte
 Del campo llano para lo mas fuerte .

Oyó luego la grita George Espira ,
 Y en este punto , sin que mas atienda ,
 Para librar los suyos desta ira ,
 Volvió con los demás á media rienda :
 Vido cómo su gente se retira ,
 Llevando lo peor en la contienda ;
 Las espaldas tomó del enemigo
 Haciendo crudelissimo castigo .

De treinta de caballo son heridos ,
 Que derramando sangre van sin duelo ;
 Los indios viendo ser acometidos
 Por adonde vivian sin recelo ,
 Revuelven á los gritos y gemidos
 De los que ya que daban por el suelo ,
 Y viendo los mortíferos conciertos ,
 Quedaron de pasmados como muertos .

Como lugar de golpes y alborotos
De muchos oficiales comarcanos,
Do labra cada cual según su voto
El palo, el hierro, los dorados granos,
Y por un repentino terremoto
Soltaron instrumentos de las manos,
Martillo, mazo, y el formon agudo,
Y queda luego todo como mudo:

Esta suerte también fué la caída
Del cacique feroz y sus vasallos,
Oyendo de repente la venida
Y el tropel que traían los caballos;
Y aquellos que llevaban de vencida
Embistieron también por ayudallos,
De tal manera, que por cada parte
Venció contrarios el cristiano Marte.

Con tan bravo furor se daba caza
Por nuestros caballeros y peones,
Que el campo raso se desembaraza
De los embravecidos escuadrones,
Quedando todavía por la plaza
De cuerpos muertos grandes los montones:
Penachos, dardos, lanzas, y no menos
De paveses caminos quedan llenos.

Conclusa la batalla, no sin lloro
De los que comenzaron las rencillas,
Revolviendo las plumas y el decoro
De indios que hicieron maravillas,
Descubrieron algunas joyas de oro,
Y de plata pequeñas campanillas,
Como de aquellas que por adornallos
Ponen en los bozales de caballos.

En un chifle de plata fué hallado,
Que según en labor era pulido,
Por manos españolas fué labrado,
Con lo demás de plata referido;
Puso los españoles en cuidado,
Pensando de qué partes ha venido,
Mas yo bien creo que la plata era
De Ordás, Ortal ó Alonso de Herrera.

Fueron pues por entonces compelidos
A hacer en aquel lugar asiento,
A causa de soldados que heridos
Quedaron del rigor sanguinolento;
Y hasta los tener convalecidos
No prosiguieron su descubrimiento;
Y cazaban por esta circunstancia
Venados de que hay gran abundancia.

Yendo pues á cazar una mañana
Bonilla, San Martín, Rodrigo Infante,
Hijo de noble gente sevillana,
Y el Estéban Martín y un Fustamante,
Vieron atravesar por la zavana
Un indio poco menos que gigante,
De dardos y pavés aderezado,
Y con mujer y dos hijos al lado.

Baten las piernas luego por la plaza
A fin de tomar presa semejante;
El indio luego se desembaraza
Echando hijos y mujer delante,
Con ánimo de dar orden y traza
De los librar del riesgo circunstante;
Y así como león ó tigre fiero,
En medio de aquel llano los espera.

Rodean todos ellos al desnudo,
Que solo, sin tener otra compañía,
Puso mano á los dardos y al escudo,
Y en detenellos él se dió tal maña,
Que sin la perturbar su mujer pudo
Tomar con los hijuelos la montaña,
Quedando por librar á su querida
En grandísimo riesgo de la vida.

Queriendo ir tras la feminea planta,
Como le perturbaron el antojo,
El brazo robustísimo levanta,
Y con aquella gran furia y enojo,
A Fustamante dió por la garganta,
Y al caballo de Infante quebró el ojo:
Roja se ve la tierra y el arena
Con el licor de la cristiana vena.

El indio todavía da corridas
Porque sus piés lijeros lo rescaten,
No teniendo mas puntas prevenidas;
Arremetieron pues los que combaten,
Y aunque le dieron dos ó tres heridas,
Arteaga rogó que no lo maten;
Al fin prendiéronlo, y aunque no sano,
En sus hombros pusieron al cristiano.

Al pueblo lleva pues el indio preso
Al que de muerte hizo ser captivo,
Y fué como si no llevara peso
Por ser de la manera que os escribo:
Llegó de desangrado ya tan lesa,
Que parecía mas muerto que vivo;
Al fin iba la vena tan rompida
Que con la sangre le huyó la vida.

El matador en miembros estremado
Andando con cristianas compañías,
O de ver su mujer desconfiado,
Por quien siempre crecían sus porfias,
O ya podría ser de mal curado,
En breve tiempo dió fin á sus dias;
Mas el ausencia siendo mal tan fuerte
Creyeron que fué causa de su muerte.

La gente peregrina y extranjera,
Viendo ya sus heridos cuasi sanos,
Prosiguen adelante su carrera
Hasta San Joan que dicen de los Llanos;
Cuyo lugar en la presente era
Conocemos poblado de cristianos;
Y cuando tracte deste reino nuevo
Terneis en él un apacible cebo.

Hallaron indios puestos en asecho,
Y ejército compuesto y ordenado,
De gran alteracion lleno su pecho,
Y á helicosos trances arrojado;
Pero para contaros este hecho,
Siéntome de presente fatigado;
Después lo contará mi baja lira
Sin autorizar brizna de mentira.

CANTO SEGUNDO.

Donde se cuentan los grandes recuentos que tuvieron, y cómo viéndose George Espira con gran falta de gente determinó de volver á la ciudad de Coro, y lo que sucedió en el camino.

En guerras mucho vale la pujanza,
Do lo mas á lo menos señorea,
Porque notorio es que gruesa lanza
Al tiempo de romper menos blanda;
Pero ninguno tenga confianza
Hasta ya ver el fin de la pelea,
Pues acontece por alguna suerte
Lo mas flaco vencer á lo mas fuerte.

Esta verdad ejemplo fué patente
Aquesto que tenemos entre manos,
Donde la muchedumbre de la gente
De indios consumiera los cristianos,
A no hacerse lance conviniente
Por los pocos y flacos castellanos;
Porque de todos ellos hecha cuenta
Serian á lo mas ciento y cincuenta.

Y no podía bien ser numerada
La gente del ejército salvaje,
Pues la tierra tenían ocupada
Con determinacion y con coraje:
Pavés de manatí, lanza tostada,
Casco de duro cuero con plumaje,
Con dardos ó con flechas muchos dellos,
Y cornetas colgadas de los cuellos.

Escuadrones compuestos y ordenados,
Con varios instrumentos pungitivos,
Tan atrevidos y desvergonzados,
Que los quierren á manos tomar vivos:
Ya tienen á los nuestros rodeados
Por dar ejecución á sus motivos;
El alemán recoge su bandera,
Animándolos bien desta manera:

« Señores, menester es poner freno
A las bestias que corren tan sin tasa,
Lo cual no puede trepidante seno
Ni mano que de golpes es escasa;
Y para conocer quién lo da bueno,
Ya tenemos las manos en la masa:
Otro medio no hay ni se requiere,
Sino que haga mas quien mas pudiere.

» Bien reconozco yo que se levanta
Contra cascada navé gran tormenta;
Pero ni la que vemos, ni otra tanta,
Si de las atrasadas hago cuenta,
Me pone sobresalto ni me espanta,
Ni pienso salir della con afrenta:
Ni quiero mas socorro ni mas luengo
De tener de mi parte los que tengo.

» Furia de indios es desvanecida,
Y muy bien conoceis su movimiento
Cuán á poquitos golpes da caída;
Y aquesto baste por prevenimiento:
Demas de que perdeis honor y vida
Si gozan estos deste vencimiento,
Y ser grave dolor quel alma siente
Morir á manos de tan torpe gente.

» Encomendaos á Dios como cristianos,
De cuya mano viene la victoria,
Pues el dará valor á vuestras manos
Para poder salir con esta gloria;
Porque matar salvajes inhumanos
Páreceme ser obra meritoria:
Escuadras se repartan y se ordenen,
Y vamos por el orden que ellos vienen.

» El contrario tenemos ya vecino;
Su gente trae no mal repartida:
Nosotros vamos por el mismo tino,
Segun la traza y orden proveida.»
Al fin los nuestros salen al camino,
A dar el parabién de la venida,
Y el mismo George Espira y el Esteban
El avanguardia de la gente llevan.

La hora, de temores alcahueta,
Hace temblar la barba y el copete;
Tocóse por señal una trompeta,
De parte del peon y del jinete;
De todas partes cada cual aprieta
Las armas en las manos, y arremete;
El Estéban Martín recata y mira
Con gran cuidado por el George Espira.

Y el George Espira no se descuidaba
De resguardar también el compañero:
El estrago que hacen declaraba
Cualquiera dellos ser un Marte fiero;
La lanza duros pechos traspasaba,
Corta robustos brazos el acero:
Aquestos dos que van en delantera
Amplisima dejaban la carrera.

El buen Filipe de Uten perseguía
La parte que su parte mas estraga;
Pues Bartolomé Berzar no dormía,
Antes para los indios es gran plaga:
¿Quién os podrá decir lo que hacia
El valiente Martino de Arteaga?
Qué Santa Cruz? y qué Diego de Montes,
Terror y espanto destos horizontes?

Y los demás de quien mención no hago,
Aunque los conocí por fama y vista,
Hacían en los indios tal estrago,
Que no hallan valor que los resista;
Y el indio fiero, por hacerse pago,
Con gran coraje sigue su conquista:
Los gritos, los clamores y el estruendo
Los delicados aires va rompiendo.

Cada cual procurando su venganza,
Frio temblor del pecho se destierra;
Anda superior cristiana lanza;
Y cuando juzga dar fin á la guerra,
De indios acudió tan gran pujanza,
Que nuestros españoles pierden tierra,
Y ser divino don cada cual piensa
El irse defendiendo sin ofensa.

Bien como piedra maigne que á si llega
Cualquier cosa de hierro constante,
Mas en aquel compás do lo congrega
Si ponen algun fiuo djamante,
Como superior se lo despega
Y luego se lo quita de delante,
Adonde se conoce claramente
Su fuerza y su virtud ser mas potente:

Ansi les acontece peleando
A los valerosísimos cristianos,
Pues cuando la victoria van cantando
Con proezas y hechos soberanos,
La gran potencia del contrario bando
Luego se la quitaba de las manos,
Haciéndole por fuerza que destuerza
El hilo quien tenia menos fuerza.

Llegó pues multitud del adversario,
Con un impetu tal y tan horrendo,
Que sin volver espaldas al contrario
Los nuestros se venían retrayendo:
El alemán que vió suceso vario,
Sus escuadrones iba deteniendo
Por tal compás, tal orden y concierto,
Que ninguno cayó ni quedó muerto.

Algunos dellos iban amarillos,
Sin esperanza de gustosas presas;
Ansi soldados como los caudillos
Retrogradando van por las delhasas;
Ninguno daba dobles ni sencillos
Por ser la danza toda de represas,
Y aun estas cada cual dellos las mide
No con aquel compás que el baile pide.

Yendo ya todos de color de gualdas,
Sin reparar y sin volver las ancas,
Vinieron hasta dar con las espaldas
En un río de muy altas barrancas;
Por no poder pasar ni mojar faldas
No quieren nias tener las manos mancas,
Porque por la gran cava contrapuesta
O morir ó vencer solo les resta.

Un indio sobre todos bien dispuesto
Había, que los otros mas incita
En daño de los nuestros y denuesto,
Y ronco ya de dar voces y grita,
De un terrible y espantable gesto,
Y que en los riesgos mas se precipita,
A unos da calor, otros provoca,
Echando espumarajos por la boca.

Ansi como pastor que va gritando,
Acia corral las vacas recogiendo
Y á los toros que ve de cuando en cuando
La cornigera frente revolviendo,
A perros que le vienen ayudando
«Carga, carga, mastin,» anda diciendo,
Y aquellas voces hacen tal efeto
Que la manada ponen en aprieto:

Ni mas ni menos estos indios diestros,
Con ánimo que el otro les ponía,
A toda furia sueltan los cabestros
Sin jamás alfojar de su porfía,
De suerte que tenían á los nuestros
En una gran congoja y agonía;
Y el Estéban, vigor desta conquista,
En el bravo gandul puso la vista.

Estaba de su puesto tales trechos
Que brazo de mortal no los alcanza;
Mas por opuestos indios y pertrechos
Y por los aires arrojó la lanza,
Que para traspasallo por los pechos
Ejecutora fué de su esperanza,
Hasta clavar el suelo, y entró tanto
Que fué de los cercanos gran espanto.

Mucho se resfrió por esta parte
La furia de la gente cuasi prieta,
Y viéndolos Espira de tal arte
Mandó tocar de nuevo la trompeta;
Aliento recobró cristiano Marte;
Y ansi por todas partes los aprieta:
Tanta sangre de nuevo ven vertida,
Que tuvieron por buena la huida.

La muerte donde quiera les amaga ;
Como huyen por campo descubierta
Ninguno dellos sabe qué se haga :
Quel vencido no ve reparo cierto.
Cayó sobre los indios grave plaga ,
Y de cristianos fué ninguno muerto :
Espira viendo tan honroso lance
Mandó que no siguiesen el alcance.

Antes por ver las furias en remanso
Que pudo prometer seguras treguas ,
Y el contrario, según iba ya manso ,
No pensaba parar en muchas leguas ,
De su consejo fué tomar descanso
Ellos y los caballos y las yeguas ,
Y volver donde fuesen proveídos
A costa de los miserios vencidos.

Al pueblo principal fueron derechos ,
Y queriendo gozar de los despojos ,
Hallaron ser menores los provechos
De lo que demandaban sus antojos .
La noche se pasó contando hechos
De cosas que se vieron por los ojos ,
Alabando también á circunstantes
Que lo hicieron bien el día antes.

Do cada cual quedaba satisfecho
Del buen gobernador en este día ,
Pues á su nombre traspasó su hecho
Porque George Formut, qué se decía ,
En alemán es hombre de gran pecho
O de gran corazón y valentía ;
Al cual, demás ser muy gentil hombre ,
Le venia pequeño mayor nombre.

Insigne capitán, y demás desto
No menos devotísimo cristiano ,
A nadie fué pesado ni molesto
Con le dar ocasion y tener mano ;
Toda su vida fué retracto honesto ,
Sin nota ni resabio de liviano ;
Tuvo ya por poblados, ya por yermos ,
Gran vigilancia sobre los enfermos.

En descansando pues dos ó tres días ,
Espacio muy nias breve que bastante
Las ya menoscabadas compañías
Determinaron de pasar delante :
Llevaban por entonces ciertas guías
Que riqueza prometen abundante ,
Y para los poner en la tal tierra
Habían de metellos por la sierra.

Oída la noticia que decimos ,
Cada cual el efecto deseaba ,
Y según del paraje coligimos
Y la guía sus piés encaminaba ,
Es este reino donde residimos ,
Que para mas tardíos se guardaba ,
Pudiendo ser primero George Espira ,
Pero Diego de Montes lo retira .

Persuadiendo ser entrada mala ,
Y ser cosa que mas les convenia
Continuar el llano por el ala
De la sierra, y aquella los ponia
Debajo de aquel círculo que iguala
Distancia de la noche con el día ;
Pues aunque se hiciese mas rodeo ,
Hallarian el fin de su deseo.

Estimulados pues desta sospecha ,
Aunque fué lo que menos les convino ,
Propósito primero se desecha ,
Teniéndolo quizá por desatino ;
Llevan la sierra sobre man derecha ,
Adelante siguiendo su camino ,
Y á tres ó cuatro días de jornada
Toparon una fuerte palizada

De palos gruesos, altos, bien hincados ,
Que con bejuco van entretejidos ,
De tres ó cuatro cintas rodeados ,
Apretados y muy fortalecidos :
Gran número de indios congregados
Y á su defensa bien apercebidos ,
Infinidad de flecha , dardo , honda ,
Y propugnáculos á la redonda.

El español la paz les amonesta ,
Con la cual muchas veces les requiere ;
El bárbaro feroz da por respuesta ,
Que después la hará quien mas pudiere :
Niegan cualquiera condicion honesta
Para que de amistad se desespere ;
Y á querer socorrelles con comida ,
Los nuestros se pasaran de corrida.

Pero dijéronles : «Perded cuidado ,
Que vuestra voluntad ha de ser hecha ,
Pues el manjar mejor aderezado
Há de llevar la punta de la flecha :
El dardo servirá de pan pintado ,
Cuya punta no luego se desecha ,
Antes es tal, que donde quier que llega
Con grande pesadumbre se desepa.

»Decidnos, ¿qué son vuestros pareceres ?
¿Con qué furia venis ó con qué viento ,
Pues tan menoscabados de poderes
Os arrojais á tanto detrimento ?
No teneis hijos, no traéis mujeres ,
No teneis pueblo, no haceis asiento ,
No conoceis labranza ni hacienda ,
Sino muy mala suerte de vivienda.

»Y si teneis mujeres, y son buenas ,
Vosotros no debeis ser hombres buenos ,
Pues os quereis servir de las ajenas
Y andais á saltar bienes ajenos :
Las caras os dió Dios de pelos llenas ,
Y de maldad teneis los pechos llenos :
Trabaja , trabaja , gente sin freno ,
Y no querais comer sudor ajeno.»

Estas palabras y otras semejantes
Decian estos bárbaros vecinos
A nuestros trabajados caminantes
Y mas que fatigados peregrinos :
Que si las miran ojos vigilantes ,
No fueron totalmente desalinios ;
Pero los nuestros ya sin sufrimiento
Determinados van al rompimiento.

Y allí ninguno dellos se reparte ,
Antes toda la gente bien armada
Quiso romper por una sola parte ,
Que parecia mas acomodada .
Crece la furia de uno y otro Marte ;
Vuela la flecha , y anda la pedrada ;
La castellana bacha corta y hiende
Palos que el fuerte bárbaro defiende.

Por los palos que están mal ajustados
Hacen algun efecto las ballestas ;
Mas la solitud de los cercados
Non tarda en volvelles las respuestas :
Dentrambas partes hay descalabrados ;
Unas armas á otras son molestas ;
Acuden allí tantos escuadrones
Que se causaban grandes confusiones.

No de llenas encinas tantos granos ,
Ni de lleno nogal nuez tan espesa ,
Derriba la caterva de villanos
Andando vareando muy apriosa ,
Cuanta caia sobre los cristianos
Piedra, saeta, dardo ; que no cesa :
No les bastaba ya fuerza de brazos
Y los escudos hechos mil pedazos.

Pareciéndole gran inconveniente
Estar todos allí como terreros ,
Retájose del cuerpo de la gente
Estéban con catorce compañeros ;
Los cuales fueron abscondidamente
Do parecian mas flacos maderos ;
Danse tan buena maña sin sentillo
Que pudieron abrir un buen portillo.

El Estéban Martín en el momento
Entró con el caballo bien armado ;
Todos catorce van en seguimiento
Para señorear el gran cercado ;
Acuden bárbaros al rompimiento ,
Mas era ya sin fruto su cuidado ,
Pues no suele temer mayor pujanza
Estéban á caballo con su lanza.

Rodeado se ve de mil cuadrillas
 El y los que le siguen con rodellas,
 Mas él iba haciendo maravillas
 Batiendo con buen aire las espuelas,
 Atravesando pechos y ternillas,
 Derribando quijadas, dientes, muelas:
 Espira, viendo ya su gente dentro,
 Acudió con los otros al encuentro.

Anda con tales bríos el acero,
 Y el cálido fervor de la contienda,
 Que quedó por señor el forastero,
 Y el morador huyó de su vivienda,
 Sin poder amparar al heredero,
 Ni poner en recado su hacienda:
 Recogen españoles los haberes
 Con cantidad de niños y mujeres.

Reposaron después en el asiento
 Seis días, porque el campo se repare,
 Y prosiguiendo su descubrimiento
 Bebieron de las aguas del Guayare;
 El cual principio es y nacimiento
 Del prepotente río de Uyapare,
 Dicho por otros nombres Urinoco,
 De quien en lo de Ordás no dije poco.

Caminando después una mañana
 Orilla del Guayare poderoso,
 En una prolifísima zarana
 Dieron los de caballo con un oso:
 Rodeólo la gente castellana
 Como toro que tienen en un coso,
 Llegaron de peones gente mucha
 Por respecto de ver aquella lucha.

Arremetió Hierónimo Cataño
 Creyendo de poder alanceallo,
 Mas el atrevimiento fué con daño,
 Pues cuando se llegó para matallo
 Usó la bestia de mayor engaño,
 Asiendo de las piernas al caballo,
 Y como si tronchara flaco leño
 En tierra dió con él y con su dueño.

De mano de la bestia carnícera
 El caballo quedó luego tendido:
 Hierónimo Cataño pereciera,
 A no ser prestamente socorrido;
 Y el oso se escapó de tal manera,
 Que de ninguno pudo ser herido:
 Suelen algunas veces ser dañinos
 A los indios que tienen mas vecinos.

Bien cerca de un estancia que yo tengo
 Y donde por un mal inconveniente
 En alguna manera me detengo,
 Del cual diré quizá mas claramente,
 Un oso destes hubo tiempo luengo
 Que consumió gran número de gente:
 Matólo George Perez, un mestizo,
 Con tiro de arcabuz que en él se bizo.

Alguna vez también hemos hallado
 En árbol alto barbacoa hecha,
 Donde ya sube puerco, ya venado,
 O cazas otras de que se aprovecha;
 En alto tiene hecho soberado,
 Y por sus manos cama donde se echa:
 Fuerza de osos es que no me espanta
 Subir venados á tan alta planta.

Marchando pues con estos trompezones
 Pasaron por algunos despoblados,
 Hasta que dieron en las poblaciones
 Que llamaron de los enmascarados;
 Que al parecer venian con jubones
 Y con muy justas calzas atacados;
 El cuerpo cada cual embarnizado
 De colores de negro y colorado.

Sobre la ropa que les dió natura,
 Y como buen barniz bien asentado
 Era desta manera la pintura,
 Sin ninguno venir diferenciado:
 Bitumen negro hasta la cintura,
 Y todo lo demás de colorado,
 Las caras ansimismo traían negras,
 Plumas con cascabeles de culebras.

Aquestos son de víboras crueles,
 A quien ha la natura proveído
 En punta de la cola cascabeles
 Para que no se nucvan sin ruido;
 Y así los infieles y fieles
 Se valen y aprovechan del oído,
 Huyendo del mortífero veneno
 Que suele de remedio ser ajeno.

Mas á nuestros guaypies nos volvamos,
 Que así los dichos indios se decían,
 Los cuales de la suerte que pintamos
 Camino de los nuestros se venían;
 Y alentados y sueltos como gamos,
 No con poco furor acometían
 Con muy grandes paveses y azagayas,
 Y los penachos son de guacamayas.

A las plumas el cascabel asido,
 Que como caracol os represento,
 Y como hoja seca su ruido,
 Que lo puede también llevar el viento:
 Argüese del número crecido
 Haber allí de víboras aumento,
 Pues que traían dellos tantas sumas,
 Colgando como digo de las plumas.

Vinieron escuadrones bien armados,
 Haciendo como suelen gran estruendo,
 Contra treinta finisimos soldados
 Que iban adelante descubriendo;
 Los cuales viéndose dellos cercados,
 «Santiago y á ellos!» van diciendo:
 Dos de caballo hay en la zarana,
 Un Damian de Barrios y un Lizana.

También estaba Martin de Arteaga,
 Entre soldados buenos escogido,
 Mas agora no sabe qué se haga,
 Que el brazo diestro tiene mal tullido:
 La fuerza de los indios los estraga,
 Y el escuadron cristiano va rompido:
 A Dios el Arteaga se encomienda,
 Y en el rigor entró de la contienda.

A un fuerte gandul se fué derecho,
 Tomando lanza con enferma mano,
 Mas segun el suceso deste hecho,
 El golpe que dió fué de brazo sano,
 Pues que le traspasó pavés y pecho;
 Y hoy hace juramento de cristiano
 Que después en el brazo ni en la vena
 Jamás sintió dolor que le dé pena.

Rompiendo fué por otros escuadrones,
 Sin ponelle temor las puntas duras:
 Acuden caballeros y peones,
 A fin de les romper las vestiduras,
 Respuntando las calzas y jubones
 Que el calcetero hizo sin costuras:
 Unos dejan allí las calzas luego,
 Y otros tomaron las de Villadiego.

Desbaratados pues estos gentiles,
 Que con acometer de furias llenos
 Revolvieron huyendo como viles,
 Los nuestros fueron á henchir los senos
 Al pueblo que llamaron de Perniles,
 Por se hallar allí muchos y buenos,
 A causa de cazar estos guaypies
 Crecida cantidad de jabalies.

Y en aquellas regiones apartadas
 Acontece topár en campo raso
 De puercos crecidisimas manadas,
 Que al peregrino hacen muy al caso,
 Pues en necesidad de las entradas
 Son gran socorro del hambriento vaso,
 Y el que caballo tiene y campo ancho,
 Con la lanza provee bien su rancho.

Suerte de caza es tan deleitosa,
 Que suele proveer hambrientos sacos,
 Y en alguna manera peligrosa,
 A causa de vejisimos verracos,
 Que con navaja fiera y espumosa
 En su defensa no se muestran flacos;
 E uno destes por alanceallo
 A mí me hirió mal un buen caballo.

Antonio de Esquivel, un caballero,
Que ha poco que dió postres suspiro,
Contaba deste bárbaro montero
Un modo de cazar de que me admiro,
Y fué que con tocar el solo cuero
Con no sé qué que ponen en el tiro,
Do quiera que le diere, si le acierta,
Cae la caza luego como muerta;

Pero cumple llegar con gran presteza
A la caza después del tocamiento,
Por no ser duradera la torpeza,
Ni aquella flojedad y adormimiento;
Pues cohra la pérdida lijereza,
Si hay en la matar detenimiento:
Debenle de tocar con algun hueso
Del peje temblador que atrás espreso.

Mas estando después en esta vega,
No con poco descuido los cristianos,
Tuvieron una muy mala refriega
Con otros indios destes comarcanos,
Do bárbara canalla se les pega,
Hasta quitar las lanzas de las manos
A ciertos caballeros fanfarrones
De los que acá llamamos chapetones,

En itálicas guerras ya tenidos,
Segun ellos decian, en gran precio,
Demás de ser mil veces instruidos
En militar doctrina de Vegeto;
Mas agora quedaron muy corridos,
Y cada cual en posesion de necio,
Por no dar muestras en aquel rebato
De lo que pide hélico recato.

Mas contra las catervas atrevidas
Los dos mancebos Berzares famosos,
Bartolomé y Filipe, dan heridas
Y golpes de tal suerte sanguinosos,
Que dejaron las lanzas y las vidas
Los que con ellas iban victoriosos,
Y las restituyeron á sus dueños,
A quien vergüenza hizo mas isleños.

De los dichos guaypies despedidos,
Caminaron por el orden que conviene,
Hasta mojar los piés y los vestidos
En el famoso rio Papamene;
Cuyos términos, siendo conocidos,
Reconocieron que su curso tiene
Por la equinoecial, do se barrunta
Que con el Marañon sus aguas junta.

Corren las otras bandadas, no sabidas
De guias que llevaban por testigos:
Hallaron poblaciones destruidas
Por indios destes pueblos enemigos;
Las aguas de los rios van crecidas;
Conviénelas buscar nuevos abrigos,
Pues la boca del Tauro les enseña
Las Hiadas, de pluvias clara seña.

Preguntaron allí por tierra rica
A un viejo gandul que fué tomado,
Y aqueste dió noticia de Ocoarica,
Cacique de crecido potentado;
Los nuestros le decian de Oroarica,
Y después le llamaron el Dorado:
Y en aquella demanda y apellido
Otras muchas armadas se han perdido.

Como Filipe de Uten, ya nombrado,
Que quiso ver el fin desta jornada;
Y deste reino bien aderezado
Salió también Jimenez de Quesada,
Hermano de aquel buen adelantado
Que por allí después perdió su armada;
Y Ursua se perdió ni mas ni menos
Por falta de leales y de buenos.

Es aquesta noticia, segun toco
En otra relacion que tengo hecha,
Entrel gran Marañon y el Urineco,
Y es por Pirú la via mas derecha;
Y á quien de descubrir no gusta poco
Todavía le dura la sospecha
Que por aquel compás y largo seno
Debe de haber algun pedazo bueno.

Pues como la creciente de aquel rio
Papamene venia ya con saña,
George Espira hizo dél desvío,
Y su gente metió por la montaña:
De grandes cenagales y rocío
Muy fatigada lleva su compañía,
Donde tanto atascaban los caballos,
Que muchos se quedaron sin sacallos.

Pero los que eran carga del caballo,
Por vueltas de fortuna mal compuestas,
Tienen por bien agora de cargallo,
Y de llevallo huelgan á sus cuestras,
Sin dejar cuero, pié, tripa ni callo,
Ni parte de las partes inhonestas,
Pues de todos sus miembros lo mas malo
Era regaladísimo regalo.

Todos van sin vigor y sin sustancia;
Su gran necesidad es increíble;
Y en aquella larguísima distancia
Hallar grano de sal es imposible:
Que de todas las faltas de importancia
La falta de la sal es mas terrible,
Pues quando sal algun soldado tiene
Con solamente yerbas se mantiene.

Sin ella son bocados de amargura,
Cortamiento de miembros, y un contino
Devanear no lejos de locura;
Antes es todo cuasi desatino;
Al fin, debajo desta desventura,
Siguiéron adelante su camino
Con otros muchos fortunosos toques,
Hasta llegar á tierra de los choques.

Nacion que no sé cómo me la llame,
Pues esta es indubitavelmente
La mas sucia, mas torpe, mas infame,
Que cuantas tienen hoy nombre de gente.
Y aunque mas sus vilezas encaramo,
Es sacar una gota de gran fuente;
Su sustento lo mas es tan inmundio
Que cosa no se vió mas en el mundo.

Pues demás de comer humanas gentes,
Maldad en que ellos viven muy espertos,
Comen diversidades de serpientes,
Sin que sepan tener límites ciertos:
Comen sus propios hijos y parientes,
Suelen ser sepulturas de los muertos;
Gusanos come la nacion maldita,
Y hasta los cabellos que se quita.

Son demás de lo dicho gentes vagas,
Y á vueltas de lo que comer procuran
Comen hilas y parches de las llagas
Que quitan españoles que se curan;
Si te lavas las manos, ó ya hagas
Lavarte los piés sucios, se apresuran
A beber aquel agua sucia y fea
Como delicadísima clara.

Son indios bien dispuestos y alentados,
Sin orden, sin razon y sin gobierno,
Feroces, atrevidos, alocados,
El viejo, mozo y el muchacho tierno
En el acometer determinados,
No menos que demonios del infierno;
Sus armas lanzas son, pavés y dardo
Que bien ha menester duro reguardo.

En hacer estas armas no son rudos,
Ni tienen, cierto, sutileza poca;
Pintan el sol en todos sus escudos,
Con sus rayos, nariz, ojos y boca;
Los choques todos son hombres desnudos,
Y á las hembras cubierta no les toca:
Todos andan al natural estilo,
Sin torcer ni hilar un solo hilo.

Si vuelve las espaldas algun bando,
No es porque su furia se mitigue,
Pues lo suelen hacer de cuando en cuando
Para mas molestar á quien los sigue;
Porque dardos agudos van hincando
Adonde su contrario se castigue,
Y en los hincar no son tan indiscretos
Que no hagan mortíferos efetos.

La mortal experiencia desta maña
Que tienen estas gentes fué sabida
Por Joan de Castro, natural de Ocaña,
Corriendo tras quien iba de huida,
Pues con la punta de la dura caña
Al miserable le huyó la vida:
En efecto, la cosa fué de suerte
Que quien pensó matar padeció muerte.

Y otros énsangrentaron su carrera
Cuando victoriosos se juzgaron.
Al fin ellos pelean de manera
Que muchos españoles me juraron
Nunca topar con gente tan guerrera,
En todas las naciones que toparon;
Y el choque, ni por bien ni por herida,
Se quiere, según dicen, dar á vida.

Luego pues que llegaron los cristianos
A unas mal compuestas ramadillas,
Vinieron solos dos destos villanos
Con dos totumas de agua ó escudillas,
Do mojaban los dedos de las manos
Y tocaban las barbas y mejillas
A ciertos españoles que allí vieron,
Y sin hablar palabra se volvieron.

Y como se volvieron de improviso
Sin muestra de placeres ni de enojo,
Los nuestros españoles, no sin riso,
Dicen: «Menester es abrir el ojo,
Porque mojar las barbas es aviso
De que echemos las barbas en remojo;
Antes pues que se mojen los cabellos
Determinemos ir en busca dellos.»

Después de cada cual aderezado,
Fueron por un camino muy seguido,
Dieron en un gran pueblo despoblado,
De solo desconsuelo proveído;
Por ser tiempo de pluvias tan pesado,
Allí fué nuestro campo detenido,
Sin poder por los grandes cenagales
Ir á buscar remedio de sus males.

Para necesidades del hambriento,
Que tales eran ya malos y buenos,
Dos caballos sirvieron de alimento,
Tales, que menester no habían frenos;
Y en tan terrible tormento,
Sal era lo que mas echaban menos;
Y para dar remedios á su vida
Por mil partes buscaban la salida.

El Esteban Martín y Valdespino,
A pié, con otros treinta compañeros,
Para buscar al hárbago vecino
Pasaron grandes ciénagas y esteros;
Dieron en tierra seca, y en camino
Que los cansados piés hizo lijeros,
Por verse la comarca bien poblada
Y cantidad de gente bien armada.

Como por ojos ya tuviesen prueba,
Y número de gente descubriesen,
Viendo ser muy poquita la que lleva,
Esteban ordenó que se volviesen
Al campo, para dar aquella nueva,
Y todos ellos juntos acudiesen
Con los caballos y el demás fardaje,
Pues que sabían cómodo pasaje.

Volviendo pues atrás esta carrera,
En recta guardia él y el Valdespino,
Natural de Jerez de la Frontera,
Parece ser que no tuvieron tino
Los otros que iban en la delantera,
Yendo ya descuidados del camino;
Y el buen Esteban, como mas esperto,
Paso para les dar camino cierto.

Y entre tanto que puso sus hermanos
En el cierto camino que traído
Habían, dieron indios inhumanos
En Valdespino, que se vió perdido,
Pues vivo lo llevaban fieras manos,
E ya de dos heridas mal herido;
Lo cual visto por este varón fuerte,
Quisoles dar la vida con su muerte.

Porque vista de fuerzas la penuria
Que mostraba la gente rezagada,
Por los indios rompió con tanta furia,
Que dejaron la presa mal tractada;
Tomó cruel venganza del injuria
Que hacen á la gente baptizada:
Cabezas por el suelo van rodando,
Manos y dedos andan palpitando.

Aquellos que lo siguen y él gobierna
Esfuérzanse de ver tan grandes hechos;
Pero punta de hueso, nada tierna,
Sin bastalle broquel, rompió los pechos;
Otra le segundaron por la pierna
Con que sus pasos hizo mas estrechos,
Porque le dieron por el espiniella,
Metiéndole la punta en la cañilla.

Su muerte ya cercana conociendo,
Por las heridas de una y otra vara,
Poco á poco se iba retrayendo,
Al escuadron feroz haciendo cara;
Animosas razones va diciendo,
Y á todos como sano los ampara
Con tan raro valor y tanta cuenta
Que ninguno dejó de todos treinta.

Aunque dolor de piernas embaraza,
Todavía por términos guerreros,
A pesar de los choques, hace plaza
Por donde puedan ir sus compañeros;
Porque los indios fueron dando caza
Hasta que ya pasaron los esteros,
De do volvieron á sus campos anchos,
Y los nuestros llegaron á sus ranchos.

Vido luego su fin el Valdespino
De las heridas malas y molestas,
Y así la mayor parte del camino
Cristianos lo trajeron á sus cuevas:
Dicen ser valeroso, y hombre dino
De no cortar el hilo las fuestas
Lanificas hermanas en tal era,
Sino de dalle mas larga carrera.

Mas otra pena muy mayor se siente,
Y es Esteban Martín, amigo caro
Del George Espira y de la demás gente,
Por no saber á nadie ser avaro:
Y así de todos universalmente
Fué tenido por padre y por amparo,
Y creían que estando de por medio
No les habia de faltar remedio.

Hicieronle muy abrigados lechos,
Y todo su remedio se procura;
Las heridas le ven, y muy á pechos
Tomó Diego de Montes esta cura;
Un Joan de Onate hizo los pertrechos
Para sacalle bien la punta dura;
Sacósele, mas aunque hizo esto
No dejó de morir al día sexto.

Murió con confesion y testamento,
A pobres repartiendo lo que alcanza;
Nunca pudo saber su nacimiento,
Ni el nombre del lugar de su crianza.
Hicieron sus amigos juramento
De tomar muy de veras la venganza;
No con menos dolor ni menos ira
Lo mismo prometia George Espira.

En este funeral y enterramiento
También pudieras ver ojos hermosos;
Hicieron el humilde monumento
Debajo de unos árboles umbrosos,
Y el padre Fructos, no sin sentimiento,
Por honra de los huesos generosos,
En el troncon del árbol do yacia
Aquesta letra puso, que decia:

AL CAPITAN VALEROSO

LLAMADO ESTEBAN MARTIN

AQUI LE LLEGO SU FIN.

El árbol, de sus hojas descompuesto
Por la gran aspereza del invierno,
Ya se vestía de pimpollo tierno
Con apariencia de florido gesto,
Cuando quien se preciaba del gobierno
Quiso luego dejar aqueste puesto,
Inquirir y buscar tierra mas alta
Para socorro de tan grande falta.

Halló donde birieron á su amigo
Disposicion de tierra mas lozana;
Determinóse de hacer castigo
En gente tan crüel y tan tirana,
Y todos cuantos él llevó consigo
No creo que tenían menor gana;
Y la contraria gente dura y fiera,
Tampoco recelaban la carrera.

Antes con un furor luciferino,
Como vieron venir nuestros varones,
Concertaron satilles al camino
Con bravos y feroces escuadrones:
Los españoles, con mejor desino,
Envian al encuentro los peones
Con orden que se fuesen retrayendo
Y fingiesen huir sin ir huyendo,

Por traellos abajo de un repecho,
Do quedaban caballos encubiertos,
Para poder mejor hacer su hecho,
Por ser allí lugares mas abiertos,
Y podian correr tan á provecho,
Que de victoria se juzgaban ciertos,
Pues era, si los sacan á lo raso,
Negocio que les hace muy al caso.

Partieron los peones al instante,
A punto la rodela y el espada;
Mas viendo tantos indios por delante,
Fingieron de temor hacer parada,
Y luego con astucia semejante
Revuelven al lugar del emboscada:
Ellos, juzgando ser el miedo cierto,
Seguianlos sin orden ni concierto.

No tigre ni leon por la dehesa
Se muestra tan veloz en su corrida,
Tras la caza do quiere hacer presa
Y piensa que la tiene ya cogida,
Cuantas eran las furias y la priesa
De la gente feroz inadvertida,
Hasta que descubrieron los recodos
Adónde estaban los caballos todos.

Los cuales, como ya viesan la suya
Y tanta multitud sin ordenanza,
Acometen á mia sobre tuya,
Con deseo y ardor de la venganza:
Rodéantlos para que nadie huya
Del espada crüel ni de la lanza,
Rompiendo aquí y allí con los caballos
Para los dividir y derramallos.

Ensangrentando van acero fino,
Ningunos golpes dan que salgan vanos;
Y como fué negocio repentino
Y en lugares tan rasos y tan llanos,
Los indios con el grande desatino
Ni juegan de los piés ni de las manos,
Antes cada cual anda sin sentido
De ver el animal que nunca vido.

Como si par de alguno cayó rayo
Que por su buena dicha no le toca,
Sino que le pasó mas á soslayo
Rompiendo cerca del la dura roca,
Y demás de quedar con gran desmayo
Aquel espanto le tapó la boca,
Y del tronido y el celeste fuego,
No solo queda mudo, pero ciego:

Aviúoles así ni mas ni menos
A la bestial, feroz y fiera gente,
Cuando vieron venir en piés ajenos
A los que les salieron de repente;
Y aun menos impresion licieran truenos,
Pues por allí no faltan comunmente;
Alguno procuraba su defensa,
Y fué trabajo vano lo que piensa.

Por andar los cristianos mas despiertos
Que la gente de Indias ya rompida,
Cuyos conciertos eran desconciertos,
Sin tener esperanza de la vida;
Al fin la mayor parte fueron muertos,
Y los cristianos, todos sin herida,
Quemaron luego por estos conveses
Numerables dardos y paveses.

Allí, demás de su contentamiento
En poder subyectar duras cervices,
Hallaron copia de mantenimiento
De yucas, boniatas y maices,
Y juntamente para su sustento
Otras diversidades de raices,
Que los que no conocen abundancia
Afirman ser comida de sustancia.

Refrenada la loca fantasia
Y abatidas las crestas de los gallos,
Estuvieron allí por algun dia
Para reformacion de los caballos,
Pues, segun su flaqueza, bien habia
Harta necesidad de reformallos.
Después desto la gente fatigada
Adelante prosigue su jornada,

Hasta llegar á un río bermejo,
Donde no les faltó gente de guerra,
Y donde se juzgó por buen consejo
Que subiesen por él hasta la sierra;
Pero demás del débil aparejo
Parecíales mal aquella tierra,
Triste, lluviosa y áspera montaña,
Y de sus pensamientos muy estraña.

Visto pues por la gente peregrina
Su primero vigor menoscabado,
El buen gobernador se determina,
Con parecer de todos aprobado,
De procurar volver á la marina
Para tornar mejor aderezado:
Todos concuerdan con aquel decreto,
Y luego lo pusieron en efecto.

Hallábanse vacias las riberas,
E ya río ninguno los detiene;
Por pasos conocidos y carreras
Allegaron al río Papamene,
Donde dejaron unas estriberas
Y cosas que memoria no retiene;
Y estas halló Francisco de Orellana
En aquel río que su nombre gana.

Recogiólas el indio mas cercano,
Deste las rescató su mas vecino,
Y así fueron á dar de mano en mano
A indios mas lejanos en camino:
Hallólas en un pueblo comarcano
Del río Marañon, por donde vino;
Después por estas gentes referidas
Fueron, por ser de azólar, conocidas.

Luego del Papamene se partieron
Para volver á do se deseaba,
Y si siempre no van por do vinieron,
La falda de la sierra los guiaba;
Y así fué la derrota tal que dieron
En el rastro que Fedrimán dejaba:
Tras él envian gente de caballo,
Pero nunca pudieron alcanzallo.

Y aun creo que el Espira no queria,
Pues hay algunos hoy de pareceres
Que tu capitán de otro rehuía:
Si la causa, lector, saber quisieres,
Es porque George Espira ya sabia
Cómo esperaba Fedrimán poderes,
Y hasta le venir, creyó que apostá
Se detuvo gran tiempo por la costa.

Y no fué vanidad el pensamiento
En lo que cerca desto se recela,
Pues hizo Fedrimán detenimiento
Por la costa del Cabo de la Vela,
Por ver de su promesa cumplimiento
Y poner mas en orden esta tela;
Y en efecto los Berzares cumplieron
Sin falta la palabra que le dieron.

Mas aunque se detuvo dos veranos
 Por esta costa, no sin añagaza
 De cartas de los reinos castellanos,
 Nunca le llegó cosa que le plaza,
 Por venir los despachos á las manos
 Del factor alemán Jacome Gaza,
 Que retuvo las cédulas que digo
 Por ser del George Espira gran amigo.

Escudriñando pues esta frontera,
 De la de Santa Marta topó gente,
 Cuyo capitán fué Joan de Rivera,
 Que con razon llamaron el valiente:
 Y el Fedrimán, que mas mañoso era,
 Con él se concertó secretamente
 Para juntar aquella compañía
 Con la demás de Coro que traía.

Alguna desta gente no quisiera
 A su gobernador hurtar el lado;
 Y para que también Joan de Rivera
 Quedase desta culpa disculpado,
 El negocio se hizo de manera
 Que pareció mas fuerza que por grado:
 Así que, presos sin haber defuntos,
 Al Maracaibo se vinieron juntos.

De allí tentó huirse cierta gente
 De los de Santa Marta que tomaron,
 Mas Antonio de Chaves su teniente
 Fué tras ellos, y á uno que hallaron
 Mandó garrote dar incontinentemente;
 Los otros por lijeros escaparon:
 Destos fueron después mis compañeros
 El capitán Lorenzo y un Cisneros.

Puestos en Maracaibo y en sus llanos,
 Por parecelle tierra desgraciada
 El pueblo despobló de los cristianos,
 A fin de los llevar á la jornada;
 Destos vecinos escogió los sanos,
 Dejó en Coro la gente fatigada,
 Y en busca dijo ir de George Espira,
 Ya fuese con verdad ó con mentira.

Los hombres de caballo y los infantes
 Que lleva son antiguos pobladores,
 Para sufrir trabajos tan bastantes
 Que pocos conocimos ser mejores,
 Y en todos los consejos importantes
 Muy ciertos y avisados consultores;
 Pero pobres y mal apercebidos,
 Pues apenas tenian ya vestidos.

Andando pues por Barraquicimeto
 Ó por Carora, donde repararon,
 Llegaron Alderete y Martin Nieto,
 Y los que contra Ortal se rebelaron;
 A los cuales con todo buen respeto
 Recibieron muy bien y regalaron;
 Mas Fedrimán de tres hizo desvío,
 Por no le parecer bien tanto brio.

Los tres fueron á Coro brevemente
 Con cartas que llevaban sal pimienta,
 Y los demás quedaron con su gente,
 Haciendo dellos Fedrimán gran cuenta,
 Por ser cada cual hombre diligente,
 Y en los recuentros de mayor afrenta,
 Donde muchos salieron con querrela,
 Pudieran ellos bien salir sin ella.

Pusieron en efecto la partida,
 Y en la prosecucion de su jornada
 No llevan abundancia de comida,
 Porque de los demás escarmentada
 Gente de indios era retraida
 Y del paraje propio desviada;
 Mas ya con hambre, ya con alimentos,
 Todos con Fedrimán iban contentos.

Pues para lo seguir hasta el infierno
 Creo que les ganó las voluntades,
 Y ciertamente desde mozo tierno,
 Si acaso no se niegan las verdades,
 Parece que nació para gobierno,
 Y en abundancia y en necesidades
 En su campo jamas reinó discordia,
 Ni en su pecho faltó misericordia.

Sabio fué y avisado cortesano
 En todas sus costumbres y modesto;
 Para ser alemán era mediano,
 Pero de proporciones bien compuesto;
 En el hablar retórico no vano;
 De rojo, grave y apacible gesto;
 Tuvo también faccias excelentes
 A tiempos y lugares convinientes.

Yendo pues, como digo, sin revuelta,
 En toda la distancia que corrieron,
 En un cierto camino gente suelta,
 Tomaron unos indios, que dijeron
 Que George Espira daba ya la vuelta
 Con poca gente, de que coligieron,
 Segun la que con él habia salido,
 Como debia de volver perdido.

Vista la relacion por Fedrimano,
 Por no volver atrás de su desino
 Ni meterse debajo de su mano
 Torció de sus derrotas el camino,
 Entrando mas adentro por lo llano,
 Hasta tanto que vió que le convino
 Sacar su gente de la llana tierra
 Y volver á las faldas de la sierra.

Caminan, y llegados en efeto
 Al pueblo de San Joan, hoy de cristianos,
 El dicho Fedrimán como discreto
 No quiso caminar mas por los llanos,
 Sino ver de las sierras el secreto
 Con guías de los indios comarcanos;
 Y para descubrir algun camino
 Pedro de Limpías adelante vino.

Llevó consigo gentes avisadas,
 Seis de caballo, los demás peones,
 Tan diestros y cortidos en entradas
 Que no los espantaban trompezones;
 Y á cabo ya de dos ó tres jornadas
 Vieron humos de grandes poblaciones,
 Y sin que mas adentro procediese,
 Hizo que Fedrimán luego viniese.

Con orden y debida vigilancia,
 Mas adelante van los peregrinos;
 Ven muestras por aquella circunstancia
 De grandísima copia de vecinos;
 Pero hacian grande repugnancia
 Angostos y asperisimos caminos,
 Que sin hallar allí quien contradiga
 Subían con grandísima fatiga.

Mas en la cuesta de mayor altura
 Habia pajonales sazoados,
 Donde las sierras hacen angostura
 Con altísimos riscos á los lados:
 La gente por allí subir procura,
 Por no ver pasos mas acomodados;
 Indios cercanos acudieron luego
 Y por los pajonales ponen fuego.

Aumentanse las llamas en esceso
 Con furioso viento que venia,
 Y la nube de humo tan espeso
 La vista destas gentes impedía;
 El repentino caso y el suceso
 En un terrible riesgo los ponía:
 Tal impetu de fuego los rodea
 Que no ven la salud que se desea.

Haciendo pues su natural oficio
 Las llamas y fumos arreboles,
 Fué tanta la presura y el bullicio,
 Que por aquellos riscos y peñoles
 Se despeño gran parte del servicio,
 Y entrellos no sé cuantos españoles;
 Cayó Miguel Hologuin de peñol agro,
 Y el escapar fué cosa de milagro.

Como si ciervos puestos en un alto,
 Rodeados de áspera vertiente,
 Donde ni por corrida ni por salto
 Pueden huir, sin gran inconveniente;
 Mas recibiendo grande sobresalto
 Por ver león ó tigre de repente,
 Sin tiento se despeñan por la roca
 Por escapar de carnícera boca.

El indio, y aun la gente castellana,
 Así con el temor que los incita
 De ver el gran ardor de la zavana,
 Confusos movimientos y la grita,
 Y aquí y allí la llama ya cercana
 Sin ver por dónde va, se precipita,
 Haciéndose los unos mil pedazos,
 Otros quebrados piés, piernas y brazos.

Pero viendo tumulto ya tan ciego,
 Un portugués, soldado diligente,
 A grande priesa puso contrafuego
 Donde se recogió la demás gente;
 Y así cuando llegó la llama, luego
 Perdió la fuerza y el furor ardiente,
 Por no tener allí tierra ni viento
 Paja con que le diese nutrimento.

Admirados de caso semejante,
 El mas prudente dellos se embarasca;
 Mas el buen Fedrimán y Limpias, ante
 Que pudiese venir otra horrasca,
 Con la gente pasaron adelante
 A la provincia que se llama Pasca,
 Donde la buena tierra fué visible
 Y para los caballos apacible.

Salieron los vecinos comarcanos
 Al tiempo que venian al encuentro,
 Pero nunca vinieron á las manos,
 Ni tuvieron recuesta ni recuento:
 Antes significaron que cristianos
 Estaban en la tierra mas adentro,
 Dando señas de trajes y costumbre,
 De que se recibió gran pesadumbre.

Pues segun los que viven este día,
 No se tuvo la pérdida de Rodas
 En tanto cuanto Fedrimán tenia
 El no ser el primero destas bodas,
 Pues con ciento y cincuenta que traia
 Pensaba conquistar las Indias todas:
 Y es cierto que cualquiera de su bando
 Pudiera bien regir y tener mando.

También el valeroso licenciado
 Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
 Que fué quien antes dél habia entrado
 En este nuevo reino de Granada,
 Fué por via de indios avisado
 Que entraba por allí gente barbada,
 Y hizo despachar á la lijera
 Para reconocer y ver quién era.

De los que fueron, hay donde resido
 Paredes, Calderon, hombre prudente,
 Y Joan Rodriguez Gil, bien conocido
 Por cuerdo, por sagaz y por valiente,
 Y Anton Rodriguez, que por apellido
 Le llaman de Cazalla comunmente,
 Con otros para paz y para guerra,
 Cuyos cuerpos nos encubrió la tierra.

Llegaron estos hombres escogidos
 A Pasca, tierra ya conmemorada:
 Dieron el parabién de bien venidos
 De parte del Jimenez de Quesada;
 Fueron del Fedrimán bien recibidos
 Y de toda la gente del armada:
 Partieron luego, visto su recado,
 A verse con el dicho licenciado.

Viéronse juntos pues los dos mayores
 En Bogotá, que fué primer asiento,
 Donde de cortesias y primores
 A ninguno faltaba cumplimiento,
 Pues cada cual de los gobernadores
 Alcanzaba cabal entendimiento,
 Con cuantas partes eran concernientes
 A los que rigen y gobiernan gentes.

Ganó con el valor de su cosecha
 Amistad de varones singulares,
 Pero siempre la tuvo muy estrecha
 Con el capitán Gonzalo Suarez,
 Varon que con fortissima derecha
 Fundó lo principal destos lugares;
 Pero de su valor y de su poca
 En otra parte tractaré mas largo.

En gracia del mayor y del mas chico,
 El Fedrimán al fin se dió tal maña
 Que deste nuevo reino salió rico,
 Y hizo su viaje para España:
 El remate que tuvo no replico,
 Pero dicen morir en Alemaña;
 Y así ya dél mi pluma se retira
 Por volver á tractar de George Espira.

Porque después de ya dejar aposta
 A Fedrimán que su viaje siga,
 El con su compañía mas angosta,
 E ya quasi sin granos el espiga,
 A gran priesa se fué para la costa
 Padeciendo grandisima fatiga
 De hambre, tigres, y de enferma gente,
 Y entrellos Santa Cruz, su buen teniente.

El cual, en cierto pueblo de lo llano,
 Reconoció su fin y acabamiento;
 Murió como católico cristiano,
 Y con vivísimo conocimiento:
 En el gobierno tuvo mucha mano
 Por ser persona de merecimiento;
 Dió Cárdenas también fin á sus dias,
 Mas con donaires y chocarrerias.

Llegados pues á Barraquicimeto,
 Hallaron asolada ya la tierra,
 Y todos con flaquísimo subyeto
 Atravesando van aspera sierra,
 Donde luego se vieron en aprieto
 Por acudir allí gente de guerra,
 Que viéndolos volver de mala suerte
 A todos procuraban dar la muerte,

O por lo menos de llevar captivo
 Al español que viesen rezagado;
 Con los cuales intentos y motivo
 Llegaron giraharas por un lado,
 Y al buen Diego de Montes llevan vivo,
 De gran enfermedad debilitado;
 Mas Joan Catahuyare, caqueño,
 Lo defendió con valeroso brio.

Porque llegó con armas de cristianos,
 Y en ellos hizo tal arremetida,
 Que les quitó la presa de las manos,
 Con animosidad jamas oida:
 Hizo hechos el indio soberanos,
 Y así después de Dios le dió la vida;
 Y él libre de tan áspera zozobra
 Reconoció después la buena obra.

Prosiguen adelante sus caminos
 Discurriendo por pasos conocidos:
 Todos iban á pié, que los rocinos
 O quedaban ya muertos ó comidos;
 Salieron á los términos marinos
 Muy faltos de salud y de vestidos,
 Bien mohosa la lanza y el espada,
 A cabo de tres años de jornada.

Llegaron pues los pocos al asiento
 De Coro, do hallaron sus amigos,
 Y de quinientos no volvieron ciento,
 Faltando solos seis de los antiguos,
 Los tres de enfermedad y descontento,
 Los otros tres á manos de enemigos:
 Do se conoce bien cuánto aprovecha
 El ir á descubrir con gente hecha.

Y porque de los que volvieron haga
 Alguna relacion aunque sencilla,
 Fueron Filipe de Uten, y Arteaga,
 Pancorvo, y Alcocer, Joan de Bonilla,
 Castrillo, y Urriola, y Arrizaga,
 Y aquel Rodrigo Infante de Sevilla,
 Diego de Montes, Bustamante, Sosa,
 Y Bartolomé Sanchez de Hermosa.

Este, viniendo ya muy fatigado,
 Esperando la hora postrimera,
 En un caballo puesto y amarrado
 Por no poder venir de otra manera,
 Rodando fué con un rucio rodado
 Bien doscientos estados de ladera,
 Llevando como vió su vida poca
 El nombre de Jesus siempre en la boca.

Viéndolo los demás así rodando,
E ya ser imposible remediallo,
Al sumo Hacedor están rogando
Que tuviese por bien de perdonallo :
Para lo sepultar yendo bajando,
Oyeron dar relinchos al caballo,
Y al Hermosa hallaron tan sin daños
Que vivió después desto muchos años.

Volvieron ansimismo á Venezuela
El Bartolomé Berzar, y Zamora,
Y el padre Joan de Fructos, de Tudela,
Que ha poco que vió postrera hora ;
Otros del alemana parentela
En silencio se pasan por agora,
Pues para proceder en el intento
Menester hemos ya cobrar aliento.

CANTO TERCERO.

Condese cuenta la venida del doctor Antonio Navarro á Venezuela á tomar residencia á George Espira y á sus tenientes, y la que mas aconteció.

En Indias es costumbre bien usada
Cometerse gobiernos á letrados,
Y siendo la razon considerada,
Es justa ; pero por nuestros pecados,
De tan estendidísima manada
Salen muy pocos dellos acertados,
Unos por gran soltura de conciencia,
Otros porque carecen de esperiencia.

Los cuales sería bien no gobernasen
Hasta pasar siquiera de pasantes,
O por mejor decir que los pasasen
A desiertos de tierras tan distantes
Que por ninguna via trompezasen
En cosa que criase litigantes ;
Pues los mas destos en poblada tierra
Adonde mora paz encienden guerra.

Pervirtiendo las buenas intenciones
De Bartulos y Baldos y Felinos,
Abades, Albericos y Jasesones,
Con otros de juridicos caminos ;
Y así, por aliciones ó pasiones,
Se arronjan á trescientos desatinos,
Sin que temor alguno los fatigue,
Habiendo Dios y rey que los castigue.

Bien pudiera gastar alguna vela
En este caso, pues me da gran cebo
La confusion que de presente vuela
Por este miserable reino nuevo ;
Mas quiero concluir con Venezuela,
Por no quebrar aquel hilo que llevo,
Adonde vimos al doctor Navarro,
Que vino por auriga deste carro.

Era vaso de muy poca prudencia,
Y no para tal cargo suficiente ;
Vino con provisiones del audiencia,
Estando Fuen Mayor por presidente,
Y para que tomase residencia
Al dicho George Espira y á su gente ;
El cual, por mas autorizar su mando,
Ahorcó dos soldados en llegando :

No de los que dejó recién venidos,
Pero de todos la mayor nobleza.
Quedaron grandemente desabridos
De ver la crueldad y la torpeza,
Y así por se hallar allí perdidos,
Sin ver remedio para su pobreza,
Huyéronse, sin que el doctor los sienta,
La vuelta de Cubagua hasta treinta.

Entrellos el Pancorvo y el Castrillo,
El Diego de Urriola y Bustamante,
Sancho de Villanueva, Joan Morcillo,
Todos y cada cual hombre bastante,
Francisco de Velasco por caudillo,
Alferez del Espira ya vacante,
Con otros que cumplieron este cuento,
Con quien yo tuve gran conocimiento.

Visto por el doctor el movimiento,
Con copia de los hombres mas insines
Determinó de ir en seguimiento,
A fin de castigar tales motines :
Y sabido que van por barlovento,
Por guías que sabian los confines
Supieron atajar de tal manera
Que pudieron tomar la delantera.

Vinieron á caelles en las manos,
Y todos, sin mostrar alteraciones,
A prima fronte se mostraron llanos,
Con algunas disculpas y razones,
Pero, como mañosos baquianos,
Debajo de dañadas intenciones ;
Y el Velasco, que mas astuto era,
Al doctor le habló desta manera :

« Señor doctor, nosotros no faltamos
Del servicio del rey, ni tal queremos,
Mas como sus vasallos nos pasamos
A tierras do mejor le serviremos,
Pues ve vuestra merced cómo llegamos,
Y la necesidad que padecemos,
La cual tampoco puede socorrerla
Vuestra merced, pues no vive sin ella.

» Porque si para lo que se procura
Tuviéramos un recurso liviano,
¿ Qué mayor bien ni qué mayor ventura
Que subyeccion debajo vuestra mano?
Cuyo valor, primor y gran cordura
Todos juzgamos ser don soberano,
Con otras escelencias que la fama
Con gran verdad aqui y allí derrama.

» Pero puesto que esteis bien proveído
De tantos dones de naturaleza,
A todos es notorio y conocido
No poder remediar nuestra pobreza ;
Y si con todo esto sois servido
Que no dejemos vuestra gran nobleza,
Por cierto, sin usar contrarios modos,
Que vuestra voluntad es la de todos.

» Publíqueseos vuestro mandamiento,
Y ese será la regla y el cuadrante ;
Pues á tener contrario pensamiento
Pudiéramos estar tan adelante,
Que no nos alcanzara ni aun el viento,
Cuanto menos la gente circunstante ;
Mas caminábamos como forzados,
Por seros todos muy alicionados.

» Aqui no rehusamos la carrera,
Y esto debe de ser lo que conviene,
Porque vuestra merced, aunque no quiera,
Al fin nos ha de dar de lo que tiene ;
Conocemos también que donde quiera
Falta prosperidad que nos despene,
Y demás de volver con quien volvemos,
Volvemos á la tierra que sabemos.»

Como se vió poner en tanto precio
El buen doctor se vió triunfante,
El cual, demás de ser no poco necio,
Pecaba grandemente de arrogante :
Al fin, lo que se dijo por desprecio
A él le pareció razon bastante ;
Y antes de volver á la marina
Ranchear los confines determina.

Parecióle tener segura prenda,
Por ser Velasco mozo tan honrado,
Y así, sin proceder en la contienda,
Allí paró por ya venir cansado,
Armaronle los suyos luego tienda,
Donde pudiese ser agasajado ;
Ansimismo por aquel campo ancho
Todos y cada cual sentó su rancho.

No falló quien con rústico vocablo
Le dijo : « Sepa vuestra reverencia
Ser esta gente toda del diablo,
Y cúmplesen vivir con advertencia ;
No parezca simpleza lo que hablo,
Pues tengo mas malicia que inocencia,
Y aunque me veis cubierto de mal pelo,
Uvas conozco yo de mi majuelo.»

Otro le dijo que los desarmara
Para poder dormir seguramente,
Y aun que los altos árboles poblara
Con los mas levantados desta gente.
Respondió : « Como yo tenga mi vara,
No se desmandará cosa viviente,
E yo pienso hacer tan buen castigo,
Que no se burle ya nadie conmigo. »

Los hñidos con disimulaciones
Hablaban con la otra compañía ;
Hubo tan eficaces persuaciones,
Por modo que jamás se conocia
Que convirtieron á sus opiniones
Á muchos de los quel doctor traía,
Y los solares rayos encubiertos
Estaban acabados los conciertos.

Cuando con soporíferos beleños
Embriaga Morfeo los mortales,
Y están gozando ya de dulces sueños
Los hombres y los brutos animales,
Para quitar caballos á sus dueños
Salen los inventores destos males,
Seyendo cómplices en la cautela
Los mismos que hacían centinela.

Con indios suyos, diestros y ladinos,
A tales lances muy aficionadas,
Recogieron las lanzas y rocinos
Con los demás pertrechos mas usados ;
E ya dispuestos para sus caminos,
Puestos en los caballos bien armados,
Tácticamente sin hacer estruendo
Al rancho del doctor llegan diciendo :

« ¡ Ah, mi señor doctor ! ¿ está despierto ?
Vea vuestra merced lo que nos manda,
Que nosotros, por no volver al puerto,
Cambiamos el timón á estotra banda,
Pareciéndonos sumo desconcierto
Dejar de proseguir nuestra demanda,
Por ser negocio muy desvariado
Tornar á desandar lo bien andado.

» Como somos personas comedidas,
De nuestra voluntad hacemos muestra,
Que tiene leyes no tan estendidas
Cuanto las que mostró la mala vuestra ;
También porque mireis en las Partidas
Alguna ley que tracte desta vuestra,
Y si faltare, mirareis el Fuero
Y las Pandectas, pues que sois panderero.

» Allí lo que la ley no nos declara,
Acá desta manera lo glosamos,
Que vuestra merced vuelva con su vara,
Y nosotros iremos donde vamos ;
Al cetro no volvemos nuestra cara,
Pero del mal ministro nos quejamos,
Que piensa por sus vanos apetitos
Que matar hombres es matar mosquitos.

» Pues muchos de vosotros, en carrera
Donde conviene retener las riendas,
Salís del justo curso tan afuera,
Que siempre maquináis cosas horrendas,
Y como cosa fácil y lijera
Quitais vidas y honras y haciendas,
Haciendo hacer falsos juramentos,
Por amenazas ó prometimientos.

» Y para solapar vuestros errores
Forzáis á las ciudades y lugares
A demandaros por gobernadores,
Aunque con pena rompan los ijares,
Y andáis ganando firmas y favores
De seculares y de regulares ;
Y así por escapar de vuestras iras,
Escriben á su rey cien mil mentiras.

» Triste de quien rehusa la carrera
Y deja de ayudaros con un grito,
Porque luego se fragua la quimera
Del grave y atrocísimo delito,
El cual se va pintando de manera
Que el mas ayuno del dejáis ahito ;
Pues es verdad que faltarán testigos
O que los osan descargar amigos.

» Pues si no favorecen el intento,
Ni llevan de sus tijles lós tenores,
Está presta la cárcel y el tormento
Y las acusaciones de traidores,
El confiscar de bienes al momento
Para los dar á vuestros valedores,
Con revueltas, con tramas y marañas,
De ley de Dios y rey todas estrañas.

» Con aquesto pensais dar el descargo
De la malignidad que vais tramando,
Como si le pusiédeses embargo
Al divino Juez que está mirando ;
Y después de privados y sin cargo
Andáis humildes, bajos y llorando,
Justificando vuestras injusticias
Y vuestras insolencias y malicias.

» Y á los pobres que dábades de palos
Hablaís luego con gran meliflúencia,
Haciéndoles mil mimos y regalos ;
Y el que tiene segura la conciencia
No teme las calumnias de los malos
En la mas rigorosa residencia,
Pues aquel que vivió con santo celo
Tiene procuradores en el cielo.

» No juzgueis pues á mal que se derramen
Contra vos cosas que no son novelas,
Sino que hagais cuenta ser vejamen
De los que suelen dar en las escuelas,
Y aun si con vos de vos haceis examen
Para mejor vivir serán espuelas,
Como las que tenemos ya nosotros
Calzadas para bien herir los potros,

» Porque no nos cojais en el chinchorro
De rebeldías y de contumacias,
Pues el captivo quiere verse horro
De subyeccion de pleitos y falacias.
Con todo esto, por el buen socorro
Os damos todos un millon de gracias
En traernos caballos y soldados
Con que vamos contentos y aviados. »

El Navarro doctor que tal oía,
Como reconociese los engaños,
Da voces á los suyos, y decía :
« ¡ Viva el rey, viva el rey, mueran tacaños ! »
Pero la cuadrilleja respondía :
« ¡ Viva, señor doctor, por muchos años !
Con tal que no digais por el de Francia,
Por tocaros aquella circunstancia. »

Acuden luego para la venganza
Los que libres están de la cautela,
Mas unos no topaban con la lanza
Y á los otros faltaba la rodela ;
Otros tienen temor de la pujanza,
Y cada cual de golpe se recela ;
Y así del motín, la burla hecha,
A Cubagua se van vía derecha.

Caminan por aquella tierra llana,
Contentos del buen salto que hicieron,
Acia la costa de Maracapana,
Donde yo me hallé cuando vinieron ;
Mas antes de salir de la zavana,
Por un grande descuido que tuvieron,
Indios de guerra les hicieron menos
Seis ó siete soldados asaz buenos.

No los pudo seguir el bravo toro,
Por faltalle caballos y peones,
Y fuera gran aumento de su lloro
Perseverar en tales intenciones :
Determinóse pues volver á Coro
Con dos ó tres caballos mancarrones,
Y aun del enojo por aquellos yermos
Cayeron él y los demás enfermos.

Viendo tan mal recado y aparejo
Para llegar al pueblo deseado,
Adelantóse Diego de Vallejo,
Mancebo valeroso y esforzado,
En paz y guerra de tan buen consejo,
Que ninguno lo dió tan acertado :
Vive hoy con valor y santo celo,
Y es contador real en aquel suelo

Al pueblo declaró lo sucedido ;
Y cosas necesarias proveídas,
Luego volvió por el doctor perdido,
Cuyas fuerzas estaban ya caídas,
Pues en Coro halló recién venido
Al obispo Rodrigo de Bastidas,
Con provision real y poder lleno
Para poder regir aquel terreno.

Mandándole también, que si volviese
A la isla donde era residente,
Entre varones nobles escogiese,
O por gobernador ó por teniente,
A la persona que le pareciese
Ser para tales cargos suficiente,
Y quel dicho doctor fuese privado,
A causa de estar mal acreditado.

Y así, después de dar su residencia,
A la Española yendo ya camino
Para se presentar en el audiencia,
Tempestuoso tiempo sobrevino,
Con tan impetuosa violencia
Y tan exorbitante torbellino,
Que dieron al través en un bajío,
Do pereció con otros del navío.

Acahó sumergido y ahogado
Quien de clemencia nunca tuvo jugo ;
Mató sin culpa, y él murió culpado,
Siendo las blandas aguas su verdugo ;
Y aun no sabemos si de su pecado
En tan grave presura le desplugo,
Por ser de tal furor aquel tormento
Que debe de faltar conocimiento.

Al tiempo que Bastidas hizo ausencia
Para volver adonde residía,
Al Espira dejó con la tenencia
Del gobierno, según él lo tenía,
Muy en conformidad y complacencia
De quien el mismo cargo pretendía,
Por ser prudente todo lo posible,
Y padre para todos apacible.

En esta coyuntura declarada,
Fueron á Santa Marta y Cartagena
Gentes del nuevo reino de Granada,
Por el gran río de la Magdalena,
Que de la prosperísima jornada
Hicieron relacion no poco llena,
Riquisimas cadenas en los cuellos,
Y fué Pedro de Limpias uno dellos.

El cual á la Española hizo vía,
De esmeraldas la bolsa proveída,
Donde sus hijos y mujer tenía
Y do pensaba rematar su vida.
La fama de riquezas ya corría
Y por las islas dió tal estampida,
Que en vaso de lijera carabela
Pudo también llegar á Venezuela.

Como todos estaban á la mira,
E ya de Limpias vieses el recado,
Cada cual gime, cada cual suspira,
A causa de perder tan buen bocado :
Levántanse los piés al George Espira,
Y por volver mejor aderezado,
A ver al Limpias su persona sola
Determinó pasar á la Española.

Trajo caballos, trajo mercancia,
Y para no llevar camino ciego
Vino Pedro de Limpias por su guía
Vencido y alentado de su ruego ;
Y entre tanto que mas apercebia,
A Lope de Montalvo mandó luego
Con parte de la gente caminase
Y en Barraquicimeto lo esperase.

Pero como no hay hora segura
Desde que Montalvo hizo su partida,
Espira procuró poner en cura
De su persona la salud perdida ;
Mas no se le quitó la calentura
Hasta tanto que le quitó la vida,
Y así no procedieron los conciertos,
Porque quedaron todos como muertos.

En indios y españoles hubo lloro,
Lamentacion y tierno sentimiento,
Y aun en cabellos de madejas de oro,
Pues no faltó de damas ornamento ;
Y en el templo de la ciudad de Coro
Celebraron aquel enterramiento,
Do por don Joan Robledo le fué puesta
Una letra latina como esta.

Mote sub hac Formath requiescent ossa Georgi
Qui invisus fatis, carus erat Superis.
Nomine fortis erat, supersat nomina factis,
Natus in Espira, conditus hoc tumulo.

En aquesta sepultura Mas á su nombre Vencio
Yace George Formad, La grandeza de su hecho.
Vaso lleno de virtud, Fué de la ciudad de Espira,
Mas vacío de ventura. De alemana parentela,
Ser varon de fuerte pechin Y dentro de Venezuela
Su nombre nos lo decia, Le llegó la fatal ira.

Estando pues Montalvo detenido
Do dije y en la tierra circunstante,
Supo ser el Espira fallecido,
Y sin avío ni favor bastante,
De todos los soldados competido,
Procuró de pasar mas adelante,
Y llegó con la gente memorada
A este nuevo reino de Granada.

Filipe de Uten vió cómo venia,
Pero no quiso ser en el concierto,
Antes con una breve compañía
Luego determinó volver al puerto,
Como quien el gobierno pretendia,
Que por su gran valor lo tuvo cierto :
Y porque son prolijos sus procesos,
Después os contaremos los sucesos.

ELEGIA III.

A la muerte del gobernador Filipe de Uten, donde se cuenta la entrada que hizo y cosas en ella acontecidas.

CANTO PRIMERO.

Después que nos dió luz la verdadera,
Y al mundo se mostró quien lo sustenta,
Computadas las vueltas del esfera
Donde febea lumbré se aposenta,
Tomando del ocaso la carrera,
Éran mil y quinientos y cuarenta
Cuando Filipe de Uten, mozo tierno,
Puso sobre sus hombros el gobierno.

Mas, puesto caso que en adolescencia
Hombres valerosísimos regia,
Su seso, su valor y su prudencia
La falta de los dias encubria,
Donde mostraba bien la descendencia
Generosísima de do venia ;
Cuya virtud muy mas notoria fuera
Si á su valor fortuna respondiera.

Obedecido con pregon solene,
Y publicadas estas provisiones,
Quiso ver otra vez el Papamene
Y escudriñar de choques los rincones,
Por parecer á todos que conviene
Ver el remate de sus poblaciones ;
Y con algunos para tal efeto
Se partió para Barraquicimeto.

Para que por allí se entretuviese
Y la gente mejor se sustentase,
Y el resto de soldados lo siguiese
Después que cada cual se preparase,
Dejóles orden antes que se fuese,
Y diestro capitán que los llevase ;
Mas antes que saliese del asiento
De capitanes hizo nombramiento.

El maese de campo Limpias era
Principal adalid á maravilla,
Alcalde mayor Pedro de Ribera,
Un noble caballero de Sevilla,
Y Naveros llevaba la bandera,
Deudo del contador de aquella villa,
Edu Artega, principal caudillo,
Y con ellos Toribio de Vadillo.

Y Bartolomé Berzar, alemán,
Hijo de generosa parentela,
También Diego de Montes, cirujano,
Y el padre Joan de Fructos, de Tudela,
Con ellos Joan Dominguez Antillano,
Joan de Guevara, Joan de Valenzuela,
Pacheco, Joan Ibañez, vizcaino,
Valdomeda, Briceño y Palomino.

Fué también Joan Martínez Palomero,
Y el de su natural Joan de la Rosa,
Cada cual de los dos tan buen guerrero
Que podían fialles cualquier cosa;
Ansimismo volvió por compañero
El Bartolomé Sanchez de Hermosa,
Con otros que ponemos en historia
Cuando los ofreciere la memoria.

Y el capitán Gonzalo de los Rios,
Hoy en aquella tierra tesorero,
Que por su gran valor y fuertes bríos
Bien podía tener lugar primero,
Como quien en sangrientos desafíos
Nunca dejó de ser el delantero;
El cual también en las demas entradas
Había hecho cosas señaladas.

Como se iban pues apercebiendo
Los que seguían el guerrero bando,
De la ciudad de Coro van saliendo
Para do los estaban esperando:
Arteaga los anda recogiendo,
E yendo con cuarenta caminando,
En unas angosturas, giraharas
Acudieron con flechas y con varas.

Y por ir descuidados del engaño,
Picáronles las flechas y arpones:
Hirieron á Trebejo y á Cataño
Pasándoles las armas y riñones:
En indios de servicio hacen daño
Quitándoles algunas municiones.
Crece la furia deste torbellino
Por una y otra parte del camino.

No sabiendo la gente qué se haga
Para poder salir del angostura,
Hübose de apejar el Arteaga,
Y fué subiendo por aquel altura,
Vestido de escopil, espada y daga,
Cubierto con el monte y espesura,
Hasta tomar el alto de la frente
Que tenía gran parte desta gente.

De los que mas cercanos se hallaron
Tras Arteaga va gente rompida,
Los cuales de tal suerte pelearon
Que los indios pusieron en huida:
Espadas ensangrientan, y cobraron
Hacienda que tenían ya perdida:
Salieron todos luego del estrecho
Y tomaron lugar mas á provecho.

Curaron á Trebejo, y á Cataño,
Cuya herida fué mas intestina,
Pues para clara muestra de su daño,
Por el mismo camino de la urina
Salía presurosa por el caño
No poca cantidad de sangre fina;
Pero la cura fué por tal concierto
Que de heridas fué ninguno muerto.

Sigue mas adelante su camino
El Arteaga con los que llevaba,
Hasta tanto que ya con ellos vino
Donde Filipe de Uten esperaba:
Viendo después que para su destino
El resto de la gente no llegaba,
Mandó volver á Coro seis soldados,
Valientes, sueltos y hombres arriscados.

Atravesando sierras conocidas
Para llegar á los marinos puertos,
De giraharas, gentes atrevidas,
Fueron estos soldados descubiertos:
Que puesto que vendieron bien sus vidas,
Al cabo todos ellos fueron muertos.
También Pacheco, padre de doña Ana,
Hoy en aquella tierra viva y sana.

El alemán; que espera mas pujanza,
Ignora la desgracia sucedida,
Muchos meses vivió con esperanza,
Su gente fatigada y afligida;
Y así viendo ser grande la tardanza,
Con ciento y doce hizo su partida,
Pues hacer otra cosa no podía
Por la gran hambre que se padecía.

Pues á miseria y anihilamiento
Era venida toda la grandeza
Que solía tener cualquier asiento,
Y tales los estremos de pobreza
Que cimruocos eran alimento,
Fructa que tiene forma de cereza,
Y aun estos en los montes ya faltaban
Por ser grande la priesa que les daban.

Huyendo de trabajos insufribles
Llevó mas adelante sus soldados,
Con otras desventuras mas terribles
Por hallarse los campos anegados,
Y demas de las hambres invencibles
De tigres todas horas infestados,
Cuyas entrañas fueron sepulturas
De muchas racionales criaturas.

Y á un rocín que estaba descansando,
De todos el mayor y mas crecido,
Llevó mas de cien pasos arrastrando
Un tigre, sin poder ser socorrido:
Después la gente que lo va buscando
Hallaron el pescuezo ya comido;
Y un Alonso García de Ribera
También fué cebo de la bestia fiera.

Una noche velando con cuidado
Y dentro de pajizos aposentos,
Arrebató también otro soldado,
Junto de Villagrán y de Barrientos:
Gritos oyeron dar al desdichado,
Despiertan los que estaban soñolientos,
Ocorre luego cierta compañía
Por dar vida á quien ya no la tenía.

Llegando cerca pues doce cristianos,
Con Villagrán apechugó la plaga
Llevándolo también, y allí cercanos
Gonzalo de los Rios y Arteaga
Luego se lo quitaron de las manos,
Puesto caso que no sin una llaga
Que descubrió los huesos de la frente;
El cual sanó por cura diligente.

En la misma comarca, se nos cuenta
Estar en un bulio recogidos
Indios en cantidad mas de cuarenta,
Con palos gruesos muy fortalecidos;
Mas al techo subió fiera hambrienta,
Y sin aprovechar grandes ruidos,
Saltó por la cumbrera ya rompida,
Y á todos ellos los dejó sin vida.

Continuando pues esta jornada
Con el rigor que tengo referido,
Dieron en el camino de Quesada
Y Montalvo de Lugo, que salido
Habían deste reino de Granada
Con número de gente bien crecido,
Dejando ya por aquellos desiertos
Cantidad de indios y españoles muertos

Iban también en busca del Dorado,
Y así siguen tras ellos estas gentes
Por un terreno quasi despoblado,
Rodeados de mil inconvenientes;
Pasaron el Guayare ya nombrado,
Por caminos y pasos diferentes
De cuando vieron antes esta tierra,
Pues iban mas metidos en la sierra.

Porque Limpias decía, que conviene
Seguir los pasos del amigo viejo,
Y porque por oráculo se tiene
De la gente comun aquel consejo,
Vieron segunda vez el Papameue,
Y pasaron también rio Bermejo,
Do por la hambre ser tan escesiva
Fué milagro quedar persona viva.

Van por tierras de todo bien estrañas,
Sin que reconociesen mejoría,
Rompiendo por tan ásperas montañas
Que cuasi luz del cielo no se vía :
Algunos ranchos hallan y cabañas
Absente dellas toda compañía,
Continuando siempre su jornada
Por rastro de Jimenez de Quesada.

Y así subir la sierra se procura,
Por subidas tan ásperas y malas,
Que para se poner en el altura
Eran bien menester ligeras atas :
Algunas veces van por peña dura,
Otras con azadon hacen escalas,
Sin sillas y sin fustes los caballos
Para poder mejor encaminarlos.

Quien discrepa por los despeñaderos
Puede de solo Dios ser socorrido ;
Camino les dejaron los primeros,
Pero ya lo hallaron destruído
A causa de terribles aguaceros
Con tempestuosísimo rüido,
Que por aquellas ásperas vertientes
Suelen en todo tiempo ser frecuentes.

Así que, las cansadas compañías,
Aquellas asperezas ya subidas,
En lo alto pararon ciertos días,
Por se hallar maíz y otras comidas ;
Y aunque las casas de indios ya vacías,
A muchos fatigaron con heridas,
A causa de tener en las entradas
Gran cantidad de puyas soterradas ,

Y en las labranzas en el suelo llano,
Do mas acude la cudicia loca,
Y aun dentro del espiga de aquel grano,
Y en la madura fruta que provoca
A que la coja la hambrienta mano ,
Con riesgo de los dedos y aun de boca ,
No siempre remediado de Minerva,
Pues las mas destas puyas tienen yerba.

Son estos indios grandes carniceros,
Sin reservar hermano ni aun hermana ;
Comunicanse desde los oteros
Por perceberse bien la voz humana,
Mas para ir fronteros á fronteros
Han menester salir bien de mañana ,
Pues en los altos esta cercanía
Por las profundas vias se desvia.

Y así tres indios desta torpe gente,
Que los cristianos iban acechando,
Dieron con Artiaga de repente
Que revolvió tras ellos braveando ;
Y por huir aquel inconveniente
Del áspero camino, deslizando
Rodando se hicieron mil pedazos,
Cabezas, manos, piés, piernas y brazos.

Lo cual no tengo yo por maravilla,
Pues ya me vi con seis, gente de flecha,
Viniendo solo por una cuchilla
De sierra, por los lados muy derecha :
Uno tras otro sube la cuadrilla
A causa de la senda ser estrecha ;
Dióme su vista luego sobresalto,
Mas consoléme por tener el alto.

A todos fué la vista repentina,
No sé para cuál parte mas molesta,
Mas la mia seria muy aína
Con tener las tres piedras y la cuesta :
El escuadron feroz se determina,
El espada también se hizo presta ;
El riesgo no consiente ser tardío,
Y el miedo mio proveyó de brio.

Apechugué con ellos denodado,
Con la rodela y el acero fino :
Apartanse del mozo desbarbado,
Y ocupados de grande desatino,
Van rodando por uno y otro lado,
Dejándome sin matas el camino,
E yo puse los piés en tal concierto
Que no curé de ver si se habían muerto.

Mas quiero concluir lo comenzado,
Volviéndome á la gente detenida,
Los cuales procuraron con cuidado
Buscar alguna buena descendida :
Esta fué con trabajo tan pesado,
Que no fué sin gran riesgo de la vida,
Hincando estaças y cavando tierra
Para mejor bajar aquella sierra.

Y aunque mas procuraban ayudallos
Para que descendiesen con gran tiento,
Al fin se despeñaron tres caballos
Que les sirvieron de mantenimiento,
Bajando por peñascos á buscarllos
Con notable pasión y detrimento ;
Y después de bajar despeñaderos
Dieron en cienagas y atascaderos.

Lo cual causó grandísima mohina
Por quedarse caballos y cristianos,
Puesto que echaron ramas y fagina
Sin descansar las mas hidalgas manos ;
Pero con todo esto se camina
Cuasi desesperados y mal sanos,
Hasta que ya llegó nuestro gentío
A la ribera de un potente río.

Donde hallaron árboles uveros,
Bien conocidos ya de los antiguos,
Que para los hambrientos compañeros
No dejaron de ser buenos amigos,
Por tener sus racimos muy enteros,
Las uvas dellos grandes como higos,
De gran suavidad y cordiales,
Y estos árboles son como nogales.

Fuera del río ya, dicho Montoa,
El cual pasaron trabajosamente
Unos á nado y otros en canoa,
Pedro de Limpias con alguna gente
Acia septentrion puso la proa,
Los otros á la parte del oriente ;
Y así de tal manera caminaron
Que en tres meses ó mas no se juntaron.

El Limpias pues guiaba su camino
Por rastro de Jimenez de Quesada ;
Los de Filipe de Uten van á tino
Por montañas de tierra despoblada,
Y una noche terrible torbellino
Cargó sobre la gente fatigada,
Del cual poder salir hombre nacido
Se tuvo por milagro conocido.

Por la ferocidad con que venia
El impetu terrible de los vientos,
Agua por alto y bajo combatia
Los miseros cansados y hambrientos ;
Ninguno voz del otro percebia,
Ni salen bien formados los acentos,
Y aquel estruendo grave y el rüido
A todos los sacaba de sentido.

Invalenciendo yo la tormenta brava,
Roba de selvas hojas y matices ;
A grosísimos árboles quebraba
De sus ramosos altos las cervices,
Y aquel que de su tronco confiaba,
Al cielo levantaba las raices :
El remor, el sonido y estampida
Hace que desconfien de la vida.

Segun el gran rüido y alboroto
Parece de demonios ser dominio,
Terrible huracan nada remoto
De los portentos que nos cuenta Plinio,
Y con similitud del terremoto
Del tiempo de Tiberio y de Flaminio :
Mas, ó gran Dios, pues en males tan llenos
La tormenta ninguno hizo menos.

El fatigado y miserable bando,
Sin poder de un lugar hacer desvío,
A Dios de corazon están llamando,
De viento traspasados y rocio ;
En tierra de calor están temblando,
Creo que de temor mas que de frio,
Y todos ellos con inmensa gana
De ver el resplandor de la mañana.

Estando con aquel mortal recelo
Que al mas fuerte varon enflaquecia,
Vieron el resplandor del turbio cielo,
Por donde conocieron ser de dia;
De lo cual recibió muy gran consuelo
La mas que miserable compañía,
El impetu terrible ya mas manso,
Pero todos ajenos de descanso.

Estando todos ellos empapados,
Prosiguen sus prolijas estaciones;
Los pasos se hallaban ocupados
De las rompidas ramas y troncones;
Arbores prepotentes arrancados
Que ceñir no pudieron seis varones;
No podia pasar rocín ni yegua,
Y esto por mas espacio de una legua.

Por lo mas escondido buscan via,
Sin concluirse tiempo fortunoso;
Mas con estas zozobras aquel día
Salieron á lugar mas espacioso,
Y Cristóbal de Rivas tomó guia,
Como soldado diestro y animoso,
Con la cual saltaron un asiento
Adonde se halló mantenimiento.

Halláronse comidas de sustancia,
De que se proveyeron los soldados;
Y en obra de una legua de distancia
Treinta pueblos de indios bien poblados:
De Coagoo es la circunstancia,
Provincia de los choques ya nombrados;
Allí por se hallar tan buen gobierno
Pasaron lo restante del invierno.

Entre tanto que el campo se repara,
Salían á correr esta frontera
Mucha gente que aquí no se declara
Con Bartolomé Berzar y Rivera,
Gonzalo de los Rios y Guevara,
Rivas, Olea, Pedro de Herrera,
Y Damián de Barrios y Barrientos,
Hombres que bien probaron sus intentos.

Fuera del campo todas estas gentes
Con los soldados de mayor provecho,
Rancheando por partes diferentes
Sin les acontecer notable hecho,
Conociendo los choques ser absentes
Por indios que ponian en acecho,
Mucha bárbara gente se convoca
A dar en la cristiana, por ser poca.

Ciertos de sus inciertas confianzas,
Encubiertos por montes y quebradas,
Caminan las guerreras ordenanzas
Con paveses y alargas muy pintadas,
Gran número de dardos y de lanzas
Con las puntas agudas y tostadas,
Y dan á mediodía de improviso
En los que reposaban sin aviso.

Y como fuese tanta la ventaja
Que hacian los dardos al espada,
Al buen Diego de Montes y á Gibaja
Hieren de la primera rociada;
El caso repentino los ataja,
Arma del español anda turbada,
Ocurren luego para los caballos,
Y á gran priesa procuran ensillarlos.

Con golpes que le daban los atroces,
Diego de Montes anda fatigado:
Vivo lo llevan, y aun le dan de coces,
Cuasi lo tienen ya supeditado;
Acude para él Joan de Quincoces
Como valerosísimo soldado,
El cual del escuadron lo sacó vivo,
A pesar del ejército nocivo.

Otro gran escuadron por hacer presa
A puerta de un buhío se abalanza,
Mas una mujer fuerte portuguesa
Arrebató en las manos una lanza,
Y lo hizo volver mal que le pesa
Con tanto mas desorden que ordenanza,
Y en el conflicto hizo por su parte
Lo que pudo hacer el fiero Marte.

El dardo de los indios es el gallo,
Y las gallinas el espada y daga
De soldados algunos que me callo;
Mas ya Filipe de Uten y Artiaga
Salen armados ambos á caballo,
El escuadron rompiendo desta plaga;
Pero cierto gandul mas atrevido
Al buen Filipe de Uten ha herido.

Alojó del furor el varon fuerte
Por el grave dolor de la herida,
La cual terrible fué, mas no de muerte,
Y menos español perdió la vida;
El cual indio, demás de la tal suerte,
La lanza le tenia muy asida,
Y viéndolos andar en este juego
El Martín de Arteaga vino luego.

Y así para venganza deste hecho,
No menos que leon determinado
Atravesóle el asta por el pecho
Y el hierro le salió por el costado,
Haciéndole soltar á su despecho
La lanza, del vivir desconfiado;
Mas antes de llegar eterno llanto,
Tres gritos tales dió que puso espanto.

Conociendo la sucia pestilencia
Ser de su capitán aquellos gritos,
Y como ya tenían experiencia
No ser las picaduras de mosquitos,
Determinaron de hacer ausencia
Dejando los recuentos y conflictos;
Y perdida la furia que se trajo,
Descuélganse por una cuesta abajo.

Fueron del Arteaga perseguidos
Sin dalles un momento de sosiego,
Pero los arcones de podridos
Faltaron, y él también se volvió luego
Al lugar donde estaban los heridos,
Pues fuera mas seguillos caso ciego;
Y en este duro trance, no pequeño
Valor manifestó Sancho Briceño.

Escarmentados pues de las rencillas,
Távose vigilancia conviniente;
Vinieron luego todas las cuadrillas,
Llegó Pedro de Limpias con su gente,
Que después que bajó por las orillas
Del rio de Montoa prepotente,
En busca de Jimenez de Quesada,
No se pudo juntar con el armada.

El cual Quesada, no sin harto gasto
De vidas, y perdido y estragado
De todos sus soldados el gran fasto,
Había por las sierras declinado
Hasta llegar á términos de Pasto,
De gente de Pirú recién poblado;
Y así Limpias por ver estar distante
No curó de pasar mas adelante,

Por llevar cercenados los poderes
Y el número de gente ser pequeño:
Iba con el Naveros el alférez,
También Francisco Sanchez, extremeño,
Y Joan Galán, Leon, Salvador Perez,
Sarmiento, Santa Cruz y Joan Sedeño,
Con otros que serian hasta treinta,
Todos ellos soldados de gran cuenta.

Orilla de Montoa, con pesares
De no hallarse cosa de vianda,
Van indagando villas ó lugares,
Mas no hallaban por aquella banda
Sino ciénagas grandes y balsares
Que perturbaban siempre su demanda;
Y un día por orilla de aquel rio
Vieron con indios indico navío.

Los indios mas adentro se metieron,
Huyendo como vieron la cuadrilla,
Mas con señas de paz que les hicieron
Con recato volvieron á la orilla,
O por algun rescate que les dieron
Debióles parecer gente sencilla,
Y así por ruego de los castellanos
Llamaron otros indios comarcanos.

Vino su principal llamado Cathe,
 Con mucha gente tan apercebida
 Como si fueran para dar combate,
 Mas de mantenimientos proveida;
 Y así por pocas cosas de rescate
 Les dieron oro, fructas y comida,
 Y por persuasión de mucha gente
 Prometen de volver día siguiente.

Pedro de Limpias pues allí se queda,
 Y el día concertado ya venido,
 En el monte se mete y arboleda
 Para que presumiesen ya ser ido,
 Y destes indios guía tomar pueda;
 Los cuales, por cumplir lo prometido,
 Con número crecido de canoas
 Al ya dicho lugar guían las proas.

De dardos y guerreros instrumentos
 Los vasos de canoas traen llenos:
 Si vienen con rünes pensamientos,
 Pedro de Limpias no los tiene menos:
 Como gentes no ven, alzan atentos
 Los ojos por aquellos anchos senos;
 Cathe por recelar casos siniestros
 Luego hizo salir dos indios diestros.

Andan por todas partes descubriendo
 Aquestas dos espías qué él envía,
 Y como nada sienten del estruendo
 Que hace semejante compañía,
 Al Cathe capitán vuelven diciendo
 Cómo ninguna cosa parecía,
 El cual saltó teniéndolo por cierto,
 Con obra de cien indios en el puerto.

Espera cada cual en su galera
 Del resto de la gente que quedaba;
 La que saltó salió de la ribera
 Negocio que la nuestra deseaba,
 Y así viendo ya cómoda carrera,
 El español salió de donde estaba,
 Como halcón veloz por la dehesa
 Cuando se abate para hacer presa.

Los indios todos vienen bien armados,
 Pero con el asalto repentino
 Sus duros tiros fueron ocupados
 De terrible temor y desatino:
 Fueron por los caballos rodeados
 Por una y otra parte del camino;
 Hubieron finalmente los cristianos
 Al Cathe y otros indios á las manos.

Viendo los que quedaron en el río
 Cuan mal les sucedieron estos hechos,
 Por los dos indios que con desvario
 No descubrieron bien estos asechos,
 De disculpa y razón hecho desvío,
 Ambos los traspasaron por los pechos,
 Y les quebraron piés, piernas y brazos,
 Haciéndolos allí cien mil pedazos.

Luego de sus cornetas hay repique
 Para se convocar la gente brava:
 Salen del agua todos muy á pique
 Proveida de tiros el aljaba,
 A fin de libertar á su cacique,
 Que ya Pedro de Limpias les llevaba;
 De lebreles rabiosos es la furia
 Para vengarse de tan gran injuria.

Con protervo furor los van siguiendo,
 Infinidad de dardos disparando;
 Los nuestros, muchas veces revolviendo,
 Rompen el escuadrón alanceando;
 Los vivos, en sus furias insistiendo,
 En gran aprieto ponen nuestro bando;
 Mas viendo Limpias ser este debate
 Porque soltasen al cacique Cathe,

El agudo cuebillo se adereza,
 Y de los otros indios que traían
 A uno le cortaron la cabeza.
 Y en una lanza puesta, les decían
 Ser de su capitán aquella pieza,
 Y el rey que demandaban y querían;
 Cesó de su demanda la recuesta
 Desde que vieron en la lanza puesta.

Como furor de perros importuno
 Que vienen á morder por tales modos
 Que para sus defensas es alguno
 Diestro varón en menear los codos,
 Y si con el espada hiere uno,
 Viendo quejar aquel huyeron todos,
 Dejando proceder al peregrino,
 Sin mas perturbación de su camino:

Así viendo poner la falsa muestra,
 Pararon los rabiosos escuadrones,
 Y á la mano siniestra y á la diestra
 Suenan aullidos y lamentaciones,
 Dejando caminar la gente nuestra
 Guiada de sus mismas intenciones;
 Y así tomaron rastros y llegaron
 Donde los compañeros invernarón.

Esta venida dió grande contento,
 Y dadas de lo visto relaciones,
 Determinaron de mudar asiento
 Y entrar en estas poblaciones,
 Por proceder en el descubrimiento
 Y quebrantar soberbios corazones;
 Pues suele muchas veces osadia
 Suplir lo que la fuerza no tenía.

Deste primer asiento largos trechos
 Había, sin labranzas, campo raso,
 Que para uso de guerreros hechos
 A ellos les hacía muy al caso,
 Pero lleno de yerbas y helechos
 No menos al oriente que al ocaso;
 Ocuparon aquesta circunstancia
 Con toda la posible vigilancia.

Y como sea ya vieja costumbre
 No comportar el corazón humano
 Una sobresaltada pesadumbre
 De ver á su contrario tan cercano,
 Convocóse de indios muchedumbre
 Contra las flacas fuerzas del cristiano,
 Y en breve tiempo fueron congregados
 Mas de quince mil indios bien armados.

También Cathe huyó por mal recado,
 Y con ellos ansimismo se cierra
 Avivando furor ya comenzado
 E incitándolos para la guerra,
 A trageo de se ver allí vengado
 De los que lo sacaron de su tierra;
 Y según se me dan las relaciones,
 Dicen que les habló tales razones:

«No sé si juzgareis á disparate
 Lo que digo, señores de Coagoa,
 Porque debéis saber que yo soy Cathe,
 Señor de las riberas de Montoa,
 Cuyas industrias en cualquier combate
 No dejan de tener eterna loa;
 Mas ó por proprio ó por ajeno yerro
 Me hacen padecer este destierro.

»Porque salteadores y ladrones
 Que ya teneis en vuestras vecindades,
 Debajo de dañadas intenciones
 Conmigo celebraron amistades;
 Mas luego me pusieron en prisiones,
 Descubriendo sus malas voluntades;
 Sácanme de mis tierras en cadenas
 Sin me las alfojar en las ajenas.

»Y como quien á mal está subyeto
 Procura quebrantar la ligadura,
 Mis deseos vinieron en efecto
 Anoche por mostrarse muy oscura,
 Y el caso se me hizo mas aceto
 En venir á tan buena coyuntura,
 Por entender que para vuestro hecho
 Mi venida será de gran provecho.

»Y así quiero yo ser en el concierto
 Para participar de vuestra gloria,
 Teniendo, como tengo, por muy cierto
 Que nunca volvereis sin la victoria;
 Pues cada cual está ya cuasi muerto,
 La poca cantidad nos es notoria,
 La cual si yo no hice mal la cuenta
 Con mas de diez no llegan á noventa.

»Demás de ser en esto tan sencillos,
De llagas incurables están llenos
Desde las manos hasta los tobillos,
Pues tiene dos y tres quien tiene menos :
Andan chupados, tristes, amarillos,
De corporales fuerzas muy ajenos,
Y el que parece dellos ser mas fuerte
Es el mismo retrato de la muerte.

»Y aquellos en quien ponen ciertas sillas
Do suben con grandísima destreza,
Apretándolos entre las rodillas,
Y son venados en la lijereza,
También podeis contarles las costillas
Por ser demasiada su flaqueza,
Y puede quien ganar valor estima
Derrihallo con el que viene encima.

»Ansi que, pues victoria nos convida,
Sin nos contradecir impedimento,
Apréstese la gente recogida
Y vamos á gozar deste contento ;
Pues cuanto mas veloce la partida
Mas presto gozareis del vencimiento :
Muchos y sanos vamos contra cojos,
Y recios y robustos contra flojos.»

Después que Cathe dijo su conceso
Púsose la canalla mas lozana,
Su parecer juzgando por discreto,
Demás de lo tener ellos en gana :
Muévense luego para tal efeto
Otro dia siguiente de mañana,
Con tantas lanzas, dardos y paveses
Que henchian zavanas y conveses.

Segun acuden los lascivos ciervos
A las gamitaderas y añagazas,
Y á carne muerta carnívoros ciervos
Que por acá llamamos gallinazas :
Con tal ímpetu vuelan los protervos
Haciendo sus comunes amenazas,
E yendo cerca ya de nuestra gente
Dan con dos españoles de repente.

El uno fué Francisco de la Torre,
Al cual agora para que no muera
Su propia lijereza lo socorre,
Mas presto dará fin á su carrera ;
El otro miserable que no corre
Allí vido su hora postrimera.
Y el Torre, que escapó, yendo huyendo
A grandes voces ; arma ! va diciendo.

Los cristianos, que deste rompimiento
Un punto no vivian descuidados,
A las voces acuden al momento
Con las posibles armas preparados :
En dos partes se parten con gran tiento
Peones y caballos mal armados ;
A manera se tienden de dos alas,
No sin temor de tantas gentes malas.

Filipe de Uten, Pedro de Ribera,
Al ala de la mano del poniente,
Limpias con la demás gente guerrera
Cayeron á la mano del oriente :
Ordenados así desta manera
Vieron la muchedumbre de la gente,
Tantos paveses, dardos, lanzas tantas,
Como de espesa silva verdes plantas.

Parecióles tener el horizonte
Que por allí divisan encubierto,
Y con grave tenor á prima fronte
El mas fuerte se tiene ya por muerto ;
Mas tantearon el espeso monte
Cómo viene sin orden ni concierto ;
Luego Filipe de Uten, como debe,
Allí habló segun el tiempo breve.

«Caballeros, tengamos en memoria
De suplicar á Dios devotamente
Que nos dé de su mano la victoria
Como guerrero omnipotente ;
Porque nosotros por razon notoria
Poco podemos contra tanta gente,
Mas do su Majestad pone la mano
El mas alto poder se hace llano.

»Diérame mas temor la gran frecuencia
Del concurso que vemos importuno,
Si no supiera yo por experiencia
El supremo valor de cada uno ;
Pues todos los que sois en mi presencia,
Sin que dejemos uno ni ninguno,
Vel número que vemos ni otro tanto
No suele fatigarse con espanto.

»Bárbaros son soeces y abatidos,
Cuyos furoros hoy serán conclusos ;
Conozco ser salvajes atrevidos,
Mas no deben tener guerreros usos,
Pues no vienen por orden repartidos
Sino todos revueltos y confusos ;
Y para salir bien de nuestro hecho
No me parece ser poco provecho.»

Viendo los enemigos ya cercanos
No procedió la habla comenzada,
Antes vinieron todos á las manos
Apretando la lanza y el espada :
Los dardos ocupaban los cristianos
Con una y otra y otra rociada ;
El aire se rompía con tal grita
Que el águila caudal se precipita.

Franciseo de la Torre con sus hechos
Hacia su virtud bien conocida,
Mas rompiendo lugares mas estrechos
Al caballo le dan una herida,
Y á él le segundaron por los pechos,
De que perdió despues la cara vida ;
Cuyo valor y fuerza fué tan alta
Que su persona hizo harta falta.

Por ser de gran valor y gran consejo
Dolió la muerte deste caballero,
Y dicen ser la causa Joan Trebejo
Por apartarse de su compañero.
Menea pues las armas el mas viejo
Como si fuera mozo muy entero ;
Al fin en la batalla peligrosa
Procura hacer mas quien menos osa.

Necesidad al flaco hace fuerte
Ensangrentando la cristiana lanza ;
Cada cual quiere mejorar su suerte
Pesándole de ver tanta tardanza :
Los nuestros por librarse de la muerte,
Los indios con deseo de venganza,
Mas por venir revueltos de mal arte
Llevaban sobre si la peor parte.

Acude luego con sus compañeros
El Limpias, que tardó por buenos trechos,
Porque cayeron cuatro caballeros
Yendo por entre ramas de helechos,
En encubiertos troncos ó maderos
Como si fueran puestos por asechos,
Y esperan los demás por ayudallos
Hasta que ya cobraron los caballos.

Partieron luego con gentiles bríos
Alanceando por una ladera,
Mas hieren á Gonzalo de los Ríos
Y el caballo de Pedro de Ribera :
Enciéñense sangrientos desafíos,
Ninguno de victoria desespera ;
Ansimismo rompiendo por la plaga
Hirieron el caballo de Arteaga.

Resueñan por los valles mas abiertos
Las voces de guerreras confusiones ;
De sangre campos verdes ya cubiertos,
Gemidos suenan y lamentaciones ;
Huelian caballos sobre cuerpos muertos,
La misma huella llevan los peones ;
No pueden numerarse los caídos
Porque dellos montones hay crecidos.

Bien como cuando campo se embaraza
Con mieses saxonadas en calores,
Y por alguna parte de la laza
Entraron encorvados segadores,
Que cortando las cañas hacen plaza
Formando dellas haces muy mayores,
Y aquella silva larga del barbecho
A lugar se recoge mas estrecho :

Ansi de la zayana , que cubierta
 Está de la nación feroz y brava ,
 Arma del Español en la reyerta
 Piés , manos y cabezas derribaba ,
 Y aquella multitud de gente muerta
 Los meoures espacios ocupaba ,
 Porque los ya caidos en la guerra
 Pocos estorbos ponen en la tierra .

Llegó de nuevo cierta compañía ,
 A morir ó vencer determinada :
 Con tal impetu rompe , que ponía
 En gran riesgo la gente hapüzada ;
 Allí ninguno de otro ya confía
 Sino de solo Dios y de su espada ,
 Y ofreciansc tantos embarazos
 Que no bastaba ya fuerza de brazos .

Mas como gentes sabias y advertidas
 En los demás recuentros y desmanes ,
 Ejecutaban siempre las heridas
 En los que parecian capitanes ,
 Corriendo mucho mas riesgo sus vidas
 Por venir mas compuestos y galanes ,
 Viendo que si los tales hacen falla
 Alloja de su furia la canalla .

Y así , la falta destes conociendo
 Los indios á los nuestros mas cercanos
 Hincaban por los cuentos , ya huyendo ,
 Los dardos que llevaban en las manos ,
 Para que si los fuesen persiguiendo
 En ellos se clavasen los cristianos ,
 Segun suelen con lazos los absentes
 Matar los animales inocentes .

Cuando ya demediaba su carrera
 Aquel cuya presencia hace día ,
 Y el uno y otro polo de la esfera
 En iguales espacios repartía .
 Toda la multitud de gente fiera
 Cesó de la demanda que traía ,
 Metiéndose por montes y quebradas ,
 Dejando descansar nuestras espadas .

Los nuestros no mitigan sus denuedos
 Con ponelles cansancio duros grillos ,
 Y así ningunos dellos están quedos ,
 Antes mueven apriesa los tobillos ,
 Mas con intento de ponelles miedos ,
 Que por gana que tienen de seguillos ;
 Pero por el peligro circunstante
 No quisieron pasar mas adelante .

Dieron gracias á Dios como cristianos ,
 Que con tan gran victoria los consuela ;
 Curaron á heridos cirujanos
 Y el licenciado Pedro de la Muela ,
 Que fué de los mas viejos baquianos
 De la gobernacion de Venezuela ,
 En su facultad hombre de substancia ,
 Y en guerras no de menos importancia .

Pasados los sanguineos efetos
 Y trances regurosos deste día ,
 Los indios estuvieron mas quietos ,
 Pues á guerra ninguno se movía ;
 Pero como los hombres son subyetos
 A males que la nueva tierra cria ,
 Demás de fiebres , mal que comun era ,
 Muchos adolescieron de ceguera .

Demás de sinsabores y de enojos ,
 Erales el dolor tan importuno
 Como si les picaran con abrojos ;
 Y por ser el remedio tan ninguno
 Hubo quien se quedó sin ambos ojos ,
 Y otros , que es menos mal , con solo uno :
 Demás desto , de indios y otra gente
 Murieron muchos repentinamente .

Cayeronse también caballos muertos ,
 Para sus dueños grave desconsuelo ;
 Otros de lepra llenos y cubiertos ,
 Otros sin les quedar un solo pelo .
 Causaban otros muchos desconciertos
 Las malas influencias de aquel suelo :
 La sal , que es gran socorro de la vida ,
 Allí nunca jamás fué conocida .

Viéndose pues de sanidad remotos
 Y en el número menos que bastante ,
 Las ropas y vestidos muy mas rotos
 Que los del mas mendigo mendicante ,
 Hecha consulta , fueron los mas votos
 De se volver sin ir mas adelante :
 Solo Filipe de Uten y Arteaga
 Eran de parecer que no se haga .

Y por muchas razones mas se aprueba
 El parecer comun que de los menos ,
 Por el gran desavio que se lleva
 Y todos de salud estar ajenos ,
 Demás desto , tener por cierta nueva
 Estar de indios ya los campos llenos ,
 Teniendo por locura conocida
 Entrar donde era cierta la caída .

Y así , como tuviesen en la mano
 Para su prolijisimo camino
 El apacible tiempo del verano ,
 La gente se volvió por donde vino ,
 Aunque para salir al largo llano
 Procuraron cortar con mejor tino ,
 Saliendo destes choques y su tierra ,
 Sin volver por los altos de la sierra .

Mas cayeron en grandes despoblados
 Y en partes espesísima montaña ,
 Adonde fueron muy menoscabados
 Por aumentarseles enferma saña
 Que consumió gran copia de soldados .
 Hombres que no se daban mala maña :
 Destos fueron Gutierrez y Gibaja ,
 Y antes Francisco Sanchez se aventaja .

Abreviando salidas destes senos ,
 Hallan los rios como les conviene ,
 Montoa y el Bermejo menos llepos ,
 Pues ninguna creciente los detiene ;
 Tornaron á beber ya muchos menos
 Del afamado rio Papamene ;
 Al fin salió la gente fatigada
 A tierra mas alegre y escombrada .

Pero campos de todo bien esquivos ,
 Y para socorrer á su tormenta
 Solos trece caballos llevan vivos ;
 Españoles no llegan á sesenta ;
 Adelante prosigue sus motivos
 La gente consumida de hambrienta ,
 Indagando por aquellos rincones
 Algunas proveidas poblaciones .

Llevando ya caidas las cervices
 Y los colores no como rubies ,
 Arrimáronse mas á las raices
 De la sierra y á tierra de Guaypies ,
 Donde hallaron copia de maices
 Y muertos cantidad de jabalies :
 Hubo sal ansimismo de por medio ,
 Que fué lo sustancial de su remedio .

Recogióronse mantas de algodones ,
 Para su desuudez grande reparo ,
 De que hicieron calzas y jubones ,
 Que ya tomaran ellos por mas caro .
 Captivaron mujeres y varones ,
 Puesto que dieron ya de día claro ,
 Y un indio de los puestos en collera
 Con el Limpias habló desta manera :

« Bien adevino yo lo que tú quieres ,
 Porque vuestras demandas son antiguas ,
 Mas cuán angostos sean mis poderes
 No menos que por ojos averiguas ;
 Mas si también deseas ver mujeres ,
 Diréte dónde viven maniriguas ,
 Que son mujeres sueltas y flecheras ,
 Con fama de grandisimas guerreras .

« Lindos ojos y cejas , lisas frentes ,
 Gentil dispuscion , belleza rara ,
 Los miembros todos claros y patentes ,
 Porque ningun vestido los repara ,
 Y tienen en las partes impudentes
 Mas pelos que vosotros en la cara :
 Aquellos solos sirven de cubierta
 Para no ver los quicios de la puerta .

»De sus consorcios y congregaciones
Fea, contrechada, manca se destierra;
No quieren compañía de varones,
Ni jamás los consienten en su tierra;
Mas gozan à sus tiempos y sazones
De aquellos con quien ellas tienen guerra,
Y entre tanto que dura la injuria,
Con ellos cesa la guerrera furia.

»Después deste lascivo regocijo,
Es la guerra de nuevo comenzada
Y el bravo y antiquísimo letijo,
Sin ser el amistad perpetuada;
Y si la manirigua pare hijo,
El padre de quien ella fue preñada
Se lleva; pero cuando pare hija
Sigue la condicion de la vasija.

»Así que, si quereis hacer empleo
En cosa de carnales aficiones,
Allí satisfareis vuestro deseo,
Y dareis fin à peregrinaciones:
Este camino es de gran rodeo
Y tiene peligrosos trompezones;
Hay rios ansimismo caudalosos
Que salen de lugares montüosos.»

Estas falsas ó ya ciertas razones
Oyeron todos muy de buena gana,
Aunque las tengo yo por invenciones,
No sin olor de fabulilla vana;
Pero dióme las mismas relaciones
La boca de Francisco de Orellana,
Y agora me refieren lo que cuento
Hombres de no menor merecimiento.

Es destes Artiaga mayormente,
A quien vivo tenemos este dia,
Varon de fe, que se halló presente
A todo lo quel indio les decia:
Es pues mi parecer indiferente,
Por no casarme con opinion mia,
Pues en tan penitissimas regiones
Podria ser que vivan amazonas.

Al fin, la gente ya mas reformada,
Determinan dejar aquel terreno
Y proseguir la vuelta comenzada
Por no dejar pasar tiempo sereno:
Eran ya cuatro años de jornada,
Sin que jamás tuviesen dia bueno,
Y aun para ir al término marino
Les restaban dos años de camino.

Finalmente, llegaron al Guayare,
Tierra de todos ellos conocida,
Hallaron pueblo donde se repare
La gente, por ir ya desproveída;
Procuran invernar en Churupare,
Buen asiento, mas no mucha comida,
Pero de allí salian los cristianos
A ranchar los indios comarcanos.

Yendo como diez dellos cierto dia
A caza de venados por un llano,
Un hombre de caballo parecia
Con lanza de dos puntas en la mano:
Como no fuese desta compañía,
Echaba cada cual juicio vano,
Y como no se mueve y los espera,
Determinaron ir à ver quien era.

Después de ya llegada nuestra gente
Hubo de mucha risa gran tumulto,
Y es porque conocieron claramente
Caballo y caballero ser de bulto:
Desde los bajos piés hasta la frente
De paja y algodón era su culto,
Y desto tantas armas y tan variadas,
Cuantas son en la guerra necesarias.

Todos estos ensayes se hacían
Por los indios, que son allí guerreros,
Para perder el miedo que tenían
A los caballos y à los caballeros,
Y con aquellos bultos competían
Como si fueran hombres verdaderos;
Y así tenia este los costados
De lanzas y de dardos traspasados.

Después que ya volvieron al asiento
Y del negocio visto dieron cuenta,
Volver sin hallar cosa de momento
Filipe de Uten tiene por afrenta;
Y así mandó hacer ayuntamiento,
Donde su voluntad les representa,
Y después que los tuvo ya delante
Hizo razonamiento semejante:

«Quisiera ser igual en elocuencia
A los que en ella fueron eminentes,
Para decir, señores, la escelencia
De todos cuantos sois aquí presentes;
Pues demás de captar benevolencia,
Supieran, si no saben los oyentes,
Que su fuerza y virtud ha sido tanta,
Que sobre ser humano se levanta.

»Pero dejó hazañas sucedidas
Con el honor que cada cual merece,
Por ser en su valor tan estendidas,
Que lengua y aun memoria desfallece:
Basta decir ser tan esclarecidas,
Que sencilla verdad las encarece,
Sin las dorar figuras ni colores
De que suelen usar los oradores.

»Mas quiero contra vuestras opiniones
Abriros lo secreto de mi pecho,
Probando por certissimas razones
Que no va nuestro campo tan deshecho,
Que no pueda, halladas ocasiones,
Efectuar algun insigne hecho:
Las cosas que yo ví con clara lumbre
Me dan de lo que digo certidumbre.

»Porque, ¿dónde jamás hemos hallado
En todas las antiguas escrituras
Haber tan pocos hombres conquistado
Tantas y tan acerbas desventuras?
Unas veces por largo despoblado,
Otras rompiendo grandes espesuras,
Y con hambres é indisposiciones
Subyectar ferocissimas naciones.

»Y no solo tenemos competencias
Con enemigos bravos y sangrientos,
Mas también nos combaten las potencias
De fuegos, aguas, furiosos vientos,
Y tierras de malignas influencias,
Y finalmente todos elementos:
Con todos ellos hemos peleado,
Y de todos nos hemos escapado.

»¿Qué me dicen de Baco, y furia brava
Del grande Macedón que después vino?
¿Qué de cualquiera otro que ganaba
Por su grande valor honor divino?
Pues nunca la comida les faltaba,
Y siempre les sobraba pan y vino;
Siguieran por do vamos su carrera,
Y veamos à ver cómo les fuera.

»Vieran en qué paraba la pujanza
De sus pintadas armas con matices,
Y si les fuera bienaventuranza
Abajar el mas alto las cervices
A sacar con la punta de la lanza
Debajo de la tierra las raíces
Para que les sirvieran de vianda,
So pena de morir en la demanda.

»Vieran cómo sufrían fuertes mallas,
Hambrientos y sin copia de sirvientes;
Vieran en qué paraban sus batallas,
A no hallar allí prósperas gentes;
Pues son para nosotros no hallallas
Los mas indómitos inconvenientes,
Y entonces es la gloria y el contento
Cuando de los contrarios hay aumento.

»No son hechos de menos importancia
Los nuestros ni de menos fortaleza;
Mas solamente tienen de distancia
En que, según comun naturaleza,
A los suyos encumbra la ganancia
Y à los nuestros abate la pobreza,
Y en que cosas tan grandes, siendo pocos,
Emprendellas parece ser de locos.

»Mas si caso fatal nos ofreciera
Donde pudiéramos meter las manos,
El hecho por cordura se tuviera
Y nadie nos juzgara por insanos,
Antes creed que nuestro nombre fuera
Cantado con loores soberanos:
Así que, no es locura nuestro hecho,
Sino vigor de valeroso pecho.

»Mas también, porque todo lo digamos,
Y el fin adonde vamos quede lleno,
Muchos nos culparán como volvámos
Perdidos y las manos en el seno,
Teniendo bien por donde descubramos
En tan amplias regiones algun seno;
Mas ya conozco de vuestro semblante
Lo que quereis ponerme por delante.

»Díreisme cómo vais mal proveídos,
Y de los que salimos muchos menos:
Es verdad, mas los vivos tan curtidos
Que no tememos ya rayos ni truenos;
Y siendo, como somos, escogidos,
Mucho mas quiero yo pocos y buenos;
Y también en fámélica tormenta
Poca gente con poco se sustenta.

»Cuanto mas que el valor de las Españas,
En todas coyunturas y ocasiones,
Para hacer grandisimas hazañas
Han menester bien breves escuadrones:
Pudiéramos contar cosas extrañas
Si no fuera por alargar razones;
Mas de lo que fué con otra gente,
Y trato de las Indias de occidente.

»Tomemos los primeros fundamentos,
Que son los que trajeron los Colonos:
Pues españoles menos de quinientos
Vencieron de contrarios dos millones.
Entre Fernán Cortés en estos cuentos,
Que con mas breve copia de varones
Venció tales recuentos y tan agros,
Que podemos contarlos por milagros.

»Si Dios era con ellos, y sin duda
Quiso hacer espaldas á su Marte,
También él nos dará favor y ayuda,
Pues ansimismo va de nuestra parte:
Nuestra lanza no es menos aguda,
Ni tenemos en guerra menos arte.
Páreceme, señores, gran cordura
Tentar por otras vias la ventura.

»Podemos por lo mucho padecido
Tener de gran honor salvo conduto,
Mas es trabajo mal agradecido
Cuando lo trabajado no da fruto:
Llano tenemos largo y estendido,
Y tiempo de verano bien enjuto;
Ya que no por el llano, por la sierra
Descubramos alguna buena tierra.

»Así como son cosas de importancia
Estos descubrimientos que tractamos,
Así requieren gran perseverancia,
Pues muchas veces donde no pensamos
Suelen en tan amplísima distancia
Encubrirse las tierras que buscamos;
Y muchos se volvieron de la puerta,
Donde hallaron otros dicha cierta.

»Ya que, señores, á la costa vamos,
Decídmelo, ¿qué remedio hallaremos?
¿Qué bienes ó haciendas reservamos
Para que lo perdido reparemos?
Pues muchos nos esperan que volvamos
A fin de que sus faltas remedieemos;
Al menos hallareis quien deudas cobre,
Y mal las pagará quien llega pobre.

»Habrá bien codiciosos mercaderes
Prestos para hacer ejecuciones;
Habrá procuradores y poderes,
Cárcel molesta, grillos y prisiones:
De manera que son mis pareceres,
Por evitar molestias y pasiones,
Que este descubrimiento perseverare
A la parte que mas os pareciere.»

El Artiaga, vistas intenciones,
Dijo: «Señores, yo soy vizcaino,
Y como falto y corto de razones,
Concluyo con decir que ese camino
No lleva ya debidas proporciones,
Antes desproporcion y desatino,
Pues en los choques hubo coyuntura
Para seguillo con mayor ventura.

»Mas agora ¿quién es tan ignorante
Que no conozca gran inconveniente
En el efecto? Pero no embargante
Que mi parecer sea diferente,
Hágase, que yo tengo de ir delante
Adonde quiera que guieis la frente;
Solamente declaro lo que siento,
Y no creo que voy fuera de tiento.

»Pues españoles sanos bien sabemos
Ser los menos de nuestra poca gente,
Y aquella fuerza de que nos valemos
Contra furor de bárbaro valiente
Son los caballos, y ocho que tenemos
Los cuatro son de nombre solamente,
Y todos despeados del viaje,
Por no tener ya punta de herraje.

»Y aun para no llevar camino ciego
Es menester también que guías haya:
Aquestas no las hay; pero yo ruego
Que si la falta dicha no desmaya,
Que á cualquiera parte vamos luego
Antes que tiempo seco se nos vaya,
Porque nadie será después bastante
Para volver atrás ni ir adelante.»

Finalmente, de los invernaderos
Dudosos y perplejos se levantan;
Buscan los nacos, indios que fronteros
Acia la serranía pueblos plantan:
Dieron en pocos, pero tan guerreros,
Que de pocos caballos no se espantan,
Es un gandul de los que hacen plaza
Contra Filipe de Uten desembraza.

El caballo le hiere por el cuello
Con dardo que no fué de mano manca,
Luego para mejor echar el sello
Con otro le segunda por el anca:
Dió mil corcovos sin poder tenello,
A una y otra parte se abarranca,
Anduvo tal á pelo y á pospelo,
Que con el caballero dió en el suelo.

Saltó luego con él el indio maco,
Muy mas ligero que veloce pardo,
Y como ya del golpe ó ya de flaco
Filipe de Uten estuviere tardo,
A manteniendo dió por el sobaco
Una mala herida con un dardo,
Y á no lo socorrer la compañía
Aqueste fuera su postrero día.

Pararon entre tanto que sanaba,
A causa de ser llaga mal segura,
Y así segun lo mucho penetraba
Se tuvo por milagro la tal cura;
Pero Filipe de Uten se guardaba
Para mayor dolor y desventura,
Y en la presente lo curó tal mano,
Que dentro de dos meses quedó sano.

Convalecido pues el miserable
De la crúel y penetrante llaga,
Con otro dardo muy mas entrañable
Hirieron á Martino de Artiaga:
Gran tiempo se juzgó por incurable;
Y así sin que remedio se le haga,
Tuvo la punta dentro de lo hueco
Del jáculo mortal crúel y seco.

Herida fué que las entrañas toca,
Y del terrible golpe de la lanza
Flujo de sangre sale por la boca,
Cuyos términos eran destemplanza:
Todos juzgaron ser su vida poca;
El médico mostró desconfianza:
Montes y el licenciado de la Mueta
Cada cual de por sí lo desconsuela.

Mas él, con su dolor y desconsuelo,
Dice sus pareceres ser inciertos,
Porque suelen los médicos del suelo
Errar cuando se muestran mas espertos :
«Médico muy mejor es el del cielo,
Pues del sepulcro rescuita muertos,
Y puede su divina Providencia
Usar también conmigo de clemencia.»

Y así, como cristiano preparado,
Vistas de cirujanos dilaciones,
Abrióse las costillas y el costado,
Y en efecto salieron los arpones,
Y en efecto salieron los arpones,
Ansímismo con un olor pesado
Graves y sanguinosas corrupciones ;
Y con ser tan sin cura la herida
En el presente tiempo tiene vida.

Con toda su vejez vive de arte
Que tiene la salud que le conviene,
No sin reliquias del antiguo Marte,
Porque con la memoria dellas pene,
Pues purga siempre por aquella parte
Por cierto cañutillo que allí tiene,
Recién herido pues caminó luego,
Sin que tuviese punto de sosiego.

Porque por todos ya se determina,
Vista ser la tardanza peligrosa,
A gran prisa volver á la marina
Porque hacer no pueden otra cosa ;
Con tanta desventura se camina,
Que no puede ni pluma presurosa
Particularizar en escritura
Tanto trabajo y tanta desventura.

Y pues que van á paso presuroso,
Y ansímismo de ir en seguimiento
Un camino tan largo y trabajoso
Yo me hallo cansado y sin aliento,
Quiero tomar un poco de reposo
Para que pueda con recogimiento
Poner en orden el futuro canto,
Que ya no será canto, sino llanto.

CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo Pedro de Limpias se amotinó con cierta gente, y cómo llegó Filipe de Uten al Tocuyo, y lo demás sucedido hasta su muerte.

Pesado mal, terrible pestilencia,
Es en algun gobierno dalle mano
Al que tiene soltura de conciencia
Y solas apariencias de cristiano,
Mayormente si para su demencia
Puede soplar algun favor humano ;
Porque viendo que hay quien lo defienda
A todo mal obrar suelta la rienda.

Retrato vivo fué desta sentencia
Joan de Caravajal, el escribano
Que en Maracaibo fué ; pues el audiencia
Donde fué relator, siendo mas cano,
Viendo de tantos años el ausencia
Sin acudir gobernador germano,
Por importunidad y favor largo
A él le proveyeron este cargo.

Halló para poblar buen aparejo,
Pues eran de Cubagua ya venidos
El Losada, Villegas y Vallejo,
Con copia de soldados escogidos ;
Y porque allí tracté de su consejo
Y por la via que fueron traídos,
Basta decir aquí tan solamente
Cómo Caravajal tomó esta gente.

Y entró la tierra dentro, confiado
De que el gobierno siempre fuera suyo,
Y en esta tierra como ya cursado
Fundó luego la villa del Tocuyo :
En esto fué tan bien considerado
Que de locura no lo redarguyo ;
Pues se perdieron tierras importantes
Por no poblarlas otros mucho antes.

Después de gobernar algunos días,
Los señores de la real audiencia,
Informados de algunas demasías,
Envían á tomalle residencia
Al cuerdo licenciado Joan de Frias,
Hombre de buenas letras y experiencia,
Y para que el gobierno retuviere
Hasta tanto que el rey lo proveyese.

En Coro, do llegó con su libranza,
Se recibió con voluntad sincera ;
Tuvo Caravajal dello probanza
Por indios y por carta mensajera :
Aquesta privacion y esta mudanza
Sintió su corazon en gran manera,
Y por vias diversas estorbaba
Al Frias el venir donde él estaba.

Antes por le quitar aquella gente
Con que pudiera Frias hacer via,
Caravajal sagaz y diligente
A un Joan de Villegas les envia
A Coro, que tractó secretamente
Aquello que su parte pretendia,
Persuadiéndoles dejen á Coro
Y prometiéndoles los montes de oro.

Y aun cuántanme personas fidedinas,
Del Joan Caravajal que esto tramaba,
Que hizo cédulas adulterinas
Do la real audiencia decretaba
Que Frias gobernase las Salinas,
Quiero decir, la costa donde estaba,
Y él lo de dentro por el mismo modo,
Y en hecho de verdad fué falso todo.

Al fin, Caravajal se dió tal maña
Cual aquella crúel hija de Niso,
Y aunque Frias sentía la maraña
No le bastó razon ni buen aviso,
De suerte que por falta de compañía
Nunca pudo llegar adonde quiso,
De manera que por aquel partido
Estuvo mucho tiempo detenido.

Perseverando pues en su malicia
Joan de Caravajal y otros livianos,
Un cacique de paz le dió noticia
Cómo venia gente por los llanos :
Envió luego vara de justicia
Para saber quién eran los cristianos ;
Volvióse sin los ver quien llevó cargo,
Porque para Cubagua van de largo.

Era Limpias con buena camarada,
A quien el alemán Uten envia
Para ir á la costa deseada
Y ver allá qué novedad habia ;
Mas dióle Limpias mala cantonada
Sin que cumpliese con lo que debia,
Pues fué acia Cubagua, como digo,
Movido del consejo de un amigo.

Y fué Luis Fernandez atrevido,
Que de los viejos de Cubagua era,
Para cualquier motin apercebido,
Pues aquesta no fué la vez primera ;
Ansi que, Limpias dél persuadido
A Cabagua dirige su carrera,
Adonde con los indios mas cercanos
Huvo bien menester entrambas manos.

Veinte lleva consigo, gente rara,
Pues cada cual pudiera ser caudillo ;
Entrellos iban Berzar y Guevara,
Pulido, maestro Joan, Barrios, Vadillo,
Que no por voluntad vuelven la cara
Ni menos hacer pueden que seguillo ;
Van Valenzuela, Najara, Trebejo,
A quien pesó tambien deste consejo.

Tuvo crúel recuento con Perima,
Cacique poderoso y esforzado ;
Mas Limpias de tal suerte lo lastima
Que de la dulce vida fué privado,
Segun habemos en octava rima
En la primera parte celebrado ;
Mató caballos, y murió Pulido,
Y maestro Joan quedó muy mal herido.

Viendo no tener ya mas que rodela
 Contra gente de guerra tan pujante,
 Dieron la vuelta acia Venezuela
 Por no poder pasar mas adelante;
 El pobre maestro Joan se desconsuela
 Por no poder ser presto caminante,
 Que la grave herida no lo deja
 E iba flojo ya mas que madeja.

Para traello no tienen caballo,
 Y como vuelven cuasi de hüida,
 Determinaron todos de dejallo
 Por no perder por uno tanta vida:
 En un rancho procuran abrigallo
 Repartiendo con él de su comida;
 Quedóse pues en el ajeno suelo
 Rodeado de todo desconsuelo.

Considerando sus postrimerias
 A Dios de corazon se encomendaba;
 Crecen en oracion tales porfias
 Que cuasi de comer no se acordaba;
 Y á cabo ya de tres ó quatro dias,
 Viendo como la yerba no trababa,
 En confianza del favor divino,
 Púsose tras los otros en camino.

Hallóse tan lijero como sano
 Despues de se poner en la carrera;
 E yendo caminando por un llano,
 Al encuentro le sale bestia fiera:
 Invoca luego la potente mano,
 Y al tigre dice: « bestia, tente afuera,
 Deja desocupado mi sendero,
 Que de parte de Dios te lo requiero ».

Aquella carnícera pestilencia,
 Fuera de lo que tiene de costumbre,
 Sus ímpetus mudados en paciencia
 Y su ferocidad en mansedumbre,
 Alejándose fué de su presencia
 Hasta que ya traspuso cierta cumbre:
 Maestre Joan caminó, y al cuarto día
 Topó la deseada compañía.

Holgóse grandemente la compañía,
 Y él de loar á Dios punto no cesa:
 Vido poco despues reinos de España,
 Y fué á Jerusalén á grande priesa
 Antes de ver las tierras de Alemaña,
 Porque debió hacer esta promesa,
 Y despues, algun tiempo ya pasado,
 Lo vieron en Santúcar ser casado.

Con descontento pues del mal efeto
 De los otros caminos comenzado,
 Allegaron á Barraquicimeto,
 Donde fueron por indios informados
 Cómo Caravajal tiene subyeto
 Al Tocuyo, y estar allí poblados
 Amigos suyos, principales hombres,
 Los cuales declaraban por sus nombres.

Fué Limpias pues la vuelta del Tocuyo
 A ver aquella gente conocida;
 Del gobierno tractó, y en saber cuyo
 El alegría fué muy mas crecida,
 Por ser Caravajal amigo suyo,
 El cual holgó también con su venida;
 De todo dió razon, y demás desto
 Dijo Filipe de Uten venir presto.

De cuanto le pidió relacion hecha,
 Segun á su negocio convenia,
 Tomó Caravajal mala sospecha
 Que su gobierno no le duraria:
 Todo temor de Dios de sí desecha,
 Y cautelosas mañas concebía,
 Y así con ciertos hombres de á caballo
 Fué su Joan de Villegas á buscallo.

El cual debió de ir con buen intento;
 Mas aunque mal intento no llevase,
 En efecto fué muy gran instrumento
 Con que Caravajal efectuase
 De su mas que dañado pensamiento
 Lo que le pareciese y agradasse,
 Pues los dos se tractaban como hermanos,
 Y al fin eran entrambos escribanos.

Y aun el Filipe de Uten y el Villegas
 Eran compadres, pero ciertamente
 En estas confusiones mas que ciegos
 Pudo mas la maldad que el ser pariente:
 Caminan pues por valles y por vegas
 Hasta que se toparon con la gente,
 Do fué Filipe de Uten informado
 De lo que ya tenemos declarado.

Quiérase pasar con sus varones
 De largo con recelo de pendencia,
 Mas en Villegas hubo persuasiones
 Y aun como de amenazas apariencia;
 Y así, sin mas excusas ni razones,
 Fué delante de aquella pestilencia;
 El cual lo recibió cuando venia,
 Con gracia, con honor y cortesia.

Por los cuarenta y seis años corria
 De mas de quince números mayores
 El soberano parto de Maria,
 Que fué reparacion de pecadores,
 Y el sol el signo Tauro poseia,
 Siendo cercana ya pascua de flores,
 Cuando Filipe con siniestro hado
 Aqueste pueblo vió recién poblado.

Habla Caravajal, y él le replica,
 Dan y toman en cosas de interese;
 Al fin, Caravajal le notifica
 Que por gobernador lo conociese;
 El buen Filipe de Uten le supplica
 Tan grande sinrazon no pretendiese,
 Diciendo: « No me consta ni tal pienso,
 Que yo de mi poder esté suspenso ».

Y aun cuasi la restante compañía
 Estaba de los mismos pareceres,
 Pues del Caravajal ya se sabia
 Habelle revocado los poderes,
 Segun en aquel pueblo se decia
 Así por hombres como por mujeres;
 El se hacia fuerte, sin embargo,
 Publicando que tiene poder largo.

Respondénte: « Señor, no se litiga
 Ser esa potestad larga ó angosta,
 Antes vuestra merced aquello siga
 Que de su gusto fuere mas apostá;
 Pero venimos todos con fatiga
 Y con necesidad de ver la costa,
 Y así queremos irnos de camino
 Hasta llegar al término marino.

El gobernador falso, como viesse
 Que con su voluntad no respondian,
 Ordenó que por fuerza se hiciese
 Lo que hacer de grado no querian:
 Armada gente hizo que viniese,
 Y á su llamado muchos acudian,
 Caballos arrendados, y él sin rienda,
 Filipe de Uten quiere que se prenda.

Buena cuadrilla pues apercebida
 Acometiéronles incontinente,
 Mas la del alemán recién venida
 Se defendia valerosamente:
 Apártanse sin muerte ni herida,
 Porque Bartolomé como valiente
 Al mayoral rompiérale las venas
 A no lo defender sus armas buenas.

Volvióse con su gente sin ganancia,
 Pero no sin cautelas de hombre bajo;
 También con la posible vigilancia
 El buen Filipe de Uten se retrajo
 A Guibor, siete leguas de distancia,
 Y aun con algunos mas de los que trajo;
 De los cuales Vallejo fué primero,
 Gregorio de Plasencia y un Romero.

Por evitar algun insano hecho
 Entre las dichas dos parcialidades,
 Ciertos hombres movidos de buen pecho
 Tractaron muchos medios de amistades,
 A cada cual dejando su derecho
 Con deseo de ver conformidades;
 Juan de Villegas pues tomó la mano,
 Y Melchior Gubiel, varon germano.

Y Toribio Ruiz, clérigo cura,
Bien creo yo que de maldad inciertos,
Cada cual á las partes asegura
Haciendo desta suerte los conciertos:
Quel Filipe se vaya do procura
Con los suyos á los marinos puertos,
Y que á Vallejo se le dé licencia
Y también á Romero y á Plasencia.

Hicieron escrituras sustanciales,
Firmándolas con los gobernadores
Mas de cincuenta hombres principales,
Con gravámenes, fuerzas y rigores
De ser en opinion de desleales,
Infames, fementidos y traidores,
Si por alguno fuese quebrantado
Todo lo dicho, fecho y asentado.

Aquesta paz dolosa concluida,
Con los soldados del consorcio viejo
Hizo Filipe de Uten su partida;
Y el dicho Diego Rüz de Vallejo
Mala sospecha tuvo ser fingida,
Y así dijo: «Señor, de mi consejo
En esta paz se haga confianza
Del espada, rodela y de la lanza.

Porque Caravajal está subyeto
Tan á la ley de Dios como Antiocho,
Por ser sin Dios, sin ley y sin respeto,
Y tiene sus palabras en muy poco:
Es su conciencia la de Bayaceto,
Bellaco juntamente con ser loco;
Tiene malos terceros á su lado
Y así cumple que vamos á recado.

Ayudóle Gregorio de Plasencia,
Y con esto se fueron su camino,
No sin algun recato y advertencia,
Pero no tanta cuanta les convino,
Pues pudieran hacelle resistencia,
Sino que para ir con mejor tino
Envío treinta hombres adelante,
Persona cada cual dellos bastante.

El signo tiene de los dos hermanos
Aquel que da colores al aurora,
Cuando los asechados castellanos
Tomaron la provincia de Carora:
Asientan todos las leales manos
Sin recelar allí la fatal hora,
Y el contrario con intencion nefanda
Determinó partir en su demanda.

Lleva gentes bien apercebidas
Y para dar batallas buen pertrecho;
Todas tres furias lleva revestidas
En el cruel, bestial y falso pecho:
Haciendas de los otros repartidas,
Sin mirar á justicia ni á derecho,
De ministros infames rodeado,
Enos por fuerza y otros por su grado.

Entrellos Limpias y Luís Fernandez,
Cada cual digno de collar de espantos,
Almarcha, muniquilla vil de Flandes,
Que merecia bien ser hecho cuartos,
Pues si piden castigo yerros grandes,
Todos ellos habian hecho hartos:
Camina pues con estos consejeros
Y grande cantidad de compañeros.

El umbroso lugar de una quebrada
Filipe de Uten toma por asiento:
Anda su gente toda derramada
Procurando buscar algun sustento;
Llegó Caravajal con mano armada
Y con impetuoso rompimiento,
Manda que roben, maten y que prendan
Antes que tomen con que se defiendan.

En cumplimiento deste su deseo,
De buenas intenciones siempre falto,
Prenden al Uten y al Bartolomeo
Estando descuidados del asalto;
Cogen á los demás en el rodeo,
Muy sin sospecha deste sobresalto:
Un portugués llamado Gasparico
Mostró sumo valor y ánimo rico.

Con él estaban muchos detenidos
Como si poseyera gran pujanza;
Pero viendo los otros ya rendidos
Y sobre su rodela tanta lanza,
Allojaron furoros concebidos,
Perdida de socorros esperanza;
Y así para principio de su pena
Entró con los demás en la cadena.

Vídose Diego Rüz de Vallejo
De seis buenos soldados rodeado,
Mas de no se rendir tomó consejo,
Puesto caso que ya muy fatigado,
Armóse de las armas del conejo
Rompiendo con gran furia por un lado:
No Talus, no Filipides ni Ladas
Levantán tan lijeras sus pisadas.

Por bosques altos hace su huida,
Y sus lijeros pasos endereza
A la gente que tengo referida
Por quien aquel camino se adereza;
La sangre descubrió cierta herida
Que le pudieron dar en la cabeza:
De ver ir tanta por jubon y sayo
Sintió grave dolor, mas no desmayo.

Pues de noche con grandes aguaceros,
Que fué de su valor bastante prueba,
Siempre hizo sus pasos mas lijeros,
Sin perder aquel buen tino que lleva:
Alcanzó pues los dichos compañeros,
A los cuales les dió la mala nueva;
Ellos con el recato que convino
Abreviaron á Coro su camino.

Van á Caravajal el mismo día
El Limpias y el Armacha y otros tales,
Diciendo con furor: que ¿qué hacia
Sin matar enemigos capitales?
Pues gente que faltaba volveria,
Y eran todos soldados principales;
Que mirase con peso y desengaño
Lo que al doctor Navarro hizo daño.

El y todos los otros alterados
Con tales consejeros como estos,
Salen del rancho bien aderezados,
Y muchos dellos á caballo puestos,
Machetes vizcainos afilados,
Verdugos etiopes allí prestos,
Camina la compañía detestable
Contra la compañía miserable.

El sol dorados rayos recogia
Para tender su luz por otra lueste,
O ya podria ser que lo hacia
Por no ver tan mal hecho como este,
Usando del extremo de aquel día
En que huyó las ollas de Tieste,
Cuando para romper ilustres venas
Llegaron á los cepos y cadenas.

Cuatro sacaron, hombres señalados,
Cuyos cuellos mandaba ser abiertos,
Los brazos atrás puestos y ligados,
Los rostros de mortal color cubiertos;
Viendo los instrumentos preparados,
E ya con certidumbre de ser muertos,
Confesion piden, mas la bestia ciega,
Habiendo sacerdotes, se la niega.

De palabra pronuncia la sententia
El hambrecillo vil, pecho de perro:
Comienza por Romero y por Plasencia
El impio, cruel y duro hierro;
Mas adelante llega su demencia,
Pues para confirmar mas este yerro,
Mandó luego matar los capitanes,
Que son los dos ya dichos alemanes.

Bartolomé con un suspiro grande
Al Caravajal habla desta suerte:
«Vuestra merced de su rigor ablandé,
Y en negocio tan grave se concierte,
Porque no faltará quien le demande
La grande sinrazon de nuestra muerte.»
«Agora lo vereis, dice riendo,
Y como del propósito me enmiendo.»

Segun se lo mandó cruel azote,
El machete tomó la mano perra:
Daba los golpes como con garrote,
Que debía de estar ya hecho sierra;
Degollados al fin por el cocote,
Cabezas van rodando por la tierra;
Ocupaba los presos gran espanto,
Creuyendo de pasar por otro tanto.

Al Uten encaminan su flagelo
Los mandos de razon enajenados,
Que estaba las rodillas en el suelo,
Ya sus colores rojos demudados,
Los ojos enclavados en el cielo
Demandando perdon de sus pecados,
Rezando con grandísima paciencia
Los siete salmos de la penitencia.

Para cumplir el mando riguroso
Allega luego la mortal herida,
Y fué con un tormento trabajososo
Cabeza de los hombros dividida.
Quedó Caravajal victorioso
En haber hecho menos tanta vida;
Y así, porque también anochechia,
Cesó la crueldad por aquel día.

Metida so las ondas de oceano
La lumbré de mas clara hermosura,
Fuése para cenar el mal tirano,
Contento de su pérvida locura:
Quedáronse los cuerpos en el llano,
Que nunca quiso dalle sepultura,
Ni hubo, por no dalle descontento,
Quien usase de tal comedimiento.

Después que pareció febea vela,
Fueron á la tiránica presencia
El padre Joan de Fructos de Tudela
Y Artiaga con toda su dolencia,
A fin de le rogar que se conduela,
Y tuviese por bien de dar licencia
Para que por los campos y desiertos
Pudiesen enterrar aquellos muertos.

Oido de los dos el justo ruego
Que por enfermos iban sin cadena,
Con un cierto desdén se la dió luego
E hinchazon de majestades llena;
Y hecho de los cuerpos el entrego,
También los entregaron al arena,
Dejando cuatro versos allí puestos,
Que si memoria tengo fueron éstos:

Ille Philipus Uten tumulo nunc conditur isto
Et miserum Belzar continet ipse locus.
Dux erat insignis nec non Germanus uterque
Infestaque simul prócubere manu.

Filipe de Uten difunto Ambos fueron alemanos
Queda en esta tierra dura, Y excelentes capitanes,
Y con igual desventura Los cuales en una hora
Bartolomé Berzar junto Vieron por mano traidora
Y en la misma sepultura. Sus mortíferos desmañes.

Conclusa ya la obra de clemencia
Entre mirtos, según á Polidoro,
Y hecha la posible resistencia
A piadosas lágrimas y lloro,
Los enfermos pidieron licencia
Para que se pudiesen ir á Coro:
El se la dió sin se mostrar esquivo,
Entendiendo ningún llegar vivo,

Por haber de pasar guerreros puertos
Y la brava nacion de Giraharas,
Los unos cojos y los otros tuertos,
Con tan malas colores en las caras,
Que ya no parecían sino muertos:
Y aun por armas llevaban en las varas
Engastadas tleras y puñales;
Para se defendér de naturales.

Con no podello ver mas que al demonio,
De Caravajal hacen despedida,
El cual con muertes, como Marco Antonió
Con la de Tulió, piensa tener vida:
Artiaga le pide testimonio
De toda la tragedia sucedida;
Mandólo luego dar, según pedia,
Para mas publicar su valentia.

Alejáronse pues destos arroyos
Con Artiaga doce compañeros,
No de los que llamamos rompe-poyos,
Pues fué Joan de Quincoces y un Ervero,
Barrientos, Pero Alonso de los Hoyos,
Cuyo valor no fué de los postreros:
Tuvieron en el ir tan buenos modos,
Que llegaron á Coro vivos todos.

Habia de Castilla ya llegado
A gobernar persona virtuosa,
Varon prudente, bien intencionado,
Enemigo de gente sediciosa,
Y este gobernador y licenciado
Se decia Joan Perez de Tolosa;
Pasó por la Española cuando vino,
Do halló guia para su camino.

Con él se vino Diego de Losada,
Que por Caravajal fué desterrado;
Quizá la causa fué bien sustanciada,
Mas aunque no constase ser culpado,
Bastaba ser persona señalada
Y ser allí de todos respetado
Para no consentir furor insano
Personas que le fuesen á la mano.

Habiendo hecho ya su cumplimiento
Con el gobernador aquesta gente,
Diéronle cuenta del atrevimiento
Quel testimonio hizo mas patente:
El y Frias mostraron sentimiento
En oír un rigor tan insolente,
Y al Joan Perez el Frias encomienda
Que con rigor usase del enmienda.

Partióse pues el licenciado Frias
A la Española, donde residia;
Quedó Tolosa con las compañías
Debajo del gobierno que traia;
Aprestóse después de algunos dias
A castigar aquella alevosia
Su hermano Alonso Perez de Tolosa,
General desta gente bellicosa.

Junto luego la más calificada
De los varones del consorcio viejo,
Y en la dispusicion de la jornada,
Habiendo cuerdamente su consejo,
El maese de campo fué Losada,
Capitán de la guardia fué Vallejo,
Joan Roldán, capitán de infanteria
Por la gran esperiencia que tenia.

Aderezada pues la compañía
De comunes pertrechos de Vulcano,
La vuelta del Tucuyo hace via
Con recato y aviso no liviano,
Por ser mucha la gente que tenia
Caravajal debajo de su mano:
Topó ciertos soldados de buen peso
Que al factor San Martín traian preso.

Esta gente se hizo luego llana,
Y de lo que pasaba fué testigo;
Y porque conoció ser gente sana
Tolosa los llevó todos consigo;
Los cuales no mostraron mala gana,
Teniendo por comun el enemigo,
Pues hace muchas veces, que no una,
De amigos enemigos la fortuna.

Procuran de hacer el paso presto
Con toda la posible vigilancia,
Hasta que se pusieron en un puesto,
Una legua sería de distancia;
Por cubierta tomaron un recuesto
Y el arboleda de su circunstancia;
Allí gran rato descansó la gente
Para salir á hora competente.

Antes de se pasar nocturno velo,
Pareciéndoles ya ser algo tarde,
Con el guion delante por señuelo,
Camina por buen orden el alarde:
Caravajal vivia con recelo,
Que su conciencia dice que se guarde;
Y así hace velar los qué alcanza
Ser hombres de valor y confianza.

Como mas el guion se fué llegando,
 Uno de los que velan pudo vello,
 Y estaba por aquel cuartel velando
 Un cierto portugués dicho Coello :
 Y así como lo vió vuelve bradando
 «¡Arma, arma, que vein pendon bermello!»
 Entra luego diciendo la compañía,
 «¡Gobernador, gobernador de España!»

El pueblo todo fué sobresaltado;
 Toda la gente dél está suspensa;
 Rancho del malhechor es rodeado
 Sin acudir favor á su defensa :
 Piensa ser socorrido y ayudado,
 Pero no le sucede como piensa;
 Al fin en pago de sus sinrazones
 Le pusieron gravísimas prisiones.

Fulminóse por orden el proceso,
 Del cual, después de ser bien sustanciado,
 Resulta tal maldad y tal esceso,
 Que mereció por él ser arrastrado
 A cola de un rocín, y después deso
 A la rama de un árbol ahorcado;
 Y el árbol do hicieron el entrego
 Algunos dicen que se secó luego.

En las astucias fué como Cetego,
 En la locuacidad la ninfa Lara,
 En el morir me dicen no ser ciego,
 Y el animosidad también fué rara;
 En su generacion era gallego,
 Vecino natural de Ponferrara;
 Díceme mucha gente conocida
 Que fué mejor su muerte que su vida.

Fueron los cómplices encarcelados,
 Según el grave caso requeria,
 Llenos de los temores y cuidados
 Que su propia conciencia les ponía;
 Mas todos ellos fueron sentenciados
 Con harta mas blandura que cumplía,
 Sin padecer quien mas metió las manos,
 E yo los vi después libres y sanos.

Después que ya Caravajal fué muerto,
 Reformóse mejor aquel asiento,
 Pusieron las cosas en concierto
 Y nombróse justicia y regimiento;
 Dióse de lo que estaba descubierto
 Al nuevo morador repartimiento;
 Finalmente, Tolosa con buen pecho
 A cada cual guardaba su derecho.

Luego puso por obra que su hermano
 Sacase buena copia de varones
 Para poblar lugar que mas á mano
 Hallase con algunas poblaciones,
 Para que de la lumbre del cristiano
 Gozasen estas bárbaras naciones;
 Luego se despachó, y en la jornada
 El maese de campo fué Losada.

Hombres bastantes son para la guerra
 Y bien ejercitados en batalla;
 Gastaron muchos días por la sierra,
 Mas cosa que contente no se halla;
 Y puesto que hallaran buena tierra,
 Supieran despoblar, mas no poblalla,
 Pues eran tan tentados deste vicio,
 Que siempre lo tuvieron por oficio.

Balanceando pues qué se haría,
 La gente principal quedó resuelta
 En que por no hallar lo que queria
 Al pueblo del Tucuyo den la vuelta :
 Por el rio de Apure hacen via,
 Rompiendo la montaña gente suelta,
 Supo cómo volvían ya la proa
 Cierta cacique dicho Guaibacoa.

Aqueste con entrañas de clemencia
 Su gran necesidad bien entendida,
 Usó de tan cabal magnificencia,
 Que no fué menos bien que dalles vida;
 Pues envió con grande diligencia
 Tres canoas cargadas de comida,
 Y donde se metiesen los cristianos
 Cojos de piés y flacos de las manos.

Prometiéndolo hacer en ellos cura,
 Tal cual á su salud mas convenia,
 Y que la gente sana bien segura
 A su pueblo viniesen otro día,
 Pues para los sacar del espesura
 Allí les enviaba buena guía :
 Todos los fatigados del viaje
 Juzgaron ser del cielo tal mensaje.

En cumplimiento pues del pio ruego
 Meten en las canoas los tullidos,
 Y los sanos por tierra parten luego
 Al pueblo, donde fueron recibidos
 Con gracia, paz, amor y con sosiego,
 Y muy bastantemente proveídos;
 Mas por la buena obra recebida
 Quisieronlos robar á la partida.

Y aun captivar la gente mas granada,
 Maldad sobre maldad exorbitante;
 Pero do estaba Diego de Losada
 No me espanto de cosa semejante;
 Por otra gente bien considerada,
 La burla no llegó tan adelante,
 Finalmente, volvieron al Tucuyo
 Sin ajeno caudal y sin el suyo.

Al tiempo que vinieron ya corria
 Por los cuarenta y ocho de la era
 El sacrosanto parto de María;
 Y andando, como dicho tengo,
 Al licenciado como pretendia
 Le vino potestad muy mas entera;
 A traer los despachos se despacha
 Vallejo para el rio de la Hacha.

Por ser una persona virtuosa,
 Dotada de grandísima templanza,
 Y de la cual Joan Perez de Tolosa
 Con gran razon hacia confianza;
 Fué navegando costa peligrosa
 Y vino sin hacer mucha tardanza,
 Y demás desto fué tan buen correo,
 Que trajo mas que pide su deseo.

Pues demás de le dar tiempo mas largo
 Cerca de gobernar á Venezuela,
 También le vino comision y cargo
 Para bajar al Cabo de la Vela,
 Y al pescador de perlas ser embargo
 Debajo de católica tutela,
 Porque la majestad real queria
 Quitar los indios desta granjeria.

El mando visto del real consejo
 Y con gran voluntad obedecido,
 Con esperiencia ya de varon viejo
 Y en la gobernacion mas advertido,
 Su maese de campo fué Vallejo,
 Hombre de buenas partes proveido,
 Al cual por el rumor de tierras ricas
 Se le dió la conquista de Cúicas.

A Villegas nombró por su teniente,
 Primero que á las perlas se partiese,
 En tierras del Tucuyo solamente,
 Y Tolosa su hermano, si viniese,
 Fuese por él en Coro residente,
 Donde lo de la costa proveyese;
 Y en orden puesto lo de Venezuela,
 Partióse para el Cabo de la Vela.

Recibiólo la gente muy contenta,
 Obedeciendo cédulas reales,
 E ya cerca del año de cincuenta,
 Tomando cuentas á los oficiales,
 El se partió también para dar cuenta
 Delante los divinos tribunales:
 Murió como vivió cristianamente,
 Y viló yo que me hallé presente.

Del audiencia por su fallecimiento
 Vinieron provisiones despachadas,
 Mandando que no hagan mudamiento
 De las justicias qué dejó nombradas;
 Y porque fueron cosas de momento
 Las que después hicieron en entradas,
 Quiero tomar un poco de sosiego,
 Que yo, mediante Dios, las diré luego.

CANTO TERCERO.

Donde se trata de la entrada que hizo Diego Ruiz de Vallejo, maese de campo, á los cñicas, los grandes recuentos que tuvo con los naturales, con otras cosas que acontecieron hasta que se pobló la ciudad de Trujillo que allí se fundó.

Muy grandes hechos han acontecido
En las jornadas bechas desde Coro,
Indignas de cubrirse con olvido,
Antes muy dignas del febeo coro;
Mas estos, por faltalles el oro,
Estruendo y estampida que da el oro,
Hanse quedado todos encubiertos
En los mismos sepulcros de los muertos.

Y si de Indias tracta coronista,
Donde le dan olores de pobreza
Pasa de largo sin volver la vista,
Y para donde halla mas riqueza:
Allí le da tal gusto la conquista,
Que tiene tractar otras por bujeza,
Como quiera, lector, que en hechos buenos
Las otras fueron mas antes que menos.

Ya que las ricas tengan gran altura,
Las pobres no se queden por los llanos,
Que también merecieron escritura
Las fuerzas y el valor de fuertes manos;
Pues aunque les faltó rica ventura,
No les faltaron hechos soberanos;
Y si ricos defienden sus alhajas,
Los pobres no se duermen en las pajas.

Antes conozco de los naturales
Con quien tractamos en indiana tierra,
Que cuanto son mas ricos sus caudales
Tanto son menos dados á la guerra:
Los pobres son guerreros principales
De quien todo regalo se destierra,
Y juzgan ser su bienaventuranza
La venenosa flecha, dardo, lanza.

Nunca preciaron oro fuertes ceitas,
Mas no por eso fué flaco su tiro,
Antes venciendo gentes infinitas
Siempre quedaron libres de suspiro:
Grandes victorias suyas hay escritas,
Sin escapárseles Dario ni Ciro;
Así que, no deshace la pobreza
Al buen brio que dió naturaleza.

Tales son ciertamente los cñicas
Donde entra Diego Ruiz de Vallejo,
A la fama y olor de tierras ricas,
Con ánimo uas grande que aparejo;
Mas la riqueza fué flechas y picas,
En que se suelen ver como en espejo;
Sus soldados serian hasta treinta,
Pero personas todas de gran cuenta.

Porque por otras gentes y naciones
Andaban españoles repartidos,
Y en estas coyunturas y saciones
No pudieran ser mas apercebidos:
Son veinte de caballo, diez peones,
Entre los valerosos escogidos,
Y tales que en valor y en experiencia
Se conocia poca diferencia,

Pues que podian bien probar la maño
En el mayor rigor y donde quiera:
Van Lúis de Narvaez y Antillano,
No por parte menor de la bandera,
Barrios, Diego de Ortega, Trujillano,
Peralvarez y Vasco de Mosquera;
Va Joan de Salamanca, va Miranda,
Fernando de Madrid, no lanza blanda.

Sus claros resplandores éstendia
Apolo ya por el octavo sino,
Quando la valerosa compañía
En concierto se puso y en camino:
Apercebidos van de buena guía
Los soldados del campo peregrino,
Y con la pretension de sus provechos
Al valle de Carache van derechos.

Donde todos sus llanos y collados
Ocupaba crecida muchedumbre;
Los indios se mostraron alterados,
Viendo lo que no tienen de costumbre:
Viene para romper determinados,
Representando grande pesadumbre,
Porque les parecia ser insolencia
Osar llegar allí sin su licencia.

Vallejo, con las lenguas que llevaba,
Antes que la contienda comenzasen,
Con amorosa paz los convidaba,
Rogando siempre que se reportasen;
Pero por mucho que los ablandaba
Fué poca parte para que dejasen
De mostrar claramente por los hechos
La furia que traian en los pechos,

Remitiendo las paces á las manos,
Armadas de durisimos arpones;
Y así los caballeros castellanos
Rompen por los espesos escuadrones:
Van traspasando hierros inhumanos
Humanos y mortales corazones,
Aquellos van picando y estos huellan,
Unos encierran y otros atropellan.

Vuélvese aca y allá la dura rienda,
No sin grave dolor y duro llanto;
Enciéndose mortifera contienda;
La grita y el ruido suena tanto,
Que no hablan palabra que se entienda;
Nació del alboroto gran espanto,
Pues al indio difícil se hacia
Lo que por cosa fácil presumia.

Juzgando luego por el apariencia
Ser los pocos de muy poco momento;
Pero vista la grande resistencia
Y en daño suyo caso tan sangriento,
Determinaron de hacer ausencia
Para volver con otro fundamento:
Dos caballos lirió contraria mano,
Mas el restante todo quedó sano.

Como varones diestros en la guerra
Todos ellos se dieron buenas mañas;
Mas Diego de Vallejo desencierra
De su brazo grandisimas hazañas,
Por atemorizar toda la tierra
Do pensaba plantar nuevas cabañas;
Y así todas las gentes del terreno
Tuvieron por entonces algun freno.

La rota de Carache y el estruendo
Va con la muchedumbre de pregones
Por Boconó y Aborrenzais corriendo,
Valles de generosas poblaciones;
Los nuestros ansimismo van siguiendo
El fin de sus primeras intenciones,
Por reducir á paz la gente armada,
Y así con Boconó fué celebrada.

La cual á nuestras gentes peregrinas
Hizo guardar Vallejo muy de veras;
Allí les presentaron mantellinas
O mantas de algodón algo groseras,
Y allí también se descubrieron niñas
De lo de Venezuela las primeras;
Mas oro no les dieron en presente,
Por no haber en uso desta gente.

Mas traian noticia desde Coro,
Aunque eran muchas leguas de distancia,
Que *cay* allí queria decir oro,
Y que dello tienen abundancia;
Pero los indios tenían por tesoro
Otra cosa de menos importancia,
A que llamaban *cay*, y es el guitero,
Cuentas que tratan ellos por dinero.

Cónchas ó huesos son como las partas;
Y así cuando Vallejo les pedia
El *cay*, que pocas gentes hace hartas,
El indio con quien habla le traia
De cuentas de guitero grandes sartas,
Por la mas alta cosa que tenia;
Alguno tan menudo, que se mira
Como la minutisima chaquirá.

Esta muestra les dió poco contento,
Segun la gran noticia que traían;
Mas ocurrióles á su pensamiento
Riquísima noticia que tenían
De un universal ofrecimiento,
Donde diversas gentes acudían,
Y parecíales ser necesario
El descubrir aqueste santuario.

Icaque se decía, y era diosa
Que de bulto tenían retractada
En casa de tres naves espaciosas,
De grandes y menores frecuentada;
Hacíasele fiesta generosa
(A tiempos y por días) señalada,
Donde sacrificaban gentes vivas,
O de sus naturales ó captivas.

El sacerdote destes ministerios
Entonces era Toy, gran hechicero,
El cual interpretaba los misterios
Y sucesos del tiempo venidero,
Así de honras como vituperios:
Como mas principal del falso clero
Aqueste procuraron los cristianos
Haber por todas vías á las manos.

Para que sus intentos ejecute,
Procuraron traer á su sentencia
Un indio principal, dicho Combute,
Que con Carache tiene competencia;
Aqueste, sin temor que se le impute
El tracto destas cosas á demencia,
De buena voluntad sirvió de guía
A la ciudad que Escugue se decía.

Las casas de grandeza tan pujante,
Tantas y por tal orden y concierto,
Que no se vido cosa semejante
En quanto por allí se ha descubierto:
Los indios les mostraron buen semblante,
Sin muestra de guerrero desconcierto;
Y allí tuvo Combute tal cuidado,
Que luego vino Toy á su llamado.

El Vallejo le dijo: «Caro padre,
Sabed, pues vos estáis en su servicio,
Icaque la gran diosa ser mi madre,
De quien recibo grande beneficio;
E yo querría, porque mas os cuadre,
En su muestra hacerle sacrificio:
Por tanto, pues aquí ninguno osa,
Vos me llevad á ver tan grande diosa.»

El dicho sacerdote, con recelo
De robos ó quizá de ver que yerra,
Esciama: «No holleis el santo suelo,
Mirá que os tragará luego la tierra,
Sin que quede de vos un solo pelo,
Y temblarán los llanos y la sierra:
Dadme lo que quereis dejar por prenda
Para que haga yo la tal ofrenda.

» Sacerdote só yo de quien se fie
Lo que puede tocar á tal cuidado.»
Mas respondieronle que no porfie,
Pues su devanear es escusado;
Ficalmente hicieron que los guie
Por fuerza harto mas que por su grado:
La gente que hallaron es inmensa,
En armas puesta para su defensa.

Y como viesan ya la guaca cierta,
Sin recelar sucesos venideros,
Arrojóse Vallejo por la puerta
Y tras él diez ó doce compañeros;
Los otros estuvieron muy alerta,
A fin de resistir á los flecheros;
Los indios estuvieron en espera,
Creuyendo que la tierra los sorberia.

El esperar aquesto los aplaca;
Y el maese de campo y sus soldados,
Después que se metieron por la guaca,
Hombres humanos ven sacrificados,
Tantos ídolos, tanta de petaca,
Que todos se quedaron admirados,
Pensando la riqueza ser tamaña
Como la de Pirú y de Nueva-España.

Descubren de los ídolos los senos,
Hechos de hilo, no sin sutileza,
Donde suelen meter los dones buenos;
Pero no remediaron su pobreza,
Porque todos los mas estaban llenos
De lo que allí tenían por riqueza;
De manera que fué la fiesta toda
Guitero, cuentas verdes y haroda.

Las petacas están llenas de huesos,
Piedras de ijada, medicinal sajo;
El oro fueron menos de cien pesos,
Chaguales de guaní, que es oro bajo:
Vistos pues desta guaca los escesos,
Vallejo con su gente se retrajo,
Y del rescate dicho que tenía
Tomaba cada cual lo que quería.

Después de concluidos los rigores
Del templo do llegó cristiana lanza,
Revolvieron á ver los moradores
De Escugue, no sin mala confianza,
Pero disimulando los temores
Que nacían de ver tanta pujanza;
Y así hallaron todas estas gentes
De su primera vista diferentes.

Bien que caricias hartas sin provecho
Y aplauso juntamente no faltaba;
Mas era diferente lo del pecho
Del ademán que fuera se mostraba,
Para poder efectuar el hecho
Que en daño de los nuestros redundaba;
Pues no porque se callan los dolores
Se hacen tolerables ni menores.

Antes la pena con silencio muestra
El modo de vengarse corazones,
Y suele ser destrisima maestra
En fraudes, en cautelas y traiciones,
Y á la mas torpe gente hace diestra
En el ejecutar sus intenciones;
Pero de la blandura contrahecha
Agora se tomó mala sospecha.

Y así también el Diego de Vallejo,
So color de no selles importuno,
Sacó su gente del asiento viejo
A lugar mas abierto y oportuno,
Porque supiesen que de su consejo
Tampoco se hallaba muy ayuno:
Asentó media legua de distancia
Velándose con toda vigilancia.

Como vió que tercera luz había
Pasado sin llegar inconveniente,
Perálvarez con cierta compañía,
Que fueron las dos partes desta gente,
Con orden que volviesen otro día
Fué para descubrir aquella frente;
Y fué faltar en esta coyuntura
Amenaza de grande desventura.

Pues con el nubló que la vista cierra
De nocturnos vapores impediada,
Contra diez se juntó toda la tierra,
Multitud por allí jamás oida,
Con todos instrumentos para guerra
Mas que bastantemente proveída;
Y con ser el ejército crecido
Jamás se pudo percibir rúido.

El mismo capitán anda velando,
Juntamente con el Diego de Ortega,
Y en aquella sazón y tiempo, cuando
La multitud de indios se congrega;
Al Vallejo le están importunando
Que pues ya huye la tiniebla ciega
Quisiese dar por breves intervalos
A los cansados ojos sus regalos.

El cual, como cansado se sentía
Y convencido de tan justo ruego,
Viendo venir también la luz del día,
Bajóse por tomar algún sosiego;
Y así la dicha vela se confia
Del Ortega que fué rondando luego;
Y el caballo, segun sus mañas viejas,
Enhestó muchas veces las orejas.

Adonde las orejas mas inclina
El caballo con vista vigilante,
El Ortega sus pasos encamina
Para ver lo que tiene por delante;
Y luego claramente determina
Ser gente del lugar poco distante;
Aprieta las espuelas de improviso
Para dar no sin veces el aviso.

El maese de campo y los soldados
De sueños descuidados muy ajenos,
En el instante salen bien armados,
Las lanzas en las manos y los frenos:
Que los caballos tienen ensillados
Durante las tinieblas y serenos;
Y por ser el negocio de repente,
El Vallejo les dijo brevemente:

«Señores, ya la cosa va rompida:
Cumplamos con aquello que debemos,
Porque demás de defender la vida
En la desproporcion destes extremos,
Honra de tantos años adquirida
Nada vale si agora la perdemos;
Y si aquella traeis á la memoria
Certísima hareis esta victoria.

» Si veis lo que venicistes con el asta,
Con enfermedad, hambre, pesadumbre,
Y lo que tan cruel y baja casta
Cuando le pican tiene de costumbre,
No digo yo los diez, mas uno basta
Para tan increíble muchedumbre,
Y mas, bendito Dios, estando sanos
Y los caballos gordos y lozanos.

» Diestros estamos bien en el oficio
Pues el menor se halla mas entero;
Ninguno de nosotros es novicio
Ni suele recelar encuentro fiero:
Solo quiero decir que en el bullicio
Cada cual mire por su compañero,
Y en el cambiar y menear la lanza
Ninguno tenga loca confianza.

» Vea por el lugar por donde fuere
Aquello que le puede ser embargo;
La lanza no repose de hiriere,
Sino con el picar pasar de largo;
Y si la mano del gandul asiere,
Que suele con mortífero letargo,
Apretalda debajo del sobaco,
Y pasad sin hacer el curso llano,

» Porque desta manera se suhyeta
La fuerza mas feroz y mas crecida;
Cualquiera de nosotros acometa
Con peso, con razon y con medida,
Porque por un descuido no se meta
Donde halle dudosa la salida,
Pues en negocio de tan gran momento
Requíerese tener conocimiento.»

No se le dió lugar á mas razones,
Porque ya los venian rodeando
Soberbios y feroces escuadrones
Que cielo y tierra van amenazando:
Tiemblan los mas quietos corazones,
Cuanto mas los que estaban esperando,
Viendo por estos campos y lugares
Para cada varon cuatro millares.

El clarísimo rostro del aurora
A los mortales era ya patente,
Y la febea luz en esta hora
Manifestaba su dorada frente,
Cuando con voz y grita mal sonora
Vieron el gran tumulto de la gente:
Son tantos para tan breve conquista
Que no los puede comprender la vista.

No tantas hojas selva montüosa
Tiende por su compás en el verano,
No tantas olas mar tempestüosa
Levanta con la fuerza del solano,
Cuantos vienen con mano poderosa
Contra tan breve número cristiano;
No tantas yerbas hay en las zavianas,
Cuantas flechas y dardos y macanas.

Occupaban los llanos y las abras
De las cumbres por do vienen saltando,
Como monteses y lascivas cabras
De riscos asperisimos bajando:
No se puede pintar bien con palabras
La gran ferocidad que van mostrando
El brioso furor, la torba cara,
El meneo del arco y de la jara.

Cada cual con mil rayas y pinturas
Pechos, brazos y rostros adereza,
Haciéndoles mas fieras las figuras
Mano de la mujer ó la combleza;
De plumas largas son las coberturas
Con que todos adornan la cabeza,
Que con el movimiento y aire blando
Van por robustos hombros ondeando.

Carache muestra grandes alborotos,
Escugue representa su pujanza,
La gran ferocidad de los timotos
Amenazando va cristiana lanza:
A Icaque todos ellos hacen votos
De no volver sin áspera venganza;
Ameruza venia diligente,
Y Boconó llegó por consiguiente.

Aquestos se hallaron mas cercanos,
Mas todos ellos ya cercanos eran;
Húndense las alturas y los llanos
Con voces que declaran «¡mueran, mueran!»
Apréstanse las arinas y las manos
De los que vienen y de los que esperan;
Vuelan agudos dardos, vuelan flechas
Que contra los cristianos van derechas.

Muchas escuadras hay de picas gruesas,
Negras como carbon, palo rollizo;
Las bondas echan piedras tan espesas
Como nubadas grandes de granizo;
Y para cumplimiento de promesas,
Alguna de las muchas daño hizo,
Pues las que fueron bien examinadas
Abollan morriones y celadas.

Las cuerdas de los arcos dan crujidos
Tantos y con tal furia los escesos,
Que semejaban á los estallidos
Cuando se queman montes muy espesos;
Y á no tener los brazos guarnecidos,
Les cortarán las carnes y aun los huesos
Las cuerdas, pero dan en parte hueca
Con que va reparada la muñeca.

Los diez de la cristifera bandera,
Insignes y fortisimos atletas,
Tenian los caballos de manera
Que por arremeter hacen corvetas;
Y así sin recelar esta carrera
Procuran apretar lanzas jinetas;
Parten para hacer cruel estrago,
Diciendo: «¡Santiago! Santiago!»

Pensamiento no hay ni semejanza
De querer escaparse con huida,
En Dios solo poniendo y en su lanza
La salud y remedio de su vida;
Crece la crudelísima matanza;
No para ni reposa la herida,
Porque la lanza de menor provecho
Traspasa muslo, vientre, brazo, pecho.

Gran multitud de sangre va corriendo
Que despide hervor de tanta vena;
Este queda mortal, aquel gimiendo,
Otros dan vuelcos por aquel arena;
El suelo con las tripas van barriendo
Otros, cuya fatiga los refrena;
Embisten todavia los cristianos
A los que se mostraban mas lozanos.

Vuelan flechas y dardos, vuelan troncos
Sobre los que les hacen el injuria,
Y los brazos no son mancos ni broncos,
Ni de crüeles tiros hay penuria;
De dar gritos y voces están roncicos,
Aumentase el dolor, crece la furia;
Por consiguiente nuestros caballeros
Mucho mas ensangrientan sus aceros.

Con sus caballos bien encubertados
De faldas, ancas, pechos y testera,
Rompen los escuadrones ordenados
Para desordenalles la hilera;
Y aunque de todas partes son picados,
Cubiertas hacen que ninguno muera;
Y el Diego de Vallejo mas brioso
Rompió por escuadron mas peligroso.

De los que lo tenían rodeado
Era tan numerosa la pujanza,
Que el caballo cayó de muy cansado;
Terrible piedra le quebró la lanza;
El caballero suelto y alentado
Luego se levantó para venganza,
Y á la crúel espada puso mano
No con menos valor que de romano.

Dentro lo tiene viva talanquera
Que lo fatiga sin le dar reposo;
Mas él muslos y brazos y mollera
Cercena con su brazo vigoroso;
Acude luego Vasco de Mosquera
A librallo del trance riguroso,
Juntamente con él Diego de Ortega,
Y Luis de Narvaez luego llega.

Allí cobra gran fuerza la batalla
Y enciende mas furor el Marte fiero;
Allí la gente que no viste malla
Ya no recela puntas del acero;
Mas á pesar de toda la canalla
Sacaron el caballo y caballero;
El caballo huyó por el egido,
Y él fué luego con otro socorrido.

Los unos toman el caballo vago,
Otros al escuadron vuelven la frente
Con voz y con favor de ¡Santiago!
Admirados los indios grandemente
De ver la gran matanza y el estrago
Por tan pequeño número de gente;
El Vallejo cebando mas la lanza
Salió de su consejo y ordenanza.

Al tiempo que se daba mayor priesa,
Procura gran tumulto rodeallo;
Descarga dardo, flecha, piedra gruesa,
Con esperanza cierta de matallo;
Andaba la macana tan espesa
Que le cayó también aquel caballo;
El causado rocin de sí desecha
Aprovechándose de su derecha.

Los golpes da segun Aristomenes
Cuando lacedemones mata y hiende,
Rodeadas de jáculos las sienes
De que celada lina lo defiende;
Mas acudióle luego Joan Jimenez,
Que sus atrevimientos reprehende,
Y en el mismo momento le fué dado
Otro caballo ya mas descansado.

En este tiempo de sucesos varios,
Cinco varones de la gente blanca
Tanta priesa les dan á los contrarios,
Que por aquel cuartel vuelven el auca:
Eran Madrid y Damian de Barrios,
Y el valeroso Joan de Salamanca,
Con Antillano y Pedro de Miranda,
Ya victoriosos por aquella banda.

Por estotro cuartel no se dormian
El Vallejo, Narvaez y Mosquera,
Ortega y Joan Jimenez, que herian
Con tan grande valor la gente fiera,
Que de los grandes brios que traian
Diminuyendo van en gran manera;
Y cuanto mas van ellos aflojando,
Tanto mas los aprieta nuestro bando.

Quando mostraba ya febea cara
Ser de su curso la mitad notoria,
El sanguinoso campo desampara
La gente que pensaba ganar gloria,
Y por los españoles se declara
La miraculosísima victoria:
Que tal nombre podemos dalle cierto,
Pues que ninguno de ellos quedó muerto.

Siguen á los que buscan sus abrigos
Ya de temor, sin béticos pertrechos;
Prendieron señalados enemigos,
Resfriada la furia de sus pechos;
Hiciéronse después ciertos castigos,
Aunque debieran ya bastar los hechos;
Y agora por tomar algun sosiego
Para sus ranchos se volvieron luego.

Traian los caballos mal heridos,
Con ir todos muy bien encubertados;
Quitáronse las armas y vestidos
Aquellos que se sienten lastimados;
Halláronse los cuerpos denegridos
De los terribles golpes y pesados;
Mas ni con golpe grande ni herida
Caballo ni español perdió la vida.

Porque demás de ser diestro su Marte
En cualquiera beligerá presura,
No deja de tener en esta parte
El Diego de Vallejo gran ventura;
Pues fué para quien sigue su estandarte
Muy pocas veces necesaria cura:
Es lo presente tan bastante prueba
Que se puede contar por cosa nueva.

Estando pues los diez mas vigilantes
Con atalayas fuera del asiento,
Perálvarez llegó con los restantes,
De que se recibió grande contento:
Venian todos ellos ignorantes
De tan prodigioso rompimiento;
Porque de la gran fuerza de sus diestras
Los montones de muertos daban muestras.

Entretuviéronse por algun dia
En estas populosas vecindades;
Mas viendo que el Orion les decia
Venir sus pluviosas tempestades,
Y la mano del Tauro descubria
Las hermanas Virgillias ó Pleyades,
Volverse pareció mas conveniente
Para tornar allí con mas posible.

Pasadas del invierno las refriegas
Y vueltos los calores del verano,
Volviéron el Vallejo y el Villegas
Con posibilidad de mayor mano:
Subyectaron las cumbres y las vegas,
Pero no se pobló pueblo cristiano;
Mas en los rios y otras partes ciertas
Dejaron minas de oro descubiertas.

Volviéronse al Tocuyo, do creian
Traelles ya remedio de su pena,
Pues la necesidad que padecian
No podia llegar á ser mas llena;
Pero también de lo que pretendian
Llegó la compañía muy ajena;
Y así por ser pesada su querella
Buscan remedio para salir della.

Para dar orden á lo que refiero,
Su gran necesidad sirvió de guia,
Y fué de su remedio lo primero
Darse todos á buena granjeria,
Para poder sacar algun dinero
De cosas que la tierra producía;
E ya tenian en aquellos años
De ganados allí buenos rebaños.

Determinaron pues de hacer saca
A tierras de longisima distancia,
Viendo que cabra, oveja, yegua, vaca,
Seria de grandísima ganancia,
Si por los llanos, acia Guayamaca
Cortando por aquella circunstantia
Se pudiese hallar algun entrada
A este nuevo reino de Granada.

Luego Vallejo, como bien cursado,
Con soldados que trajo de buen tino,
Y no pequeña copia de ganado,
Procuró descubrir aquel camino;
Y fué tan venturoso y acertado
Que con gran brevedad al reino vino:
Vendieron principal y multiplicos,
Y á sus moradas se volvieron ricos.

Y aunque les pareció vender barato
Segun suele quien usa mercancía,
Algunos perseveran en el trato
Y enriquecen con esta granjería;
Y desde entonces se estampó contrato
De que gozamos todos este día,
Y dura y durará la compra y venta
Que por aquel camino se frecuenta.

De manera, señor, que del regalo
Que puede dar un territorio bueno,
A los regaladísimo igualo
Los hombres que poblaron aquel seno;
Y el no hacello antes fué lo malo:
Réstame pues decir deste terreno
Los lugares poblados de presente,
En un canto final y concluyente.

CANTO CUARTO.

Donde se dicen los pueblos que hasta hoy conocemos fundados por los españoles en la provincia de Venezuela, con lo cual se da fin á lo de aquella gobernación.

Buenos principios de conquista lleva,
Y así serán los medios principales,
Si el capitán que halla tierra nueva
Asienta pueblos con sus oficiales,
Y no se desbarata ni se ceba
En solo destruir los naturales;
Porque sin duda es este remanso
Camino de riquezas y descanso.

Y así los pueblos en aquel partido,
Por las contractaciones ser continas,
Grandemente se han ennoblecido
Con riquezas y gentes peregrinas;
Y con los tales tractos han venido
A sustentar esclavos en sus minas
De oro, porque no se halla plata,
Y su principio fué Buhurúata,

El pueblo de la costa de Oceano,
Y tal el oro de su nacimiento,
Que por ensaye consta que su grano
Tiene de los quilates hechimiento:
Perálvarez, caudillo baquiano,
Fué fundador primero del asiento,
Año de tres quinientos y cincuenta,
Segun el uso de cristiana cuenta.

Y el de cincuenta y dos mas adelante
Vió Damián de Barrios los Noaras,
Y allí muestra de oro tan bastante,
Que convino plantar sagradas aras
En el rio Buria circunstante,
Que tú, nueva Segovia, desamparas,
Pues por ser á dolencias subyeto
Se pasaron á Barraquicimeto.

Donde faltaron las enfermedades
Porque el asiento dél era mas sano,
Mas no faltaron las calamidades
Que ya dejamos dichas del tirano;
También esclavos destas vecindades
Antes se levantaron á su mano,
Haciendo por los pueblos algun daño
Por estar descuidados del engaño.

Ciento y cincuenta negros son de guerra,
Gente feroz, bien puesta y arriscada,
Y en aspera quebrada de la sierra
Hicieron una fuerte palizada:
Pusieron en temor toda la tierra
Por ser la nuestra poca y apartada,
Y cada cual guardaba sus asientos
Esperando los negros por momentos.

Porque juraron rey solemnemente,
Puestos en el lugar que les aplico:
Aqueste fué Miguel, negro valiente,
Criollo de San Joan de Puerto-Rico;
Y el rey negro nombró lugar-teniente
Creyendo ya valerle por su pico;
Finalmente, solteros y casados
Estaban todos atemorizados.

Mas al levantamiento se dió cura,
Tal cual la suele dar lanza y espada,
Por se hallar en esta coyuntura
Gente del nuevo reino de Granada;
Y llegar á tal tiempo fué ventura,
Segun iba la cosa mal parada:
Pero Rodriguez fué de Salamanca
Con gente para guerra nada manca.

Y Cabrera de Sosa, varón dino
De selle la fortuna favorable,
La cual si se moviese por camino
A sus merecimientos razonable,
Ternia tan causado peregrino
Un precio de valor inestimable;
Mas unos hacen honoros hechos
En Judias, y otros llevan los provechos.

Estos con otras gentes de sustancia
Habian ido por comprar ganado
Para poblar el campo y el estancia,
Del reino que tenían conquistado;
Pues como fuere hecho de importancia
Subyectar el esclavo rebelado,
Determinaron una y otra gente
De deshacer aquel inconveniente.

Treinta fueron de gente bien cursada
En desmallar las torigatas redes,
En animo y valor tan estremada
Que pueden del vivir hacer mercedes;
El valeroso Diego de Losada,
Y allí Diego Garcia de Paredes,
Valiente y esforzado caballero
Y de paternias fuerzas heredero.

Por la gran aspereza del camino
Todos iban á pie como romeros;
Sirvenlos alpagates de rocino
A los que son mas diestros caballeros;
Bajan con el recato que convino
Por asperisimos despeñaderos;
Mas antes de podelles ver la frente
Adelantóse Diego de la Fuente.

Negro de quien en la primera parte
Conté con gran verdad grandes bazañas,
Pues en cualquier bandera y estandarte
Acostumbró hacer cosas estrañas;
Y agora sin favor de ajeno Marte
Ansimismo se dió tan buenas mañas,
Que trajo para guía del cercado
Un poderoso negro maniatado.

Maravillóse nuestra compañía
De ver tan á su salvo tan buen hecho,
Porque segun lo que se pretendia,
Fué para lo demás de gran provecho:
El negro preso pues sirvió de guia
Para llevar camino mas derecho,
Hasta que ya tomaron la ribera
Que de viciosas arboledas era.

Vieron aquellas playas blanqueando
Con lienzos que tenían estendidos,
Y cantidad de negras que lavando
Estaban sus cauisas y vestidos;
Por algunos que están atalayando
No pudieron dejar de ser sentidos,
Y así dicen los que la vela tienen:
«¡Arma, arma, que los barbudos vienen!»

Aquesta grita y alboroto dura
Sin momento dejar intermitente;
Tragos son de dolor y de amargura
Viéndose saltados de repente:
El español feroz luego procura
De rodear el golpe de la gente,
Porque negros que andaban divertidos
A su palenque fueron recogidos.

En un ancon fuera de la quebrada
Tenían bien compuesta su manida:
Por la parte de tierra palizada
Para se defender fortalecida;
Por el arroyo va Peña tajada
Que por ninguna parte da subida,
Y el cercado tenían con dos puertas,
Mas entrambas á dos están abiertas

Sosa y Diego García van delante,
Ocupando primero la primera;
Pasó Pedro Rodríguez mas avante
Tomando la que cae mas afuera;
Luego la demás gente litigante
Acude donde mas menester era,
Todos de sus escudos bien cubiertos
Porque contrarios tiros vienen ciertos.

A causa de que bárbaros guerreros
Estaban por de dentro y allí junto,
Vieron al rey Miguel de los primeros,
Miguel que de leon es un trasunto:
Requeriante nuestros caballeros
Después que ya llegaron á tal punto:
«Date, date, Miguel, de buena suerte,
Si no quieres morir de mala muerte.»

El negro, «¡dar! oh qué! les respondia:
Es pensar eso necedad notoria;
Antes os digo ser aqueste dia
Un dichoso principio de mi gloria.
Use de semejante cobardía
Quien no tiene por cierta la victoria:
Yo no, yo no, que tengo buenas manos
Para derramar sangre de cristianos.

»Aquesas cotas y celadas finas
Desharán almocafres, que provechos
Acostumbraban dar labrando minas;
Mas ya quieren labrar humanos pechos
Y romper las entrañas humanas
Enastados, agudos y derechos.»
Luego con uno dellos hizo tiro
Con fortaleza de sabino siro.

Y aun con aquel furor y de tal arte
Que tiro de sulfúrea candela,
Pues que le traspasó de parte á parte
Al buen Pero Rodríguez la rodela;
Reparan al entrar del baluarte,
Y cada cual del golpe se recela,
Porque luego con increíble ira
Y con las mismas fuerzas otro tira.

Y en un madero de los del cercado
Entró la dura punta del cuchillo,
No menos en el palo soterrado
Que si fuera con golpes de martillo,
Tanto que brazo muy aventajado
Fué poca parte para desasillo;
Ordénanse los otros en su plaza,
Y cada uno dellos desembraza.

Comiézase la belicosa fiesta
Que no piensa de sangre ser avara;
Arma Diego de Escorcha la ballesta
Que por blanco tomaba negra cara;
En la cureña rasa tiene puesta
Con acerado hierro diestra jara:
Apunta como diestro ballestero
Para hacer su tiro mas certero.

Aunque tiene delante mucha gente,
Procura desarnar en el caudillo:
La puntería fué tan excelente
Que no le lastimó por el tobillo,
Antes fué tal el golpe de la frente
Que traspasó también el colodrillo:
La vista de Miguel quedó perdidada,
Quedando perdidoso de la vida.

Faltando la malilla deste juego,
Se jugaron después muy pocas manos,
Porque por las dos puertas entran luego
Con gran brio y valor nuestros hispanos:
Muchos negros de sí hacen entrego,
Otros mueren allí como romanos;
Finalmente, gozaron del trofeo
Los nuestros, y partieron el rancheo.

Regocijados de tan buen efeto
Con los negros que vivos recogieron
Se volvieron á Barraquicimeto
Y á su nueva Segovia, do salieron;
Cuyos vecinos libres del aprieto
Con gran solemnidad los recibieron,
Teniendo por negocio del momento
El deshacer aquel encantamento.

Sucedidas aquestas cosas varias,
Vino de buenas intenciones lleno
Por su gobernador Alonso Arias
De Villasiuda, licenciado bueno.
Las cosas de su tiempo son sumarias,
Por ser de novedades muy ajeno:
Murió, segun la cuenta verdadera,
Por los cincuenta y siete de la era.

Quedaron por alcaldes dos ancianos
En el Tocuyo, ciudad primera,
El noble Joan Martín de Castellanos,
Y el generoso Vasco de Mosquera:
Estos por no tener ociosas manos
Determinaron que saliese fuera
A poblar los Cuicas compañía,
Y por su capitán Diego García.

El cual luego tomó gente de guerra,
Cuyo valor allí no fué sencillo;
Recibiólo de paz toda la tierra,
Y pobló pueblo que llamó Trujillo:
Sustentaban la paz llanos y sierra
Obedeciendo todos al caudillo;
Pero después por malos tractamientos
Mudaron estos indios los intentos.

Tornáronse soberbios y lozanos,
Sin tener reverencia ni respeto;
Finalmente vinieron á las manos,
Y desto se siguió tan mal efeto,
Que consumieron diez y seis cristianos
Y ponen los demás en gran aprieto,
Los cuales viendo tal inconveniente
Envían al Tocuyo por mas gente.

Al tiempo questa gente ya llegaba
Con despachos y cartas de creencia,
Gutierre de la Peña gobernaba
Por provision de la real audiencia,
El cual, segun las fuerzas alcanzaba,
Apercibió con suma diligencia
A cierta gente bien aderezada,
Y fué con ella Diego de Losada.

Apaciguó la tierra circunstante,
Cuya ferocidad andaba suelta,
Pero mirando bien que la restante
En no dar subyeccion está resuelta,
Para traer ejército bastante
Determinaron todos dar la vuelta,
Pareciéndoles ser intentos locos
Querer domar á muchos siendo pocos.

Después mandó Gutierre de la Peña
A Francisco Rüz, el cual porfia
En subyeclar la gente zahareña,
Aunque con brevecilla compañía:
En Escugue reforma su reseña,
Y el pueblo que pobló Diego García
Con nombre que le dió siendo caudillo,
Por ser el uno y otro de Trujillo.

Estando pues Rüz desta manera
Sin deslizarse del primer estado,
Después de tres quinientos de la era
El de cincuenta y nueve comenzado,
Vino gobernador de do se espera,
Y aqueste se llamó Pablo Collado;
El Paredes volvió luego á su cargo
De los Cuicas con poder mas largo.

Diego García, con la pesadumbre
De que gente guerrera no carece,
Hizo venir á paz y servidumbre
Al que de mas defensa se guarnece,
Volviendo su furor en mansedumbre;
El cual dicho Trujillo permanece
Con grande multitud de naturales,
Y tiene granjerías principales.

Al fin el español ya se averigua
Con ellos, con tener mayor potencia
Que en sus principios tuvo Hacarigua.
Hay poblada también nueva Valencia
En términos del lago Tacarigua,
Tierra fértil en hechos y apariencia,
Y en cuyos rios hay dorados granos
Que sacan con esclavos los cristianos.

El año de sesenta ya presente,
Sin que el gobernador se lo permita,
Un Francisco Fajardo diligente,
Mestizo de la isla Margarita,
En los indios caracas metió gente
Que la guerra difícil facilita:
Era hijo de generoso padre,
Y reina de la isla fué su madre.

Doña Isabel la India se decía,
Señora principal, mujer bastante,
A quien grande respecto le tenía
Toda la tierra firme circunstante;
Y por la madre que con él venía
Los indios no mostraron mal semblante:
Fundó su pueblo, dicho San Francisco,
Para traellos á mejor aprisco.

Conociendo ser cosa conveniente
Conservar al mestizo ya nombrado,
Determinó nombrallo por teniente
Este gobernador Pablo Collado;
Al cual después por invidiosa gente
Le quitó su poder y cargo dado,
Y el que con el poder nuevo venía
Joan Rodríguez Suarez se decía.

El cual en valentía satisfizo
A cuanto puede ser en ser humano,
Mas no sé qué negocios allí hizo
Por do Collado no le dió mas mano,
Volviendo sus poderes al mestizo:
Aguirre vino luego, mal tirano,
Y tan perverso, que peor ninguno;
Y esto fué año de sesenta y uno.

Sabiendo Joan Rodríguez su venida,
Para mostrar sus hechos señalados
Hizo de los caracas su partida
Con seis escogidísimos soldados:
Fin dieron todos ellos á su vida
Por multitud de indios alterados;
Mas con venganza tal y de tal arte
Cuanto vistes en la primera parte.

Los indios victoriosos con la muerte
Del fuerte capitán por ellos muerto,
Dieron en el Fajardo de tal suerte
Que le cumplió desamparar el puerto;
A Cumaná Fajardo se convierte,
Bonde el alcalde Cobo, mal esperto
En cosas de justicia, mal la hizo
Y por términos malos del mestizo.

La madre pareció por su presencia
A pedir el agravio recibido
Delante los señores de la audiencia,
Donde fué su negocio bien reñido:
Vióse la causa, dióse la sentencia,
Cada cual defendiendo su partido;
Mas la India no pleiteó de balde,
Pues hizo que ahorcasen al alcalde.

En tiempo de la dicha competencia,
Vino Bernaldez Tuerto, licenciado,
Por mandado de la real audiencia
Por ciertas quejas que hubo de Collado:
Tomóle rigurosa residencia,
Y en efecto, sin culpas ó culpado
Collado del collado fué bajando
Quedándose Bernaldez gobernando.

Por no tener Bernaldez horas vacas
Ni se mostrar gobernador sencillo,
Gente hizo volver á los caracas
Y á Lúis de Narvaez por caudillo;
Las fuerzas que halló no fueron flacas,
Aunque las tuvo buenas su cuchillo;
Mas, de sesenta hombres desta gente,
Vivos salieron cuatro solamente.

Muerto Narvaez con tan grande daño,
A gobernar aquella tierra vino
Don Pedro Ponce de Leon, el año
Ya de sesenta y seis: varon que dino
Era de gobernar mayor rebaño,
Y así pasó muy bien aquel camino;
Luego como llegó puso la frente
En subyectar aquella brava gente.

Para hacer mejor la tal jornada,
Puso, por ser persona conocida,
Los ojos en el Diego de Losada,
Al cual antes que haga su partida
La comision que pide le fué dada,
Y tal que fué su boca la medida,
Con deseo de ver duros castigos
En tan desvergonzados enemigos.

Porque después de ser Narvaez muerto,
En esta crueldad perseverando
Mataron otros muchos en el puerto
De gente que pasaron navegando:
Usando destas mañas y conciertos,
Que cuando vian ir emparejando
Navios por sus playas y ribera,
Enarbolaban una gran bandera.

En ese mismo punto los fieles,
Pensando gente ser de buena laya,
Mandaban echar fuera los bateles
Y llegaban con ellos á la playa:
Indios medio ladinos y crúeles
La gente persuaden á que vaya
A ver los españoles sus hermanos,
Cuyos pueblos decían ser cercanos.

Con aquesta mentira bien compuesta
Engañaban la gente bautizada,
Haciéndoles allí tan grande fiesta
Como si fuera paz muy asentada:
Echaba de sí luego la floresta
Terrible muchedumbre bien armada,
Ejecutando mil diversidades
De martirios con grandes crueldades.

Con la maña y astucia que refiero
Y de sinceridad gran apariencia,
Mataron á Joan Sanchez, caballero,
Clérigo mal seguro de conciencia,
El cual fué provisor de nuestro clero,
Y allí se le tomó la residencia;
Otros quince mataron juntamente
Que venian con este delincuente.

Estos mismos cogieron en sus redes
Con las mismas caricias y halago
Al buen Diego Garcia de Paredes,
Aquel de quien atrás memoria hago,
Viniendo de Castilla con mercedes
Que trajo del gobierno de Cartago;
Pues sabida la muerte del tirano
Le hizo la merced rey soberano.

Tan gran error, en un tan buen soldado,
A todos nos causó gran maravilla,
Sabiendo bien Narvaez ser entrado
Al tiempo qué se fué para Castilla
A fin de castigar al rebelado,
Y ser aquella gente no sencilla;
Mas él pensó que lo tenía llano,
Y ser verdad haber pueblo cristiano.

Y fué demasiada la ceguera,
Pues debiera tener por cosa clara
Que si cristiana poblacion oviera
De gente conocida, no faltara
Quien paseara bien esta frontera;
Y aun fuerale mejor que la dejara
E ir donde llevaba la demanda
Sin ver á Catalina de Miranda.

Al fin él se mostró poco discreto
En se meter allí sin certidumbre,
Metiendo muchos otros en aprieto
De muerte, con inmensa pesadumbre,
Y con las crueldades que en efeto
Estos bestiales tienen de costumbre;
Y pues él dió ya fin á su jornada,
Volvamos á decir la de Losada.

Por Terepaima guía su camino,
No menos industrioso que valiente,
Adonde deste bárbaro vecino
Era la mayor fuerza de la gente:
Embisten con el campo peregrino,
Mas el Losada fué tan diligente
Que con pesar de toda la ralea
El alto de la foma señorea.

Para hacer al indio mas confuso,
 Donde mas pueblos hay allí se queda ;
 Fundó ciudad, segun el comun uso ,
 En parte rasa ; limpia de arboleda ,
 Y Santiago de Leon le puso ;
 Otro en la mar llamó Caravalleda :
 Son fértiles asentios y elegantes ,
 Y cuatro leguas estarán distantes.

Al bárbaro feroz nada le plugo
 De ver la poblacion de los cristianos ;
 Mas Losada les hizo que den jugo
 Sacando de sus minas ricos granos ;
 Y tienen por mejor sufrir el yugo
 Que venir con los nuestros á las manos :
 Finalmente , la gente castellana
 Aquella tierra toda tiene llana.

Están en el servir muy adelante ,
 Y es de su natural aquella gente
 En sus dispusiciones elegante ,
 Gallarda , limpia , suelta , diligente ;
 La tierra rica , fértil , abundante ,
 Y para la salud muy excelente :
 Están pues los dos pueblos hoy enteros ,
 Y serán para siempre duraderos.

La máquina del mundo que se mueve
 Por orden del etéreo movimiento
 Contaba por la cuenta que se debe
 Al cómputo del santo nacimiento
 Ya de sus años los sesenta y nueve ,
 De mas y allende del quinceño ciento,
 Cuando se desasíó don Pedro Ponce ,
 Para vivir con Dios, del mortal gouce.

Pidió luego Losada su gobierno
 A Grajeda que entonces presidia ;
 Mas pudo mas en él el amor tierno
 Que'l mérito de quien se lo pedia :
 Y así lo proveyeron á su yerno,
 Que Francisco de Chaves se decia ;
 Después del proveimiento del audiencia
 A Losada le dió cierta dolencia.

Volvió de la España sin el mando ,
 Y de su calentura con recelo ,
 Llegó á Burbuata , y en llegando
 Allí murió con harto desconsuelo ,
 Perdon de sus pecados demandando
 Al sumo Hacedor de tierra y cielo :
 Hombre guerrero fué , cuyos valores
 Se pueden igualar con los mejores.

Tracté mucho con este caballero ,
 Y á grandes hechos suyos me ví junto :
 En las elegias del libro primero
 Hice mencion y lo dejé difunto ,
 Y fué por estar yo no tan entero
 Que me pensase ver en este punto ;
 Y como Dios me dió mas larga vida ,
 Quise dar esta cuenta mas cumplida.

Después de aquestos fortunosos juegos ,
 Gobernó Chaves , año de setenta ;
 El año mismo vino Mazariegos ,
 Y gobernó seis años , á mi cuenta :
 Gobiernos claros fueron, y no ciegos ,
 Segun su buena fama representa ;
 Y entonces ya gustosos deste cebo ,
 El Maracaibo se pobló de nuevo.

Un Pacheco, que fué varon notable ,
 Fundó ciudad de gente castellana
 En parte bien dispuesta y agradable
 Y al dicho Maracaibo muy cercana ;
 Mas esta poblacion no fué durable ,
 Aunque siempre duró la buena gana ;
 Pero como halló gran resistencia
 Convino del lugar hacer ausencia.

Salió pues del compás de Venezuela ,
 Y fué con breve copia de cristianos
 A hablar en el Cabó de la Vela
 Al mariscal Miguel de Castellanos ,
 Para con su favor y su tutela
 Volver luego las armas á las manos ;
 Mas como la gananceta fallecia ,
 No concluyó con él lo que queria.

Volvióse dónde estaha Mazariego ,
 Ya de su poblacion desconfiado ,
 El cual gobernador mediante ruego
 Hizo volver á Pedro Maldonado ,
 Que con valor insigne pobló luego
 El pueblo por Pacheco despoblado :
 Por nombre se le dió Nueva Zamora
 Con el cual permanece hasta agora.

El lago corre con sus bergantines ,
 Combatiendo con indicas canoas
 Que traian guerreros tan insines
 Que no suelen volver siempre las proas :
 Vista dieron á pueblos que confines
 Están fundados sobre barbacoa ,
 Donde se defendieron como diestros
 Y no sin algun daño de los nuestros.

Dejaron aquel bárbaro flechero
 Sin poder subyectar su baluarte ,
 Y corrieron el lago por entero
 Descubriendo por una y otra parte ,
 Hasta llegar á su desaguardero ,
 Donde la isla Tova lo reparte
 En dos bocas , la una tal que tiene
 Una legua de ancho por do viene.

La otra hace desta diferencia
 En no tener tan ampliados senos ;
 La isla tiene de circunferencia
 Hasta seis leguas , poco mas ó menos ;
 Los moradores hacen resistencia
 Defendiendo sus casas como buenos :
 Toda paz amigable se desecha ,
 En agua confiando y en la flecha.

Para poder domar aquestas gentes ,
 Habian de hacer larga demora ;
 Y así por les faltar los adherentes ,
 Determinan dejallas por agora ,
 Por socorrer á cosas convinientes
 A la perpetuidad de su Zamora ,
 Que tal nombre le dieron en entrego
 Porque era de Zamora Mazariego.

En aquesta sazón y coyuntura ,
 Siendo setenta y siete de la era ,
 Pagando los tributos de natura ,
 Dió Mazariego fin á su carrera :
 Fué hombre de grandísima estatura
 Y en virtudes su vida muy entera .
 Don Joan Pimentel vino , y al presente
 Modera las provincias y la gente.

Varon cuyo valor y cuya vida
 Es un debujo de virtud tan lleno ,
 Que nos parece ser regla y medida
 De cuanto tiene título de bueno :
 Santa modestia , nunca divertida
 A nota que denote ser sin freno ;
 Y así va ya (su discrecion mediante)
 Esta gobernacion mas adelante.

Los pueblos visitó por su presencia ,
 Venciendo de rigor cualquier embargo ,
 Tomando de jüeces residencia :
 A Maldonado priva de su cargo
 Por pronunciar una crúel sentencia ,
 Y ejecutalla muy á paso largo
 En Tejada, soldado lusitano
 A quien mató por caso bien liviano.

Este, privado como delincuente
 De la manera que se representa ,
 El don Joan Pimentel, como prudente ,
 Por conocer daria buena cuenta ,
 A Joan Guillén nombró por su teniente ,
 Que hasta hoy aquel pueblo sustenta ,
 No sin copia de muertos y heridos ,
 Por ser los naturales atrevidos.

Tienen en pelear esfuerzo raro ,
 Sin les faltar ardid y buenos brios ,
 En el agua que toman por amparo ,
 Y en ella cantidad de sus navios ;
 Pues como mas arriba me declaro
 Dentro tienen sus casas ó bubios ,
 Do hacen á pié quedo buenos lances ,
 Y no menos si van en los alcances

Porque desta manera dieron cabo,
 Con número de gente bien crecido,
 De Cristóbal de Rivas, que yo alabo
 Por ser soldado diestro y escogido;
 Salió también con harto menoscabo
 El Pedro Maldonado mal herido,
 Queriendo castigar aquel rebato,
 De donde se escapó solo un mulato.

Entre los muchos pueblos de gentiles
 Quel Maracaibo tiene congregados,
 Hay unos á quien llaman los aliles,
 Indios feroces y desvergonzados:
 En ensayos de guerra son sutiles,
 Y en el acometer determinados;
 Estos tenían muy poco respeto
 Al capitán Guillén, y en gran aprieto.

Y así, con otras muchas gentes fieras,
 Viendo la poca gente de Zamora,
 Habían concertádose de veras
 Sobre venir á una misma hora:
 El Joan Guillén velaba sus riberas
 Cercanas á la parte donde mora,
 Con temor grande, por aviso cierto,
 De ver presto contrarios en su puerto.

Al tiempo que Guillén está temiendo
 Tan impetuosísima carrera,
 Los años del Señor iban corriendo
 Por los ochenta y uno de la era;
 Y un Francisco de Cázares, viniendo
 De España por ver bien esta frontera
 Y la gobernacion estar á una,
 Quiso meterse por el alaguna.

Pues como en otra parte se recita,
 Cázares ha poblado por un canto
 El valle que llamamos de la Grita,
 Y á la ciudad del Espíritu Santo;
 Y siendo la distancia bien descrita,
 Son sobre quince leguas otro tanto,
 Y adonde si por Cucuta navega
 A su gobernacion muy presto llega.

Tiene pues, este lago rodeado,
 Distante poblacion por esta via,
 El Cabo de la Vela por un lado,
 El valle de Upar mas al mediodia,
 Ocaña, pueblo mas encaramado,
 Y Mérida, que poco se desvia;
 La Grita y á Trujillo referimos,
 Hasta volver á Coro, do partimos.

También del alaguna está cercana
 La ciudad que llamamos de Pamplona,
 Todos pueblos de gente castellana,
 Do predomina la real corona,
 Y el natural se da de buena gana
 Con sus tributos y por su persona:
 Entró Cázares pues, y con desino
 De dar á su gobernacion camiuo.

Dos navios metió con gentes raras
 Y número menor que convenible,
 Y en las bocas topó con los toparas,
 Nacion feroz y gente de posible,
 Que en caucos y número de jaras
 Arrojaban siempre cantidad terrible;
 Mas pasó con su gente vencedora
 Hasta llegar al puerto de Zamora.

Regocijaronse por maravilla,
 Teniendo por grandísima ventura
 Llegar allí navios de Castilla
 En tal necesidad y coyuntura;
 Y así los recibieron en la villa
 No con pocos aplausos de holgura:
 Reposaron la noche, y otro día
 El Joan Guillén habló por esta via:

« Señor gobernador, haber venido
 Vuestra merced al pueblo de Zamora,
 Téngolo por milagro conocido,
 Y quíerole llamar dichosa hora:
 De mal á bien será restituído,
 Y causa seréis vos de su mejora,
 Librándolo del mal inconveniente
 Que lo mal amenaza de presente.

» Porque no solamente se barrunta,
 Mas amigos avisan por muy cierto,
 Como los indios todos hacen junta
 Contra los que tenemos este puerto;
 Vida dareis á la ciudad difunta,
 Y resucitared un pueblo muerto,
 Si vos me socorriésedes con gente
 Para dar en la junta de repente.

» Por poder castigar el maleficio
 Y atrevimiento desta gente perra,
 Que solamente tienen por oficio
 El uso y ejercicio de la guerra;
 A Dios y al rey hareis grande servicio
 Y perpetuaredis aquesta tierra:
 Un solo barco quiero de los vuestros
 Y dos docenas de soldados diestros.

» Con el aviamiento del vecino
 Iré de buenas esperanzas lleno,
 Y confiado del favor divino
 Que tengo de hacer un lance bueno,
 Con dalles un asalto repentino
 Para terror comun deste terreno:
 Vuestra merced, señor, aquí se quede,
 Y aqueste bien me haga, pues que puede.»

Cázares respondió con buen semblante
 A la demanda deste caballero,
 Diciendo: « Para cosa semejante,
 Lo que quereis, señor, es lo que quiero;
 Pero creed que tengo de ir delante
 Y en los peligros he de ser primero:
 Veá vuestra merced lo que mas resta,
 Porque mi gente yo la tenga presta.»

Tomó dos bergantines al momento,
 Y de buenos soldados hasta treinta,
 Personas todos ellos de momento,
 Y de quien él hacia mucha cuenta:
 Joan Lopez Orejon, que es su sarjento,
 Por capitán del uno se presenta;
 En el otro va él con buen pertrecho
 Y cuanto brio pide fuerte pecho.

Por Joan Guillén, con no menos aceros,
 La lista de los suyos se comienza;
 Mas por ser poca copia de guerreros
 No podia tejerse larga trenza,
 Pues solos lleva quince compañeros,
 Soldados de valor y de vergüenza,
 En otro bergantina; y hacen via
 Cuando la noche ya los encubria.

De los aliles llevan la demanda,
 Que son los que ponian el espanto:
 No curan de llevar la boga blanda
 Entre tanto que dura negro manto,
 Buscando cierto rio que á la banda
 De Santa Marta nace, por do tanto
 Habian de correr hasta pouserse
 Donde los indios han de recogerse.

Después que ya hallaron el entrada,
 Caminan por el orden que se debe,
 Por agua tan quieta y sosegada
 Que parece que cuasi no se mueve:
 Compónese muy bien la pavesada;
 Fumoso tiro manda que se cebe:
 Corren pues adelante por la ria
 Hasta que ya pasó de medio día.

A todos pareció generalmente
 Dar en ellos al cuarto matutino;
 Mas el gobernador no lo consiente,
 Pareciéndote grande desatino,
 A causa de poder aquella gente
 Ser avisada por algun camino;
 Y así sin esperar razon ni ruego
 El solo quiso dar en ellos luego.

Los otros barcos van con él á una
 En su parecer, viéndolo precito,
 Y así fiándose de su fortuna,
 Yendo dispuestos todos al confito,
 Dieron en un compás como laguna
 De tres leguas ó mas de circuito,
 Dentro de la cual vieron en entrando
 Gran número de casas blanqueando.

Compuestas sobre fuertes talanqueras,
Que hacen mas difícil su conquista;
Las paredes guaruidas con esteras,
Que causaban de lejos bella vista;
Y no tan sin defensa las fronteras,
Que gran fuerza de gente no resista;
Y antes del dicho pueblo grande trecho
Los rodea palenque muy bien hecho.

Porque para hacer casa redonda
Y de madera gruesa cualquier trama,
Desde sus barcas en el agua fonda,
Agudo tronco limpio de su rama
Muchas vueltas le dan á la redonda,
Hasta que va lo ligan en la lama,
Con la profundidad que se desea,
Y aun es aquella lama como brea.

Demás de aquesta pegajosa greda,
Hay fuera lagunazos de bitume,
Do quien entra yo fio que no pueda
Sacar presto su pié si se le sume,
Pues cualquier animal allí se queda
Hasta que ya por tiempo se consume;
Finalmente, fieles é infieles
Suelen brear con ello sus bateles.

Yendo Cazares pues desta manera,
Las armas y los tiros muy á pique,
Vieron enarbolár una bandera
Encima de la casa del cacique;
Y para que saliesen todos fuera,
De cuernos y fultos hay repique;
Los nuestros junto de la palizada
Por todas partes buscan el entrada.

El bárbaro feroz anda lijero,
Y los tres bergantines divertidos,
Buscando cada cual un entradero
De palos apartados ó rompidos;
El Cazares al fin entró primero
Por unos troncos que halló podridos;
Mandó llamar el resto del armada
Y todos entran en el estacada.

Decían indios ya medio ladinos:
«Gran contento me dan estos cristianos,
Pues que sin que trabajemos en caminos,
Ellos mismos se vienen á las manos.
Piensan los miserables peregrinos
Que tienen de volver salvos y sanos:
Espera pues un poco, gente pobre,
Y vereis si batimos bien el cobre.»

A este tiempo por el alaguna
Venía de canoas muchedumbre,
En orden puestas como media luna,
Regidas con muy poca pesadumbre;
Grita por todas partes inoportuna,
Segun los indios tienen de costumbre:
A ellos se va Cazares llegando,
A todos los soldados animando.

Diciendo: «No temais el estampida
Ni el impetu presente que se mueve,
Que presto los pornemos en huida,
Como cada cual haga lo que debe;
Y muy á poco riesgo de la vida
Hareis que lo peor el indio lleve.»
Y así con tiro de sulfuro fuego,
La proa de su harco toma luego.

Los de su bergantín bogan avante
Por llegar al lugar que se pretende:
Inmensidad de flechas por delante
Efecto del propósito defiende;
Mas bala de arcabuz pasa volante,
Lleva lo que la vista comprende,
Aunque al soltar el arcabuceria
El bárbaro con agua se cubría.

Y el que se zambullió sin ser herido,
Pudieras sobre el agua vello presto,
Con arco y flecha bien apercebido
Y en su canoa luego muy embiesto;
Mas pecho que de bala fué rompido
Nunca se vía mas mostrar el gesto,
Dándole por entonces sepultura
El centro de las aguas y fondura.

Los nuestros no creían hacer metla,
Segun la muchedumbre de las barcas;
Pero los indios no se ven sin ella,
Traspassados los pechos y las arcas,
Y aquí y allí patente la querella,
Viendo las aguas rojas y no zarcas;
Y todavía la naval batalla
Hace bien sus efectos do se halla.

Y así canoas hay que proas viran
Con grandísimo daño de su gente,
Queriendo por los muchos que suspiran
Del espalda robusta hacer frente;
Finalmente los indios se retiran
Sin quedar deltos ánima viviente,
Metiéndose por bocas y canales
Entre crecidos juncos y eneales:

El Cazares seguía la canalla,
Y todos los demás con fuerte brio,
Por no les suceder en la batalla
Herida, sinsabor ó desavío;
Entraron en el pueblo que se halla
De grandes y de chicos ya vacío:
Todas las casas dél van abrasando,
La casa del cacique reservando.

Pasan allí la noche, y otro día
Amigos indios van por agua y tierra,
Llamando la huida compañía
Y convidandola con paz ó guerra,
Que el sol por termino se les daría,
Desde que sale hasta que se cierra:
No vienen, y cumplidos estos trechos
A la isla de Tova van derechos.

Donde dieron de noche con obscuro,
Privando de la vida por sus manos
Al señor de la isla, varón duro,
Consumidor de vidas de cristianos,
Dandoles en prision guerrero juro
A sus hijos, mujer y á sus hermanos;
Y hechos estos lances venturosos,
A Zamora volvieron victoriosos.

Donde de los vecinos hecha junta,
A Cazares le dan mil bendiciones,
El cual á todos ellos les pregunta
Si quieren allanar mas trompezones:
Responden que ninguno se barrunta
Que manifieste malas intenciones,
Porque los castigados y subyotos
Traían á los otros inquietos.

Hechas pues estas sanguinosas treguas
No menos que por punta de cuchillo,
Cazares con caballos y con yeguas
Luego se fué la vuelta de Trujillo,
Distante de Zamora treinta leguas,
Do todos procuraron de servillo;
Luego con el consorcio fraterno
Se paró donde tiene su gobierno.

Ansimismo mi musa por agora,
De los pasados gastos poco franca,
Se pasa muy de paso por Carora,
Poblada ya por Joan de Salamanca,
Varón digno de lira mas sonora,
Y no para tocalla mano manea;
Pues subyectó los fuertes giraharas,
Gente feroz, robusta, de dos caras.

Y con aquesto tengo concluido
Todo lo sustancial de Venezuela,
En cuya narracion he consumido
Noches en cantidad y alguna vela;
En todos los discursos muy asido
A la verdad, sin mezcla de novela,
Como dirán amigos y enemigos,
Pues hay vivos aun muchos testigos.

Que no me culparán porque yo abone
Lo que merece que todos abonen,
Y que estilo grandilocco pregone
Grandezas dignas de que se pregonen;
A los difuntos ya Dios los perdone,
Y á los vivos suplico me perdonen
Si por pasarse de la memoria
No hace mención deltos el historía.

RELACION

de las cosas del Cabo de la Vela, y de los primeros pobladores dél, de la gran riqueza de perlas que allí se halla, con otras particularidades dignas de saberse :

EN UN SOLO CANTO.

Por tal orden habemos caminado
En la trama y urdiembre desta tela,
Que ya, bendito Dios, hemos tornado
A la costa del Cabo de la Vela;
Donde para cumplir lo profesado
Hay bastante razon que me compela,
Como quien sabe bien aquel camino
Y ha sido mucho tiempo su vecino.

Puntas y promontorios señalados
Se meten en la mar desta frontera,
Altura de la cual son doce grados,
Segun cuenta de gente marinera;
Vense los montes altos y nevados
Que Santa Marta tiene por cimera;
Y el hermano mayor de los Colonos
Fué quien primero vido sus ancones.

Al tiempo que venian navegando
Y de la tierra con algun desvío,
Vieron aqueste cabo blanqueando
Que parecia vela de navío;
Después que ya se fueron allegando
Al desengaño dél y su bajo,
El Cabo de la Vela se le puso
Por la similitud en aquel uso.

Es costa de cardones y de espinas,
Estéril y de secos arenales;
Gentes que por allí le son vecinas
En extremo son malas y bestiales,
A los cuales llamamos las cocinas
De quien hemos ya dicho grandes males;
Hay copia de conejos y venados,
E ya gran muchedumbre de ganados.

Porque la tierra dentro, buenos ratos,
Hay campos estendidos, grandes llanos,
Do muchos tienen hoy muy grandes hatos,
Mayormente Miguel de Castellanos,
A quien de ricos tractos y contratos
La fortuna le dió llenas las manos;
Faltan ya para él indios de guerra,
Y no le sirven mal los de la tierra.

Hicieron pues aqui sus vecindades
Gente que de Cubagua procedia,
Compelidos de las necesidades
Causadas por faltar la granjeria
De perlas, de que grandes cantidades
Un tiempo por aquella mar habia,
Y acá se prometian copia harta
Por noticia de los de Santa Marta.

Es Diego de Paredes buen testigo,
Soldado del primer descubrimiento,
A quien conozco yo por gran amigo
Y en Tunja tiene buen repartimiento;
El cual yendo á hacer cierto castigo
En los indios cocinas que ya cuento,
Vió de sargas de perlas buena trama,
Y desde entonces se tendió la fama.

Mas porque ciegameamente no se nueva
De Cubagua la dicha granjeria,
Pero Ruíz de Tapia gente lleva
Y hizo cata donde se decia:
Halló tan buena muestra, que la nueva
No pareció ser vana ni baldia;
Y así la nueva Cáliz y sus hijos
Hicieron muy solemnes regocijos.

Crece placer y nacen nuevos bríos
Con las nuevas que dan descubridores;
Apréstanse canoas y navíos
Y gran suma de indios pescadores,
Con todos los pertrechos y atavíos
Necesarios á nuevos pobladores;
Y al olor de riquísimos hostiales
Salieron muchas casas principales.

La del mariscal Diego, caballero,
La del jurado Joan de la Barrera,
Potentes en haciendas y en dinero,
Con otros muchos que en aquella era
En tractos de caudal sano y entero
Corrian prosperisima carrera,
Tanto que los criados fueron amos
De muchos hombres nobles que callamos.

Y la del tesorero Castellanos,
Ansimismo Bartolome Carreño,
De quien el alabanza de mis manos
Y el mas alto toor será pequeño;
Pedro y Diego de Almonte, dos hermanos,
Ya poseidos del eterno sueño;
Alonso la Barrera, Alonso Diaz,
De gran valor en estas compañías.

Un Alvaro Beltrán, varon muy dino
Del mas alto lugar en alabanza,
Diego Nuñez Beltrán, su buen sobrino,
De quien se hizo grande confianza,
Cuyas familias en aquel camino
Eran de crecidisima pujanza;
Un Martin Lopez, un Pedro de Cales,
Entrambos capitanes principales.

Con treinta y ocho años tres quinientos
Corrian ya de la cristiana lumbre,
Cuando de los preciosos ornamentos
Tuvieron en Cubagua certidumbre,
Y cuando muy alegres y contentos
En busca dellos va gran muchedumbre,
Con armas y pertrechos necesarios
Para se defender de los contrarios.

Estiéndense las velas á los vientos
Y el acuoso camino se despacha;
Llevólos donde lleva sus intentos
La que las menos veces es sin tacha;
Saltan en tierra, hacen sus asientos
Entre el Cabo y el rio de la Hacha;
A caballo y á pié gente de guerra
Se velan de los indios de la tierra.

Gran pueblo se trazó luego á la hora,
Partidos por buen orden los solares,
El nombre del cual fué Nuestra Señora
De los Remedios, por los que estos mares
Dieron, por ella ser intercesora,
A la gran devocion destos lugares,
Donde se descubrió tan gran riqueza
Que no puede medirse su grandeza.

Nombran alcaldes hombres de gran cuenta,
Segun el orden que antes se tenia,
Por tener en las partes do se asienta
Jurisdiccion por sí la granjeria,
Y es de gobernador libre y exenta
Estando (donde quier que se desvia)
Subyectos al audiencia del distrito,
Con diez leguas ó mas de circuíto,

Segun consta por cédulas reales.
Con otras eminencias que no junto.
Tiene también por sí sus oficiales,
A cuyo cargo es el real quinto;
No cuento lo que dan estos hostiales,
Por ser inestricable laberinto;
Mas aquel tracto suele comunmente
Enriquecer gran número de gente.

Hallaba pues la índica cuadrilla
Muy pobladas de conchas las arenas,
Pues para proveer la redcilla
Cualquier placel les dá las manos llenas,
Perla comun, aljófár, cadenilla
De todas suertes y otras piezas buenas;
Hinchén las arcas, crecen los contentos,
Y con el gran caudal los pensamientos.

Luego la fama da pregones gratos,
Certificándolos con evidencia;
Auméntanse los tractos y contratos;
Acude de navíos gran frecuencia;
Hay regocijos y apacibles ratos,
Gran amistad, amor, benevolencia;
Fueron en general estos vecinos
Refugio de los pobres peregrinos.

Allí siempre halló favor y ayuda
Cualquiera que llegó necesitado :
La pobre, la doncella, la viuda
Tuvo doté y honor y buen estado
Con tal munificencia, que sin duda
Nadie salió de allí desconsolado ;
Y el peregrino que buscó posada
Nunca jamás halló puerta cerrada.

Con voluntad à todos entrañable,
Caritativa, generosa, franca,
Dulce conversacion, grata y afable,
En todo buen aviso nada manca,
Cada cual un aspecto venerable,
Con tal autoridad de barba blanca,
Que parecian estos pobladores
Consorcio de romanos senadores.

Mas no tentados de mundanos fastos,
Pues el de mas soltura fué subyeto
A términos honestos, limpios, castos,
Segun pide la vida del discreto ;
Todos tenian escesivos gastos,
Porque todo venia de acarreto,
Y aun hasta el agua les costaba cara,
Por ser la tierra della muy avara.

Pues de jaqueyes de do se traía,
Eso me da en invierno que en verano,
No con pequeño riesgo se cogía,
Y siempre con las armas en la mano,
A causa de que bien la defendía
El indio lleno de furor insano :
Hartas veces volvió gente herida,
Y aun algun español perdió la vida.

Y así, cuando venian al aguada
Los indios ó los negros arrieros,
Para los defender del emboscada
Y asalto de los bárbaros flecheros,
La gente de caballo bien armada
Descubría las matas y senderos,
Asegurándolos desta contienda,
Hasta que ya hacían su hacienda.

Y adonde quiera que se descubría
Hostial que prometía mas ganancia,
Asentaban de nuevo ranchería
Algunas veces larga la distancia
Del pueblo principal que se tenía,
Guardándose con toda vigilancia,
Hasta que ya cesaron estos daños
Por la continuacion de muchos años.

Y el de cuarenta y cuatro ya llegado,
Para mejor gobierno destas greyes
El César invictísimo, sagrado
Monarca de los principes y reyes,
Envio desde el otro potentado
A este nuevo mundo nuevas leyes,
Entre las cuales una prohibía
Estar indios en esta pesquería,

Por la gente que en ella perecía,
Y ser vida de grandes aflicciones,
En agua sumergidos en el día,
Las noches en cadenas y prisiones ;
Lo cual, como remedio requería,
Se cometieron las ejecuciones
A fray Martin, obispo desta gente,
Del reino y Santa Marta juntamente.

El cual, segun ya queda referido,
Llegó de su naufragio mal parado ;
Fué desta noble gente socorrido,
Y aun no sé si me diga cohechado,
Pues nada del negocio cometido
Quiso mudar de su primer estado :
Murmuraciones hubo no pequeñas,
Que dádvas al fin quebrantan peñas.

Y aun hubo destes indios que decimos
Quien al obispo dijo con querrela :
«Si mis padres, hermanos y mis primos,
Con dulce libertad guian su huella,
¿Nosotros qué delito cometimos
Para que carezcamos siempre della ?
Saber sacar aljófar infinito
Sin duda debe ser nuestro delito.

» Si por el rey está ya libertado
Cualquier indio de aquesta monarquía,
Los que tantas riquezas han sacado
Bien merecen la carta de alhorria.
¿Qué vendabal te dió que te ha mudado ?
¿Qué brisa trastrocó tu fantasia ?
Venias publicando buenas bulas,
¿Y agora que ves perlas disimulas ?

» Liberta los idólatras insanos
Quien tiene destas Indias los imperios,
Y nosotros que somos ya cristianos
Nos quedamos en estos captiverios.
Untáronte las palmas de las manos,
Porque no pueden ser otros misterios :
Coge de todos, date buenas mañas,
Que yo te digo que tu alma engañas.»

Esto dijeron indios balbuencies
Al obispo, no menos que en presencia,
O razones que son equivalentes,
Sin que mudemos dellas la sentencia ;
Pero ricos sobornos destas gentes
Su cordura volvieron en demencia,
Y así, sin mejorar los querellantes,
Se quedaron captivos como antes.

Después, pasados diez ó doce meses,
Llegaron à la costa cierto día
Navios bien armados de franceses
A fama de la rica pesquería :
Tenian mas pavores que paveses
Los de la castellana compañía,
Y así desamparaban las arenas
Dejándose las ricas tiendas llenas :

Huyendo los criados y los amos,
Por faltar de defensa los armeros ;
Y en esta confusion de que tractamos,
Se halló con la gente que decimos
El general del reino donde estamos
Y fundador de Tanja, do vivimos,
Que es Gonzalo Suárez, muy bastante
Para cualquier negocio semejante.

El cual mostró por hechos y por boca
Sagacidad y pecho de valiente,
Pues para su defensa los provoca,
Usando de caudillo diligente,
Supliendo faltas de la fuerza poca
Con una astucia harto conveniente,
Y fué hacer enarbolar bandera
Y recoger la gente cuanta era.

Y no fué tan baldío su trabajo
Con el ardid que luego contaremos,
Que no fuese de males gran atajo
En la desproporcion destes extremos ;
Pues hizo luego con el espantajo
A los franceses suspender los remos :
Juntó pues españoles desta gente
Setenta, y à caballo como veinte.

Con lanza cada cual y con adarga,
Y con los indios de la granjería,
La playa destes términos embarga,
Puestos en orden como convenia,
Con flechas, y otros una vara larga
Que desde lejos pica parecía ;
Y de indios y negros hecha cuenta
Eran mas de trescientos y cincuenta.

Detiene sus bateles el pirata
Viendo llena de gente la ribera,
Y así de tal manera se recata
Que le pareció bien mirar de fuera ;
Y desde su patax ó su fragata
Enarbó de paz una bandera :
A los indios el español escondes,
Y con la misma paz se le responde.

Cada cual de las partes dió rehenes ;
Hubo rescates sin poner estanco ;
Truecan cosarios los robados bienes
Por perlas aquellos llaman coral blanco ;
Y acabadas las ferias solenes
Quel español propuso con el franco,
Dan los cosarios velas à los vientos,
Quedando los de tierra muy contentos.

Pero como ya viesen descubiertos
Camino á canalla tan horrracha,
Para poder estar mas encubiertos
A buscar el remedio se despacha;
Y así luego poblaron otros puertos
Mas abajo del rio de la Hacha,
Do llaman la Barranca, campos buenos,
Del rio media legua y algo menos.

Donde sin centinelas ni reguardo
Por un poco de tiempo se reposa;
Por ya no parecer flecha ni dardo
De la gente crüel y belicosa;
Y en el mismo lugar pobló Luis Pardo
Un pueblo que llamó Villaviciosa,
Que fué por don Alonso Luis de Lugo,
Por ponelles encima cierto yugo.

Esto fué por el año señalado;
Mas ellos sin perder su señorío,
El de cuarenta y cinco denueñado,
El asiento mudaron mas al río,
O por ser puesto mas acomodado,
O por cumplir hacer este desvío,
Con el renombre de Nuestra Señora,
Con el cual permanece hasta agora.

Hay campo por allí muy estendido,
Ya poblado de vacas y de yeguas,
Cuyo compás se ve que mar ha sido
Por espacio de dos y aun de tres leguas,
E ya de tal manera retraído
Que tiene para siempre hechas treguas,
Dejando gran espacio descubierta
Desde donde residen, que es el puerto.

Y así por las cabañas y el aprisco
Do pastan los ganados destas gentes,
Se ven muchas horrruras, mucho cisco,
De mariuas menguantes y crecientes,
Y aquí y allí montones de marisco,
Con otras muestras claras y patentes,
Por do conocerá quien puede vello
Ser mar antiguamente todo ello.

Algo después las gentes peregrinas,
Viendo las perlas ya menoscabadas,
Determinaron ir á buscar miuas,
A las faldas de las sierras nevadas,
Por estar á sus playas muy vecinas,
Y de tiempos antiguos afamadas,
Y ser de oro número crecido
El que de sus continas ha salido.

Era Pero Fernandez, zapatero,
Por ser de Santa Marta mas antiguo,
La guía del aurífero venero,
Vendiéndose de vista por testigo:
Determinaron ir con el primero
A se certificar de lo que digo
Diego Nuñez Beltrán con gente diestra,
Y en efecto trajeron buena muestra.

Luego se despachó gente de guerra
Con armas de algodón y duro fardo:
Unos fueron por mar, otros por tierra,
Con debidos avisos y resguardo;
Los que por tierra van acia la sierra,
Por capitan llevaban á Luis Pardo,
Y del bagax que por la mar camina
Iba por capitan Blas de Medina.

Los de tierra se van por la marina,
Peon y caballero bien armado;
Vimos el gran compas de la salina
De Tapé proveida de pescado,
Que por su cantidad es cosa dina
Hacer della mención este tractado,
Pues es general pesca los veranos
De todos estos indios comarcanos.

Hinchese de la mar adonde toca,
Mediante los influjos y crecientes,
Y en el verano ciérrase la boca
Al tiempo que los soles son ardientes;
De sal se cuaja cantidad no poca,
Y allí dentro de castas diferentes
Infinidad de pejes ahogados,
Que sin mas los salar quedan sañados.

Acude turbamulta comunmente
O con su capitán ó con su jeque,
Cogen lo que mas encubreniente,
O ya para comer, ya para trueque,
Sacándole las tripas solamente,
Al sol lo tienden para que se seque:
Es de tan buen sabor, que lo mas malo
Se podría tener por buen regalo.

Prosiguiendo después nuestro camino,
E yo con mi caballo bien armado,
Al río se llegó de Palomino,
Donde cierto creí ser ahogado
Corriendo tras el bárbaro vecino,
Sin mirar lo seguro deste vado;
Y aun el río no ví haciendo esto
Hasta tanto que encima me ví puesto.

Y por amedrentar aquella gente,
Que para resistencia se despierta,
Entré sin mas mirar inconviniente,
Y do pensé hallar salida cierta
El rocín atascó hasta la frente,
Por ser la playa de un arena muerta:
Hurtéme del caballo por un lado,
Y salgo bien mojado y enlodado.

La lanza sin dejalla de la mano,
El espada también iba ceñida:
Los indios desamparan aquel llano,
Y todos se pusieron en huida.
Juro como católico cristiano,
Que viendo tan gran riesgo de mi vida,
Me ocurrió la muerte de aquel hombre
Por quien el río tiene puesto nombre.

Pues fué también en aquel mismo vado,
En el lugar y de la misma suerta,
Encima del caballo bien armado,
Y sin llevar recelo de la muerte:
Varon en Santa Marta celebrado
Por diestro, valeroso, suelto, fuerte;
Si vivo, diré del grandes bahañas
Que ciertamente son cosas estrañas.

El engaño pues visto del arena,
Tan grande y manifiesto detrimento,
Escarmentados en cabeza ajena,
Mas arriba mudaron el intento,
Donde hallaron una parte buena
Por do pasaron todos á contento;
Otro día pasamos adelante
Por Marona, que está poco distante.

Paso por todas partes mal abierto
Que con dificultad pueden pasallo,
Donde se despenó por mal concierto
Al capitan Luis Pardo su caballo,
Y no pareció mas vivo ni muerto
Ni fué cosa posible procurallo,
Porque hasta la mar á donde vino
Había nil estados de camino.

Después de ya romper camino ciego
Y fatigada ya cualquier persona,
A la playa del mar bajamos luego
Dejando las malezas de Marona:
Pasamos otro rio de Don Diego,
Que nace de los valles de Tairona,
Y pasamos también á la bajada
El paso de la peña horadada.

En confianza de otros alimentos
Allegamos al rio de Guachaca,
Pasamos y hecimos los asentos
En parte que se dice Buritaca,
Ancon mal amparado de los vientos,
Entrete rio y el de Mendiguaca;
Y el día que llegamos á los rios,
En el mismo llegaron los navios.

Y porque ya la noche se venia,
No se desembarcó nuestro rebaño
Ni pudo la cansada compañía
Satisfacer á su hambriento daño;
Mas esperábamos la luz del día
Para sacar el vientre de mal año,
Y fué desvanecido pensamiento
Por tempestad de lluvias y de viento.

Brama la mar y húndese la sierra
Con ímpetu lluvioso y nocivos,
Porque de sus cavernas desencierra
Los vientos que Eolo tiene captivos,
Tanto que los que estábamos en tierra
Nunca pensamos amanecer vivos:
Los de la mar con vida mas incierta,
Por tener los navios sin cubierta.

Pasa por cima dellos el olaje
Embistiendo los indios y cristianos;
Desnudan todos ellos el ropaje,
Y andan en jamurar listas las manos;
Alijan parte del malotaje
Para hacer los barcos mas livianos,
Y en medio de la dicha diligencia
Invocan la divina Providencia.

A una india que halló frontera
Golpe movido del profundo centro,
Del barco donde va la sacó fuera
Con un terribleísimo recuento;
Mas otro golpe vino de manera
Que con él se halló metida dentro,
Y entrestos furiosos enbarazos
Nunca soltó su hijo de los brazos.

Admiróse la gente castellana
No viendo de quien fuese socorrida;
Mas escapóla fuerza soberana,
Y á ella y á su hijo les dió vida,
Por ser una católica cristiana
Y en cosas de la fe bien instruída;
Y aun otros indios con exclamaciones
Edifican cristianos corazones.

Y así ni mas ni menos cierto día
En otro riguroso detrimento,
Un indezuelo y una india mta
Me movieron á tierno sentimiento,
Viéndolos invocar la Virgen pia
Ambos con un fervor vivo y atento:
Del peligro grandísimo que digo
Vivó tenemos hoy algun amigo.

Este es Domingo Félix, hoy vecino
En la noble ciudad de Cartagena,
Que como navegante peregrino
Participaba de la misma pena;
Y escapónos un indio muy ladino
De no dar al través en el arena:
Decíase Perico de Carmona,
Y esto fué cabe el paso de Marona.

El arraez determinó primero
Dar al través á do se represento,
Y el indio que nos fué buen compañero
Le dijo con desdén y por afrenta:
«Oh! Juan Beltrán! ¿y vos sois marinero?
¿Del barco quereis dar tan buena cuenta?
¿Y podreis escapar vos con la vida
En resaca de tumbo tan crecida?»

« En buena fe, teneis muy buena loa
Entre las alabanzas españolas.
Señores, si surgimos la canoa,
Yo pienso de libraros á mis solas
Con gobernar y componer la proa
Al ímpetu terrible de las olas,
Y desta hinchazon y detrimento
Saldremos en soplando cualquier viento. »

Porque la furia toda fué de calma,
Con olas tan inmensas y estendidas
Que ponian desmayos en el alma
Y en grandísimo riesgo nuestras vidas,
Dimos al indio pues aquella palma,
Mediante las razones referidas;
Surgimos, y la mar cuando venia
Los miserables cuerpos embestia.

Lloraba cada cual su desventura,
El rostro sin color y lacrimoso,
Por no bastar esfuerzo ni cordura
En alhoroto tan calamitoso,
Do tiene mas valor quien mas jamura,
Sin tomar un momento de reposo.
¿Oh cuántas veces dije *misere*
Con mayor turbacion que se requiere!

Ningun verso del saho concluía,
Y en la pronunciacion como beodo;
E una vez que ya lo proseguía
Segun mi parecer de mejor modo,
Cuando *asperges me Domine* decía,
Un gran golpe de mar me cubrió todo:
Cesó la boca de su movimiento
Quedando sin vigor y sin aliento.

No quedó menos todo nuestro bando,
Faltos ya de palabras y aun de señas,
Los cabellos y barbas destilando
Gotas amargas nada halagüeñas;
El barco demás desto va garrando
A dar en medio de las duras peñas:
Avivanse los gritos y clamores,
Y crecen los mortíferos tembores.

No quedando ya mas que la camisa,
Desconfiados de la carabela,
Como viesse ventar alguna brisa
Dije: «Leva reson, guinda la vela,
Que ya nuestro remedio se divisa,
Y la Virgen y Madre nos consuela.»
La vela se guindó lijaramente,
Y así salimos del inconveniente.

Cuando nos víamos en la presura
Diónos alivio grande ser de día;
A estotros por la noche ser obscura
Doblada confusion los aligia;
Y así por parecелles ser cordura
Del puerto cada uno se desvia,
Mil cosas alijando de la carga
Para poder salir á la mar larga.

Necesidad les daba priesa harta,
Aunque todos confusos y turbados,
Para que cada cual navio parta
A buscar puertos menos alterados:
Arribaron al fin á Santa Marta
Ellos y los navios mal parados,
Y aunque con el rigor que represento
Todos los llevó Dios en salvamento.

Después que ya llegó la luz del día,
Sin dejar de llover el turbio cielo,
Toda la fatigada compañía
De aquellos que hollábamos el suelo,
Viendo que ningun barco parecia
Quedamos con terrible desconuelo,
Creuyendo nuestras gentes españolas
Ser consumidas de las bravas olas.

Estando todos pues desta manera,
Los ojos en la mar asaz despiertos,
Fuémonos perlongando la ribera
Mirando bien las playas destes puertos,
Para ver si la mar echaba fuera
Madera, ropas ó los cuerpos muertos,
O ya reconocer señal alguna
Por do se conociese su fortuna.

Prosiguiendo la playa y el camino
Todos los mas á pié y á paso tardu,
En la resaca vimos un tocino
Que fastidio ninguno dió su lardo;
También una borracha de buen vino
Que vió Juan Pardo, hijo de Luis Pardo,
Bien atada la boca y ella llena
Al rebalaj del agua y del arena.

Los que llevábamos la delantera
Holgámonos de ver tan buen encuentro,
Y estando muy mojados por defuera
También nos remoíamos por de dentro;
Pero por ser allí gente guerrera,
Volvímos temerosos de recuento
Donde quedaba nuestra gente junta,
Que es donde la habia hace punta.

Y así como no viésemos señales
De muertos en aquellas confusiones,
Juzgámonos que los mayores males
Habian sido las alijazones,
Y estar, segun juicios principales,
Meídos en los mas bajos ancones;
Y hasta que hiciesen su venida
Determinamos de buscar comida.

Fuimos una docena de españoles
 Por aquel arcabuco mas cercano,
 Porque para subir á los peñoles
 Era bien necesaria mayor mano;
 Descubrimos ayuamas y frisoles,
 Razonable manjar, aunque liviano,
 Pero sin sal es cosa muy sandía,
 Y esta del mar hacerse no podia.

Bien que de agua salada se hiciera,
 Mas era menester haber navios,
 Por estar dulce toda la ribera
 De las crecientes grandes de los rios:
 En precio se tenia la salmuera
 De tasajos que no daban hastios,
 Y pareceros ha gran disparate
 Faltar la sal adonde la mar bate.

A lo menos faltaban las sequias,
 Pues podemos decir por cosa nota
 Que por tiempo de seis ó siete dias
 Ninguno de nosotros bebió gota,
 Y pienso quel manjar que se comia
 Hacia toda sed estar remota;
 Mas sé con todo esto que la urina
 A todas horas era muy continua.

A cabo ya del catorceno dia,
 Estando todos con congoja harta,
 Vinos de indios cierta compañía
 Que venia de acia Santa Marta,
 Que para dar aviso nos traia
 De los de las canoas una carta,
 Diciendo que tuviésemos por cierto
 Estar sanos y salvos en el puerto.

Mas sus vecinos, no sé por qué vian,
 Habian hecho cierto pedimento
 Al docto licenciado Miguel Diaz,
 Entonces morador en el asiento,
 Espresándole muchas demasias
 Si no nos perturbasen el intento;
 Mas por el pedimento ser injusto
 No nos dió pesadumbre ni disgusto.

La sobredicha nueva y el consejo
 A mí me lastimó mal el oido,
 Por me tener allá mi caudalejo
 Con inmensos trabajos adquirido:
 Y así visto de guias aparejo
 De los que con las cartas han venido,
 Determiné con ellos ir por tierra
 Estando la mayor parte de guerra.

Hecimos del ladron fiel amigo,
 Atravimiento de salud siniestro;
 Juan Pardo solamente fué conmigo,
 Soldado de la tierra harto diestro;
 Partimos con los indios que ya digo,
 Fiando de tan infido cabestro,
 Por ser de Bonda, malos y crüeles,
 Mas haciéndoles bien fueron fieles.

Prosiguiendo pues nuestro desatino,
 A causa de ser tierra rebelada,
 En un dia volamos el canino
 Que fueron quinze leguas de jornada,
 Con reparar en partes que con vino
 Resguardarnos de gente derramada;
 Pero temor hacia pies lijeros
 Por sierras y asperisimos oteros.

A Concha fuemos por hacer represa
 De lo que en Santa Marta sucedia,
 De cuya digresion nado nos pesa,
 Porque hallamos buena compañía
 De Francisco Rüz y Luis de Mesa,
 A quien yo de Cubagua conocia,
 Los cuales me dijeron al instante
 Ir ya vuestras canoas adelante.

Reposamos la noche, y otro dia
 Nos embarcamos para Buitaca
 En la canoa que Rüz traia,
 Yendo por puertos libres de resaca,
 Hasta tanto que yo hallé la mia
 En el ancon que dicen de Gairaca;
 Y luego con buen tiempo caminamos
 Hasta llegar al puerto que dejamos.

Con gran placer hollamos el arena,
 Libres, bendito Dios, de todos males,
 Por hallar ya la playa mas serena,
 Absentes furiosos vendavales;
 Mas á mi se me dió fraterna buena
 Por Tapia y otros hombres principales,
 La cual consideré con justo peso,
 Reconociendo bien mi poco seso.

Hecimos ranchos pues en la marina,
 Que muy poco compas desocupaba,
 A causa que la gente peregrina
 Otro lugar mas apto no hallaba,
 Porque la tierra por allí vecina
 De todas partes es montañia brava,
 Y no tenia para fundar casa
 Un solo patmo de zavana rasa.

Mas cerca de la playa donde digo,
 Como dos ó tres tiros de ballesta,
 Asiento fué de pueblo muy antiguo,
 Y entonces espesísima floresta:
 Para defensa pues del enemigo,
 Por ser aquella parte mas dispuesta,
 Cortamos grandes árboles sombríos,
 Y allí fundamos casas ó bulios.

Rompiéronse los montes y riberas
 Del rio de Guachaca circunstante,
 Tantas y tan espesas cañaveras
 Que no se vido cosa semejante,
 Donde se dieron buenas sementeras
 Por ser tierra viciosa y abundante;
 Mas daban pesadisimos desdenes
 Mosquitos rodadores y jejenes.

Llagadas las orejas y aun tobillos
 De todos los esclavos y sirvientes,
 Los rostros consumidos y amarillos,
 Pecosas las mejillas y las frentes,
 Aunque todos andaban con capillos
 Segun los que se ponen penitentes,
 Abiertos solamente por do vian,
 Y por allí también los afigian.

Luego vino de paz aquella gente
 Que por esta frontera residia,
 Y aunque nos recelamos de presente,
 Segun en tierra nueva convenia,
 Guardándoles la paz bastantemente
 En ellos hubo toda cortesía;
 Y rescatando sus mantenimientos
 Volvian satisfechos y contentos.

De miel era lo mas que se traia
 Pequeñas calabazas no bien llenas,
 A causa de quel barbaro tenia
 Una cierta manera de colmenas
 De dentro de la casa do vivia,
 Abejas grandes, mansas y tan buenas
 Que carecen de aquellos agujones
 Que lastiman y causan hinchazones.

En el árbol también hay abejera
 Con abejas de casta diferente,
 Y en el labrar diversa la manera
 De aquel panal de castellana gente;
 Mas son bolsas y cóncavos de cera
 Do la líquida miel está patente,
 Y en partes hay de miel tal abundancia
 Que no deja de ser buena ganancia.

Al menos en los llanos hallan tanta,
 Que sus vecinos no tienen deseos
 Del Himeto, que musa vieja canta,
 Ni del dulce licor de los hilleos;
 Y es porque por allí cualquiera planta
 Imita las que tienen los sabeos,
 Donde demás del singular incenso
 Este licor se dice ser inmenso.

Mas líquida miel es que de Castilla,
 Mas á mi parecer no tan perfeta,
 Pero medicinal á maravilla
 Segun por esperiencia se decreta:
 Cera nunca la vimos amarilla,
 Ni por acá se saca sino prieta;
 Miel se suele tornar aceda luego,
 Y aquesto se remedia con el fuego.

Esto deben causar las influencias
O cualidad de montes ó de breñas,
O de abejas las muchas diferencias,
Pues hay grandes, menores y pequeñas;
Hasta tener de moscas aparencias,
En árboles y cóncavos de peñas:
Acúleos no tienen, mas sin ellos,
Se pegan á las barbas y cabellos.

Y son tan importunas y tan prestas
En el acometer á todas cosas,
Que no dejan de ser algo molestas
Y en todo cuanto pueden enojosas:
También hay por los valles y florestas
Unas avispas grandes venenosas,
Cuya herida vemos ser durable
Y altera con dolor intolerable.

De las melíficas ninguna daña,
A lo menos con tanta pesadumbre:
Tienen gobierno como las de España,
Y poco diferentes en costumbre;
Todas ellas se dan muy buena maña
En el multiplicar su dulcedumbre:
Tienen sus capitanes ó sus reyes,
Sin violar el orden de sus leyes.

Conocen sus asientos ó cortijos,
Y si caminan lejos, los atajos;
Comunes las moradas y los hijos,
Comunes ansimismo los trabajos,
Los pastos, los placeres, regocijos,
Todos sus desenhados y gasajos:
En la solitud, en el meneo,
Es una voluntad y es un deseo.

Están subyectas todas á gobierno,
Y tal que no parece ser insano,
Pues para los sustentos del invierno
Trabajan en el tiempo del verano:
Unas recogen de la flor lo tierno;
Otras en el recibo tienen mano;
Eso me da de noche que de día,
Conservan amistad y compañía.

Entre tanto que van las unas fuera,
Las que quedan componen materiales,
Y hacen habitáculos de cera;
Otras sacan sus nuevos animales,
Otras reguardan la comun carrera,
Otras anuncian turbios temporales,
Y en barruntando tales avenidas
Se están dentro de casa recogidas.

Defienden sus trabajos y haciendas
Si las quieren robar sus adversarios;
Tienen también sus guerras y contiendas
Si se juntaron dos bandos contrarios;
Y el polvoroso viento pone riendas
En alborotos tan tumultuarios,
Do, según el coraje de su Marte,
Escepta pluvia, nadie fuera parte.

Escogen el lugar menos nocivo
Para vivir en orden y concierto.
;Válgame Cristo, hijo de Dios vivo,
Y con cuánto descuido me divierto,
Al sabor de la miel, en lo que escribo,
Por la que rescatamos en el puerto!
Quiero, quiero volver mi pluma flaca
Al pueblo do parlé, que es Buritaca.

Eramos todos pues de condiciones
Tan blandas con el bárbaro vecino,
Que hasta de los mas bajos ancones
El contrato teñíamos continuo,
Y sin hallar en él perturbaciones,
Se frecuentaba bien aquel camino,
Hasta que Ursúa revolvió la tierra,
Y con su daño la dejó de guerra.

Pues antes el cobarde y el valiente
Por los pueblos pasaba sin rodela,
Y desde Santa Marta yo sin gente,
Como quien el peligro no recela,
Con solo mi caballo y un sirviente
Fué y vine hasta el Cabo de la Vela:
Calderon de la Barca, que es amigo
Destos negocios, me será testigo.

El cual también anduvo la jornada
Hecha sin el recato necesario,
Y este riesgo corrió Juan de Cañada
A quien hoy tiene Tunja por vicario,
Cuya virtud de todos estimada
Elogio merecía no sumario;
Mas son las semejantes valentías
Cierto hervor de juveniles dias.

Otras temeridades peregrinas
Por parecer dudosas no decimos,
Y en parte no parecen ser indinas
De la tener en esto que escribimos:
Mas cumple ya labrar aquellas minas,
Que fué lo principal á que venimos,
Conmovidos de voz que no fué flaca
Para ver las corrientes de Guachaca.

En cuyo compás hay ciertas quebradas
Que de cercanos altos vienen llenas,
Y manifiestan siendo cateadas
Cómo crían también doradas venas
Aquellas faldas de sierras nevadas,
Cuyo impetu roba las arenas,
Por venir muy enhiestas las corrientes,
Y ser lo bajo cumbres eminentes.

Y hay hasta lo mas alto tales ratos
Donde la nieve ven perseverante,
Que tengo por menor al monte Atos
Y aquel que se nombró del rey Atlante:
La nieve, dicen hombres insensatos,
Ser piedra blanca, clara, rutilante,
Aunque por ojos y razón se pruebe
Ser lo mas alto verdadera nieve.

Y así con tiempos claros y serenos,
Bien mirada la cumbre donde toca,
A veces vemos mas á veces menos,
Unas veces hay mucha y otras hay poca
Por derretirse parte de sus senos,
Y aun para confundir opinión loca
Veremos en los tiempos mas lucidos
Venir los rios claros y crecidos.

Luego pues nuestra gente determina
Con negros y con indios y gran grita
De labrar la quebrada mas vecina,
Cerca del pueblo dicho Maconchita:
Cada cual sus cuadrillas encamina,
Y fuemos al lugar que se recita,
Cuyas alturas son de tal manera
Que se sube lo mas por escalera.

Escepto pasos, no tampoco llanos,
Sino mesas que no son tan enhiestas;
Mas escalones van hechos á manos
(En las que son insuperables cuestras
Que no pueden subir los pies humanos)
De lajas grandes anchas bien compuestas,
Y escalas hay que tienen reventones
De mas de novecientos escalones.

Muchas en estas sierras son mayores;
Y en partes prolijísimas calzadas,
No faltas de grandezas y primoras
Y de hermosas lajas enlosadas,
Que arguyen gran potencia de señores
Que solían tener sierras nevadas,
Y en los remales dellas y recuestos
Hay poderosos mármoles enhiestos.

Llegamos todos pues á la quebrada
Dicha de Maconchita, cuyos lados
Tienen por guarnición peña tajada,
El altura de mas de cien estados,
Y aunque la baja peña va robada
Por los lugares mas acomodados,
Las barras, almocafres, azadones
Desenvuelven reñedos y rincones.

Estaban á la mira castellanos
Deseando de ver ya los secretos,
Y en comenzando de mover las manos
Regocijaronse blancos y prietos,
Por descubrir allí tan buenos granos
Que movieran los pechos mas quietos;
Y así cada cual viendo las señales
Se prometía prósperos caudales.

El uno va cantando y otro salta
Al son de sus placeres y contentos,
Creyendo como debe ser sin falta
Tierra de prosperados nacimientos,
A poder subyectar la tierra alta
Y con seguridad ver sus asientos;
Porque según las muestras de riqueza
Los nacimientos son de gran grandeza.

Pero por carecer de vertederos
O remansos que tiene tierra llana;
Y ser soberbios los despeñaderos
Que contiene la tierra comarcaña,
Granos de los auríferos veneros
Van á dar á la mar que está cercana,
Do hasta las arenas van barridas
Con las impetuosas avenidas.

Antes pues que subamos á lo alto
Del agua que procede desta breña
El golpe todo junto hace salto
Con una caída no pequeña,
Y el curso, de ruidó nada falto,
Tiene cavada ya la dura peña
Y de seis brazas largas pozo hecho,
La boca y ancho dél no muy estrecho.

Y como por allí siempre corria,
Sin poder declinar por algun lado,
Y en lo alto del salto se cogia
Alguna cantidad de oro granado,
Grandísima sospecha se tenia
Estar allí gran golpe repesado:
Fué pues Francisco Garo pretendiente
De desaguar el pozo con su gente.

No faltaron también otros hermanos;
Y así para hacer lo que refiero
Siendo bien menester copia de manos,
A Joan Ortiz tomó por compañero,
Un tío de Miguel de Castellanos,
Que no mucho después fué tesorero:
El agua no podía ser mudada
Por ser altísima peña tajada.

Y porque la grandeza del berrueco
Por ningún modo puede ser rompida,
Viendo disposición de tiempo seco
Canal acondodada fué traída,
Por cuya longitud y cuyo hueco
Podía ir el agua recogida;
Y con solicitud que no fué poca
La pusieron encima de la boca.

Viendo pues ir el agua por encima,
Haciéndose riquísima promesa
Comienzan á vaciar aquella sima
Con cubas y con baldes á gran prisa:
El mas acobardado mas anima;
Hierva la diligencia, que no cesa;
Anda la obra sin que cesen della,
De tal suerte que ya hacían mella.

Indios buzos entraron sin recelo
Al tiempo que los otros lo vertían,
Mas no pudieron bien mirar el suelo
Para certificar lo que querían;
Pero sacaron como por señuelo
Hojas que de los árboles caían,
Y entrelas ciertas niguas de buen oro,
Como por certidumbre de tesoro.

En su prosperidad cada cual piensa;
Y estando de esperanza todos llanos,
Obscurísima nube se condensa
Con furia de relampagos y truenos,
Y tempestad de lluvia tan inmensa,
Que se hinchieron cóncavos y senos:
Quedóse como antes nuestro pozo,
Y dentro de sus aguas nuestro gozo.

Al fin por estos dichos reventones
Permanecieron nuestras compañías,
Sacando por allí dorados dones
No por pequeño número de días;
Después mudamos nuestras poblaciones
Y hicimos de nuevo rancherías
Entre Tapi y el paso de Marona,
Do tiene pueblo la real corona.

De la costa del mar breve desvío,
En parte rasa como les conviene,
Sácanse ricos granos en un río
Que de San Salvador reuombre tiene:
Allí por dar la tierra buen avío
La gente peregrina se detiene,
En los campos tomando propiedades
Para hacer estancias y heredades.

Nunca nos perturbó gente de guerra,
Ni fué con malas obras provocada.
El compas y distancia desta tierra
Se llama comunmente la Ramada,
La cual hasta las faldas de la sierra
Es toda de grandísima llanada:
Partes son montes, partes campo raso,
Do toman lo que hace mas al caso.

Un Bartolomé de Alba, después desto,
Del nuevo reino fué con provisiones
Para fundar allí pueblo compuesto
Con las acostumbradas condiciones:
Nombre de Salamanca le fué puesto,
Donde duran cristianas poblaciones,
Por ser aquel lugar al habitante
De frutos y maíces abundante.

Y los señores de la granjería
De perlas allí hacen sementerías,
Y tienen sus estancias todavía
Por la fertilidad de sus riberas,
Siempre los indios en la pesquería,
Por no les dar su libertad de veras,
Aunque vinieron otras muchas veces
Para los libertar otros jüeces.

Pues demás del obispo ya nombrado,
Se proveyó Joan Perez de Tolosa,
Y no mucho después Pablo Collado,
Ninguno de los cuales hizo cosa,
Dejandolos en el primer estado
Y en su captividad calamitosa,
Con un cierto color y condiciones:
Tanto pueden las perlas y otros dones.

Hacen al fin que mandes y desmandes
Y juzgues cosa mala ser muy buena;
Pero después llegó Pero Fernandez
De Bustos, que gobierna Cartagena,
Y visto los abusos ser tan grandes,
Acabó de romper esta cadena;
Y libre ya la indica ralea,
Sacan perlas con gente de Guinea.

En esto permanecen todavía
Y permanecerán los sucesores,
Porque no faltará la granjería
Entre tanto que ovieren pescadores,
Por ser caudal que siempre la mar cria
Y allí ser apropiados los humeros:
Costa de agua tan necesitada
Que no se mezcla dulce con salada.

De la continuacion deste camino
Diversa pretension más piés aparta;
Pero mucho después cierto vecino
Me dió muy larga cuenta por su carta:
Cómo don Lope de Orozco vino
A ser gobernador de Santa Marta,
Y á poblar envió gente novela
Mas arriba del Cabo de la Vela.

No dejaron de concebir malicia
Los de la granjería de presente;
Mas don Lope, constando por justicia
A su gobernacion ser competente,
Y tener demás desto ya noticia
Haber allí gran número de gente,
Determinó fundar pueblo con vara,
El cual no fuera malo si durara.

Llámanse la provincia Macoira,
Tierra de serrezuelas y de llanos,
La poblacion causó no poca ira
Al mariscal Miguel de Castellanos:
Infamando, mas creo ser mentira
E invencion de peridos cristianos;
Pero dicen al fin que por su mando
Formó rebelion bárbaro bando.

Son intenciones falsas y malinas
Que no perdonan las mas altas cumbres,
Pues á guanebucanes y cocinas
Bastaba para sumas pesadumbres
Ver gentes castellanas tan vecinas
Perturbando sus usos y costumbres,
Para hacer guerreros movimientos,
Y mas habiendo malos tractamientos.

Esto fué por el año de setenta
Y siete, poco mas, segun se muestra:
No fué la poblacion poco sangrienta,
Por ser la gente della poco diestra,
Y á guerreros asaltos muy atenta
La otra de la bárbara palestra,
En fuerza y en esfuerzo y en aliento
Potente, y en sultura como viento.

Y diceme Juan Perez, un sillero
Que paseó los llanos y la sierra,
Que si se cuentan todos por entero,
Habrá sobre seis mil hombres de guerra,
Recogidos en el rincón frontero,
De diversas naciones de la tierra:
Confinan todos con el alaguna,
Y no muchas jornadas, sino una.

Nombró don Lope pues por su teniente,
Para poblar en esta pertenencia,
A Hierónimo Lerma, diligente,
Mas para guerra falto de experiencia,
Y dos hermanos suyos juntamente
Criollos y de noble descendencia,
Y fué su padre Francisco de Lerma,
Cuya bondad no vimos ser enferma.

Pohlaron finalmente los hermanos
Con otros que podrian ser cuarenta;
Y por todos los indios comarcanos
Una sincera paz se representa:
Y así con el trabajo de sus manos
El pueblo fabricado se sustenta,
Do sin adivinar malos reveses
Residirian como cuatro meses.

Debajo de las cuales amistades
Los bárbaros feroces les servian,
Trayendo para sus necesidades
Aquellos materiales que pedian;
Pero pasaron importunidades
A pedíles el oro que tenían,
Entrando por sus pueblos á buscallos
Muchas veces sin armas ni caballos.

No todos juntos, pero divididos
Por asientos y partes diferentes,
Sin considerar males sucedidos
De semejantes inconvenientes;
Y como mozos locos y perdidos,
Llenos de juveniles accidentes,
Cada uno se pensaba ser un muro
Para poder dormir sobre seguro.

Estando pues los Lermas cierto dia
Entrellos, sin sospecha de su lloro,
Un principal cacique les traía
Algunas joyas no de muy buen oro;
Y el Juan de Lerma que las recibía
Con ira, sin guardalle su decoro,
Con los dones, por vellos no ser ricos,
Al cacique le dió por los hocicos.

El bárbaro no hizo sentimiento;
Mas viendo tan notoria destemplanza,
Con disimulacion en el momento
Propuso de tomar llena venganza;
Y así luego salió del aposento
Y aperció macana, dardo, lanza,
Haciendo señas, sin abrir la boca,
A las cuales su gente se convoca.

No va con tal vigor tras veloz cierva
El moloso lebré que ven sus ojos,
Cuanto furor llevaba la caterva
Para satisfacer á sus enojos:
Macanas largas, flechas no sin yerba,
Y dellas crecidisimos manojos,
Halláronlos con muy quieto pecho,
Y acaso se reian de lo hecho.

T. IV.

Con el ruido del arremetida
Pálido sobresalto los despierta:
Desean los remedios de su vida,
Y el esperanza sádeles incierta.
; Oh cuántas veces piensan su huida!
Pero fortuna no les daba puerta.
Al fin salen á ellos como buenos,
Porque ya no podian hacer menos.

Villana cobardía se desecha
Del filo del espada castellana;
Pero su filo no les aprovecha,
Pues prevalecen golpes de macana:
No pueden resistir á tanta flecha;
Ni dellos queda ya persona sana;
Y así los lleva fiero movimiento
Como á pajas menudas recio viento.

El impetu fué tal y de tal suerte.
Que cada cual de vida desespera;
Mas flacos son los golpes del mas fuerte
Que de la mas cascada cañavera:
Murieron treinta y seis de mala muerte;
Murieran muchos mas si mas oviera.....
Un muchacho buyó del mortal sueño,
Que no lo vieron ir por ser pequeño.

Este, que con aliento los piés mueve,
Pudo ver el lugar recién poblado,
Donde quedaron solamente nueve;
Los cuales en negocio tan pesado
Tomaron el acuerdo que se debe,
Que fué poner en fuga su cuidado,
Y á no ser tan veloce la partida
También partieran ellos de la vida.

Eran la mayor parte chapetones,
Rústicos labradores y villanos,
Los cuales en aquestas ocasiones
Fieron mas de piés que de sus manos:
De sed pasaron grandes aflicciones,
Hasta llegar á pueblo de cristianos,
Adonde procuraron dar cumplida
Cuenta de la desgracia sucedida.

El caso percebido por don Diego,
Hijo del buen don Lope que ya digo,
Pareciéndole mal mucho sosiego
En ir á castigar al enemigo,
Con sesenta soldados partió luego
A las ejecuciones del castigo:
Pero Ruíz de Tapia lo seguía,
Hijo del otro desta nombrada.

Con los que van subyectos á su mando
Entró por las primeras poblaciones,
Prendió ciertos caciques en llegando,
Y enviólos en ásperas prisiones:
Después se congregó bárbaro bando
Para domar cristianos corazones,
Y acometer feroces y crüeles,
Segun á ciervos tímidos, lebreles.

Asalto fué no poco riguroso
Por tomallos un poco descuidados,
Y con aquel furor impetuoso
Mataron luego dos ó tres soldados
Y un docto sacerdote religioso,
El cual cayó los pechos traspasados:
Finalmente, demás de los caídos,
Quedaron otros muchos mal heridos.

En aquesta crüel arremetida,
Como fortísimo león de Caspia,
Don Diego de Orozco no se olvida
De su generosísima prosapia:
Su buen valor ansimismo convida
Al capitán Pero Ruíz de Tapia,
Rompiendo con caballos y peones
Por duros y feroces escuadrones.

Desharataron la mayor pujanza
Haciendo cada cual heroicos hechos:
Sanguinolento hierro de la lanza
Traspasa las espaldas y los pechos;
Pero no fué tan grande la venganza
Que con ella quedasen satisfechos,
Mas indica cuadrilla fué rompida
Y entonces los pusieron en huida.

17

Pero no por se ver así corridos
Su furia se mitiga ni resfria,
Por ser feroces, bravos y atrevidos
Los bárbaros de aquella compañía;
Y así los-nuestros son acometidos
Otras dos veces en el mismo día,
Con tal furor y tan impetuoso
Que no les daban punto de reposo.

Y en el mayor rigor del marcio fuego,
Cuando hicieron su postrer venida,
La mano traspasaron á don Diego,
Donde quedó la flecha detenida,
Estorbando la lanza de su juego
A causa de ser mala la herida;
Pero con todo esto los rebate,
Y así cesaron del postrer combate.

Viendo pues enemigo tan molesto
Y que su gente toda lo recela,
Determinó salirse con el resto
Sin querer más allí hacer candelá:
E yo también me salgo con aquesto
De la costa del Cabo de la Vela,
Por no saber agora desta playa
Otros negocios mas que nuevos haya.

HISTORIA Y RELACION

de las cosas acontecidas en Santa Marta desde su primera poblacion. Y esta primera elegia es á la muerte de su primer gobernador que fué don Rodrigo de Bastidas.

CANTO PRIMERO.

A Santa Marta llega ya mi pluma,
Do tractaremos cosas principales,
Mas no de tal manera que presuma
Podellas explicar por sus cabales;
Pero haremos una breve suma
Tocando las que fueron sustanciales,
Porque ningún historiador pudo
Contar todas las cosas por menudo.

Mas en prosecucion de mis intentos
Haremos relacion con verdad pura
De casos varios y acontecimientos,
Ya de ventura, ya de desventura,
Los cuales me parece que son cuentos
Dignos de se poner en escriptura,
E ya muy olvidados de la mano
De todo coronista castellano.

Provea de favor en la carrera
Y aparte las obscuras pesadumbres
Aquella luz y humbre verdadera
Que procede del Padre de las lumbres,
Siendo la Virgen pura medianera,
A quien para subirtan altas cumbres
He suplicado que me dé la mano
Porque no sea mi trabajo vano.

En aqueste favor pues confiados
Diremos algo destas poblaciones,
Las cuales estarán en once grados
O poco mas, segun hay opiniones:
A Gaira y Concha tienen á los lados,
Con otros que llamamos los ancones,
Y el puerto principal es de manera
Que por-bueno le llaman la Caldera:

Que de todas tormentas está horro
Por amparallo dos puntas ó rocas,
En medio de las cuales hay un morro
Que forma dos entradas ó dos bocas;
Y así de navegantes es socorro,
Seguros bien de las borrascas locas:
Es puerto limpio, de cabal fondura,
Y contiene de dentro gran anchura.

Es aquesta marítima ribera
Montaña de grandísima frescura,
Y la continuada cordillera
Allí levanta su mayor altura:
La gente natural desta frontera
Ninguna para guerra fué mas dura,
Tanto, que pongo duda que el de Chile
Las grandes fuerzas destos anihile.

Tienen flechas y arcos no pequeños,
Gruesos, y mal labrada la madera,
Mas por fuerza los hacen ser cimbreños
Hasta hacer juntar el empulguera:
Tanto mal hacen como duros leños
Si á manteniendo dan en la mollera,
Pues su golpe la hace dos pedazos
Al tiempo que ya vienen á los brazos.

Tan terrible vigor su tiro lleva,
Que fuera de guerrerías confusiones
A uno le hicieron hacer prueba
Sobre corazas armas de algodones,
Y traspasólo todo como breva,
Siendo de palo puro los arpones:
Ponen arnés, por ver si lo pasaba,
Mas en aquel la flecha deslizaba.

El tiro del carcaj va siempre lleno,
Cuando se ven en bélica porfia,
De pestilencialísimo veneno
Que mata dentro de natural día,
Algunos al tercero y al septeno,
Con rabia que de seso los desvia,
Y aun ellos se darian mala muerte
Si los dejasen solos desta suerte.

Gente de gran vigor de su cosecha
Es toda cuanta por allí confina,
Y de mayor valor y mas bien hecha
Cuanto se acerca mas á la marina:
Arma comun de todos es la flecha,
Que pocas veces halla medicina;
Tiran perdidas ciertas silbaderas
Por emplear las otras mas de veras.

Visten de algodón de tela fina,
Y muchos dellos tienen solamente
A las espaldas una mantellina,
Y todo lo demás anda patente:
A mas honestidad mujer inclina
La parte que llamamos impudente,
Con manta de algodón por la cintura,
Y otra de lo demás es cobertura.

Tienen las hembras buenos pareceres,
Y por la mayor parte los varones
Celan en gran manera las mujeres,
Demás de ser malditos bujarrones:
Entrellos hay algunos mercaderes
Y sus maneras de contractaciones
Con los que están muy dentro de la sierra,
Que no pequeños términos encierra.

Usan en regocijos y en sus fiestas
De ricas y galanas vestiduras,
De plumas admirablemente puestas
Que forman varias flores y figuras:
Son gentes entre sí tan deshonestas
Que las espaldas andan mal seguras,
Y en cualquiera lugar claro y oculto
Se hallan muchos Priapos de bulto.

Son cerimoniáticos algunos,
O todos en grandísima manera,
Y tienen prolijísimos ayunos
Por sus hijos ó por su sementera;
Y entonces solamente los alunos
A cosas necesarias salen fuera:
Carne no comerán de ningún arte,
Sino pescado por la mayor parte.

Hay en sus muertes un prolijo lloro,
Do cuentan sus desastres ó venturas;
Entierranse con muchas joyas de oro,
Segun vimos en muchas sepulturas,
A las cuales le guardan su decoro
Segun sus ceremonias y locuras;
Pues muchas de personas señaladas
Entrellos suelen ser reverenciadas.

Adoran los planetas y los sinos
Regocijándose por los oterus ;
Hay muchas adevinas y adevinos
Y grande cantidad de hechiceros ,
Que dicen un millón de desatinos
Acerca de los tiempos venideros :
Dan al demonio lo que no merecen
Pintándolo del arte que parece.

De yucas y maíz es su comida ,
De lo cual ansimismo hacen vinos ;
De fructos es la tierra bastecida
Silvestres , que no labran los vecinos ;
Es larga serranía y estendida
Toda de fragosísimos caminos ;
Hay parras por los árboles tendidas ,
De racimos de uvas proveídas.

Aquestas son labruseas naturales ,
Cuyos gustos allí no son inicuos ,
Racimillos pequeños , pero tales
Que hacen pegajosos los hocicos.
Los indios de la tierra principales
Y aun todos los demás eran muy ricos ,
Pues solian hallar tiempo pasado
Entrellos cantidad de oro labrado.

Y así con este cebo los varones
Primeros en correr estas partidas ,
Rescataban de paz por los ancones
Y volvían las bolsas proveídas :
Fué principal en estas ocasiones
El capitán Rodrigo de Bastidas ,
Que en Haití , do tenía su reposo ,
Se hizo con los tractos caudaloso.

Sus principios no fueron tan profundos
Cuanto los pintan otros que escribieron ,
Pues que nos consta ser de los segundos
Que con el inclito Colon vinieron ,
Y no del número de vagabundos ,
Mas uno de los que mejor sirvieron ;
Y así con los navios y á su costa
Descubrió mucha parte de la costa.

Encumbrándolo mas en pensamiento
Riquezas , según tienen de cosecha ,
Esto pidió por adelantamiento ,
Y por el rey le fué la merced hecha ,
Señalándole límite y asiento
La costa de la mar via derecha
Hasta llegar al Cabo de la Vela,
Y norte sur lo que la tierra ceta.

Año de veinte y seis sobre quinientos
Llegó con buena copia de soldados ,
Tan escogidos para sus intentos
Que fueron con razon solemnizados ,
Y en las entradas y descubrimientos
Ningunos en valor mas señalados :
Día de Santa Marta tomó puerto ,
Y este nombre le dió comun concierto.

Como quinientos hombres fué la gente
Que para la conquista con él vino :
Fué Juan de Villa-Fuerte su teniente ,
Y capitán Rodrigo Palomino ;
Fernán Bermejo , mozo muy valiente ,
Ortuño , Ortiz , Bazantes y Cansino ,
Un Montesinos y Cristóbal Sierra
Con otros valerosos para guerra.

Celebró paz con indios comarecanos ,
Y para fundar pueblo , la montaña
Talaban españoles con sus manos ,
De que no se causó pequeña saña :
Al fin en agradar á sus cristianos
El Bastidas se daba mala maña ,
Pues traían á cuestras la madera
De la montaña hasta la ribera.

Fué no querer mandar los naturales ,
Y fatigar la gente de quilates ,
Origen y principio de sus males
Y causa de grandísimos dislates :
Mas eran sus intentos principales
Valerse de la paz y de rescates ,
Y así de ningún arte consentía
A los indios hacerse demasia.

Menos quiso prestar consentimiento ,
Habiendo ya de hambre grande plaga ,
Tomarse de los indios alimento
Sin que por ello diesen justa paga ;
Mas él daba raciones al hambriento ,
En descuento de la gente vaga ,
Por ser cazabi solo con tasajos ,
Que mal satisfacian sus trabajos.

Comían todos pues carne salada ,
Y tal que por ventura ya hedía ;
Encharcaban en agua delicada
Con los calores grandes que hacía :
Cayó luego la gente regalada
Y él que ningún regalo conocía ;
Morian con grandísima miseria
Del mal de flujo dicho disenteria.

Pocos de los enfermos escapaban ,
Antes fué tan crúel la desventura ,
Que dos y tres y mas cuerpos echaban
Juntos en una misma sepultura :
A muchos cuasi no los enterraban ,
A causa de hallar la tierra dura
Y tener debilísimas las manos
Los de mayor vigor y los mas sanos.

Viendo la perdición de tantas vidas ,
O con razones y con sirrazones
En comun se quejaban del Bastidas ,
No sin gran multitud de maldiciones ,
Como suelen personas afligidas ,
Y mas en semejantes aflicciones :
Fué Villa-Fuerte mas que duro guijo ,
A quien Bastidas le llamaba hijo.

Pues en las ocasiones de que hablo ,
Habiéndolo nombrado por teniente ,
Y en su boca no ver menos vocablo
Que hijo muy amado comunmente ,
De furor revestido del diablo ,
Determinó matallo malamente ;
Y no faltaron otros malos pechos
En las ejecuciones destos hechos.

Como Pedro de Porras y Bazantes
Con el dicho teniente conjurados ,
Y estos llevaron otros ignorantes
Del yerro para que fueron llamados ;
Mas conocieron bien de sus semblantes
Como debían ir apasionados ,
Sin poder en aquella coyuntura
Imaginar tan perdida locura.

A las ejecuciones del intento
Corren los tejedores de la trama :
Los dos entraron en el aposento ,
Hallaron al Bastidas en la cama
Sin sospechar tan gran atrevimiento ,
Aunque se rezumaba ya la fama ,
Y con palabras muy desacatadas
Villa-Fuerte le dió tres puñaladas.

A las voces y gritos del mezcquino ,
Que llamaba criados y parientes ,
Acude con presteza Palomino
Y los mas alentados destas gentes ;
Luego por la montaña sin camino
Se metieron los dichos delincuentes ,
Y por entonces no se fueron lejos ,
Hasta ver bien de su maldad los dejos.

Estando pues aquestos alterados
Por arcabucos y cañaverales ,
Parece ser que fueron avisados
No mostrar las heridas ser mortales ,
Y así volvieron mas determinados
De cortar los espíritus vitales :
Sabido su furor luciferino ,
Tomó luego la puerta Palomino.

Por estar el mas número doliente
Acudir no pudieron al instante ,
Mas él no sin extremo de valiente ,
Tan fuerte se mostró con un montante ,
Que de la compañía delincuente
Nadie pudo pasar mas adelante ,
Antes confusa y en temor resuelta
Para los arcabucos dió la vuelta.

Metiéronse muy dentro de la sierra
Viendo tan mal parada ya la cosa,
Con ser populosísima la tierra
De gente por extremo belicosa,
Y ninguna de paz, sino de guerra,
Y de cristiana sangre cudiciosa:
Serian estos doce compañeros
Valientes, esforzados y lijeros.

Nunca pasaban, sino de corrida,
Por selvas y montañas sin camino;
De noche recogian la comida
De rocas ó labranzas del vecino,
No con pequeños riesgos de la vida,
Anejos á su grande desatino;
Otras algunas veces dan de día,
Pero no siempre bien les sucedia.

El mas que miserable Villa-Fuerte
Reconocia ya sus desconciertos,
Por que peregrinando desta suerte
Por los indios habian de ser muertos;
Promételes también infame muerte
Volver á Santa Marta y á sus puertos,
Y habian ya de los soldados buenos
Los indios hecho tres ó cuatro menos.

En algunas refriegas bien reñidas;
Pero dejallos hemos por agora,
A causa de volvernos al Bastidas,
Que por la mala cura no mejora;
Antes le dicen que con mas heridas
Ha de dar cabo del gente traidora,
Los cuales esperaban coyuntura
Metidos en el monte y espesura.

Y que no sanará como no haya
Cirujano que sea suficiente;
Y así le dicen todos que se vaya
Y salga de una tierra tan doliente,
Pues que tiene navios en la playa,
Sin faltalle recado conveniente,
Y un Alonso Miguel, diestro piloto,
El cual con todos era deste voto.

Al fin en general todo su bando
En este parecer malo consiente,
Y Palomino, mas duro que blando,
También le persuade grandemente,
A trueco de quedarse con el mando
Por estar ya nombrado por teniente:
Que'l ambicion conviérte muchas veces
Las loables costumbres en soeces.

Y así quieren decir que Palomino
Al Alonso Miguel le dió cohecho,
A fin de que torciese su camino
Y á la Española no fuese derecho;
Y no fué la sospecha desatino,
Segun se vido claro por lo hecho,
Pues para ser patente su concierto,
En la ista de Cuba tomó puerto.

Donde Gonzalo de Guzmán tenia
Gobierno por Colon, el almirante,
Y entrel Bastidas y el Guzmán habia
Enojos y rancor no bien sonante,
Por ocasion de cierta niñeria
Usada por Bastidas poco ante;
Y para que se sepa la querrela,
Quiero decir aqui la causa della.

En aquella sazón y tiempo, cuando
El Bastidas tomó las posesiones
De su gobernación y de su mando,
Parece ser que fué por los ancones
Un Gonzalo de Vides rescatando
Esclavos, oro, mantas y otros dones
Por parte del Guzmán, que dió navio,
Rescates, armas, tiros y atavío.

Bastidas, sin mirar por quién venia,
Quebró del amistad el noble goncc,
Tomando los rescates que traia,
Armas y dos ó tres versos de broncc:
Demás desto prendió la compañía
Y al dicho Vides y un Antonio Ponce,
De que Guzmán estaba muy corrido,
Y mas por ser amigo conocido.

Pero como lo vió de tal manera,
Condoliéndose del suceso malo,
Lo recibió con voluntad sincera
Y en su casa le hizo gran regalo:
El Bastidas buscó posada fuera,
Rindiéndole las gracias al Gonzalo
De Guzmán, por la gran magnificencia,
Y él se curó con suma diligencia.

Mas como por malicia de los guías
Aquel viaje fué de mucha dura,
Las medicinas fueron tan baldias,
Que por ninguna vía tuvo cura;
Y así, después de diez ó doce días
Le dieron honorosa sepultura:
En la Española tuvo mucha mano
Con obras de católico cristiano.

Segun los que mas saben deste cuento,
Fué principio y origen de sus males
No consentir hacer mal tratamiento
Ni robos en aquellos naturales:
Honró Guzmán aquel enterramiento
Con otros muchos hombres principales;
Y encima de la losa por él puesta
Dejaron una letra, que fué esta:

*Ille tumulus condit Bastidæ sanctæ membra
Quæ fuit gloriæ nuper æcchæ maris.
Ipse quia divæ virtutis el robore prestans,
Dux Sanctæ Martæ primus in orbe fuit.*

Aquí hace su montía Tuyo pujanza y valor.
Don Rodrigo de Bastidas, De riquezas copia haria,
Que con cruéles heridas Y así fué gobernador
Acabó la dulce vida. Primero de Santa Marta.

Pues dió Bastidas fin á su camino
Por poca lealtad de su compañía,
Bueno será volver á Palomino,
El cual con su valor y buena maña
Hizo de paz á Gaira y al Dorsino,
Y el confin de la costa que el mar baña,
A Concha y á Nenguanje, Chengue, Cinto,
Y á Gairaca con otros que no pinto.

El bárbaro su gente le sustenta
Bastantísimamente de comida;
A todos los anima y los alienta,
Y á su provecho y honra los convida:
Toda la gente tiene tan contenta
Que cada cual porná por él la vida,
Y para mas aumento de su fama
Con los indios de paz los otros llama.

A los que vienen érales guardada
La paz y el amistad no sin recatos;
A los rebeldes daba trasnochada
Aunque se padeciesen malos ratos,
Tomando la mas gente descuidada
De tales sobresaltos y rebatos:
Tuvo para sus guerras y sus lides
Dos grandes y admirables adalides.

Un Fernán Vaez y un Fernán Bermejo,
Soldados que hicieron grandes hechos,
Muy diestros en sacar un rastro viejo
Por las selvas ocultas y desechos,
Sagaces en astucias y en consejo,
Por extremo sutiles en asechos,
Puestos con arcos, flechas y plumajes,
Posturas y meneos de salvajes.

Llegaban con obscuro desta suerte
Al pueblo que tomar se pretendia,
Tácticamente porque no despierie
El morador incauto si dormia:
Acechaban del pueblo lo mas fuerte,
Cuántas casas, y cómo las tenia,
Volvia por su gente hecho esto,
Y á cada capitán daban su puesto.

La gente dividida y ordenada,
Cuando la dama de Titon venia
Hacen señal, y dan el alborada
Sobre la descuidada compañía:
Ebsangrientan la lanza y el espada
Si la contraria parte resisia;
Mas siempre por allí menester era,
Por ser gente de suyo muy guerrera.

Encima de un caballo Palomino,
El cual tenía tal conocimiento
Que ya no parecía de rocino
Sino de racional entendimiento,
Corría por el áspero camino,
Como si fuera hijo de algun viento,
De noche tacitísimo su huella,
Sin ruidó, relincho ni resuello.

El rocín Matamoros se decía,
Del Palomino mas que rica prenda,
Pues por instinto natural hacia
Lo que pide razon en la tienda,
Y á las necesidades acudia
Sin meneg de espuela ni de rienda:
Tordillo fué, no grande, mas bien hecho
Desde la baja cola hasta el pecho.

Puso los indios en tan gran cuidado
Con las insignes suertes que hacia,
Que muchos lo tenían retratado
De bulto de la suerte que venia
Encima del caballo, bien armado,
Con el adarga y lanza que blandia,
Y cantidad de indios á los ladós
Del riguroso yerro traspasados.

Hizo venir al yugo los de Zaca,
Abatió la soberbia Cháirama,
Quebró las fuerzas de Mamalazaca
Y las inmites gentes de Irotama:
Por las riberas verdes de Guachaca
Tiemblan grandes caciques de su fama:
Temen los moradores en Origua,
Y no faltan temores en Bondigua.

Subyectó muchos otros deste modo
Soberbios, ferocísimos y bravos;
Temblaba del aquel terreno todo,
Que en guerra no supieron ser ignavos:
Todos el oro ya traen á rodo
Y muy crecido número de esclavos,
Que llevan á las islas los navíos
Para traer comidas y atavíos.

Y como ya bullia la moneda,
Vertades mil damas y galanes
Con ropas costosisimas de seda,
Granas, veinte y cuatrenes, perpiñanes
No se halla soldado que no pueda
Comprar ricas holandas y ruñanes,
Pues antes la coleta y el arjeo
Solia ser el principal arreo.

Aunque venian ya de á la redonda
Indios de paz con joyas y presentes,
La gran ferocidad de los de Bonda
Huye del amistad de nuestras gentes,
Donde todas las noches hacen ronda,
Asegurando los inconvenientes
Que habian padecido sus vecinos
Por no velar entradas y caminos.

Diciendo, que las tales amistades
Traian mayor daño que provecho;
Y así hablaban mil bravosidades
Vaciano por la boca lo del pecho:
Mas no fueron tan faltas de verdades
Que no las confirmasen con el hecho,
Como podrian ser testigos ciertos
Gran muchedumbre de españoles muertos.

Pensando pues tomallos de improviso,
Quebrantar su furor y castigallos,
El valeroso Palomino quiso
Con el nocturno velo salteallos:
Mandó con gran secreto dar aviso
A los peones y á los de caballos;
Fernán Bermejo fué como solia
Adelante de todos por espía.

Tiene Bonda zavasas ampliadas
Que cercan el compás de su frontera,
Pero para llegar á sus moradas
Habian de subir por escalera
De losas bien compuestas y lijadas,
Segun que muestra la presente era:
Subir no pñede quien caballo trajo,
Y así siempre se quedan en lo bajo.

Subió Bermejo con el apariencia
De indio por lugares encubiertos:
El sitio mira con el advertencia
Que suelen adalides muy espertos;
Mas aunque tuvo suma diligencia,
No pudo ver las velas de los puertos.
Bajó donde quedaban de presente,
Y llevó los peones desta gente.

Acaso vieron encendida mecha
Indios que velan en un altozano,
Y teniendo por cierta la sospecha
En que debía ser algun cristiano,
Apuntan á la lumbre con la flecha,
Clavándole la mecha con la mandó;
Y como se quejó, sienten ruidó,
Y así dieron gran grita y alarido.

Sale luego la gente que dormia,
No sin algun temor de tal asalto;
Por una y otra parte se tendia
Ocupando de pasos lo mas alto:
Vuela la venenosa flecheria,
De que ninguno dellos iba falto;
Tantas descenden y con tanta priesa
Como gotas de lluvia muy espesa.

El español al fin se desatenta
Viendo la muchedumbre que acomete,
Y nadie dellos tiene por afrenta
Revolver en demanda del jinete:
Hirieron del primer encuentro treinta,
De los cuales murieron veinte y siete:
Suenan escudos y armas de peones,
Que van rodando por los escalones.

Bien como las ovejas caminando
Por alta y asperisima ladera,
Que del mejor camino resbalando
Aquella que llevó la delantera,
Todas ellas se van precipitando
Por do se precipita la primera,
Sin advertir ninguna del rebaño
Ser su camino para mayor daño:

Así los españoles, revolvendo
Tras las pisadas del que fué primero,
Unos sobre los otros van cayendo
Rodando por aquel despeñadero.
Sonaba de bocinas gran estruendo
Por todas partes del compás frontero;
Ansimismo se hunden los altóres
Con el ruidó de sus atambores.

Huyen pues los heridos, y los sanos
Por escaparse de que no los hieran,
Persiguiéndolos barbaros villanos
Con intenciones de que todos mueran;
Hasta que ya bajaron á los llanos
Donde los de caballo los esperan,
Los cuagles les salieron al camino
Y el águila con voz de Palomino.

Ya planetas y signos celestiales
Perdian resplandores de sus lumbres,
Por se manifestar rayos febales
Dorando las alturas de las cumbres,
Y la solicitud de los mortales
Repetia sus usos y costumbres
En tal manera, que cualquiera via
El bien ó el mal de dónde le venia.

Y á este tiempo bárbaros lozanos
Seguian con grandisima pujanza
El escuadron por lo tomar á manos,
Con sed insaciable de venganza;
Pero como bajaron á los llanos,
El Palomino meneó la lanza
Vertiendo por aquellos escuadrones
Sangre de los humanos corazones.

Y como nunca vieron otro tanto,
Sino tan solamente por la fama,
Cayó sobre los indios tal espanto
Que el fuego de los mas perdió la llama,
Y de la mayor fuerza por un canto
Gran parte con temores se derrama,
Causíndoles confuso desatino
La priesa y el valor de Palomino.

Bien como plumas en lugar exento
 Por ocasion alguna recogidas,
 Que las saltea repentino viento
 Con furias en sus soplos estendidas,
 Derramándose todas al momento
 Por diferentes partes estendidas;
 O ya como montón de seca hoja
 Que vuela sin haber quien la recoja :

De todos los que tienen llana tierra
 Se hizo division desta manera,
 Huyendo las borrascas de la guerra
 Y aquel atropellar de bestia fiera,
 Unos por los peñoles de la sierra,
 Otros por el andén del escalera,
 Quedando sin espíritu de vida
 No poca gente por allí tendida.

Recogió Palomino sus soldados,
 Así los sanos como los heridos,
 Los cuales segun lances atrasados
 Deste quedaron todos muy corridos :
 A Santa Marta van encaminados,
 Donde con lloro fueron recibidos,
 Porque de conocidos por ser buenos
 Quedaron luego veinte y siete menos.

Dejemos estas cosas desta suerte,
 Y demes fin á los del mal intento,
 Porque Porras con Joan de Villa-Fuerte
 Tuvo palabras de desabrimiento,
 Y por faltar allí quien los concierte,
 Hicieron division y apartamiento :
 La demás gente cada cual seguia
 La parte que mejor le parecia.

El Porras se fué acia la Ramada,
 Al otro pareció que le convino
 Hacer á Santa Marta su jornada
 Por ver en qué paró su desatino :
 Entró siendo la noche ya cerrada,
 Pero tuvo noticia Palomino,
 Y dióse tan buen cobro con su gente
 Que prendieron al dicho delincuente.

Y á causa de poder hacer ausencia,
 Por no tener en tierra buen avio,
 Luego con la posible diligencia
 Le dió segura cárcel un navio,
 Que para ir á la real audiencia
 De Santa Marta hizo su desvio;
 Y después hecho cuartos tuvo muerte
 El miserable Juan de Villa-Fuerte.

Paga de su maldad y su locura,
 Que de tal romería tal venera;
 Y en aquella sazón y coyuntura,
 Que fué del español dichosa era,
 Un caso sucedió de gran ventura
 Si para su remedio le valiera,
 Pero no mereció su maleficio
 Gozar de tan insigne beneficio.

Entonces pues nació rey soberano
 De las generosísimas entrañas
 De la hija del gran rey lusitano,
 Mujer del que fué suma de hazañas,
 Y el heredero fué Filipo Magno,
 Hoy rey universal de las Españas,
 Por cuyo nacimiento malhechores
 Alcanzaron perdon de sus errores.

Vistas las alegrías y perdones,
 Procuró luego Juan de Villa-Fuerte
 Aprovecharse destas ocasiones
 Para poder librarse de la muerte;
 Mas importunidad y exclamaciones
 De los Bastidas fueron de tal suerte,
 Que los doctos señores del audiencia
 Mandan llevar al cabo su sentencia.

Pedro de Porras y Martin de Roa
 Con otra gente desta camarada,
 De ceiba hacen una gran canoa
 En la cèsta que dicen la Ramada :
 Entran los navegantes, y la proa
 Para Santo Domingo fué guiada;
 Van, por huir de muerte merecida,
 En grandísimo riesgo de la vida.

El mar en gran aprieto los ponía,
 Combátelos el inconstante viento;
 Mas con fuerza de brazos y porfía
 Pudieron todos ir en salvamento :
 Quizá nuestro Señor lo permitia
 Para morir con mas conocimiento;
 Libres pues de las aguas de Neptuno
 Procuró su remedio cada uno.

Por ingenios y hatos de ganado
 Cada cual de por sí va divertido,
 Y el Porras por ser hombre señalado
 Fué de cleroto vaquero conocido :
 Sábenlo los señores del senado,
 Y fué por los Bastidas perseguido :
 En efecto, segun el justo fuero,
 Pasó por do pasó su compañero.

Otras cosas que sean sustanciales
 Memoria cierta no me representa,
 Porque muertos aquestos principales
 De los demás hicieron poca cuenta;
 Y así quiero volver á los anales
 De Palomino, que valor aumenta,
 Pues para sus desígnos tuvo ronda
 Y se vengó muy bien de los de Bonda.

Domeneó la cerviz y duro cuerno
 De la mayor pujanza de la sierra;
 Ningun rigor jamás lo halló tierno
 De cuantos ofreció la dura guerra :
 Un año duraria su gobierno;
 Y para lo tener en esta tierra
 Envio con probanza copiosa
 Al tesorero Pedro de Espinosa.

Llegó con sus poderes en España,
 Pidió lo que su parte pretendia,
 Gastó dineros, dióse buena maña,
 Pero su diligencia fué baldía;
 Pues al mayor pastor desta cabaña
 Este dicho gobierno se pedia
 Para Garcia de Lerma, varon lleno
 De lo que puede merecer un bueno.

Mas cierta nao para tomar puerto
 A Santa Marta fué via derecha,
 Y al Palomino dijo por muy cierto
 Habelle sido ya la merced hecha :
 No recibí las nuevas hombre muerto,
 Sino quien ocasiones aprovecha
 Creyendo las novelas del navio,
 Y así mostró mayor valor y brio.

Entonces ansimismo por ausencia
 Del muerto, procurando de suplillo,
 Los señores de la real audiencia
 Determinaron de nombrar caudillo,
 Y por tener en cargos experiencia
 Enviaron á Pedro de Vadillo,
 Primo del oidor que residia
 En aquella real chancilleria.

A Santa Marta fué con tres navios,
 Ciento y ochenta buenos compañeros,
 Adonde si llevaba buenos brios
 No creo que halló menos aceros,
 Pues hubo repiquetes y desvios;
 Y cierto, si no fuera por terceros
 Tales que perturbaron el intento,
 Vinieran en muy grande rompimiento.

Porque con tanta furia se destierra
 Rodrigo Palomino de razones,
 Que nadie consintió saltar en tierra,
 Menos quiso cumplir las provisiones,
 Y en la playa se puso para guerra
 Cargando tiros y otras municiones,
 Con gran solicitud y vigilancia,
 Sin desarmarse minima distancia.

Algunos de los de su compañía
 Usaban en el caso tracto doble,
 Y al Fernán Vaez, con quien él habia
 Tenido siempre término muy noble,
 Porque supo que todo lo movia,
 Lo hizo suspender en verde roble,
 Luego con hierro líquido, redondo,
 Tentó meter las naos en el fondo.

Pero Vadillo viendo tal embargo
Y aquellas muestras de varon insano,
Hacerse con sus naos á lo largo
Le parecia ser consejo sano;
Y así con los que vienen á su cargo
A Concha se pasó, puerto cercano,
Adonde para buena ó mala suerte
En tierra y en la mar se hizo fuerte.

Sabido dónde estaban rancheados,
El Palomino fué para buscallos
Con doscientos destrisimos soldados,
Los treinta y cinco dellos en caballos,
Con armas de algodón encubiertos,
Personas que sabian meneallos;
Y los demás que no calzan espuelas
Llevaban sus espadas y rodelas.

La voluntad de todos era harta
De se probar en este rompimiento;
Pero cuando salió de Santa Marta,
Deseando ponelles mas aliento,
El dicho Palomino los aparta
Para hacelles un razonamiento,
Fuera del pueblo ya la gente presta,
Y la substancia del dicen ser esta:

« Señores, nunca hizo mano blanda
Buenos lances en bética porfia,
Y aquesta pretension y esta demanda,
Que quiero llamar vuestra mas que mia,
Es porque sepa la contraria banda
Que no tenemos menos osadia:
Y pues que por vos va, correa y cueros
Conviene que pongais por defensores.

» Porque si los que veis son poseores
De provincias y puebllos conquistados,
Siervos sereis adonde sois señores,
Y do podeis mandar sereis mandados:
Los que vienen seráu antecesores,
Y vosotros sereis preposterados,
Porque con tal promesa hacen cebo
Los que traen algun gobierno nuevo.

» Y si querere bien también os mueve
Por respetos que buenos engrandecen,
A mi gran voluntad mucho se debe
Y mis obras que todo lo merecen;
Pues que no faltará con quien compruebe
Ser mas que las palabras os ofrecen,
Do hallareis pospuesto mi contento
A vuestro gozo y aprovechamiento.

» Nunca me vistes triste ni severo,
Nunca supe tener mala crianza;
En los trabajos fui buen compañero,
En riesgos la primera fué mi lanza;
Si os quisistes valer de mi dinero,
Ninguno tuvo vana confianza;
Pues segun mis deseos y mis mañas
Quisiera daros hasta mis entrañas.

» Quien estos beneficios considera
Con la sinceridad que se requiere,
Debe, si su amistad es verdadera,
No rehusar morir do yo muriere:
Cuanto mas que no tiene mi bandera
Hombre que de victoria desespera,
Pues con dificultad son rebatidos
Los que nunca supieron ser vencidos.

» Huya temor de los ocultos senos,
Pues vais contra cuadrilla mal compuesta:
Nosotros somos mas, ellos son menos
Y fatigados de la mar molesta;
Ellos enfermos, y nosotros buenos,
Y tenemos las piedras y la cuesta;
Ellos un escuadron flojo, confuso,
Nosotros en la guerra mayor uso.

» Y pues en los recuentros que he tenido
Todos en general fuistes cabales,
En el presente solamente pido
Que me seais fieles y leales:
El gobierno me está ya proveido,
Segun dicen personas principales;
Si viniere, tendreis ilustre pago,
Y cada cual verá lo que yo hago.»

Como por estos españoles fuesen
Palabras semejantes entendidas,
Respondiente que no se detuviesen,
Porque todos pornán por él las vidas,
Y setecientas vidas que tuviesen,
Pues serian por él muy bien perdidas;
Y así luego se fueron acercando
Do los otros estaban esperando.

Puestos en el lugar que se refiere,
Por una parte mar, por otra sierra,
Al Pedro de Vadillo se requiere
Procure de dejar luego la tierra,
Y que si pone dientes y no quiere,
Apareje las manos á la guerra;
Pues en el día que presente era
Había de quedar ó dentro ó fuera.

Diciendo Palomino ser teniente
Nombrado por Rodrigo de Bastidas;
Vadillo les responde claramente
Ser tales tiranías conocidas,
Y que no piensr de volver la frente
A fanfarronerías ni heridas:
Antes dice que rijan el alarde,
Pues para començar era ya tarde.

Viendo tan sin razón y tan contrario
Al dicho Palomino con Vadillo,
Y ser aquél un caso temerario,
Procuran por mil vias impedirlo
Un fray Joan Perez, fraile mercenario,
Y un muy honrado clérigo Castillo:
Corren entrambas partes por los puertos
Tractándolos de medios y conciertos.

Hubo tan eficaces persuasiones
Y tan sagaces importunidades,
Que compeleron á los dos varones
A los efectos destas amistades
Debajo de honorosas condiciones,
Y fueron estas las conformidades:
Que mandasen entrambos juntamente
Hasta venir recado mas patente.

Los dos gobernadores se abrazaron,
Hecha solemnidad de juramento;
Oyeron misa, y ambos comulgaron;
Parten la hostia deste sacramento:
Unos y otros se regocijaron
Al parecer, sin otro mal intento,
Mas ninguno vivia descuidado
Y uno de otro siempre recatado.

Y el vulgo muchas cosas sospechaba
Que por ventura fueron vanidades,
Viendo que cada uno procuraba
Ganar las principales voluntades;
Y atrás en este caso se quedaba
Vadillo, por faltar las cualidades
De liberalidad, que es alcahueta
Con que la gente mucho se subyeta.

El Palomino muy mas compañero,
Mas liberal, mas mozo, mas afable,
En todos los peligros el primero,
Sin se le conocer vicio notable:
Vadillo ya mayor y mas artero,
Y en su conversacion menos tractable,
Para hacer mercedes duno seno,
Antes lo proveia de lo ajeno.

Vadillo por tener mayor pericia
En aquello que ley civil encierra,
Guiaba los negocios de justicia;
Y porque de los negocios de la tierra
Palomino tenia mas noticia,
Tractaba los negocios de la guerra:
Trajo también Vadillo por teniente
Hombre no menos sabio que valiente.

Que mucho con su buen seso remedia
En lo que ve confuso y alterado:
Aqueste se llamó Pedro de Heredia,
Siempre valerosísimo soldado:
Adelante diré de su tragedia,
Y cómo fué después adelantado
De Cartagena, do si tengo vida
Le daremos historia mas cumplida.

Siendo los dos que digo pretendientes
De salir cada cual con sus intentos,
Tenían ya buen número de gentes,
Que con deseo de descubrimientos
De partes y lugares diferentes
Se recogieron mas de setecientos;
Y así con muchos dellos Palomino
Hizo para la ciénaga camino.

Cuyos términos son al mediodía
La costa abajo acia Cartagena,
Recodo de crecida pesquería
Cerca del río de la Magdalena,
Y de tan gran valor la granjería
Que al morador le da la bolsa llena;
Y el compás que la ciénaga rodea
Contiene mucha gente de pelea.

Pocigüeyca la cerca por un canto,
Provincia que contiene gran altura,
De nuestros españoles tal espanto,
Que nunca se vengó la sepultura
De los que solemniza tierno llanto,
Muertos á manos desta gente dura;
Y es hasta hoy allí cosa notoria
Que ningun español cantó victoria.

Llegada pues la gente y estandarte
De los cristianos al ancon que digo,
Tomaron indios la contraria parte
Do no pudo pasar el enemigo:
Los nuestros los llamaron de buen arte,
Mas ellos amenazan con castigo,
Tirando flechas y haciendo fieros
Y aun hirieron algunos compañeros.

Por pelear los indios con desvío,
Vióse desesperado Palomino,
Y porque carecia de navio
Para hacer por agua su camino:
Con el orgullo grande de su brio
A tal furor y á tal demencia vino,
Que encima del caballo bien armado
Intentó solo de pasar á nado.

Y así por lo fondable fué nadando
En Matamoros su caballo bueno,
Que va saladas ondas apartando
Como veloz delphin en ancho seno;
Mas como lo mas fondo fué faltando,
Detiénete los piés limoso cieno,
Sin que su gran vigor fuese bastante
Para poder pasar mas adelante.

Como los indios vieren deste modo
Al valido rocín y á quien lo guía,
Y que de las prisiones deste todo
Ir atrás ni adelante no podía,
Con grita que se hunde el valle todo
Descargan increíble flechería
En el caballo y en el caballero,
Bien así como suelen en terrero.

Nunca para matar á bestia fiera
Con armas se juntaron tantas manos;
No tantas puyas echa talanquera
A toro rodeado de villanos;
No viento levantó de la ribera
Del arena menuda tantos granos:
Cuantas flechas venian con veneno
Contra los detenidos en el cieno.

Aunque ya traspasados los ijares,
El buen caballo sin perder aliento
Forcejó por salir de los lugares
Que causaron tan grave detrimento,
Y vuelve por lo fondo destes mares
Á poner su señor en salvamiento;
E ya llegados á seguro puerto,
El ilustre caballo cayó muerto.

Fué muy grande la lástima que hizo
En ser tan sin remedio la fortuna,
Aunque primeramente satisfizo
Al amo que sacó del alaguna;
Cuyo cuerpo de flechas un herizo
Salió también, sin lo herir alguna,
Ni jamás á su cuerpo dió herida
Recuento ni batalla muy rompida,

Con ser en los peligros el primero
Y en osadía mas aventajado,
Y herir uno y otro compañero
Conjuntos y pegados á su lado,
Aunque los otros fuesen con acero
Cubiertos y él el cuerpo desarmado:
Lo cual á gente sabia y á sencilla
No causaba pequeña maravilla.

En no le penetrar flechas suiles
Había sido su ventura tanta,
Que si confabularan hoy gentiles
Como los que la musa vieja canta,
También dijieran ser seguun Aquiles,
Que no podía sino por la planta
Recebir detrimento ni herida
Que pudiese privallo de la vida.

Viendo pues la malicia destes senos,
Y cómo de los indios los aparta
Agua de rios, mar y muchos cienos,
El Palomino con congoja barta,
Con seis heridos y el caballo menos,
Determinó volver á Santa Marta,
Donde le dió Vadillo ya venido
El pésame del daño recibido.

Quisiera revolver incontinente
Con gente de perrechos reformada:
Dió parecer Vadillo diferente
Diciendo ser mejor hacer jornada
Donde fuesen entrambos juntamente,
La costa arriba acia la Ramada;
Pues antigua noticia les publica
Ser grande poblacion y gente rica.

Aquel es un compás de tierras llanas,
De largo veinte leguas, y de anchura
No menos, á las sierras comarcanas,
Aunque por partes hay mas angostura:
Contiene grandes montes y zavasas,
Y es tierra de grandísima cultura,
Entre la mar y sierras de Herrera
Y el río de la Hacha por frontera.

De pueblos do la mar está cercana,
Algunos será justo que declare:
Dos Guaymaros, Debuya, Coriana,
Tapí, Paraguanil, Biriburare,
Caborder, Macorí, Proceliana,
Maracaroté, Ormio, Caraubare,
Con otros infinitos separados,
Que callo por no ser tan señalados:

Poblaciones cercanas á los rios,
Con sus calles bien puestas y ordenadas,
Fuertes y potentísimos buhios,
Y á las puertas grandísimas ramadas
Para gozar del fresco de los frios
Vientos, en las calores destempladas;
Y por ser general aqueste uso
El nombre de Ramada se le puso.

Y á causa de cortar con gran trabajo
Con hachuelas de piedra la madera,
El árbol escavaban á buen tajo,
E ya teniendo las raíces fuera,
Tiraban y arrancábanlo de cuajo,
Antes de tener hacha forastera;
Y el tronco limpio ya de sus cervices,
Lo hincaban, arriba las raíces.

Puestos así por orden admirable,
Para siempre, segun que se presume,
Por ser esta madera tan durable
Que solo vivo fuego la consume,
En dulces rios y en la mar fondable
Tan grave peso tiene que se sume,
Y los que cortan hoy viejo madero
Trescientas veces mellan el acero.

Es esto que decimos hoy visible
A quien asientos viejos ver procura;
Cuya madera es incorruptible,
Pues mucha hasta nuestro tiempo dura.
Y no ternia yo por imposible
Ser antiquísima su compostura;
Y en lo futuro puede ser testigo
Si no le toca fuego como digo.

Si la madera vieja ves cortando
Con seguro ó hacha castellana,
Un sutil polvo verde va volando
Que toca la persona mas cercana,
Y la camisa del que está sudando
La pone de color de fina grana;
Y es este colorado tan perfecto
Que no hará Brasil tan buen efecto.

Antes de sus desdichas y desmanes,
Solian poseer aqueste suelo
Los indios tairos y guanebucanes,
Por otro nombre del Calabazuelo:
Los tairos son vestidos y galanes;
Los otros han por bien andar en pelo,
Solamente la parte vergonzosa
Con oro cubren ó con otra cosa,

En un calabazuelo comunmente;
Y estos señoreaban mas la tierra.
Y los vestidos tairos era gente
Que procedía de los de la sierra;
Mas puesto que de casta diferente
Nunca jamás entrellos hubo guerra.
Llamamos tairos á los de Tairona
Y tierras que confinan con Marona.

Son los guanebucanes bien dispuestos,
Y ansimismo las hembras bien dispuestas;
Y si los hombres andan deshonestos,
No menos las mujeres deshonestas:
Los tairos con sus mantas van compuestos,
Las tairas bien cubiertas y compuestas;
Mas la gente desnuda poseía
Mejor dispusición y gallardía;

Gente de gran valor y valentía,
Graciosa, de sinceras voluntades,
Liberal en partir lo que tenía,
Debajo de ser buenas amistades.
Cada cual parte destas poseía
De oro no pequeñas cantidades,
Innumerables joyas y chagalas
Para sus ornamentos y sus galas.

No parecían mal los blancos dientes
Y el torcido mirar con ojos bellos
De las desnudas ninfas destas gentes,
Y las peinadas crenches de cabellos,
Con las preseas ricas que pendientes
Van de nariz, orejas y de cuellos,
Muñecas y molledos rodeados
De brazaletes de oro mal labrados.

A fama de nación tan opulenta,
El Pedro de Vadillo y Palomino
Recogieron trescientos y cincuenta
Soldados, y el pertrecho que convino:
Serían de caballo los setenta;
Con los cuales se ponen en camino
El Vadillo salió primeramente,
Y con él cuasi que toda la gente.

El otro con algunos del armada
Quedóse ciertas cosas ordenando;
El Vadillo prosigue la jornada
Con paz y con amor acaudillando:
Asentó su real en la Ramada
Por puntos y momentos esperando;
El Palomino fué por alcauzallo
Con solos diez ó doce de caballo,

A los cuales él dió muy buen avío;
Y sin que cosa turbe su persona
A Guachaca pasaron y al gran río
Que sale de los valles de Tairona.
El paso suben áspero, sombrío,
Que hacen las montañas de Marona;
Ven, al bajar, un río de quien sienten
Ser menester pasallo con gran tiento.

Mis ojos pueden ser buenos jueces,
Pues lo pasaron sin ninguna guía,
No una sola, pero muchas veces,
Y aun solo sin ninguna compañía,
E ya me vi revuelto con las heces
Y lama que la mala playa cria;
Escapéme también de tigre fiera
Por llevar buen caballo de carera.

Perplejo pues cualquiera caballero
De los que van con él en seguimiento,
El Palomino quiso ser primero
Y entró, no sin algun detenimiento
De su caballo de color overo,
Que visto no pasar con buen aliento
Volvió, no viendo cosa que le cuadre,
Diciendo: « Ya no pare mas mi madre ».

Pero vista la poca diligencia
Que para lo tentar muestra su gente,
Faltó con el orgullo la paciencia,
Y entró segunda vez en la corriente.
No sé con qué rigor ó violencia
El buen overo trastornó la frente:
Caballo solo ven volver al puerto,
Y el amo nunca mas vivo ni muerto.

Van todos en aquel mismo momento
A lo favorecer si parecía,
A todas partes cada cual atento,
Mas por ninguna dellas respondía;
Conocieron su mal acabamiento
Y ser aquel su postrimer día:
Revientan corazones de tristura
Llorando tan acerba desventura.

No voz hereútea por el alto cielo,
Ni grito por los aires esparcido,
Sonó tanto, llamando su mozuelo
Hylas, en fondas aguas sumergido,
Cuanto sonó la voz y desconuelo
De los que lo llamaban sin sentido,
Pues con ser una cosa tan creíble
No podían creer fuese posible.

De Hylas cuentan las antigüedades,
Segun lienen poetas por estilo,
Que del enamoradas las Nayades
Lo recogieron en profundo silo:
De Palomino son ciertas verdades
Sumergillo caimán ó cocodrilo,
Pues por los rios desta circunstancia
Hay destas bestias fieras abundancia.

Y todos los que corren allí juntos,
Al caminante hacen ir confuso
Con tantos; mas volviéndonos al punto
Del intimo dolor dicho de suso,
Desde entonces el nombre del difunto
Al sobre dicho río se le puso,
Y con aqueste son y nombredría
Vemos que permanece todavía.

No viendo pues remedio de la falta
Que hizo capitán tan señalado,
Tomó la mano Sancho de Peralta
Para buscar el paso comenzado:
Y mas arriba por la parte alta
Hallaron todos ellos muy buen vado,
Y así llegó la gente sin caudillo
Adonde estaba Pedro de Vadillo.

El cual supo la nueva desta gente,
Cuyos ojos venían no sin jugo;
Mostró pesalle della grandemente,
Y maliciosos dicen que le plugo;
Luego miró con mas rugosa frente
Y procuró poner mas grave yugo:
Dicen llevar en estas ocasiones
El Palomino malas intenciones.

Y aun yo creo correr á las iguales
En intenciones de la paz ajenas,
Porque si él uno las llevaba malas,
El otro las tenía no muy buenas;
Pero favoreció la diosa Palas
A aquel que merecía menos penas,
Pues en los medios y concierto hecho
El Vadillo perdió de su derecho.

Por todos los soldados se comprueba
Su cargo, sin poner escusaciones,
Porque Vadillo del poder que lleva
Notificó de nuevo provisiones;
Y á Santa Marta se llevó la nueva,
Que fué causa de grandes turbaciones,
Mayormente sabiendo su vecino
La muerte de Rodrigo Palomino.

Pues no sin confusión y gran espanto
Se divulgan las nuevas al momento :
Comienza luego doloroso llanto
Y un caos sin ningún orden ni tiento ,
Y así la viril capa como manto
Manifestaban tierno sentimiento ;
Todos lamentan , cada cual se duele ,
Sin haber de por medio quien consuele .

En blanquísimos pechos hay destrozo ;
Despedazábanse rubios cabellos ;
Dolor quita la toca y el rebozo
Que suelen encubrir cándidos cuellos ,
Como si de la vida de aquel mozo
Pendiera la salud de todos ellos :
Y así con mil renombres que le daban
El padre de la patria le llamaban .

Flojos un poco los estremos tales ,
Y el pueblo de su llanto mas quieto ,
Determinaron hombres principales ,
Reducidos á término discreto ,
De le hacer honrosos funerales ,
Los cuales se pusieron en efeto :
Sácense lutos , hácese gran gasto
Para pompa cabal y mayor fasto .

Luego se congregó la clerecía
Para solemnizar estos oficios ;
Acude soldadesca compañía
Con tristes ceremonias y ejercicios :
Que del difunto cada cual habia
Recebido muy grandes beneficios ;
Y así chico ni grande desta gente
Dejó de se hallar allí presente .

Endurecido pecho se quebranta
Llorando tan acerba desventura ;
La música y el canto que se canta
También representaba gran tristura ;
Túmulo generoso se levanta ,
Y no sin curiosa compostura ,
En torno dél retratos de la muerte
Y letra que decia desta suerte :

Non Palomino habet tumulum que morte quiescat ,
Ast dignus magni laudibus ingenii :
Nam si cuncta satis que fecit gesta «anuntur ,
Hispanos inter grandis et esse potest .

No reposa Palomino
En sepultura notoria,
Mas cierto fué varon dino
Que levante su memoria
Algun ingenio divino :

Porque las cosas estrañas
De sus hechas y hazañas,
Dichas en particular,
Bien pueden tener lugar
Con buenos de las Españas .

Pues ya precipitó la falsa rueda
La fuerza de virtud tan señalada ,
Volvamos á Vadillo donde queda
Robando y asolando la Ramada ,
Donde sacó gran suma de moneda ,
Y mas adentro fué con el armada ,
Pues con guía que tuvo conviniente
En el valle de Upar metió su gente .

Reposaron las gentes castellanias ,
Por hallar abundantes las comidas ,
Campos muy estendidos y zavanas
De venados y puercos proveidas ,
Y rios de las sierras comarcanas
Con aguas en color esclarecidas ,
Y todos estos rios abastados
De grandes diferencias de pescados .

Tierra no de calores ni de frio
Que con exceso no poláis sufrillo ;
Asentó ranchos luego par del rio
Que de su nombre se llamó Vadillo ;
Y de Fernán Bermejo por su brio
Fingióse ser grandísimo carillo ,
Aunque con él estaba muy mohino
Por ser siempre parcial á Palomino .

Este corrió las sierras y los llanos ,
Por ser gran adalid á maravilla ,
Prendió muchos caciques comarcanos
Que dieron harto para la vajilla ;
Fué cebando Vadillo bien las manos
Hasta llegar al rio Carrancilla ,
Dicho Guataporí por otro nombre ,
Y el otro por morir allí tal hombre .

Corren bajos y altos de la sierra
Prendiendo y rescatando muchos reyes :
Muchos vienen de paz y hallan guerra
Contra divinas y aun humanas leyes ;
Prosiguen adelante por la tierra
Hasta venir á dar á Pacabueyes ,
Donde hallaron pueblos prepotentes ,
Hombres desnudos , pero ricas gentes .

Argollones y joyas muy mejores
En ley que las demás deste camino ;
Ansimismo tenían atambores
Aforrados en hoja de oro fino ,
Grandes culturas , ricos labradores ,
Templos dicados al honor divino ,
Segun su parecer y testimonio ,
Mas eran engañados del demonio .

Metió Vadillo pues hasta los codos
Las manos , y los de su compañía
Procuraban por los posibles modos
Absonder cada cual lo que podia ,
Reconociendo dél que lo de todos
Para sí solamente lo queria ;
Y así con su riqueza , que fué harta ,
Determinó volver á Santa Marta .

De los términos sale deste suelo ,
Debajo del ya dicho presupuesto .
Y segun se decia , con recelo
De que venia con el cargo puesto
De Castilla gobernador novelo
Que le pidiese larga cuenta desto ;
Y por irse con mando como vino
Abrevió lo posible su camino .

Vió las ondas del mar con su cuadrilla ,
Habiendo recogido buena pella :
Entraron todos pues en esta villa
Después un año que salieron della .
Ocasiones buscaba de rencilla
Vadillo , sin tener justa querella ,
Y así quiso por el enojo viejo
Poner prisiones á Fernán Bermejo .

El cual , certificado del intento ,
Al templo se retrajo bien armado ,
Engañado del falso pensamiento
Y de muchos amigos confiado ;
Mas el Vadillo dió su mandamiento
Para sacallo del lugar sagrado ,
Y así Pedro de Heredia su teniente
Lo sacó convocando mucha gente .

Luego , sin aflojar el interesse ,
Era Fernán Bermejo maltratado
Con diversos tormentos , porque diese
Todo lo que traía rancheado ;
Respóndele : « No tengo que confiese ,
Porque vos lo tenéis á buen recado ,
Yo os entregué cuanto me dió fortuna ,
Tomando para mí cosa ninguna .»

Y no se contentó con desmembrallo ,
Sino que concibió peor motivo ,
Teniendo por mejor el acaballo
Porque no hable , que dejallo vivo :
Fueron pues los efectos ahorcallo ,
Rigor que pareció ser excesivo ,
Contra derecho y á razon contrario ,
Y mas siendo varon tan necesario .

Contar sus desatinos y pasiones
Sería trabajoso labirinto ,
Y á vueltas de cien mil murmuraciones ,
Que particularmente yo no pinto ,
Decían que hacia fundiciones
Dentro de casa sin pagar el quinto ;
Murmuraban también los oficiales
A cuyo cargo son rentas reales .

El uno de los cuales fué Grajeda ,
Varon del hábito de Santiago ,
Al cual con los demás también enreda
Con falsedades por le dar el pago ,
Y así pasó con otros por la rueda
De la garrucha dura sin halago ,
Sin vellello razon ni hidalgua ,
Ni el autoridad grande que tenía .

Otros muchos pagaron el escote,
Segun á su crúel condicion plugo,
Con público pregon y con azote
Librado de la mano del verdugo;
Y hizo dar á dos ó tres garrote,
Otros huyeron del pesado yugo.
A lo menos aquel que fué contino
En fe y en amistad á Palomino.

Habia ya venido por prelado
Un fray Tomás Ortiz, dominicano,
Docto varon y bien intencionado,
El cual viendo su término tirano
Procuró por un orden moderado
Ile por todas vias á la mano,
Diciéndole ser ya Lerma vecino,
Porque los dos venian un camino.

Ya temeroso de su desconcierto,
Por no ver ocupar otro su silla,
Ante quien le pidiesen el gran tuerto
De los insultos hechos en la villa,
Determinó salir del dicho puerto,
Y así se fué la vuelta de Castilla,
Dentro de pipas de agua su provecho,
Por mas disimular el hurto hecho.

Mas como se ganó con falsa maña,
Por malas vias, por inicuo modo,
En las arenas gordas, en España,
Aquel rico caudal se perdió todo
Dentro de las riberas que el mar baña,
Y el Vadillo quedó puesto del lodo
En otra carabela diferente,
Do se escapó de aquel inconveniente.

No le quedó caudal para que pueda
Solapar su maldad y atrevimiento,
Pues suele muchas veces la moneda
Ser de delictos gran medicamento:
El comendador pues dicho Grajeda
Luego partió tras él en seguimiento.
Trájole la persona tan corrida
Que con prisiones acabó la vida.

Aqueste fué su fin bien merecido,
Y aun ayudáronle segun entiendo.
Y pues con él habemos concluido,
Y Lerma llega ya con gran estruendo,
Quiero dejar pasar este ruido
De trompas que los aires van rompiendo:
Notemos el entrada, y entre tanto
Daremos orden al segundo canto.

CANTO SEGUNDO.

Doblase tracta de la llegada de Garcia de Lerma á Santa Marta, el gran fausto y pompa que trajo, con otras cosas dignas de escriptura.

No pocas veces hace harto daño
Al que de nuevo viene por regente,
Del modo del gobierno ser extraño
Y querer regulallo por su frente,
Pudiendo libertarse del engaño
Siendo su desengaño ya presente;
Mas muchos destos hay tan obstinados
Que no consienten ser desengañados.

Y á mí paréceme que menos yerra
Quien reconoce tractos diferentes
De los quél sabe, para paz ó guerra,
Si se va por do fueron otras gentes
Que para gobernar aquella tierra
Previnieron á los inconvenientes,
Conociéndolos ya por esperiencia,
Y rehuendo dellos con prudencia.

Pues para que se hagan sufrideros
Trabajos insufribles de pesados,
Mas saben todavia los primeros,
Como hombres mas rompidos y cursados.
Y así suelen decir que los arteros
Se hacen de los bien escarmentados,
Y aun primero que hagan esta prueba
Ha perecido harta gente nueva

Al fin el uso hace gente diestra
Y á los futuros trances advertida,
Porque necesidad, como maestra,
Aconseja que cada cual se mida
Con el posible que la tierra muestra,
Sin fausto que le haga dar caída:
Que gran confusion es para los buenos
Por se poner en mas venir á menos.

Y así los capitanes atrasados,
Aunque fueron primeros en el pasto,
Vivian recogidos y atentados
En su casa, familia y en su gasto,
Por no se ver después menos cabados;
Pero Lerma traía tan gran fausto,
Como si fueran infalibles cuentas
Haberse prometido grandes rentas.

Cumplidos eran pues los tres quinientos
Con otros veinte y ocho de la era,
Cuando con sus soldados ochocientos
Vido de Santa Marta la ribera:
Todos traen costosos ornamentos,
Bizarros y follones; salen fuera
Calzas, jubones, varios en colores,
Y cueros de grandisimos primores.

Los casados con capas y con sayos,
Ricamente vestidas sus zagalas;
Hacen reverberar solares rayos
Los plumajes con puntas y otras galas;
Orden luengo de pajes y lacayos,
Mayordomos, trinchantes, maestresalas,
Con todos los restantes oficiales
Que tienen los señores principales.

Pensaban viejos, viejas, mozos, mozas,
Ser poblacion de ricos aposentos;
Y como vian hechas ciertas rozas
Que desmontaron para los asientos,
Y en ellos poco mas de treinta chozas
Comunes á las aguas y á los vientos,
Imaginaban ser mas adelante
Otro lugar que fuese muy pujante.

Mas como los remates y los dejos
De su viaje fueron de manera
Que sin se divertir mas á lo lejos
Los hacen alojar en la ribera,
Quedaron muy confusos y perplejos,
Viendo que la ciudad aquello era,
Do para descansar miembros humanos
Han de hacer los ranchos por sus manos.

Luego Lerma saltó con sus gentiles
Hombres y las personas mas acetas,
Con otras invenciones mas sutiles,
Mas ricas, mas costosas, mas perfetas:
Suenan altos y bajos ministriles,
Húndese la ribera con trompetas:
Un día de juicio parecia
A nuestra baquiana compañía.

Los cuales, como ven tanta devisa,
Tantas y tan costosas invenciones,
Estando los mas dellos sin camisa,
Y apenas camisetas y calzones,
No podian disimular la risa,
Hablando con algunos chapetones,
Y cuando baquianos se topaban,
Cocando desta suerte murmuraban:

« ¿ Qué debe de comer aquel de sopas
Que trae los carrillos tembladeros? »
Otro dice: « Descargarán las popas,
Quedarán los navios mas lijeros. »
Otro decía: « Para guardar ropas
Han de servir de cajas los gargueros,
Pues fallando racion del que gobierna
Las han de rematar en la taberna.

» Gallardisimos van amos y pajes,
Derechas y bien puestas las braguetas,
Acabaránse los matalotajes,
El lujo de pichetes y limetas,
Veréis después caidos los plumajes,
Callar las cherimias y trompetas,
Pues para remojar el intestino
Agua delgada servirá de vino.

» Vos vereis antes que la Pascua venga
 Mozos en cantidad y pajes horros,
 Porque los amos con la hambre luenga
 Iran à mariscar por esos morros,
 Y les dirán : Buscá quien os mantenga,
 Que ya no es tiempo de criar cachorros,
 Ni mis dientes consienten decir *toma*,
 Sino que cada puta hile y coma.»

Aqueste pasatiempo se tenia
 Entre personas necias y aun discretas
 De los antiguos desta compañía,
 Gente de solamente camisetas;
 Y mucho mas al tiempo que comia
 Lerma con cherimias y trompetas,
 Riquísimo repuesto, muchas sillas
 Y ostentaciones grandes de vajillas.

Juzgaba por ventura que se toca
 Y le cumple lo tal en su comarca,
 Pues era gentil-hombre de la boca
 Del César, invicísimo monarca :
 Su hacienda gastó, que no fué poca,
 Sin reservar dineros en el arca,
 No por lo ya sabido destas sierras,
 Sino con esperanza de otras tierras.

Por ser gobernacion muy ampliada,
 Y aunque por asperezas insufrible,
 Esperaban que siendo mas calada
 La hallarian ser mas apacible;
 Y así vino con él gente granada,
 Dejando sus haciendas y posible :
 Algunos nombraremos en la historia,
 Y agora los que diere la memoria.

Pedro de Lerma, mozo cuyo brio
 De rayas igualaba la mas alta,
 Escobar, Villalobos y Berrio,
 Juan de Montemayor, Muñoz, Peralta,
 Fernando de la Feria, que yo fio
 Que para capitán no tuvo falta,
 Ansinismo Francisco de Arbolancha,
 Cuyo valor tampoco tuvo mancha.

Lorenzo de las Casas y el de Aldana,
 Que después en Pirú tuvo gran mano,
 Céspedes y Fernando de Santana,
 Y Anton Santana, su menor hermano,
 Un Pedro de Santúcar, un Lizana,
 Bueso, Juan de Ribera, Juan Toscano,
 Con otros valerosos, de los cuales
 A tiempos nombraré los principales.

Entonces pues do quiera que se vaya
 Estaba toda la ribera llena :
 El costoso jubon, la rica saya,
 Tendidos por descanso de su pena
 De noche por aquella santa playa,
 Sirviendo de colchones el arena,
 Hasta que ya hicieron pobres ranchos,
 No tampoco pulidos ni muy anchos.

Después que reposaron algun dia,
 Faltó racion de castellanos trigos,
 Y luego se cumplió la profecía
 Que les pronosticaron los antiguos,
 Porque la gente toda perecia,
 Y andaban muchos pobres y mendigos,
 Tanto que muchos de los mas gentiles
 Los vian abatir à cosas viles.

Roconociendo los inconvenientes
 Que nacia de las necesidades,
 Y cómo ya caian muchas gentes
 Con pesadimas enfermedades,
 Dejando quien curase los dolientes,
 Que fueron no pequeñas cantidades,
 Determinó de visitar la tierra,
 Pues estaba de paz y no de guerra.

Porque los bárbaros desta frontera,
 Con los ancones del compás marino
 Sustentaban la paz de la manera
 Que les mandó Rodrigo Palomino,
 Cuyo valor entre los indios era
 Tenido por no menos que divino;
 Y así Lerma queria por presencia
 Hacer ostentacion de su potencia.

Pareciéndole bien estos intentos
 A la gente que estaba descontenta,
 Aprestando guerreros ornamentos
 Cada cual à la lista se presenta :
 Juntáronse soldados cuatrocientos,
 Y fueron de caballo los ochenta ;
 Con ellos y con gran fausto que saca
 Se fué Lerma la vuelta de Guachaca.

Alli llegó con orden diferente
 De los pretéritos gobernadores,
 Cama de campo, silla de gran frente,
 Rica vajilla, muchos servidores;
 Con Betanzos, gran lengua desta gente,
 Llamaba los caciques y señores,
 De los cuales algunos acudian,
 Y otros con un « no quiero » respondian.

Muchos dellos también hacian fieros,
 Y así Lerma por atemorizallos
 Envió cantidad de macheteros,
 En cuyas manos no faltaban callos,
 Para hacer por ásperos oteros
 Camino por do fuesen los caballos,
 Que iban con grandisimos trabajos
 Sirviendo solamente de espantajos ;

Pues si supieran lo que de presente,
 Que reconocen bien usos y modos,
 Sin poder defendellos nuestra gente,
 En ásperas quebradas y recodos
 Pudieran estos indios fácilmente
 Hacer que los perdieran allí todos,
 Porque la sierra es tan salerosa
 Que no se vido semejante cosa.

Al fin se mandan ellos por escalas,
 Que desechadas con algun relance
 Todas las otras partes de muy malas,
 Siempre prometen peligroso trance,
 Y son bien menester ligeras alas
 Para dar à los indios un alcance,
 Que corren à su salvo por la cumbre
 Dando sin recibilla pesadumbre.

Y agora sin guerreros movimientos,
 Siendo gente de suyo muy sangrienta,
 Solamente quitaban alimentos,
 Sin perseguir la nuestra macienta,
 Los cuales, segun iban de hambrientos,
 Pudieran padecer mortal afrenta,
 Mas gran ruido va por los altores
 De flautas, de cornetas y tambores.

Viendo la gente bárbara revuelta
 Y en grandes confusiones y alboroto,
 Por medio de la sierra dan la vuelta
 En todo defraudados de su voto :
 Llegan caballos y la gente suelta
 Donde llaman allí valle de Coto,
 Seis leguas poco mas de Santa Marta,
 Donde volvieron con congoja harta.

Porque nunca, después que se corria
 La tierra por aquella circunstancia,
 Nadie hizo jornada tan baldía
 Ni camino de menos importancia,
 Pues del remedio que se pretendia
 Fué menos que ninguna la ganancia ;
 Y así los pobres y necesitados
 Se volvieron mas pobres y causados.

Grande murmuracion invalecia
 En se volver à Santa Marta luego,
 Porque necesidad los compelia
 A no tener allí mucho sosiego ;
 Y así para salir por otra via
 Al Lerma combatía comun ruego,
 Al cual le pareció ser conviniente
 Entrar en Pocigüeyca con su gente,

A causa de tener ya relaciones
 De los antiguos con quien él pratica,
 Ser aquellas insignes poblaciones,
 Y así mismo la gente dellas rica ;
 Demás desto tenían ocasiones
 Por paz, cuyo principio certifica
 La ciénaga que ciñe su frontera.
 Porque ya sustentaba paz sincera.

Y á todos parecia buen empieza
Para poder entrar en su terreno,
Quererles allanar el estrompiezo
Primero, los vecinos deste seno;
Tambián su principal, dicho Tocuezo,
Se profirió traellos á lo bueno,
Debajo cuyas prendas y promesa
Para llegar allá se dieron priesa.

Salieron cuatrocientos escogidos,
Serian de caballo mas de ciento,
Del seco pan de yuca proveidos,
Que fué lo principal de su sustento:
(que los trabajos antes padecidos
Pusieron á los mas en escarmiento,
Y es el cazabi pan que si se moja
De toda su substancia se despoja.

Pues el alforja siendo remojada
Por ciénagas ó pluvias ó creciente,
Quien piensa llevar algo lleva nada,
Y puede ver comer y estar á diente:
Y quien lo come tenga preparada
Bebida con que pase buenamente,
Pues si se retardasen los bocados
Podrianse burlar los convidados.

Llevaha Lerma pues sus fuerzas todas,
Vajillas y larguissimos repuestos,
Como si fueran á solemnes bodas
Y no para peligros manifiestos:
Van azadones, barras, van escodas
Para hacelle llanos los recuestos;
Va Tocuezo también muy diligente
Para llamar de paz aquella gente.

Llegaron á las faldas de la sierra
Donde tenian muchas sementeras;
Pobladísima ven toda la tierra,
Insuperables todas las laderas;
Mándanse ya de paz ó ya de guerra
Por enhiestas y largas escaleras
De grandes lajas puestas de buen arte,
Por no poder subir por otra parte.

Subió Tocuezo la cercana loma
Llamando los propincuos moradores:
Sobresaltáronse, mas él los doma
Y hizo que perdesen los temores;
Salió luego de paz su gran naoma
Con algunos caciques y señores;
Lerma los recibió con buena maña
Dándoles cosas hechas en España.

Subieron pues al pueblo mas cercano,
Que de gran cantidad de casas era
Por orden repartidas en un llano
O hoya bien así como caldera,
A causa de tener á cada mano
Muy alta y asperísima ladera:
Hay en torno labranzas y frutales,
Regatos grandes destes naturales.

Desampararon indios el asiento,
O por ir á lugares mas seguros,
O porque de su propio nacimiento
Son todos intractables y hombres duros:
Cada cual escogió buen aposento,
Y sin adivinar males futuros
Usaba Lerma siempre de sus pompas
Con son de cheremias y de trompas.

Esperimentó luego rica silla
La majestad de Lerma cuánto pesa:
Ostenta repostero la vajilla,
Los pajes diligentes ponen mesa;
Mas no ternia yo por maravilla
Los bárbaros hacer en todo presa,
Viendo la destruición y destemplanzas
En sus casas, frutales y labranzas.

Y así los indios por las demasias
Ajenas de su poco sufrimiento,
Se detuvieron mas de treinta dias
Sin acudir con reconocimiento;
Pero salieron ciertas compañías
A quien el Lerma dió su mandamiento
Para que los caciques vengan luego,
O donde no, sus casas quemé fuego.

Iba por capitán Juan de Berrío,
Varon cuya virtud fué muy entera,
Y con él cien soldados de buen brio,
Como Mateo Sanchez y Ribera,
Fernando de Santana, Juan del Rio,
Anton Martinez, Pedro de Herrera,
Y otros algunos, gente conocida,
Que hasta hoy alguno tiene vida.

Suben con el valor que convenia
Como dos ó tres leguas de distancia;
Llaman de paz aquella compañía
Que hallaban por esta circunstancia,
Tocuezo les habló lo que sabia
Ser para su quietud de mas substancia;
Mas ellos ya dispuestos á la guerra
Le responden que salgan de su tierra.

Juntamente por muchos se comienza
Un no sé qué de mal comedimiento:
Los nuestros viendo tanta desvergüenza
A fin de los poner en escarmiento,
Quebrantaron los hilos de la trenza
Que solia tejer buen sufrimiento;
Y así subieron por aquellas cuestras
A punto las rodela y ballestas.

Era de tal altor esta frontera,
Que para la subir, forzosamente
Habian de pasar por escalera,
Donde no vian defensor patente:
El Berrío llevó la delantera,
Y todos van con brio diligente;
Mas parecieron luego tantas manos
Que hacen reparar á los cristianos.

Y si para subir se daban priesa,
Para bajar no tienen menos ganas,
Porque sobrellos llueve muy espesa
Aguda flecha, golpe de macana,
Piedra de todas partes, que no cesa
De lastimar la gente castellana:
Unos saltaban dos, tres escalones,
Otros bajando van á trompicones.

Bien como cuando carga mucha gente
A ver algunas fiestas en tablado,
Que se quiebran las vigas de repente
Y unos sobre otros van mal de su grado,
Este se quiebra pié y aquel la frente
Otro de piés ajenos es hollado,
Y el que pudo saltar mas y primero,
Ese libró mejor si fué lijero:

Así también la misma pesadumbre
Tuvieron los soldados deste bando,
Pues cuando vieron tanta muchedumbre
Que venia sobrellos descargando,
A su pesar bajaron de la cumbre
Unos sobre los otros tropicando,
Y el que saltar podia por encima
Ese se tuvo por de mas estima.

Tiéñese por rüin el mas tardío,
Por de mayor valor el menos flojo,
Por seguro quien hace mas desvío,
Quien huye por valiente y ortodojo:
A muchos hieren, hieren á Berrío,
De tal suerte que siempre quedó cojo;
Y aun fué bien venturosa la herida,
Pues no fué perdidoso de la vida.

Porque del número de los heridos
Escaparon muy pocos ó ningunos,
Y á ser con mas instancia perseguidos,
No volvieran de males tan ayunos:
Mas con vellos los indios divertidos,
No curaron de ser mas importunos,
Satisfaciéndose con lo ya hecho
Y con manifestalles su mal pecho.

Pues indios que tenian un cabezo
Y estaban á la parte mas cercana,
A voces dicen: «Húyete, Tocuezo,
Si no quieres morir muerte temprana,
Porque te torceremos el pescuezo
Si acaso te halláremos mañana;
Y á Lerma dirás luego que se salga,
Si hallare guarida que le valga.»

El amenaza que se le hacia
Por sus propios amigos y parientes,
Solamente Tocuezo percibia,
Y dió declaracion á muchas gentes .
Berrio recogió su compañía ,
Así los sanos como los dolientes ,
Y con gran priesa bajan la ladera
Hasta llegar do Lerma los espera.

El cual de ver negocio tan confuso
Mostró gran sinsabor y sentimiento ;
La venganza del hecho se propuso ,
Segun pedía tal atrevimiento ,
Sin creer á la gente de mas uso ,
Que por ventura fué su perdimiento :
También Tocuezo dijo ser aviso
Salirse luego Lerma , mas no quiso.

Antes al indio dijo que volviése ,
Pues era de cristianos tan amigo ,
Y á todos los caciques les dijese
Que lo tuviesen ya por enemigo ,
Porque verian antes que saliese
Un mas que crudelísimo castigo ,
Y hasta lo mas alto de la sierra
Había de quemar toda la tierra.

El indio , no queriendo dalles cebo
Y ser mejor vivir á mira y anda ,
Le respondió : « Yo hice lo que debo
Para tornar aquesta gente blanda ;
Mas agora no puedo, ni me atrevo
A les notificar esa demanda ,
Porque descargarán unos y otros
En mí lo que desean en vosotros.

» Y si teneis acaso presupuesto
De ir á castigar estos salvajes ,
No sudes en subir algun recuesto ,
Pues , sin que tú los busques ni trabajes ,
Yo sé que te vernán á buscar presto ,
Cargados de macanas y carcajes ;
Mas yo no quiero ver tan mala cosa ,
Sino poner los piés en polvorosa . »

Lerma dijo : « Podrás estar seguro
Que no querrán tomar tan mal consejo .
Pero Tocuezo como ya maduro
Y con las experiencias de hombre viejo ,
La tierra ya cubierta con obscuro ,
Arrebató las armas del conejo ,
Teniendo por mejor salto de mata ,
Que la seguridad de que se trata.

Ido Tocuezo , luego se procura
Velar por el compás á la redonda ,
Y á causa de la noche ser obscura
Peones y caballos hacen ronda ,
Con la solicitud del que segura
Quiere hacer su nave con la sonda ,
A fin de descubrir aquel engaño
De donde le podría venir daño.

Y al tiempo ya que la nevada cumbre
Sus cándidos colores descubria ,
Tocados y heridos de la lumbré
Quel hijo de Latona les envía ,
Apartada la ciega pesadumbre
Con la presencia del presente dia ,
Dejan los que dormían sus cubiles
Al son de sonoros ministriles.

También del soporífero sosiego
El confiado Lerma se levanta :
De sus ropas le hacen el entrego
Desde los altos hombros á la planta ;
Un capellán le dijo misa luego ,
Y no mucho después también ayanta
Con vajilla de plata bien labrada
Y con la majestad acostumbrada.

Y al tiempo que se hacen ya pequeñas
Las sombras todas de los vegetales ,
Y huyen del calor á frescas breñas
Los unos y los otros animales ,
Parecieron por riscos y altas peñas
Inmensa cantidad de naturales ,
Con tales gritas , voces y gobierno ,
Que parecían furias del infierno.

Bien como lo que cuentan del ruido
De ciertos montes septentrionales ,
Que no lo puede comportar oído
De todos cuantos hay de los mortales ,
Antes con tanta voz , tanto bramido
Han perecido gentes principales :
Así también aquí se desatina
El español con grita tan continua.

Porque las gentes á furor subyetas
Se convocan , animan y se llaman ,
Tocando sobre mas de mil cornetas
Que parece tocándolas que hraman :
Innumerable copia de saetas
Por una y otra parte se derraman ,
Galgas lapídeas, infinito canto ,
Que al mas fuerte causaban gran espanto.

No falta gran ruido de atabores
Que tocaban en una y otra loma ,
Con los pesados gritos y clamores
Que suelen los secuaces de Mahoma :
Quince caciques son, grandes señores ,
Subyectos á los mandos del naoma .
Llamado, segun dicen , Marocando ,
Sus gentes cada cual acaudillando.

Serian mas de veinte mil salvajes
Inflados con guerreras apostemas ,
Y con aquellas furias y corajes
De gentes renegadas y blasfemas :
Menéase gran suma de plumajes ,
Ricas coronas, lucias diademas ,
Resplandecientes pectos y chaguales ,
Lucidos brazaletes y otras galas.

No venian con orden mal digesto ,
Sino con un compás bien concertado ,
Acomodado cada cual al puesto
Que por su capitán fué señalado ,
Sin que las asperezas del recuesto
Efecto haga desproporcionado ,
Porque venian estas gentes juntas
En dos prolijas alas ó dos puntas.

El un cacique, dicho Macopira ,
Gobierna con Macorpes el un ala ;
No con menos furor ni menos ira ,
A la siniestra va Toronomala ;
En este mismo puesto Doromira ,
El cual en gran destreza les iguala ,
Y Marocando, principal regente,
Va con otros caciques en la frente.

Guiando van así los escuadrones
Por recoger en medio los cristianos ,
Entre los cuales hay disposiciones
Mas para sueltos piés que para manos
Pues no menores son sus turbaciones
Que de confusa junta de villanos ;
Y así para guardar la dulce vida
Piensan que su salud es la huida.

A gran priesa pidió Lerma Polanco
Arené escogidísimo que lleva ,
Queriéndose con él armar en blanco
De lo superior hasta la greva ;
Mas bien pudieran dalle toque franco
Los indios , si hicieran en él prueba ,
Porque para la guerra destas gentes
Las tales armas son impertinentes.

También las asperezas de la sierra
Para caballos son inaccesibles :
Hay muchos aguaceros en la tierra ,
Y en ella los calores insufribles ;
A venenosas falchas desta guerra
Menos parecen armas invencibles ,
Pues por poco que quede descubierto
Por allí sin errar puede ser muerto.

Y así para las tales ocasiones
Son mas acomodados y lijeros
Los sayos estofados de algodones
Que usan baquianos compañeros ,
Y sirven en las noches de colchones :
Son defensa de grandes aguaceros ;
Si durmiendo rebato lo recuerda
Vestida tiene ya la mano izquierda,

No se turba tomándolo dormido,
Por ya tener allí sin que se mude
Con que poder salir apercebido,
Y a la mano halló con que se escude,
De sus industrias propias socorrido,
No con mizo ni paje que le ayude,
Segun agora Lerma, y aun no puede,
Porque ningun lugar se le concede,

A causa de llegar el terremoto
De flechas que no van sin yerba fina,
Y tan grande la grita y alboroto
Que'l buen gobernador se desatina;
Y así sin esperar ajeno voto
Aprieta las espuelas y camina:
Siguiólo mucha gente de caballo
Tomando por achaque no dejallo.

El peon, que no puede mas, espera
Y al impetu terrible que venia
Hizo rostro la gente mas guerrera
Con el mejor concierto que podia:
Juan de Céspedes y Juan de Ribera,
Un Pedro de Santlúcar, un Mejía,
Fernando de Santana, Anton de Palma,
Queriéndola ganar, ó dar el alma.

Ejercitanse bien ambas escuelas,
Cada cual segun uso de su Marte;
No duermen las espadas y rodellas,
Las macanas se juegan de buen arte,
Derríbanse narices, dientes, muelas,
Mortales golpes hay de cada parte:
Unos caen los cascos ya deshechos,
Otros rotos los vientres y los pechos.

Un gentil indio viene dando carga,
Que gran estrago por los nuestros hizo:
Era de nariz curva, barba larga,
Y tal que se creia ser mestizo;
Todo por donde va lo desembarga
Por poderse hacer encontradizo
Con Pedro de Santlúcar, cuya espada
Mas que las otras era señalada.

Luego como llegó donde desea,
Juega la pesadísima macana;
Como lijero tigre se menea
A vista de la gente castellana:
Comiézase la singular pelea,
A la cual el Santlúcar fué de gana;
Los golpes insufribles del desnudo
Atormentan el brazo del escudo.

Queriendo segundar el indio fiero,
El Santlúcar, al tiempo del amago,
El cuerpo le hurtó como lijero:
Dió la macana del gandul en vago;
Llegó luego la mano del acero
Para que no se vaya sin su pago,
Y antes que le pusiesen embarazos
Le llevó de revés entrambos brazos.

Puestos en el hervor desta porfia,
Que ya contra los nuestros iba prona,
Un vizcaino, Sancho de Murguía,
Procuró de tomar una corona
De cierto principal, á quien habia
Muerto con gran valor de su persona:
Tomóla, mas teniéndola cogida
Dejóla juntamente con la vida.

Desde que Murguía dió postrer aliento,
Con muerte castigada su demencia,
Cargó tan invencible movimiento
Que fué flaca cristiana resistencia;
Y de los españoles mas de ciento
Del humano vivir hacen ausencia:
El resto no pudiendo defenderse,
Tuvo por buen consejo retraerse.

Mas el alferez dicho Benavides,
No sé si por quitar algun despojo,
Se quiso señalar en estas lides
Con golpes llenos de mortal enojo;
Pero poco duraron sus ardidés,
Por acertalle flecha por un ojo:
Perdió la luz, y fué por la herida
El ánima del cuerpo despedida.

Aparejóse para la venganza
Un hombre de caballo poco diestro:
Contraria le salió su confianza,
Y el hado que la dió le fué siniestro,
Porque Marcofes le tomó la lanza,
Asiendo muchos indios del cabestro,
Y tantos apuntaron al terrero,
Que'l caballo murió y el caballero.

Y sin soltar la lanza de las manos
Marcofes ocupó cierto camino
Angosto, por do huyen piés livianos
De los que temen este torbellino,
Y con ella mató cuatro cristianos,
Y muchos mas matara, pero vino
Pablo Fernandez en aquel instante,
Poniendo la rodela por delante.

Marcofes usa de su destemplanza;
Pero fuéle la punta rebatida,
Y al tiempo que de veras se abalanza,
El asta mas compuesta y estendida,
Pablo Fernandez le ganó la lanza
Y juntamente le quitó la vida;
Y así se libertó del detrimento
Y á muchos que le van en seguimiento.

Muñoz y Juan Gutierrez y Zavallos,
Procurando llegar á tierra llana
E yendo todos tres en sus caballos,
Topan á Delgadillo y á Santana
En grande confusion, y por librallos
De la muerte que al ojo ven cercana,
Como personas comedidas, francas,
Los dos peones toman á las ancas.

Mas antes de pasar los reventones
Por adonde pasaron los primeros,
Llegaron otros nuevos escuadrones
Que mataron aquestos caballeros
Y los caballos, mas los dos peones,
Escaparon allí por ser lijeros:
Así lo cuenta como yo lo escribo
El Anton de Santana, que es hoy vivo.

Céspedes y Fernando de Santana
Y Pedro de Santlúcar y otra gente
Que por acá llamamos baquiana,
Recogen los que pueden buenamente
De la recién venida castellana,
Cuya salud está dellos pendiente;
E ya haciendo rostro, ya huyendo,
Se fueron á la playa retrayendo.

Finalmente, de sanos y heridos
Formaron escuadron por tal concierto,
Que nunca mas pudieron ser rompidos,
Menos alguno destes quedó muerto,
Con pelear y ser acometidos
En cada reventon y en cada puerto,
Poniendo corazon al que desmaya,
Hasta que ya salieron á la playa.

Do Garcia de Lerma luego puso
La mano con dolor en la mejilla,
Cercado de congojas y confuso
De ver tan cercenada su cuadrilla;
Y sin sacar provecho dalles uso
A bárbaras naciones de vajilla,
Quedando juntamente por rehenes
Cama de campo y otros muchos bienes,

A quien se daba poco que se rompa
Cualquier preseca rica y estimada;
Mas él no comerá con dulce trompa,
Sino con trampa mas acomodada,
Y habrá por bueno de dejar la pompa,
En semejantes guerras escusada;
Pues el buen capitán acá no usa
Llevar sino las cosas que no escusa.

Llegados pues los que salieron buenos,
Con él á Santa Marta se volvieron,
Pero de cuatrocientos ciento menos,
Sin otros quinze que después murieron,
No de rabiosos términos ajenos,
Porque rabiando todos perecieron,
Y de piernas, molledos y de brazos
Se caian las carnes á pedazos.

Lerma también constó sacar herida
De sus armadas piernas la derecha,
Llevándola tan torpe y entumida
Que sospechó ser venenosa flecha;
Mas á la gente vil, descomedida,
No dejó de ocupar falsa sospecha,
Diciendo que se dió con un espuela,
Mas fué maliciosísima novela.

Pues se supo de cierto ser saeta
O flecha, no con yerba, sino pura,
Y en ocasion á ella tan subyeta
A pocos ha cabido tal ventura;
Gran número de dias tuvo dieta,
Sin que faltase diligente cura,
Y por ser flecha limpia de veneno
A los cuarenta dias quedó bueno.

Teniendo pues de vida confianza,
Hizo congregacion de sus soldados
Para comunicalles la venganza
Que desean los hombres lastimados:
Manifestóles con gentil crianza
Sus trazas, sus intentos y cuidados;
Y las palabras del razonamiento
En substancia son estas que yo cuento:

« Señores, en guerrera competencia,
Al teórico mas aventajado,
Si práctica le falta y experiencia,
Las menos veces es bien alinado,
Y el uso y ejercicio sin prudencia
Efecto no promete concertado;
Mas quien sin estas faltas hace suerte
Por imposible tengo que no acierte.

» Yo conozco que traje buenas gentes
De capitanes y soldados viejos,
Y en negocios de guerra tan prudentes
Que de muchos podrian ser espejos;
Mas acá son las cosas diferentes,
Y así cumple seguir nuevos consejos:
Que nuevas reglas, nuevas prevenciones
Piden también las nuevas ocasiones.

» De presente querriamos enmiendas
De los pasados daños recibidos,
Y procurar poner algunas riendas
A bárbaros tan sueltos y atrevidos;
Y no será hacer malas haciendas
Tomar consejos de los mas cortidos;
Pues en los semejantes menesteres
Mas lumbré tienen viejos pareces.

» A mí del mismo yerro redarguyo,
Y el enmienda será la que ya muestro:
Seguir á los antiguos hombres, cuyo
Parecer servirá de buen maestro,
Para que corriamos con el suyo
El yerro cometido por el nuestro;
Mas antes que hagamos movimiento
Quiero decir también lo que yo siento.

» Del valor de los indios sois testigos,
Y aun hoy con la victoria mas lozanos;
A la mira teneis indios amigos
Cuyos intentos no pueden ser sanos,
Si no damos calor á los castigos,
Y vieren que tenemos buenas manos;
Pues sus deseos son y voluntades
Gozar de sus antiguas libertades.

» Por tanto, si reciente dolor arde,
Que de venganzas es buen alcahuete,
Lo dicho con secreto se reguarde
Y el buen efecto dello se decrete:
Pues cuanto lo hiciéremos mas tarde
Tanto mayor peligro nos promete,
Y el abreviar en cosa semejante
Podémoslo tener por importante,

» Bien veo que sus flechas son nocivas,
Asperísima sierra, y ellos duros;
Pero no tienen armas defensivas
Ni pelean detrás de fuertes muros,
Y en su flaco pajar con llamas vivas
Los podrian quemar sobre seguros;
Pues á nación tan vil, crúel y perra,
A fuego y sangre cumple dalles guerra.

» Esta necesarísima jornada,
Sin la cual no terneis hora segura,
Para que vaya bien encaminada
Tenia por grandísima cordura
Dalles una terrible trasnochada
Cuando la noche fuere mas oscura;
Pues que sabeis que aquella serranía
Nadie la salté por esta vía.

» Para mejor pasar esta carrera
Y salirnos en salvo con el hecho,
Ninguno de caballo vaya fuera,
Pues causara mas daño que provecho:
Peones han de ser, gente lijera,
Que salga libre de cualquier estrecho,
Y han de dar en los indios á tal punto,
Quel golpe y el tronido llegue junto.

» Segun aquello que la tierra muestra,
Este parece orden conveniente,
Si por juicio de la gente diestra
Otro no se hallare mas factible,
Pues experiencia, prósvida maestra,
Imposibilidad hace posible;
Y así deseo que mayor prudencia
Sobre mi parecer dé su sentencia.»

Oída la razon, dijeron todos
Los que podian autorizar plaza,
Que para ir por ásperos recodos,
Que gente de contrarios embaraza,
Eran los dichos los mejores modos,
La mas segura y acertada traza;
Porque yendo callados y secretos
Se podrian hacer buenos efectos.

Hízose lista pues de los cabales
Hombres que allí tenia nuestra Hesperia:
Son doscientos y diez, de cuyos males
Nos da desdicha larga la materia;
Y fueron los caudillos principales
Escobar y Fernando de la Feria,
Soldados valerosos, principales,
Pero no para mandos tan cabales.

Al tiempo pues que nubló vespertino
Encubria los ricos y mendigos,
Todos ellos se ponen en camino,
Sin quererse fiar de indios amigos
Para que no tuviesen adivino
Ni de su pretension otros testigos;
Y los nocturnos nublós apartados,
En un monte estuvieron emboscados,

Hasta se despedir febea lumbré
Y volver las tinieblas á su juró,
Vistiendo como tienen de costumbre
Todas las cosas de color obscuro;
Y entonces caminaron á la cumbre
Por do les parecia mas seguro:
Subieron asperezas á porfía,
Pero no por el orden que cumplia.

Porque sin esperar los diligentes
A los mas tardos y de menos tinos,
Y sin examinar inconvenientes
Que de diestras consultas eran dinos,
Se partieron en partes diferentes
Como dieron en copia de caminos,
Puesto que cada cual tuvo creído
Ir juntos y ninguno dividido.

Pero llegados á las poblaciones
Do pudieron subir sin ser sentidos,
Los capitanes sin sus escuadrones
Confusos se hallaron y perdidos,
Contando solos veinte y seis peones,
Del cuerpo de la gente divididos,
Sin poder atinar por qué ladera
Caminan los demás de su bandera.

Habian de subir á lo mas alto
En las obscuras horas del sosiego.
Antes que dieren el primer asalto,
Y á los demás venir bajando luego;
Pero Juan de Escobar, viéndose falto,
En el pueblo mas bajo puso fuego,
Porque los divertidos acudiesen
A do la claridad del fuego viesén.

La viva llama su furor estiendo
Y por los altos de las casas vuela :
Caneyes potentísimos enciende,
Aviva grande viento la candela ;
Sabia quien el fuego comprende,
No barrantando dolo ni cautela,
Mas todavía sin haber sospechas,
En las manos los arcos y las flechas.

A las voces y gritos del despierto
El que estaba dormido se despierta,
Y en el salir tenían tal concierto
Que ningún español los desconcierta :
Ninguno de los indios quedó muerto
De cuantos acudían á la puerta,
Por salir cada cual tan á recado
Como si fuera sobre muy pensado.

Reverbera la luz por los altores ;
Suenan voces de gentes alteradas ;
Levántanse cercanos moradores,
Y acuden á las llamas levantadas ;
Claramente se ven los malhechores ;
Resplandecen los yelmos y celadas ;
Y así los indios como los cristianos
Aderezan las armas y las manos.

Los españoles otros, que gran trecho
Estaban apartados deste puesto,
Por la lumbre que ven juzgan lo hecho :
Mas no pudieron acudir tan presto
Por la gran aspereza del repecho
Que por delante tienen contrapuesto ;
Pero ya resbalando, ya cayendo,
La derecha ladera van subiendo.

Los otros que pusieron la candela
Y no salieron bien con el insulto,
Cumplíales hacer buena rodela
Para no dar las flechas en el bulto ;
Y el mas valiente dellos se recela
Por oír de gaudules gran tumulto,
Sonando por los altos y peñoles
Cornetas de marinos caracoles.

Llenos de confusion, llegó la hora
Cuando mostraba ya por el altura
Sus dorados cabellos el aurora,
Cuya lumbre les fué menos segura,
Pues aunque cumbres de los montes dora,
Sus corazones viste de tristura,
Viendo la multitud que los rodea
Sin poder escusarse de pelea.

Bien como cuando de las dulces venas
Solen nuevos enjambres en verano,
Que para no volver á las colmenas
Ocupan el espacio comarcano :
Así de indios ven laderas llenas
Que vienen al ejército cristiano,
Con tal braveza que de solo vellos
Se ponen erizados los cabellos.

Llegados al conflicto y al aprieto,
Cada cual de sus armas se aprovecha,
Declarando por obras su concepto,
Pues ponen su salud en su derecha ;
Mas el arma que hace mas efecto
Es la mortal y venenosa flecha,
Cuya menor y mas leve herida
Quita las esperanzas de la vida.

Animan sus soldados los caudillos
De nuestros fatigados castellanos,
Cuyo cansancio les ponía grillos,
Porque los indios sueltos y lozanos
No solo no se hartan de herillos,
Mas quiérentos tomar vivos á manos,
Con un recuento tan impetuoso
Que no les daban punto de reposo.

Como toros á quien gente lijera
Va con agudas puntas enclavando,
Que como nunca para su carrera,
Y aquí y allí y allá suenan gritando,
La lengua con sudor echan de fuera
Y están con los ijares arqueando :
Así tienen á nuestros españoles
Los bárbaros y los ardientes soles.

T. IV.

Como la gente y el que los gobierna
Andaban mas sin huelgo que con bazo,
Mataron á Francisco de la Serna,
Que peleaba con heróico brazo ;
Hirieron á Escobar en una pierna,
De la cual luego se cortó un pedazo,
Por librarse con esta diligencia
De aquella venenosa pestilencia.

Y un indio desde el alto de un cabezo,
Con una piedra dió golpe tan lleno
Que dél cayó Mateo de Burruezo,
Soldado conocido por muy bueno ;
Al Escobar pasaron el pescuezo,
Aunque con flecha limpia de veneno,
Que si no mal pudieran socorrello,
Pues no cumplía cercenar el cuello.

Dos veces mal herido tuvo vida,
Con no poder tener á mano fuego.
La demas gente desta dividida
No traía menor desasosiego :
Con golpe de mortífera herida
Fernando de la Feria cayó luego ;
Al fin el español ya sin remedio
Tierra determinó poner en medio.

Visto huir la gente peregrina,
Sin esperar el sano por el cojo,
El bárbaro sus pasos encamina,
No con hervor de flaco ni de flojo,
Y de la sierra hasta la marina
El campo con la sangre dejan rojo ;
Pues ya con flecha, ya pechos abiertos,
Quedaron sobre cien cristianos muertos.

Los bárbaros críeles y nocivos
Por escudos y por espadas huellan,
Con las cuales á todos los captivos
Traspasan, hieren, matan y degüellan ;
Y á los cristianos muertos y á los vivos
Las caras con las barbas les desuellan,
Que vista cada cual de paja llena,
Espectáculo fué de harta pena.

Aquellos que libró su lijereza
A Santa Marta fueron mal parados,
Mostrando las angustias y tristeza
Que nacen de sucesos desdichados ;
Y había de presente tal flaqueza
Y número tan poco de soldados,
Que el gobernador tuvo por incierto
Poderse sustentar en aquel puerto.

Por ser como doscientos castellanos,
O pocos mas de nuestros peregrinos,
Y de los naturales comarcanos
Sobre noventa mil los mas vecinos,
Que con arcos y flechas en las manos
Son peores que espíritus malinos ;
Pero con todas estas turbaciones
Estuvieron quietos los ancones.

No para que jamás les fuesen gratos
Los rostros de las gentes extranjeras,
Mas por los vinos caros ó baratos
Que solían venir á sus riberas,
Y por rescates otros y contratos
De herramientas para sementeras ;
Y lo mas cierto es, á lo que siento,
Quitalles Dios aquel atrevimiento.

Pero la gente nuestra temerosa,
Aunque velaba como convenia,
Pues el mas descuidado no reposa
Y de la lengua noche hace día,
Pensaba si rugía cualquier cosa,
Ser multitud de indios que venia,
Hasta que deshuacian sus anteojos
Con claridad y examen de los ojos.

Mas cuando se recela rompimiento,
Considerando que los indios suelen
Enalmagrarse con aquel unguento
De bija que con trementina muelen,
Los que tienen algun conocimiento
De lejos los barrantan y los huellen ;
El cual olor también tienen las ramas
Del arbor bija puestas en las llamas.

18

En este tiempo pues que so recela
La venida de los alderredores,
Encendieron con bija la candela
En casa de uno destes pobladores:
Las narices de los que hacen vela
Al punto percibieron los olores;
Fué cosa por entonces creedera
Estar sobrellos toda la frontera.

Tocaron arma los que tienen voto,
Pareciéndoles ser verdad patente:
Levántase rüido y alboroto;
En confusion se ve quien menos siente,
Así como si fuera terremoto
Que viene con obscuro de repente;
Finalmente, la gente castellana
Veló hasta que vino la mañana.

Después del sobresalto, que fué sumo,
Llegada ya la luz del claro día,
Aquella turbamulta se fué en humo
Viendo cómo de humo procedía;
Mas pues en este canto yo consumo
Mas espacio de tiempo que debria,
Y quedo cuasi sin aliento, quiero
Cobrallo para el canto venidero.

CANTO TERCERO.

Donde se cuentan varios acontecimientos de cosas durante el gobierno
de García de Lerma.

No cuantos tienen nombres de soldados
Son dignos de por tales ser tenidos,
Así como son muchos los llamados
Y de los muchos pocos escogidos:
Señálanse los hombres esforzados
En animar á los que ven caídos,
Porque en la haz del hélico tumulto
Muchos vereis que son como de bulto.

Y así también en las calamidades
En aquella sazón acontecidas,
Había muchos destas vecindades
Que no hacían cuenta de sus vidas,
Y otros tenían las dificultades
A sus buenos esfuerzos sometidas,
Prestando á los demás, porque no penen,
El ánimo y el brazo aquellos tienen.

Y el Lerma con aquestas turbaciones
También se consumía con tristeza,
Y quiso por las tales ocasiones
Desamparar aquella fortaleza,
Habidas muchas consideraciones
Cerca de los peligros y pobreza;
Pero viejos en estos menesteres
Estaban de contrarios pareceres.

Destos antiguos era compañero
Un Alonso Martín, hombre famoso,
Varón en sus consejos muy entero
Y en los trances de guerra venturoso,
Único y admirable ballestero:
Aqueste, como cuerdo y animoso,
A solas, sin testigos circunstantes,
Al Lerma dijo cosas semejantes:

«Pena tengo, señor, del mal suceso,
Mas no me maravillo que lo haga:
Pues en el caso próspero y avieso
Nunca fortuna va por una raya:
Mil coeces suele dar, mas no por eso
El valeroso capitán desmaya,
Antes cuanto mas flaco y abatido
Menos se reconoce por vencido.

» Este mismo valor quiero que siga
Varón que tiene tan ilustres prendas,
Y que no lo desmaye la fatiga
Causada del rigor destas contiendas,
Por no dar ocasión á que se diga
Que con miedo quereis volver las riendas;
Pues tal murmuración el varón fuerte
Procura de huir mas que de la muerte.

» Las obras y palabras de constante
Anejas son á vuestro nacimiento;
Y así conviene que para adelante
Conozcanos en vos tan buen aliento,
Que visto vuestro brio, se levante
Él mas acobardado pensamiento;
Pues los soldados en cualquier demanda
Andan con el calor del qué los manda.

» Demás desto, señor, no tengais pena
Por padecer pobreza de presente;
Pues os daré también la bolsa llena,
Si vuestra merced quiere darme gente:
Prefiérome tener maña tan buena,
Quel mas frío soldado se caliente,
Porque ya conceis set el dinero
Para los calentar gentil braseró.

» Si concebís acaso pensamiento
De no cumplir agora salir fuera,
Por padecer el pueblo detrimiento,
Estando de mal arte la frontera,
Ningun temor tengais de movimiento,
Que no se mueven tan á la lijera,
Mayormente do los caballos huellan
Y rompen, desbaratan y atropellan.

» Lo dicho me parece medicina
Para poder salir desta congoja,
Y el remedio que hace mas aína
Fortísima la gente, de muy floja:
Quien al os aconseja desatína,
Y es lo demás andar de mula coja;
Tengo mi parecer no por siniestro,
Salva la corrección del mejor vuestro.

El Lerma procuró de estar atento,
Como varón sagaz y bien compuesto,
Y prometióle, no sin juramento,
Habiéndole cuadrado lo propuesto,
De le dar todo buen aviamiento,
Y quel despacho dél sería presto,
Por parecer consejos de discreto
Y convenir ponellos en efeto.

Luego con instrumentos musicales
Se mandó pregonar un mandamiento,
Por el cual capitanes, oficiales
Y soldados vinieron al momento;
Y hechas de silencio las señales,
Declaró Lerma con razonamiento
Que hizo, pretender perseverancia,
Del cual aquí ponemos la sustancia.

«Caballeros y amigos, el deseo
Que para remediaros he tenido,
Si no ciegan pasiones, yo bien creo
Que cada cual lo tiene conocido;
Pero, como sabeis, ningún empleo
Hecimos que bien haya sucedido,
Y así mi voluntad no hizo muestra
De las obras debidas á la vuestra.

» Mas tras tormenta viene la bonanza,
Que no viento contrario siempre vienta,
Y así si nuestro mal hace mudanza,
Y algun bien la fortuna nos aumenta,
De mí terneis entera confianza,
No menos en honores de renta,
Habiendo cerca desta conveniencia
También de vuestra parte diligencia.

» Pues mal triunfará quien no pelea,
Y el mancebo galán ó viejo cano
Menos alcanzará lo que desea
Estando siempre mano sobre mano:
Ejemplos vivos son los del aldea,
Do quien no siembra, nunca coge grano,
Y allí son los placeres y gasajos
Donde nunca se huyen los trabajos.

» Todo peligro vencen los despiertos:
Sueño y ociosidad es el que daña;
Y así para horrar los desconciertos
Pasados, cumple darnos buena maña
Porque desamparar aquestos puestos
Sepa quien lo pensare que se engaña,
Pues á todos será muy mal contado
Perder lo que los otros han ganado.

»Y así quiero que luego salga fuera
Un escuadron de basta cien soldados,
Que vayan recorriendo la frontera
De los pueblos que están muy sosegados,
Con cuerdo capitán, de quien se espera
Que todos volverán aprovechados,
Y es Alonso Martín, amigo vuestro,
En cualesquiera cargos hombre diestro.

»Para mas alentaros al camino
Y averiguar alguna diferencia,
Irá Pedro de Lerma, mi sobrino,
De cuyo valor hay gran esperiencia,
No solo con el bárbaro vecino,
Mas en otra cualquiera competencia:
Es Fernando Pizarro buen testigo,
Que buelga de tenello por amigo.

»Y así juró después de la rencilla
Que le vistes tener con el Fernando,
Que si Dios lo volvía de Castilla,
De le dar en Pirú general mando;
La cual promesa fué para cumplilla,
Pues, segun piensan uno y otro bando,
El Almagro y Pizarro llevan viento
Que los ha de traer á rompimiento.

»Pero dejemos amistad enferma;
Volvamos al negocio mas urgente:
Digo que tiene de ir Pedro de Lerma
Con Alonso Martín, que está presente,
Al cual encargo yo que no se duerma,
Sino que luego salga con la gente,
Pues entendemos quel efecto desto
Tanto mejor será cuanto mas presto.»

Dada declaracion de sus intentos,
Contrarios á cobardes pareceres,
Cobraron los antiguos sus alientos
Y los que allí tenían sus nujeres;
No menos fueron ledos y contentos
Aquellos cudiciosos mercaderes,
Que con el esperanza de rancheos
Les habían fiado sus empleos.

Cázanse luego de lijeras suelas,
Que de caballos todos iban faltos:
Anjeos y coletas son las telas
Que cubren á los bajos y á los altos;
Caminan como diestras alcavelas
De lobos cuando van á hacer saltos,
Mas ó menos en fuerzas, pero tales,
Que en la destreza todos son iguales.

Va Juan de Céspedes, varon famoso,
Diguísimo de historia mas entera;
Van Pedro de Sanlúcar y Moscoso,
Bueso y el capitán Juan de Ribera,
Luis de Manjarés el animoso,
Mancebo que después en otra era
Fué de aquella ciudad el ornamento,
Su vida, su salud y su sustento.

Pedro de San Martín y Cascajales,
Santana, San Millán, Martín de Frias,
Blasco, Martín Monroy, Andrés Gonzalez,
Y Lorenzo Martín, cuyas poesias
No fueron de las menos principales:
Los cuales yo tracté por muchos dias,
Ó los mas dellos, cuyos hechos buenos
Elogios merecian muy mas llenos.

Y Domingo de Aguirre, vizcaino,
Que fué tal cual conviene que hombre sea,
En el tiempo de paz varon beuino,
Fortísimo leon en la pelea;
El cual al reinatar de su camino
A mí me señaló por albacea;
Y soy su capellán en este dia,
Y mi morada es la quél tenía.

Soldado principal desta conquista
Y gran descubridor de sus rincones;
Y como quien testigo fué de vista,
También en escribir gastó renglones,
Porque de cosas varias hizo lista
Y me dejó cumplidas relaciones,
Las cuales tengo yo por escriptura
Tan buena, qué contiene verdad pura.

Salieron pues, y el amistad antigua
Sustenta Mamatoco, que los ama;
Pasado van por Zaca y por Origua;
Bien recebidos son en Irotama;
Salieron de paz los de Bondigua,
Y lo mismo hicieron en Chairama:
Todos ellos traian manos llenas
De los dones que dan doradas venas.

Van á los siete pueblos comarcancos
En torno de brevísima distancia,
Donde fueron señores siete hermanos,
Cada cual dellos hombre de sustancia:
Allí les presentaron ricos granos
De oro y otras joyas de importancia;
Por otros pueblos van desta manera
Corriendo faldas de la cordillera.

Mas por consejo del que los regia,
Nunca jamás la gente castellana
En el lugar do les anochecía
Esperaban la luz de la mañana:
En diferente parte ven el dia,
Porque si la canalla, como vana,
Usase de las suyas en asechos,
Los hallaren de allí prójios trechos.

Por otros pueblos pasan por la posta,
Mas siempre su caudal se perficiona
De ricos dones; y con ser angosta
Y de pocos soldados la corona,
Dejaron estos pueblos de la costa
Y entraron en el valle de Tairona,
De cuya boca fueron centinelas
Los del pueblo llamado las Pijuelas.

Es valle de profundas angosturas,
Que rápida corriente lo reparte;
Pero las mesas dél y sus alturas
Bien pobladas en una y otra parte
De gente, curiosas las culturas,
Casas pajizas, pero de buen arte,
Y su grandeza y latitud es tanta,
Que de caneyes grandes es la planta.

El caudal destes indios fué solene
Entre tanto que por aquel asiento
Cudicia no llegó que lo cercene
De los que suelen ir en seguimiento:
Hay auxileras venas, y allí tiene
El rio de Don Diego nacimiento,
El cual, por muerte deste caballero,
Del nombre lo hicieron heredero.

Sus vados grandemente peligrosos
Para los naturales y estrangeros,
Porque sus cursos van impetuosos,
Y de grandisimos despeñaderos:
Hay puentes de bejuocos correosos
Asidos á los árboles fronteros,
Donde son menester sólidas sienes,
Porque quien pasa da muchos vaivenes.

Entrando por el valle la bandera
Del español, que fué de breve lista,
Alborotáronse sobremanera
Los indios, receando su conquista,
Y también porque fué la vez primera
Que se desayunaban con su vista:
Cubre los altos cantidad inmensa
Apercebidos para su defensa.

Mas Alonso Martín, con lengua diestra
Y en aquella de tairos instruida,
Con señas y palabras hizo muestra
No ser a mal efecto su venida,
Diciendo: «Si quereis amistad nuestra,
La vuestra no será mal recebida,
Pues deseamos ser vuestros hermanos,
Sin que jamás vengamos á las manos.

»No trae para furias de peleas
Ninguno de nosotros intenciones,
No colleras ni duras arropes,
Ni hierros que semejen á prisiones:
Antes traemos joyas y preseas
A fin de celebrar contrataciones,
Para que deis vosotros y acá demos
Las cosas de mas precio que tenemos.

» Daremos cantidad de herramientas
Con que podeis talar estas riberas,
Y sin sudor hacellas opulentas,
Engrandeciendo vuestras sementeras:
Traemos demás desto muchas cuentas,
Muchos peines, cuchillos y lixeras,
Sombreros y bonetes colorados,
Y camisas con cuellos bien labrados.

» A los indios que están á las vertientes
De la mar, y aun distantes buenos ratos,
Tenemos por amigos y parientes,
Y todos ellos se nos muestran gratos,
Holgándose de ver cristianas gentes
Y de tener sus tractos y contratos;
De cosas que tenemos se proveen,
Y ellos nos dan el oro que poseen.

» Si haceis esto con los peregrinos
(Que de presente veis en vuestras cumbres,
Seguros podeis ir por los caminos
A vuestros tractos, usos y costumbres:
Mas si no, de los términos marinos
Yernán aquí crecidas muchedumbres
Y tantos escuadrones de cristianos
Que todos estos cerros hagan llanos.

» Aunque, si no huiis inconvenientes
Y estais en vuestro mal perseverantes,
Los poquitos que veis aquí presentes
Para cosas mayores son bastantes:
Por tanto cesen vanos accidentes,
Volved al buen sosiego como antes,
Porque la buena paz á nadie daña
Y á muchos destruyó la ciega saña.»

A las palabras y comedimientos
De quietud, amor y de templanza,
Estuvieron los bárbaros atentos,
Admirados de ver la confianza
Que tenían los pocos y hambrientos,
Innumerable siendo su pujanza;
Y el indio principal Gairacimonde
Estas palabras breves les responde:

« Bien vemos que fastidian y empalagan
Rencillas y guerreras disensiones,
Y que de los contractos que se pagan
Redunda bien á todas las naciones,
Como los tales sean y se hagan
Con el peso de sanas intenciones;
Y así debajo destas cualidades
Quiero y acepto vuestras amistades.»

Luego de las alturas bajó gente
Con ledo rostro, sin minace brazo:
Gairacimonde con alegre frente
Al Alonso Martín dió gran abrazo,
Y los mas principales en presente
Ofrecieron de joyas buen pedazo,
Y en los rescates el que mas ayuno
Abalanzaba mas de mil por uno.

Acudió menos de lo que pensaron,
Por no tener el oro valor lleno;
Y en tres ó cuatro dias que tardaron
En sus contractos por aquel terreno,
En patente y oculto rescataron
Mas de noventa mil pesos de bueno,
Con la cual granjearia que fué cierta
Resucitó la gente cuasi muerta.

Dijo pues á los indios que estaria
Allí para buscar mas interese
Hasta ya concluir quinceno dia,
A fin de que mas oro se le diese;
Mas esa misma noche hizo via
Y salió sin que nadie lo sintiese,
De la manera dicha proveído,
Sin quedar hombre muerto ni herido.

Llegaron á los puertos deseados,
Do con aplauso fueron recibidos
Y del gobernador fueron honrados,
Acariaciados y favorecidos,
Aunque quedaron no pocos soldados
Acerca de sus partes desabridos,
Y es porque pretendia mayor parte
El mas inútil en el estandarte.

Y estas son por acá querellas viejas,
Pues que los mas rüines y mas bastos
Quieren correr con todos las parejas,
Y de lo que no tienen hacen fastos:
De modo que el rehús de las ovejas
No se contenta con medianos pastos,
Y no deja de dar al bueno pena
El ver cómo se meten en docena.

Pero dejémoslos con sus locuras
Y verbos en que hacen gran instancia.
Digo que por aquellas espesuras
Del puerto y fuera dél poca distancia,
Se descubrieron muchas sepulturas
De donde resultó harta ganancia,
Porque todos los indios principales
Se entierran con sus joyas y caudales.

Un hoyo se cavaba que á buen sondo
De la profundidad que contenia
Un estado seria lo mas fondo,
El cual derechamente descendia
Bien así como pozo muy redondo,
Y en lo mas bajo deste se hacia
Un grande socabón con partes anchas
Losado todo él de lisas lanchas.

Puestos los edificios en su punto,
Aunque no por artifice romano,
En un duho sentaban al difinito,
Con sus arcos y flechas en la mano,
Vasos de sus bebidas allí junto,
Y bollos y tortillas de su grano,
Compuesta y adornada la persona
Con joyas de oro, cuentas y caccona.

Hallaron muchos en aquellos puertos
No poca cantidad destos archivos,
Por el industria de los mas espertos,
A quien no defraudaron sus motivos;
Y así desenterrando cuerpos muertos,
Resucitaron muchos hombres vivos,
Pues el que mejoró la camisetá
Hablabá como dicen de la oseta.

Mas el gobernador luego procura
Con toda la posible diligencia
Que ninguno sacase sepultura
Si no fuese mediante su licencia:
Parecióles á todos cosa dura,
Y renegaban ya de la paciencia;
Y mas que se tomaba las mejores
Quitándolas á los descubridores.

Quedaron ansimismo descontentos
Porque de püeblos mas acomodados
Señaló suertes ó repartimientos
Dándoles lo mejor á sus criados;
Y así los hombres de merecimientos
Quejosos se mostraron y agraviados,
Y la demora no se señalaba,
Sino quien mas podía mas sacaba.

Pues cierta cosa es y averiguada,
Que cuando la tal renta se pedia,
El cacique menor de la Ramada
Les daba todo el oro que cabia
En una caja grande ensayalada
Que de piezas labradas se henchia,
Y aun aquel hueco que juntar no pudo
Rehenchían de oro mas menudo.

Cobrado gran caudal en oro puro,
Fingían irse con aquel carguio,
Y al tiempo que dormía mas seguro
El indio que les dió tan buen avio,
El español volvía con obscuro
A saltar el resto del buhío,
Privándole de todos sus haberes
Y de queridas hijas y mujeres.

Con estas desvergüenzas y solturas
Estos indios se fueron despoblado,
Metiéndose por grandes espesuras,
Potente poblacion anihilado,
Y aun hicieron algunas travesuras
Con los que los andaban saltando,
Pues mataban personas españolas
Cuando las encontraban á sus solas.

En aquesta sazón y en esta parte
Humedeció su faz el duro suelo
Con la sangre de Antonio de Yusarte,
Hermano de Hierónimo de Melo,
Que para la bandera y estandarte
Fué grave turbacion y desconsuelo,
Por ser de gran valor estos hermanos,
Y de los principales lusitanos.

Y así fué que buscando cierto día
En una pequenuela carabela
Perlas de que noticia se tenía
En la costa del Cabo de la Vela,
En la Ramada vieron ranchería
Y cerca de la playa gran cacería:
Antonio de Yusarte salió fuera
Creuyendo ser de paz como antes era.

Con solos diez y seis soldados llega
A fin de les pedir mantenimiento:
Recibieronlo bien, y él se sosiega
Como vido su buen comedimiento;
Mas luego sobrevino la refriega
Que fué su destruccion y acabamiento.
Con tan impetuosos desconciertos,
Que en breve tiempo todos fueron muertos.

El barco como viese hecha sarta
De cabezas de cuerpos divididas,
Antes que contra él la furia parta
Al viento dió las velas estendidas:
Llegó con dos ó tres á Santa Marta
Llorando las desgracias sucedidas;
Los principales vistense de duelo,
Sin lo saber Hierónimo de Melo.

Desto fué la razon estar absente
Y andar la costa abajo descubriendo
En una carabela con la gente
Que como capitán iba rigiendo;
El cual por ser sagaz y diligente
En gracia y en honor iba subiéndolo,
Y este Melo halló la boca llena
Del río grande de la Magdalena.

Y como los designos en que estriba
Era sacar á luz no vistas sillas,
Determinó subir por él arriba
A ver lo que contienen sus orillas:
Mandó pues que su gente se aperciba
Armando las espaldas y ternillas,
Y toldando también de dura tela
Aquel espacio de la carabela.

Hechas estas y otras prevenciones,
Subieron sin que viento los resistia,
Y con la cantidad de poblaciones
Hinchieron los deseos y la vista;
Pero tan deshonestas las naciones,
Que no tienen cubierta que los vista:
Oro labrado traen ellas y ellos
En orejas, narices y en los cuellos.

Tomó del inventor el nombramiento
La primera ciudad en aquel suelo,
Y aun hasta hoy le llaman al asiento
El pueblo de Hierónimo de Melo,
No para que durase con aumento,
Pues no parece ya hueso ni pelo,
Solamente nos queda la memoria
De grandeza tan grande y tan notoria.

Con recato guiaba su carrera
El Melo con la gente de Castilla:
No va por la corriente muy afuera,
Ni tampoco pegado con la orilla;
Cubriase de indios la ribera
A ver la nunca vista maravilla:
Un indio que llevaban los entiendo,
Y les pregunta lo que se pretende.

Rogándoles que no hagan bullicio
Por ver el espectáculo presente,
Pues los que ven no tienen por oficio
Dammillar al bueno y obediente:
Solo quieren traerlos al servicio
De un gran señor, monarca prepotente.
A quien por su virtud, valor, clemencia,
Todos los hombres deben obediencia.

Que de ninguno recibirán daño
Si fuesen sus vasallos y subyectos,
Y deste verdadero desengaño
Resultarán también otros efectos:
Que vernán al católico rebaño
Do vivirán seguros y quietos,
Con la noticia y el conocimiento
De aquel que les dió ser, vida y sustento.

Respondieronle ciertos capitanes
Que parecían ser allí mayores:
« Andad para bellacos, baraganes,
Infames, mentirosos, burladores,
Que pretendéis comer ajenos panes
Donde no derramáis vuestros sudores;
Pues Pocigüeyca ya nos dió noticia
De vuestras propiedades y cudicia.

» Si venís á cobrar algun tributo,
Aguilas de oro, petos y celadas,
Luego como pongais pies en enjuto
Las hallareis tan bien aderezadas,
Que nunca volveréis sin aquel fruto
Que sacastes de aquellas cabalgadas.»
Esto decían y otras muchas cosas,
Y disparaban flechas venenosas.

Mas arriba de allí suben ataos,
Por no les ayudar viento bastante,
Mas luego sobre mas de mil canoas
Vieron llenas de indios por delante,
Que con todo favor guían las proas
Para tentar al nuevo navegante,
El cual por escapar de la revuelta
A la mar procuró de dar la vuelta.

Al impetu se van de las corrientes
Las velas á los aires estendiendo:
Los muchos y atrevidos combatientes
No con priesa menor los van siguiendo;
Innumerables Bechas van pendientes
Del toldo del bajel que va huyendo,
Porque fuera notable desatino
No huir tan terrible torbellino.

Y cuanto mas duraba la carrera,
Iba la tempestad en mas aumento,
Hasta tanto que ya salieron fuera
A las ondas del mar y largo viento.
Los indios vuelta dan á su ribera
Por no podellos ir en seguimiento.
Así que consta ser este navio
El primero que entró por este río.

Metió todos sus hombres en el puerto,
Ninguno mal parado, sino sano,
Y por lo que dejaba descubierta
Alegre se mostró y algo lozano;
Pero como dijeron ya ser muerto
A manos de los indios el hermano,
La pena que tomó fué tan crecida
Que le quitó los días de la vida.

No menos esta muerte fué horrorada
De todos por tenello por amigo,
Y para que también fuese vengada
La de Antonio Yusarte que ya digo,
Determinaron ir á la Ramada
Para hacer un ejemplar castigo;
Y así se tomó dello tal venganza
Que todo fué rigor y destemplanza.

Luego se caminó por las salinas
Y por zavanás secas y arenosas,
Hasta venir á dar á los cocinas,
Gentes desesperadas y animosas,
Con quien entre cardones y entre espigas
Tuvieron competencias rigurosas,
Y después de vencidos, en su villa
Hallaron ropa fresca de Castilla.

Admiráronse todos de repente
Viendo mercadería sin mercado,
Mas luego conocieron claramente
Ser de gente que habia naufragado,
Sin que lo declarase delincuente,
Ni diese cuenta deste mal recado;
Mas todos recogieron ropa barta
Y se partieron para Santa Marta.

Al río de la Hacha caminando,
Antes que se pasase su ribera,
Por sus mismas pisadas aguijando
Dos hombres ven venir á la lijera:
Sabían bien que no son de su bando,
Y así toda la gente los espera,
Reconociendo con la vista sola
Que debía de ser gente española.

Llegaron no sin grande desconsuelo,
El uno sacerdote y otro lego,
Y hincan las rodillas en el suelo,
Sin que tomasen punto de sosiego,
Porque poner los ojos en el cielo
Fué lo primero que hicieron luego,
Dando gracias á Dios que les dió tino
Para ver y tomar aquel camino.

Luego de su negocio dieron cuenta
Con voz que mil suspiros entremete,
Diciendo que corrieron gran tormenta
Y dieron al través en el portete,
Donde gente feroz, crúel, sangrienta,
Despojaron de vida ciento y siete
De pasajeros y de mercaderes,
Sin perdonar á niños ni mujeres.

Los seis dellos se habían abscondido
Escabulléndose de la refriega,
Y fueron por camino no sabido
El tiempo que duró la noche ciega:
Cuatro dellos habían perecido
Porque la sed á muerte los entrega;
Y escapar ellos del inconveniente
Fué milagro de Dios harto patente.

Pues caminando por una zavana
De noche, vieron rastros de caballos,
Y allí durmieron hasta la mañana
Para poder mejor certificarlos;
Y con divina fuerza mas que humana
Grande prisa se dan por alcanzarlos,
Pues quiso Dios que sin merecimiento
Tuviese su deseo cumplimiento.

Pesóles de tan áspero suceso;
Y la fatiga destes remedada,
El naufrago soltero y el profeso
Con los demás se van á la Ramada,
Donde otra vez usaron del esceso
Dándoles una buena trasnochada,
So color del castigo dicho antes
Y causas que decían ser bastantes.

Pero demás de aquellos delinquentes
Que fueron agresores y culpados,
Algunos miserables inocentes
Fueron contra justicia castigados
Con penas y castigos insolentes,
A todas crúeldades arrojados,
Y las cudicias grandes del injusto
Ordenaban los cargos á su gusto.

Y aunque el gobernador no lo sabía,
Antes refrenó siempre los rigores,
Las malas intenciones todavía
Criaron coronistas y escriptores,
Pues quien sabía menos, escribía
Al gran emperador ó á los oidores
Que la Española tiene con audiencia,
Pidiendo contra Lerma residencia.

El cual ya poseído deste miedo,
Determinóse de enviar á España
A su criado Nuffo de Sagredo
En confianza de su buena maña,
Y llevar en derecho de su dedo
Probanzas hechas contra quien le dañó;
Pues nunca faltan á quien manda junta
Mil testigos que hinchaban la pregunta.

Fueron pues las probanzas gran embargo
Para se despintar algunos daños
Que resultarían del proceso largo
Primero que probara ser engaños;
Y así le vino luego de su cargo
Prorogacion de tres ó cuatro años,
Y á los mas flacos en sus amistades
Procuró de ganar las voluntades.

Mayormente de hombres que tenían
Algunas honorosas cualidades;
Y porque muchos otros padecían
Varias dolencias y necesidades,
Hospital hizo do se recogían
Y se curaban las enfermedades;
Y estas expensas eran á su costa,
Que cierto no podía ser angosta.

También socorrería con sustento
Don fray Tomás Ortiz, sabio prelado,
A quien el Lerma dió repartimiento,
Que fué Bondigua, pueblo celebrado,
Donde hacia principal asiento,
Y por esto no poco murmurado,
Por ser allí las grandes fundiciones
De las mas comarcanas poblaciones.

De manera que la común malicia
Su vida religiosa maculaba,
Diciendo muchos dellos que cudicia
A residir allí lo convidaba,
Y con diestros ministros de avaricia
Alguna joya mas se le pegaba;
Mas él decía ser intencion sana
Y por les enseñar la fe cristiana.

Solían pues soldados ir á obscuras
Para sacar sepulcros acechados,
Algunos solos á sus aventuras,
Por causa de los mandos publicados;
Y así fueron á muchas sepulturas
Sin que fuesen en llagas sepultados,
Pues por asechos en lugares ciertos
De los vecinos indios eran muertos.

De suerte que por muchas sinrazones
Que se hicieron en aquella era,
Comutaron los indios condiciones
Quitando paz á toda la frontera,
Dorsino, Gaira y los demás ancones,
El de la tierra dentro y el de fuera,
Sin acudir á tracto ni contrato,
Ni dalles grano caro ni barato.

Mas ya por otras tierras y partidos
Iba volando la veloce fama
De los ricos sepulcros referidos,
Con trompa de cudicia que los llama
Y un son que deleitaba los oídos
Del cupido galán y de la dama:
Así que ya tenía Santa Marta
De los recién venidos gente harta.

Tanto, que de la mucha que venía
Estaban llenos hasta los rincones,
Y en la misma sazón también había
Necesidad con indisposiciones,
Que Lerma por su parte socorría
Con algunos regalos y raciones,
No para ser cabal mantenimiento,
Sino manera de entretenimiento.

Mas el soldado que salud tenía
Quisiera navegar con otros vientos,
Porque la causa por que se movía
Eran conquistas y descubrimientos,
Y andando rancheando todavía
Hallaba sin dineros alimentos;
De suerte que la gente mas granada
Deseaba hacer algun entrada.

Allí Pedro de Lerma florecía
En el tiempo que desto se tractaba,
Cuya buena presencia prometía
Aquello que por obras ya mostraba:
En esfuerzo, valor y gallardía,
Aviso y discrecion se señalaba,
Y en recuentros habia dado muestra
Cual la podía dar persona diestra.

Joven, gallardo y en edad florida,
Bien acondicionado, bien dispuesto,
La barba roja, llena, proveída,
Y de gracioso y agradable gesto,
Cualquiera proporcion tan por medida
Que no tenía miembro mal compuesto;
En la conversacion era suave,
No muy regorijado ni muy grave.

Ofrecese también à la memoria
Como decia dél alguna gente
Su nombre proprio ser Pedro de Soria,
Y el Lerma no venille propriamente,
Y aun afirmaban por cosa notoria
No ser deudo del Lerma ni pariente;
Pero no sabré dar razon bastante
Por qué decian cosa semejante.

Pues antes y después que con él vino,
A todos ellos era manifiesto
Tratallo Lerma como su sobrino,
Y quasi semejaban en el gesto:
Juzgamos pues de aquí ser desatino
Los que creian lo contrario desto;
Y así con ser el Pedro mozo tierno
Lo hizo general de su gobierno.

Pues como general entonces era
Con todas las anejas condiciones,
Aderezóse para salir fuera
Con doscientos destrisimos peones:
Que caballos en ninguna manera
Pueden subir aquellos reventones,
Y mas adonde van valles horribles
Cuyas entradas son inaccesibles.

Bocarabuey le llaman al primero,
Y Bongay es el nombre del segundo;
Profundísimos son entrambos, pero
El de Bocarabuey es mas profundo,
Rodeado de tal despeñadero
Que no puede ser mas en este mundo;
Están mas adelante de Tairona
Al paraje del paso de Maroua.

En ellos entran por un angostura
Aspera para gentes extranjeras:
De dentro no contienen gran anchura,
Pero poblados van por las laderas;
De yuca y de maíz es la cultura;
Son todas gentes ricas y guerreras,
Y bien como venados van lijeros
Por peñascos y por despeñaderos.

Pues por los pasos mas acomodados
El general entró con los que lleva,
Y para ser los indios avisados,
Su propia vista les llevó la nueva:
Fuieron en breve tiempo convocados
Para venir en fuerzas a la prueba,
Mas un cacique dicho Sollozoca
Con aquesta razon abrió la boca:

«Si conocemos términos discretos
No conviene que nos alborotemos,
Pensando que hará malos efectos
La poca cantidad destes que venos;
Y así mi parecer es que quietos
Y con paz y amistad los esperemos,
Satisfaciendo bien sus intenciones
Con alimentos y con ricos dones.

»Haremos al contrario descuidado,
Viendo que se le da buen acogida,
Y no reposará sobresaltado
Y con su gente bien apercebida;
Y así podremos darnos buen recado
En privarlos à todos de la vida,
Cobrando sin ningun inconveniente
Nuestro caudal y el suyo juntamente.»

A todos pareció consejo bueno,
Y se ciñeron desta confianza:
En quietud pusieron el terreno,
Reduciendo sus gritos à templanza,
Creuyendo ver aquel efeto lleno
De los que les promete su esperanza,
Midiendo todos ellos los efectos,
Segun sus pensamientos y concetos.

Entre tanto llegaron los cristianos,
Hablándoles con lenguas convinientes
Y haciéndoles señas con las manos
Para mas mitigar sus accidentes,
Diciéndoles: «Queremos ser hermanos,
Amigos vuestros, deudos y parientes,
Y que tengais por bien dar obediencia
A un rey de grandísima potencia.

»A cuya fuerza no hay opuestos muros,
Ni rebelde que luego no despoje:
Sobre potentes reyes tiene juros,
Y à su dominio todos los recoge;
Viven libres, quietos y seguros
Los suyos, sin que nadie los enoje,
Y desta libertad y beneficio
Gozareis si venis à su servicio.

»Si celebrades estas amistades,
Serán à todas partes honorosas;
Y porque vuestras buenas voluntades
Conozcais, os daremos muchas cosas
Que para vuestras huertas y heredades
Muy necesarias son y provechosas,
Y vosotros dareis en pagamento
Eso que solo sirve de ornamento.»

A do paró la gente castellana
Bajaron luego muchos principales,
Así mancebos como gente cana,
No sin ostentacion de sus caudales:
Arco no parecia ni macana,
Antes de paz son todas las señales;
Ven de joyas de oro tal aumento
Que daban al deseo henchimiento.

Y recebidos los primeros dones
Y presentes que fueron de sustancia,
Se comenzaron las contractaciones
Ricas y no de menos importancia,
Porque las maliciosas intenciones
Se holgaban en dar cualquier ganancia,
Tanto que del caudal y venta hecha
Cada cual concibió mala sospecha.

El sol iba sus carros recogiendo
Al hemisferio del opuesto cielo,
La lumbre de sus rayos abscondiendo
A los habitadores deste suelo,
Y el alegre color se va vistiendo
De la librea del nocturno velo,
Cesando por aquel inconveniente
Contractos y el concurso de la gente.

Y así dijeron à las compañías
Que del lugar hacian mudamiento,
Que no fuesen pesadas ni tardias
En acudir con reconocimiento,
Pues habian de estar por muchos dias
Dentro del valle y en aquel asiento,
Donde les convenia regalallos,
Porque, si no, saldrán à castigallos.

Pero ya despedidos los postreros,
El general habló con sus soldados,
Y en secreto les dijo: «Caballeros,
Ya nosotros tenemos embolsados
Cantidad no pequeña de dineros,
Pues pasan de cincuenta mil ducados:
Páreceme determinacion cuerda
Poner la presa donde no se pierda.

»Pues sospechosa es la buena gana
Con que dan sus haciendas los escasos,
Y así querria que con obscurana
No fuesen nuestros piés flojos ni lasos,
Porque cuando llegase la mañana
Tuviésemos tomados malos pasos,
Do sin riesgo podemos en la cumbre
Defendernos de tanta muchedumbre.

A todos ellos en cabildo juntos
Les pareció consejo de discreto,
Y el parecer que daba ser trasunto
De lo mas subatancial y mas perfeto;
Y con sus joyas en el mismo punto
La partida pusieron en efeto,
De manera que fueron con obscuro
Hasta llegar à puerto mas seguro.

Quando llegaron, ya la bella dama
Del antiguo Titon mostró la cara,
E ya safa de la dulce cama
Adonde del cansancio se repara,
Y en la misma sazon febea llama
Volvia las tinieblas en luz clara,
De suerte que los ojos en su daño
Ya no podian padecer engaño.

Apenas pues los nuestros poseían
Los altos y postreros reventones,
Cuando tras ellos vieron que venían
Desnudos y atrevidos escuadrones,
Que de diversas partes descendían
Con armas y dañadas intenciones,
Haciendo que con mas furia se muevan
Ver que se van y ver lo que les llevan.

Los que mas dieron mas se señalaban
En ánimo y en dar paso ligero,
Para con fin de los que lo llevaban
Cobrar por fuerza de armas el dinero;
Pero para llegar adonde estaban
Habían de subir por contadero,
Porque el espacio desta serranía
Por otra parte no les daba vía.

Nuestras gentes estaban descansadas
Puestos á punto tiros de ballesta,
Y prestos los escudos y celadas,
Hoja desnuda y en la mano presta,
Muchas galgas de piedras allegadas
Para soltallas por la baja cuesta,
Y por tener el alto lugar fuerte
Ningun temor tenían á la muerte.

Los indios á las faldas del altura
Y congregado número sin cuento,
Por las ásperas sendas se procura
Subir, y suben con gentil aliento;
Mas por perseverar en su locura
Muchos dellos ovieron fin sangriento
Con crecido peñasco que rodante
Barria los opuestos por delante.

El cual con aquel impetu violento
Rompió de tal manera cuanto halla,
Que quedaron sin vida mas de ciento
Y derribada mucha mas canalla:
Al modo de terrible rompimiento
En grave y asperísima batalla,
Donde caen los muertos y los sanos
Y unos quedan sin piés y otros sin manos.

Visto su mal principio de contiendas
Con gentes tan mañosas y atrevidas,
Determinaron de volver las riendas
De seguir los alcances despedidas,
Y mas quisieron no cobrar haciendas
Que perder las haciendas y las vidas:
De manera que nuestros peregrinos
Prosiguen sin estorbo sus caminos.

Llegaron á Bongay y entraron dentro
Conocen ser la tierra mas amena,
Mas apercibense para recuento,
Por ver de gentes la zavana llena;
Pero de paz salieron al encuentro,
Escarmentados en cabeza ajena;
Dieron presentes, y el rescate hecho
Fué de veinte mil pesos el provecho.

Vista la presa pues no ser angosta,
Antes digno caudal de ser guardado,
Del valle se partieron por la posta
A fin de lo poner á buen recado;
Finalmente salieron á la costa,
Y fueron á su puerto deseado,
Donde la gente dél se hizo presta
Para los recibir con grande fiesta.

Descansaron después en la marina
Algun tiempo, que fueron pocos dias;
Pero cebados en la golosina
Del oro que les daban rancherías,
El buen Pedro de Lerma determina
Salir á descubrir por otras vías,
Y con trescientos hombres y el bagaje
La costa abajo hacen su viaje.

Soldados de valor son todos ellos,
En guerra cada cual ejercitado;
Acia Chinila van guiando huertos
Por bosque que hallaban despoblado;
Don fray Tomás Ortiz iba con ellos,
Primer obispo ya conmemorado,
Al cual ya parecían pasos malos
Aquellos que carecen de regalos.

Demás de ser la tierra no bien sana,
Antes de tal calor que los abraza,
Mas al fin fueron á provincia llana,
Que llamaron Caribes, tierra rasa,
No porque allí comiesen carne humana,
Mas porque defendían bien su casa;
Y así hicieron diez caballos menos
Y diez y seis soldados de los buenos.

Porque ponían cautelosamente
Preseas á las puertas do moraban,
Y al tiempo del tomar, incontinentemente
Los que vivían dentro los flechaban;
Y ansimismo mataron mas de veinte
De los amigos indios que llevaban,
Que para les servir iban de Bonda
Y otros pueblos que hay á la redonda.

Quando tomaron la ciudad primera
Desta provincia castellanas lauzas,
Estaban muchos moradores fuera
Ocupados en casas y labranzas;
Mas son de viva voz los recupera,
Volviendo los deseos de venganzas,
Y vieronlos venir los peregrinos
Que velaban entradas y caminos.

Tocaron arma para subyectallos,
Y suenan las trompetas con su canto;
Salieron al encuentro los caballos
A los indios poniendo gran espanto,
Dejándose caer por no mirallos,
A causa que no vieron otro tanto;
Y así prendieron á cuarenta dellos,
Poniéndoles prisiones en los cuellos.

Y destos uno para ser gigante
Naturaleza no lo hizo faltar,
En la ferocidad y en el semblante,
En miembros, lijereza y en el salto;
Y en altor de los brazos adelante
Era sobre los altos muy mas alto,
Y de los españoles los mas hechos
Apenas te llegaban á los pechos.

Aqueste solo hizo resistencia
Y se mostraba ser lozano gallo;
Mas volvió sus furores en paciencia,
Viendo sobre sí tantos de caballo:
Aprisionáronlo con diligencia,
Y muchos hombres fueron en guardallo;
Y allí con voz que gran temor ponía
A los presos con el reprehendía.

Deciales así: «Flacos villanos,
A quien su propia cobardía daña,
Tantos en escuadron y á mi cercanos,
¿Cómo nunca supistes daros maña
Y me dejastes solo y entre manos
De gente que os constaba ser estraña?
Pues con uno que espaldas me hiciera
Nadie me subyectara ni rindiera.

» Antes á no perder mi fuerte maza
Por vuestra culpa, tales ocasiones
Ella diera, tan buen orden y traza
En machucar cabezas de ladrones,
Que de cuantos estaban en la plaza
Solamente quedarán los troncones,
Y todos sin tomar ningunos presos
Rociaran la tierra con sus sesos.»

Los bárbaros amigos que lo vían
En enojo y furor tan encendido,
Por algunos vocablos coligian
De las palabras dichas el sentido;
Y como su venganza pretendían
Por ocasion del daño recibido,
Pidieron al gigante por su suerte,
Para vengarse dándole la muerte.

Pedro de Lerma, por les dar contento,
Mandóles entregar el indio luego,
Muy fuera de cristiano sentimiento,
Pues no dejó de estar en esto ciego:
Asieron dél gandules mas de ciento
A quien se hizo del gandul entregado,
Y brazos, piés, molledos y garganta
Amarraron á una gruesa planta.

Estas crüeles diligencias hechas,
Atado por mil vias al madero,
Aperciben los arcos y las flechas,
Y el misero servia de terzerro,
Donde sin desviar iban derechas
Al beneplácito del ballestero,
Estremeciéndose con los dolores,
Y el árbol ansimismo da temblores.

Con esta crüeldad dicha de suso
Le clavan pechos, brazos, coyunturas,
Mas él con el dolor tal fuerza puso
Que quebró las espesas ligaduras,
Y á pelear con todos se dispuso,
Sacando de sí mismo flechas duras,
Con puntas de las cuales ansimismo
El envió contrarios al abismo.

Pues aunque ya traia traspasado
De heridas mortales mortal vaso,
Tras ellos iba tan encarnizado
Como bravo leon en campo raso,
Al tiempo que se halla rodeado
De los que por allí pasan acaso,
Y si le pican se desembaraza,
Y á cualquiera que toma despedaza.

Destá manera fué rompiendo venas
De los que van huyendo del portento,
Hasta que de las frágiles cadenas
Hizo separacion vital aliento,
Para morar en las eternas penas,
Llevando cuatro muertos al tormento,
A quien él antes desta su partida
Hizo que se partiesen de la vida.

En la ciudad el resto de la gente
Jamás quiso salir de sus moradas,
Y defendian valerosamente
No ser de los estraños saqueadas,
Hasta tanto que fuego mas ardiente
Se las hizo dejar desocupadas;
Prendieron muchos en aquel estrecho,
Sin que tomasen cosa de provecho.

Por mucha diligencia que se puso
En trastornar albasas del vecino,
No se halló cerrado ni recluso
Punta de oro bajo ni de fino,
Por no tener aquestas gentes uso
De lo que causa tanto desatino:
Solamente sus bienaventuranzas
Eran las sementeras y labranzas.

Destas era provincia proveida
Y por todos espacios bien poblada:
Gente lozana, blanca, bien fornida
Y á su defensa muy determinada,
Y así la nuestra no fué recibida
De paz, ni puso miedos el espada,
Ni de sus pueblos, vista su presencia,
Determinaron de hacer ausencia.

Era para poblar de gran sustancia,
Si cayeran entonces en aquesto;
Mas como luego no viesan ganancia
Y tuviesen el riesgo manifiesto,
Salieron no con poca vigilancia
En busca de terreno mas compuesto,
Para que con aumento de despojos
Se templasen los bélicos enojos.

Camaron con orden conviniente,
Sin que ninguno dellos se desmande,
Y con deseo ya de ver la frente
De guía cierta que con ellos ande:
Un día dieron repentinamente
En aquel que llamaron rio Grande,
La distancia del cual de orilla á orilla
No les causó pequeña maravilla.

Holgáronse de ver en sus riberas
Diversidad de árboles sombríos;
Entretejidas grandes cañaveras,
Que stelen ser oruatos de los rios;
En partes estendidas sementeras,
Por las aguas frecuencia de navios,
Que son, segun dejamos, unos leños
Cavados, palos grandes y pequeños.

No faltó poblacion ni faltó puerto
Que por allí les vino muy á peto,
Y no dejaron de tener por cierto
Ser rio que cubria tanto suelo,
El que por mar habia descubierta
El portugués Hierónimo de Melo;
Por cuyo curso, yendo bergantines,
Descubririan tierras muy usines.

Por orden del caudillo que los manda,
Luego fueron en busca de buñios,
Y el cumplimiento ven de su demanda,
Pues los hallaron, pero ya vacios
De moradores, que por otra banda
Apresurados van con sus navios,
Donde llevaban todos sus haberes
Con prendas de hijuelos y mujeres.

Mas aunque no tenían indios presos,
Todavía de lo que les restaba
Olieron los ventores y sabuesos
Copia de oro fino que pesaba
En cantidad de mas de diez mil pesos,
Muestra que mucho mas adivinaba:
Con el cual cebo nuestras compañías
Allí gastaron diez ó doce dias.

Entre tanto que allí se detenian
E guias de la tierra se tomaban,
Muchos indios amigos que traian
En aquel amplio rio se bañaban;
Pero cuantos entraban no salian,
Antes la mayor parte se quedaban,
Y con ser escelentes nadadores
Siempre desaparecian los mejores.

Hallábase la gente descontenta,
Ansi soldados como capitanes,
Y á ningun español se representa
La causa ni razon destes desmanes,
Hasta que ya cayeron en la cuenta
De voraces lagartos ó caimanes,
Fiero dragon y acuática serpiente,
Que hasta hacer presa no se sienten.

Esta bestia crüel parece muerta
En el agua y á modo de madero;
Pero para hacer su presa cierta
No puede gavilán ser mas ligero:
Va por turbias orillas encubierta
Adonde cogen agua ó lavadero,
Y aun sin sacar del agua la ventrecha
De los que suenan fuera se aprovecha.

Pues como huela que por la ribera
Anda bárbara gente ó española,
Si no puede cazar de otra manera
Procura hacer presa con la cola,
Que con pesado golpe saca fuera,
Y es tal, que bastara con ella sola
A llevar plantas gruesas arraigadas,
Cuanto mas á personas descuidadas.

Son en estas astucias tan continos,
Que aunque viven con miedo del engaño,
Todos aquellos bárbaros vecinos
Reciben destas bestias mucho daño;
Pues son en se lavar cuervos marinos,
Y las corrientes aguas es su baño,
Y es su recreacion y policia
Lavarse muchas veces en el día.

Algunos indios por guarida cierta
Hacen dentro del agua palizadas;
Para que por allí no halle puerta,
Y ellos tienen por tierra sus entradas:
Mas natural instinto que despierta
Al caimán en las noches mas cerradas,
Entrase por la puerta que está fuera,
Y cubierto con agua los espera.

No para que el entrada les defienda
El crüel alguacil, mas la salida
Procura de estorbar, porque se entienda
Ser su jurisdiccion la tal guarida;
Y así cuando se bañan le dan prenda
Que no les cuesta menos que la vida,
Y él para confirmar sus malas mañas
Les da por aposento sus entrañas.

Alguna destas bestias hay que tiene
A veinte y aun a treinta piés de largo :
A tierra sale cuando le conviene ;
Y un indio vide yo quedar amargo,
Que por sacar cangrejos se detiene
En playa do le dimos este cargo ;
El cual estaba tan embebecido
Quel lagarto llegó sin ser sentido.

A los gritos acude gran gentío ,
Y él de la presa no bien enterado
Volvió los pasos al cercano rio
Que estaba breves pasos apartado ;
Quedando del sangriento desafio
El misero gandul tan mal parado ,
Que puesto caso que no faltó cura
Vi que su vida fué de poca dura.

Pero por cierto suerte fué ganana
La que supo hacer un Andresillo ,
Por librar su mujer llamada Juana
De boca del vorace cocodrilo ,
Que como viesse mano que cercana
En el rio hinchese cantarillo ,
Asióle della con su duro diente
Y tras sí la llevó lijeramente.

Oyendo los clamores y la grita ,
Y viendo que le lleva su querida ,
El osado zagal se precipita
En la profundidad por dalle vida ,
Y dentro de las aguas se la quita
Sin que pudiese dalle mas herida ;
Porque con un machete que tenia
Los ojos al caimán entorpecía.

No perdió los manjares de su mesa
Por cobardía, porque tiene poca ;
Pero por no quedar con vista lesa
Cuando fuerza menor allí le toca ,
Con temor y dolor suelta la presa
Del crüento sepulcro de su boca ;
Pues con ser animal feroz, rabioso ,
Es siempre de sus ojos temeroso.

Muchos afirman este devaneo ,
O verdad de que yo soy ignorante ,
Y que para tan aspero torneo
Este remedio dicen ser bastante ;
Pero yo ciertamente no deseo
Necesidad de prueba semejante ,
Aunque cierto español con estas mañas
Se libró de no ir á sus entrañas.

Alonso Sanchez este se decía,
De Murcia natural y allí nacido ,
El cual en aquel tiempo que venia
Gente por descubrir este partido ,
Para juntarse con la compañía
De quien habia sido dividido ,
Por no quedar allí le fué forzado
A riesgo de morir pasar á nado.

Llevando presurosa la carrera ,
Y de la concluir no sin antojos ,
Voracísima boca de la fiera
A su vientre le quiso dar despojos :
El viéndose tractar desta manera
Acude con los dedos á los ojos ,
Con la cual prevención el sin ventura
Se libró de la viva sepultura.

Hiende las aguas con veloce mano
Por poderse hallar en el orilla ;
Mas antes que se viesse tan cercano
Que la tomase por segura silla ,
La sierpe por las carnes del cristiano
Hincó dos ó tres veces la mejilla ,
Y el español con lo que ya sabia
Con gran valor de sí la despedía.

Al fin pudo salir, mas de tal arte
Y la misera carne tan rompida ,
Que diligente cura no fué parte
Para podelle dar alguna vida ;
Pues luego que topó nuestro estandarte
Fué el alma de las carnes despedida ,
Habiendo ya limpiado su conciencia
Con sacramento de la penitencia.

Poco después otro gentil soldado ,
Delante los demás desta conquista ,
Cierto rio tentó pasar á nado ,
Y en presencia de todos y á su vista
Fué de crüel caimán arrebatado :
Hay quien lo ve, mas no quien lo resista ;
Pide favor, y nadie favorece ;
Zabúllese con él, y desaparece.

Pudiéramos contaros maravillas
De la braveza deste serpentino ;
Mas bien será decir de Juan Varillas
Y Martín Sanchez, hoy nuestro vecino ,
Que vieron un caimán en las orillas
Del agua por do guian su camino ,
Al cual tiran y dan con un espada ,
Por no perdella con cordel atada.

Luego con furiosos accidentes
Feroz arremetió con la canoa ,
Y con aquellos espantables dientes
Asió de los remates de la proa :
Asombráronse desto nuestras gentes
Con pesado pesar de que la roa ,
Porque cuanto mordió la bestia fiera
Otro tanto sacó de la madera.

El en efecto es boquirasgado ,
Sin lengua , con dos órdenes de dientes ,
De durisimas conchas rodeado ,
Los piés no de lagarto diferentes :
Es largo de hocico y abusado :
Son astutas y calidas serpientes ;
Tigre los acomete si los halla
En tierra, y es de ver esta batalla.

Porque el pintado tigre lo rodea
Con presurosos saltos y lijeros ,
Defendiéndole el agua que desea
De rios, de lagunas ó de esteros ,
Y clavale durante la pelea
Con las uñas las conchas y los cueros :
Da muestras el caimán de su braveza ,
Aunque le falta presta lijereza.

Mas abre las durisimas quijadas ,
Hace sus diligencias y se enhiesta ,
Dando tan sonoras tenazadas
Como tarasca dia de la fiesta ;
Da vueltas con la cola tan pesadas ,
Cuando para herir la hace presta ,
Que si con ella diese, por enmedio
Al tigre partiría sin remedio.

Y si en el arsenal ó seca plaza
El tal tigre gozó de vencimiento ,
Arrastra luego la pesada caza
A montüosa cueva y aposento ,
Adonde la desconcha y despedaza
Para satisfacer pecho hambriento ;
Mas si pasar el rio le acontece
El caimán es allí quien prevalece.

Porque suele la maculosa fiera
Muchas veces pasar una corriente
A nado, para ver parte frontera ,
Que de caza será mas conviniente ;
Mas si caimán lo ve por su ribera
Subyéctalo en el agua fácilmente ,
Y no tiene dudoso vencimiento ,
Sino cierto, por ser en su elemento.

Y ansi cualquiera dellos ha por buena
La pelea del puesto do se cria :
Quel tigre pasa el rio con su pena ;
Y el caimán, si del agua se desvia ,
O para desovar en el arena ,
O ya para dormir al sol del dia ,
De la manera dicha se aprovecha
El tigre, cuando ve su suerte hecha.

Los huevos como de ánsar y mayores
En el arena deja sepultados ,
Adonde con la fuerza de calores
Sin los ver el caimán, son animados :
Toman en ellos gustos y sabores
Los indios, aunque sean empollados ,
Y aun si lo matan, como cosa buena ,
De carne del caimán hacen su cena.

Y también en hambrienta pesadumbre
Alguna vez le fué manjar aceto
A quien nunca lo tuvo de costumbre
Ni pensó de se ver en tal aprieto;
Pero la hambre pone dulcedumbre
En lo que careció de tal efecto:
Aconteció también desta comida
Quedar no pocos hombres sin la vida.

No vino sin aqueste detrimento
Campo del español en la jornada
Que entonces hizo del descubrimiento
De aqueste nuevo reino de Granada,
Cuando por falta de mantenimiento
La gente se sentía fatigada
Junto del río Grande, donde agora
Llaman los cuatro brazos y la Tora.

Allí para pescar mas á provecho,
Un Juan Rodriguez Gil con un anzuelo,
Con temor del caimán que por asecho
Al que se descuido pescó de vuelo,
Había cierta barbacoa hecho
Dos varas de medir alta del suelo,
Pareciéndole que por esta vía
Ningun riesgo de muerte correría.

Llegóse con las aguas ocultado
El vorace caimán á la ribera,
Y embistiendo con ellas el tablado,
La cautelosa cola sacó fuera,
Dando con ella golpe tan pesado
Que derribó por tierra la madera:
Al instante volvió la boca brava,
Mas no pudo pescar al que pescaba.

Pues aunque se mojó con la tormenta
Del agua que el caimán echó por alto,
No le tocó la cola con que tienta
Para cebar la boca hacer salto,
Y el Juan Rodriguez hoy día me cuenta
Cómo turbado deste sobresalto,
Con las manos y con los pies estriba,
Huyendo dél por la barranca arriba.

Después que derribó la barbacoa,
Viendo que le faltó tan buen bocado,
El cuerpo descubrió como canoa
No lejos de la orilla sobre aguado:
Acude luego Cristóbal de Roa,
En puntería bien ejercitado,
Y con el fuego que otras armas cala
En las entrañas le metió la bala.

Al profundo del agua se metía,
Y brevemente se mostraba fuera;
La cola y la cabeza revolvia
Como si con alguno compitiera:
Finalmente, lo vieron otro día
Ya muerto y al través en la ribera,
Con un olor de almizcle que dél nace
Pesado ya por ser tan eficaz.

Fué luego por el español abierto
Para lo sepultar en el arquivio,
Pero por el hambriento desconcierto
El dragon se mostró vindicativo,
Matando muchos mas después de muerto
Que pudiera matar estando vivo,
Porque sobre sesenta perecieron
Que de las carnes del caimán comieron.

Pudiéramos, contando semejantes
Trabajos, consumir algunos días;
Mas quíerome volver adonde antes
Dejé las españolas compañías;
Las cuales ya del río van distantes,
Procurando volver mediante guías
Al mar de Santa Marta y á su tierra,
Atravesando la cercana sierra.

Alguna poblacion se descubría,
Y algun oro del bárbaro vecino,
Mas para bestias por ninguna vía
Pudieron hallar cómodo camino;
Y así volvieron por do ya sabia
Sus dormidas el campo peregrino:
Vieron su Santa Marta deseada,
Pero halláronla toda quemada.

Pues como fuese fábrica pajiza
Y del calor sequisimas las pajas,
Con ventoso furor que las atiza
(Y allí son mas continuas sus ventajas)
Presto se convirtieron en ceniza
De unos y de otros las alhajas;
Pero recién venidos destas gentes
Perdieron mucho mas por ser absentes.

Pues no les escaparon vestidura
Ni aun otras cosas de valor mas lleno;
Y es así cierto que con la presura
Quel viento causa y el ardiente feno,
La mejor amistad al fin procura
Sacar antes lo suyo que lo ajeno,
Cuanto mas que quien algo sacar pudo
Quedó menos vestido que desnudo.

Por levantarse grande torbellino
A medio día con nordeste viento,
E ir todos á casa del vecino,
Donde fué su primer encendimiento
Cocina de un Armentia, vizcalno,
Destas casas la mas á barlovento;
Y así cuando volvían á sus casas
Los demás las hallaban hechas brasas.

Diceme pues la compañía vieja
A questo fuego ser red barredera,
Que toda la ciudad hizo pareja,
Porque tan solamente quedó entera
La del gobernador por ser de teja,
Y estar también un poco mas afuera:
En los cuales incendios contractantes
Perdieron mercancías importantes.

Vista la destruición y perdimiento,
El sabio general puso la frente
En proseguir aquel descubrimiento
Para restauracion de aquella gente;
Mas porque yo me hallo sin aliento,
Determino, primero que lo cuente,
Tomar algunas horas de sosiego,
Y en descansando yo volveré luego.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Pedro de Lerma desde á pocos días que llegó á Santa Marta salió á descubrir tierras nuevas con algunas guías que trajo de los Caribes.

Origen fué de grandes perdiciones
Para los pobladores de algun puerto
Faltar á los principios intenciones
De poner en juridico concierto
Aquellas grandiosas poblaciones
Que con sudor habían descubierto,
Parando solamente sus deseos
En el provecho vil de los rancheos.

Pues absortos en esta golosina,
Lejana de quieta providencia,
Ninguno por allí se determina
A la perpetuidad y permanencia,
Antes sus intenciones encamina
A muertes, robos, sacos y violencia,
Sin que gobernador hiciese cuenta
De poblar, repartir y tener renta.

Y así también sin estos pensamientos
Sacó Pedro de Lerma sus soldados,
Que fueron todos mas de cuatrocientos,
Valerosos y bien aderezados
De todos militares ornamentos,
Con mas de cien caballos estremados,
Siguiéndolo la gente mas granada
De la que con él vino del entrada.

Mas el obispo, lleno ya de saña,
No quiso reiterar estos caminos,
Viendo cómo se daban mala maña
Para se convertir indios vecinos;
Antes determinó volver á España
Con buenos granos de veneros finos,
Donde por apartarse de consejas
No quiso mas volver á sus ovejas.

Mas el Pedro de Lerma diligente
La costa arriba hizo su corrida
A la Ramada, parte conviniente
Para llegar á tierra bastecida ;
Y en el valle de Upar metió su gente ,
Provincia ya de todos conocida ,
Caminando por entre las dos sierras
Hasta que descubriesen nuevas tierras.

Muchos señores desta gente ruda
Salían con pacífico semblante
Dándoles el socorro y el ayuda
Que pretendía nuestro caminante :
Llegan á Pacabney , gente desnuda ,
Aunque provincia rica y abundante ;
Caminan hasta ver playa y arena
Del rio grande de la Magdalena.

Cuyas riberas el cristiano bando ,
Cebados en olor de ricos dones ,
Fué por algunos dias costeando ,
Y descubriendo muchas poblaciones ,
De las cuales algunas , recelando
Mañas y sutilezas de ladrones ,
A la contraria banda destas rios
Huían con sus joyas y atavíos.

Alguna gente menos recatada
Por algunos respectos les parece
Ser mejor no salir de su morada
Antes buen amistad y paz ofrece ,
Y aquesta por los nuestros fué guardada ,
Cosa que pocas veces acontece ;
Mas no tomó la gente castellana
Sino lo aquellos daban de su gana.

Allí mediante paz se rehacían
De cosas necesarias al camino ,
Y de los comarcanos acudían
A ver á nuestro campo peregrino ,
De los cuales algunos ofrecían
Preseas de oro bajo y oro fino ;
También daban noticia que adelante
Había tierra rica y abundante.

Antonio de Lebrija con Berrío
Hicieron su corrida mas prolija
Con algunos soldados de buen brio
Para poder tener nueva mas fija ,
Y entonces descubrieron aquel rio
Que de su nombre llaman hoy Lebrija ,
Y allí todas las gentes descubiertas
Decían que las nuevas eran ciertas.

Afirmaban haber á las vertientes
De las sierras que lejos parecían
Crecidas poblaciones , cuyas gentes
De telas de algodones se vestían ,
Con otras circunstancias convinientes
A los que tierras nuevas inquirían ;
Mas por no los creer ó por locura
Perdieron una buena coyuntura.

Pues como ya tuvieron recogido
De joyas y preseas algun grano
Con que se mejorase su vestido ,
Determinan volver al Oceano ;
Apartando , segun después se vido ,
Aqueste nuevo reino de la mano ,
Y pudiendo seguir tales carreras
Entonces por provincias mas enteras ,

Y con gente de guerra mas cursada
En la necesidad y en rompimiento ,
Pues para cualquier áspera jornada
Uno valia tanto como ciento ;
Pero con todo eso descuidada
De se perpetuar en un asiento ,
Sino siempre con torpe golosina
De robar y volver á la marina.

Adonde lo ganado con quebranto
Perdía tracto poco virtuoso ;
Pero de Pedro de Lerma me espanto ,
Mozo valiente , diestro y animoso ,
No querer ver lo que loaban tanto ,
Siendo de cosas grandes cudioioso :
En efecto , con ser gente bastante ,
No quisieron pasar mas adelante.

Volvieron á la mar , y dada cuenta
De lo que les había sucedido ,
Y en juegos , en amores , compra y venta ,
El despojo robado consumido ,
Como no poseyesen otra renta
Sino la que cogían del vencido ,
En consulta comun han acordado
Volver á rebuscar lo vendimiado.

También para ver tierras no sabidas
Y riquezas del bárbaro vecino ;
E ya teniendo todos prevenidas
Las cosas necesarias al camino ,
Hubo ciertas palabras desahridas
Entre los Lermas dos , tio y sobrino ,
Por un fulano Sanctos de Saavedra ,
Que después mala muerte fué su medra.

Al fin el sinsabor desta pendencia
Al sobrino le pudo dar abierto
Camino para le pedir licencia
Para poder salirse deste puerto ,
Y el tio se la dió sin advertencia ,
Pensando su designo ser incierto ;
Mas el Pedro de Lerma con coraje
A tierras de Pirú hizo viaje.

Acompañólo gente valerosa
Que gastaron allí hartos otoños :
Fué Lorenzo de Aldana y Hinojosa
Y aquel bravo leon Rodrigo Orgoños ,
Y quisieran , segun iba la cosa ,
Irsé soldados viejos y bisoños ;
Mas el gobernador les puso freno
Por no desamparar aquel terreno.

Sobrello castigaron atrevidos
Con penas y castigos diferentes ;
Mas los cuatro que tengo referidos
Llegaron á Pirú con otras gentes :
Son de Almagro y Pizarro recibidos ,
Honrándolos con cargos eminentes ,
Y después en sus bandos y cuestiones
Cada uno siguió sus aliciones.

Orgoños por su fuerzas y prudencia
Fué maese de campo del Almagro ;
Cuyo valor no tuvo resistencia
En lo que se juzgara por mas agro ,
Y en cualquiera sangrienta competencia
Su brazo hizo cosas de milagro ;
Y así de su virtud y de su lanza
Almagro hizo grande confianza.

El Lerma no fué menos estimado
Del Pizarro , que mucho lo queria ,
Pues por su general salió nombrado ,
Y en el cargo mostró su valentia :
Después dieron á Alonso de Alvarado
El honoroso cargo qué él tenia ,
Por cuya causa Lerma , de corrido ,
Siguió con el Orgoños su partido.

Diego de Almagro hizo dél gran cuenta ,
Por ser sus obras de todo bien dinas ;
Después como batalla se presenta ,
Con las entrañas ya luciferinas ,
Orgoños vió su fin en la sangrienta
Batalla que se dió de las Salinas ,
Y al Lerma mal herido y en su fecho
Acabó Samaniego por asecho.

Pero volvamos á Santa Marta ,
Porque nuestro disigno se concluya ,
Donde tenían vigilancia harta
En que la demás gente no se huya ;
Y así el gobernador hizo que parla
Luego la mayor parte de la suya ,
A descubrir por tierra y con navios
Por aquel rio Grande y otros rios.

Un Juan de San Martín capitán era ,
Y Juan de Céspedes ni mas ni menos ,
Con ciento y diez soldados , que qualque
Podían igualar á los mas buenos ;
No se llegaron mas en esta era ,
Por haberse huído destes senos
En barcos y navios , á la fama
Que de Pirú por Indias se derrama.

Fué Sanctos de Saavedra bullicioso
Nombrado capitán de macheteros,
Para que por el bosque tenebroso
Abriese los caminos y senderos;
También para pasar lugar acuoso
Determinan llevar barcos lijeros,
Pues por el rio Grande y sus orillas
Han de comunicar ambas cuadrillas.

Tres barcos llevan para tal socorro
Y para se valer con menos daño,
Y para que detrás de punta ó morro
Sean a los de tierra desengaño;
Son Alonso Martín y Juan Chamorro
Capitanes, y Rodrigo Liaño:
En efecto la principal demanda
Era poder pasar á la otra banda.

Porque tenían ya noticia buena
Que la tierra cercada de dos rios,
El de Cauca y el de la Magdalena,
Se hollaba de grandes señorios,
Y cualquier poblacion estaba llena
Del pálido metal que son sus pios;
Y aun el dia de hoy aquel camino
Es una pura pasta de oro fino.

En este tiempo vino por prelado
Un don Alonso de Robles, cristiana
Persona, y hombre bien intencionado
Consuelo desta gente castellana;
Trajo por provisor cierto letrado
Que llamaban el bachiller Viana,
Clérigo grave, buen estudiante,
Y para gobernar hombre bastante.

Aderizado pues lo conviniente
De caballos y militar arreo,
El clérigo Viana que presente
Se deseaba ver en el rancheo,
El Lerma lo nombró por su teniente,
Conociendo ser este su deseo;
Coadyutor Cristóbal de Quiñones
Para las criminales ocasiones.

La costa bajo van con gente poca,
Y no bien proveida la mochila,
Los barcos á meterse por la boca
Del rio que otros rios recopila;
Y el escuadron de tierra se convoca
Para cortar á tierras de Chimila,
Y desde allí pasar por gente blanca
Hasta poder llegar á la barranca.

Do tienen de esperar la demás gente
Que sube por raudales inquietos,
Porque por agua y tierra juntamente
Procuren de hacer buenos efectos:
Rompen pues espesuras, do la frente
Seguia por jüticios mas discretos,
Y sin mantenimientos y sin guías
Tardaron en salir bien ocho dias.

Viejo valor y el que de nuevo vino
Nunca pensó salir de la jornada,
Porque con hambre y el sudor contino
La gente se sentia fatigada;
Pero mediante Dios y su buen tino
Llegaron á la tierra deseada
De Chimila, provincia bastecida,
Donde hallaron copia de comida.

Después para llegar lo pretendia
El campo, y á esperar los barcos pare,
Rio de Ariguani tomó por guia,
Y por aquel se fué hasta Cazares:
Salen de la montaña que tenia
A tierra quel camino les declare;
Llegaron por hacer aqueste trueque
A las lagunas de Tamalameque.

Los indios de la tierra, como vieron
Gentes de quien ignoran pensamientos,
En las islas que tienen se metieron
Con hijos y mujeres y alimentos:
Desta causa los nuestros padecieron
Aquello que padecen los hambrientos;
Dióse orden en que de paz se trate,
Y así dieron comida por rescate.

Apercebidos ya de buenas guías,
Prosiguen adelante sus carreras,
E ya pasados tres ó cuatro dias
Vieron del rio Grande las riberas:
Supieron que las otras compañías
Iban dias habia delanteras;
Despacharon canoa de improviso
Con indios de paz que les den aviso.

La canoa que fué, por ser lijera,
En menos de dos dias lo alcanza;
Mas ellos en volver do el campo espera
Hicieron ocho dias de tardanza:
Entre tanto Viana, como era
Delicado varon y sin usanza
De padecer trabajo tan austero,
Allí vido su dia postrimero.

Hizo la diligencia que es aneja
A quien de los presentes se desvia:
Conoce su maldad, de sí se queja
Con las palabras que David decia,
Y á San Martín y á Céspedes les deja
Los cargos y poderes quel traia:
Saavedra recibe descontento
De que en ellos hiciese nombramiento.

Este fué gentil hombre de buen gesto,
Mancebo generoso de Sevilla,
Mas no tan corregido ni modesto
Que rehusase siempre la renzilla;
Y así determinó de estorbar esto
Moviendo para ello la cuadrilla,
Y á los que vienen en los bergantines
También solicitó para sus fines.

Y dijo: «No será razon liviana,
Antes juicio de varon discreto,
Decir quel nombramiento de Viana
Es en sí todo de ningun efecto;
Porque Lerma con intencion cristiana,
Y á cuyo mandamiento me someto,
Quiere que eclesiástico prudente
Sea siempre cabeza de su gente.

«Aquí tenemos á fray Pedro Zarco,
De tan buenos avisos y tan doto,
Que de quien manda en tierra y en el barco
Puede ser la cabeza y el piloto;
Es hombre de valor, de peso y marco,
Y como tal le quiero dar mi voto:
Que tanto capitán, tanto tronido,
No pueden llevar campo bien regido.»

A unos pareció bien la demanda,
Y en otros también hubo repugnancia;
Mas los que Sanctos tiene de su banda
Hacian en el caso gran instancia,
Y el Céspedes les dijo con voz blanda:
«Señores, por ser cosas de substancia,
Por hoy el nombramiento se detenga,
Y mañana bareis lo que convenga».

El alboroto dicho ya quieto
Con lo que Juan de Céspedes les pide,
Hablan los capitanes en secreto
Con Alonso Martín quel caso mide,
Y quedan concertados en efecto,
Que Rodrigo Liaño los convide
En su barco á comer dia siguiente,
Y á Sanctos de Saavedra juntamente.

Llegada ya la general cubierta
Así de feo como de lo bello,
Entre los capitanes se concerta
El modo que ternán para prendello,
Sin haber alboroto ni reyerta
De parte de los que le dan resuello,
Pues Sanctos de Saavedra, aunque liviano,
Tenia mucha gente de su mano.

Pero los capitanes y el Quiñones,
Por quien se concertaban estos tratos,
Estaban hartos de sus sinrazones,
Menosprecios, sulturas, desacatos,
Y tenellos en tales opimiones
Como si fueran unos insensatos:
Lo cual ellos con el que los avisa
El enojo mayor echan en risa.

Y agora, por estar determinados
A que se haga dellos justa cuenta,
Secretamente hablan á soldados
Que en número serian como treinta,
De quien vivian ellos confiados
Ser buenos hombres en cualquier afrenta;
Y con aviso como convenia
Esperaban la clara luz del día.

Después que descubrió la frente clara
Y sus rayos aquel señor de Delos,
La gente prevenida se repara
De municion y fraudulentos velos,
Pues por las apariencias de la cara
Nadie pudiera concebir recelos;
Y el Quiñones llamó con gran sosiego
A Luis de Manjarés que vino luego.

Y díjole: «Señor, es mi demanda,
Y destos caballeros congregados,
Que vuestra merced vea la otra banda
Con dos ó tres docenas de soldados;
Haga la lista Pedro de Miranda
De los que por vos fueron señalados:
Veréis qué poblacion dentro se encierra
Y qué dispuscion tiene la tierra.»

Luis de Manjarés que dello gusta,
Sin sospechar los trances rigurosos,
Como le pareció demanda justa
Nombró treinta soldados animosos,
Los cuales se metieron en la fusta,
Y acertaron á ser los sospechosos:
El Alonso Martin les pasó el río,
Y luego se volvió con el navío.

Vuelto Alonso Martin, llegó Líaño
A Sanctos que sospecha no tenia
De donde le pudiese venir daño,
Y díjole: «Holguémonos un día
De cuantos trabajamos todo el año,
Y vuestra merced tenga compañía
A estos caballeros y soldados,
Que son en mi navío convidados.

» Bien veo mi convite no ser dino
De personas de vuestras cualidades,
Pero no faltará bizcocho y vino
Guardado para las necesidades;
También tenemos lonjas de tocino,
Y demás desto buenas voluntades,
Cecinas y tasajos de ternero,
Y si quisierdes mas por buen dinero.»

Riñose Saavedra como angosto
De sienes, y aceptó mala comida,
Porque no le sabia mal el mosto
Con quel dicho Líaño lo convida;
El cual no lo gustó, pero su costo
No menos se pagó que con la vida:
Entró pues el mancebo sin ventura
En el barco que fué su sepultura.

Tenian como suele comunmente
Debajo la toldeta mesa puesta;
En medio le hicieron que se asiente,
Mas no para hacelle mayor fiesta,
Pues Juan de Céspedes incontinente
Asió del arma quel hacia presta;
Cargaron cuantos son á la batalla
Del espada que nunca quiso dalla.

Céspedes le requiere muchas veces
Le dé las armas sin gastar razones;
Responde: «No os conozco por jueces,
Sino solo á Cristóbal de Quiñones;
Porque vosotros sois unos soeces,
Villanos y de malas intenciones».
Al fin Quiñones le tomó la espada
La guarnicion torcida y aun quebrada.

Oyendo los de tierra las recuestas,
Acuden todos con sus municiones;
Mas Alonso Martin tenia prestas,
Con recelo de las alteraciones,
En su navio copia de ballestas
Armadas con saetas y arpones;
Y así tienen por bien estar á raya
Sin pasar adelante de la playa.

Como pararon los de la ribera
Viendo las amenazas peigosas,
Ponen al pobre Sanctos en collera,
Las manos apretadas con esposas;
Hacen informacion de cómo era
Un hombre de costumbres sediciosas,
Toman de sus delictos seis testigos
De aquellos que le son menos amigos.

Hecha la informacion desta manera,
Mas llena de rencor que de paciencia,
Quiñones sentenció que luego muera,
Y el Sanctos apeló de la sententia,
Mas como la pasion fué medianera,
No le bastó razon ni diligencia:
Finalmente, fué muerte de garrote
La paga del convite y el escote.

Confesó con un padre lusitano,
Viendo de sus contrarios el intento,
Y no tener amigos á la mano
Que mitigasen este movimiento:
Murió como católico cristiano
Y grandes muestras de arrepentimiento,
Y aunque en morir fué poca la tardanza,
Dió de su salvacion buena esperanza.

A tierra lo sacó contrario bando,
Manifestándose nuevos editos,
Con voz de pregonero pregonando
No sé qué desvergüenzas y delitos,
Para que los subyectos á su mando
Supiesen que constaban por escritos:
Dejaronlo sobre la arena blanda,
Hasta venir los de la otra banda.

Después que Manjarés ovo venido
De donde fué con treinta compañeros,
Tomó tanta pasion cuando lo vido,
Que llamó de bellacos, carniceros,
Cuantos en lo matar habian sido,
Alevosos y malos caballeros,
Y que sin quedar uno ni ninguno
Lo hará conocer á cada uno.

Mostró cada cual dellos sentimiento
Oyendo las palabras atrevidas,
Y quisieran ponelles escarmiento
Si pudieran hacello sin heridas;
Mas disimulan el atrevimiento,
Por no perder allí todos las vidas,
Pues si se comenzaran los maitines
Sus horas no tuvieran buenos fines.

Porque todos los mas del estandarte
Sentian de lo hecho grave pena,
Y el Manjarés tenia de su parte
La gente principal y la mas buena:
Y así, viendo la cosa de mal arte,
Su disimulacion quedó mas llena,
Poniendo de por medio su cordura
A la temeridad y á la sultura.

San Martin y Cristóbal de Quiñones
Riñen á Manjarés su desatino
Debajo de amistad, y sus razones
Bastaron á metello por camino;
Y así se quietaron corazones
Dispuestos á terrible torbellino,
Y pasada la furia deste fuego,
Nunca tuvieron mas desasosiego.

Antes pues que la noche se viniese,
Por todos sus amigos se procura
Que al miserable cuerpo se le diese
Cubierta de terrena sepultura,
Y allí fray Pedro Zarco que hiciese
Lo que debe hacer el docto cura;
Al cual no le faltaba sentimiento
Por ser la causa de su perdimiento.

Llevó su cuerpo gente generosa
Al sepulcro que ya tienen abierto
Debajo de la ceiba mas umbrosa
Que pudieren hallar en aquel puerto;
Y encima del sepulcro ponen losa,
Por donde su lugar fuese mas cierto,
Para lo trasladar en algun día,
Y allí pusieron letra que decia:

Aquí vió postrero día
Un Sanctos de Sayavedra :
Queda debajo esta piedra
Muerto por quien lo temía.
No hace su causa blanda
Ni carece de demencia
El que toma competencia
Con la persona que manda.

A las exequias tristes dados fines ,
Otro día después deste siguiente ,
En orden se pusieron bergantines
Y embarcan los caballos y la gente ,
Para poder pasar á los confines
De la ribera que tienen enfrente ,
Que después se llamó de Cartagena ,
Entrel río de Cauca y Magdalena .

Estando todos ellos en la banda
De tierra que tenían por mas harta ,
Junta de capitanes que los manda
Ordena que la gente se reparta :
Van los de tierra pues en su demanda ;
Vuelven los de la mar á Santa Marta ,
Donde de los rancheos que habian hecho
Llegaron todos con algun provecho .

Los otros van por entre los dos rios ,
El Grande y el de Cauca , que se llama
Hoy de San Jorge , cuyos señorios
Fueron mucho menores que la fama ,
Pues no ven tanta copia de bubios
Cuanto noticia de indios encarama ;
Mas si pasaran el de Cauca sanos
El Cenú les hinchiera bien las manos .

Adonde después los de Cartagena
En tierra de compás inhabitable ,
Hallaron , sin haber natural vena ,
Riqueza de valor inestimable ,
En sepulturas , de que estaba llena ,
Con mortandad á vivos agradable ;
Pues hubo de lo que por cuenta vino
Setecientos mil pesos de oro fino .

Mas estos , puesto caso que noticia
Alguna se les dió destas culturas ,
No les fué la fortuna tan propicia
Que cayesen en estas sepulturas ;
Antes los consumía la malicia
De malos aires , grandes espesuras ,
En cuyos arcabucos y conveses
Gastaron mas espacio de ocho meses .

En montes era la mayor sustancia
Garrapatas , mosquitos y otras plagas ,
Y destas ocasiones abundancia
De crüeles y encanceradas llagas ,
Adonde no prestaba vigilancia
En abrasallas con ardientes dagas :
Ansimismo do quiera que dormian
Murciélagos en vida los comian .

Demás de no hallar mantenimiento ,
Faltábales la sal , y es una cosa
Que no causa pequeño detrimento
En gente de salud menesterosa ,
Pues de faltas en un descubrimiento
Es aquesta la mas pernicioso ,
Y así los cuerpos en aquellos puertos
Se hinchen de gusanos sin ser muertos .

Saliales á todos mucho grano
Con las alteraciones de un devieso ,
Y dentro molestísimo gusano ,
Aspero , peludillo y algo grueso :
Da voces y gemidos el mas sano ,
Por ser aquel dolor en gran exceso ,
Hasta que ya cayeron en la cura ,
Que fué facil y no de mucha dura .

Pues de diaquilon un parche hecho
Sobre la hinchazon y carne flaca ,
Hace la fuerza del tanto provecho ,
Que la mitiga y el gusano saca :
El duro torondon queda deshecho ,
La pena quita y el dolor aplaca ;
Y alguno me vendió por manifesto
Que falta de la sal causaba esto .

Y aun aqueste mortal inconveniente ;
De que los racionales se quejaban ,
La bestia caballar también lo siente ,
Pues los caballos todos se pelaban ;
Comen y roen con rabioso diente
Cueros , ropas y cosas que topaban ,
Hasta lamer con esta golosina
La tierra do derraman el orina .

Como se viesen pues menoscabados
Muchos caballos y españoles muertos ,
En un parecer son determinados ,
Y fué volver á los marinos puertos :
Flacos , perdidos , mal aderezados ,
Pusieron en efecto los conciertos :
Balsas por ellos hechas dan avio
Para pasar el caudaloso rio .

Pasaron sin que hallen resistencia ,
Y á Santa Marta por aquel instante
Enviaron de la real audiencia
Un oidor , que fué el doctor Infante ,
Para tomar al Lerma residencia ;
El cual halló la tierra de menguante
Y al gobernador Garcia de Lerma
En cama , su persona mal enferma .

Aquesta residencia proveida
Se hizo pregonar luego que vino ,
Mas apresuró Lerma su partida
Para la dar ante el juez divino ,
Huyendo los trabajos desta vida
Por pasos de católico camino :
Quedando por su fin desconsolados
Todos estos vecinos y soldados .

Por ser en sus costumbres tan modesto ,
Que no supo , con ser un hombre claro ,
Decir mala crianza ni denuesto ,
Ni quiso de sus bienes ser avaro ;
Fácil en perdonar , y demás desto
Los pobres lo tenían por amparo :
Allí tuvo de oro buena suerte ,
Pero sin él al tiempo de su muerte .

Ordenan pues aquel enterramiento
Los hombres nobles y el doctor Infante ,
El cual fué con mas tierno sentimiento
Que con vistosa pompa ni pujante ;
Y encima del humilde monumento
Puso dos versos un estudiante ,
Cuyas palabras breves y finestas ,
Segun algunos dicen , fueron estas :

*Terrestri lecto dormis nunc optime Lerma
At tua non somno famæ sepulita manet.*

En esta terrestre cama
Duermes , Carela de Lerma ;
Mas no conviene que duerma
En ella tu buena fama .

Quando venian pues los del entrada
Buscando de comer por el camino ,
Los visitó con paz enmascarada
Alonso , principal indio ladino ,
Persona por allí bien señalada ,
Que de Tamalameque fué vecino ;
Y este les dijo si querian granó
Fuesen á Sopatín , pueblo cercano .

Y aunque tenían poco de presente ,
Suplirian los indios su penuria ,
En tanto que pasaba la creciente ,
Por entrar el invierno con gran furia :
Entró pues en acuerdo nuestra gente
Sin sospecha de padecer injuria ,
Y acordaron por no ser tan molestos
De que se repartiessen en dos puestos .

En cumplimiento pues de lo que hablo
Se reparten los pobres peregrinos :
El Céspedes al valle del Diablo ,
Donde los huracanes son continos ,
Poniéndole los nuestros tal vocablo
A causa de los muchos torbellinos ;
Y también dicen que Diego de Almonte
Luchó con él en este mismo monte .

Pues en una labranza de aquel suelo
 Recogiendo virtud para la panza,
 Se vino contra él un indezuelo
 Diciendo: «No me cojas mi labranza».
 Sobre lo cual los dos andan al pelo
 Un rato, que no fué poca tardanza;
 Y el Almonte, con ser hombre bastante,
 Le pareció luchar con un gigante.

Y en confianza de su fuerza mucha
 A los principios bien pensó amarrallo;
 Pero fuéle tormento de garrucha,
 Y por bueno tuviera ya dejallo,
 Porque durante la terrible lucha
 Vido cómo tenía piés de gallo.
 Dijo: «¡Jesus! Jesus!» y en el momento
 El indezuelo se le tornó viento.

Acudieron los de su camarada
 A las débiles voces y al gemido:
 Halláronle la cara rasguñada,
 Ajeno de sus fuerzas y molido;
 Y siendo la razón investigada,
 Dijo lo que le había sucedido;
 Y tiene hijos hoy a este hombre
 En este reino, de su mismo nombre.

Al dicho valle con su gente viene
 Céspedes do después sucedió esto,
 Y porque tal renombre no conviene,
 Val de San Bartolomé le fué puesto,
 El cual renombre de presente tiene,
 Y el otro se quitó por ser molesto;
 Pero, pues acabamos el digreso,
 Justo será volver á mi proceso.

El Juan de San Martín con el restante
 En Sopatin entró, pueblo cercado
 De ciénagas que tiene por delante,
 Bien proveídas todas de pescado:
 Mostráronle los indios buen semblante,
 Mas él siempre vivía recatado,
 Tanto, que por los ver apercebidos
 De sus casas se van sin ser sentidos.

Viéndose solos en aquel asiento,
 Cercados de agua, faltos de comida,
 Envían á buscar mantenimiento
 Cuatro mancebos en edad florida,
 Que por el agua van, con detrimento
 Y no con poco riesgo de la vida,
 A cierta población que esta frontera
 Sería media legua la carrera.

Tres de los cuatro van á pié ligero,
 Y un Ocampo llevaba piés bestiales;
 Mas antes de tomar pueblo frontero
 Los cercan con sus barcas naturales,
 Embistiendo con Pedro Coetnero,
 Uno de los soldados principales;
 Y el impetu fué tal y tan violento,
 Quel misero perdió vital aliento.

De los tres otros cada cual procura
 Apercibirse para su defensa:
 El ánimo sobró, faltó ventura
 Para que les suceda como piensa,
 Porque su vida fué de poca dura,
 Por ser los indios cantidad inmensa;
 Y así fueron los miseros vencidos,
 Y dentro de las aguas sumergidos.

Los demás, á quien esto fué visible,
 Maldicen sus trabajos y fortuna,
 A causa de que no les fué posible
 Podellos socorrer en la laguna,
 Y el riesgo do se vían ser terrible,
 Sin hallar de canoas sino una
 Capaz de dos personas solamente,
 Sin otra circunstancia ni adherente.

Acordóse que la canoa fuese
 Con dos valientes mozos nadadores,
 Para que Juan de Céspedes viniese
 A los librar de pérfidos traidores;
 La cual determinaron que saliese
 Cuando faltasen claros resplandores:
 Fué pues en ella Francisco Salguero
 Con un Pedro Martín su compañero.

A boga que no sienten los oídos,
 En el plan las espadas sin rodela
 Caminan, y desnudos de vestidos,
 Con el obscuro nubló que los cela;
 Pero con todo esto son sentidos
 De bárbaros que hacen centinela:
 Tocaron cuernos, dan grandes clamores,
 Convocando los otros moradores.

Los españoles otros que despiertos
 Oyeron el rúido y estampida,
 Al Salguero contaban con los muertos,
 Y al buen Pedro Martín no daban vida:
 Salieron mil canoas de los puertos
 Contra los que se ponen en huida,
 Los cuales viendo ya tales extremos
 Acuerdan de los brazos hacer renos.

Y confiados en ayuda santa
 A nado van los dos vía derecha,
 Huyendo del clamor que los espanta
 Y hace su carrera mas estrecha:
 Al Salguero hirieron en la planta,
 De la cual luego se sacó la flecha;
 Al fin cada cual dellos persevera
 Hasta que ya tomaron la ribera.

Luego con la posible vigilancia
 Y riesgos y trabajos no crederos,
 Encaminan sus pasos al estancia
 Donde estaban los otros compañeros.
 Que sería seis leguas de distancia,
 Atravesando ciénagas y esteros:
 Llegaron pues á do se representa
 Y de lo sucedido dieron cuenta.

Curaron al Salguero la herida,
 La cual no fué de flecha venenosa;
 Y la necesidad reconocida
 Do la tardanza fuera peligrosa,
 El Céspedes abrevia su partida,
 Que punto de la noche no reposa,
 Sino que por camino mal seguro
 Siempre fué caminando con obscuro.

E ya llegando cerca del asiento
 De aquel que su victoria regocija,
 Entró con helicoso rompimiento
 Sirviéndole la noche de cubija:
 El cacique buyó de su aposento,
 Pero prendieron la mujer y hija,
 Y estas mujeres dos fueron capaces
 Para que celebrasen luego paces.

Porque el cacique vino ya de día
 Para las rescatar con algún trueque,
 Diciendo que si mal se les hacía,
 Era por indios de Tamalameque,
 De los cuales Alonso fué la guía,
 A quien reconocían por su jeque;
 Y que creyesen y estuviesen ciertos
 Quel no tenía culpa de los muertos.

Vió pues el San Martín blanca bandera,
 Y conoció por ella buen efeto:
 Dió las gracias á Dios por verse fuera
 Del riesgo no dudoso ni secreto,
 Porque si Céspedes no socorriera,
 Dudaban escaparse del aprieto:
 Al fin durmieron juntos, y otro día
 Dan orden á lo que les convenia.

Ayudaron los indios al pasaje,
 Y diéronles también comida barta,
 De que hicieron buen matlotaje,
 Mandando que por orden se reparta:
 Prosiguieron después a aquel viaje
 Que se llevaba para Santa María:
 Y eso me da en rodeos que en atajos
 Innumerables fueron los trabajos.

Teniendo concluida la jornada,
 Al tiempo que llegaron al Dorsino
 Supieron de la muerte acelerada
 De Lerma y residencia que le vino,
 Fué nueva para ellos tan pesada,
 Que cierto se volvieron del camino,
 A no saber allí toda la sierra
 Y la costa del mar estar de guerra.

Mas parecióles obra de villanos,
Sin uso de razon y gente dura,
No ir á socorrer á sus hermanos
En esta peligrosa coyuntura;
Pues si vinieran indios comarcanos
Abrieran para todos sepultura:
Llegaron pues setenta de los ciento
A tiempo que les dió sumo contento.

Dió luego residencia quien regia,
Y el golpe de la bolsa fué ligero,
Por llegar menos llena que vacía;
Pero toda la pena fué dinero,
Porque el doctor Infante mas lo habia
Por las botas que por el escudero,
Y así por vellos flacos de costilla
Con menos que pensó volvió á su silla.

Mas luego como vino mandó fuera
Con gente y armas bien apercebido
Al diestro capitán Juan de Ribera,
Que nunca revolvió ni mas lo vido,
Por ser de Fedrimán en su bandera
Con sus soldados todos detenido,
Segun mas largo tengo declarado
En otra parte deste mi tractado.

Antes de se partir también habia
A tierra de caribes dirigido
Un cierto capitán dicho Mejía,
Su deudo, que con él era venido;
El cual dentro del tiempo que queria
Volvió de muchos indios proveido,
Y así como si fuesen de Etiopia
Este doctor llevó crecida copia.

Ningun indio rebelde hizo llano,
Por faltar militares aderezos,
Mas puso para ello de su mano
Por justicia mayor un Anton Bezos,
Que reconcilió lo mas cercano
Y deshizo no pocos estrompiezos;
El cual, aunque tenia feo nombre,
En todas cosas era cabal hombre.

Estuvieron así desta manera,
Con subyeccion del ordinario yugo,
Hasta tanto que por aquella era
Al gran emperador don Carlos plugo
Dar por gobernador desta frontera
A don Pedro Fernandez Luis de Lugo,
Del cual quiero tractar; mas determino
Descansar al principio del camino.

ELEGIA IV.

La muerte de don Pero Fernandez de Lugo; donde se cuenta la llegada á Santa Marta con el gobierno de aquella provincia, y lo que sucedió durante su vida.

CANTO PRIMERO.

Cosa de risa es, ó ya de lloro,
Desembarcarse gente chapetona
En las regiones índicas do moro,
Con gran autoridad en su persona,
Y cómo piensa luego cargar oro
En virtud de lo mucho que blasona,
Y otros que truecan para volver ricos
En cueras y jubones los pellicos.

Y así muchos ocupan los navios,
Para mas adornar el mortal vaso,
De calzas, gorras, plumas y atavios
De terciopelo, tafetán ó raso,
Que para las entradas son baldios,
Y de quien bosques hacen poco caso,
Porque para romper el espesura
Poco vale pomposa vestidura.

También lo hace mal aquel que entiende
Los negocios de Indias, y en España
Como si fuese pura verdad vende
Lo que sabemos ser acá patraña;
Y no sé con qué escusa se defiende
Aquel que tantos miseros engaña,
Haciéndotes creer que donde vino
Dejó montes cubiertos de oro fino.

T. IV.

Y así por mejorar su pasada
Vienen mil hombres á peor estado;
E yo sospecho que por esta via
Fué don Pedro Fernandez engañado,
Persuadido, segun que se decia,
Por Francisco Lorenzo del condado,
Que de los de Bastidas fué primero,
Y casado con Isabel Romero.

Que en este reino fué después casada
Con Céspedes, varon de cuyos hechos
En este nuevo reino de Granada
No pueden sus enojos ser estrechos:
Dejó generacion multiplicada,
Que por herencia tiene sus provechos,
Ganados con valor de su persona
En servicio de la real corona.

Oyendo pues el encarecimiento
Y fama de la hermana de Maria,
El don Pero Fernandez, cuyo intento
Fué siempre de cristiana hidalguia,
Demandóla por adelantamiento,
Demás del de Canaria que él tenia:
Fuéle por nuestro rey la merced hecha,
Y para la partida se pertrecha.

Ayudaron también con sus caudales,
Como coadyutores del armada,
Luis Bernal y Gomez de Corrales
O del Corral, persona señalada,
Y Albaracin con otros principales,
Que fueron de la gente mas granada,
Deste reino también descubridores,
Aunque mal satisfechos sus sudores.

Los tres quinientos años ya corridos
Con otros treinta y cinco de la era,
Con mas de mil soldados escogidos
Procuró de pasar esta carrera,
Con tantas variedades de vestidos
Como flores produce primavera:
Capitanes, alféreces, sarjentos
Y soldados con ricos ornamentos.

Fué general, por ser hombre bastante,
Su hijo don Alonso Luis de Lugo,
Y de lo ver con cargo semejante
A ninguno del campo le desplugo;
Pero, como diremos adelante,
Para su padre cuasi fué verdugo
En lo dejar sin oro ni vajilla,
Huyendo dél la vuelta de Castilla.

Fué justicia mayor el licenciado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Varon en varias letras señalado,
El cual por su valor en el espada
Pudo llegar á ser adelantado
En este nuevo reino de Granada;
Y sé decir quel adelantamiento
Era cifra de su merecimiento.

El diestro capitán Diego de Urbina
Por maese de campo se pregonó:
Don Diego Sandoval en él resina
El cargo con que vino su persona;
Fué capitán por ser persona dina
Ansimismo don Diego de Cardona;
También lo fué Diego Lopez Haro
Y Gonzalo Suarez, varon claro.

Don Pedro Portugal mando lenia
Y Alonso de Guzmán, hombres enteros,
Cada uno con su capitania
Y en ellas valerosos caballeros,
Que tela de oro y plata los cubria,
Donde gastaron suma de dineros:
Vinieron otros hombres eminentes
De los cuales muy pocos hay presentes.

Mas viven hoy Diego Rincon Barriga,
Pero Niño y Bartolomé Camacho,
De cuyo valor mucho que se diga
Se dirá con verdad y sin empacho,
Pues cualquier dellos en mortal fatiga
Varon insigne fué con ser muchacho:
Vive por consiguiente Miguel Sanchez,
Terror grande de musos y de panchez.

19

Vive también Pero Rüz García,
Paredes Calderon, aquel de Ronda,
En cuyo merecer la musa mia
No puede hallar fondo con su sonda;
Ve Juan Rodriguez Parra nuestro dia,
Y con los que se ven á la redonda
Hay Juan Rodriguez Gil, á cuyos hechos
Se deben grandes colmos de provechos.

Hay vivos Castro y Silva, lusitanos,
Los cuales para todos hechos buenos
Nunca sus fuertes y veloces manos
Tuvieron encerradas en los senos;
Manchado y Salamanca, ya muy canos.
De enfermedad y de miseria llenos,
Con un Anton Rodriguez de Casalla
De manos prestas á cualquier batalla.

Viven algunos otros querellantes
De los jueces y gobernadores,
Por dar á los malsines y chocantes
Los ajenos trabajos y sudores,
Y verse de señores mendicantes,
Y ver los mendicantes ser señores.
Con ser descubridores y guerreros
En este nuevo reino los primeros.

También las herederas de difuntos
Tienen por acertadas ordenanzas
Que sean juveniles los trasuntos
De los que las dejaron con pujanzas,
Teniendo por mejores estos puntos
Que las primeras puntas de las lanzas;
Y en sus moradas lo que mas importa
Es ver calza follada y capa corta.

Mozuelos son los que con ellas valen,
Y el que era rompe-poyos es un Fúcar,
Y quieren que los curen y regalen
Con guisadillos hechos con azúcar;
Mas quierome volver á los que salen
De los puertos y barras de Sanlúcar,
Para se proveer en las Canarias
De muchas otras cosas necesarias.

El número mayor de gente viene
En itálicas guerras instruida,
E ya la isla Tenerife tiene
La cantidad que digo recogida;
Y á todos les parece que conviene
Apresurarse para la partida,
Convidándolos con aviamiento
La honanza del mar y largo viento.

Las áncoras del limo se despegan;
Pusieronse las velas en concierto;
Con viento procelífero navegan
Por altas ondas y por mar abierto,
Y dentro de cuarenta dias llegan
A la querida Marta y á su puerto,
Tendidas por las gavias y otras partes
Flámulas, gallardetes y estandartes.

Lucen las sedas, granas, perpiñanes,
Disparan tiros, tócanse trompetas:
Vereis luego de damas y galanes
Llenos bordos, cubiertas y jaretas;
Los soldados, sarjentos, capitanes,
Con plumas de avestruces y garcetas;
Miran por la ciudad mozos y mozas,
Y no ven sino mal paradas chozas.

Mas vieron pasear por la ribera
Mozo gentil en Málaga nacido,
Que se dijo Gonzalo de Cabrera,
Soldado del ejército florido,
Que les cayó á la mar andando fiero,
Y no pudo ser dellos socorrido,
Porque por ser aquel tiempo terrible
Amainar presto no les fué posible.

Cubrianlo los mares encumbrados,
Y ansi ruega la gente descontenta
A Dios que le perdone sus pecados,
Que de su vida no hicieren cuenta:
El joven con los ojos levantados
Al cielo da clamores y se alienta,
Rodeado de grave desconuelo,
Porque ya no ve mas que mar y cielo.

Mas llama la limpsima Maria,
Estrella de la mar y lumbre nota,
Y ansi lo socorrió, pues aquel dia
En demanda venia desta flota
Un rico galeon de mercancía
Y por los mismos rumbos y derrota:
Enfrente se le pone al encuentro,
Y con santo favor lo metió dentro.

Las otras alcanzó por ser lijera,
Y allí las saludó segun su fuero,
Sin les manifestar en la carrera
La recuperacion del compañero,
Porque luego tomó la delantera
Y en Santa Marta se ancló primero
Dos dias, y el armada ya venida
Admiracion causó vello con vida.

Desenbárcanse luego los gentiles
Hombres con bizarrías y primores,
Que todos eran Héctores y Aquiles
Y aun en las apariencias muy mejores:
Tocan altos y hajos ministriles
Los pifaros y cajas de atambores;
Por orden se componen las hileras,
Tendidos estandartes y banderas.

Hierven los militares ejercicios,
Briosos los manebros y los canos;
Caminan sin tumulto ni bullicios,
En orden, con las armas en las manos,
Al templo de los santos sacrificios
A dar gracias á Dios como cristianos:
No pueden espresar breves cuadernos
Las galas con que salen los modernos.

Los antiguos con sus camisetas,
Tan delgados de zancas y pescuezos,
Que pudieran contalles las costillas,
Arrinconados con el Anton Bezos,
Contemplaban aquellas maravillas
De trajes y costosos aderezos;
Mas la contemplacion no fué sin mofa,
Como gente de no menor estofa.

Ni mas ni menos á recién venidos
Les parecia ver embalsamados
Cuando vian los rostros percutidos,
Y viniendo todos ellos colorados:
Al fin burlaban de los mal vestidos,
Y esotros de los bien aderezados,
Considerando que la dura hambre
Habia de ojear aquel enjambre.

No se vió mejor rato de alegría
Al tiempo quel alarde se miraba
Que oír á Manjarés lo que decia
Y disimulacion con que hablaba,
Aquel descuido con que respondia
A quien alguna cosa preguntaba,
Diciendo: «Yo no correré con gente
Que trae tantas plumas en la frente.

» Pues si quieren subir un alto monte
O desechar un reventon acaso,
Cada uno será Belerofonte
Ayudado de plumas de Pegaso,
Y podrán rodear un horizonte
Sin sudar cuera ni jubon de raso:
No yo que siempre subo por escalas,
Y flacos alpargates son mis alas.»

Uno decia y acudian todos,
Picando cada cual con su facecia
Por satiricos y dolosos modos,
De que en las Indias cada cual se precia,
Y Pedro de Madrid con sus apodos
Cuya dicacidad nada fué necia:
Aqueste fué de Eraso muy pariente
Y en dichos repentinos escelente.

Hombre de guerra fué y hombre de plaza,
Pero yo digo que sus apotemas
Si lengua torpe no los despedaza
Bien merecen tener sillas supremas;
Hoy posee su hijo Pedro Daza
Sus suertes que no son de las estremas;
Mas á la trisca vuelvo de aquel dia,
Donde por todos ellos se decia:

Este se huella bien, aquel va tiesto,
Este como rocin hace corvetas,
Aquel segun las muestras de su gesto
Ha poco tiempo que dejó las tetas;
Mas yo bien creo que bailarán presto
A su pesar al son de las gambetas,
Cuando ya sin vigor y sin aliento
Les haga dar vaivenes flaco viento.»

Quiñones, que no tan liviano pisa,
Decia como cuerdo caballero:
«Mas es para llorar que para risa
Tanto bueno venir al maladero:
Quedará quien viviere sin camisa,
Sin humano favor y sin dinero;
Pues cada uno dellos, cuerdo ó loco,
En se valer así no hará poco.»

Las triscas y las mofas acabadas,
El Anton Bezos con el regimiento
Dieron á las personas señaladas
Segun sus pobres fuerzas aposento;
Y los demás tomaron por posadas
La claridad del sol y el fresco viento;
Después junto del mar y sus resacas
Formaron muchos toldos y barracas.

Muchas dueñas con dones peregrinos
En estos pobres toldos se metieron,
Y digo peregrinos ó marinos
Porque dentro del mar se los pusieron;
Acudian allí de los vecinos
A conversar, mas ellas les dijeron:
«¿Dónde está la ciudad rica por fama
Que Santa Marta dicen que se llama?»

» Y vosotros, vecinos sin provecho,
¿Cómo podeis vivir desta manera
En chozuelas cubiertas con helecho,
Y quel viento menea la madera,
Una pobre hamaca vuestro lecho,
Una india bestial por compañera,
Curtido cada cual, seco, amarillo,
Como los que castiga Peralvillo?

» Si por ventura es el mas decoro,
Segun las casas son y vuestra ropa,
El diablo se lleve vuestro oro
Y á vosotros también de proa á popa;
Pues ciego veo yo, que no tesoro,
Adonde los vestidos son de estopa:
No veo yo delante de mi cara
Gente con alpargate y antipara.»

Respondió Manjarés que está presente:
«Señoras, la ciudad es invisible,
La cual tiene muralla trasparente
A los grandes calores convenible,
Y mas para recién venida gente,
El ardor de la cual es insufrible;
Tampoco podreis ver los aposentos
Porque son hechos por encantamientos.

» En lo demás de nuestras vestiduras,
Carnes curtidas secas y mal puestas,
Podríamos usar de bordaduras
Y poner en las gorras largas crestas;
Mas somos caballeros de aventuras
Que siempre caminamos por florestas
Donde las guádubas y las yaurumas
Quitarían las gorras y las plumas.

» Y ningunos podrían ser correos
Lijeros para ir tras una huella,
Adonde se celebran los torneos
Y el baul ó la haba se desuella,
Porque todos corremos con deseos
De fajar con Angélica la bella
Y metelle las manos por los senos
Do se suelen hallar joyeles buenos.»

En tanto que estas cosas se reían
Y las mas necesarias ordenaban,
Todos mantenimientos descrecían
Y venideras faltas se lloraban,
Porque ni los antiguos los tenían
Ni los recién venidos los hallaban,
Ni había do poder cómodamente
Repartir los lugares esta gente.

Como creciesen pues necesidades
Y oviese de los aires inelemencia,
También crecían las enfermedades,
General corrupcion y pestilencia
De cámaras, de tales cualidades,
Que no se les hallaba resistencia:
El buen gobernador desconsolado
De ver su campo tan atribulado.

El cual viendo lo mucho que le toca,
Segun suele católico cristiano,
Con su solicitud, que no fué poca,
A todos procuraba dar la mano
Hasta quitar la cosa de su boca,
Con no se sentir él del todo sano,
Curando pesadumbres y zozobras
Con santos dichos y cristianas obras.

Procuró siempre que los sacramentos
Adminstrasen curas al doliente;
Y con que se morían por momentos,
A los entierros se halló presente;
No le faltaban tiernos sentimientos.
Pues lo que sienten todos él lo siente:
Al fin en un angustia tan terrible
El hizo de su parte lo posible.

Revolviendo mil cosas en su mente,
Viéndolos padecer desta manera,
Parecióle ser cosa conviniente
Salir alguna gente sana fuera,
Pues todos deseaban ver la frente
Del indio que defiende su frontera,
Por ser comun á los que vienen rudos
Hacer poco caudal de hombres desnudos.

Y así viendo de paz allí delante
Ciertos caciques, un capitán nuevo,
Decia: «Voto á tal, á mi montante
Son dos mil destos muy pequeño cebo,
Y en cualquiera recuento semejante
Haré yo lo que digo y lo que debo.»
Mas no fué menester tan gran partida
Para perder los fieros y la vida.

Porque haciendo la primer entrada
Por aquellos lugares mas cercanos,
Cuando queria dalles cuchillada
Sus piés no se hallaban tan livianos;
Y así no fué montante ni aun espada
Parte para librallo de sus manos,
Antes flecha mortal vino volando
Con quel buen Salazar murió rabiando.

Debajo pues del cielo que se apunta,
Que fué tomar los mas sanos consejos,
El don Pedro Fernandez hizo junta
Así de los modernos como viejos;
Mas en satisfacer á su pregunta
Los nuevos no podían ser parejos,
Pero habló con todos de presente,
Y así dicen que dijo lo siguiente:

«Caballeros, ya tienen entendida
Y les consta por públicos pregones
La causa principal de mi venida
A estas remotísimas regiones;
Es voluntad del rey obedecida,
Cédulas y reales provisiones:
Agora es menester que se comience
La obra quel esfuerzo y fuerza vence.

» Sabeis que en nuestras tierras y reposo
Teníamos mediana pasada,
Y pasamos á Indias deseosos
De la hallar con mucha mejoría;
Mas si quisiésemos estar ociosos
Nunca podremos ver aqueste día,
Porque también acá como en España
Comerá quien se diere buena maña.

» Que sean mis razones pertinentes
Y sin desproporcion de la materia,
Estos hidalgos que teneis presentes
Contarán maravillas de la feria;
Pues por ser todos hombres diligentes
Han podido vencer suma miseria,
Haciendo mil entradas y salidas
Para traer con qué pasar las vidas.

»Y tampoco no fué tan limitado
Lo que cogieron con su buena maña,
Que si por ellos fuese reguardado
No descansaran muchos en España;
Mas pensar quel majuelo vendimado
Por mas que lo vendimien no se daña,
Hizo tener en poco la riqueza
Y también esperar mayor grandeza.

»A causa de tener por cosa cierta
Haber otras provincias estendidas
Donde no vive gente descubierta,
Sino gentes cubiertas y vestidas,
Hanse toruado muchos de la puerta
Que tienen las entradas conocidas:
Pues aquesta region que está doncella
Haremos de morir ó dar en ella.

»Porque, señores, no somos venidos
A reposar detrás de la cortina,
Ni conviene que estemos atenedos
A solamente lo de la marina;
Pues para buscar reinos entendidos
La voluntad del rey nos encamina,
Y también fué mi principal intento
Engrandecer este descubrimiento.

»Pues aunque se hallara mas entero
Lo del mar y su gente mas compuesta,
Ya veis que para tanto caballero
Es muy pequeña cabalgada esta:
Terreno con posible de dinero
Haremos de buscar, y es lo que resta,
Donde podamos mejorar estado
Y quien trabaja viva descansado.

»El viaje será de poca dura,
Segun da la razon quien lo cudicia,
Y en Dios confío yo que la ventura
A mi y á todos ha de ser propicia,
Para que de caverna tan obscura
Saqueis á clara luz esta noticia
Que conyecturo ser de gran substancia
Y no de menos honra que ganancia.

»Pero para que mas aseguremos
Los puertos que dejamos atrasados,
Conviene que primero castigemos
Algunos destos indios rebeldos,
Y de sus bienes nos aprovechemos:
Haremos una via y dos mandados,
Comprando del despojo del salvaje
Las cosas necesarias al viaje.

»Quedará de tal suerte castigado
Que cese su molesta pesadumbre,
Y saldrá quien está mas alerado
Que tiene de mudar vieja costumbre;
E ya sea por fuerza, ya de grado,
Ila de venir á justa servidumbre,
Subyectando ciudad, lugar ó villa,
A la real corona de Castilla.

»Por tanto las guerreras compañías
Se pongan en el orden conuiniente,
Porque dentro de tres ó cuatro dias
Vamos á visitar bárbara gente:
Veremos estas grandes valentías,
A las cuales yo quiero ser presente,
Y luego don Alonso Luis ordeue
Aquello que mas viere que conviene.»

Por don Alonso la voluntad vista,
Deseos y mandatos paternales,
Luego mandó también hacerse lista
De capitanes y otros oficiales,
Para que prestos para la conquista
Tuvieren los soldados principales:
Echase bandos, tocan atambores,
Alcabuetes de bélicos ardores.

Capitanes, alférez y sarjentos,
Asi modernos como los antiguos,
Alistaron aquellos ornamentos
Que suelen en la guerra ser testigos
Ó de victorias ó de vencimientos,
Que toman unos de otros enemigos:
El arcabuz, la lanza y el espada
Esperaban la hora señalada.

Los treinta y seis corrian de la era
Demás y aliende de los quinze cientos,
Quando de Santa Marta salen fuera
Soldados cantidad de novecientos,
Compuestos por el orden y manera
Que dan italianos documentos;
Mas en aquella tierra tal alarde
No puede ni conviene que se guarde.

Ni sufren asperezas que se ordenen
Hileras ni formados escuadrones,
Sino que las industrias que se tienen
Nacen de las presentes ocasiones;
Ni los indios en rompimiento vienen
Hasta debilitar los corazones,
Pues diferentes altos fortifican
Y desde lejos á su salvo pican.

Y acontece venir un torbellino
Que se desliza desde los altos
De galgas como piedras de molino,
Y aun por la mayor parte son mayores,
Que barren cuanto topan de camino
De los que tienen por competidores;
Y así no suelen ser malos avisos
Al subir de los altos ir divisos.

El campo todo va sin que se absconda,
No como lo hacia diestra gente
Quando daban en los de la redonda
Con gran obscuridad tácitamente;
Porque con clara luz suben á Bonda
Y en el mayor vigor del sol ardiente:
Vieron de indios cantidad inmensa
Con determinacion de su defensa.

Subian con el buen adelantado
Los caballos por ásperas laderas,
Haciendo vueltas por el otro lado
Por no poder subir el escalera:
Mas Céspedes, en un rucio rodado,
Que nunca se vió bestia mas lijera,
Subia por los mismos escalones
Por donde van sudando los peones.

Estando pues los bárbaros atentos,
Antes que concluyesen la subida,
Se les hicieron tres requerimientos
Con lengua de los indios conocida,
Para que dejen bélicos intentos
Y vengán á la paz si quieren vida,
Subyectando sus pueblos y cabañas
Al poderoso rey de las Españas.

Los bárbaros con brios singulares,
Burlando de las lenguas y las guías,
Defienden las entradas y lugares
Con sus acostumbradas valentías;
Mas Juan de Tapia y Gonzalo Suárez
Animan sus lustrosas compañías,
Y Céspedes que nunca quedó falto,
Hasta poder llegar á lo mas alto.

Piedras y flechas van enerboladas
Sobre quien sube con ligeras suelas;
Centellas ven salir de las espadas,
Quebrados los escudos y rodelas;
Ábollan cascos duros y celadas,
Derríhense también dientes y muelas,
Crecia por momentos la porfia,
Y cuanto mas duraba mas crecia.

Como si cuando soplan luego prende
En cantidad de leña viva llama,
Que tanto mas aquel furor enciende
Cuanto la celan mas con seca rama,
Y con mas fuerza su calor estiende
Acia la parte donde se derrama,
Y cuantos mas son los atizadores
Las llamas y los humos son mayores:

Ni mas ni menos fué cuando subian
Los nuestros por los pasos referidos,
Pues unos, otros y otros acudian,
Y cuantos vienen mas, mas encendidos,
Hasta dar con los arcos que traían,
Después de ya los tiros consumidos:
Pero ya trompezando, ya cayendo,
Siempre los españoles van subiendo.

Juan de Céspedes sube y arremete
Al escuadron que vió mas atrevido,
Y con aquel valor que se promete
Los quitó del lugar fortalecido;
De españoles quedaron muertos siete,
Y Tapia, capitán, muy mal herido
De una crudelísima pedrada
Que le llagó la mano del espada.

Después que los peones prosiguieron,
La gente de caballo se apresura,
Mas los veloces indios se subieron
En otras partes de mayor altura,
Quedando tres ó cuatro que murieron
Con bala de arcabuz ó jara dura:
Los españoles van en ese punto
A la ciudad mayor que tienen junto.

La cual era, según se manifiesta,
Alcázar y morada de los reyes,
Y la cabeza dicen ser aquesta
De las que están subjectas á sus leyes:
Era de grandes casas bien compuesta,
Que suelen por allí llamar caneyes,
Donde no vieron ánima nacida,
Antes de todas cosas ya barrida.

Otra vez con la paz les requerían,
Con voces que les eran manifiestas,
Las cuales sus oídos ofendían,
Teniéndolas por duras y molestas;
Y si desde los altos respondían,
Son flechas venenosas las respuestas,
Tantas, que les hirieron seis caballos
Sin que pudiese cura remediarlos.

Vista pues por el buen adelantado
La gran protervidad del enemigo,
Determinó que fuese castigado
En lo que se pudiese dar castigo;
Y así luego mandó ser abrasado
Por todas partes el lugar que digo,
Y los demás que van por las laderas
Talándoles también las sementeras.

El alférez mayor Anton de Olalla
Y el capitán Juan Rúa Orejuela,
Con cuyas fuerzas en cualquier batalla
El mas fuerte y el flaco se consueta,
Mandaron á la gente que se halla
Con mechas, aderecen la candela,
Para que se conviertan en ceniza
Las moradas de la ciudad pajiza.

Fumosas llamas cercan el asiento
Que sobre muchos otros tiene mando:
Vuelan luego con gran fuerza de viento,
Los bajos y los altos ocupando,
Sin que manifestasen sentimiento
Los indios que su mal están mirando;
Mas antes deseaban ver las casas
De cristianos entraron hechas brasas.

Por las cercanas villas estendieron
Las llamas del incendio riguroso,
Y luego visitaron y corrieron
A los valles de Cueto y Valhermoso,
Con mas los siete pueblos do tuvieron
Ningun espacio largo ni reposo,
Antes desde los altos y peñoles
Les hirieron algunos españoles.

Y en ciertas angosturas de lugares
Perocieran enfermos castellanos,
Donde con instrumentos militares
Los acabaran indios comarcanos,
Si la virtud del capitán Suárez
No los quitara vivos de sus manos,
Y ansimismo don Diego de Cardona
Con insigne valor de su persona.

Del hemisferio nuestro retrayendo
Iba su presurosa luz Apolo,
Y sus dorados rayos estendiendo
A las gentes que ven el otro polo,
Al tiempo que Suárez, conociendo
Que con su compañía queda solo,
Procura como capitán discreto
Sacar á sí y á todos del aprieto.

Porque el adelantado ya camina
A la parte de Bonda y á sus llanos;
Con él van Orejuela y el Urbina,
Que siempre los tenía mas cercanos,
Con Juan de San Martín, que los atina,
Por ser de los mas diestros baquianos,
Después de ya dejar incendio hecho,
Que fué de mayor riesgo que provecho.

Sabiendo pues Suárez ya ser idos,
Porque sin riesgo pasen la gran cuesta
(Por cuya causa fueron repartidos)
Entre los españoles contrapuesta,
Mandó que suban algo divididos,
Por tanta galga como los molesta:
Finalmente, pasaron sin desmanes
Donde estaban los otros capitanes.

Para curar algunos del rabioso
Veneno, dieron luz á las candelas,
Y allí para tomar algun reposo
Asentaron real y ponen velas,
Por descansar el tiempo tenebroso
Debajo de fieles centinelas;
Mas el adelantado no reposa
Admirado de tierra tan fragosa.

Pasada la nocturna pesadumbre,
Y Apolo comenzando su carrera,
Mostrando por el alto de la cumbre
De la nunca domada cordillera
A la vista mortal aquella lumbré
Que da mas resplandor en el esfera,
El buen gobernador con pena harta
Determinó volver á Santa Marta.

Llevando por delante los heridos
De los pestilenciales nocmentos,
Cuyas lamentaciones y gemidos
En él causaban tiernos sentimientos;
Y siempre que tocaban sus oídos,
Crecian sus fatigas y tormentos,
Viendo que sin que lleguen á las manos
Y sin ver quién, le maten sus cristianos.

Antes de se partir dejó mandado
Al hijo don Alonso que prosiga
El castigo que tiene comenzado
Con gente tan rebelde y enemiga:
El cual como valiente y esforzado
No rehusó trabajo ni fatiga;
Y así para cumplir sus mandamientos
Tomó destos soldados ochocientos.

Todos pasaron juntos por Origua,
Y después se partió la compañía,
El capitán Suárez á Bondigua
Y el general para San Juan de Guia,
Llevando gente de la mas antigua
Que ya los malos pasos conocía;
Y aunque pasos algunos se defienden
Ambos á dos llegaron do pretenden.

De paz los de Bondigua les salieron
Por ser su poblacion menos potente,
Y al capitán Suárez ofrecieron
Algunas buenas joyas en presente;
Salieron destos pueblos y subieron
A otra poblacion mas eminente
En gentes y posible, que se llama
El valle de los indios de Chairama.

Hombres membrudos, sueltos, bien dispuestos,
Mas que las otras gentes sus vecinas,
Los cuales fueron á las armas prestos
Cuando vieron venir las peregrinas;
Y por aquellos altos y recuestos
El valle se hundia con bocinas,
Hechas de las cañillas de hombres muertos
Por ellos en aquellos mismos puertos.

Sube por un altísimo collado
El Suárez al golpe de la gente:
A San Martín llevaba del un lado,
Varon en los recuentros escelente;
Otro colateral es Juan Cuadrado,
Alférez estimado por valiente:
Arronjan tantas galgas al instante,
Que vuelven mas atrás que van delante.

El español bríoso y atrevido
 Porfia con sudor en la subida ;
 El bárbaro no menos encendido ,
 Procura de privarlos de la vida :
 Suárez en la pierna fué herido ,
 Y aunque no fué de muerte la herida ,
 En comer y beber tuvo gran freno
 Creyendo ser la flecha de veneno .

No cesan de subir, y como vieron
 Que ya no les podían poner rienda ;
 Los bárbaros sus casas encendieron
 Antes que nuestra gente las encienda ,
 Y con flechas y piedras rehicieron ,
 Ayudados del humo, la tienda ;
 Pero los nuestros son superiores ,
 Haciéndoles tomar otros altores .

Después que por la población entraron
 Con una hambre loca y atrevida ,
 Sin consideracion se derramaron
 Los mas dellos en busca de comida :
 Viendo que del buen orden no curaron
 Ni fué su voluntad obedecida ,
 El Suárez mandó que con la hoja
 El alferez Olaya los recoja .

El cual luego partió como una jara
 Con la rodela y la espada lista ,
 Y como por su mando no repara
 Un mancebo Bermejo, polvorista,
 Díóle tal cuchillada por la cara ,
 Que fué ventura no perder la vista :
 El golpe fué debajo de las cejas
 Tan largo que tocó las dos orejas .

Aprieta la herida con la mano
 El misero, pidiendo luego cura :
 Fué el capitán Cardoso, cirujano,
 En medio del hervor desta presura ,
 El cual en breve tiempo le dió sano ,
 Sin quitar el barniz desta pintura ,
 Por no ser poderosos mil alcaldes
 A limpiar tan pesados albayaldes .

Viendo quemadas ya por el vecino
 Aquellas afamadas poblaciones ,
 Los nuestros apresuran su camino
 Al pueblo que llamaban de Quiñones ;
 El Juan de San Martín con ellos vino
 Guiando por forzosos reventones ,
 Los cuales ya tenían ocupados
 Indios de todas armas pertrechados .

Cuando llegaron á la postrer cuesta ,
 No pudieron tomar algun reposo ,
 Porque segun el indio lo molesta
 O subir ó morir era forzoso ;
 Y el capitán Suárez hizo presta ,
 Para subir el paso peligroso ,
 Compañía de sueltos rodeteros ,
 Yendo con ellos él de los primeros .

Los pasos desta sigue la restante ,
 De diferentes armas pertrechada ,
 Llevando con buen orden por delante
 Aquella bien compuesta pavesada ,
 Con tiros de arcabuz porque se espanto
 La bárbara canalla, confiada
 De dar á sus deseos cumplimiento
 Sin ellos recibir desabrimiento .

De bárbaros que tienen mas enfrente,
 Ante que concluyesen la subida
 Vino de flecha y piedra tal creciente
 Que se ven en gran riesgo de la vida :
 Y aun con los arcos dan á mantenimiento ,
 La munición de flechas consumida :
 Los golpes insufribles de desnudos
 Atormentan y quiebran los escudos .

Como en tinieblas, muerta ya la lumbré
 Y el oficio divino concluído ,
 Que hacen, de católica costumbre,
 Con palos y matracas gran ruido ,
 En memoria de aquella mansedumbre
 Del justo que por Judas fué vendido ;
 Y aquella multitud de roncós sonés
 Entristecen cristianos corazones ;

Deste jaez y muy mayor estruendo
 Resulta de los palos y pedradas ,
 Que para los oídos es horrendo
 De los que llevan piernas fatigadas ,
 Al tiempo que la cuesta van subiendo
 Sin poderse valer de las espadas ,
 Unos enhiestos y otros de rodillas ,
 Y del sudor cubiertos las mejillas .

Animan con cornetas los de fuera
 Que son hechas de grandes caracoles ,
 Pero con todo esto persevera
 La fuerza de los nobles españoles ,
 Hasta que ya subieron la ladera
 Ahuyentándolos destos peñoles ,
 Adonde descansaron un buen rato ,
 Pero no sin temor y sin recato .

Porque segun aquellas ocasiones,
 Los tiempos de quietud eran escasos ,
 Y para ir al pueblo de Quiñones
 Restaban de subir dos malos pasos ;
 Y así tomó Suárez de peones
 Los mas lijeros y los menos lasos ,
 A fin de descubrir aquel engaño
 De donde les podia venir daño .

Siguieron los demás á los primeros ,
 Segun guerreros usos ordenados ;
 Indios algunos ven por los oteros ,
 Pero los pasos desembarazados ;
 Procuran de hacer los piés lijeros
 Antes que se descubran mas nublados :
 Finalmente, llegaron al asiento
 Sin ver alborotado movimiento .

Hallaron ya la gente retraída ,
 Vacías las moradas y aposentos ,
 Pero dentro gran copia de comida
 Que no fué lo menor de sus intentos ;
 Porque de la larguísima corrida
 Todos iban cansados y hambrientos :
 Componen las dormidas y las cenas ,
 Que después pagarán con las setenas .

Viendo cómo queria coger heno
 Para cama cansado caminante ,
 Suárez dijo : «Por consejo bueno
 Ternia que pasemos adelante ;
 Saigamos de tan áspero terreno
 No hallemos en él quien nos espante ;
 Porque destas señales se barrunta
 Que se va convocando grande junta .»

El San Martín, que llevan por piloto,
 Le respondió : «Señor, en este puesto
 Ningun temor tengamos de alboroto
 De indio que nos pueda ser molesto .»
 Ayudáronle todos con su voto ,
 Porque por ir cansados quieren esto ;
 Y así reparte quien el cargo tiene
 Las velas por el orden que conviene .

Fuéles la cena bien aderezada ,
 Pues el mismo señor es el criado ,
 Y seria la mas aventajada
 Algunos puños de maíz tostado ,
 Y alguna batatilla mal asada
 La sustancia mejor de lo guisado ;
 Y así durmieron en aquella cumbre ,
 Sin que nadie les diese pesadumbre .

Al tiempo ya que la febea llama
 Comienza de dorar la verde planta ,
 Y en el altor de la tremante rama
 El ave con arpada lengua canta ,
 El español de la terrestre cama
 Las armas en la mano se levanta ,
 Y el bárbaro también por su partido
 No sale menos bien apercebido .

Los nuestros bajan luego la ladera ,
 Segun les pareció que convenia ,
 Guiando San Martín esta carrera
 Acia la playa de San Juan de Guia ,
 Adonde don Alonso los espera
 Con caballos y buena compañía ;
 Pero por donde van, tienen los puertos
 Infinidad de indios encubiertos .

Pasando pues por un lugar estrecho,
Temerosos y bien apercebidos,
De los indios que estaban en acecho
Algunos españoles son heridos
De yerba ponzoñosa, y esto hecho,
Con gritas atormentan los oídos,
Demás de los crujidos de las cuerdas,
Cuyos encuentros son manos izquierdas.

Segun suelen venir granizos gruesos
De la region del aire congelados,
Que lastiman las carnes y aun los huesos
De las aves, conejos y venados,
Y también los rúidos son espesos
De los golpes que dan en los tejados:
Tal y tan grande estruendo se hacia
Al tiempo que se da la batería.

Los diestros y los menos enseñados
En aquestas helijeras escuelas,
Estaban de rodillas encorvados
Detrás de los escudos y rodelas,
Que traspasaban tiros regulados
Como si fueran delicadas telas,
Ansimismo clavando con la punta
La carne que al escudo hallan junta.

Un terrible gandul, ya viejo cano,
Por el lugar mas descubierto corre,
Con solas siete flechas en la mano
Y sin contrario tiro que lo borre:
Hirió con cada una su cristiano,
Y entrellos al buen Gomez de la Torre.
Cuyo rabioso fin, triste y amargo,
Un día natural fué lo mas largo.

Como creciese pues esta presura
Y el impetu de flechas insufrible,
Por estos capitanes se procura,
Segun el orden que les fué posible,
Sacallos del mal paso y angostura
A parte mas capaz y conveniente,
Donde de los heridos, hecha cuenta,
Hallaron cuatro menos de cuarenta.

En apartándose de los flecheros,
Como ya por la playa caminasen,
Despacháronse ciertos mensajeros
Al don Alonso, que le demandasen
Caballos con algunos compañeros,
Para que los heridos se llevasen;
Y entre tanto lavaron las heridas
Con aguas de las ondas desabridas.

Pues médicos de rústica Minerva
Les dijeron hallar por esperiencia
El agua de la mar ser contrayerba
Buena contra rabiosa pestilencia,
Usada ya por Indica caterva,
Lavándose con suma diligencia;
Mas ha de ser brevísima corrida
La distancia del agua á la herida.

Pero la medicina mas segura
Es no se ver los hombres en estrecho,
Que de la dicha ni de mejor cura
Tenga necesidad humano pecho;
Pues en esta presente desventura
El remedio mejor fué sin provecho,
Porque de las personas mal heridas
Dos ó tres escaparon con las vidas.

Dadas las nuevas en San Juan de Guia
A nuestros castellanos escuadrones,
Y conociendo cuánto convenia
El cumplimiento destas peticiones,
Don Alonso de Lugo les envia
Socorro de caballos y peones;
Siendo nombrado para su despacho
Por caudillo Bartolomé Camacho,

Mancebo natural de Villafranca,
Señalado lugar de Estremadura,
A quien valor y brio no le manca,
Segun muestra su buena compostura:
Porque con el honor de barba blanca
Lo vemos en aquesta coyuntura,
Y es testigo fiel de lo que escribo,
Por vivir en el pueblo donde vivo.

Hicieron pues sus pasos diligentes
Orillas de la mar y sus resacas,
Hasta que ya toparon los dolientes,
A los cuales traian en hamacas
Que de cristianos hombros van pendientes:
Y como no podian fuerzas flacas
Comportar los heridos ni llevallos,
Pusieronlos encima de caballos.

Puesto caso que no sin embarazos
De prisiones y fuertes ligaduras,
Porque después de hechas mil pedazos
Las ropas y sudadas vestiduras,
Se mordian las manos y los brazos
Con estridor de dientes y bramuras,
Retorciendo los labios y la boca
Cuando la yerba las entrañas toca.

Destá manera fueron caminando
Hasta San Juan de Guia, do primero
Dimos razon estallos esperando
El resto del ejército guerrero,
Y donde con temblores y rabiando
Vieron los mas su día postrimero;
Y el dicho general por su persona
Determinó de entrar hasta Tairona.

Aderezáronse como convino
Para volver al belicoso juego:
Llegaron por el término marino
A la boca del rio de Don Diego;
Por montúosa y áspero camino
Para Tairona se partieron luego:
Entraron sin ver Indica presencia
Y sin que les hiciesen resistencia.

Por bajo valle va nuestro estandarte
Mirando poblaciones y culturas,
Puestas en las ladras de tal arte
Que hacen las subidas mal seguras;
No faltan flechas de una y otra parte
Encaminadas desde las alturas,
De las cuales en un angosto puerto
Uno de los soldados quedó muerto.

Como la fusca noche se venia
Quedando sin color nevada,
Y del largo camino se sentia
La castellana gente fatigada,
En parte que segura parecia
Don Alonso mandó hacer parada;
Y á causa de peligros evidentes
Se señalaron velas convinientes.

Los indios, pocos pasos de desvio,
Pusieron ansimismo veladores,
Y de una y otra parte de aquel rio
Tocaban infinitos atambores,
Con grita que denota gran genio
Por cima de los ásperos altores;
Y el rúido les fué tan enojoso,
Que no tuvieron punto de reposo.

Don Alonso de Lugo, conociendo
La grande multitud que se venia
Por una y otra parte recogiendo
De aquella salebrosa serranía,
Determinó de irse retrayendo
Sin esperar allí la luz del día;
Porque si los tomaran las salidas,
Todos corrían riesgo de las vidas.

En el tiempo que ya la lumbre pura
Del radiante hijo de Latona
Iba restituyendo su blancura
A la nevada cumbre de Tairona,
Los españoles tienen el altura
Acercándose mas acia Maroua,
Sin sacar otra cosa destes senos
Sino cansancio y un cristiano menos.

Teniendo ya la playa por amparo
Y el frescor de los vientos oceanos,
Acuerdan reposar el día claro
Para de noche dar en los hermanos,
Que fueron Marubare y Arobaro,
Caciques que tenían mas cercanos,
De los de la Ramada descendientes,
Aunque de su riqueza diferentes.

Porque como se viesen perseguidos
Del cùpido furor de los de España,
Estaban con sus gentes recogidos
En un cierto rincón desta montaña,
Pero no tan secretos y abscondidos
Que no los descubriese buena maña;
Pues muchos días antes la cudicia
Había dado guías y noticia.

Llegado pues el tiempo vespertino
Y el fuego mitigado de la siesta,
Cada cual desta gente se previno
Para romper con los de la floresta;
Pero yo de cansado determino
De no decir agora lo que resta,
Por querer Arobaro y Marubare
Que con segundo canto se declare.

CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo dieron de noche en los dos hermanos,
y lo que mas sucedió.

Suelen tener mundanas condiciones
De bondad y virtud galana muestra,
Y acaso no serán sus intenciones
De declinar á via mas siniestra;
Pero metidos en las ocasiones,
Cudiciosa maldad les es maestra,
Para meter en su hambriente seno
Aquello que les consta ser ajeno.

Y no puede huir desta sentencia
Don Alonso de Lugo, pues tenía
De liberalidad gran apariencia,
Urbanidad, nobleza, y cortesia,
Pero no poco suelto de conciencia,
Segun fueron las muestras aquel día,
Después que ya vinieron á sus manos
Ricas preseas de los dos hermanos.

Y así fué que, metiéndose las riendas
De flegon y pirois en las oscuras
Ondas, y se tendiendo las horrendas
Tinieblas con sus ciegas ligaduras,
Entran los españoles por las sendas
Angostas de las dichas espesuras,
Cuyo camino nadie, segun era,
Sino sola cudicia lo siguió:

Trabados de las ropas y vestidos,
Porque con vista no se comprehenden.
Y así los unos de otros van asidos
Tentando los caminos que pretenden;
Y si quedan algunos divertidos
Por silhos se convocan y se entienden.
Dejando los caballos en la playa
Por no tener por do caballo vaya.

Cebados en la vieja golosina
De los pasados robos y despojos,
Sin sentir el garraucho ni el espina
De tanas, de cardones ni de abrojos,
Cuasi toda la noche se camina
Quebrándose las piernas y los ojos,
Hasta tanto que ya llegaron junto
De donde no vivían sin barrunto.

Pues cuando los flamígeros yugales
Han mostrando sus dorados frenos,
Y con su resplandor rayos febles
Perturbaban coríferos serenos,
Vieron venir algunos naturales
De puestos do velaban los mas buenos,
Y ya viendo faltar nublitos oscuros
Pensaban estar salvos y seguros.

Pero los encubiertos españoles,
Para salir en salvo con su hecho,
Entre verdes maíces y frisoles
Estaban todos puestos en acecho;
Y cuando los purpúreos arreholes
Herían la ladera y el repecho,
Tenían numerados los caneyes
Y las moradas destes dichos reyes.

Estando pues los nuestros abscondidos,
Al punto y hora que salir querían,
Un asno daba grandes rebuznidos
Que los indios allá arriba tenían:
Espantáronse todos los oídos
De aquellos que la voz reconocían;
Y es porque por allí después ni antes
Nunca nacieron bestias semejantes.

Y como se subía por escalas
Para ir á tan ásperos terrenos,
Decían: «Si son asnos tienen alas,
Y es imposible cosa que sea menos;
Y si son indios, son señales malas,
Pues dicen que porque vamos sin frenos
Nos tienen de hacer tales regalos
Que saquemos á cuestras muchos palos.»

Uno que se decía Mala-testa,
Estranjero y estudiante bueno
Dijo: «Podría yo hacer apuesta
Que debe ser el asno de Sileno,
Cuyos rozidos en aquella fiesta
Levantaron á Lótide del heno;
Y así quiere que acá nos levantemos
Para dar fin á lo que pretendemos.

»Mas á fe que si desta yo me escapo
Y salgo sin herida del bullicio,
Que nos tiene que dar un gentil papo,
Pues no puede hacer otro servicio,
Antes que los devotos de Priapo
Lo lleven para dar en sacrificio.»
Fuéronse pues con tácito semblante
Al pueblo que tenían por delante.

Por barrios ya digesta y ordenada
Su población, no grande ni pequeña,
Pero fuerte si fuera bien guardada,
Por rodear los altos viva Peña,
Y por la parte baja rodeada
De fondos pasos y de espesa breña:
Entradas cuatro son en cuatro cuestras,
Para se defender no mal dispuestas.

Blasco Martin de noche las había
Esplorado con otros atrevidos,
Y así fueron los desta compañía
Por todas cuatro partes repartidos.
Dan; Santiago! con la luz del día
En los vecinos desaparecidos;
Mas todavía con algun reparo
Salió de sus caneyes Arobaro,

Deseando que sepan lo que vale
Golpe librado de su brazo fuerte,
O que ya su desdicha lo regale
Con el postrero trago de la muerte;
Mas al encuentro don Alonso sale
Por le caber aquel lugar en suerte,
En el cual se halló con tal congoja
Que no cumplió mostrar la mano floja.

Porque viendo venir gentes armadas,
El Arobaro luego tocó cuerno,
A cuyo ronco son sobresaltadas
Acuden las que son de su gobierno,
Con tantos dardos, flechas y pedradas,
Como gotas espesas en invierno,
De tal manera, que quien vencer piensa
Tiene por gran victoria su defensa.

Y como por entonces se conviene
El pelear en parte mas exenta,
En ciertas angosturas se detiene
Hasta que se mitigue la tormenta,
Contra la cual, segun terrible viene,
Apenas don Alonso se sustenta;
Y no menos andaba de caída
La otra gente desta dividida.

Pues cuando comenzaban el combate
El San Martin y el capitán Suárez,
El viejo Marubare los rebate
Y hace retirar de sus lugares,
Con determinación que se remate
La causa de sus lloros y pesares,
Y de una vez perder vital subyeto
O los que lo traían inquieto.

Mas Juan de San Martin que lo conoce,
Le dice : « Date, date, Marubare,
Pues sé que de cualquier crimen atroce
Aqui no faltará quien te repare;
Y si no, contra puntas tiras coque,
Y mas cuanto tu furia mas durare :
Date de paz, y no salgas armado,
Y alcanzarás perdon de lo pasado. »

El Marubare desto no se cura ;
Antes decia, dándoles gran priesa :
« Crúel guerra con vos es mas segura
Que cualquiera pacífica promesa,
Pues toda vuestra paz es maldad pura
Y a todos buenos términos aviesa ;
Y cuando de la paz luce centella,
Es para nos robar debajo della. »

» Y pues teneis memoria del estrago
Que en españoles hice, con despecho
De ver que la amistad, amor, halago,
Fué contra nos el mas sutil asecho,
Acordaos también que yo no pago
Con matar mil al mal que me habeis hecho ;
Y así quiero hacer ya confianza
No de palabras, sino de mi lanza. »

Estando pues en peso la porfía,
Enemistad antigua y homecillo,
El don Pedro de Portugal habia
Entrado dentro ya por su portillo
Con la compañía que con él venia,
Sin Marubare vello ni sentillo,
Hasta que por el uno y otro lado
Se vido de españoles rodeado.

Avivanse los golpes al momento ;
Enciéndese de nuevo la batalla ;
Orejuela mostró su buen aliento,
Sus proezas al alférez Olalla ;
El Marubare de su pensamiento
Y determinación atrás se halla,
Pues cuando su victoria se declara
Adverso hado le volvió la cara.

Como nave veloz y diligente
Que con favorio próspero navega
Para tomar el puerto donde siente
Tener seguridad después que llega,
Y junto se levanta de repente
Alguna procelifera refriga,
Haciéndola volver desde la puerta
Donde la vida tiene por incierta :

Al dicho Marubare y Arobaro
Con fortuna lo tal le acontece,
Pues cuando les mostraba rostro claro
En ese punto se les oscurece,
Y al suelo que tenían por anparo
La sangre de los suyos humedece ;
Y visto no vateles buena maña
Procuran de huir por la montaña.

Dispónense los grandes y menores
A poner en efecto la huida ;
Mas usando de bélicos furoros
Impide don Alonso la salida :
Y así prendieron estos dos señores,
Sin querer despojállos de la vida,
Pero toman preseas y tesoro
Con mas quince mil pesos de buen oro.

Y el asno que dijimos recogieron
Que de los indios era mara villa,
Y para lo subir allí dijeron
Que fué con palos hechos angarilla ;
Al cual con otras cosas mas ovieron
De naves que venian de Castilla
Y dieron al través en estos puertos,
Donde los navegantes fueron muertos.

Y así salieron en sus escuadrones
Los indios cuando fueron salteados,
Algunos con camisas y jubones
Y muchos con honetes colorados :
Hallaron hachas, palas, azadones,
De que se aprovechaban los soldados,
Y ropas que los bárbaros deseaban
Y á nuestros españoles aprovechan.

El bélico despojo recogido,
Y presos con el rey muchos vasallos,
Con escuadron muy bien apercebido
De gente que sabia reguardallos,
Fué por el don Alonso proveído
Bajar luego do estaban los caballos,
Y en hombres del ejército capivo
Mandó también bajar el asno vivo.

Con sus acostumbradas prevenciones
Los indios lo bajaron á lo llano,
Y aprovechó después en ocasiones
Que suelen ocurrir al baquiano ;
Y aun fué descubridor destas regiones,
Pues á este nuevo reino vino sano
Y el primero que destos animales
Vieron en esta tierra naturales.

Jumento y adjumento del entrada
Fué para nuestras gentes peregrinas,
Al menos á los de la camarada
Del sarjento mayor dicho Salinas,
Persona por sus obras señalada,
Las cuales fueron de memoria dinas :
Cuyo consorte fué Juan de Montalvo
Hoy en aqueste reino sano y salvo.

Llevaronlo también á la jornada,
Llamada por antiguos del Dorado,
Que hizo Fernán Perez de Quesada,
De do volvió después desbaratado ;
Y el padre fray Vicente Requejada,
En tiempo que fué pasto regalado,
El cuero le quitó de las costillas
Y convirtió las tripas en moreillas.

Llegados pues al mar y á su ribera,
Como ya descansasen y comiesen,
A los indios quitaron la collera
Mandando que á su pueblo se volviesen ;
Y siendo los deseos de cualquiera
Quel oro y los despojos se partiesen,
Buscando don Alfonso dilaciones,
A todos les hablo tales razones :

« Cierto, señores míos, no creyera
De los mortales cosas tan estrañas,
Si por mis propios ojos yo no viera
Vuestras proezas, hechos y bazañas,
Do ninguna nacion prevaleciera
Sino solo valor de las Españas,
Cuyas heroicas obras ya son tales
Que me parecen sobrenaturales.

» La fama por España publicaba
Ser cada natural un mosiro fiero,
Y grandes maravillas nos contaba
Quien destas cosas era pregonero,
Y entonces yo confieso que pensaba
Que hacian de pulga caballero ;
Pues agora que todo lo tanteo
Lo dicho cifra fué de lo que veo.

» ¿ Quién pudiera creer tanta miseria
Como padecen hombres en conquistas ?
¿ Quién osara decir en nuestra Hesperia
Cosas de los humanos nunca vistas ?
Al fin, señores, sois rica materia
Para los curiosos cronistas,
Y serán vuestros hechos duraderos,
Con espanto de siglos venideros.

» Lo substancial es esto ; y en la paga,
Que los hombres de bien tienen en menos,
También es justa cosa que se haga,
Pues por ella se mueven muchos buenos ;
Mas no hallo valor que satisfaga
A hechos tan heroicos y tan llenos,
Y menos el caudal desta jornada,
Que es para cada cual menos que nada.

» Mas esa cantidad que recogida
Tenemos, es razon que se reparta,
Y sea por cabezas dividida,
Pues de lo justo nada nos aparta ;
La cual repartición será cumplida
Llegados que seais á Santa Marta,
Y entre tanto seré yo tesorero
Y fiel guardador deste dinero.

» Véalo mi señor padre primero,
No diga si lo doy que lo destruyo;
Porque después en ley de caballero
Os empeño mis barbas, y concluyo
Con que luego que haga lo que quiero,
Cada uno de vos habrá lo suyo,
Y gozará de aquello que tuviere,
O hará lo que bien le pareciere.»

Vista por caballeros y peones
La práctica, de fraude no distinta,
A muchos contentaron sus razones,
Y algunos también dieron en la pinta,
Reconociendo ser sus intenciones
Llevallo todo y aun la parte quinta:
Al fin los pretensores de la presa
Han por bueno callar, aunque les pesa.

Estando pues la gente descansada,
Don Alonso de Lugo determina
De ver el morador de la Ramada
Que con aquellos términos confina,
Pasando por la tierra levantada
De Marona, que al mar está vecina,
Do hallaron ramadas y buhios
De moradores ya todos vacíos.

Cavaron dentro dellos los que fueren
Instituidos para tal cuidado,
Y también algún oro descubrieron
Que los indios dejaron enterrado:
Todo lo cual al don Alonso dieron,
No sin desabrimiento del soldado;
Y como no hallaron bastimento
La hambre los sacó de aquel asiento.

Al río de la Hacha fué la gente,
Y no mucho compás de su ribera
Hallaron una casa prepotente,
Dentro sobre mil indios de madera,
Del altura que tienen comunmente,
Hincados por buen orden en hilera,
Que debían de ser antecesoros
De los guanebucanes y señores.

Mas como no hallasen sementera
Ni de dónde tomar mantenimientos,
El portugués don Pedro salió fuera
Con soldados que fueron cuatrocientos.
Que todos ellos van á la lijera
Acia la parte de los lestes vientos,
A buscar grano por alguna vía,
Porque toda la gente perecía.

Y al paraje del Cabo de la Vela,
Por do todos andaban mariscando,
Vieron ya cerca cierta carabela
Que por la costa viene navegando:
Hiciéronle señales con candela,
Y con un paño blanco van llamando;
Acuden á la señá marineros,
Y surgen en los términos fronteros.

Echaron el batel en breve rato,
Llegaron donde ven el blanco paño,
Pero no sin recelo ni recato,
Presumiendo que puede ser engaño;
Mas los que libres eran de mal trato
Manifestáronles su grave daño,
Diciendo que les vendan alimento
Y pidan el valor á su contento.

Vuelven los marineros á la nave
Y dieron al maestro su mensaje,
Y en el batel echaron cuanto cabe
De lo que llevan por matalotaje,
Que fueron grandes tortas de caza
Y sazoadas puestas de carnaje;
Volviéronles á dar este consuelo,
Puesto que todavía con recelo.

Porque desde el esquife se les echa
Lo que pudo curar hambrienta llaga,
Y vuelven á remar via derecha,
Sin querer recibir por ello paga:
El don Pedro con esto se pertrecha
Hasta que halle dónde se rehaga;
Y despedidos deste navegante
Procuran de pasar mas adelante.

Atravesaron á las cordilleras,
Por parcelles ser tierras mas gratas,
Y así hallaron ciertas sementeras
De ayumas y de yucas boniatas,
Con mas otras raíces comederas,
Que son pericaguazos y batatas,
De que fueron costales proveídos,
Pero de noche por no ser sentidos.

Y atajando camino por un llano,
Por mas presto volver á la Ramada,
Acertaron de dar en un pantano
O ciénaga prolija y ampliada,
Do con el sol ardiente del verano
La gente se sintió muy fatigada,
Y del número dicho cuasi todos
Andaban como tontos y beodos.

La causa de tener flaca la nuca,
Que no puede hallarse peor tacha,
Fué por haber comido mucha yuca,
Que á los mas confiados emborracha,
Porque con el sabor los embabuca
Y con malos efectos nos empacha:
Desta perniciosísima dolencia
Só yo fiel testigo de experiencia.

Porque viniendo cinco compañeros
Atravesando cumbre de una sierra,
Mendoza, Benavides y Cumeros,
Bien conocidos en aquesta tierra,
Y un Juan Diaz é yo, con piés lijeros,
Por ser aquel compás todo de guerra,
Hicimos noche dentro de unas matas,
Y fué la cena yucas boniatas.

E ya que descansábamos un poco
En las húmidas camas de helecho,
El Juan Diaz andaba como loco;
E yo que le reñía su mal hecho,
Con ojos y narices tierra toco,
Con bascas y congojas en el pecho,
Sin fuerza, sin vigor y sin aliento,
Y cuasi sin ningun entendimiento.

Y así también la gente que camina
Por el dicho lugar de todos lleno,
Con el ardor del sol se desatina
Por el manjar que al fin tiene veneno:
Quedarán pues allí sin medicina
Cuarenta y cinco dellos en el cieno:
Pudieran, según dicen, remediallos,
Mas los saños no curan de esperallos.

Antes el portugués, con ser modesto,
E un Pablo Fernandez que los guia,
A gran priesa caminan con el resto
A do su general los atendia;
El cual, aunque de todos supo esto,
Ningun justo socorro les envia:
Ansí que perecieron los cutados,
O por manos de indios ó ahogados.

Puestos en la Ramada referida,
Sin dar remedios al desmán que digo,
A Santa Marta hacen su partida,
Sin que puedan hacer otro castigo;
Y al volver mucha gente fué herida
En el áspero paso de Rodrigo,
De manera que de soldados buenos
Indios hicieron los doscientos menos.

Y un peon extranjero, que nombrallo
No sabe quien la pluma me gobierna,
A Gomez del Corral mató un caballo
Cortándole gran parte de la pierna,
Y debió de meterse por guisallo
En alguna fondísima caverna,
Porque después que hizo el desconcierto
No pareció jamás vivo ni muerto.

Después que ya tomaron la zavana
De Bonda, do llegaba nuestro bando,
Hizo parar la gente baquiana
Aquel que sobre todos tiene mando,
Dándoles á entender que tiene gana
De que se queden ellos descansando
Y solo quiere ir á dar la nueva
De lo que sucedió y lo que se lleva.

Partióse reguardando su fardaje
Con mozos que le fueron mas acetos ;
E yendo prosiguiendo su viaje ;
Descubre don Alonso sus concecos ,
Segun quieren decir , á cierto paje
De quien él confiaba sus secretos ;
Y porque no me tengan por prolijo
Brevemente diré lo que le dijo :

« Quiérote descubrir , mi buen Saucedo ,
Negocios que requieren confianza ,
Y es que quiero salir de do no puedo
Valerme de caballo ni de lanza ,
Y donde vale mas un flaco dedo
Que brazo de vigor y de pujanza ;
Y mi partida tiene de ser cierto
En las naos que esperan en el puerto .

» Es menester que sigas mi consejo
Con pronta voluntad fiel y leda ,
Porque quiero , pues hay buen aparejo ,
Acogerme con toda la moneda :
Que la necesidad de nuestro viejo
Ótro la suplirá , y acá se queda ,
Do cada día pueden hacer presa ,
Pues que la tierra pone larga mesa .

» Su parte tienen harto merecida
Todos estos valientes compañeros ;
Pero , ¿ *quid inter* tantos , por tu vida ,
Siendo breve la copia de dineros ?
Es algo para mí , mas repartida
Por tantas vías y desaguaderos ,
Los tesoros no bastarán de Juno
Ut modicum accipiat cada uno .

» Demás de que yo tengo mis porciones ,
Y á todos he de ir anticipado ,
Cuanto mas que hurtando de ladrones
No me parece ser grave pecado ,
Ya que no consigamos los perdones
Dichos en el refrán acostumbrado ;
Pero tengamos oro por agora ,
Porque con él después todo se dora .

» Por tanto , fidelísimo criado ,
La noche que ternás aviso mio ,
Embarcarás el oro y el recado
Que yo te diere y en aquel navio
Que por mi boca fuere señalado ,
Con el recato que de ti confío ,
Que si conmigo vas en salvamento ,
El galardón habrás á tu contento .»

El paje le responde : « Yo bien quiero
Cumplir en todo vuestro mandamiento ;
Pero vuestra merced vea primero
Si podemos salir con el intento ,
O si debe tan noble caballero
Honrarse con el tal atrevimiento ,
Pues ya sabéis que en las personas altas
Son siempre mas notadas estas faltas .»

« No caben en mí viles intenciones
(Le responde) , pues esto yo lo gano ,
Y en todos los armados escuadrones
La mas acelerada fué mi mano .»
Llegaron pues al fin destas razones
Al puerto , que tenían ya cercano ,
Donde por todos los de aquel asiento
Se le hizo muy gran recibimiento .

Besó las manos al adelantado ,
Del cual fué gratuitamente recibido :
Dióle cuenta de todo lo pasado ,
Mas ninguna del oro recogido ,
Aunque no pudo ser tan ocultado ,
Que callase del todo quien lo vido ;
Y el buen viejo también lo pretendía
Para pagar los fletes que debía .

Viendo ser el dinero descubierta ,
Y aquella voluntad reconocida ,
El don Alonso hizo su concierto ,
Efectuando luego su partida
En un navio que salió del puerto
Pocos días después de su venida ,
En el sereno de la noche blanda ,
Diciendo que su padre se lo manda .

Mas su voluntad era discrepante ,
Y en hecho de verdad no lo sabia .
Hizo pues dar las velas al instante
Por la derrota que le convenia ;
Y fué tan venturoso navegante ,
Que con buen tiempo fué donde queria ,
Estendiendo por corte mas las alas
No sin ostentacion de ricas galas .

Después de don Alonso ser partido ,
Diego Lopez de Haro , muy quejoso
Por no cumplir con él lo prometido
Acerca del oficio mas honroso ,
Embarcóse tras él harto corrido ,
Y el sobrino Martín de Castañoso ,
Y Alonso de Guzmán y otros , los cuales
Todos eran personas principales .

Que don Alonso tuvo de franqueza
Lo que suele tener uso profano ,
Y de valor , primor y gentileza
Y aviso , lo que puede cortesano ,
Al cual cierto pintó naturaleza
Con curiosa y acertada mano ;
Pero , segun se vió por esperiencia ,
No muy escrupuloso de conciencia .

Viendo su padre pues cómo lo deja
De mil necesidades rodeado ,
Del paternal amor también se aleja ,
Y enviando poderes y recado ;
Ante el emperador formó su queja
Pidiéndole que fuese castigado ;
Y el licenciado dicho Villalobos
Como fiscal pidió los tales robos .

Estuvo , segun dicen , en España
Preso des que tuvieron el aviso ,
Mas él lo tortuoso que le dañó
Enderezó muy bien y hizo liso ;
Y en efecto se dió tan buena maña ,
Que se salió con todo cuanto quiso ,
Y así gozó después con cortesanos
Del industria y trabajo de sus manos .

Acá volvió después pasados años
Para poder mas ampliar su renta :
Visitó deste reino los rebaños ,
Do su vida no fué menos exenta ,
Pues muchos se quejaron de los daños
Que hizo , de los cuales dará cuenta
Cuando lo deste reino se prosiga :
Que agora Santa Marta me fatiga .

Donde quedó su padre detenido
Con falta de salud y adudado ;
Y así por capitanes fué pedido
Otro descubrimiento deseado ,
Y es este nuevo reino do resido ,
De quien haré particular tractado ,
Porque su nobilísima cetera
Para la cuarta parte se reserva .

Mas visto por el don Pedro Fernandez
Lo que se le pidió con gran instancia ,
Prometiéndole de dalle nuevos Andes
O cosa de no menos importancia ,
Hizo junta de chicos y de grandes
Para los animar á la ganancia ;
Y venidos en un ayuntamiento
Hizoles el siguiente parlamento :

« Caballeros , estas tribulaciones
Que todos padecemos de presente ,
No piden gran estruendo de razones ,
Pues cada cual de vos en sí las siente ;
Pero declararé mis intenciones ,
Que van encaminadas solamente
A procuralles dar aquella cura
Que nos encaminare la ventura .

» Habeisme hecho muchos pedimientos ,
Con la razon que en ellos se contiene ,
Cerca de proseguir descubrimientos
Y la buena noticia que se tiene ;
E yo digo ser esos mis intentos
Y lo que mas á todos nos conviene ,
Pues mas somos venidos á este puerto
A lo por descubrir que descubierto .

» Porque toda la tierra conocida,
A causa de los grandes desafueros,
Asolada la veis y destruida
Por la loca maldad de los primeros,
Y nada della hinche la medida
De tantos y tan nobles caballeros;
Y así por ser lo visto poco cebo
Cumple que descubramos reino nuevo.

» Mas quiéroles decir á los que fueren,
Pues ni fuerzas ni ruegos los compelen,
Que como valerosos perseveren
Y no se vuelvan luego como suelen,
Y en la necesidad no desesperen,
Antes unos á otros se consuelen,
Pues como desta suerte se provea
Algo se hallará que bueno sea.

» Donde fortuna mas os embaraza
Mostrareis menos tímido semblante,
Y si para volveros diere traza,
Entonces colareis mas adelante;
Pues al fin la porfia mata caza,
Y nada hizo bien el inconstante:
No sean parte miedos en efeto
Para dejar de ver este secreto.

» Pocas veces dejó de ser propicia
Cuerda solicitud á diligentes;
Y así si no la borra la malicia
De los angostos pechos y dolientes,
No puede despintarse la noticia
Que tenemos por partes diferentes,
Porque las mas distintas poblaciones
Conforman en el dar las relaciones.

» Si tomáis el negocio mas de veras
Que Lerma lo tomó tiempo pasado,
Sereis los que hollais estas riberas
Inventores de nuevo principado,
Cuyas provincias hallareis enteras,
Y será cada cual aprovechado,
Trocando los trabajos en contentos
Con señoríos de repartimientos.

» Y no pueden estar largo desvío
De la prolija cumbre de la sierra;
Y así para llevar mejor avío
De cosas necesarias á la guerra,
Irán los bergantines por el río,
Con quien se comuniquen los de tierra,
Porque sean en tiempos afligidos
Los unos de los otros socorridos.

» Ya tiene mi poder y está nombrado
Para ser general en la jornada
El docto y animoso licenciado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Varon de quien yo vivo confiado
Que para bien regir le falta nada,
Y Gonzalo Juárez, de quien siento
Tener para gobierno gran talento.

» Van Juan del Junco, San Martín, Cardoso,
El capitán Lebrija, Tesorero,
Y Juan de Céspedes, varon famoso,
Con Valenzuela, noble caballero,
Lázaro Fonte, diestro y animoso,
Baltasar Maldonado, gran guerrero,
Escuadras y adalides de momento,
De quien todos tenéis conocimiento.

» De la gente que por agua camina,
En seis barcos y en una carabela,
Irá por general Diego de Urbina,
Cuya prudencia todo lo nivela;
Va Manjarés, persona fidedina,
Ya por allí cursada su rodela;
Va Juan de Albarracín, va Juan Chamorro,
Ausimismo Gonzalo Garcia Zorro.

» Van otros muchos diestros en asechos,
Vivos en ojos, prontos en oídos;
Van baquianos á las armas hechos,
En aquestos trabajos muy curtidos:
De bélicos arreos y pertrechos
Todos medianamente proveídos,
Y si destos algunos están faltos
Los áni mos los suplen, que son ltos.

» Veo con buenos bríos al mas cano,
Tímida cobardía despedida;
El apacible tiempo del verano
A los efectos desta nos convida:
Solo resta que los que tienen mano
Quieran poner en orden la partida;
Y así concluyo con que lo propuesto
Con tiempo tenga cumplimiento presto.»

Vista su voluntad determinada,
Todos los principales de aquel puerto,
Con adherentes para la jornada,
Pusieron sus personas en concierto;
Mas agora que yo de la pasada
Me siento de cansado como muerto,
Reposo quiero dar á mi fatiga
Antes que lo que resta se prosiga.

CANTO TERCERO.

Donde se tracta cómo salió la gente del puerto de Santa María, á la
mar como por tierra, para descubrir tierras nuevas, y de lo que
sucedió en el río Grande á la entrada del, y en la prosecucion de
viaje.

Contaba ya la religión cristiana
Treinta y seis años sobre quince cientos
Del parto de la Virgen soberana
En estrechos y pobres aposentos,
Cuando salió la gente castellana
Para continuar descubrimientos,
Y el sol por el eclíptico camiuo
Quería visitar décimo sino.

Mil para tomar armas hay por cuenta,
Y destos los quinientos aviados
Por tierra, de caballo son los treinta
Y otros treinta rocinos van cargados;
Van por mar cuatrocientos y sesenta
Entrellos marineros y soldados;
Los de tierra por ahorrir carguios
Dejan de su caudal en los navios.

Porque tienen de ir por gente blanca
Jornada larga, de trabajos llena,
Antes de se juntar en la barranca
Del río grande de la Magdalena;
Donde si de salud hay gente manca,
La metan donde guindan el entena,
Y hallen sus alhajas y fardaje
Para prosecucion de su viaje.

Pero los mas que van por las florestas,
Eso me da cursado que novicio,
Ropa y comida va sobre sus cuestras
Con armas para bélico bullicio;
Y entre tantas compañías como estas
Solos tres indias iban de servicio,
Que tenían particulares dueños
De aquellos capitanes mas isleños.

Dirigen pues sus pasos á Chimila
Y á las provincias que le son fronteras,
Mas llevando vacía la mochila
Del grano que produce sementeras,
Hambre y enfermedad los anihila:
Incultas hallan todas sus riberas,
Por estar ya los pueblos conocidos
En partes diferentes retraídos.

Los suspiros del pecho van á pares
Del triste que se ve debilitado;
Lo cual visto por Gonzalo Suárez
Y el capitán Lebrija Maldonado,
Procuraron buscar nuevos lugares
Con aquellos de quien tienen cuidado:
Y así fueron por partes diferentes
En busca de comidas y de gentes.

El Gonzalo Suárez por buen arte,
Con soga de hamacas retoreida,
Pasó con su bandera y estandarte
Agua de Ariguani poco crecida,
Y en los confines del, en otra parte,
Recogió buena copia de comida,
Cautivando también por sus florestas,
Indios que la trajeron á sus cuestras.

Luego como llegaron al asiento,
Se mandó repartir por don Gonzalo,
Y el regocijo y el contentamiento
Mayor debió de ser que yo señalo;
Pues el que perecía de hambriento,
Juzgábase por celestial regalo:
Y así fueron con esto reparados
Y con alguna caza de venados.

Estando pues con este regocijo,
Una india, tendidos los cabellos,
Que debió de huir en el cortijo
Cuando los enlazaron por los cuellos,
Con amor entrañable de su hijo
Se llegó sin temor á todos ellos;
Y admirados de ver cosa tan nueva,
Deseaban saber qué causa lleva.

La cual, como con otros lo vió vivo,
En brazos lo tomó con ansia viva,
Y con aquel ardor caritativo
Que de todo temor á muchos priva,
Dijo: «Pues eres, hijo, tú captivo,
No quiero yo huir de ser captiva,
Ni dejaré de ir donde tú fueres,
Y allí moriré yo donde murieres.»

Habiendo sus palabras reducido
A castellanas voces los ladinos,
Tan gran compasión dieron al oído
De nuestros fatigados peregrinos,
Que no solo le dieron su querido,
Pero todos sus deudos y vecinos,
Un viejo reservando que podía
Ser para su camino buena guía.

Ven de Tanalameque los confines,
Donde su morador de paz espera,
Menoscabados hombres y rocines;
Vieron del río Grande la ribera,
Y preguntando por los bergantines,
Ningun indio les dió razon entera:
De pálido color cubren el gesto,
Y agora yo diré la causa desto.

Salió Diego de Urbina de aquel puerto,
Yendo con él don Diego de Cardona,
Puestos los bergantines en concierto,
Llena de viento próspero la lona,
Piloto maestro Juan, varon esperto,
Y el mozo Manjarés, cuya persona
En aquellos caminos era diestra,
Y había dado valerosa muestra.

Llegaron cuando ya la luz es poca
Y hacia la noche su llegada,
Y así surgieron antes de la boca
Del río por do hacen el entrada,
Por mandado de aquel á quien le toca
Regir y concertar los del armada,
Esperando que venga nueva lumbré,
Con la guarda que tienen de costumbre.

Celebrábase pues siguiente día
Aquella Concepcion inmaculada
De la generosísima María,
Virgen, Señora nuestra y abogada,
Y por la gente toda se pedía
Ser en aquel lugar solemnizada:
Quisierálo la gente peregrina,
Pero no consintió Diego de Urbina.

Y así trocados los nocturnos fines
En aquel resplandor que nos consuela,
Hizo tocar trompetas y clarines,
Mandando que se hagan á la vela
Aquellos dichos siete bergantines,
El uno dellos buena carabela,
Puesto caso que de contrario voto
Fué siempre maestro Juan diestro piloto.

Diciéndole: «Señor, inconveniente
Grande me representan las salidas;
El río Grande viene de creciente,
Dejemos aflojar las avenidas,
Pues con el impetu de su corriente
Las olas andan altas y subidas;
Inminente peligro nos despierta,
Por llevar los seis barcos sin cubierta.

»Ya veis, señor, la mar cuál anda fuera,
Y que los barcos no van muy lijeros;
El río trae copia de madera,
Con sus raíces árboles enteros;
Recélase la gente marinera,
Tienen temor aquestos caballeros;
Y para no venir á los estrechos,
Conviene que primero lo miremos.»

Respóndele: «Pues sois buen navegante,
No receleis aqueste pilotaje,
Que yo no veo cosa que me espante
Para dejar de ir nuestro viaje;
Esperan los soldados adelante,
Cuya ropa llevamos y fardaje:
Dénse, déense las velas á los notos,
Y vayan con aviso los pilotos.»

Luego de su partido descontentos,
Las cañas se pusieron en timones,
Con fuerzas flojas y con brazos lentos
Las áncoras se leván y resones;
Desfíerense las velas á los vientos
Con graves y pesadas turbaciones,
Tanto que flojedad y pesadumbre
Daban de su desdicha certidumbre.

Tomada pues del río la garganta,
E yendo ya por él poco desvío,
Olaje tan soberbio se levanta
De las aguas del mar y grande río,
Que quien menos temía mas se espanta,
Y menos muestras daba de su brío,
Viendo que no podía navegante
Volver atrás ni ir mas adelante.

Uno vereis lloroso y otro triste,
Dan grita los moñecos y los camos,
Agua por todas partes los embiste;
No les presta timon ni valen manos:
Ya su salud en solo Dios consiste,
Que no la pueden dar hombres humanos;
Y lo mas sustancial de su esperanza
Era tener ninguna confianza.

Estando pues con este desatino
Causado del rigor de la procela,
Un grande y orgulloso remolino
Sorbíó la sobredicha carabela
Y un bergantín que junto della vino,
Y amortajó los hombres con la vela:
Diez andan por las ondas de Neptuno,
De los cuales fué Manjarés el uno.

Es nada lo que nada, pero viendo
Acrecentar las olas sus enojos,
Cuando los barcos iban consumiendo,
En un grueso tablon puso los ojos,
Y en él después se estuvo sosteniendo,
Recogiendo también otros despojos,
De cosas de madera que allí hubo,
Encima de las cuales se sostuvo.

Anda sobre el olaje fluctuando,
El cual la laca balsa desparpaja,
Está por ir á tierra forejeando,
Mas no puede, por mucho que trabaja;
Y cuanto mas andaba naufragando,
Mas andaba tras él una baraja
De naipes, que después él me decia
Que nunca lo dejó todo aquel día.

Dicele pues, á vueltas de otras quejas,
«Vete, demonio, ya no me fatigues,
Que si por tierra voy nunca me dejas,
Y agora por el agua me persigues;
A mis grandes pecados son anejas
Las cartas de maldad con que me sigues,
Porque con ellas fueste tal tercero,
Que'l tiempo se perdió con el dinero.»

Mas con la devocion que convenia,
No deja de llamar auxilio santo;
Y así, cuando la noche ya queria
Cubrir todas las cosas con su manto,
Pudo llegar adonde pretendia,
Poco menos que muerto del quebranto;
Y con las mismas ansias y temores
Salieron otros siete nadadores.

El Cardona y Urbina con su pena
Y paga de la culpa merecida,
Acia la banda van de Cartagena
Compelidos también del avenida,
Y dieron al través en una arena,
Do fué milagro reservar la vida;
No quisieron volver mas á su cargo,
Antes para Pirú se van de largo.

Dejando pues cien hombres ahogados,
Soldados de valor adamantino,
Los otros cuatro barcos quebrantados
Llegaron á la playa del Dorsino:
En Santa Marta fueron avisados
Del pesado desmán que les avino,
Y fué de tal manera la congoja,
Que en mucho tiempo no se hizo floja.

Mas don Pedro Fernandez no desmaya,
Antes los dichos cuatro barcos varan
Por mandamientos suyos en la playa,
Y los calafatean y reparan,
Para quel resto de la gente vaya
A ver las otras gentes en qué paran;
A los cuales les fuera desavio
No llegalles socorro por el rio.

Son pocos ó ningunos los sosiegos,
Porque fuera dañosa la tardanza;
Y así nombraron de comunes ruegos
Por general, mediante su templanza.
Al licenciado dicho Juan Gallegos,
Persona de valor y confianza,
Que en Quito de Pizarro se rebela:
Murió después con Blasco Nuñez Yela.

Después que por el dicho licenciado
El cargo se tomó, puso la frente
En ordenar lo que le fué mandado,
Como varon sagaz y diligente:
Fué luego su viaje comenzado
Con doscientos soldados solamente,
Y por el rio de la Magdalena
Subieron sin desmán que les dé pena.

No los detienen guerras ni raudales;
E yendo prosiguiendo la subida,
Supieron luego de los naturales
De la gente que estaba detenida
En Sompallón, pero de muchos males,
Hambre y enfermedad, enflaquecida,
Y todos ellos no sin grande pío
De ver llegar los barcos por el rio.

Como les diesen pues carrera franca,
Sin conocerse voluntad aviesa,
Ora con remos, ora con palanca,
Ora con sirga larga, se dan prisa
Para poder llegar á la barranca;
Do para se juntar fué la promesa;
Y al fin, en breve número de dias,
Se vieron juntas ambas compañías.

Como de los deseos precedentes
Sus propios ojos fueron ya testigos,
Desbácese las rugas de las frentes,
Así de los modernos como antiguos:
Abrázanse parientes con parientes,
Huélganse los amigos con amigos;
Mas dellos cada cual espanto tiene,
De ver el poco número que viene.

Y como lastimados corazones
Dijesen al que estaba con recelo
La causa de sus grandes dilaciones,
Y los que consumió marino duelo,
Volvieron á formar lamentaciones,
Mezclando su placer con desconsuelo.
Por perder en aquellas tempestades
Sus antiguas y buenas amistades.

Pero como tristeza valga nada
Para restauracion de perdimiento,
La gente baquiana mas cursada
Procuró mitigar el sentimiento:
Y el general Jimenez de Quesada,
Para dar orden al descubrimiento,
Después que á su presencia lo convocó,
Sacó tales palabras de su boca:

«Caballeros, con gran razon se siente
Una nueva de tanta desventura;
Pero quien es sagaz y hombre prudente
Verá por su discreta conyectura,
Cómo le cumple moderadamente
Pasar por lo que ya no tiene cura.
Porque, perdidos los humanos cuellos,
Solo resta rogar á Dios por ellos.

»También quiero decir que no vi suerte,
En lo que profesais é yo profeso,
Que se pasase sin alguna muerte,
O tuviese del todo buen suceso:
Mas no porque el primero no se acierte
Ha todo tiro de salir avieso,
Pues si el un balletero queda manco,
Otro puede después dar en el blanco.

»Y aquella miserable contingencia
No puede deshacer la dicha mia,
Por haber sido falta de prudencia
Del loco capitán que los regia,
O por ventura santa providencia
De aquella perenal sabiduria,
Pues en fallar el uno y otro Diego,
Faltan bullicios y desasosiego.

»Faltando los dos dichos trompezones
Con otra gente desasosegada,
Están absentes cuantas confusiones
Pudieran suceder en la jornada:
De suerte, que de sus tribulaciones
Emana nuestra vida descansada,
Y el perderse, por poca vigilancia,
Para nosotros todos fué ganancia.

»La cual no será corta sino llena,
Mediante Dios y su cabal ayuda,
Porque fortuna que unos desordena,
Para favorecer otros se muda:
Que de topar habemos cosa buena,
Y cerca desto yo no tengo duda,
Como con el valor que se requiere
Cualquiera de nosotros persevere.

»Y así cumple mostrar claro semblante
A hambres y trabajos importunos,
Para poder pasar mas adelante
O bien hartos de pan ó bien ayunos;
Y ninguno desmaye ni se espante,
Cuando se vieren perecer algunos,
Pues donde quiera, semejantes dejos
A todos los humanos son anejos.

»Mayormente terreno donde toco
A todos los nacidos encubierto,
Y donde no será menos que loco
Quien pensare que no puede ser muerto
Porque nunca lo mucho costó poco,
Y el vivir á los hombres es incierto:
Mas hasta ver qué hay, ó viva ó muera,
Yo no me puedo ya salir afuera.

»Que por acá la gente generosa
Muy mal puede vivir sino por guerra,
E ya que de riquezas deseosa
De su naturaleza se destierra,
Conviénele buscar alguna cosa,
Si quisiere volver á ver su tierra,
O cuando no hiciere tal trasunto,
Acá pueda tener honroso punto.

»Porque si la fortuna no se muestra
A nuestros pensamientos adversaria,
Aquella llamaremos patria nuestra
Que diere la riqueza necesaria,
Y que con el valor de vuestra diestra
Hiciéremos de libre tributaria;
Y entonces lo feroz tornado manso,
Pasaremos la vida con descanso.

»Así que, para ver lo que decimos,
Quien estuviere frio se caliente,
Que para coger fértiles racimos
Tierra de promision teneis enfrente;
Mas si volvemos como nos venimos,
Cierto seria gran inconveniente,
Tanto que con mejor aviamiento
Nadie podrá volver en salvamento.

»En los barcos ir todos no cabemos,
Ni puede ser sin riesgo conocido:
Si por tierra, ¿de qué nos manteremos,
Estando cualquier pueblo ya barrido?
De manera que destes dos extremos,
El no volver atrás es buen partido:
Cuanto mas ¿qué bienes ó qué renta
Dejastes en la mar sino tormenta?

»Hambre y enfermedad nos perseguía
El tiempo que estuvimos en sus puertos,
Y nunca vi que se pasase día
Que no viésemos tres ó cuatro muertos:
Mirad la sierra si se defendía,
Y los heridos por sus desconciertos
Mandaban que con cepos estuviesen,
Hasta que con la rabia pereciesen.

»Sea pues la jornada larga ó corta,
Duren prolijos montes y espesuras,
Que la resolucion que mas importa
Es ver el fin de aquestas aventuras:
Este consejo da quien se reporta
Y las noticia tiene por seguras,
Y mas agora con el buen avio
Que tenemos de barcos por el rio.

»Porque mientras dure la demanda,
El orilla será nuestra carrera,
Y los barcos por una y otra banda
Buscarán de comer por la ribera,
Acudiendo con alguna vianda
A los que nos hallamos acá fuera:
Y si por acá hallan buenos ridos,
También serán los barcos proveidos.

»Cuanto mas que la gente que huida
Hallamos de los pueblos y cortijos
Otra banda la tiene recogida,
Y allá están las mujeres y los hijos;
Y es imposible no tener comida,
Como se busquen bien los escondijos;
Y hallada por una y otra vía,
Ternemos razonable pasadía.

»Por tanto, los que rigen escuadrones,
Si no quieren seguir opinion vana,
Manden que suenen bandos y pregones
Que digan cómo salgo de mañana:
Los barcos, caballeros y peones,
Sigan mi parecer de buena gana,
Porque con el favor del Rey de gloria
Yo les daré ganada la victoria.»

En dando fin á su razonamiento,
Tuvo muy á su gusto la respuesta;
Y así para venir al cumplimiento,
Esta congregacion se hizo presta:
Viérades alistar el instrumento,
El espada, la lanza, la ballesta,
Y los demás pertrechos y adherentes
De que suelen usar guerreras gentes.

Febeco resplandor en esta hora
Apartando se va del hemisferio
Donde la helicosa gente mora,
Y con oscuridad en el imperio
La noche se quedó por sucesora,
Puesta vista mortal en captiverio,
O con sueños ó con impedimento,
De no ver su salud ó detrimento.

Pero cuando doraba ya la planta
Apolo, reiterando su venida,
Resuena de trompetas la garganta
Que suele despertar gente dormida;
Y así la peregrina se levanta,
Para poner por obra la partida:
Los sanos, los enfermos, los tullidos,
Segun pueden, están apercebidos.

Luego por don Gonzalo se procura
Que se celebre divina oficio;
Y el buen padre Lezgamez, como cura,
A Dios ofrece santo sacrificio:
Oyóse con devota compostura
De los que profesaron su servicio;
Y acabada la obra religiosa,
Prosiguen su jornada trabajosa.

Hierónimo de Insa va rompiendo,
Por ser el capitán de macheteros,
Espesissimos montes, y haciendo
Puentes para las cienagas y estereros,
Los calurosos dias consumiendo
En trabajos que no son crederos;
Tanto que con innumerable tinta
No se podrá decir la parte quinta.

Porque por la montaña do guiaban,
O sus cansados pasos ó las riendas,
Por mucho que buscasen no hallaban
Señales de caminos ni de sendas:
Que los indios por aguas se mandaban
En todos sus contractos y haciendas,
Ni jamás se rompió tal aspereza,
Desde que la crió naturaleza.

Y así, con trabajar las compañías
Con el sudor á todos importuno,
Aconteció romper en ocho dias
Lo que pudieron caminar en uno;
Y con buscarse por entrambas vías,
El alimento fué quasi ninguno:
De manera, que con necesidades
También crecian las enfermedades.

Aquellos que se sienten mas enteros
Tienen necesidad que les ayuden,
Y los mas amigables compañeros
Con mil desabrimientos se sacuden:
Empapan los terribles aguaceros,
Sin tener otra ropa que se muden;
Y así, para secar la pobre tela,
El flaco cuerpo sirve de candeala.

Cubiertos van de llagas y de granos
Causados de las dichas ocasiones,
En vida los comian los gusanos
Que nacen por espaldas y pulmones,
No se pueden valer de piés ni manos;
En lo mas raso hallan trompezones;
No tienen do llevar hombres enfermos,
Y así quedaban muchos por los yermos.

»Oh, cuántos con suspiros y gemidos
Allí se quejan por dejar su suerte!
Oh, cuántos al camino son movidos,
Y atrás un flaco viento los convierte!
Oh, cuántos se quedaron abscondidos,
Por no verse vivir con tanta muerte,
Tomando por grandísimo regalo
Acabar de morirse tras un palo!

»Oh, cuántos en aquellas espesuras
Fueron cebo de aves carniceras,
Y cuántos á quien fueron sepulturas
Vivas entrañas de las bestias fieras,
Que saltan en las noches obscuras
A gentes naturales y estranjeras!
De suerte que á los bajos y á los altos
Eran comunes estos sobresaltos.

Con este general inconveniente
Va caminando castellana mano,
Sin poder sano socorrer doliente
Ni doliente valerse de hombre sano:
No procura pariente por pariente,
Hermano no se cura del hermano,
Y ¿qué presta querer? pues, aunque quiera,
Lo que desea dar es lo que espera.

Mas un hombre de aquella compañía,
De cuyo nombre yo soy ignorante,
Y aun los que della viven este día,
No pudiendo pasar mas adelante,
Hablando con un hijo que tenia,
Para cualquier rigor hombre bastante,
Le dijo: «Hijo mio, yo me quedo,
Que por ninguna vía mas no puedo.

»De tí hago postrera despedida,
Porque vital espíritu me calma;
Está ya la virtud enflaquecida,
Cozar quiere la muerte de su palma:
Harás, hijo, si Dios te diere vida,
Aquel bien que pudieras por mí alma;
Por el de hasta agora te bendigo,
Y la gracia de Dios ser contigo.»

El hijo, con los ojos hechos río,
Responde con amor caritativo:
«No quiera Dios que yo haga desvío
El tiempo que, señor, durardes vivo;
Y cuando ya tengais el cuerpo frío,
Mis manos abrirán comun arquite,
En esta soledad y en tierra ajena,
Para mayor aumento de mi pena.

» Y en tanto que no fueren descompuestas
Del alma las terrenas ligaduras,
Yo tengo de llevaros á mis cuestras
Por estas trabajosas espesuras:
Que no parecerá bien ir enhiestas
Mis espaldas, pues pueden ir seguras
Con un peso que no me será grave,
Antes no menos grato que suave.»

Asiento hecho pues de manta larga
A las nianas asida con correas,
Sobre sus piadosos hombros carga
La preseña mejor de sus preseñas,
Ocupados mas tiempo con la carga,
Que con Anquisés fueron los de Eneas;
Pues durarian estas obras pias
Por espacio de seis ó siete dias.

Sin fallecer jamás en el intento
Con los demás regalos qué podía,
Hasta que le faltó vital aliento,
Y lo mortal cubrió la tierra fría;
Y el pobre mozo del quebrantamiento
Poco después le tuvo compañía,
Con otros muchos que por des poblados
Acabaron la vida y los cuidados.

Muchas veces el campo peregrino
Está por dos ó tres dias parado,
Entre tanto que rompen el camino
Aquellos á quien dieron el cuidado;
Mas al enfermo de descanso dino
Lo mandan luego ir por lo tafado,
Pareciéndoles ser mejor remedio
Que los enfermos vayan en el medio.

E yendo solos les acontecia
Vellos los indios desde su navío,
Que por aquel compás iba ó venia,
Y como fuesen todos sin avio,
Sin dejar nadie de la compañía,
Los mataban y echaban en el río,
De donde los caninanes referidos
Quedaron muy cebados y atrevidos.

Y viéndose después los sanos juntos,
Como faltasen estos del rebaño,
No hallándolos vivos ni difuntos,
Caso les parecia bien extraño;
Hasta que conocieron por barruntos
Las ciertas ocasiones deste daño:
Venian después dos con sus caballos
Con ellos para vellos y guardallos.

Destá suerte prosiguen la jornada,
Huyendo cuanto pueden de reposo;
Porque los amenaza con su entrada
La furia del invierno pluvioso:
E yendo por la parte señalada,
Toparon otro río caudaloso,
Cuyas corrientes dan en el arena
Del río grande de la Magdalena.

Sus aguas lleva de color bermejo,
Por la creciente grande que traía;
Faltó para pasar el aparejo,
Demás de que la noche se venia,
Y así tuvieron por mejor consejo
Esperar lumbre del siguiente día:
Pluvió y truenos son por tales modos,
Que pensaron allí perecer todos.

De riesgos otros menos son seguros,
Por haber otro mal cotidiano;
Y así, tendidos nublados mas oscuros,
Acudió luego carnícera mano;
La cual, con uñas y con dientes duros,
Asió del miserable Juan Serrano:
«¡Valedme, dice, gente compañera,
Socorred, que me lleva bestia fiera!»

Acudieron soldados mas cercanos,
Movidos de justísima clemencia,
Con espadas y lanzas en las manos
Y toda la posible diligencia,
Y con fuerza y esfuerzo de romanos
Lo quitan á la viva pestilencia;
Pero de la manera que conejo
Que suelta de los dientes perro viejo.

Destá misma manera se le saca,
Y por ver si podía tener cura,
Le colgaron muy alta la hamaca,
Entre tanto que llega la luz pura;
Velóse cada cual en su barraca,
Fatigados de tanta desventura;
Mas antes quel aurora lumbre diese,
Llevólo sin que nadie lo sintiese.

Y cuando ya las húmidas regiones
Se vestían del rayo soberano,
Copia de caballeros y peones
Lo buscaron, mas fué trabajo vano:
Así que, por las dichas ocasiones
Le llamaron el río de Serrano,
En memoria y acuerdo deste hombre,
Y siempre durará con este nombre.

Vistos aquellos miserables fines,
Luego bajó Pero Nuñez Cabrera,
Con diez soldados de los mas insives,
A ver del río Grande la ribera,
Para hacer venir los bergantines,
Y en ellos travesar á la frontera
Del río de Serrano, ya nombrado,
Porque no le pudieron hallar vado.

Llegaron pues los barcos al paraje
Que mas á su propósito convino;
Efectúan con ellos su pasaje,
Y en confianza del favor divino
Prosiguen adelante su viaje
Por un trabajosísimo camino
De espesos montes, ciénagas, esteros,
Y á cada paso mil atascaderos.

Porque demás de ser esta montaña
En espesuras sumamente ciega,
De limpios animales muy estraña,
Y tal que clara lumbre se le niega,
Cuotidiana pluvia la baña,
Y demás de lo quel mayor aniega.
Muchos rios que bajan de la sierra
Inundan los conveses desta tierra.

Yendo pues su viaje cierto día,
En un río se dió de gran fondura,
Que para proceder los impedia,
El agua toda dél negra y obscura;
Era profundo, mas su travesía
Como de treinta pasos en anchura:
Fueron por las orillas grande trecho,
Y no pudo hallárlase deshecho.

No hay árbor desta parte conviniente,
Y en la otra los hay de gran altura
Que caen á propósito y enfrente
De donde tiene mayor angostura,
Y encima derribados harán puente,
Por do la gente pase mas segura:
Y así por don Gonzalo fué mandado
Que para los cortar pasen á nado.

Nunca la gente con quien él hablaba
Mostró jamás temor á duro hecho,
Y agora cada cual se recelaba,
Con ser breve pasar aquel estrecho;
Mas Domingo de Aguirre, que callaba,
Hendió las aguas con su fuerte pecho,
Y como viesén ya hacer comienzo,
Pasó luego tras él un Juan Lorenzo.

Para dar via do se les empacha
Y hacer puente donde se les manda,
Piden que les arrojén una hacha
A los que tienen la contraria banda;
La cual brazo de fuerzas les despacha,
Y así cortaron una ceiba blanda,
Con otras diferencias de maderas
Que tocaban entrambas las riberas.

Pudiera Juan Lorenzo por la puente
 Pasar donde lo estaban esperando,
 Y el miserable joven imprudente,
 Determinóse de volver nadando:
 Asíóle del un pié fiera serpiente,
 Y en el fondo lo mete forcejando;
 Otra vez sobreaguó las manos puestas,
 Y dijo dos palabras, que son estas:

«¡Señor, misericordia!» y al instante
 Fué de la bestia fiera sumergido,
 De suerte, que la gente circunstante
 Miró por él, mas nunca mas lo vido:
 Dió gran dolor al campo caminante,
 Y no faltó ternísimo gemido,
 Por ver ante sus ojos la violencia,
 Y no poder hacelle resistencia.

Con este general desabrimiento
 Procede por allí la gente coja,
 Sin padecer desmayos el intento
 Ni se reconocer voluntad floja,
 Aunque tan faltos todos de alimento
 Cuan llenos de dolor y de congoja,
 Absortos y olvidados de su vida,
 Al olor de una cosa no sabida.

El mas fuerte vigor es flaca hebra,
 Que acá y allá ligero viento mueve;
 En el número dellos hay gran quiebra,
 Pues cuatrocientos hay de cientos nueve;
 No queda lagartija, ni culebra,
 Ni sapo, ni raton, que no se pruebe:
 Que la hambrienta gana y atrevida
 Ninguna cosa halla prohibida.

Demás deste rigor cotidiano,
 Otro no menos mal les sobreviene,
 Y es carecer del conditivo grano
 Que da sabor á cuanto no lo tiene,
 Y en el varon enfermo y en el sano
 No hay necesidad con que mas pene;
 Y por la dicha falta cuasi todos
 Andaban como tontos y beodos.

Comen raíces de árboles, y tallos
 Tiernos, que nunca fueron conocidos;
 Mataron con obscuro tres caballos
 En diferentes noches atrevidos,
 Y es porque no pudiendo remediallos,
 Han de ser por cabezas repartidos,
 Y todos los quitaran de por medio
 Si no se proveyera de remedio.

Y así la culpa desta golosina
 No quieren que se pague con septenas,
 Ni toman afrentar por medicina,
 Antes el auto fué con estas penas:
 Que quien comiere carne caballina
 Cuchillo rompa sus vitales venas;
 Y este pregon y mando fué tan bueno,
 Que les hizo tener á todos freno.

En este tiempo de rigor horrendo,
 Gallegos, el valiente licenciado,
 Andaba con los barcos descubriendo
 Por las orillas de uno y otro lado;
 Y andando desta suerte discuriendo,
 Vió cierto pueblo bien acomodado:
 Bajóse, sin hacer guerrera prueba,
 A dar al general aquesta nueva.

El cual no recibió poco contento,
 Y era tanta la gana que tenia
 De poder descubrir mantenimiento
 Para la fatigada compañía,
 Que por dar al deseo cumplimiento
 Mudó la discrecion en osadía:
 Quiso por agua ir de los primeros
 Con solos seis ó siete compañeros.

Su hermano Hernán Perez de Quesada,
 Antonio de Lebrija Maldonado,
 El alferéz Olalla, cuya espada
 Pone contrarias gentes en cuidado,
 Y Vanegas, persona señalada,
 Y el Domingo de Aguirre ya nombrado,
 También Pedro Velasco, cuya mano
 El peligro mayor halla liviano.

T. IV.

En tres leños se meten mal seguros,
 Todos con canaletes en las manos,
 Cuando cobrian ya velos obscuros
 Los árboles de montes comarcanos;
 Son un indio y un negro palinuros,
 De la familia destes dos hermanos:
 Con tanto riesgo van, que se me jura
 No ser tanto valor cuanto locura.

Aunque cercanos van á la ribera,
 Por ser aquel menor inconveniente,
 Con gran trabajo pasan la carrera,
 Por no faltar raudales y corriente;
 Mas el valor y fuerza persevera
 Hasta poder del indio ver la frente,
 Y andarian tres leguas de camino
 Antes de ver el rayo matutino.

Mas al tiempo que de la parte eoa
 Apolo sus cabellos esparcia,
 Pudieron descubrir una canoa
 Que indios enviaban por espia:
 A ella cada cual guia la proa,
 Pero con dos remeros que traía
 De tal manera meneó las palas,
 Que dar alcance no pudieran alas.

Persiguiéndolos va la gente blanca,
 Aunque mas tardamente se menea,
 Pero valor y brio no le manca
 Para guia tomar que buena sea;
 Tras una punta vieron la barranca,
 Y el pueblo pareció que se desea
 En enjuto lugar y parte exenta,
 Y sus caneyes eran como treinta.

Cada cual se compuso como pudo,
 Pudiéndolos hacer estar á raya
 Muy pocos, mas cubiertos del escudo,
 Valor del español tomó la playa,
 Pensando que de parte del desnudo
 No faltará quien contra ellos vaya;
 Pero no pareció cosa viviente,
 Por estar todo morador absente.

Porque desde que vieron los navíos,
 Reconocieron ir en su demanda,
 Y así dejaron solos los buhíos,
 Tomando por amparo la otra banda,
 Con todos sus pertrechos y atavíos,
 Y lo demás que tienen por vianda;
 De manera que por entonces poca
 Fué la recreacion para la boca.

Pero por arcabucos y riberas
 Siendo por los soldados indagadas,
 Hallaron razonables sementeras,
 Algunas dellas cuasi sazoadas,
 Que fueron á las gentes extranjeras
 Alivios, según faltas atrasadas,
 Y por el orden grande que se puso
 Sirvieron muchos días á su uso.

Recogieron algunas churcherías
 De las quel indio labrador alcanza;
 Esperaron allí las compañías
 No sin demasiada confianza,
 Porque serian seis ó siete días
 Aquellos que hicieron de tardanza,
 Y si genté de indios acudiera
 Es de creer que mal les sucediera.

Mas con los sobresaltos y barruntos
 Con que sueño quieto se destierra,
 No dejaban de estar á todos puntos
 Opuestos á los trances de la guerra,
 Hasta tanto que ya se vieron juntos
 Los que por agua van y los de tierra;
 Y entre tanto que tienen alimento
 Determinan allí hacer asiento.

Entre las cosas allí rancheadas
 Hallaron mantas de algodón tejidas,
 Pintadas con pincel y coloradas,
 De ningunos antiguos conocidas:
 Con gran aplauso son solemnizadas
 Por ser muestra de cosas mas subidas,
 Y no de morar lejos de la tierra,
 Viéndose muy cercanos á la sierra.

20

Pues porque no tuviesen destemplanza
 En recoger el grano deste puerto,
 Hay mando riguroso y ordenanza
 Con público pregón y descubierta,
 Que quien cogiese grano de labranza
 Sin descargo de culpa fuese muerto,
 Pues había de ser la tal comida
 Por orden y concierto repartida.

Pocos días después de su venida,
 Los moradores destes señorios
 A ver la nueva gente y atrevida
 Vinieron en sus fútiles navios,
 Mostrándose de paz, aunque fingida,
 Pues no quisieron ir á los buhios;
 Y á no ver en el río bergantines
 Fueran en sus efectos mas ruines.

Dentro del agua hacen su parada,
 Puesto que nuestra gente los convida,
 Mas como tienen intención dañada,
 Con flechas hacen un arremetida;
 Y no fué tan veloce su llegada
 Cuanto hicieron presta la huida,
 Diciendo de los nuestros grandes menguas,
 Segun interpretaron ciertas lenguas.

Al fin ellos volvieron de mal arte
 Contra la potestad de las corrientes,
 Do la madre del río se reparte
 En cuatro que son brazos prepotentes,
 Y esto llaman la Tora, y es la parte
 Do reposan agora nuestras gentes,
 Y donde muchos Cloto, parca dura,
 Metió dentro de viva sepultura.

Pues por estar sin fuerzas y sin brío
 Usaban de sepulcros indecentes,
 Porque viendo quedar el cuerpo frío
 Los vitales espíritus absentes,
 Echaban á los muertos en el río,
 Donde los devoraban las serpientes,
 Y así, cebados en aquel sustento,
 Iban sus osadías en aumento.

Pues es así verdad que tanta era
 La vigilancia del portento duro,
 Y hambre de la bestia carnífera,
 Que ni con claridad ni con obscuro
 Nadie tentó llegar á la ribera
 Que pudiese salir della seguro;
 Y de jo de contar casos diversos
 Por no poder caber en pocos versos.

Pues antes de caer en el engaño,
 Como llegasen muchos descuidados
 A beber ó lavar paño
 Por falta de criadas ó criados,
 Hicieron los caimanes mucho daño
 En caballos y perros y soldados;
 Y así con vara larga se cogía
 El agua que en el campo se bebía.

Y agora fué y en esta coyuntura
 Cuando Roa mató con tiro ardiente,
 Segun pusimos ya por escriptura,
 Aquella ferocísima serpiente
 Que tanto mal y tanta desventura
 Muerta pudo causar á nuestra gente,
 Porque su gusto della fué de suerte,
 Que tuvo quien comió gusto de muerte.

Los sanos pues de nuestros peregrinos
 Determinaron de hacer salidas,
 A fin de buscar sendas y caminos
 Que los guíen á tierras proveidas;
 Pero de tanto bien no fueron dinos,
 Que todas son montañas estendidas,
 Tan lluviosas, tan tristes, tan oscuras,
 Que no pueden romper sus espesuras.

Sus aposentos son húmidas matas;
 Los árboles les sirven de cubijas;
 Murciélagos, mosquitos, garrapatas
 Ocupan piés y piernas y verijas,
 Avispas y hormigas y mal gratas
 Culebras, sapos y otras sabandijas,
 Que los hacen volver desesperados
 A do quedaron los demás soldados.

Viendo que los de tierra dan ruines
 Nuevas, determinaron que se mueva
 La compañía de los bergantines
 Y hagan por el agua larga prueba,
 Recorriendo las playas y confines
 Para volver á dallas buena nueva:
 En cumplimiento de lo cual levantan
 Corvos resones y los remos plantan.

Prosiguen pues por las acuosas vías,
 Mirando bien el uno y otro seno;
 No ven en los recodos ni bahías
 Tierra poblada ni recurso bueno;
 Gastaron en aquesto muchos días,
 Y al cabo se volvieron al veinteno,
 Todos sin esperanza de remedio,
 Y algunos que faltaban de por medio.

Que puesto caso que por despoblados
 Y que nunca jamás halló vecino,
 Erán aquestos los mejor librados
 A causa de ser claro su camino,
 Todavía se ven menoscabados
 En cantidad del número que vino,
 De hambre, llagas, calores terribles,
 Los cuales por allí son insufribles.

Aguaceros de invierno y de verano,
 De que su pobre ropa los escuda,
 Y siempre con los remos en la mano
 Los unos y los otros á remuda;
 Faltábales la sal, faltaba grano,
 Que para los trabajos es ayuda,
 Y de mosquitos tan terribles plagas,
 Que ya todos sus miembros eran llagas.

Como llegasen pues con descontentos
 Que yo por abreviar hago sumarios,
 Viendo que cielo, tierra y elementos
 Les eran enemigos y contrarios,
 Para perseverar en los intentos
 Los mas tenían pareceres varios,
 Y aun no estaban enteros como antes
 Los que del escuadron eran atlantes.

El San Martín y Céspedes son estos.
 Hombres que para todos buenos hechos
 Jamás dejaron de hallarse prestos
 Sin concebir temor sus fuertes pechos,
 Y agora con caminos tan molestos
 Y faltos de soldados y pertrechos,
 Viendo del campo todo las querellas
 De pura compasión se van tras ellas.

Y así, viendo la plaga miserable
 En que se ve la resta del armada,
 Por ser el San Martín varón afable
 Y su persona bien acreditada,
 Le ruegan con instancia que le hable
 Al Gonzalo Jimenez de Quesada,
 El cual movido deste justo ruego
 Las razones siguientes dijo luego:

«A quien fortuna no se muestra dura
 A su casa le lleva la ganancia,
 Mas á los que carecen de ventura,
 Poco les presta buena vigilancia;
 Y pues siempre la veis triste y obscura
 A nuestra pertinaz perseverancia,
 Tengo por bueno que salgamos fuera
 De lugar do remedio no se espera.

»Quizá cuando queramos no podremos
 Ni la debilidad abrirá puerta,
 Pues todo cuanto veis y todos vemos
 A mirar por nosotros nos despierta,
 Porque si prosiguimos, nos metemos
 Donde la perdición tenemos cierta;
 Y en tan grandes estrechos es cordura
 Que sigamos la via mas segura.

»Cuanto mas se prosigue la jornada
 Y mas llegamos á la sierra alta,
 Tanto mas la hallamos despoblada
 Y de consuelo y de refugio falta:
 Montaña tenebrosa y asombrada,
 Tanto que los humanos sobresalta,
 De sucios animales toda llena,
 Cuya memoria sola causa pena.

»No vemos de zavanas aparencias
Que con su caza den algun consuelo,
Sino bosques que crian pestilencias
Sin dar al aire cosa que dé vuelo;
Predominan malignas influencias,
Un continuo llover, un triste cielo,
Truenos, obscuridad, horror eterno,
Con otras semejanzas del infierno.

Del rio son ya grandes las corrientes
Para los bergantines que llevamos,
Y faltan, mi señor, si parais mientes,
Dos partes de la gente que sacamos;
Llagados, consumidos y dolientes,
Esos pocos soldados que quedamos;
E yendo por tan ásperos terrenos
Creed que cada día seran menos.

»Si no cabemos en los bergantines,
Otras ayudas hay que no son falsas,
Que me señalan para tales fines
No personas insulsas, sino salsas;
Y son que podrán ir hasta rocinos,
Haciendo de canoas buenas balsas:
Iremos agua abajo prestamente
Al morador de paz que nos sustente.

»Hay número de indios importante:
Para traellos al real servicio
Buscaremos asiento do se plante
Ciudad que tenga cielo mas propicio;
Erigireis iglesia do se cante
Y se celebre santo sacrificio;
Formaremos allí perpetuos ranchos,
Pues hay fertilidad y campos anchos.

»Gozaremos de suelos mas enjutos,
Pues los hay en aquella circunstancia;
Serviremos han aquellos hombres brutos
Que poseen larguísima distancia;
Pagarnos han demoras y tributos,
Pues de oro tienen todos abundancia;
Y lo deste compás triste y horrendo
Después podremos illo descubriendo.

»Es en Tamalameque y su distrito,
Rio Grande, lagunas y rincones,
El número de indios infinito,
Grandes y numerosas poblaciones,
Que puestas y apuntadas por escrito
Satisfarán á vuestras intenciones,
Y entenderéis lo mucho que se gana
En asentar allí gente cristiana.

»En esta relacion he dado muestra
De lo que siente nuestra compañía,
Así la chapetona como diestra,
Cerca de que dejeis esta porfia;
Mas yo puedo jurar que de la vuestra
Está pendiente la voluntad mía,
Y no me hallareis menos constante
Si quisierdes pasar mas adelante.

»Pero vuestra merced se determine
En la resolucion y en la respuesta,
Antes que tanto mal nos arrüine
Sin dejar en el campo cosa enhiesta;
Y Dios por su bondad nos encamine
En una confusion tan manifiesta,
Do fortuna se muestra tan malina,
Que todo buen juicio desatina.»

Oyó Quesada su razonamiento,
Pero como faltó correspondencia
A su mas levantado pensamiento,
Guiado por divina Providencia,
Tomólo con algun desabrimiento;
Y así sin les captar benevolencia,
Por desviar aquellas opiniones
Tuvo por bien decir estas razones:

»A todos es negocio creederlo,
Si viso de razon está presente,
Cómo nadie procura ni yo quiero
El mal y perdicion de tanta gente;
Antes todos buscamos paradero
Para nuestro descanso conviniente,
Y con estos intentos y destinos
Preponemos romper estos caminos.

»Y el acerbo dolor deste tormento,
Con fatigas de todas partes llenas,
Débese de creer que yo lo siento,
Pues padezco también las mismas penas.
Y el singular dolor y sentimiento
Aquese pago yo con las septenas,
Porque flecha mortal mi alma hiere
Cuando de cualquier mal alguno muere.

»Pero para curar el mal que veo
Dadme remedio que remedio sea,
Pues ese que me dais es devaneo
Que juicio flaquísimo tantee,
Pusilanidad y caso feo,
Contrario del valor que se desea,
Y en el efecto consta claramente
Ser el peligro muy mas inminente.

»Porque todos sabeis y es cosa vista,
Que para subjectar esa partida
Tiene de ser por agua la conquista,
Por ser su fortaleza y acogida;
Y nuestra gente para que resista
Está de tiros mal apercebida,
Y donde falta del caballo huella
En los indios se hace poca mella.

»Demás desto, la gente que nos queda
Por espaldas son indios atrevidos,
E ya la masa dellos tan aceda,
Que tarde los veremos corregidos;
Y aun el armada quiera Dios que pueda
Salir de sus provincias y partidos,
Pues las contractaciones de los nuestros
En la guerra los han hecho mas diestros.

»Decis que de canoas harán balsas
Para llevar mejor aviamiento:
Entenderá ser opiniones falsas
El que tuviere buen conocimiento,
Pues es al enemigo dalle salsas
Para mejor gustar de su contento,
Que cuando la flaqueza reconoce
Se alienta para dalle mayor coce.

»Pintais con alabanzas aquel puesto
Por ver el oro que su gente tiene,
Y á todos es negocio manifiesto
Cómo por via de contractos viene;
Así que, bien mirado todo esto,
Otro progreso cumple que se ordene,
Y es que quiero buscar, ó muera ó viva,
La tierra de donde ello se deriva.

»Porque si buen juicio lo tantee,
Contracto es y habemos de buscarlo;
Y allí quiero parar donde me vea
Quien no vió barba larga ni caballo;
Y es este para lo que se desea
El último remedio que yo hallo:
Cuanto mas, que señal tenéis alguna
Que no puede borralla la fortuna.

»Y porque no penseis que son novelas
Compuestas, ni livianas conyecturas,
Aquí hallamos juntas cinco telas
Con mil diversidades de pinturas,
Que para mis designos son espuelas,
Por entender que ya no voy á obscuras;
Porque nunca jamás atrás se topa
Entre los indios semejante ropa.

»Pues aunque discurrais desde los mares,
De do comienzan estos hombres rudos,
Pasando por provincias y lugares
Que suelen visitar vuestros escudos,
No vereis ejercicio de telares,
Por ser sin escepcion hombres desnudos,
Y es el uso comun dellos y dellas,
Eso me da casadas que doncellas.

»Y allí donde la tela fué tejida,
Gente debe de ser de mejor casta,
En el honestidad mas advertida,
No tan desvergonzada ni tan basta,
Porque no dudo ser gente vestida,
Nobles influjos y provincia fasta,
Adonde nos esperan ricas medras,
Aureas joyas y preciosas piedras.

»Este camino quiero y este sigo,
Este debe seguir quien bien me quiere,
Y sepa que terné por enemigo,
A quien aquestos pasos impidiere,
Dándole con rigor aquel castigo
Que por inobediente mereciere:
Que no podrá temor ni dolor luengo
Quitarme del propósito que tengo.

»Ni hallaré peligro que me espante
En la prosecucion desta pelea,
Puesto que se me pongan por delante
Sirtes, Scila, Caribdis y Malea:
Sola Laquesis puede ser bastante
A perturbarme para que no vea
De mí justo deseo cumplimiento,
Haciéndome perder vital aliento.

»Y admírome de ver que tantos buenos
Diestros en padecer calor ó frío
En estos tristes y espantables senos
Que hacen las montañas deste río,
En este sinsabor vengan á menos
De su animosidad, valor y brío,
Principalmente donde tienen cebo
Para recuperar ánimo nuevo.

»¿Agora que teneis la presa cierta
Dejais el uso della de las manos?
Agora que llegamos á la puerta
No quereis ver los dones soberanos?
Agora que la vemos mas abierta
Al entrar concebis temores vanos?
Valor, valor en la mayor presura,
Pues que nos llama próspera ventura.

»Volvamos á cobrar el esperanza,
Que hizo principiar esta jornada:
Afitemos el hierro de la lanza,
No crie duros mohos el espada;
Vistase cada cual de confianza;
Prosiguiendo la obra comenzada;
Pues faltando temores de por medio,
Brevemente vereis vuestro remedio.

»Por tanto, cuando fuere manifesta
La hambre clara del futuro día,
Vos, señor San Martín, hacedme presta
Gente sana de vuestra compañía,
Para continuar esta floresta
Por donde nos mostrare mejor vía;
Que no es posible, yendo mas adentro,
Dejar de salir indios al encuentro.

»Y pues que la nocturna pesadumbre
Nos cubre ya con velo tenebroso,
Con la vela que tienen de costumbre
Los que pudieren vayan al reposo,
Porque llegada la diurna lumbre
Demos fin al camino trabajoso;
Pues á pesar de la fortuna avara,
Haremos de salir á tierra clara.»

Oídas por personas mas granadas
Las palabras de su razonamiento,
Se fueron á sus toldos y ramadas,
Dudosos de se ver en tal contento;
Y porque yo, que sigo sus pisadas,
Del largo caminar también me sienta
Algo cansado, de presente ceso,
Que yo diré después su buen suceso.

CANTO CUARTO.

Desde se cuenta cómo fué el capitán Joan de San Martín por un río pequeño distinto del río Grande, que bajaba de la sierra, por la misma agua en canoas con pocos soldados, y lo que les aconteció antes de dar la vuelta á los cuatro brazos que llaman la Tora, donde el campo se esperaba.

Quien infortunios y dolor padece,
No por eso desmaye ni se luerza,
Porque no pocas veces acontece
Valer mas el esfuerzo que la fuerza,
Y la misma fortuna favorece
A quien en los peligros mas se esfuerza;
Y en los casos dudosos y arriscados
Son, los que osan, los mejor librados.

En esto se mostró varon perfeto
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Pues con ser el angustia y el aprieto
El mayor que jamás tuvo jornada,
Nunca lo vieron á temor subyeto,
Ni palabra habló desconfiada:
Antes cuando mas mal se padecia,
Mayor esfuerzo se le conocia.

Y así, visto que nublös desaparecen
Con pura claridad que los destierra,
Mandó que los soldados se aderecen
Para guiar sus pasos á la sierra,
Cuyas cumbres su vista les ofrecen,
Aunque para llegar prolija tierra,
La cual es de montaña tan lluviosa,
Que no se vido semejante cosa.

El Juan de San Martín, en esa hora,
Solamente tomó doce soldados
De todos los que estaban en la Tora,
Nadadores, bríosos y esforzados,
De los cuales los mas viven agora,
Aunque ya con vejez debilitados;
Y porque mas sin pena descubriesen,
Acordóse que por el agua fuesen:

Por no cumplir que por aquel desierto
Número tan pequeño se desmande,
Y por agua verian algun puerto
Que les diese camino que se ande:
Tenian pues un río descubierta,
Que desagua también en río Grande,
Y así fueron por él en tres lijeras
Canoas acechando sus riberas.

Yendo pues navegando por el río,
Aun no conclusa la postrer jornada,
Vieron en las barrancas un bubío,
Casa de indios ya desamparada
De los habitadores y atavío,
Pero de poco tiempo despolhada;
En la cual reposaron aquel día,
Pensando de tomar alguna guía.

Y como no se vió cosa viviente,
Salieron otro día de mañana,
Pugnando siempre contra la corriente,
El agua clara ya, mas menos llana,
Y luego dieron cuasi de repente
En una canoahuela que cercana
Venia con dos indios de lo alto,
Que repararon con el sobresalto.

Ocuparon los nuestros el estrecho,
Por ser el compás breve del riacho;
Los indios recelándose del hecho,
Nadando procuraron su despacho:
Hiede las aguas con su fuerte pecho
Por los tomar Bartolomé Camacho;
Pero por le llevar la delantera,
Ocuparon primero la ribera.

Métense por el monte mal digesto,
Huyendo de no vista compañía;
Bartolomé Camacho, visto esto,
Y que seguillos no le convenia,
A tomar la canoa volvió presto,
Para ver lo que en ella se traia,
Y sacó todavía del rancho
Algo que respondió con su deseo.

Porque llegada mas á la barranca
Y todas las bajijs desplegadas,
Hallaron grandes panes de sal blanca
Y tres ó cuatro mantas coloradas,
Indicio que promete tierra franca
Con aquellas riquezas deseadas;
Y así, vistas las muestras de consueño,
Luego las gracias dan al alto cielo.

No vuelven, aunque fué muestra bastante,
A dar al general estas razones,
Antes luego prosiguen adelante,
Por ver si descubrian poblaciones:
Proceden pues con ánimo constante,
Mirando los recodos y rincones,
Y en barrancas que hacen partes rasas
Pudieron descubrir dos solas casas.

Ninguna dellas morador tenia,
Segun la otra que hallaron antes,
Por ser aquella plaza que servia
A la contractacion de negociantes,
Ansi del que de sierra descendia
Como de los cercanos navegantes:
Entraron dentro, vieron cada seno,
Que de panes de sal estaba lleno.

Porque tenian dares y tomares
Con los del rio por do se venia;
Pues aunque muy remoto de los mares,
En este reino que se descubria
Los mas mediterráneos lugares
Tienen de sal insigne granjeria,
Tanto, que vemos hoy en sierra veta
Cuyos peñascos son de sal perfeta.

Descansan pues aquello que convino
Del tiempo que la humana vista cierra,
Y después de llegar el matutino,
Las canoas vararon en la tierra,
Con voluntad de ir aquel camino
Que traian los indios de la sierra,
A causa de que ya desde este puesto
Se hallaba camino manifiesto.

En el estancia quedan á guardalla
Los tres soldados dellos solamente,
Mas tales, que en cualquier dellos se halla
Cuanto puede tener hombre valiente:
Es uno Anton Rodriguez de Cazalla,
Cuya persona vemos hoy presente;
Juan Gordo fué segundo compañero,
Y vive también hoy Diego Romero.

San Martín procedió con el restante,
Deseoso de ver do haga presa;
Y como cuatro leguas adelante
Vieron mas de una legua de dehesa,
Aunque de poblacion ningun semblante,
Mas de ser sin montañas rasa niesa:
Atravesaron hasta salir della
Por el camino de la mayor huella.

Mas de otras treinta leguas procedieron
Guiados de caminos mas abiertos,
Hasta tanto que claramente vieron
Ranchuelos en los altos destos puertos,
Y aunque de la montaña no salieron,
Por algun indio fueron descubiertos;
Y en los humos, labranzas y apariencia
Conocieron ser grande su potencia.

Parecióles á todos ser cordura
No proseguir caminos ni senderos,
Antes con gran cuidado se procura
Hacer para la vuelta piés lijeros;
Y así se meten por el espesura
En busca de los otros compañeros,
Y con aquella muestra que se lleva
Bajar todos á dar la buena nueva.

Aprieta caminaron entre tanto
Que luz les dió la lámpara febea;
Pero llegado ya nocturno manto,
Que los bosques vistió de su librea,
Para tomar reposo del quebranto
La pequeña cuadrilla se ranchea;
Y aunque á sueño cansancios los convidan,
De guarda vigilante no se olvidan.

Antes, segun hizo cupo, hizo vela
El alentado joven y el anciano,
Compuesta y embrazada la rodela,
El espada desnuda y en la mano,
Sin calentar el suelo con la suela,
Por les cumplir allí hollar liviano;
El que duerme no menos está listo,
Sospechando que los habian visto.

Duros escudos en la tierra fria
Eran las almohadas de los cuellos:
Y al tiempo que la aurora descubria
Su dorada madeja de cabellos,
Vestida y bien armada compañia
De los vecinos indios dió sobrellos,
A su modo gentiles y lozanos,
Y todos con penachos muy galanos.

Usa la furia lo que se pretende
Con cantidad de flechas, que es inmensa;
El conflicto mortífero se enciende
Por salir cada cual con lo que piensa,
Ansi de parte del que los ofende,
Como de quien procura su defensa,
Porque de solo Dios y de sus manos
Pueden tener socorro los cristianos.

Y así de Dios y dellas socorridos,
Pudierades ver pechos traspasados,
Los brazos de los hombros despedidos,
Molledos y pescuezos cercenados;
Penachos por el suelo van tendidos,
Dardos de su señor desamparados,
El suelo colorado, yerba roja,
Y gritos de mortífera congoja.

Bien así como fuego cuando prende
La leña seca con hojosas ramas,
Que cuanto mas la soplan mas se enciende,
Y se levanta con mayores llamas:
Ansi nuestro español que se defiende,
Por no perder allí vitales tramas,
Cuanto mas duran indios en la obra,
Tanto mayor valor y esfuerzo cobra.

Y así, vista la fuerte resistencia
Y gentes de las siyas estremadas,
Y conociendo ya por experiencia
El cruento revés de las espadas,
Determinaron de hacer ausencia,
Metiéndose por bosques y quebradas,
Dejando dos cristianos con heridas,
Que no denotan riesgo de las vidas.

Y de los del consorcio fugitivo,
Que se desvian del furor funesto,
El San Martín un indio tomó vivo,
Que en menear los piés no fué tan presto:
Procuraron guardar este cautivo,
Y Piricon por nombre le fué puesto;
El cual por señas claras certifica
Cómo tenían cerca tierra rica.

Porque cualquiera dellos lo regala,
Y como falta lengua que le hable,
Eso que le señalan él señala,
De modo que lo hace ser palpable:
Oro se le mostró hecho chaguala,
Y señaló caudal innumerable,
Con tales ademanes y moneos
Que se satisfacian sus deseos.

Como les pareció negocio cierto,
Y descasen ya ser mensajeros
Para resucitar el campo muerto
Con aquestos anuncios verdaderos,
Brevemente se ponen en el puerto,
Que guardaban los otros compañeros,
Algo dudosos en la esperanza,
Pareciéndoles mal tanta tardanza.

Después de se juntar en la ribera,
Necesidad urgente los exhorta
A correr por el agua la carrera
Que deseaban todos ser mas corta,
Por dar al general que los espera
Esta nueva que tanto les importa:
Y no hacen parada ni demora
Hasta llegar al pueblo de la Torá.

Y vistos los buñios y ramadas,
Se pusieron al modo de salvajes,
Vistiéndose de mantas coloradas,
Cubiertas las cabezas con plumajes:
Con voces altas y regocijadas
Hacen ostentacion de nuevos trajes,
Diciendo: « ¡Tierra buena! tierra buena!
Tierra que pone fin á nuestra pena.

» ¡Tierra de oro, tierra hastedida,
Tierra para hacer perpétua casa,
Tierra con abundancia de comida,
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
Tierra donde se ve gente vestida,
Y á sus tiempos no sabe mal la brasa;
Tierra de bendicion, clara y serena,
Tierra que pone fin á nuestra pena!

»Tierra do se destierran las malicias
De todas estas vivas pestilencias,
Y sus valles y cumbres son propicias,
Nobles y generosas influencias;
Tierra de quien pedimos las albricias,
Porque no son fumosas apariencias,
Sino de quien direis á boca llena
Tierra que pone fin á nuestra pena!»

Saltaron pues en tierra, proveidos
De sal, que fué socorro de hambrientos;
Fueron con el aplauso recebidos
Que suelen descubrir contentamientos;
Están, á lo que dicen, los oídos
De todos los del campo muy atentos,
Y en tierra, de rodillas, juntas manos,
Gracias al cielo dan como cristianos.

Desean hacer luego movimientos
De tierra que les es mala noverca
Cualquiera ya con otro pensamiento,
Pues sobre no volver atrás alterca
Antes unos á otros dan aliento,
A que gocen del bien que tienen cerca:
Con esto se dividen por ser hora,
Hasta ver nuevos rayos del aurora.

Luego que vieron resplandor propicio,
Asentaron altar en ligneas basas,
Do celebró divino sacrificio
El padre fray Domingo de las Casas:
Vuelven los macheteros á su oficio,
Haciendo de espesuras partes rasas,
Dejando ya la prepotente vena
Del rio grande de la Magdalena.

Mas siguen las orillas del brazuelo
Por donde el capitán San Martín vino,
Cuyos confines son y cuyo suelo
De malo y asperísimo camino,
Y donde pocas veces se ve cielo,
Resplandor de planeta ni de sino,
Sino cuasi perpetua tiniebla,
Molestas lluvias y continua niebla.

Los bergantines por la misma via
Contra corriente van á puros brazos,
Pues aunque recogido todavia
Podian navegar buenos pedazos;
Pero cuanto por él mas se subia
Se topaban mayores embarazos
De piedras y de palos y corrientes,
Que todos eran riesgos eminentes.

Y una noche llegó tal avenida,
Estando rancheados los de tierra,
Con tan impetüosa descendida
Corriente de los altos de la sierra,
Que no dejó recurso ni huida,
Pues de una y otra parte los encierra,
Y estuvieron aquestras compañías
Subidas en los árboles dos días.

Bajan los miserables al asiento,
Desde se desagnó lo mas cercano,
Con el mas riguroso detrimento
Que pudo comportar valor humano,
Pues no tenían para su sustento
Cosa de que pudiesen echar mano,
Y en todos ellos la mejor comida
Era desconfianza de la vida.

Mas el buen general, que se desvela
En curar el dolor de penas largas,
El mismo procuró sacar candela,
Preparadas de leña ciertas cargas:
Ponen la paila, ponen la cazuela
Para cocer en ellas las adargas,
Y todo cuanto tiene ser de cuero
Echaron á cocer en el caldero.

También dan á comer á los caballos
Hoja de caña que sirvió de heno;
Ocupanse los amos en limpiarlos,
Porque tenían cantidad de cieno:
Que Dios por su bondad quiso librallos
Quando el rio vació su curso lleno,
Pues de la que vertió por las orillas
Llegó hasta cubrir las espaldas.

Después de la comida mal digesta,
Rompiendo van por la montaña brava,
De la gente la mas tan indisputa
Que uno y otro y otro se quedaba;
En efecto, llegaron con la resta
A los buhios do la sal estaba,
Haciendo veinte dias de demora
En allegar allí desde la Tora.

Llegó con sus navios al paraje
Ansinismo la gente que navega,
Pero ya por el agua su viaje
Por ser el fondo poco se le niega;
Al fin en este puesto y estalaje
La una y otra gente se congrega,
Para que consultando se provea
Orden que para todos bueno sea.

En esto se tomó demora harta
Por haber pareceres diferentes,
Y acuerdan que la gente se reparta
Y vayan en los barcos los dolientes
Para se reparar en Santa Marta,
Y los sanos descubran nuevas gentes,
Y que dentro de un año quien viviere
Allí con bien ó mal al otro espere.

Esta manera queda concertada
La vuelta de uno y otro, que subyeto
Juró de estar á la palabra dada,
Si muerte no borrarse su conceto;
Pero después Gallegos y el Quesada
Faltaron en cumplilla con efecto:
Que la necesidad y menesteres
Hacen mudar al hombre pareceres.

Después de repetir que no se olviden
En ser al cumplimiento diligentes,
Con otros cumplimientos se comiden,
Segun suelen amigos y parientes;
Y los unos y otros se despiden,
Los ojos y mejillas hechas fuentes,
Siendo comunes lloros y sollozos
No menos en los viejos que en los mozos.

Doscientos de los que salud mejora
Se quedaron en aquellos confines,
Y fuéronse camino de la Tora
Ciento y cincuenta con los bergantines:
Y así los dejaremos por agora,
Que yo diré después sus tristes fines,
Porque quiero poner primeramente
En tierra de salud estotra gente.

La cual con los caballos determina
De caminar, siendo San Martín guia,
Y así luego sus pasos encamina
Acia la salebrosa serranía,
Y el indio Pericon que los atina,
Puesto que no tan bien cuanto podia,
Pues los lleva por pasos tan terribles,
Que para bestias son inaccesibles.

Mas ello todo es camino malo,
Con todo los mas altos reventones;
Va delante del campo don Gonzalo
Con algunos caballos y peones,
Deseando de ver algun regalo
Que levante caidos corazones,
Y llegó con valor mas que de hombre
A la sierra que Atun tiene por nombre.

Espesa breña, cenagoso suelo,
Y creo que el peor del Nuevo-Mundo,
Do nunca se ve luz que dé consuelo,
Y es el rigor de lluvias sin segundo:
Párecese subir al alto cielo,
Y al bajar, que descenden al profundo;
Al pié della dejaron los caballos,
Por no ver por adó puedan llevellos.

Dejó para guardallos al hermano,
Llamado Fernán Perez de Quesada,
Con gente que tenía flaca mano
Y se sentia ya debilitada;
Y él con el otro número mas sano
Subió para buscar tierra poblada:
Hallan por donde van buhios hechos,
O dormidas, que van puestas á techos.

Camina la hambrienta compañía
Cebada solamente de esperanzas,
De tal manera ya, que no podía
Hacerse confianza de sus lanzas;
Pero proveyó Dios al sexto día
Con ciertas sementeras y labranzas,
Adonde el animoso licenciado
Reparó por sentirse fatigado.

Y así, para venir donde él estaba,
Mandó llamar los otros peregrinos,
Porque la tierra ya manifestaba
Mejor disposición y mas vecinós,
Segun por todos ellos se juzgaba
Viendo las anchas sendas y caminos;
Envió pues tres hombres á que venga
El campo sin que punto se detenga.

Visto por Fernán Perez de Quesada
El aviso que dan los mensajeros,
Prosigue por la sierra su jornada
Con trabajos que no son creederos;
Y en la montaña triste y asombrada
Se quedaron no pocos compañeros,
De los cuales fué Tordehumos uno,
De valedor y de salud ayuno.

Y fué por no tener las urnas flojas
Deucalion con recios torbellinos,
Antes por donde van las gentes cojas
Siempre manaban agua los caminos,
Y recilianse sumas congojas
Al subir ó bajar de los rocinos,
Pues del camino malo resbalando,
Mil estados habian de ir rodando.

Demás deste mortal desasosiego
De pluvias, con que no se ven las manos,
Tampoco se podía sacar fuego
Para poder tostar algunos granos;
Y en subiendo la sierra, sienten luego
Asperezas de frios inhumanos,
Por salir de los términos calientes
Y luego dar en otros diferentes.

E ir á todas horas hechos sapo
De lo que el húmido vapor condensa,
Tan pobres y tan miseros de ropa,
Que no resisten pluvial ofensa,
Porque camisetas son de estopa
Vil, débil y flaquísima defensa,
Y demás de la falta de atavíos,
Siempre con los estómagos vacíos.

Con estas sobredichas destemplanzas
De tiempos y de temple resfriado,
Se hicieron mayores las tardanzas
De lo que requería su cuidado;
Y así cuando ya vieron las labranzas
El número llegó menoscabado,
Porque de los doscientos desta gente
Los que faltaron fueron mas de veinte.

Y de vivos el número mas poco
Podía ejercitar militar arte,
Cuyos trabajos solamente toco
Por no poder decir la menor parte;
Y de comer un sapo quedó loco
Uno que se decía Juan Duarte,
El cual permaneció con su locura,
Sin que jamás pudiese tener cura.

Como llegase pues la compañía
Tan estragada, triste y alligida,
Adonde el general los atendía,
Labranza de maíces proveida,
Mandóles descansar por algun día,
En tanto que duraba la comida,
Porque con mas vigor y mas aliento
Pasasen á buscar mejor asiento.

Y al tiempo que buscaban un camino
Para salir, que fuese menos agro,
El Francisco de Tordehumos vino,
Que se tuvo por cosa de milagro;
Pero no lo vendieron por tocino
Segun de los trabajos salió magro,
Y aunque seco de zancas y de cuello
El campo todo se holgó de vello.

Admirada quedó toda la junta,
Que lo vieron quedar en un ranchuelo,
No menos que persona ya difunta,
Sin habla, sin resuello, sin consuelo;
Mas él responde si se le pregunta,
Cómo tuvo favor del alto cielo,
A quien con gran hervor y vehemencia
Sin cesar invocaba su clemencia.

Y habiéndose traspuesto cierto día,
Cercado de mortíferas peelas,
Una bella señora le decía:
«No morirás agora, ni lo creas;
Levántate, que yo seré tu guía
Para que puedas ir donde deseas.»
Y como recordó con buen subyecto,
Lo que se le mandó puso en efecto.

Y así, por este tiempo que lo escribo,
Que son ochenta y cuatro de la era,
El dicho Tordehumos está vivo,
Teniendo su vision por verdadera;
Y consta que de mal tan excesivo
No pudiera venir desta manera,
Si favor y socorro soberano
No tuviera por bien dalle la mano.

De su salud, por ser hombre bien quisto,
El campo recibió mucho contento,
Y algunos coligieron de lo visto
Haber de ser aquel descubrimiento
Provincia do la fe de Jesucristo
Tuviese generoso crecimiento:
Daban confirmacion á sus motivos
Lo que decian ya muchos captivos.

Porque el alférez Antonio de Olalla,
Primero que llegase Fernan Perez,
Había ya tenido gran batalla
En el valle que llaman del Alférez,
Porque la gente dél que allí se halla
Defendian los hijos y mujeres;
Pero venciólos con valor de hombre,
Y el valle se quedó con aquel nombre.

De manera, que por allí salía
A descubrir la gente mas granada,
Y aunque es toda montaña muy sombría,
Al fin era la tierra mas poblada;
E ya con guías nuestra compañía
Procede para ver la deseada,
Ofreciéndose mil inconvenientes,
Malos pasos y cumbres eminentes.

Pues antes de salir de la floresta
Para su sanidad triste y avara,
La gran sierra de Opon también les resta,
Antes que puedan ver la tierra clara;
En cuya larga y encumbrada cuesta
El sano cansa y el enfermo para,
Y el caballo, con no ponelle silla,
Poder salir de allí fué maravilla.

Pero con este sinsabor allega
El campo todo donde se recita
Haber tenido Olalla la refriega,
Cuando con poca gente lo visita;
Y agora copia de indios se congrega
Que por los altos da terrible grita,
Y así por los postreros que vinieron
También val de la Grita le pusieron.

Y demás de los gritos y clamores
Que dan á la no vista compañía,
Tocan tantas conetas y atambores
Que pareció que el mundo se hundía;
Mas los fortísimos conquistadores
Bajaron á las casas que tenía,
Llenas de regocijo las entrañas
Por ser aquel el fin de las montañas.

Y el docto licenciado dijo luego:
«Gracias os doy, Señor de los imperios,
Pues pasamos por aguas y por fuego
Para venir á tales refrigerios,
Donde vulgo bestial, crüel y ciego,
Oiga vuestros santísimos misterios,
Y donde desterrada la malicia
De vuestra santa fe tenga noticia.

Lo mismo, conmovidos deste celo,
Hacian las católicas cuadrillas,
Las manos y los ojos en el cielo,
Hincadas en el suelo las rodillas;
Alégranse de ver alegre suelo,
Contemplan otras muchas maravillas,
Alaban los verdoros y elegancia,
Y al sabio general de su constancia.

Concepto tienen ya de verse hartos,
Fuera de la rabiosa pestilencia
De sapos, de culebras, de lagartos,
Vuelta necesidad en opulencia:
Velan la fría noche por sus cuartos
Con toda la posible diligencia,
Y las penas del frío no son tantas
Por arroparse ya con nuevas mantas.

Por los contrarios que hay á la redonda,
Que ladran y dan grita como canes,
Y tienen flecha, lanza, dardo, honda,
Haciendo mil meneos y ademanos,
El mismo general hacia ronda
Con otros principales capitanes,
Y todos en comun están alerta,
Hasta que ya la luz fué descubierta.

En descubriendo pues rubia cabeza
Aquel hijo del rey altitonante,
Para ver bien la tierra que se empieza
A mostrar con clarifico semblante,
La gente castellana se adereza
Con gana de pasar mas adelante;
Y el Insa, capitán de macheteros,
Anticipóse con sus compañeros.

Y cuanto mas encumbra las laderas,
Mas á placer se ven las rasas cumbres,
Llenas de cultivadas sementeras
Que quitan atrasadas pesadumbres,
Fertilísimos valles y riberas
Con los humanos usos y costumbres:
Vense los pueblos, hierven los caminos,
Los tractos y contractos de vecinos.

Entrellos hay diversos pareceres:
Unos quieren huir, otros esperan,
Unos ponen en cobro las mujeres,
Otros lugar no hallan aunque quieran,
Otros quieren usar de sus poderes
Con intento de que los nuestros mueran;
Mas la perplejidad era terrible,
Viendo lo que jamás tes fué visible.

Sobre los altos hay juntas de gentes
Dispuestas para guerras y conflictos,
Repartidos por partes diferentes,
Que en número parecen infinitos;
Convócanse los deudos y parientes;
Aquí sonaban voces, allí gritos;
Todos son alborotos, confusiones,
Sin dar resolución á sus razones.

Mas Sacre, principal que predomina
La provincia de acia la montaña,
Con oprobios y afrentas los indina,
Llamándoles cobardes y sin maña;
Y así con sus vasallos determina
Ver aquello que pueden los de España,
Y con bravo furor rompió por ellos
Hasta llegar á barbas y á cabellos.

Visto por Insa tan pesado juego,
Anima con valor á su cuadrilla,
Y lo mejor que pudo saltó luego
En caballo que no tenía silla;
No toma Juan Rodriguez Gil sosiego,
Ni la restante gente de Castilla,
Apresurando carnícera precha
Con las espadas en la gente nueva.

Esfuéznanse los flacos castellanos,
Que temores de muerte los alientan;
Andan listos los piés, prestas las manos,
Con que las yerbas verdes ensangrientan;
Apártanse los indios mas cercanos,
Que su cruel furor experimentan,
Admirados de vellos, mas no tanto
Que el caballo no cause mas espanto.

Otro miedo mayor sus pechos doma,
Y es, que vieron venir á la pelea
Otros treinta caballos por la loma,
Que furia de españoles espolea;
El campo junto mas atrás se asoma,
Que les hizo hacer huida fea,
Porque creyeron ser en aquel punto
El hombre y el rocín un cuerpo junto.

Juntóse pues la gente dividida,
Y el don Gonzalo manda que se cuente,
Para que como sabia y advertida
Caminase por orden conviniente:
Numeran que escaparon con la vida
Ciento y sesenta y seis tan solamente,
Y sesenta caballos mas ó menos,
De los cuales los mas salieron buenos.

Pues con ser el rigor tan importuno,
Tanto riesgo, tanto derrumbadero,
Dellos se despeñó tan solo uno,
Que fué del caporal Martin Ropero;
Con cuya carne y tripas el ayuno
Hizo solemnes fiestas al garguero:
Hasta las uñas fueron substanciales
Y no menos las partes genitales.

Habia de pintar aquesta historia
Una pluma de prósperos caudales;
Porque valor y fuerza tan notoria,
Tanto perseverar en tantos males,
Escede los mas dignos de memoria
Y vuela sobre fuerzas naturales,
Pues que solo Baltasar de Maldonado
Merecía particular tractado.

Y todos los demás eran valientes,
Modestos, comedidos, amigables,
Al general subyectos y obedientes,
No sediciosos, varios ni mudables:
En las adversidades muy pacientes,
En los trabajos son infatigables;
Tuviera bien en qué meter la mano,
En lo que trabajó Juan Valenciano.

¡Qué trabajó Juan Lopez! qué Macías!
Pero Rodriguez Carrion Mantilla!
Qué Pedro Corredor! qué Juan de Frias!
Qué Diego Montañés! Juan de Pinilla!
Paredes Calderon! Francisco Diaz!
Un Martin de las Islas! un Chinchilla!
Paniagua! Pero Ruiz Herrezuelo!
Y aquel que vive hoy Pedro Sotelo!

¡Qué trabajaron otros que no espreso,
No porque los olvido ni repruebo,
Sino por remitillos al proceso
Que tengo de hacer del Reino-Nuevo!
Pues agora me cumple que digreso
Haga por acudir á lo que debo,
Volviendo para atrás á ver los fines
Y paradero de los bergantines.

Dejaremos pues este caminante
Que va continuando su conquista
Por tierra rica, llena y abundante,
Que da contentamientos á la vista:
Que yo volveré presto, Dios mediante,
A ser de sus hazañas coronista;
Pues para que por partes se reparta,
Esto se quedará para la cuarta.

Porque con estas dichas intenciones,
Mi celebrado funeral se funda
Correr primeramente los ancones
Que suele combatir la mar profunda;
Y en aquellas bahías y rincones
Tiene de fenecer parte segunda:
En estos pareceres me resuelvo,
Y al licenciado Juan Gallegos vuelvo.

CANTO QUINTO.

Donde se cuenta la cruel y sangrienta batalla que tuvo el licenciado Gallegos, y lo demás sucedido hasta la muerte de don Pero Fernandez de Lugo.

Quien hace confianza del amigo
Con violentas armas granjeado,
El se busca la pena y el castigo,
Pues fia de enemigo solapado;
Y si de la traicion tiene testigo,
Y todavia vive confiado,
No se queje después ni espanto tenga
De cualquiera trabajo que le venga.

El dicho licenciado Juan Gallegos,
Y muchos de los de su compañía,
No fueron en aquesto menos ciegos,
Al tiempo que la gente se volvía,
Vencidos de promesas y de ruegos
Que un Alonso indio les hacía;
El cual atrás significó ser jeque
De la provincia de Tamalameque.

Este, cuando venian descubriendo
Se vino con el dicho licenciado,
Mas su venida fué, segun entiendo,
No tan de voluntad quanto forzado;
Y agora que volvian inquiriendo
Reliquias del sustento deseado,
Los que dellos están menos dolientes
Buscábanlo por partes diferentes.

También Gallegos va con el deseo
Que suele fatigar humano pecho,
Haciendo por el rio mas rodeo
Que pudiera hacer yendo derecho,
Buscando pueblos donde del rancho
Se pudiera sacar algun provecho,
Por no volverse de tan largas vias
Las manos en los senos y vacias.

Y como por confines de la Tora,
En tanto que lo dicho se buscaba,
Hiciesen mas tardanzas y demora
De la quel indio malo deseaba,
Mostró dolor con intencion traidora
De la necesidad que se pasaba;
Y con señales del que pena siente,
Para movellos dijo lo siguiente.

«Señores, ¿para qué nos detenemos
En tierra que tenemos recorrida?
Pues quanto mas despacio nos movemos,
Mayor riesgo corremos de la vida:
Cumple que sin tardanza nos bajemos,
Y vamos donde sobre la comida;
Porque mal hallaremos provisiones
En montes donde faltan poblaciones.»

Oida la razon del indio viejo,
Cuyos intentos eran inhumanos,
Viendo para matallos aparejo
Por ser mas los enfermos que los sanos,
Tomaron sin recelo su consejo,
Confíando sus vidas de sus manos;
Y así luego partieron, y él los trajo
Obra de treinta leguas mas abajo.

Hizo salir de paz indianas gentes,
Y agasajáronlos en estos puertos,
Donde de los hipatos y dolientes
Echan al agua cada día muertos;
Y entonces con los indios que presentes
Estaban, se comienzan los conciertos
Por el Alonso señalando día,
Para la gran maldad que pretendía.

De allí también el mal intencionado
Les hizo que hiciesen movimiento,
Diciendo que les dará recado
No puedan rescatar á su contento;
Y era por los llevar á mas poblado,
Para perficionar su mal intento;
Y como parecia buen aviso,
Bajaron con los barcos donde quiso.

Y puestos en aquella pertenencia,
Ya de los españoles bien sabida,
El Alonso les demandó licencia
Para ir á su casa por comida;
La cual, sin presumirse malquerencia,
Le fué por Juan Gallegos concedida,
Porque también el perro, mas que moro,
Prometió de traer copia de oro.

Al momento salió con sus galeras,
Y luego comenzó desde lo alto
A llamar y juntar gentes guerreras,
Para dar el combate y el asalto
A los barcos de gentes extranjeras
Y al capitán que va de gentes falso:
Acudieron caciques de la tierra
Con mas de veinte mil hombres de guerra.

Tan gran número quanto se publica
Se convocó para una y otra banda,
Y en diferentes partes les predica
Ser bien justificada su demanda;
Porque contra quien van es gente inica,
De todas las del mundo menos blanda,
Y que si matan hombres tan perjuros,
Para siempre jamás serán seguros.

Y así les dijo: «Yo, señores, vengo
A hablaros movido de buen celo,
Y con la fuerza del amor que tengo
A vosotros y á todo vuestro suelo,
Y por libraros del trabajo luego
Que nos amaga con eterno duelo,
Cual es la miserable pesadumbre
Que tiene la perpetua servidumbre.

»Bien sabeis cómo yo larga distancia
Con esta gente fui acia la sierra;
Y como les faltase la substancia,
Haciéndoles la hambre dura guerra,
Algunos ó los mas con gran instancia
Trataban de poblar en nuestra tierra;
Y cierto tentarán esta fortuna
Si nuestra fuerza no se lo repuna.

»Y si desto queremos evadirnos,
A pernicioso mal nos subyectamos;
Pues bien veis que no vienen á servirnos,
Sino porque nosotros les sirvamos,
Y así dicen que han de repartirnos,
Y á todos los caciques dalles amo,
A quien acudiremos con tributos:
Oro, joyas, preseas y otros frutos.

»Por tanto, quien maduro seso tiene,
Y ve casa vecina que se arde,
Mire con tiempo lo que le conviene,
Porque para la suya no se tarde,
Pues pocas veces hay freno que enfrene
Al hombre que no sabe ser cobarde,
Mayormente si su buena ventura
Le da tiempo, sazón y coyuntura.

»Esta se nos ofrece de presente
Contra los violentos y profanos,
Y paréceme gran inconveniente
Tal ocasion saltalla de las manos:
Así que cumple dar en esta gente,
De los cuales los menos vienen sanos,
Porque quitados estos de por medio,
Para los otros yo daré remedio.

»Cuanto mas que los otros mas espertos
Por la montaña van sin detenerse,
Y no les quedan barcos en los puertos,
Ya que determinasen de volverse;
Y aun creo ciertamente que son muertos
Por no hallar adónde proveerse:
Pues los de Santa Marta y Cartagena
Escarmentarán en cabeza ajena.

»Al vencimiento destos yo me obligo,
Y sé que no será mal adevino,
Porque tenemos para lo que digo
Andada grande parte del camino,
A causa de tenerme por amigo
Y ser para con ellos fidedino;
Y así por encubrir mi mal intento
Voy á llevarles hoy mantenimiento.

»Mas para que sepais el orden mio,
Entre tanto que yo voy al Gallegos
Ocupen mil canoas este rio
Y por todas sus playas grandes fuegos,
Porque si falta sol al desafío
Con lumbré prosigais héticos juegos:
Veremos dó hacemos púnteria
Y también al que tiene cobardía.»

Después que ya tenía concertado
El conflicto con grandes y pequeños,
Se vido luego con el licenciado,
Bien equipados tres ó cuatro leños,
Y llenos de maíz y de pescado,
Con que regocijó nuestros isleños;
Llevó mas un mil pesos de oro bueno
Que recogió Gallegos en su seno.

Abrazáronlo sanos y dolientes
Dándole gracias por aquel buen hecho,
Estando todos ellos inocentes
De su malignidad y falso pecho;
Dió pues por parecer á vuestras gentes
Que bajen con los barcos otro trecho
Á Sompallón, adonde proveidos
Serán de todas cosas y servidos.

Allí la gente mal apercebida
Estaba los enfermos reformando,
Y el Alonso con oro y con comida
No deja de venir de cuando en cuando,
Persuadiéndolos á la partida
Do los indios estaban esperando,
Y el indio Sopatín por consiguiente
Vino también á ver cristiana gente.

Cuya benevolencia no fué corta,
Y el socorro que trajo no fué flaco,
Pues viendo quel Alonso los exhorta
A las disposiciones de su saco,
Les dijo: «Lo que menos os importa
Es confiaros de tan gran bellaco,
Pues yo sé sin dudar que busca modos
Para que los cristianos muerau todos.»

»Ha convocado ya parcialidades;
Solo yo nunca quise lo qué quiso,
Que cierto para vuestras amistades
Me precio de tener un pecho liso:
Estas que digo no son falsedades,
Sino fiel, leal y buen aviso;
Por tanto deteneldo con cadena,
Y antes que dé comida dadle ceña.

»Y no son solos estos los engaños
Que suele maquinar este vergante,
Porque también usó pasados años
Con San Martín de treta semejante;
E hizole creer que de los daños
El indio Sopatín era culpante,
Como quiera que yo podré jurarte
Que no supe jamás arte ni parte.»

El Juan Gallegos al Alonso llama,
Diciéndole: «Pues somos tan hermanos,
¿Cómo tienes urdida cierta trama
Donde perezcan todos los cristianos?
Certidumbre nos da tu mala fama,
Y Sopatín con otros comareanos,
Tus vecinos, tus deudos, tus amigos,
Esta traición tenemos por testigos.»

»Mucho me maravillo que no sientas
No ser tan descuidados ni dormidos,
Que te dejen salir con lo que intentas
Españoles sagaces y advertidos,
Demás de que en las guerras mas sangrientas
No pueden todos ellos ser vencidos,
Pues aunque muchos en peleas mueren,
Los vivos hacen todo lo que quieren.

»Y si desta maldad que se adereza
Eres tú, como dicen, el primero,
De llover tiene sobre tu cabeza,
Y al fin has de venir á pagadero,
Hasta te desmembrar pieza por pieza,
Como vaca que pesa carnitero;
Por tanto, si de muerte te recelas,
Déjate de traiciones y cautelas.»

A todo cuanto se le proponia
El indio se mostró con tal templanza,
Que por su rostro no se conocia
Alteracion, vergüenza ni mudanza;
Antes, de la manera que solia,
Dijo: «Por cierto poca confianza
Teneis, juzgando seros adversario
Quien por las obras muestra lo contrario»

»Porque si por ventura yo pensara
Cosa tan sin razon y tan borrea,
Pudieráto hacer sin que gastara
Con vosotros mis bienes y hacienda;
Pero quien os ampara y os repara,
Para perpetuas paces mete prenda,
Y es cosa justa, y es razon derecha
Que no se tenga dél esa sospecha.

»Habeisme dicho, para prueba desto,
Sopatín y los suyos ser testigos,
Y a todos es negocio manifiesto
Que somos capitales enemigos;
Y por envidia de me ver bien puesto
Con los que sabe que me son amigos,
Las tramas y maldades quént intenta
Procura que se pongan á mi cuenta.

»Consúmese de ver que Alonso priva,
Como quien á traiciones tiene ojo,
Y es por demás su voluntad nociva
Y el procurar roer este tramojo;
Mas él bien sabe que como yo viva
No podrá daros el menor enojo:
Deshágase con invido veneno,
Quént quedará por malo, yo por bueno.

»De cosa no se muestra mas pesante
Que de saber que hago beneficios
Y regalos á gente semejante,
Y aquellos no me son menos propicios:
Mándole yo pues de hoy en adelante
Han de ser mas colmados mis servicios;
Por tanto si quisierdes ir conmigo
Hallareis ser verdad esto que digo.

»Y así me voy debajo los intentos
Ya dichos, no fingidos ni aparentes,
Sino de muy mas llenos cumplimientos
Que salen las palabras de mis dientes;
Descansareis en nuestros aposentos,
Ternán todo regalo los dolientes,
Haré que cada indio contribuya
Con oro, joyas y hacienda suya.»

De todo sinsabor él salió horro,
Pudiendo detenello con prisiones,
Atenido Gallegos al socorro
Que buscan codiciosas intenciones;
Mas un capitán dicho Juan Chamorro
Fué siempre de contrarias opiniones,
Diciendo: «Témome que de mañana
Nos ha de sacudir con la mediana.»

»Porque este principal es un gran perro
Y días ha que yo por tal lo marco,
Desde la entrada larga y el destierro,
Quando lo bautizó fray Pedro Zarco;
Y á mi juicio fuera menos yerro
Tenello con prisiones en un barco,
Quitándole su mando y señorío,
Hasta que ya saljéramos del rio.

»Hartas veces ha dado pesadumbre
A soldados de nuestra compañía,
Y no dudo, segun es su costumbre,
Urdir alguna gran bellaquería,
Pues venos de canoas muchedumbre
Que descenden abajo cada día;
Y pasarse de largo sin mas cuenta,
Novedad y misterio representa.

»Si pensais de gitaros por su mano,
Fortalezcamos brazos y molledos;
Pero yo juzgaria por mas sano
Que por agora nos estemos quedos:
No tengais este por temor liviano,
Pues estos son de los discretos miedos,
Quando negocios duros y perplejos
Demandan prevencion y piden leños.»

El Juan Gallegos respondió - «Por cierto
No me parece mal aquea traza ;
Pero si tienen hecho su concierto ,
Acá ó allá nos tienen de dar caza ,
Y tarde que temprano deste puerto
Al fin habemos de salir á plaza ,
Y así será mejor , según entiendo ,
Que nos partamos en amaneciendo .»

Con aquesto cubrió nocturno velo
Las cosas que solian ser patentes ,
Y las menores lumbres en el cielo
Manifestaban sus doradas frentes ;
Y así mandaron con aquel recelo
Se metan en los barcos los dolientes ,
Velando , como suelen , el estancia
Con toda la posible vigilancia .

Llegada ya la luz de la mañana ,
Que fué nublosa , triste , desabrida ,
Compúsose la gente castellana
Para poner en orden la partida ,
Mas todos ellos tan de mala gana ,
Como si fueran á perder la vida ;
Y no fueron inciertos sus concetos ,
Según manifestaron los efectos .

Luego de Sompallón hacen desvío ,
Y bajan al amor de la corriente ;
Y en medio la canal del ancho río
Un agua se descubre de repente
Por las cuadernas del mejor navío ,
Donde iba Juan Gallegos el teniente :
Quisieronla tomar , mas no parece
Manifiesto lugar , y siempre crece .

Para lo sustentar , como no haya
Las cosas necesarias á la mano ,
Antes que mas en crecimiento vaya ,
A todos pareció consejo sano
Llegar á zambordar en una playa
Del pueblo que tenían mas cercano ;
Y así desque tomaron la ribera ,
Los enfermos y ropa sacan fuera .

Compónense los bancos ó parales ;
Asen manos de dura guindalesa ;
Con fuerza de soldados y oficiales
Se vara , se ladea y atraviesa ,
Y con los necesarios materiales
Calafate se da posible prisa :
Saltan en tierra sanos y flagados ,
Esepto Juan Chamorro y sus soldados .

Pues como nunca mas Alonso vino ,
Ni vieron indios por aquel partido ,
Temíase del mal que les avino
Y quisose hallar apercebido :
Su bergantín cubrió toldo de lino ,
Por todas partes dél bien estendido ,
Que suele ser defensa que aprovecha
Contra la pestilencia de la flecha .

En esta prevención no paran mientes
Los otros que dejaron sus navios ,
Antes soldados sanos y dolientes
Se ranchearon dentro de buhios ,
Otros ponen también camas pendientes
Debajo de los árboles sombríos :
Con esta remisión no bien compuesta
Pasaron el bochorno de la siesta .

Y cuando Titan iba declinando
Al mar para lavar su clara frente ,
El pueblo donde están viene cercando
Innumerable número de gente ,
Y la venta dellos tan callando
Que hasta dar el golpe no se siente ,
Pues con ser multitud tan importuna ,
Ver , oír y sentir fueron á una .

Bien como cuando veis día sereno ,
Y se espesa nublado repentino
De las exhalaciones de aquel seno
Que rompe fulminoso torbellino ,
Y entonces suena tan terrible trueno ,
Que causa no pequeño desatino ,
Tanto , quel bruto huye del ruido
Y el hombre queda casi sin sentido :

Dicen acontecelles otro tanto
Entonces cuando fueron saltados ,
Pues de los sobresaltos y el espanto
Quedaron poco menos que pasmados :
Llueve sobrellos flecha , dardo , canto ,
Golpes de palo duros y pesados ;
Y de los miserables castellanos
Treinta vinieron vivos á sus manos .

Estos á su sabor los maniatan ,
Que prevenidos vienen de cordeles ;
Con no vistos escarnios los maltratan ,
Desollando las barbas con las pieles ;
Al fin los despedazan y los matan
Con tormentos que pasan de crúeles :
Rompe los aires el clamor terrible ,
Causa la confusión temor horrible .

Estaba Juan Gallegos , licenciado ,
Con diez ó doce de su compañía ,
Junto del bergantín que está varado ,
Que por guardallo dél no se partía ;
Y amparase detras de su costado
De la nube de flechas que venía ;
Pero carga sobrel tan duro marte ,
Que para se valer es poca parte .

Vista por Juan Chamorro tanta junta
De gente que sobre Gallegos carga ,
Con dos versos de bronce les apunta ,
A causa de no ser distancia larga :
Piernas , muslos y brazos descoyunta ,
Y parte de la playa desembarga ;
Mas es tal de los indios el aumento ,
Que por uno que muere cargan ciento .

No faltan también tiros de ballesta ,
Que ninguno salió desvanecido ;
Mas para retraellos nada presta ,
Antes entre los indios no se vido
Osadia jamás tan descompuesta ,
Demencia ni furor tan atrevido ,
Pues sin recelar golpes inhumanos
Tientan quitar las armas de las manos .

Al capitán Diego Rincon obliga
A mostrar su valor y fuerte brío ,
Por ser florido grano desta espiga
Y no poder llegar a su navío ;
El cual con molestísima fatiga
Procuraba salir de su buvío ,
Que rodeado tienen escuadrones
Con flechas , dardos y otras municiones .

Aderezóse lo mejor que pudo ,
Y á todos cuantos hay con él anima
Para salir al escuadron desnudo
De los que por allí tienen encima ;
Y así bien amparado del escudo ,
Hizo principio de crúel esgrima ,
Ya se va reparando , ya hiriendo ,
Con seis ó siete que lo van siguiendo .

Hay por donde sus pasos endereza ,
Para llegar al río , buen pedazo ;
Es la hoja que lleva rica pieza ,
Increible valor el de su brazo ,
Pues de un revés llevaba la cabeza
De los que le ponian embarazo :
Uno deja sin luz , otro difunto ,
Y de su caminar no pierde punto .

Como cuando hambrienta destemplanza
Llevó la fiera hasta las cabañas ,
Do perros si se ven con gran pujanza
La vuelven á meter entre montañas ,
Y si le dan alcance se abalanza
Y á quien le pica rompe las entrañas ,
E ya vueltas espaldas , ya mordiendo ,
Siempre va su camino prosiguiendo :

Así Diego Rincon , aunque heria
A quien en la carrera le picaba ,
Con aquella mañosa valentía
Que la necesidad encaminaba ,
En su camino siempre procedía
Para llegar adonde deseaba ,
Es á saber , orillas del gran río
Donde tenía surto su navío .

No consiente quedar manco ni cojo
De los pocos que son de su manada,
Y entonces se mostraba menos lojo
Cuando su gente ve mas fatigada;
El escudo de acero lleva rojo,
La hoja cortadora colorada,
Y cuanto se mostraba mas tajante,
Mas indios se ponian por delante.

Al fin, arrebatado del esceso
De fuerzas que le dió favor divino,
No desmayaba punto del progreso;
Bien así como campo peregrino
Que va cortando por lugar espeso
Arbores que perturban su camino,
Y hace, ya por llano, ya por cumbre,
Camino que dé menos pesadumbre:

Destá suerte llevaba recogidos
Los que sacó, mirando por sus vidas,
Y así nunca pudieron ser rompidos
Con lanzas ni macanas estendidas,
Aunque de flechas iban mal heridos,
Y el buen Diego Rincon con tres heridas;
Y con haber tan gran impedimento
Llegaron do llevaban el intento.

Allí fueron los golpes del espada
Tales, que porque no serán creibles
Pasa por ellos pluma mas templada
De lo que piden casos tan terribles,
Porque cosas hicieron al entrada
Del barco, que parecen imposibles,
Pues dejaron el agua del orilla
Harto mas colorada que amarilla.

Dentro ya de su barco con la gente
Que pudo recoger de su landera,
Vido cómo traian al teniente
Indios á mal andar por la ribera:
Allá hizo remar incontinentemente,
Y con ciertos soldados salió fuera;
Despide Juan Gallegos sus temores
Viendo llegar tan buenos valedores.

Y así, movido de mortal enojo,
Acometió con toda la cuadrilla,
Mas luego le clavaron el un ojo,
De que cayó no lejos del orilla;
Los indios acullá sobrel despojo
Trabaron pesadísima rencilla,
Sirviéndoles los arcos de garrotes
Con que se lastimaban los cocotes.

Viendo Rincon la buena coyuntura,
Pareciéndole tiempo conveniente
Entre tanto que la revuelta dura,
Que deseaban ser incorregible,
Echar el barco al agua se procura
Con la presteza que les fué posible,
Y lo que no podian varar antes
Muchos, agora pocos son bastantes.

Con la misma presteza referida
Metieron al Gallegos cuasí muerto,
El cual, aunque sanó de la herida,
No dejó de ganar nombre de tuerto;
Descuelga luego multitud crecida
De canoas que van al mismo puerto,
Y es tal la cantidad que se presenta,
Que no se puede reducir á cuenta.

Porque se supo manifestamente
Que con su potestad vino Melambo,
Que es la barranca donde de presente
El español que pasa halla tambo,
Y vino Pencilton, indio potente,
El gran Mompox, Tamaláisa Zambo,
Vino Chingalae, Cimiti, Maca
Y el gran cacique Tamalaguataca.

Chocori, Chiquichoque, Talaigua,
Los indios de Tomala, los de Proa,
Con todos los demás que se averigua
Haber desde estos hasta Tacaloo;
Y el que dejimos ser el estantigua
Y causa de venir tanta canoa,
Alonso, cierta guía de la danza
Y ordenador de toda la matanza.

Numerables eran los salvajes,
A su modo feroces y gallardos,
Compuestas las cabezas con plumajes,
Proveidos de lanzas y de dardos,
De flechas venenosas los carcajes,
En las ejecuciones nada tardos:
La postura, talante y el denuedo
Al ánimo mayor pusiera miedo.

Ya por el horizonte ven los fines
De la luz y febeos arboles,
Cuando llegaron á los bergantines
Que tenían toldados españoles;
Servian de trompetas y clarines
Marinos y muy grandes caracoles,
Cuyo son, que los pechos sobresalta,
Rompe del aire la region mas alta.

Espesas rociadas de las flechas,
Para la ejecución de sus concetos,
Acia los blancos toldos van derechas
Tantas, que ya de blancos están prietos;
No tienen por inciertas las sospechas
De vellos todos muertos ó subyertos,
Y por mas abreviar aquel recuento
Barloan para se les entrar dentro.

Y en aqueste primero movimiento
Era tan obstinada su porfía,
Que no se vió jamás alrevimiento
Con tal temeridad en osadía:
Nadie se espanta de se ver sangriento,
Ni del que de la vida se desvía,
Ni del que saca menos viva pieza,
Ni del que lleva tiro la cabeza.

Son tan impetuosos movimientos,
Temeridad, obstinacion, porfia,
Que sobrepujan sus atrevimientos
Cuantos pueden haber en osadía;
Caen indios en estos rompimientos,
Y con temor ninguno se desvía,
Eusangrentando bordos, popas, proas
De bergantines, barcos y canoas.

Porque cuando canoas llegan junto
Y de los bordos ven manos asidas,
Aquellas en aqueso mismo punto
Quedaban de sus brazos divididas;
Muchos al agua van, uno difunto,
Otro con abundancia de heridas,
Otro que duro verso de fuslera
Los sesos le sacó de la mollera.

Mas no por esto concebian miedo,
Ni para removellos aprovecha,
Antes el indio con mayor denuedo
A derribar los toldos se pertrecha;
Y en descubriendo brazo, mano, dedo,
Era luego clavado con la flecha,
Dejándole también con la herida
Total desconfianza de la vida.

Rodeado de riesgo tan patente,
El español de vida desespera,
Y el bárbaro cruel, como lo siente,
Mayor priesa le da para que muera;
Van todos al amor de la corriente,
Llena de grandes fuegos la ribera,
Que mas de veinte leguas procedía,
Haciendo de la noche claro día.

Como tenían á la mano breña,
Por el discurso dicho tienen hechos
Montones crecidísimos de leña
Que estaban encendidos á sus trechos;
La lumbre de los cuales les enseña
Así los daños como los provechos;
Vianse por la playa con la lumbre
De flecheros crecida muchedumbre.

Emparejando pues con el primero
El capitán Chamorro, que venia
De todos el mas sano y mas entero,
Asestó los versetes que traía,
Pareciéndole que de tal terrero
No podía salir bala baldía;
Y cuando componia su navio
Dió con él al través en un bajo.

Así como lo vieron encallado
En parte do no pudo salir luego,
Al instante se vido rodeado
De los que estaban cerca deste fuego:
Danle priesa por uno y otro lado
Sin concedelle punto de sosiego,
Tanto que del navio le sacaron
Un español que vivo desmembraron.

Nunca se vieron en asiento lleno
De grande muchedumbre de colmenas
Tantas abejas con aquel veneno
Que suele lastimar humanas venas,
Al tiempo que le sacan de su seno
El gustoso licor de que están llenas,
Cuantos tiros arrojaba la caterva,
Todos untados de rabiosa yerba.

Chamorro, como ve que el agua falta
Para poder nadar las carabelas,
En el bajío con algunos salta,
Espadas en las manos y rodela,
Y á la gran multitud que los asalta
Hicieron retraer á las candelas:
Trabajan luego de salir del cieno
Hasta que ya ballaron fondo bueno.

Embárcase la gente como puede,
Huyendo los espesos macanazos;
Pero contrario Marte no concede
Ir salvas las espaldas y espinazos,
Porque ninguno dellos hay que quede
Por lo menos sin cinco ó seis flechazos
De tan rabiosa yerba, que ninguno
Dejara de morir con solo uno.

Murió Chamorro miserablemente
Y los mas que salieron con heridas,
Pues de todos los barcos solos veinte,
Y aun menos, escaparon con las vidas;
Porque para la cura conviniente
Ningunas horas eran concedidas,
Perseverantes indios en su brío
Hasta que los echaron deste río.

Llegados á la mar con mal viaje,
Conclusa la porfia del recuento,
Y recogidos en aquel paraje,
Nuevos trabajos salen al encuentro;
Porque la fuerza grande del aguaje
Del río los metió la mar adentro,
No pudiendo pegarse con la costa
Por la fuerza de remos ser angosta.

Auméntase la pena y el recelo
Como se ven en este detrimento;
Y para mas crecer el desconsuelo
Agua dulce les falta y alimento.
Ojos del alma van al alto cielo
Demandando socorro de buen viento;
Y así sobre las ondas de Neptuno
Les vino viento fresco y oportuno.

Del deseado tiempo se aprovecha
La fatigada gente y afligida,
Y á Santa Marta van via derecha,
Donde era deseada su venida;
Pero sabida la matanza hecha
Y los pocos que vuelven con la vida,
Ojos del pueblo todo fueron fuentes,
Llorando sus amigos y parientes.

Entre los que se van desembarcando
Vieron al Juan Gallegos salir tuerto,
Diego Rincon, que hoy vive, cojeando;
Y entonces los vecinos en el puerto
Estaban las exequias celebrando
De don Pero Fernandez, que era muerto,
Y ballaron también haber llegado
Juan Fernandez de Angulo por prelado:

Persona tal, que fué del cargo dina,
Y de subir á muy mayor altura,
Ansí por su católica doctrina,
Como por su virtud y vida pura;
Y en estos funerales él se inclina
A hacer los oficios como cura,
Porque las cualidades del difunto
No podían subir á mayor punto.

En armas y linajes varon claro,
Tales, que no merecen lenguas mudas:
Fué de los miserables gran amparo,
De huérfanos tutor y de viudas;
No supo de sus bienes ser avaro,
Ni faltaron á pobres sus ayudas;
Jamás dió los oídos á novelas,
Ni le hallaron vicios ni cautelas.

Fué muy comun aqueste sentimiento,
Por lo ser este bien que les faltaba,
Y su virtud, bondad, merecimiento,
A mucho mas aun los obligaba;
Compósose terreno monumento,
Segun el orden dió quien celebraba,
En torno déi retratos de la muerte
Y letra que decia desta suerte:

*Hac dominus Petrus Fernandez
Conditor urna;
Excelens meritis, prosperitate minor.
Ergentis nullis quassibit barbara regna,
Indicat ipse viam, sustulit alter opes.*

El buen don Pero Fernandez
Yace en esta sepultura,
No muy lleno de ventura,
Pero con méritos grandes;

Puso á descubrir el pecho,
Haciendo armadas apostas,
Y habiendo hecho la costa,
Otro gozó del provecho.

Los españoles en aquella era
No dejaban de estar enflaquecidos,
Y cuantos indios hay en la frontera,
Desvergonzados, sueltos y atrevidos:
Templáronse después en gran manera
Con el rumor de los recién venidos,
Que bien pensaron que de Cartagena
Enviaban ayuda muy mas llena.

Después para gobierno del cristiano,
Que el pueblo sustentaba por España,
Luis de Manjarés tomó la mano,
Y en guerra y paz se dió tan buena maña,
Que de los suyos un hecho liviano
Se podria vender por gran hazaña,
Pues con los mas indómitos y fuertes
Le sucedieron venturosas suertes.

Cuanto por allí ciñe la mar fonda
Hizo venir de paz y á servidumbre,
Quebrantó las cervices del de Bonda,
Haciéndolo mudar de su costumbre,
Y todos los demás de la redonda
Le sirvieron á él sin pesadumbre:
Decian Concha, Gaira y el Dorsino
Haber resucitado Palomino.

Y sus hechos no fueron desiguales,
Ni menos liberal en las mercedes,
Ardides en la guerra principales
Para poder huir bárbaras redes;
Eran entonces sus colaterales
Diego Rincon y Diego de Paredes,
Que viven hoy y en Tunja son vecinos,
De gran honor y de memoria dinos.

A Pocigüeyca fué con tal fortuna,
Que ningun compañero dejó muerto,
Y al pueblo de Carbon, el cual repuna
Dejarse visitar del mas esperto;
Fué antes y después fuerte columna
Que sustentó las cosas deste puerto
De Santa Marta, con hacer entradas,
Que hizo muchas bien aprovechadas.

Poco después por la real audiencia
Hieronimo Lebron fué señalado
Para gobernador desta tenencia,
Circunspecto varon y aventajado;
Y vino por juez de residencia
Alanis de la Paz, un licenciado,
Y segun su poder, administraba
Cada cual dellos lo que le tocaba.

Esto con la posible vigilancia,
En guerra y en negocios ordinarios;
Pero cerca de aquesta circunstancia
Los modos de los dos eran contrarios,
Porque Alanis de Paz con gran instancia
La cobranza buscó de sus salarios,
Y así ya por derechos ó cobechos,
No fueron los menores sus provechos.

Hierónimo Lebron vela su puerto
Y busca gente bien aderezada,
Reduciendo las cosas á concierto
Con que pueda hacer una jornada
A lo mismo que tiene descubierta
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Porque fama comun le certifica
Estar en posesion de tierra rica.

Para cuyos efectos se mejora
Con gente baquiana su bandera,
Con la cual fué camino de la Tora
Diego Rincon guiando la carrera:
Mas no tractaré della por agora,
Por reservarse para la tercera
Parte, donde, con el favor divino,
Larga cuenta daré deste camino.

Quando partieron estas compañías,
Vió, segun dicen, del mortal subyecto
Don Juan de Angulo las postrimerias,
Obispo principal y varon recto;
Y desde á poco número de dias
Fué en su lugar Calatayud electo,
Fraile hierónimo, de quien di cuenta
En lo que mas atrás se representa.

Desde Hierónimo Lebron anduvo
Aquel camino, no sin buena maña,
Con el gobierno que su padre tuvo
Don Alonso Luis vino de España:
También diré después lo que mas lub
Y lo que trabajó por la montaña
Al tiempo de venir al Reino-Nuevo,
Porque tractando dél allí lo debo.

Estuvieron aquestas compañías
Debajo de sus sueltos pareceres,
Subyectos á no pocas demasias,
Aprovechándose de sus haberes:
Después el licenciado Miguel Diaz
Vino con bastantísimos poderes;
Y aunque notado de lascivos hechos
Nunca lo fué de robos ni cohechos.

Con todo esto tuvo residencia
De las de por acá la mas terrible;
Después la majestad y la potencia
De Carlos quinto, César invencible.
Al Nuevo-Reino dió real audiencia,
Porque le pareció ser conveniente;
Y desde entonces ella proveia
A Santa Marta quien le parecia.

Vido Calatayud su postrer dia
Por aquel tiempo y en aquel verano,
Y vino con el cargo qué él tenia
Don Juan de Barrios, fraile franciscano,
Predicador en quien resplandecia
Virtud, bondad, valor, celo cristiano,
Incorrupto jüez, pastor entero,
Y destes arzobispos el primero.

Por cuyo fin tenemos hoy segundo,
Que se dice don fray Luis Zapata
De Cárdenas, en este Nuevo-Mundo
La cuarta dignidad de que se trata;
Elogio le daremos mas profundo
Si nuestra vital trama se dilata,
Porque como la tal se me conceda,
Lugar mas á propósito le queda.

Tractaremos después en sus lugares
De cada cual á tajo mas abierto;
Y agora vamos á los seculares
Jüeces que vinieron á este puerto,
Para que los confines destes mares
Estuviesen en orden y concierto:
Pues, como dicho tengo, los oidores
Proveían aquí gobernadores,

Por defender del bárbaro cercano
Tan importante desembarcadero;
Y el primero que vino por su mano
Conoció ser un noble caballero,
Andrés Lopez Galarza, que era hermano
De Galarza, también oidor primero;
Después Luis Pardo, Luis de Villanueva,
Que dieron de valor bastante prueba.

Y á Manjarés se tuvo gran respeto
En cometer también aquel gobierno,
Por ser á todos capitán aceto,
Segun ha dado cuenta mi cuaderno;
Pero ya lo traian inquieto
Envidias y malicias del infierno,
Maculando sus honras y trofeos
Con falsísima voz de casos feos.

Y aunque cualquiera dellos fué patraña,
Testigos falsos lo hicieron lesa,
Tanto, que lo llevaron en España
Y ante el emperador pareció preso;
Mas justicia, verdad y buena maña,
En aire convirtieron aquel peso;
E yo vi los testigos y malsines
Cómo todos ovieron malos fines.

A su casa y honor volvió pujante,
Libre de la maldad que le fué puesta,
Mediante su descargo ser bastante
Y católica vida manifiesta:
Contra fortuna se mostró constante,
Tanto mas cuanto mas era molesta:
Trajo sus indios y repartimientos
Y cargos honorosos con aumentos.

Hizo con los estreños de presteza
Después que vino, sin tomar resuello,
En términos de Bonda fortaleza
Que fuese duro yugo sobre cuello;
Usó de los ardidés y destreza
Que fueron necesarios para ello,
Por que los indios todos del terreno
Tentaron siempre de quebrar el freno.

Mas él salió muy bien con el intento,
Y el del bárbaro fué trabajo vano;
Al fin los años y el quebrantamiento
Lo privaron del gozo de hombre sano,
Y así murió con gran conocimiento
Hechas las diligencias de cristiano:
Viveos hoy su hijo don Antonio,
Que de sus hechos da buen testimonio.

Absente Manjarés de aquestos mares
Quando en España daba su descargo,
Un caballero Gregorio Starez
De Deza, vino luego con el cargo,
Cuyos servicios fueron singulares,
Aunque su galardón fué nada largo;
Pues honestísimas hijas que deja
Tienen de su fortuna justa queja.

A este sucedió por varón dino
En la gobernacion destes conveses
Juan de Otalora, noble vizcaíno;
Y este gobernador algunas veces
El puerto defendió del torbellino
Y levantada furia de franceses,
Porque esta poblacion en tiempos varios
Ha sido molestada de cosarios.

Unas veces robando sus caudales,
Sin poder escapar la menor pieza,
Otras, que por venganza de sus males
El español las armas adereza,
Y con ayuda de los naturales
También les han quebrado la cabeza;
Aunque decian: á la yerba fina
«No forsa, no, la mala salvajina!»

Pero después la yerba del salvaje
En ellos imprimió de tal manera,
Que muchos acabaron el viaje
Antes de se partir desta ribera,
Y los hallábamos al rebataje
Del agua que la mar echaba fuera;
Porque por ser canalla mal regida,
Ningunos escapaban con la vida.

Otras veces por falta de caudillo,
O posible de armas y de gente,
En viendo por la mar algún barquillo,
Aunque no conociesen mal patente,
El vecino cogia su hatillo
Y el rico mercader por consiguiente,
Huyendo la doncella y la casada,
Una desnuda y otra destocada.

Y todos en comun huian luego
Metiéndose por bosques y por cumbres,
Con el rebato y alboroto ciego
Que en los honestos usos y costumbres,
Demás del general desasosiego,
Causaba muchas otras pesadumbres;
Porque, río revuelto, los mayores
Ganancia dicen ser de pescadores.

También vimos soldados principales.
Mas que de paso ir este camino,
A cuestras sus albas y caudales,
Y cofres proveidos de oro fino;
Y aun suelen trompezar en otros males
Causados por el bárbaro vecino,
Pues muchas veces nos hacían guerra
Franceses por la mar, indios por tierra.

Y así, yendo cubiertos por florestas
Luis Feijo con otros seis soldados,
Con un cofre de barras á sus cuestras
Que bien valia veinte mil ducados,
Subiendo por las cumbres mas enhiestas
Del Dorsino, do van encaminados,
El cofre del caudal puso en el suelo
Y encima dél un pardo herreruelo.

Y por le parecer lugar seguro,
Sentóse para descansar encima,
A tiempo que hacia muy obscuro
Por ser después del cuarto de la prima;
Estaban cerca de vecino duro,
Cuyo compás también les pone grima;
Sintieronlos los indios, y están ciertos
Ser gente que haia de los puertos.

Hecho pues por espías el acecho,
Pareciéndoles buena coyuntura
Para que no perdiesen el provecho
Que tan cerca les puso la ventura,
Juntáronse para venir al hecho
Y acometieron con la noche obscura,
Tirando muchas flechas silbaderas,
Y gritando por cima las laderas.

En oyendo la grita y estampida,
En tales ocasiones estupenda,
Abrevian piés cristianos la huida
Dejándoles aquella rica prenda,
Teniendo por mejor salvar la vida
Que perdella demás de la hacienda:
Y así se la dejó, sin hacer cuenta
De podella sacar desta tormenta.

Acudieron los indios al rancho
De lo que español allí les trajo,
Y cogen el hatillo de voleo,
El río, la petaca y el refajo;
Asen bárbaras manos del manteo,
Y no vieron estar cofre debajo,
De suerte, que dejaron en lo raro
La presa que hacia mas al caso.

De manera, que su caudal escapa,
Sin que fortuna le hiciese mella;
Pero cerca de defender su capa,
Aquello qué no pudo, pudo ella,
Pues no las faltas, mas las sobras tapa,
Y defendió mejor la rica pella;
Y por dejar al amo con que viva,
Ella tuvo por bien de ser castiva.

Y cuando ya sus rayos estendia
Apolo por aquella cordillera,
Con aumento de buena compañía
Que fuerza de los indios resistiera,
Volvió Frisol adonde le dolia,
Que de su buena dicha desespera;
Mas aunque con recelos y confuso
Su tesoro halló donde lo puso.

También Juan Alemán por un recuesto
Iba con lleno cofre de oro fino,
Y á causa de volver al pueblo presto,
Púsole separado del camino:
Para volver después al mismo puesto
Faltó la providencia de buen tino;
Halláronlo trabajos y porfias,
Mas el desgusto fué de hartos dias.

Estas cosas y otras acontecen
En aquellos lugares cada día,
Donde los sobresaltos que padecen
No puede recoger mi fantasia;
Ni yo podré decir lo que merecen
El contador Bartolomé Garcia
Y Castro, que gran número de años
Aquel puerto defienden destos daños.

Porque gentes finitimas á Flandes
Visitan aquel puerto con frecuencia;
Y en este tiempo fué Pero Fernandez
De Bustos con gobierno y eminencia,
Cuyas virtudes y proezas grandes
Merecen pluma de mayor esencia,
Y así por su valor el rey ordena
Que pase á gobernar á Cartagena.

Otros tenientes hubo, mas no siento
Hecho que de memoria sea dino,
Sino que la justicia y regimiento
Proveyeron después lo que convino,
Y sustentaron bien aquel asiento
Hasta que don Luis de Rojas vino;
Cuyo gobierno fué no sin espanto,
Y así lo trataré con nuevo canto.

ELOGIO

de don Luis de Rojas, gobernador de Santa Marta, donde se cuentan las entradas que hizo, y lo demás acontecido el tiempo que allí gobernó.

CANTO PRIMERO.

La providencia santa de los reyes,
A quien siguen humanas voluntades,
Suele poner y suele quitar leyes,
Segun por tiempos hay necesidades,
Para regir y gobernar las greyes
Subyectas á sus altas potestades;
Y si sus pueblos van en crecimiento,
También de sus jüeces hay aumento.

En estas provincias y regiones
De las Indias así les acontece,
Pues como van creciendo poblaciones
De reinos y provincias, también crece
El número de las jurisdicciones,
Señalando lo que les pertenece
A los jüeces, para que desciera
Cada cual en aquello que gobierna.

Estando pues del reino separados
Doscientas leguas estos moradores,
Para poder mejor ser gobernados
El rey les envió gobernadores;
Y ansimismo fundó dos obispos
Por ser ya necesarios dos pastores;
Y Santa Marta y otros comarcanos
Son hoy al Nuevo-Reino sufraganos,

Por estar hoy arzobispal audiencia
En Santa Fe de Bogotá fundada,
Y catedral que con papal licencia
Fué desde Santa Marta trasladada,
Do hacen dignidades asistencia,
Persona cada cual cualificada,
Que por sus grandes letras y costumbres
Merecían tener mas altas cumbres.

Primer dean fué don Francisco Adame,
Ilustre vaso de virtudes lleno:
Tal me manda razon que yo lo llame,
La cual en su loor no sufre freno,
Pues excepta malicia del infame,
Ninguno negará ser varon bueno;
Lievólo poco ha Dios á su gloria,
Y así nos queda sola su memoria.

Ornamento segundo de aquel templo
Es don Lope Clavijo, arcediano,
Que en letras, en doctrina y en ejemplo
Se muestra ser católico cristiano,
Cuya bondad y merecer contemplo
En honor de lugar mas soberano,
Pues para ir á dignidad mas alta
De lo que se requiere nada falta.

Deste reverendísimo senado
Es el chantre don Gonzalo Mejía,
En quien aquel honor mas encumbrado
No podemos llamalle demasia;
Varon insigne, siempre respetado
De legos y de nuestra clerecía,
Por haber sido siempre don Gonzalo
A todos bueno y á ninguno malo.

Está también en el ilustre coro
Un don Miguel de Espejo, tesorero,
No solo tesorero, mas tesoro,
Honra y autoridad de nuestro clero;
Cuyas sentencias son bocados de oro
Que huchén el juicio mas entero:
Al fin es luz y lumbre tal Espejo
De juvenil edad y del mas viejo.

Erigiéronse pues dos obispados
De uno que no fué de gran sustancia,
Por estar los lugares apartados
Espacio de grandísima distancia,
Y no podían bien ser visitados,
Segun pide cristiana vigilancia;
De manera que Santa Marta tiene
Obispo de por sí, como conviene.

Fué fray Juan Mendez, fraile dominico,
El primero que por obispo vino,
Hombre modesto, de talento rico,
No menos virtuoso que benino;
Y en todo lo demás yo certifico
No ser de tanta dignidad indino,
Porque en aqueste reino fué su vida
Gran número de años conocida.

Murió cuando venia visitando
Las ovejas que son de aquel aprisco,
Y por su muerte vino con el mando
Otro docto varon, fraile francisco,
Que se dice don Sebastian de Ocando,
Digno pastor de muy mas alto risco,
De cuya cristiandad, virtud y ciencia,
Tenemos por aca gran esperiencia.

Convento se fundó dominicano
En este mismo tiempo que refiero;
De prelados que en él tuvieron mano
Un fray Luís de Orduña fué primero,
De varia erudicion, de pecho sano,
Y en vida y en doctrina muy entero,
A cuya potestad es obediente
El convento de Tunja de presente.

Volviendo pues á los gobernadores
Que de España vinieron proveidos,
Sé decir que con sus competidores
De Bonda, Pocigüeyca y sus partidos,
Fortuna no les dió tantos favores
Que mas no fuesen desfavorecidos;
Y el suceso de don Luis de Rojas
No se puede decir en pocas hojas.

Pero como nie tienen puesta tasa
Otras ocupaciones manuales,
Y es la presente tempestad escasa,
Porque no todos tiempos son iguales,
Solamente diré de lo que pasa
Los acontecimientos principales,
Porque se vea desta serranía
Su fuerza, su valor y su porfía.

Vino pues Rojas año de setenta,
Con su mujer, criadas y criados,
Pero no con el fausto que se cuenta
De los gobernadores atrasados;
Mas de sus patrimonios y su renta
Todavía gastó con los soldados
Que trajo, cuyo número no enseño
Porque segun parece fué pequeño.

Todos los moradores deste puerto
Lo recibieron generosamente;
Y como Manjarés fuese ya muerto,
Y el buen Pero Fernandez del absente,
Regia por buen orden y concierto
Un Francisco de Castro su temente;
Y entonces él tenia gente presta
Para ir á la sierra mas enhiesta.

Eran ciento y ochenta los soldados,
Serian de caballo los cincuenta,
Los unos y los otros pertrechados
De lo que demandó guerra sangrienta,
Arcabuces y tiros preparados,
Azadones y toda herramienta;
Y el Castro, que podemos decir casto,
De todas estas cosas hizo el gasto.

Lleváronse también ciertos lebreles,
El uno dellos perro señalado,
El cual en guerras de indios infieles
No ganó menos quel mejor soldado,
Y ansi por hechos malos y crüeles
Fué de diversas partes desterrado:
Llamábase Amadís, y fué mas fiero
Quel otro fabuloso caballero.

Armábanlo también de duro fardo
Como fuese patente la rencilla;
El cual sabia dar tan buen reguardo
Al tiempo que rompía la cuadrilla,
Que piedra, palo, flecha, lanza, dardo,
Era si le tocaba maravilla;
Del cual tenia Castro confianza
Como de un escuadron de gran pujanza.

Porque su principal intencion era
Entrar á Pocigüeyca por la cumbre,
Tomando mas atrás la cordillera
Para llegar con menos pesadumbre,
Y allí fortalecerse de manera
Que viniesen á dar la servidumbre,
Con asentar en la mayor altura
Y en ella colocar nueva cultura.

Nombró por capitán y por caudillo,
Repartiendo la gente que se saca,
Al animoso Diego Jaramillo
Y á Fernán Rüz Cabeza de Vaca,
Que fué con sus consejos el castillo
Que los mayores impetus aplaca;
Fué otro capitán un Fernán Perez
E un Simon de Silva por alférez.

Mayor sarjento fué Carlos de Vera,
Que de veras su buen valor enseña;
Y no menos á toda la bandera
En combatir la mas soberbia peña
El circunspecto Pedro de Ribera,
Natural de la villa de Guareña,
De quien pudiera bien hablar mi boca
Si no fuera negocio que me toca.

Pues como don Luís de Rojas vino,
Pareciendo negocio conviniente,
No quiso perturbarles su destino,
Antes al Castro hizo su teniente,
Y al mozo Juan de Rojas su sobrino
Por maestre de campo juntamente,
El cual era de buena compostura
Si fuera tan compuesto de ventura.

Y entonces, como gente novelera,
A ver al don Luis eran llegados
Los indios que mandaban la frontera,
Que fueron del teniente convidados,
Y sobre mesa puestos en collera,
Donde estuvieron todos bien tractados,
Porque para seguir aquel intento
No le fuesen algun impedimento.

Pues nunca cosa que español pretenda
Puede ser por allí tan entre dientes,
Que por indios ladinos no se entienda
Y estos avisen luego á sus parientes;
Y para hacer Castro su hacienda
Fué bien asegurar inconvinientes,
Porque cualquier estorbo que dé pena
El indio de paz es el que lo ordena.

Y aun suelen ayudar al enemigo
Cuando se muestran mas acariciados,
Y porque nadie pueda ser testigo
Van con betun de bija disfrazados;
Por estos malos usos, como digo,
Consigno los llevaron enlazados:
Uno de los caciques fué Coendo,
De los indios de Bonda mas horrendo.

Castro lo halagaba y abrazaba,
Prometiéndole dar de sus despojos;
Mas él de tal manera se mostraba
Que no disimulaba los enojos,
Tanto que parecía que lanzaba
Vivas llamas de fuego por los ojos,
Revolviendo venganzas en su pecho,
Después reconocidas por el hecho.

Estando preparados desta suerte
Teniente, general y compañías,
Al efecto ya dicho se convierte,
Presos estos caciques y las guías;
Y así partieron á la casa fuerte
De Bonda, do estuvieron cuatro dias,
Acampañándolos muchos vecinos
Y el dicho don Luís y sus sobrinos.

Al principio del año que siguiente
Fué sobre tres quinientos y setenta
Del parto de la Virgen escelente,
Segun suele medir cristiana cuenta,
De Bonda salió Castro con la gente
A la jornada que se representa;
Y en efecto llegó con la que saca
Al ancon y provincia de Guachaca.

Para tomar allí buena carrera
En la prosecucion de su interese,
Con cierta gente fué Carlos de Vera
Para que por el rio descubriese,
Ayudado de Pedro de Ribera,
El camino que mas cómodo fuese;
Caminaron lavándose la planta
Y algunas veces hasta la garganta.

Dos dias trabajaron, pero como
Fuesen de poco fruto las porfias,
Sin enlhear el fatigado lomo,
Volvieron á buscar por otras vias
Y dieron en un pueblo dicho Domo,
A cabo ya de tres ó cuatro dias,
Y en otro Bohocó, que es su vecino,
Que de paz les salieron al camino,

Dándoles de comer bastantemente
De sus manjares mas acostumbrados,
Que segun la tenian de presente
Para su hambre fueron regalados;
Asimismo llevaron al teniente
Destos indios gran número cargados
De yucas, de batatas y maices,
Y otras diversidades de raices.

Otro camino fué Diego de Andrada,
Hidalgo portugués, noble persona,
Y dijo cómo tiene rastreada
La poblacion que dice Cincorona,
Y ser aquella la mejor entrada
Para llegar al valle de Tairona:
De cuya causa se partieron luego,
Y pasaron el rio de Don Diego.

El campo junto con razon bastante
De su viaje para proseguillo,
Castro mandó que pasen adelante,
El maese de campo por caudillo;
Escogióse pues gente vigilante,
Entrellos el Ribera y Jaramillo
Y el capitán Maceta, vizcaino,
Con aquel aparato que convino.

Tomados cuatro dias de sosiego,
Con guías y con paso diligente
Volvieron sobrel rio de Don Diego,
Do los indios tenian una puente,
No buena para caminante ciego,
Por estar de dos árboles pendiente
De yedras correosas de arcabucos,
A los cuales acá llaman bejuocos.

Hallan cortados los espesos ñudos
Por mano de la bárbara canalla,
Y á nado pasan sobre los escudos
Soldados que pudiesen remedialla,
Espadas en las bocas y desnudos,
Porque su desnudez era la malla;
Pero no ven en la contraria banda
Contrarios que perturben su demanda.

Tomaron con trabajo la ribera,
Por ser impetuosa la corriente,
Y el paso remediaron de manera
Que pasaron por él bagax y gente,
Y ansimismo después la que zaguera
Quedaba con el general teniente.
Hallaron luego copia de buhios,
Pero de moradores ya vacios.

Paró por descansar el caminante
En un pueblo de buena compostura,
De fértiles labranzas abundante,
Pero no vian viva criatura;
Y tendiendo los ojos adelante,
Tres atalayas ven en un altura,
Y el Juan de Rojas dijo: «Bien sería
Que tomásemos uno para guía.

»Y no sería débil la hazaña
Del soldado que tales piés tuviese
Que cubriéndose bien con la montaña,
Hasta llegar ninguno lo sintiese,
Y en lo raso se dé tan buena maña
Que por lo menos uno no se fuese,
Sino que cuando por la loma salga
Hacer que lijereza no le valga.

Oido por el Pedro de Ribera
Con otros tres de no menos soltura,
En ese punto suben la ladera
Metidos por el monte y espesura:
Los indios ventos cuando salen fuera,
Y cada cual sus pasos apresura;
Pero tan bien corrieron los cristianos,
Que los dos les quedaron en las manos.

Llevados estos dos por los cabellos
Do esperan españolas compañías,
El Juan de Rojas se holgó de vellos,
A causa de tener mejores guías:
Pusiéronles prisiones en los cuellos,
Y así les enseñaron breves vias
Para llegar al dicho Cincorona,
Donde no se halló viva persona.

Cantidad hubo harta de alimento,
Aunque ningun tesoro para el arca.
Seis dias hacen de deteniemento
Por la gran poblacion que se demarca
Y ser aquel el principal asiento
A quien obedecia la comarca:
Algunos indios van por los otros
Dando mil gritas y haciendo fieros.

Y en efecto la gente que se halla
Recogida de pueblos comarcanos
Un dia presentaron la batalla
A nuestros peregrinos castellanos:
La tierra se conyoeca para dala
Juntandose los mozos y los canos;
Pero por cosa cierta se averigua
Faltalles ya la potestad antigua.

Porque considerando lo presente,
Así de gente como de riqueza,
Está de lo pasado diferente
Y mil leguas atrás de su grandeza.
Y á mas andar se pierde la simiente
Desta mas que bestial naturaleza;
Y el venir tan á menos esta tierra
No podemos decir que fué por guerra.

Pues son, por los compases de aquel trecho,
Segun y como mas atrás refiero,
Contadas las entradas que se han hecho
Sacando por rescates el dinero:
En esto reparaba su provecho,
Quedando lo demás sano y entero;
Y si encuentros otros han tenido
Mucho mas han ganado que perdido.

Ver pues tan pocos de tan larga suma,
A mí me da motivo y argumento,
Sin entendolo, para que presuma
Que gente de tan mal conocimiento
Ha de permitir Dios que se consuma,
Y llegue su total acabamiento;
Pues nunca se verá jamás centella
En ellos de virtud, ni han olor della.

Pero costumbres se verán malditas
En los que parecieren mas enteros,
Y por la mayor parte sodonitas,
Ídólatras y grandes hechiceros,
Con otras abusiones infinitas
Cerca de juzgar cosas por agüeros:
Adoran en efecto los demonios,
Y aquestos no son falsos testimonios.

Malicias hartas reinan en su seno,
Y allá van do la carne los inclina,
Sin haber cosa que les ponga freno
De las que suelen darnos medicina;
Saben cuál es lo malo, cuál lo bueno,
Y siguen lo peor a la continua:
Gente tan sin virtud, tan monstruosa,
Que de ley natural no guarda cosa.

Padre con hija, hermano con hermana,
Acontece servilles de maridos;
Ninguno dellos vi que tengan gana
De ser en buenos usos instruidos;
Aunque la voz de religion cristiana
También les ha tocado los oídos:
Un barbarismo es sin luz de ciencia
Y sin remordimiento de conciencia.

Sonles buenos consejos odiosos
Y todo lo que en sí virtud encierra;
Pero flojos no son ni perezosos
En el labrar y cultivar la tierra;
En sus oficios son ingeniosos,
Y la holgazanía se destierra:
Hay muchos tejedores, hay plateros,
Y muchos, de sus usos, carpinteros.

Horadan piedras en color sangrientas,
No malas para mal de los riñones;
Tejen para sus compras y sus ventas
Mantellinas pulidas de algodones;
También se labran muy menudas cuentas
De conchas que llamamos nacarones,
Que por aqueste reino y su distancia
Un tiempo fué rescate de importancia.

Para sus guerras y otros usos vanos
Tienen de plumas ricos ornamentos,
Con que los capitanes mas lozanos
Manifiestan sus bravos pensamientos...
Y así vienen agora muy galanos
A los premeditados rompimientos,
Dejando las alturas y peñoles
Para probarse con los españoles.

No torbellino ni huracán viento
De la media region del aire llega
Con tan apresurado movimiento
Cuando rompe la nube que congrega
Exhalacion del árido elemento,
De la cual con violencia se despega
Huyendo las frialdades de la nube,
Adonde por calores del sol sube:

Cuanta fué la braveza y el estruendo
Que la bárbara gente representa,
Al tiempo que venia descindiendo
Llena de furia, de temor exenta,
Y grita que los aires va rompiendo,
Con intencion y voluntad sangrienta;
Y con aquel furor en breves puntos
Los unos y los otros se ven juntos.

Ordénase la gente castellana
Aprestando siniestras y derecha,
Rompen rodela golpes de macana,
Traspasan los escudos duras flechas;
Pero con todo esto poco gana
La bárbara nacion contra las mechas
Del arcabuceria, cuyos tiros
Causan allí mortíferos sopiros.

El lebrél Amadis, viendo la caza,
Bien como lobo dentro de cabañas,
Unos derriba y otros despedaza
Echándoles de fuera las entrañas,
Hasta hacelles escombrar la plaza
Metiéndose por ásperas montañas,
Quedando solamente del rúdo
Deboha, vizecaino, mal herido.

Pero mediante cura quedó bueno
Por experimentados cirujanos,
Porque los moradores deste seno
No todas veces tienen á las manos
La yerba ni mortífero veneno
Usado de los indios comarcanos:
Dicen también que no prevalecia
Por ya participar de tierra fria.

Vencidos de la suerte que refiero,
Con tres cabezas de indios principales
El Juan de Rojas hizo mensajero
Para llamar al Francisco Gonzalez
De Castro, general, y por lijero
Fué para presentar estas señales
De los que quebrantarón vital gouce
El alguacil mayor llamado Ponce.

Partió, dadas las nuevas, al instante
Y á Cincorona llega, de do luego
Juan de Rojas partió con el restante
A Taironaca sin tomar sosiego,
Que estaba dos jornadas adelante
Pegada con el rio de Don Diego,
Pueblo que segun consta de presente
No debía de ser poco potente.

Ciudad pajiza, pero bien fundada,
Escombrada por parte del oriente:
Es una de sus plazas enlosada
De lajas grandes, puestas igualmente,
Y su hechura va triangulada
Por cada parte cien pasos de frente,
Y en las tres puntas tres grandes caneyes,
Moradas y aposentos de sus reyes,

Que son también pajizos aposentos,
Do suelen morar muchos de consuno,
Y se podian bien sobre trescientos
Soldados alojar en cada uno,
Con servicio, caballos y ornamentos,
Dando lugar á todos oportuno:
Eran pues estos tres de las esquinas
Del rey, hijos, mujer y concubinas.

Como llegasen pues á Taironaca,
Y el lugar estuviese todo vaco,
El español ningun provecho saca
Donde pensó hallar próspero sacco,
Porque demás de la defensa flaca,
En todo lo demás estaba flaco:
De Pedro de Ribera sé que trajo
Como trescientos pesos de oro bajo.

Vinoles el cacique después desto
Prometiendo de paces el enmienda,
Y entendiéndose venir con presupuesto
De procurar de ver aquella prenda,
Cuya razon les hizo manifiesto
Estar ya muy atrás en su hacienda,
Porque solian ser gentes tan largas,
Quel oro de guant daban á cargas.

Pero mirado bien aquel terreno
Cuya dispusicion da mil contentos,
Enamorados del lugar ameno
Y la fertilidad de los asientos,
Parecióles que allí seria bueno
Poblar y señalar repartimientos;
Y así Castro pobló segun es uso,
Y al nuevo lugar Ecija le puso.

Cabildo se nombró, con las decencias
De personas honrosas y buen vaso;
Autos se pronunciaron y sentencias,
Tomada posesion en campo raso,
Haciéndose las otras diligencias
Que se suelen hacer en este caso;
Labrando con hervor en los lugares
De sus huertas, estancias y solares.

Y visto por los indios comarcanos
Aquel negocio ser de permanencia,
Por ver edificar á los cristianos
Con una fervorosa diligencia,
Viniéronles de paz los mas cercanos,
Y al rey Filipo dieron obediencia,
Ayudando también con sus servicios
A levantar los nuevos edificios.

Después de reposar dos ó tres meses,
De los ochenta dellos hubo junta,
Armados de arcabuces y paveses
Para ver lo demás que se barrunta:
A ver por las alturas y conveses
Que acia Rio-Grande hacen punta,
Porque por el compás de aquella frente
Nunca jamás llegó cristiána gente.

Como subiesen mas á los altores
Los ochenta, que todos son infantes,
Descubriéronse pueblos muy mayores
De los que por la sierra vieron antes,
Desamparados de sus moradores,
A causa de estar todos vigilantes
Con muchas atalayas por los visos,
Que por momentos daban los avisos.

Mas como vieses en un alto cerro
Estar cierto gandul por atalaya,
No tuvieron por culpa ni por yerro
Estorballe que á dar las nuevas vaya,
Y así soltaron el crüento perro,
Que no tiene pereza ni desmaya,
Hasta hacer con su crüel gobierno
Que llevase las nuevas al infierno.

Aquel lugar estaba confiado
Del especulador que lo velaba;
Pero de duras parcas ocupado,
No pudiendo llegar do deseaba,
Tomaron aquel pueblo descuidado
Con cuanta gente dentro dél estaba:
Procuraron con paz dalles contento,
Y así no se les dió desabrimiento.

Allí duermen con guarda vigilante,
Después de dar al cuerpo su sustento,
Y cuando ya lumbre radiante
Salía de dorados aposentos,
Determinaron de pasar delante
En la prosecucion de sus intentos:
Vieron después de hecho gran desvío
Un valle fondo y un pequeño río.

Haciase de dos lomas peladas,
Asperas cuestas y derrumbaderos,
A causa de que son avoacanadas
Y son bien necesarios piés lijeros;
Ahajo vieron casas asentadas
Y al morador huir por los oteros;
Habíantles lenguas desde los altores
Diciéndoles que no tengan temores:

Que bien puede volverse cada uno
A sus casas, labranzas y heredades,
Pues no van á hacellas mal alguno,
Sino para sinceras amistades;
Demás de nadie selles importuno
En les contradecir sus voluntades,
Porque no se pretende dar disgusto
A los que se llegaren á lo justo.

Cada cual dellos la mujer absconde,
Aunque los llaman amigablemente;
Mas un bárbaro viejo les responde:
« El cacique traerá toda su gente;
Con que vosotros no salgais de donde
Os vemos reparados al presente,
Ni llegueis á morada deste puerto
Hasta ver si venimos á concierto. »

Concedidas aquestas peticiones,
Siéndole dicho que sin temor venga,
Llegose mas á nuestros escuadrones
Y hizoles allí mayor arenga,
Sacándoles mas llenas condiciones
A fin de que la gente se detenga,
En tanto que la suya desaparece
Con el batillo que le pertenece.

Tomada la demora que convino
Para poner en cobro sus caudales,
Apresuró los piés aquel vecino
En busca de los otros naturales;
Y en breves horas el cacique vino
Con ocho capitanes principales,
Mas segun eran, túvose sospecha
Ser indios de la mas baja cosecha.

Dijéronles que vuelvan intramuros
Con sus mujeres, hijos y haciendas,
Pues en ninguna parte mas seguros
Que dentro de sus casas y viviendas;
Que no son tan tiranos y tan duros
Que quieran despojallos de sus prendas:
« Y solamente somos pretendientes
De haceros amigos y parientes.

» Aquí traemos paz y no eizaña,
Ni nos suelen mover otros respetos
Sino servir al grande rey de España,
A quien los orbes dos están subyetos;
Y los que en su servicio se dan maña
Viven salvos, seguros y quiéto:
Llamad pues los demás á mi presencia,
Para le dar servicio y obediencia. »

Los bárbaros responden con razones
Que para lo hacer no van derechas;
Y viendo Rojas tales dilaciones
Y otros indicios malos y sospechas,
Mandó que los echasen en prisiones
Quitándoles los arcos y las flechas:
Pusiéronles collera y arropea,
Y dentro deste pueblo se ranchea.

La sombra fresca del supremo monte
Venía ya cubriendo la ladera,
Y en aquel hemisferio y horizonte
Apolo daba fin á su carrera,
Y las obscuras nieblas de Aquेरonte
Se daban prisa para salir fuera,
Cuando vieron bajar por un recuesto
Gandul empenachado bien dispuesto.

En todos sus meneos y semblante
Representaba singular soltura:
Tenía proporciones de gigante,
Y no menos feroz en la postura,
Con un carcax de flechas abundante,
Cubierta solamente la cintura,
Arco que de los hombros va pendiente,
Y en las manos macana prepotente.

Cada cual español está confuso
Viéndolo descender con tanta gana,
Con armas y pertrechos de su uso,
Que son el arco, flechas y macana,
Sin detenerse hasta que se puso
Delante de la gente castellana,
Con tanta baraunda y desatino
Como si fuera espíritu malino.

Pues en el punto que llegó comienza
Con grandes voces y palabras rasas:
« ¡ Salid! salid! bellacos sin vergüenza,
Sin que mas reposeis en nuestras casas;
Que si ventura quiere que yo venza
Os tengo de quemar en vivas brasas:
¡ Salid! salid! salid! malos cristianos,
Recebiereis regalos de mis manos.

» Llegados son vuestros postreros hados,
Que de mi furia no podeis huirros.
¿ Aguarichas estais encerrados?
¿ De temor de la muerte dais suspiros?
¡ Mirad, mirad! pues os estais parados
Si son medicinales estos tiros. »
Y diciendo y haciendo tira flechas
No mal encaminadas ni mal hechas.

Quisieran salir muchos desta gente
A se probar en singular certamen,
Y el maese de canipo no consiente
Que hagan de sus fuerzas tal examen,
Diciendo: « Con menor inconveniente
Deseo castigar este vejamen;
Este es un perro sin temor ni rienda:
Con otro perro tenga la contienda.

» El lebré Amadis está pidiendo
Las carnes deste indio para cena,
El cual de ver la grita y el estruendo
Está remordiscando la cadena:
Menester es que venga, y en viniendo
El le dará su merecida pena. »
Van luego dos ó tres de la cuadrilla,
Y al perro le quitaron la trailla.

No Melampo, Harpago ni Dorseo,
Con tanta furia van por el egido
Con Dramas, Harpolos y Melaneo
Tras el señor en ciervo convertido,
Cuanta fué la soltura y el deseo
Del Amadis después quel indio vido;
El cual también como le vió la cara
Para la competencia se repara,

Meneando los piés con buen talante,
Con el baston que punto no se tarda,
Y golpes por detrás y por delante,
Con mas velocidad que fiera parda,
Con ambas manos juega de montante,
De cuyos golpes Amadis se guarda.
Y para dar contentos á su vientre
Busca lugar y modos por do le entre.

El perro con furor enerizado,
Los piés como pantera diligentes,
La nariz y hocico regañado,
Mostrando los colmillos y los dientes
Con que tiene de ser despedazado
Sin velle sus locos accidentes;
Mas el gandul que su vivir pretende,
Con brios varoniles se defiende.

Anda la mortal obra que no cesa,
Sin que para resuello se dé vado,
La pesada macana muy espesa,
Guardándose por uno y otro lado;
Mas el perro le daba tanta priesa
Que ya se ven las muestras de cansado,
Pues el golpe no sale tan entero
Ni con tanto vigor como primero.

Y aunque procura bien no dalle puerta,
Y por todas las partes se recata,
Sucede para dalla mas abierta
Inconviniente grande que lo mata;
Y fué que en el compás se desconcierta,
Y un golpe que tiró lo desharata
En una piedra frente del alano,
Soltando la macana de la mano.

Quiso luego coger el empulguera;
Pero no se le dan esos lugares,
Porque la presta boca carnicera
Así con tal furor de los jares,
Que las humanas tripas salen fuera
Para de las caninas ser manjares;
Y al fin como si fuera débil caza
El lebrell Amadis lo despedaza.

Hechos en tierra viva los entierros
Del miserable que mantuvo tela,
Cubria manto negro ya los cerros
En los cuales hicieron centinela
Suelos el Amadis con otros perros
Que les ayudan á hacer la vela,
Porque los indios que en prision tenían
Sospechaban no ser los que decian.

Las alturas y cumbres descubiertas
Y desnudas del velo vespertino,
Abiertas del aurora ya las puertas
Por donde sale resplandor divino,
Las gentes vigilantes y despiertas
Prosiguen adelante su camino,
Los sobredichos indios en prisiones
Por algunos respetos y ocasiones.

Los cuales bien mostraban su tristeza:
Mas el cacique con humilde gesto
Pidió relajacion del aspereza,
Haciendo por señales manifiesto
Que mandaba hacer naturaleza
Evacuaciones del manjar digesto,
Lo cual se hizo sin tomar reposo
Reconociendo ser uso forzoso.

Pero como salió de la collera,
Las espaldas y calcañares vueltos,
En abajar buyendo la ladera
Todos sus pensamientos son resueltos:
Abrevia lo posible la carrera;
Pero como los perros están sueltos
Vuelan tras él y van en el alcance
Sin poder impedirles aquel lance.

Pensó hallar salud en la huida,
Por huir las zozobras de prisiones,
Y el miserable buye de la vida,
Teniendo nadie tales intenciones,
Solo ser su persona detenida
Por evitar algunos trompezones;
Y así vista la fin deste pagano
A todos los demás dieron de mano.

Prosiguen su derrota nuestras gentes,
Que repartidos van desta manera:
Doce de los mas sueltos y valientes
Perlongando la dicha cordillera,
Sin encumbrar á ver otras vertientes,
Sino subidos á media ladera;
Y por la parte baja va la resta
A vista de los doce de la cuesta.

Iba Pedro Garcia por caudillo,
Los demás son Ribera y un Lozano,
Tovar, Diego y Rodrigo Iaramillo
En parentesco y en valor hermano;
Juan de Beleño, Pedro del Castillo
Bartolomé Pareja, Juan Sedano,
Diego Garcia, y un Martin Gonzalez
Que fué de los soldados principales.

Subiendo no con poca pesadumbre
Por asperisimos derrumbaderos,
Salieron de lo alto de la cumbre
Sobre los dichos doce compañeros
De galgas infinita muchedumbre
Y número crecido de flecheros,
Con tanta grita, tantos alaridos,
Que les atormentaban los oidos.

Son grandes los temores que conciben,
Viéndose desta suerte salteados,
Por no hallar lugar sobre que estriben,
Que todos ellos son avolecanados;
Y como con las galgas los derriben,
Habian de rodar dos mil estados;
Grave peligro si subir pretenden,
Y mas crecido riesgo si descienden.

Bien como malhechor que juez prende,
Y se fortaleció con sacra linde,
El cual de dos extremos grandes pende
Y de ninguno dellos se rescinde,
Pues lo mandan matar si se defiende
Y de morir no duda si se rinde,
Y para verse libre del estrecho
Revuelve muchas cosas en su pecho:

A riesgo semejante sometida
Allí se via la compania fuerte,
Porque si sube perderá la vida,
Y si baja será hasta la muerte;
Y así su libertad mas conocida
En perplejos remedios se convierte:
Solo llamar á Dios es lo que resta,
El cual su gran bondad les manifiesta.

Pues con venir espesas y derechas
Las galgas declinaban á los lados,
Sin hacer punteria con las flechas
Por no hallarse bien acomodados;
Y acá no se valian de las mechas
Tampoco, por estar como colgados,
Padeciendo grandísima congoja
Hasta que sientan el aljaba floja.

Van luego tras el que los acaudilla
Por los derrumbaderos gateando,
Procurando tomar una cuchilla
De la ladera por do van cortando,
Que para se valer en la rencilla
Tierra mas lija les esta mostrando
Y un ensillada della mas á mano
Donde podrán hollar con pié mas llano.

Con el temor de la precipitada
Galga, van separados y disjuntos,
Que por alguno desta camarada
Pasó distancia de pequeños puntos;
Tomaron todos pues el ensillada,
Donde apenas los doce caben juntos,
Y allí los seis de nuestros andaluces
Disparan los fumosos arcabuces.

Porque seis dellos son arcabuceros
A quien toca llevar las cargas hechas,
Y los seis dellos eran rodeleros
Que los arrodaban de las flechas,
Y aunque tienen inciertos los terrenos,
Y por allí las vías son estrechas,
Todavía hicieron algun daño
Las balas en el bárbaro rebano.

Tras esto vino galga de lo alto
Sin punto declinar de la cuchilla,
La cual no dió pequeño sobresalto
A la famosa gente de Castilla;
Mas antes de llegar dió tan gran salto,
Que salvó por encima la cuadrilla:
Dan gracias al Señor omnipotente
Que los libró de riesgo tan patente.

Vido luego la gente que camina
Por lo bajo llegar indios sobrellos;
Oyen el arcabuz y la bocina
Que tocaban los bárbaros resuellos;
Y el maese de campo determina
Enviar gente para socorrellos;
Partieron luego veinte compañeros
De los mas alentados y lijeros.

Con manos y con piés iban garrando
Por aquel reventon de cuesta luenga,
Y el mas ligero dellos escarbando
Para poner el pié do se sostenga:
Pero Diego de Castro fué rodando
Sin hallar por allí do se detenga;
Y á tal punto llegó de la caída
Que ya desconfiaba de la vida.

Pero sin esperar auxiliante,
Los doce suben por las cuestas malas,
Llevando seis rodelas por delante,
Ojeando los indios con las balas;
Y como ven venir con tal semblante
Los ministros beligeros de Palas,
Tuvo por bien aquella muchedumbre
De desembarazar toda la cumbre.

Llegados á lo mas alto del puerto,
Cubiertos de sudores y encendidos,
Un valiente gandul hallaron muerto,
Tras pasados de bala los oídos,
Y de la fresca sangre rastro cierto
Por do conocen ir otros heridos;
Y allí, libres del trance riguroso,
Tomaron algun tanto de reposo.

Atalayaron bien aquella frente,
Y como ningun indio parecia,
Antes que se resfríe lo caliente
Del inmenso sudor que los cubria,
Al camino salieron á la gente
Que para su socorro les venia,
No con menos fatigas y sudores
Procurando subir á los altores.

Bajaron todos juntos la ladera,
Buscando pasos mas acomodados,
Adonde Juan de Rojas los espera
Con los demás amigos y soldados.
Apolo daba fin á su carrera
Apartándose ya destes collados;
Y así hicieron luego ranchería
Hasta velle volver siguiente dia.

Y cuando revolvía los yugales
Que sobre todos tienen el imperio,
Para restituir á los mortales
La lumbre que quitó deste hemisferio,
Los hombres y los brutos animales,
Ya fuera del nocturno captiverio,
Prosiguen adelante su jornada,
Que no hallaron desembarazada.

Pues aunque caminaron de mañana
Los fuertes y animosos peregrinos,
Mas madrugó la gente comarcana
De los habitadores convecinos,
Con armas ofensivas y con gana
De dar infame fin á sus caminos;
Y así vieron los pasos y las cuestas
Ocupadas de gentes bien dispuestas.

De largas plumas las cabezas llenas,
Djademias de oro por las frentes,
En los pechos chagualas ó patenas
Que los rayos del sol hacen patentes,
Con otras joyas de doradas venas
De las orejas y nariz pendientes,
Embijados, compuestos y lozanos
Y con arcos y flechas en las manos.

Un gamo cada cual en la soltura,
Paris en la certeza con que tira,
Al impetu primero gente dura
Y el menor un Aquiles en la ira;
La gran ferocidad de su postura
Tal, que pone temor á quien lo mira;
Y el feroz español con todo esto
Procura de ganalles el recuesto.

Requierenles, con paz primeramente,
Segun y como tienen de costumbre;
Pero la paz al bárbaro valiente
Parece que le daba pesadumbre,
Porque por dicho de la lengua siente
Que lo quieren traer á servidumbre;
Y así de flechas eran las respuestas,
Haciendo sus entrañas manifestas.

Y como se hallasen ya cercanos,
Procurando ganar el lugar fuerte,
Espadas y rodelas en las manos
Y tiros causadores de la muerte,
Soltaron *ante omnia* los alanos
Para mas á placer hacer la suerte;
Y al subir por las cuestas acia ellos,
Los indios les mataron cuatro dellos.

El Amadis con otros tan espertos,
En tanto quel primer impetu dura,
Están detrás de piedras encubiertos
Esperando sazon y coyuntura;
Y cuando della se hicieron ciertos,
Los pasos cualquier dellos apresura,
Y por el mucho cebo de su mesa
En uno y otro y otro hacen presa.

Viendo los indios tan crüenta caza
Y tan fuera de los humanos usos,
Gran multitud con ellos se embaraza
Sin orden, apretados y confusos;
Apuntan arcabuces á la plaza
Con los globos que dentro van inclusos,
Y tanta priesa dan los perdigones,
Que los indios volvieron los talones.

Bien como cuando sale de sus senos
De prúvidas abejas gran aumento,
O contra las que corren sus terrenos
O para la labor de su sustento,
Que si por aventura suenan truenos
Y corre destemplanza de algun viento,
Huyen á mas andar destes lugares
A los asientos de sus colmenares:

Así los indios viendo la caída
De sus colaterales y guajiros,
El gran ruido, trueno y estampida
Que hacen arcabuces con los tiros,
Los piés pusieron todos en huida
Con acompañamiento de suspiros,
Largando mazas, flechas y carcajes,
Coronas, djademias y plumajes.

Llevaron adelante su conquista
Los que gozaron destes vencimientos,
Y sin haber furor que los resista
Por estos altos van á pasos lentos,
Hasta llegar adonde dieron vista
A pueblos estendidos en asientos,
Y descubrieron ocho por acechos
Distantes unos de otros pocos trechos.

E porque ven el término cumplido
Que por el general les era dado,
Dejaron de correr aquel partido,
Mas fértil que otros y mejor poblado,
Y así fué con acuerdo difinido
Que no se quebrantase su mandato;
Vinieron todos en aquel decreto,
Y luego lo pusieron en efeto.

Bajáronse de aquesta cordillera
 Con orden y recato conviniente,
 Y fueron perlongando la frontera
 Que al valle de Upar tiene la vertiente,
 No cerca de la nieve, sino fuera,
 Mas bajos por ladera mas caliente;
 Y con hacer buen rato de desvio
 Pensaron todos perecer de frio.

Por ser flacos los hilos de la tela
 Que los cansados miembros les abraza,
 Y aun con tener refugio de candela,
 Estuvo cuasi muerto Juan Hogaza
 Una noche, cabiéndole la vela
 Con otros tres soldados de su traza,
 Los cuales del rigor estahan yertos
 Y a no los socorrer quedaran muertos.

Pues como les faltasen las frezadas
 Para poder sufrir tales rigores,
 Bajaron á buscar tierras templadas
 Por ser mas apacibles los calores;
 Hallaban las alturas despobladas
 Y cuasi sin ningunos moradores,
 Aunque yo dias ha que tuve nuevas
 Que los indios allí viven en cuevas.

Y es una gente vil y serranilla,
 Y su terreno de substancia flaca;
 Salióse pues la gente de Castilla
 Encaminada para Taironaca,
 Adonde se pobló la nueva villa,
 Que de novelas no hallaron vaca,
 Por ser de don Luis carta venida
 Para la gente toda, desabrída.

Diciendo que no dé repartimientos
 El general, sino por su mandado;
 Y así por sospechar malos intentos,
 Alcaldes y cabildo convocado,
 Al Castro hacen mil requerimientos
 Para que despoblase lo poblado;
 El cual lo rebusó, mas bien se entiende
 Ser el primero el que lo pretende.

El Juan de Rojas lo contradecía
 Afeando las tales intenciones;
 Instancia hizo, pero todavía
 Fueron de poco fruto sus razones;
 Y aunque no le faltaba compañía,
 Pudieron mas las otras opiniones
 Contrarias, pues salieron con su intento
 Y así desampararon el asiento.

Por Domo y Bohocó se volvió Castro,
 Y como fuese general teniente,
 Cuasi todos los mas siguen su rastro,
 A causa de querello bien la gente,
 Porque para ninguno fué padrastró
 Y á todos los tractaba noblemente.
 Juan de Rojas con guías de la tierra
 Por otra parte quiso ver la sierra.

Llevaba solos treinta compañeros,
 Todos ellos personas principales,
 Mancebos alentados y lijeros
 Que en juventud florida son iguales;
 Y destos la mitad arcabuceros,
 Y delltos el mejor Martín Gonzalez,
 Segun mostró, con tres mancebos fuertes,
 En un paso do hizo grandes suertes.

Y fué que demandando por Macinga
 Indios á Santa Marta ya cercanos,
 Cargando moradores de Gauringa
 Y de los otros pueblos comarcanos,
 Fué menester tenerse á la relinga
 Y aprovecharse bien de entrambas manos,
 Porque con arco, flecha, dardo, maza,
 A los treinta les iban dando caza.

Pues como descendiesen del altura,
 Conmovidos de bélico coraje,
 Por los acapillar en la fondura
 Del valle por do llevan su viaje,
 Habiendo de pasar un angostura
 La gente del ejército salvaje,
 Este Martín Gonzalez fué bastante
 Para que no pasasen adelante.

El y otro con sus dos rodeleros
 El paso defendieron con tal ira,
 Que como fuesen anchos los terreros
 No va de balde bala que se tira,
 Hasta quel capitán y compañeros
 En salvo se pusieron y á la mira,
 Tomando las alturas de un repecho
 Para se defender mas á provecho.

De los cuatro que vamos refiriendo
 Heridos ya los tres de dura jara,
 Se fueron poco á poco retrayendo,
 Al bárbaro cruel haciendo cara,
 Hasta que ya se fueron encubriendo,
 Donde su compañía los ampara:
 Al Gonzalez y á los demás curaron,
 Y de los tres ningunos peligraron.

Porque para curar este veneno,
 Que rarissimas veces es curable,
 El estiércol de hombre hallan bueno
 Y ha sido contrayerba saludable;
 Y aunque el olor no sea para seno,
 Por no ser apacible ni tractable,
 Deseo de escapar destas dolencias
 Hace hacer tan sucias esperiencias.

Allí hicieron noche con las guías,
 Porque la luz del sol se les aparta,
 Y antes que se pasasen horas frías,
 Ni se pudiese ver letra de carta,
 Cambaron, y dentro de dos dias
 Llegaron al ancon de Santa Marta;
 Y el Castro, mas tardío caminante,
 Llegó poco después con el restante.

Al don Luis halló mal enojado
 Porque dejó las nuevas poblaciones,
 Y sin querer mirar lo procesado,
 Requerimientos ni protestaciones,
 Lo tuvo ciertos dias mal tractado,
 En cárcel y gravamen de prisiones,
 Con otros, de quien era manifiesto
 Tener alguna culpa cerca desto.

Como viesen la cosa de mal arte,
 Y les faltase bolsa proveída,
 De gente principal del estandarte
 No pocos se pusieron en huida,
 Para poder buscar en otra parte
 Las cosas necesarias á su vida,
 Reconociendo su vivir estrecho
 Y el riesgo grande sin ningun provecho.

Mitigándose pues las tempestades
 Y los rigores del furor reciente,
 Incitado por malas voluntades,
 Metióse de por medio noble gente,
 Y al fin se celebraron amistades
 Entrel gobernador y su teniente,
 Con tal que en Poigueyca pueblo funde
 De donde mas provecho les redunde.

El Francisco Gonzalez lo relusa
 Por ver muchos soldados ya huidos,
 Y ansimismo ponía por escusa
 Estar los indios ensoberbecidos,
 Y numerosa gente ser inclusa
 Dentro de aquellos pueblos y partidos,
 Y en ir con poca gente y mal reparo
 No sucedelles bien estaba claro.

Dijo mas: que la gente que confina
 Mas á la mar, aunque venido haya
 De paz, es por gozar de la marina
 Y por las pesquerías de la playa;
 Y si cualquiera delltos se amotina,
 Nada podrá hacer cualquier que vaya,
 Y si dos ó tres dias sufren carga
 No la querrán sufrir mas á la larga.

Importunaron tanto los padrinos,
 Que con la voluntad delltos consiente,
 Con que para hacer estos caminos,
 Por haber poco número de gente,
 Vayan esta jornada los vecinos
 Y el don Luis de Rojas juntamente;
 Entraron en cabildo para ello,
 Y en efecto prometen de hacello.

Visto que los vecinos se disponen
A viaje de guerra tan dudada,
Luego Castro mandó que se empadronen
Por lista los que van á la jornada;
Mas entre tanto aquellos se componen,
Quiero yo descansar de la pasada,
Para que la desgracia sucedida
Con nuevo canto sea digerida.

CANTO SEGUNDO.

Este se cuenta cómo llegó Francisco Gonzalez de Castro á Pocigüeyca y pobló á las faldas de la sierra, y lo que mas aconteció hasta dejar el intento que habian poblado.

Por muchos casos dignos de memoria,
En diferentes tiempos sucedidos,
Es á los hombres cosa muy notoria,
Si no por ojos, si no por oídos,
Que los que salen siempre con victoria
No fácilmente pueden ser vencidos,
Por romper los que fueron vencedores
Sin temor, y los otros con temores.

Y así, según parece, no se halla
Indios de Pocigüeyca haber perdido
Con españoles alguna batalla
De muchas que con ellos han tenido,
Con carecer de cercas y muralla,
Sino lugar exento y estendido;
Y desta causa ya perdido miedo,
Esperan españoles á pié quedo.

Considerando Castro lo que toco,
Teniendo destas cosas esperiencia,
Pareciale ser intento loco
Emprender tan acerba competencia,
El número de los soldados poco,
Y de los indios mucha la potencia;
Pero por redimir prision y pena
Midió su voluntad por el ajena.

Y así, hecha la lista desta gente
Que para tal jornada mejor era,
Se hallaron ochenta solamente,
Algunos recelando la carrera,
Tanto, que por mandado del teniente
Dos ó tres se llevaron en collera,
Porque del conocido detrimento
Ninguno pretendiese ser exento.

Conviniéronse pues las camaradas
De los jinetes diestros y peones,
Las espadas y lanzas preparadas
Y sayos de tupidos algodones,
Versetes, arcabuces y celadas,
Los cascos y fornidos morriones,
Con los demás pertrechos y adherentes
De que suelen usar guerreras gentes.

El Juan de Rojas no se quedó fuera
Con oficio de principal caudillo;
Acompañólo Pedro de Ribera,
El Diego y el Rodrigo Jaramillo,
Aurada y Alatrax, Carlos de Vera
Y Juan Beleño, que era su carillo,
El capitán Maceta, Juan Cordero
Y otros que de presente no relieco.

Estos y los demás puestos á punto,
De Santa Marta hacen movimiento;
No sale don Luis con ellos junto,
Ni los vecinos dan consentimiento;
La causa debió ser, según barrunto,
No convenir dejar aquel asiento,
Porque tenían nuevas de cosarios
Y á vista muchedumbre de contrarios.

Mas á nadie lo tal fué descubierta,
Ni recelaron lance semejante,
Sino que ya salidos deste puerto,
Los soldados echados por delante,
El don Luis debajo de concierto
Había de salir con el restante;
Y así Castro camina con ochenta,
Serían de caballo como treinta.

No cesan hasta ver el señorío
De Pocigüeyca, sierra soberana,
Alojáronse cerca de aquel río
Que de la gran altura della mana,
Al cual antiguos llaman Río-Frío,
Cuyas orillas tienen tierra llana;
Y viendo de los indios el sosiego,
Determinaron de poblarse luego.

Regularon artifices la traza,
De pedimiento de los populares,
En un largo papel que se embaraza
Con cuadros do señalan los solares:
Aqui ponen iglesia y allí plaza,
Tomando los mas cómodos lugares;
Alcaldes nombran, hacen regidores
De los que les parecen ser mejores.

Después de hechas las reparticiones,
Que fueron desta tierra las primeras,
Luego con acerados segurones
De los cercanos montes y riberas
Cortaron estantillos y borcones,
Varas, soleras, latas y cubreras,
Para hacer con estos materiales
Las casas y las cercas de corrales.

Viendo los indios cómo los cristianos
Tomaban el negocio tan de veras,
Y cómo con las armas en las manos
Osaban fabricar en sus fronteras,
Acudieron de paz los mas cercanos
Con muestras apacibles y sinceras,
Ayudándoles mas de veinte dias
En obras propias y en las obras pias.

Eran al parecer sanos intentos,
Pues servian en cosas necesarias,
Trayendo siempre de sus alimentos,
Batatas y maíz, y frutas varias,
Sin que los levantados pensamientos
Pudiesen presumir cosas contrarias,
Aunque Castro como quien mas alcanza
De su paz tuvo poca confianza.

Dábasele cada cual de lo que tiene
Para tenellos gratos y pacientes,
Y Castro les decia que si viene
No es á destruir ni matar gente,
Sino de la manera que conviene
Hacellos sus amigos y parientes;
Que como tales tracten y contraten
Y que jamás se hieran ni se maten.

Que tomen nuestra fe, dejando leyes
De ceremonias rústicas y vanas
Que hacen en sus casas y caneyes,
Con ritos y costumbres inhumanas;
Que sirvan al mejor rey de los reyes
A quien sirven las gentes castellanas,
Pues es así que siéndole subyeto
Vivirán descansados y quietos.

Y que si fueren en la paz constantes,
Ellos nunca serian importunos;
Mas sus razones no fueron bastantes
Para de sus resabios ir ayunos:
Antes si pocos acudian antes,
Después jamás pudieron ver algunos,
Y así por ser tardía la venida
Su mala voluntad fué conocida.

Entendióse por cierto que Betoma,
Hombre sanguinolento, viejo cano,
A quien reconocian por Naoma,
Que sobre los caciques tiene mano,
Hizo congregacion en una loma
De los del territorio comarcano,
Y estando gran ejército presente
Quieren decir que dijo lo siguiente:

«Si alguno de vosotros me pregunta
Por cuáles ocasiones ó de dónde
Ha venido hacer aquesta junta,
Necesidad presente le responde;
Pues hay quien al compás de aquella punta
Vele sobre nosotros y nos ronde,
Nos robe, nos maltracte é inquiete
Y á su dominio duro nos subyete.

»Hacer reparos en aquel asiento,
Salida general de nuestras vías,
Certidumbre nos da ser con intento
De perturbarnos nuestras granjerías,
Y para que sin su consentimiento
No podamos gozar de pesquerías,
Que son en esta tierra no vencida
Sustento principal de nuestra vida.

»Y no de balde se les representa
Que nos ponen allí gran estrompiezo,
Y que con este solo hagan cuenta
De tenernos el pié sobre el pescuezo;
Y así yo por huir desta tormenta
Las manos y las armas aderezo,
Y mi voluntad es y me parece
Que cada cual de vos las aderece.

»Crear que buscan paz es desatino,
Segun su vecindad es sabidora,
Que si la gozan es por oro fino
Ó cosas que les pagan de demora;
Al fin quien vive cabe tal vecino
Olvida su cantar y siempre llora,
Pues tienen los subyectos á su imperio
Un mas que miserable cautiverio.

»Ingratos á cualquiera beneficio,
Y puestos en tan grande desafuero,
Que demás de morir en su servicio
Han de contribuilles el dinero;
Y entrellos el que tiene vil oficio
Se muestra mas feroz y mas severo:
El amenaza presta, voz y grito,
Desque tiene la suya sobre el hito.

»Entendidas teneis sus condiciones
Y los efectos que dellas redundan
Y cuáles pueden ser sus intenciones,
Pues que dentro de nuestras tierras fundan
Y hacen á gran priesa poblaciones,
Debajo las cautelas de que abundan,
Fingiendo paz que dellos se destierra,
So color de la cual nos hacen guerra.

»Ansí que, justa causa nos levanta
A las armas y hélicos ardores,
Para desarraigar la nueva planta
Que hacen estos locos pobladores,
Cuya fuerza no debe de ser tanta
Que baste para nos poner temores,
Pues mucha gente de mas alta guisa
Nos han dejado hasta la camisa.

»Vistes las majestades y el estruendo
De Lerma cuando vino de Castilla,
Y luego (de que yo me estoy riendo),
Aun no bien comenzada la rencilla,
A una de caballo fué huyendo
Dejando los tapices y vajilla;
Vistes la mortandad y la miseria
Del capitán Fernando de la Feria.

»Vistes que de la flor de sus soldados
Ovistes muchos vivos á las manos,
Y veis los santuarios bien poblados
De barbas desolladas de cristianos,
Con otros mil despojos que colgados
Dentro de vuestras casas teneis sanos
Por modo de blasones y ufania
Y en memoria de vuestra valentía.

»Valor de Pocigüeyca conocido
Es el día de hoy adonde quiera:
Al mas aventajado y atrevido
Oyéndola le tiembla la contera;
Y es porque nunca supo ser vencido,
Ni padeció contraste su bandera,
Antes siempre gozó de la victoria
Y ha de permanecer con esta gloria.

»Un solo lancecillo disminuye
La honra que teníamos bien puesta,
El cual á Manjarés se le atribuye
Cuando nos saltó con mano presta;
Mas fué como ladrón á muerde-huye,
Sin esperar el fin de la respuesta,
Pues por presto que fuimos en alcance
Era ya retirado con el lance.

»Mas agora que estamos vigilantes
Por estos que teneis ante los ojos,
Mayores huestes no serán bastantes
Para poneros tímidos enojos;
Antes si (como siempre) sois constantes
Habeis de mejoraros en despojos,
Y así teruan por bien, hecha la guerra,
De dejarnos vivir en nuestra tierra.

»Es pues mi voluntad acerca desto
Que'l viejo y el mancebo se prepare,
Y con volantes flechas esté presto
Aquel día que yo les señalare,
Para que las victorias ó denuestos
Ó por nos ó por ellos se declare,
Y por su mal el español entienda
Esta tierra tener quien la defienda.»

Dijo, y un vejezuelo dicho Dano
Se levantó diciendo: «Buen Betona,
Vuestro consejo me parece sano;
Mas si mi parecer aquí se toma,
No debemos buscarlos en lo llano,
Sino dejar que suban á la loma,
Pues como ya de paz les falte muestra
Ellos han de venir en busca nuestra.

»Que si para poblar en aquel puesto
No los han ocupado flacos miedos,
Al buen entendedor es manifiesto
Que no deben querer estarse quedos:
Velemos el camino y el recuesto
Y estén arcos pendientes de los dedos:
Que no faltara blanco ni terrero,
Pues tienen de subir por contadero.

»De noche no hay canino que se siga,
Que todos los tenemos derrumbados;
De día subirán con gran fatiga,
Nosotros estaremos descansados;
Y si el ardor del sol no se mitiga,
Ellos han de subir desalentados,
Y entoncez al subir de cualquier cuesta
Su muerte desastrada tienen presta.»

Oida la razon del Dano viejo,
En trances semejantes hecho callo,
Y que donde no huella por parejo
Mal puede contrastallos el caballo,
A todos pareció ser buen consejo,
Y así determinaron de tomallo,
Y con velas y espías por de fuera
Embarazaron toda la frontera.

Vista por Juan de Rojas la tardanza,
Que ya de su pacífica venida
Tiene perdida toda confianza,
Para subir arriba se convida
A procurar bulios ó labranza,
Do puedan proveerse de comida,
Porque mantenimiento les faltaba
Como faltase ya quien se lo daba.

El Francisco Gonzalez bien quisiera
Podelles estorbar estos caminos,
Diciendo cómo ya saben que espera
A su gobernador y á los vecinos,
Y no ser cosa justa salir fuera
Sin ver de sus consejos los mas dinos,
Que puestos en consulta desque vengan
Aquellos seguirán que mas convengan.

Al cual, la noble gente descontenta
Y harta de esperar, todos á una
Le respondieron que no haga cuenta
De socorro ni de venida alguna,
Sino que la salida les consienta;
Y en este caso fué tan importuna
Que con sus voluntades se conforma
Señalándoles términos y forma.

Salieron treinta y dos á la lijera,
Para por allí número pequeño:
Van Alatrax y Pedro de Ribera,
Rodrigo Jaramillo, Juan Beleño,
Diego de Fuentes y Carlos de Vera,
Que son el andaluz y el extremeño,
El Juan de Rojas que los caudilla
Juzga por invencible su cuadrilla.

Madrugan, y durante los frescos
Al pueblo suben que tienen enfrente
Los que de Pocigüeyca son señores,
Cuyos términos parte la corriente
Del río que producen sus altos,
Y en él entraron todos libremente,
Por estar sus vecinos retraídos
A los lugares más fortalecidos.

Trastórnense pajizos aposentos,
Por los que buscan áurea ganancia;
Pero según sus ricos pensamientos
Nunca se halló cosa de substancia,
Puesto caso que de mantenimientos
Crecidísima copia y abundancia,
De la cual proveyeron los costales,
Con vela de soldados principales.

Porque Alatrax y Pedro de Ribera
Con otros diez de no menos soltura,
Del alto reventón desta ladera
Tomaron luego la mayor altura,
De donde visaron más afuera
Diez indios de soberbia compostura,
Haciendo las pernetas y visajes
De que suelen usar estos salvajes.

El Alatrax, que desto se reía,
Enfucia de Amadis el bravo perro,
A todos los demás persuadía
Que fuesen á quitillos de aquel cerro;
Mas á su voluntad no respondía
Alguno dellos, por parecer yerro,
Esceptos el Ribera y un Morales,
Con un negro del Francisco Gonzalez.

Ribera y Alatrax, arcabuceros,
Puesta la coce ya sobrel estilla,
El negro y el Morales, rodeleros,
Con el perro que llevan de trailla,
Con piés más afirmados que lijeros
Llegaron á la bárbara cuadrilla,
Do luego descubrió con mil plumajes
Un emboscada grande de salvajes.

Las cuerdas de los arcos se manean,
Suenan en las muñecas los crujidos,
Por una y otra parte los rodean
Con temerosos gritos y alaridos;
Los cuatro que vinieron ya desean
Verse de los amigos socorridos:
Apuntan balas á lo descubierta,
Pero ninguno ven que caiga muerto.

Hacer buenas rodelas aprovecha;
Mas al Ribera, bala despedida,
Traspasó luego venenosa flecha
La manga del jubón, sin dar herida;
El negro se la quita con sospecha
Que fuera perdidoso de la vida,
Pero por no hacer buena rodela
Ovo de perder él la vital tela.

Porque cuando pensó que se repara
De las que descendían del cabeza,
Mortífera, crúel y dura jara
La punta le metió por el un bezo,
Y al tiempo que volvió la negra cara
Otra le segundó por el pescuezo,
De tal suerte que no fué parte cura
Para dejar de ver la sepultura.

El Amadis buscando va lugares
Donde poder cebar su duro diente,
Pero por los flecheros singulares
Aquesta prueba no se le consiente,
Pues luego le pasaron los ijares
Las duras espaldillas y la frente,
Y en el morir las más largas demoras
No pasaron de veinte y cuatro horas.

Como faltó la fuerza del cachorro,
Y el negro Juan también se les absentó,
Ninguno de los tres pensó ser horro
Ni libre de tan áspera tormenta;
Mas llegó Juan Beleño con socorro
De gente que los tímidos alientó,
Y juntos hacen tal arremetida
Que á los indios pusieron en huida,

Uno dellos ovieron á las manos
Porque les hizo rostro resistivo,
Al cual dieron castigos inhumanos
Y ajenos de católico motivo,
Pues por los intestinos y livianos
Al misero gandul empalan vivo;
Pusiéronlo después en un collado,
A vista del lugar recién poblado.

Al fin llevaron copia de alimento
Para las castellanas compañías
Y reposaron en aquel asiento
Por espacio de seis ó siete días:
Crece de Juan de Rojas el intento
De trastornar aquellas serranías;
Y así debajo destas intenciones
Al Castro le habló tales razones:

«Señor, aquí se quejan los soldados
Por estar tanto tiempo detenidos,
Y no les convenir estar parados
Las manos en los senos y dormidos;
Pues consta que de estar acobardados
Los indios se harán más atrevidos,
Y su venida es á hacer llana
La gente de la sierra comarcana.

» Su parecer es este, y aun el mío,
A causa de que tengo por muy cierto
Que la prudencia grande de mi tío
No tiene de desamparar el puerto:
Que sería notorio desvarío
Y no poco culpable desconcierto
Desarraigar del pueblo sus poderes,
En él dejando solas las mujeres.

» Hagamos por acá lo que debemos
Según el orden diere gente diestra;
Pues la paz destes indios ya sabemos
Cuán mal y por mal cabo se encabestra;
Y aun como por allá no los busquemos,
Ellos han de venir en busca nuestra;
Y si vinieren como se barrunta
De muchas partes ha de ser la junta.

» Luego mejores son mis opiniones
En illos á buscar á sus alturas;
Estorbaránse las congregaciones
Que hacen sus defensas más seguras;
Cuanto más que no son tales leones
Cuanto nos representan las pinturas:
Quel más valiente y más aventajado
Al fin es indio vil, desventurado.

» He mirado también con advertencia,
Según la población que se derrama,
Que no debe ser tanta su potencia
Cuanto dicho común nos encarama:
Por tanto dé vuestra merced licencia,
Veremos si conforman con la fama;
Pues, como digo, parecer es vano
Que nos estemos mano sobre mano.»

No hizo luego su respuesta llana
El Castro, por quedar algo suspenso;
Mas por no parecer que desordena
Lo que se le pidió tan por estenso
Le dijo: «Señor, id en enhorabuena,
Y no vais en aquella que yo pienso:
Antes permita Dios que todo sea
Así como vuestra merced desea.»

El Rojas apercibe treinta y siete
Peones castellanos y andaluces,
Porque en aquel altor donde los mete
Se habían de hallar entre dos luces;
Aprestaron un tiro falconete,
Preparan las rodelas y arcabuces,
Con el demás beligerero petrecho
Que para guerras era de provecho.

En esta coyuntura por Betoma
A ciertos capitanes fué mandado
Quitar el empalado de la loma
Y traello do fuese sepultado;
Tan furioso, que á su cargo toma
La venganza del indio justiciado,
Diciendo: «Quien te dió tan duras penas,
El me lo pagará con las septenas.»

No dijo mas, pero sus intenciones
Serían de hacer la tierra roja
Con la sangre de humanos corazones
De la gente cristiana y ortodoxa ;
La cual ya meneaba los talones
Para buscar mortífera congoja ;
Porque con el cuidado zahareño
Era para sus ojos dulce sueño.

Pues cuando soñolienta dulcedumbre
Regalaba la luz de los humanos,
Comienzan ellos á subir la cumbre,
No solo con los piés, mas con las manos,
Con gran sudor y suma pesadumbre,
Por no hallar do pongan los piés llanos
Sino cuchillas y derrumbaderos,
Donde valian poco piés lijeros.

Destilando sudor barbas y cuellos,
Aunque se caminaba con la fría,
Pudieron con sus presurosos huellos
Llegar donde una mesa se hacia ;
Allí pararon por tomar resuello
Con el recato que les convenia,
Por ser entonces cosa creedera
Haber indios que velen su frontera.

Cerca del paso y en aquella frente
Adonde les llevaban sus intentos,
Hubo ramosa ceiba y eminente,
Que sin exteriores instrumentos
Al suelo vino repentinamente
Sin padecer contraste de los vientos,
Cuyo rumor y temeroso trueno
Lo bajo y lo mas alto hizo lleno.

Apuntaron las ramas acia ellos,
Y visto que cayó sin ventisquero,
Yertos se le pararon los cabellos
Al mas aventajado compañero ;
Y así sin ver los fines ni sabellos,
Aquello se juzgó por mal agüero,
Tanto, que muchos ya de mejor gana
Volvieran á tomar la tierra llana.

Mas Juan de Rojas dijo : « No temamos
Una señal tan leve como esta,
Porque si por agüeros nos guiámos,
Que tengo por locura mantiesta,
Aquesta nos declara que bastamos
Para que no les quede casa enhiesta :
Que pues se bajan plantas con raíces,
También bajarán indios sus cervices. »

Con estas y otras cosas los anima,
Y caminaron á tomar la toma,
Hasta que se pusieron mas encima
A vista del gran pueblo de Betoma,
Do claridad de Venus les intima
Venir aquel de quien la suya toma ;
Hicieron en aquel lugar remanso
Para tomar un poco de descanso.

Luego del sol se vido la presencia
Ahuyentando la nocturna capa ;
Miran las poblaciones y opulencia
Que situadas van por una chapá ;
Como no ven quien haga resistencia,
Creer haber alguna gran solapa,
Fácil de conocer aquel secreto,
En ver aquel compás todo quiéto.

Los ojos van por una y otra via
Para ver el entrada mas segura ;
Algo mas adelante parecia
Camino que contiene gran anchura,
Y por aquella parte lo cubria
Una ramosa ceiba y espesura,
Acerca de la cual vió nuestra gente
Doce valientes indios solamente.

No cierto descuidados ni dormidos,
Pues cada cual estaba bien armado,
En las manos los arcos encogidos,
El venenoso tiro preparado ;
Los españoles viendo detenidos
Tan pocos en lugar embarzados,
Preparan y reparan las rodelas
Temiendo que los ceban con cautelas

Y estando juntos todos treinta y siete
Previenen los pertrechos que traían,
Y disparan la carga del mosquete
Por ver acia qué parte se desvían ;
Ninguno de los nuestros arremete,
Aunque los indios fingen que huían
Para metellos en un emboscada
Entre ramosas plantas ocultada.

Dejan con el mosquete seis soldados
Que guarden las espaldas, y al instante
Los demás bien compuestos y ordenados
Proceden tras los indios adelante,
Rodelas y arcabuces preparados,
Y el mas remiso dellos vigilante,
Pues por lo que ya vieron, nadie niega
Haber de padecer dura refriega.

Y así les acontece, pues apenas
Llegaban á la ceiba los primeros,
Cuando con gran furor las matas llenas
Despachan tanta fuerza de flecheros,
Cuantos enjambres salen de colmenas
En áticos y sículos oteros,
Con grita y estampida tan horrenda
Que no hablan palabra que se entienda.

No fué de tantas gotas embestido
Peñasco de la punta de Malea,
Siendo de todas partes combatido
Por bravo viento que la mar meneá,
Cuanto fué de las flechas el ruido
Que á nuestros españoles espolea,
Con piedras como puños y mas gruesas
Que sobrel escuadron caen espesas.

Están los españoles de rodillas
Detrás de las rodelas encorvados,
Cubiertas de sudores las mejillas,
Y algunos del vivir desconfiados,
Ya deseando que de las rencillas
Fuesen los duros golpes mitigados ;
Mas el grave rigor desta presura
Tanto lo ven mayor cuanto mas dura.

El furor era de quietud extraño
Por lo mover Alecto con sus alas :
Dispara quien tenia férreo caño,
Pero las punterías eran malas,
Pues no se puede ver si hacen daño
Las impelidas y nocivas balas ;
Y si tal hay que trama vital deja,
No suspira, ni gime ni se queja.

Durantes las horribles confusiones,
Apolo con sus rayos mas cercanos
Abrasa las humanas proporciones,
E ya todos los tiros salen vanos
Por encenderse tanto los cañones
Que no pueden sufrillos en las manos ;
Pero con todo esto se desea
Llevar mas adelante la pelea.

Lléganse mas al escuadron desnudo,
Y entopces arronjó brazo potente
Un guijarro rollizo tal que pudo
Al mulato Francisco de la Fuente
Hacelle dos pedazos el escudo,
Y bendelle los cascos de la frente,
El cual á pocos pasos dió caída,
Que fueron los postreros de su vida.

Desto los indios ensoberbecidos
Acudieron con otra mayor carga,
Y á muchos que vivían advertidos
Muy poco les prestó hacer adarga :
Catorce se hallaron mal heridos
Que quisieran hacer huida larga ;
Mas Rojas que gran brío manifiesta
Con aquesta razon los amonesta :

« Animo, caballeros, y osadía :
Mirad quién sois y vuestra descendencia,
Porque si no mostrardes cobardía,
Muy presto les vereis hacer ausencia ;
Pero si la mostráis, hoy es el día
En que teneis la muerte por herencia,
Pues bien veis que consiste nuestra vida
En que nuestro poder no se divida. »

El fuerte y animoso caballero
Con aquestas razones los sustenta,
Mas uno que llamaban Espadero
De sus consejos hizo poca cuenta,
Pues en volver espaldas fué primero;
Tras él ni mas ni menos todos treinta;
El Juan de Rojas del rigor horrendo
Poco á poco se iba trayendo.

Dale priesa la gente monstruosa
Por la parte mas desembarazada,
Con flecha, con pedrada rigurosa
De que centelleaba la celada;
Mas ninguno de todos ellos osa
Llegar á ver los filos del espada,
Antes como confusos y perplejos
La guerra que le hacen es de lejos.

Bien como cuando gente se congrega
Contra tigre que sale de florestas,
Que con temor ninguno se le llega
De todos cuantos armas tienen prestas,
Antes por escapar de la refriga
Desarman desde fuera las ballestas,
Y el tigre con furiosos accidentes
Les enseña las garras y los dientes:

Destá manera va haciendo cara,
Quitadas ya las plumas del almete,
Porque la dura piedra, flecha, jara,
Allí no halla cosa que respete;
Llegó donde la gente suya para,
Que fué donde dejaron el mosquete,
A la cual con modestia reprehende
Y les dice también lo que pretende.

Porque viéndolos ya como difuntos
Les dijo: «Bien será que no se enfrie
La vuelta, por venir á tales puntos,
Que no puedo saber de quién me fie;
Mas al bajar bajemos todos juntos
Sin quel uno del otro se desvie,
Porque serian términos de locos
Dividirnos en partes siendo pocos.

»Pero Juan Alatraz vaya delante
Con seis sanos y todos los heridos,
Y no sea tardío caminante:
Nosotros á la vista recogidos,
Pues como nadie huya, Dios mediante,
Podremos caminar sin ser rompidos;
Y mas abajo tomen el collado
Frontero donde el indio fué empalado.»

Aquel alto mandó que le tomasen
Y los heridos no se detuviesen,
Pero los sanos tiros disparasen
Para que los del campo los oyesen,
Porque su menester manifestasen
De tal manera que los socorriesen,
Pues desde allí sulfúreos tronidos
En el campo serian percebidos.

El Alatraz con paso no prolijo
Procuró de cumplir luego su mando
Con grandes pesadumbres y cojió
Que padeció con el herido bando;
Finalmente llegó donde le dijo,
Y estuvo los traseros esperando,
Los cuales mientras él iba huyendo
Estuvieron los indios deteniendo.

Luego Rojas compuso sus peones
Para que fuesen todos en hilera,
Y un mestizo, fulano de Quiñones,
Enanguardia fué y en delantera;
Y en recta guardia, con sus morriones,
Juan de Rojas y Pedro de Ribera;
Y á las espaldas por angosta plaza
Los indios le venian dando caza.

El Quiñones huyó por el camino
Que mas á su propósito hacia,
Viendo que con furor luciferino
Ejército cruel los perseguia;
Venciéronse de tanto desatino,
Que ya sin orden cada cual húa,
Quedando solos con la gente fiera
El maese de campo y el Ribera.

Como grave calor los fatigaba
Y la terrible sed los afligia,
El Rojas al Ribera le rogaba
Le quitase las armas que traía,
Que verdaderamente se ahogaba;
Y el Pedro de Ribera respondia:
«Vuestra merced apreste la carrera,
Que no puedo quitallas aunque quiera.»

Pues á la muerte viéndose vecino,
Tomó por parecer y por consejo
Seguir tras un mancebo vizcaíno
Que se libró de cierto gandul viejo,
Mas no del golpe con que sobrevino
Asentado detrás del pestorejo;
El cual iba saltando por el heno
Porque otro no le diese mas en lleno.

Al maese de campo le parece
Que pudiera correr con tal soltura,
Y el peso de las armas entorpece
Sus piés y corpulenta compostura;
Y pocos pasos dados, descaece
El fuerte caballero sin ventura,
Cargando tantos ánimos protervos
Como sobre cadáver negros cuervos.

Ocupase la gente canicera
En la presa que tiene de presente,
Lo cual visto por Pedro de Ribera
Convoca luego la cristiana gente;
Pero ninguno dellos hay que quiera
Volver á socorrer á su regente,
Porque todos seguían al Quiñones
Cuyos piés no hallaban trompezones:

Atajando gran parte de camino
Por no querer subir á la ladera
Adonde el Alatraz primero vino
Y segun le mandaron los espera;
El cual viendo bajar el torbellino
Que le tomaba ya la delantera,
Con los cinco que tiene determina
Bajarse por la parte mas vecina.

Como los pobres iban de huida
Por pasos de lugar inaccesible,
Y cuanto mas duró la descendida
Tanto mas la hallaron imposible,
Donde pensaron escapar la vida
Llegó la muerte con rigor terrible,
Pues de ciego temor arrebatados
Allí quedaron estos despeñados.

Los otros que húan tras Quiñones,
A causa de no ser senda bastante
Por ser angosta y altos reventones
A los lados del triste caminante,
Unos á otros daban empellones
Con gana de pasar mas adelante,
Y así por rocas y derrumbaderos
Se despeñaron otros compañeros.

Van al fin como gente sin caudillo,
Sin tener uno de otro confianza,
Haciendo siempre doble de sencillo
Por abreviar la cuenta desta danza.
Ahogóse Rodrigo Jaramillo
Con aquella fogosa destemplanza,
Con otros dos ó tres que sin heridas
Quedaron perdidosos de las vidas.

Con esta pesadumbre y agonía,
Los heridos que iban ya por llano
Al general toparon que venia,
Espoleando bien su rabicano,
Con gente de refresco que traía
Para socorro de la flaca mano,
Porque ya por los tiros y señales
Que hizo el Alatraz vieron sus males.

Vido la demás gente divertida,
Y cómo sin ningún orden procede;
Por la falda que ve menos erguida
Sube con el caballo cuanto puede;
Recoge los que halla con la vida
Procurando que nadie se le quede;
Al Juan de Rojas llama, no responde;
Pregunta dónde está, no dicen dónde.

De su salud y vida desespera
Viendo que no le dan razon patente,
Hasta tanto que Pedro de Ribera,
Postrero que huyó de la creciente,
Acabó de bajar de la ladera
Midiéndola con paso diligente,
Al cual por llegar falto de resuello
Con dificultad pueden entendedorlo.

Cansada turbacion su lengua pañá;
Pero desde que cobró mayor aliento,
Al Francisco de Castro le declara
El desastrado fin y acabamiento,
Y que ninguno dellos escapara
De manos del ejército sangriento,
Si no se detuviera todo junto
En rodear un cuerpo ya difunto.

Y que como le vido desta suerte
Dió voces á la gente que hñia;
Pero como ninguno se convierte
A le dar el socorro que pedia,
El también por librarse de la muerte
Se descolgó por do mejor podia,
Pues dilatarse mas fuera de loco
Y aprovecharse demás desto poco.

El Castro por los ruegos incentivos
De los del escuadron desbaratado,
Que como miserables fugitivos
Son poseidos de temor pesado,
Luego hizo camino con los vivos
Que vuelven al lugar recién poblado,
Do la seguridad era ninguna
Porque no se la daba la fortuna.

El no parar tomaron por regalo
Y el hñir escogian por honesto,
Escarmentados del suceso malo
Y de ver levantar en un recuesto
Al Juan de Rojas en el mismo palo
Y adonde el indio fué por ellos puesto:
Espectáculo digno de lamento
Y que causó notable sentimiento.

Gran multitud de indios vieron luego
Que se convocan por los altos puertos,
Que para descubrir el suelo ciego
Y pasos con las yerbas encubiertos
A las zavanas altas ponen fuego
Para poder hallar mas cuerpos muertos,
Cuyos miembros sirvieron de presentes
Enviados á partes diferentes.

¿Y quién duda que en este detrimento
Algunos que tenían por perdidos
No tuviesen aun vital aliento,
Entre las altas yerbas abscondidos,
Y esperaban salir en salvamento
De los nocturnos nublhos socorridos,
Como el platero Pedro de Espinosa
Dentro de cierta mata montñosa?

Este, cuando la furia se desata
Y vido la fortuna ser aviesa,
Con sed intolerable que lo mata
Y no poder hñir con tanta priesa,
Cubrióse con la sombra de una mata
Con cantidad de árboles espesa,
Acerca de la cual agua corria,
De donde con obscuridad bebia.

Allí fué detenido por dos días,
Al cabo de los cuales, con obscuro,
Por no topar con bárbaros espías,
En busca fué de puerto mas seguro;
Halló las españolas compañías
Muy apartadas ya del nuevo muro,
Reconociendo que no son bastantes
Tan pocos para guerras semejantes.

Y muchos dellos sin pedir licencia,
Viendo la tierra de peligros llena,
Determinaron de hacer ausencia
Pasándose por mar á Cartagena:
Digo en canoas, no sin diligencia,
Por el gran río de la Magdalena;
Y el Quiñones muriera sin remedio
A no poner el agua de por medio.

Viéndose los que quedan descontentos
Por no ser parte para la frontera,
Al Castro hacen mil requerimientos
Pidiéndole que luego salga fuera;
Y así desampararon las asientos
Para ir á la marítima ribera,
Hasta la ciénaga, cuyos vecinos
Eran de paz y ya todos ladinos:

Gente que de la paz no se desvía;
Pero la de los indios es tan ciega,
Que yo por cierto no me espantaria
Ser aquestos también en la refriega;
Llegados pues al indio que regia,
Por Francisco Gonzalez se le ruega
Traigan al empalado sin ventura
Para le dar terrena sepultura.

Dijo que lo hará de buena gana,
Y número de indios prevenido,
Mandóles ir por él con obscurana
Porque no fuese visto ni sentido;
Y así no bien llegada la mañana
El infelice cuerpo fué traído,
Con el cual de la suerte que podian
A Santa Marta su canino guian.

Como fuese sabida por el tío
La rota y el pesado desconcierto,
De luctuoso traje y atavio
Fué para recibir el cuerpo muerto,
Siendo sus ojos abundante río
Y de cuantos estaban en el puerto,
Por ser en sus costumbres bien compuesto,
Valiente, liberal y hombre modesto.

Luego campanas dan mudas querellas
Y suenan sus clamores y señales;
Lamentábanlo dueñas y doncellas
Presentes en aquestos funerales;
Relatan sus virtudes, y con ellas
Hechos y valentias principales;
Y con gran pompa y aparato lleno
A la tierra le dieron lo terreno.

Y para que corriese con aumento
La pesadumbre y el desasosiego,
Entre los bondos hubo movimiento,
Del cual quisiera dar noticia luego;
Mas porque por agora yo me siento
De los pesados lloros cuasi ciego,
Querria hacer pausa de presente
Y descansar primero que lo cuente.

CANTO TERCERO.

Donde se trata la rebelion de los indios de Bonda, y el orden que se tomó para ganar la fortaleza, con otras cosas en aquel tiempo acaecidas.

Al triste que persigue la fortuna,
Para que no le quede donde estribe
En darte coces es tan importuna,
Que no para hasta que lo derribe,
Por ser de condicion que, dada una,
Para dar otras muchas se apercebe;
Y así los temerosos deste dolo
Dicen « bien vengas, mal, si vienes solo».

Desta manera pues le sobrevino
Al don Luís en estas turbaciones,
Pues no bien enterado su sobrino
Ni hechas funerales oblacones,
Se levantó notable torbellino
De guerra por cercanas poblaciones,
En Bonda mayormente, gente fiera,
Cuyo suceso fué desta manera.

Habia Manjarés edificado
Un fuerte por sus faldas y raices,
De los fumosos tiros preparado
Que suelen ofendellos las narices;
Por selles este yugo muy pesado
Y querello quitar de sus cervices,
Por muchas veces y con gran brayeza
Rodearon aquesta fortaleza.

Aqueste fué turbión de cada día,
Sin interposicion de mes ni año,
De bien apercebida compañía,
O ya con claridad ó con engaño;
Y aunque bárbara gente recibía
De parte de los tiros algun daño,
Con sus flechas también hacían suertes
Y de las partes ambas hubo muertes.

Pero prolijo tiempo ya pasado,
Como vieron que no les aprovecha
Contrastar aquel fuerte fabricado,
Que siempre de mas armas se pertrecha.
No tanto por temor cuanto por grado
Se concertó la paz y quedó hecha,
Y dieron el servicio y obediencia
A quien de Manjarés cupo la herencia.

Al cual estos servían muy de gana,
Y creo que también sirven agora
A su hijo y á su mujer doña Ana
Ramírez, nobilísima señora,
Ejemplo de bondad y de cristiana
Religion, en el pueblo donde mora;
Y por obligacion ó por respecto
Los hondos la servían en efecto.

A sus ferias, contractos y mercados
Venían á los términos marinos,
Compraban cosas á que son usados,
Pero principalmente buenos vinos,
Con muestras de que estaban olvidados
De todos bellicosos desatinos,
A sus encomenderos ya subyetros,
Pacíficos, alegres y quietos.

Con estas muestras que de paz había
No fueron en la vela tan enteros
Cuanto para la vida convenía,
Demás de ser ya pocos compañeros;
Y estaba la tenencia y alcaldía
A cargo de Alvaro de Ballesteros,
El cual tenía por estar absente
Un fulano de Castro por teniente.

Dió por algunos años buena cuenta
En todós los guerreros movimientos;
Mas cuando numerábamos setenta
Y cinco ya de mas de quince cientos,
Del bárbaro rigor esperimenta
Sus golpes inhumanos y violentos,
Por astucia de meditacion luenga,
Que diremos á tiempo que convega.

A doña Ana Ramirez, que es el ama
De lo superior deste gentío,
Había consumido veloz llama
Dentro de sus solares un buhío;
Y para restaurar el daño, llama
Indios sobre que tiene señorío,
Y el Castro, capitán, de la frontera
Mandó que le trajesen la madera.

Y estos indios de Bonda la cortaban
Por el orden que Castro les decía,
Y entre tanto que al pueblo la llevaban
Pegada con el fuerte se ponía;
El grande regocijo que mostraban
Ningun intento malo descubría,
Aunque los mas traían en las manos
Hachas y segurones castellanos,

Buscando coyuntura para prueba
De sus crüeles tajos y reverses;
Y antes que la madera que se lleva
Hollase los marítimos conveses,
A los de Santa Marta vino nueva
Cómo venían naves de franceses,
De que se recibió grande congoja,
Considerada su defensa floja.

Y para dar el orden y concierto
A semejante trance conviniente,
Cabildo se mandó hacer abierto,
Adonde se juntó toda la gente
De los que residían en el puerto,
Do diga cada uno lo que siente;
Y del seso comun de la consulta
Es esta la sentencia que resulta:

Que los hombres estén en sus viviendas
Sin mostrar cobardia ni flaqueza,
Pero que las mujeres y haciendas,
Y lo mas substancial que de riqueza
Les parecían ser mejores prendas,
Luego llevasen á la fortaleza
De Bonda, pues entonces la ventura
No concedía parte mas segura.

Tuvieron estos por consejos buenos;
Y á causa de que vian las navios,
Envían adelante cofres llenos
De oro, plata y otros atavios;
No sacan las mujeres destos senos,
Porque no tienen prestos los avios
Y porque por haber vientos contrarios
No tomaron el puerto los cosarios:

Suceso de grandísima ventura
Y merced proveída por el cielo,
Pues á salir en esta coyuntura
Fuera mayor dolor y desconsuelo,
Porque la honra mas cabal y pura
Quedara derribada por el suelo,
De la manera que quedó su fuerte,
Que los indios ganaron desta suerte:

Al naoma de Bonda Macarona,
Por ladinos de malos pensamientos,
Oyéndolo tractar, se le razona
Cómo llevan mujeres y armamentos
Que tiene cada cual de su persona
A los fortalecidos aposentos;
El cual, viendo razon tan conviniente,
A su general dijo lo siguiente:

«Siento, Coendo, ser consejo sano,
Si queremos vivir vida segura,
Que no dejemos tiempo de la mano
Ni perdamos aquesta coyuntura,
Para que del ejército cristiano
Escaparse no pueda criatura;
Y agora quiero ver por esperiencia
No solo tu valor, mas tu prudencia.

»Ansi vecinos como mercaderes
Dicen que tienen en la fortaleza
Las prendas de sus hijos y mujeres
Y todos sus caudales y riqueza;
Y allí, como ya sabes, sus poderes
Son agora notados de flaqueza,
Y el alcaide con todos sus soldados
De nuestra paz están muy confiados.

»La demás gente por acá no viene,
Ni verná por agora, pues es cierto
Que dentro de sus casas se detiene,
Concordes todos de comun concierto,
Velándose segun que les conviene,
Para defensa y guarda de aquel puerto,
Adonde como suelen otras veces
Dicen venir navios de franceses.

»Conviéneme pues mucho que durantes
En la marina tales turbaciones,
Procuremos acá de ser bastantes
Para ganalles estas municiones;
Pues perder con personas semejantes
Tan buenas y adoptadas ocasiones
Será tener con íntima fatiga
Delante de los ojos una biga.

»La cual me da mas grande desconsuelo
Que por palabras puedo declararte,
Y para derriballa por el suelo,
Con lo mas fuerte de su baluarte,
Ningun tiempo nos vino mas á pelo
Ni menos advertencia de su parte,
Ni se pudo hacer aqueste hecho
Con menos riesgo ni con mas provecho.

»Reconocidas tienes las ventajas
Que tenemos, pues siempre son continas,
Y bien entenderas que no van pajas
En recoger aquellas sedas finas,
El oro, plata y las demás alhajas,
Y las mujeres para concubinas;
Las cuales cosas puestas en tu mano,
Consuma lo demás el dios Vulcano.

»Porque luego con su furor ardiente
Serán los edificios consumidos,
E yo tendré gran número de gente
Para que si los vieren encendidos,
Vayan á la ciudad incontinente
A dar mal fin á todos sus maridos;
Y aquestos estarán en el camino
Para que su mal sea repentino.

»Haslo tú de hacer desta manera,
Para que todo vaya bien guiado:
Al fuerte llegarás con la madera,
Los indios con sus hachas y cuidado,
Y al tiempo quel alcaide salga fuera
A ver si le llevaste buen recado,
Dale con el segur llaga segura
De no poder hallar humana cura.

»La hacha cortadora vaya cierta
Para que de las sienes no se yerre;
Ocupen luego la cerrada puerta
Los indios porque nadie te la cierre;
Avítese de dentro la reyerta,
Y toda cobardía se destierre;
El fuerte se recorra y ensangrienta,
Sin reservar en él cosa viviente.

»No tengo yo de estar muy divertido,
Sino con muchos indios en celada,
Porque como sintamos el ruido
Corramos á la presa deseada,
Y saquemos el oro y el vestido
Que allí tiene la gente bautizada,
Y, como dicho tengo, las mujeres
Para nuestros contentos y placeres.

»Para hacelles guerra mas sangrienta
Y por la vía que de ti se espera,
Yo creo bien que se te representa
El cómo te llevaron en collera:
Que si lo consideras es afrenta
No para la vengar á la lijera,
Porque los que viviereu adelante
Se acuerden de castigo semejante.

»Debes encomendar á la memoria
Que los de Pocjgueyca, como buenos,
Están con españoles de victoria,
Haciéndoles dejar aquellos senos;
Y á ti te consta ser cosa notoria
Que los indios de Bonda no son menos:
Sé que me entenderás é yo te entiendo,
Pues yo soy Macarona é tú Coendo.

»Aquesto haste sin que mas te diga,
De que con gente vayas de mañana,
Y carguen á los hombros una viga
Para los edificios de doña Ana;
No lleves arcos, porque no se siga
Sospecha, mas con hacha castellana
Llegará cada cual, y en vez de plantas
Hended cabezas hasta las gargantas.»

Dijo, y el general, que mayor gana
Tiene de tales trances como estos,
Abrevió la partida de mañana
Con aquellos que pudo hallar prestos
De la gente mejor y mas lozana
Veinte mancebos fuertes y dispuestos;
Y sobre sus robustos hombros carga
Una pesada viga y algo larga.

Con aquesta valiente compañía
Efectuó Coendo su viaje,
Y antes de su llegada bien se via
De los que estaban en el homenaje;
Mas sus conceptos malos encubria
Ser pocos todos y en quieto traje,
Y ya llegados al lugar frontero
Despiden de los hombros el madero.

Todos ellos están ijadeando
Como rocin que dió larga carrera,
Y con grandes bufidos anhelando
Se reclinaron sobre la madera,
Y con cansada voz sueñan llamando
Al Castro, capitán desta frontera,
Para que vea bien si le contenta
Aquella viga que se le presenta.

Y el capitán incauto ya salía
Del fuerte para donde se desea,
El cual de la manera que solía
Con aquel principal se chocarrea;
La viga tanteó que se traía;
Pero Coendo, cuando la tantea,
Alzó la hacha, y aunque hecha sierra,
Por medio de las sienes la sotierra.

Nunca herrero fué tan diligente,
Nunca tan cierto ni con tanto brio
Para hacer labor de hierro ardiente
Que sale del fogoso señorío,
Y cumple martillarlo de repente
Antes que del ardor separe frio,
Cuanto fué la presteza del Coendo
Al tiempo que dió golpe tan horrendo.

El miserable Castro dió caída,
Y en el suelo quedó pataleando,
La lumbre de sus ojos despedida,
La sangre con la vida vomitando,
Que no solo vertió por la herida,
Pero por los oídos va manando;
Y en el instante se tomó la puerta
Que para volver él tienen abierta.

Luego de golpe todos entran dentro,
En las manos las hachas aceradas:
Salen dos descuidados al encuentro,
Que muy presto quedaron sin quiéjadas:
Proceden en aquel cruel recuento
Y cogen muchas armas enlastadas;
Y al tiempo que baxan el estrago
También ellos decían: ¡Santiago!

Un Gonzalo Rodriguez fué derecho
A ver la causa destas confusiones,
Y al tiempo que pensó ser de provecho
O por sus armas ó con sus razones,
Dura lanza rompió su fuerte pecho,
Y el hierro le salió por los pulmones:
Perdió luego la fuerza y el anhelo,
Tendiéndose por el sangriento suelo.

La demás gente dentro se congrega,
Pero ninguno bien apercebido,
Por ser tan repentina la refriega,
Que todos andan como sin sentido:
En este punto Macarona llega
Con doscientos gandules al ruido;
Y así cuantos estaban en el fuerte
Acabaron con miserable muerte.

Sin reservar la bruta pestilencia
A las indias ladinas que servían,
De su propia nacion y descendencia
Y que por sus parientas conocían,
Y a niños en estado de inocencia
También despedazaban y partían,
Sin que dejen piante ni mamante
De cuanto se ponía por delante.

Mas una vieja india, lavandera,
Al tiempo del sangriento terremoto
Había con sus paños ido fuera,
Y en oyendo la gríta y alboroto
Desamparó los paños y ribera
Metiéndose por el espeso solo,
Con intenciones de llegar al puerto
A dar noticia deste desconcierto.

Que la nube del humo luego vido
Y al sol algo turbada su pureza,
Porque después que habían recogido
Los indios municiones y riqueza,
El fuego fué pegado y estendido
Por todas partes de la fortaleza,
Y tuvieron á grande maravilla
El no hallar mujeres de Castilla.

Pues segun el aviso que les dieron,
Habían ya de estar apoutadas;
Mas como sucedió que no vinieron
Por las causas que tengo declaradas,
Los cofres y las cajas recogieron
Que contenían joyas estremadas,
Las cuales repartía Macarona
Segun la cualidad de la persona.

Fueron cargados de preciosas galas,
Oro, perlas y plata gran contía,
Y á sus casas por ásperas escalas
Las piezas suben del artillería;
Llevaron polvorín, pelotas, balas
Y cuantas armas español tenía:
Espadas, cotas, lanzas, escopetas,
Que sus manos traían inquietas.

Porque para sus hélicas porfías
Aquellas aplicaron á su uso,
Ejercitándose las punterías
Por acertar al blanco que se puso,
Hasta que fué después de muchos días
El cebo de la pólvora concluso,
Y aunque no les faltaran materiales
Faltáronles peritos oficiales.

Antes pues del fatal desasosiego,
Estaban indios puestos en camino,
A quien se les mandó que visto fuego
Creyesen ser cumplido su desino,
Y á Santa Marta se partiesen luego
A pedir las albricias al vecino,
Y si tiempo ballaseu oportuno
Diesen acerbo fin á cada uno.

Era capitán destes un mancebo
De los indios de Bonda mas ladino,
Y tal que del profundo del Erebo
Nunca salió demonio mas malino:
Aqueste capitán se dijo Jebo,
Maldito hechicero y adevino;
Viendo pues ya de humo nube espesa,
Camino con sus gentes á gran priesa.

No va sin regocijos y placeres
A los puertos la bárbara caterva,
Viendo que de los prósperos haberes
A cada cual su parte se reserva,
Y que de las católicas mujeres
Les habian de dar alguna sierva,
Creiendo que las damas referidas
Estaban en el fuerte recogidas.

Llegaron á los términos marinos,
De venenosas armas pertrechados;
Mas como los rebatos son continos
Y pocas veces viven descuidados,
Hallaron á los mas de los vecinos
Encima de caballos bien armados,
A causa de decilles centinelas
Que van por la mar dos ó tres velas.

Rodea la distancia destes puertos
Por todas partes áspera montaña;
Algunos cerros tiene descubiertos
Desde donde la vista no se engaña,
Para mirar de día los conciertos
Y gente que las casas acompaña;
Y muchos de los indios que vivieron,
Por aquellos cerrillos se subieron.

Suena luego la grito y algazara,
De bárbaras cornetas ronco canto;
Del alto viene numerosa jara;
De mas abajo hacen otro tanto;
Los del pueblo de ver cosa tan rara
Poseidos están de gran espanto:
Dan arma luego, tocan atambores,
Convócanse los grandes y menores.

La gente castellana se pertrecha
A gran priesa de cuerpos y celada;
Cargan el arcabuz, arde la mecha,
Menéase la lanza y el espada;
Y por la mayor parte se sospecha
Estar la fortaleza ya tomada,
Pues si no la tuvieran destruída
No fuera su maldad tan atrevida.

Otros tienen contrarias opiniones,
Que no les pareció cosa posible;
Pero viendo que no cumplen razones
En ocasion y riesgo tan terrible,
Salen los caballeros y peones
Contra la tempestad allí visible,
Porque con gran aumento va creciendo
El ruido, la grito y el estruendo.

Las dueñas y doncellas de rodillas,
Multiplicando ruegos y plegarias,
Lágrimas riegan cándidas mejillas
Con temor de las gentes adversarias;
En la plaza se ponen las cuadrillas
Españolas, con armas necesarias,
Para que si los indios entran dentro
En escuadron les salgan al encuentro.

Pero detúvose la gente fiera
Como los vido bien apercebidos,
Contentándose con tirar de fuera
Jaculos de veneno proveídos,
Y con decilles desde la ladera
Oprobios á los hombres conocidos
Los unos y los otros á porfía;
Principalmente Jebo les decía:

« No penseis de hüiros, gallinazos,
Que no teneis navio ni guarida;
Asidos os tenemos en los lazos;
Por demás es pensar en la hüida;
A bofetones, palos y leñazos
Os hemos luego de quitar la vida:
Que no queremos vivos los maridos,
Sino las compañeras de sus nidos.

» En su poder las tienen los desnudos;
Acertádoles hemos en la vena;
Y como tienen anchos los escudos
Las heridas les dan poquita pena;
Aquellas pocas son, putos cornudos,
Audad, traednos mas de Cartagena:
Que pues teneis mestizos en las nuestras
Queremos desquitarnos en las vuestras.

» Ah don Luis! de tí tengo manciella
Por el autoridad de tu persona,
Pues trajiste guarichas de Castilla
Para servir á las de Macarona;
Quitámoste del lado la costilla;
A questa demasia nos perdona:
Que á bien librar tú quedarás viudo,
Y no solo viudo pero mudo.

» Ah Manjarés, chequito don Antonio!
¿ Adónde está tu madre mi señora?
Ella te podrá dar por testimonio
De cómo se le paga la demora,
Tu padre con nosotros fué demonio,
Y tú sigues sus pasos desde agora:
Vete, vete, rapaz, tú poco á poco,
Mira que tienes términos de loco.

» Ah, ojos de aspa tuerta, Ballesteros!
En mal cobro pusiste tu guaricha,
Tu plata, tus tapices y dineros,
Pues ella nos está haciendo chicha
Y dellos somos ya tus herederos,
Lo cual debes tener á buena dicha:
Liberal eres en pagar escote
Dádonos la mujer con larga dote.

» Tesorero Bartolomé García,
Bien puedes enviar por tu mulata,
Que por tener á cuestras tanto día
Nadie la quiere cara ni barata;
E yo si por ventura fuere mia
Dareéla sin oro y aun sin plata,
Pues yo no me contento ni me alegro
De ver tanto albayalde sobre negro.

» Ah Francisco de Castro desbarbado!
Libre puedes estar desta querella;
Pues la virgen pegada con tu lado
No perderá la sangre de doncella,
Si no fuese buscándole tocado
Que pudiese mejor satisfacella,
Que tus esfuerzos no serán bastantes
Para dalle presea con pinjantes.

» Alcalde trapacista Campuzano,
No pienses desnudarte la pelleja,
Porque pensabas ya dalle de mano
Para buscar mas nueva haceleja:
Que también por acá ningun anciano
Se precia de vestir ropa tan vieja;
Si no la compras con algun embuste,
Con ella pienso retovar un fuste.

» No tengas pesadumbres tú, Riberos,
 Por faltarte las pasas y grajea,
 Pues á trueco de muy pocos dineros
 Trairás otra mas moza de Guinea :
 Que tienen linda tez aquellos cueros
 Para podellos blanquear con brea,
 Y nosotros en las horas oscuras
 Hemos de recorrelle las costuras. »

Otras muchas afrentas y denuestos
 Decían los demás en alto grito,
 Que querer referillos, demás destos,
 Sería proceder en infinito.
 Mayormente que son tan deshonestos
 Que no suften ponerse por escrito,
 Y en los dichos mudamos elegancia,
 Puesto que no se muda la substancia.

Porque cada cual indio destos senos
 Hoy día puede ser lengua bastante,
 Y son en sus palabras tan obscenos
 Que no se vido cosa semejante;
 Y en obras de maldad no lo son menos,
 Antes el mejor es fino vergante,
 Y cuanto se concluye y se comienza
 Por ellos es notable desvergüenza.

Y así dichas aquellas sinrazones,
 Como Febo sus rayos encubria
 Y faltasen aquellas nunciones
 Que la caterva bárbara traía,
 A Bonda revolvieron escuadrones
 Para saber qué parte les cabía;
 Y cuando ya los indios iban fuera
 Salió la india vieja lavandera.

A la cual por entonces una cueva
 Nemorosa la tuvo detenida
 Con el mensaje triste que les lleva,
 Oyendo los rumores y estampida;
 Pero los indios idos, dió la nueva
 De la desgracia grande sucedida,
 Que fué causa de tierno sentimiento
 Y de sus pesadumbres gran aumento.

Las congojas que sienten son mortales
 Viendo tan encendidas las contiendas
 Y en poder de los indios sus caudales,
 Hechos señores ya de sus haciendas,
 Y juntamente con aquestos males
 Poco posible para las enmiendas;
 Hacen los mas ajenos de placeres
 Las lástimas que dicen las mujeres.

Pues el consuelo mas las desconsueta,
 Puestas en ansiosa fantasta;
 Los unos y los otros hacen vela,
 Las armas en la mano noche y día,
 Embrazada la cóncava rodela,
 La lanza y el espada relucía,
 Los caballos á punto y ensillados
 Y en una casa todos congregados.

Viéndose padecer tantos desgustos,
 Sin haber quien de sueño se confie
 Entre bárbaros fieros y robustos,
 Determinaron todos que se envíe
 Razon á Pero Fernandez de Bustos
 Para que eien soldados les avie,
 Por no ser poderosos los vecinos
 Para salir por playas ni caminos.

Pues para colmo de sus maleficios,
 Los bárbaros crüeles y bestiales
 Les mataban los indios de servicio,
 Aunque fuesen sus propios naturales,
 Ocupados en algun ejercicio
 De los que suelen ejercer los tales,
 Tanto que, para ir por agua gente,
 Escolta se hacia diligente.

Iban por entre matas advertidos,
 Por ser estos caminos mal abiertos,
 Arcabuces de balas proveidos
 Y rodeleros no menos despiertos;
 Suenan por el compás tiros perdidos
 Por descubrir engaños encubiertos;
 Y con ir con aviso y advertencia
 No siempre les valía diligencia.

Con esta confusion y flaco marte,
 El trabajo duró casi dos meses;
 El bárbaro furor por una parte
 Por otra los temores de franceses,
 Sirviéndoles de cerca y baluarte
 Solamente rodelas y paveses;
 Hasta tanto que ya de Santa Marta
 A los de Cartagena llegó carta.

Viendo Pero Fernandez la demanda
 Y las necesidades de la tierra,
 Despachó de soldados cierta banda,
 Yendo por su caudillo Yuste Guerra,
 Persona cuya lanza no fué blanda
 Y de quien negligencia se destierra,
 Pues por Malambo hizo su camino
 Y con la brevedad posible vino.

El río grande de la Magdalena
 Y el de Pesta que pasan con buen tino,
 Y aquella grande ciénaga que llena
 Hacen las ondas del licor marino,
 Huellan la larga playa y el arena
 Que confina con tierra del Dorsino,
 Siempre llevando paso presuroso
 Y sin tomar descanso ni reposo.

Por la sierra de Gaira procedieron,
 Del Yuste Guerra pasos conocidos,
 Llegan á Santa Marta, donde fueron
 Con increíble gozo recibidos;
 Cuarenta fuertes son los que vinieron
 En militares artes instruidos;
 Mas no son parte para dar castigo,
 Segun la potestad del enemigo.

Pero gozábase de mas bonanza,
 Y estaban en el pueblo mas seguros,
 Porque su defension era la lanza,
 Y las fuerzas y esfuerzos eran muros;
 Y así, vista por indios la pujanza,
 No fueron tan molestos ni tan duros,
 Teniendo cuando daban el rebato
 Un poco de temor y mas recato.

Mas otro miedo no menos molesto
 Daba sospecha de sucesos varios,
 Si vinieran al puerto descompuestos
 Entonces galeones de cosarios,
 Que fuera grande mal; y demás desto
 Faltaban alimentos necesarios,
 Porque ya de ganados y labores
 Eran indios de Bonda poseedores.

Pues esta gente bárbara y astuta
 Sin las comer mató reses vacunas,
 Y en ellas sus furoros ejecuta,
 Por lo cual las personas mas ayunas
 Solamente comian una fruta
 Que por acá llamamos aceitunas,
 Que son en las figuras aparentes
 Y en el sabor y gusto diferentes.

En este tiempo Bonda determina
 De reformar escuadras y banderas,
 Convocando la gente mas vecina
 O ya por ruegos ó amenazas fieras,
 Queriendo revolver á la marina
 Y tomar el negocio mas de veras,
 En tal manera, que de los cristianos
 Ningunos escapasen de sus manos.

Estando pues los indios con tan malas,
 Protervas y dañadas intenciones,
 El general Estehan de las Alas
 Allí llegó con siete galeones,
 Pendientes de las gabias muchas galas,
 Flamulas, gallardetes y pendones;
 También de las entenas van pendientes
 Algunos cuerpos de cosarias gentes.

Porque viniendo por los altos mares
 Navegando la filipina flota,
 Vieron dos galeones, singulares
 Cosarios, que guaban su derrota
 A los indios puertos y lugares,
 Con apacible viento, larga escota,
 Los cuales, real flota conociendo,
 Con aumento de velas van huyendo.

Mas los de la católica bandera,
Considerando ser honroso lance,
Con la presteza que águila lijera
Sigue de prestas aves el alcance,
Abrevian lo posible su carrera,
No rehusando belicoso trance,
Por ocasion patente que los llama
A los despojos y honorosa fama.

Con vela de los vientos impelida
El pirata ladron librarse piensa;
Mas como nada presta su huida,
Apercibióse para la defensa:
Suena terrible grito y estampida:
Nube grande del humo se condensa
De los sulfúreos fuegos de cañones
Y de las manuales municiones.

Aumentanse reciprocos tronidos,
Y el rüido de huecos atambores;
Hay hombres muertos, mancos y heridos;
Rompeu los aires gritos y clamores:
Los franceses al fin fueron vencidos,
Y nuestros españoles vencedores
Traen las uas hasta las riberas
Y puertos, arrastrando sus banderas.

Mas en los deste puerto, viendo tanto
Navio como junto del venia,
Aumentóse la pena y el espanto,
Pensando ser francesa compañía;
Formaron las mujeres nuevo llanto,
Y su dolor á mas andar crecía,
Hasta que vieron bien los desta villa
Ser la real armada de Castilla.

Cuanto mas se venian acercando,
Tanto mas se mitigan los suspiros,
Marido a la mujer desengañando,
Diciendo: «No teneis por qué alligiros,
Que ya los galeones van entrando,
Y hacen salva los fogosos tiros;
De Estehan de las Alas es el vuelo
Que da seguridad á nuestro suelo.

» Y á vueltas de los tiros tambien suena
Son de trompetas, voz de cherenías;
Ya los vecinos buellan el arena
Con grandes regucijos y alegrías,
Y deseamos ver la playa llena
De las recién venidas compañías.»
Con esta certidumbre se mitiga
Aquella pesadísima fatiga.

Después que fué la flota recogida
Y en los seguros puertos anclada,
Don Luis con persona conocida
Al general envia su embajada,
Que fué del parabién de la venida
Y con ofrecimiento de posada;
El cual volvió las gracias y respuesta,
Segun que suele condicion modesta.

Debajo de las ondas encubria
Ya Febo su preclara hermosura,
Y del obscuro manto se vestia
Lo llano, la ladera y el altura;
Los de la mar esperan otro dia,
Y acá durmió la gente mas segura,
Puesto que no sin guarda vigilante
Por el otro peligro circunstante.

Luego los indios que hay á la redonda,
Ladinos, segun tienen de costumbre,
Procuran avisar á los de Bonda,
Y dalles desta flota certidumbre,
Diciéndoles que hagan buena ronda,
Por ser llegada grande muchedumbre
De soldados bizarros andaluces
Y copia y abundancia de arcabuces.

Que no sien de vanas presunciones,
Sino que desde luego bagan cuenta
Que por sus odiosas poblaciones
Tiene de descargar esta tormenta,
Y que con caballeros y peones
Les tienen de hacer guerra sangrienta:
Que ya conocen españolas furias
Como jamás olvidan sus injurias.

T. IV.

Rióse destas nuevas el salvaje
Macarona, sin muestra de accidente,
Diciéndoles: «Reios del mensaje,
Y nadie haga rugas en la frente;
Pues que tenemos fuerzas y coraje
Para desbaratar doblada gente,
Porque Dorsino, Gaira, Mamatoco,
Por ser pocos espántanse de poco.

» Vengan cubiertos de armas que en la fragua
Con curiosidad herrero hizo:
Nosotros solamente con la jagüa
Pintados, y pajuelas de carrizo;
Vengan, que su tormenta será de agua,
Y acá se la daremos de granizo;
Pues de muchos mas bravos y guerreros
Sirven en atambores hoy sus cueros.

» Vengan, vengan, y sean los que fueren,
Que bien conozco gente sin cabellos,
Y sé que tantos cuantos mas vinieren
Tanta mas perdición es para ellos.
Vengan, vengan, y los que mas pudieren
A los otros esirarán los cuellos;
Pues á lo menos yo de mí confio
Que no me tienen de esirar el mio.»

Estas bravosidades fanfarronas
Se dejaba decir el gandul viejo
En el ayuntamiento de personas
Que fueron convocadas á consejo;
Y en esto todos eran macarona,
Y el mas vil al mayor era parejo:
Lo cual pasó la noche quel armada
Al puerto dicho hizo su llegada.

Después que Febo con su movimiento
Volvió su resplandor á la comarca,
Fué don Luis, cabildo y regimiento,
A ver al general, que desembarca
Con músicas sonoras y contento,
Como criado de tan gran monarca:
Vense los dos varones venerables
Con palabras y rostros amigables.

No faltó cumplimiento cortesano,
En que los dos se daban buena maña,
El uno comedido y otro urbano,
Y así tractando de cosas de España,
A la iglesia se van mano por mano
Con mucha gente que los acompaña;
Y dado fin á la divina fiesta,
Lo llevan donde está posada presta.

Y todos por huir rayos ardientes
Se recogieron á la sombra fria,
Tractando de negocios diferentes
De los que su congoja les pedía;
Mas don Luis de Rojas, que presentes
Sus injurias y pérdidas tenía,
Y para las vengar punto que obligue,
Al general habló lo que se sigue:

«Mi señor general, en ningun hecho
He visto que se mida la ventura
Tan á contento del humano pecho,
Que sin falta le dé lo que procura;
Mas hoy á mí me tiene satisfecho
En traeros en esta coyuntura,
Porque por algun tiempo se mitigue
Mal que por muchas vias nos persigue.

» Por una parte dan mil sobresaltos
Las atalayas á la mar atentas;
Por otra viéndonos de fuerza faltos
Nos cocan gentes viles y sangrientas;
Y siempre suenan por aquestos altos
Amenazas envueltas en afrentas,
De vergüenza y temor tan descompuestas,
Que ningunas yo vi mas deshonestas.

» Este es un sinsabor continuado,
Sin concedernos punto de sosiego;
Ninguno de nosotros desarmarlo
Sea con claridad ó nubló ciego,
Pues han por muchas veces intentado
A las cascas de paja poner fuego,
Guiandolo con punta de su flecha
El bart aro cruel que nos acecha.

22

» No sin inmenso riesgo deshacemos
Estos ardidés hechos con obscuro,
Porque, según os consta, no tenemos
Para nos defender cerca ni muro;
Solamente los brazos oponemos
A la ferocidad del mar te duro,
Y podrían contarse por espantos
El valerse tan pocos entre tantos.

» Mas agora que se nos representa
Por indios no confusos en acentos,
Cómo quiere venir una tormenta
Congregada de todos cuatro vientos:
Gente poca, cansada, descontenta,
Mal podrá resistir sus movimientos,
Mayormente que hacen su victoria,
Las muchas que han habido, mas notoria.

» Ayúdales á su desenvoltura
Haber ganado cierta casa fuerte,
Que no sabemos, aunque se procura.
El cómo se ganó ni de qué suerte;
Mas sabemos que no quedó criatura
Que en ella se librase de la muerte;
Pues una sola india de servicio
Vivió por estar lejos del bullicio.

» También participaron destos males
Los en aqueste puerto detenidos,
Porque teníamos nuestros caudales
En aquel mismo fuerte recogidos,
Y todos los arreos principales
De oro, plata, perlas y vestidos,
Con temor del francés, que de presente
Viamos y teníamos enfrente.

» Y si para tomar el puerto diera
El mar insano viento favorable,
Nuestro dolor y desventura fuera
En excesivo grado lamentable,
Llevando cada cual su compañera
Al fuerte por lo ser inespugnable;
Mas como negó viento la fortuna
Del pueblo no salió mujer alguna.

» Viéndonos pues en riesgo tan terrible,
Y para resistir al enemigo
Pocos soldados y ningún posible,
Por la desgracia grande que ya digo,
Teníamos por cosa conveniente
Salirnos del lugar tan sin abrigo,
Por tener un momento de reposo
En algun puerto menos peligroso.

» Pero, bendito Dios, que ya trocamos
En ratos de quietud las horas malas,
No porque con las que antes trabajamos
Estas pueden correr á las iguales,
Pero largas ó cortas descansamos
A la sombra y favor de vuestras alas,
A quien alientan águilas reales
Que vuelan sobre todas las caudales.

» Cuyo valor y potestad notoria
Do quiera gozará de vencimiento,
Y en su virtud ovistes la victoria
Del soberbio francés y violento,
Para tener, señor, alas de gloria,
Como ya las teneis de nombramiento,
Y con las del que sube hasta el cielo,
Darán las vuestras encumbrado vuelo.

» Pero no solo fué vuestra venida
Contra piratas y soberbios gallos;
Mas como la necesidad lo pida
Quiere el rey que valgais á sus vasallos,
Mayormente si van tan de caída
Que no pueden vivir sin remediallos:
E ya vereis estar desta manera
Los que residen en esta frontera.

» Y así, señor, en estos menesteres,
Uno de dos intentos son los míos
Y aun los universales pareceres,
Y son: ó nos llevar en los navíos
Con nuestras casas, hijos y mujeres,
O dejarnos aquí buenos avíos,
Para que tenga defension bastante
Un puerto tan antiguo é importante.

» Servicio fué vencer aquel cosario,
Y creed que será mas estendido
Si de lo que le fuere necesario
Aqueste puerto fuere socorrido,
Por ser tan numeroso su contrario
Y de españoles mal apercibido;
Lo cual se suplirá con cien soldados
Que nos dejéis de los mas escusados.

» Es cosa tolerable pues con esta
Gente que se nos dé y algun pterecho:
El armada no queda descompuesta,
Y nosotros salimos del estrecho
Y gran perplejidad que nos molesta,
Sin atinar á cosa de provecho;
Pues es así que quien tan poco puede
Ni sabe si se vaya ó si se quede.

» Pero dará, señor, vuestra respuesta
Desta resolucion algun indicio,
Y si, como deseo, la propuesta
Necesidad os mueve y el oficio,
Cosa notoria es y manifiesta
Que á Dios y al rey haceis grande servicio;
También por mi será reconocida
La obra mientras Dios me diere vida.

Dijo, y el general que muy atento
Estuvo hasta su postrero deajo,
Antes de responder al pedimiento
Que á los necesitados es ajejo,
Balanceaba con el pensamiento,
Segun que suele quien está perplejo;
Y así por no dar seco despidiente,
Al don Luís le dijo lo siguiente:

« Señor gobernador, bien entendida
Tenemos la necesidad presente;
Mas ya conoceréis que mi venida
Ha sido para causa diferente,
Y quel rey no me manda que divida
Algun miembro del cuerpo desta gente,
Y á mi no me seria bien contado
Eseeder ni salir de su mandado.

» Pero haré, según vuestros intentos,
Lo que puede hacer un buen amigo,
Y es daros cuatrocientos ó quinientos
Hombres para hacer un gran castigo
En las villas, lugares y en asentos
Del indio mas rebelde y enemigo,
Para que la comarca mas cercana
Quebrante su furor y quede llana.

» Yo les señalaré término cierto
Para domar el bárbaro coraje;
Y castigado bien el desoconcierto,
Brio y atrevimiento del salvaje,
Con toda brevedad vuelvan al puerto
Para que yo prosiga mi viaje:
Que poca puede ser esta tardanza
Y fácil de tomar esta venganza.

» Mi gente con deseo de preseas
De bárbaros, irá de buena gana;
Resta que para ver estas peleas
Apercibais la vuestra baquiana,
Que les enseñen las personas reas,
Y partan si es posible de mañana;
Porque de todas cosas mis soldados
Brevemente saldrán aderezados.

» Aquesta mi parece buena traza,
Pues como se castigue la frontera,
Quieto quedareis en vuestra plaza
Y hollareis seguro la ribera;
Y si cosario fuerte diere caza
A salvo podeis ir por donde quiera:
Aquesto por serviros os concedo,
En lo cual hago mas de lo que puedo.»

Dijo, y el don Luís, á quien aceto
El orden fué, según dél se percibe,
Las gracias le rindió como discreto,
Y aquello que le dan eso recibe;
Y para que se vea con efecto,
A sus soldados viejos apercibe,
Que para tomar armas son ochenta,
Entrellos de caballos como treinta.

El dicho general sacó seiscientos
Soldados que llamamos chapetones,
Con todos los guerreros ornamentos
Que piden belicosas confusiones
Y copia de fogosos instrumentos
Con las demás anejas municiones,
Escudos, pectos, colas y celadas,
Jaculos duros y arrias enastadas.

Fué de la gente que se desembarca
Por capitán Antonio de Lohera,
Con otro capitán, Héctor Abarca,
Varones respetados donde quiera,
Con otros, cada cual hombre de marca
Para poder regir gente guerrera,
Y alférezes, escuadras y sarjentos,
Que no sabré decir sus nombramientos.

Unos y otros bien apercebidos,
Y juntos en lugar que convenia.
Mandóse, porque no fuesen sentidos,
Que marchasen de noche con la fria:
Caminan pues á pasos estendidos
El Viernes Santo, venerable dia,
Hasta que se pusieron en lo llano
A la sierra de Bonda mas cercano.

Allí llegados sin haber testigos
De gente que con armas los detenga,
Para subir do están los enemigos,
Cuesta no menos aspera que luenga,
El don Luís llamó los mas antiguos
Para que den el orden que convenga
En el acometer al indio duro
Y entrar dentro del pueblo con obscuro.

Fué desta consultora compañía
Don Antonio, y el capitán Cordero,
Y el capitán Bartolomé Garcia,
En el presente tiempo tesorero,
Y Francisco de Castro, que tenia
En un buen parecer voto primero;
Y así manifestando lo que siente
En la consulta dijo lo siguiente:

» Por tres escalas suben esta roca
Enhiesta, cada cual á maravilla;
Acia septentrion por Geribuca,
A la parte del sur por Macinguilla,
Otra por medio donde se convoca
El contracto comun para la villa,
Cuyo comedio es y cuya frente
Bonde todos estamos de presente.

» La parte destas tres mas descuidada
En Macinguilla es y la mas cierta,
A causa de tener una quebrada
De grandes arboledas encubierta;
Y la gente de pié siendo guiada
Por allí, hallará segura puerta,
Pues por esotras dos mas manifestas
Es de creer que tienen velas puestas.

» El capitán Beleño será guía,
Como quien estos pasos ha corrido,
Y puede por aquella misma via
Llegar á la ciudad sin ser sentido;
Y como suele liberal espia,
Vayan á paso sordo y estendido
Los piés lijeros, tácita la huella,
Hasta poder llegar al cabo della.

» Desde lleguen al fin del pueblo, luego
Pongan á una sin hacer rüido
Á los caneyes grandes vivo fuego
Y á casas principales del partido,
Porque con el calor y humo ciego
Se desatine quien esta dormido;
Y el que saliere deste sobresalto
No le consientan ir á lo mas alto.

» Porque si se hallare gente presta
De los que siguen el contrario marte,
Cosa notoria es y manifiesta
Acudir mucha por aquella parte,
Do con espadas, arcabuz, hallesta,
Los deterná católico estandarte,
Bajando luego todos á lo llano
Pues escalera tienen á la mano.

» Sin dar lugar á selles defendida;
Pues es así quel bárbaro guerrero
Ocupará cualquiera descendida
De tres por do se va por contadero,
Y aquella no podrá ser impedida
Por estar español allí primero,
Y caer en aquel lugar que digo
Que cumple comenzar este castigo.

» La gente toda de caballo quede
En aqueste lugar adonde estamos,
Porque si mal alguno les sucede,
Que nunca plega Dios que tal veamos,
El bárbaro no haga lo que puede
Y á los desbaratados defendamos:
Esto mi probe seso comprende,
Salvo juicio del que mas entiende.»

Examinadas bien estas razones,
Todos cuantos allí fueron presentes
Se conformaron con sus opiniones,
Por no les parecer impertinentes:
Marcharon pues apriesa los peones
Con todos los recatos convenientes,
Y aunque con gran sudor y pesadumbre
Llegaron sin sentillos á la cumbre.

El capitán Beleño que guñaba,
En unos altos poco desviados
Del pueblo para donde caminaba,
En contra de concertos acordados
Mandó que se quedase Luis de Nava
Con ocho validisimos soldados,
Diciéndole quel paso defendiese
Hasta tanto que por allí volviese.

Viendo quel orden dado pervertia,
El cual era pasar mas á lo largo,
El dicho Luis de Nava le decia
Que, pues por don Luís se le dió cargo,
Viese primero bien lo que hacia;
Mas el dicho Beleño sin embargo
Le respondió: « Señor, visto lo tengo,
Y sé y entiendo bien á lo que vengo.»

Quedóse con los ocho guardando
El paso que le dijo, y el Beleño
No lo fué para quien está roncando,
Mas antes un terrible quita sueño,
Pues entró en el pueblo, y en entrando
Enciende casas el ardiente leño,
Y resplandece luego la candela
Que con velocidad por ellas vuela.

Suena junto con esto tal rüido
Y grita de los que entran, que despierta
Al bárbaro que se halló dormido,
Acudiendo con armas á la puerta:
Uno sano huyó y otro herido,
Otro que dura muerte halló cierta;
Y como despertaban moradores
Iban creciendo voces y clamores.

Los altos ocupó llama lijera
Impelida de furiosos vientos,
Barriendo con su fuerza la acera
Que tiene mas lucidos aposentos:
Nubes de humo van acia su esfera
Con negros remolinos turbulentos,
Y llenos de pavesas y centellas
Que turbaban la luz de las estrellas.

Bien como cuando la sulfúrea vena
De Quito sus ardores engrandece
En el volcán y fonda socarrena,
Y con espesos humos acontece
La tierra circunstante ser tan llena,
Quel sol se les absconde y escurece,
Y aunque distante dél, atemoriza
Al morador que vé llover ceniza:

Otra tal confusion y tan espesa
De humo revalida la conquista,
A causa de quel viento daba priesa
Y la llama veloz andaba lista
Corriendo varias partes que no cesa,
No sin impedimentos de la vista,
Por ser fastidiosos los enojos
Que humos dan á los humanos ojos.

Horrisono clamor bay por las casas,
Como lo suele dar gente menuda
De muchos que perecen en las brasas
Por carecer de paternal ayuda;
Procuran de salir á partes rasas
La doncella, casada y la viuda,
Porque la llama y el vapor ardiente
Dentro de su caney no las consiente.

Bien como cuando quiere colmenero
Hacer de dulce miel vasijas llenas,
Que ahuyenta con humo de romero
Las prúvidas abejas de sus venas,
Y sin orden el escuadron lijero
Desampara labor de sus colmenas
Con un ronco clamor y voz molesta,
Pero tal que su pena manifiesta:

Así la gente mal apercebida,
Procurando huir destas tiendas,
A truco de escapar la dulce vida
Olvidan sus alhajas y haciendas,
Con voz confusa, pero conocida;
En cuanto prometerse las cuendias;
Y así unos á otros se convocan
Con diferentes cuernos que se tocan.

Mas en el gran caney de Macarona
Tan prestas llamas levantó la paja,
Que nunca pudo dél salir persona,
Y él mismo se metió en una tinaja,
Donde de su furor se desentona,
Pues aquella le dió vez de mortaja;
Y aunque hecho carbon y consumido
Fué por insignias ciertas conocido.

Duran las confusiones del que llora
Y el gran tumulto de los ortodoxos,
Consumidora llama se empeora,
Los soplos de los vientos no son flojos;
Mas ya mostraba la gentil aurora
Sus ojos claros y cabellos rojos,
Y los flecheros y arcabuceria
Ven bien adonde hagan punteria.

Porque los indios del cuartel del cabo
Do fué concierto comenzar la quema,
Viéndose sin lision ni menoscabo,
En tomar armas no tuvieron flemma,
Con una diligencia que yo alabo
En ardir de guerra por suprema,
Y fué que, sus familias recogidas,
Procuraron tomar las tres salidas,

Por orden del fortísimo Coendo
Y de Jebo que, como no dormia,
En oyendo la grito y el estruendo
Vieron que hacer esto convenia,
Después de lo cual fueron recogiendo
Larga y desesperada compañía;
Era destos un capitán Gamita
Que desde los altores daba grito,

Diciendo: «No os loeis de la jornada
Ni de la valentía cometida,
Hasta que ya volvais á la posada,
Y la podéis contar sobre comida;
Porque si en vuestra mano fué la entrada,
No sé si podrá sello la salida;
Bien podeis alistar los calcañares,
Pues los indios aprestan los pulgares.

»Amigo Juan Beleño, yo te empeno
Mis barbas, que tuvieras mejor saco,
Si dejando vapores de beleño
Tomaras un humillo de tabaco;
Pues hoy han de tener moderno dueño
Tu celada con plumas y tu jaco,
Y estos nocturnos saltos y estas penas
Las tienes de pagar con las septenas.»

A questo dicho, desde la ladera
Con cantidad de gente bien armada,
Por arronjallos sobre la escalera
Disparan una y otra rociada;
Cercana la tenían y frontera,
Mas en cierto recodo gran celada
De la floresta, acta man derecha,
Donde ellos se desvian de la flecha.

Porque como del bárbaro vecino
Acudió mas allá furia tan brava,
No pudieron tomar aquel camino
Del alto do quedó Luis de Nava:
Diligencia que menos les convino,
Y de que nada les apoyechaba;
Y así vuelven al paso que frontero
Tenian, do se les mandó primero.

Llegando pues sobre los escalones,
Del dicho Luis de Nava no curando,
Vieron á caballeros y peones
Que abajo los estaban esperando;
Movieron todos ellos los talones,
Yendo su poco á poco caminando,
Por ser la via que llevarse debe,
Y que para los llanos es mas breve.

Y al tiempo que sus pasos encamina
El avanguardia con fumosas mechas,
De la parte del monte mas vecina
Vuela tan grande número de flechas,
Que de mejor reporte desalina,
Por venir herboladas y bien hechas;
Unos dellos se quejan, otros gimen,
Otros huyen porque no los lastimen.

Volver atrás no pueden ni conviene,
Por ser los indios número pujante,
Y el último remedio que se tiene
Es abreviar los pasos adelante;
Mas tal lluvia de flechas sobreviene
Sobre el atribulado caminante,
Que para se quitar la dura jara
Aqui gran salto dió, y allí se para.

La rezaga que ve las dilaciones
Cuando mas brevedad les convenia
Dan á los delanteros empellones
Y unos sobre otros iban á porfia
Rodando por aquellos escalones,
Y deslizando por acerba via,
Tal que por asperezas do se juntan
Se quiebran huesos y se descoyuntan.

Uno rodando va, y el otro vuela,
Otro no para hasta la quebrada,
A este no quedó diente ni muela,
Al otro se le tuerce la quijada;
Por aqui va sin dueño la rodela;
Por allí se desliza la celada,
Otro que si cayó donde no roda,
Pasa por cima dél la gente toda.

Como si con nocturno terremoto
Huyesen á lo raso del poblado,
Que con aquel ruido y alboroto
El menor y el mayor anda turbado,
Este sale desnudo, y aquel roto,
Queda Juan muerto, Pedro mal parado,
Este pide favor, aquel ayuda,
Y no pueden hallar quien les acuda:

Bien por este nivel acontecia
En esta confusion que se pregona,
Pues aquel á quien mano se pedia
Pasa de largo y el huir abona,
Porque con tal remedio pretendia
Poner en salvo sola su persona,
Sin esperar amigo que le cuadre,
Ni aun hijo que volviese por su padre.

Pues Miguel de Orozco dos tenia
En la revolucion desta batalla,
Y cuando filial favor queria,
Allí no le responde ni lo halla;
Y así murió con otros este día
A manos de la bárbara canalla,
Donde golpe cruel de mano perra
Con sus sesos regó la dura tierra.

Esta manera van dándoles caza
Hasta que los arronjan en los llanos,
Ensangrentando cada cual la maza
En generosa sangre de cristianos,
Y el escalera se desembaraza,
Donde muchos ovieron á las manos,
Pues número mayor que de cincuenta
Aquellas anchas losas ensangrienta.

Los altos aires braman con estruendo;
Aumentase de indios la pujanza,
De tal suerte que con rigor horrendo
Hasta medio del llano se abalanza
Con el Gamita, Jebo y el Coendo,
Que los animan á mayor venganza,
Sin miedo ni temor que les dé pena,
Por ser esta pasión dellos ajena.

Lüis de Nava, viéndose perdido
Y arriba con los ocho compañeros,
Por no poder cumplir lo prometido
Beleño, que escapó por piés lijeros,
Percibiendo la grito y el ruido
De indios y españoles delanteros,
Determinóse de hajar tras ellos
E irse por aquellos mismos huelllos.

Porque, según él dijo, hizo cuenta,
No pareciéndole juicios vanos,
Que en tanto que duraba la tormenta,
Y los otros andaban á las manos,
Podrían descendirse sin afrenta
Hasta ponerse junto con los llanos,
Y allí serían de peligros horros,
Por tener mas á mano los socorros.

En tal necesidad nadie pudiera
Imaginar mas cómodos consejos,
Y entonces ciertamente descendiera
Con pasos voluntarios y parejos;
Mas vieronlos venir por la ladera
Los sacerdotes ó mohanes viejos
Que estaban en un alto contemplando
La felice victoria de su bando.

Estos, mirando bien á la redonda,
Vieron venir dos grandes escuadrones
Con macana, carcaje, dardo, honda,
De Macinguilla y otras poblaciones
Con intención de socorrer á Bouda,
Vistos los fuegos y revoluciones;
Y así dan voces á los capitanes
Los cerimoniáticos mohanes,

Diciéndoles: «Haced pasos livianos,
Y abreviad lo posible la carrera:
Alcanzareis allí nueve cristianos
Que van bajando por el escalera.»
Ellos obedeciendo los dos canos,
Los piés movieron mas á la lijera,
Pero cuando llegaron al estrecho
Distaban dellos no pequeño trecho.

Viéronlos ir aprisa caminando
Cerca ya del remate de las cuestas,
Y porque no se fuesen alabando
De tales osadías como estas,
Los indios como cabras van saltando,
Los arcos prestos y las flechas puestas,
Con la grito que suelen cuando riendas
Sueltan á las rencillas y contiendas.

Volvió los ojos el Lüis de Nava,
Y conociendo ser dudoso trance,
Con suma diligencia caminaba,
Por no poder jugarse mejor lance,
Y á los demás soldados animaba
Antes que la tormenta los alcance;
Pero para correr con mas aliento
Las armas eran gran impedimento.

Ha Lüis de Nava bien armado
Con pecto y espaldar, y con espada
Que va pendiente del siniestro lado,
La cabeza cubierta con celada,
Buen arcabuz, de balas pretrechado,
Y demás de la pólvora tasada
Un calabazo grande lleva lleno
Colgando, que á su tiempo le fué bueno.

Aqueste peso y el ardor terrible
Les hace la carrera menos llana,
Y la gente bestial, incorregible,
Por su velocidad tierra les gana;
La cual con muestras de furor horrible
Cercando va la gente castellana,
Que con el arcabuz templa su vía,
Y así tirando tiros se retira.

Cada cual dellos hace lo que debe
Porque temor de muerte los convida;
Mas tal inundación de flechas llueve
En aquesta primer arremetida,
Que dos soldados buenos de los nueve
Quedaron perdidosos de la vida;
Los otros, para ir donde pretenden,
Sin perder de su vía se defienden.

Así van en demanda de los llanos
El vestido buyendo del desnudo;
Y como se hallasen ya cercanos,
Cada cual escapó por donde pudo,
Confiado de piés mas que de manos,
Y del espada mas que del escudo;
Y como van por partes diferentes
Tras ellos se dividen estas gentes.

Bien oyeron los tiros y revueltas
Y tiros de arcabuz los caballeros,
Los cuales también andan á las vueltas
Con indios, defendiendo los primeros
Que descompuestos y las armas sueltas
Bajaron de los ásperos otros;
Y de los mismos tiros coligian
Ser españoles que se defendían.

Guió pues á la sierra don Antonio
Su presto y arrendado rabicano;
Dióle su propia vista testimonio
Ser presa de dos indios un cristiano,
Cada cual dellos un feroz demonio
Segun lo tienen con pesada mano,
Y luego conoció ser Lüis de Nava,
A quien fuerza y aliento ya faltaba.

No puede con los indios lo que osa;
Vigor le falta, sobra la osadía;
Pero la destemplanza calurosa
Y el largo curso fuerzas impedia,
Y es porque nunca quiso dejar cosa
De todos los pertrechos que traía:
Con el calor aumentan el desmayo
Gelada y arcabuz y férreo sayo.

Viendo pues que su fuerza no aprovecha
Para se desasir en la porfía,
En el calabazon metió la mecha
Que relleno de pólvora traía,
Y con humo y ardor de sí desecha
Al bárbaro cruel que lo tenía,
Pues de los dos con el súbito fuego
El uno quedó muerto y otro ciego.

También al fuego dió su propio pelo,
El cual fué los vestidos encendiendo:
Terrible pena, grave desconsuelo,
Tristísimo espectáculo y horrendo;
Y así volcándose por aquel suelo,
«¡Paciencia me dé Dios!» está diciendo;
Imprimen sus palabras dolor sumo
Y el ver de cuerpo vivo salir humo.

Como cuando llegó la fatal ira
Del fuerte capitán, hijo de Alcmena,
Que don de su querida Deyanira
A muerte desastrada lo condena:
Así brama, da voces y suspira
Lüis de Nava por aquel arena,
Y cuanto con mas furia se menea
El miserable cuerpo mas humea.

El noble joven de valor altivo
Llegó con su caballo, y en llegando
Los ijares rompió del indio vivo
Y así del triste que se va quemando;
Y sin sacar la pierna del estribo,
Lo llevó pocos pasos arrastrando,
Hasta que dió con él en un alberca
O charco que tenían allí cerca.

Este fué gran alivio de sus males.....
Y porque cargan nuevos escuadrones,
Acudieron soldados principales
De fuertes caballeros y peones:
Uno fué dellos Esteban Gonzalez,
Dador de las presentes relaciones,
Cuyos hechos allí no fueron menos
Que los mas señalados y mas buenos.

Sin faltar en aquesta competencia
 En cualquier necesaria coyuntura,
 Y por dicho favor y diligencia,
 El dicho Luis de Nava tuvo cura,
 Aunque por ser pesada la dolencia
 Poder escapar della fué ventura;
 Y aun si hoy vital aura lo gobierna
 Andará cojeando de una pierna.

Estando pues allí donde la vida
 Le dieron en el charco referido,
 Se recogió la gente divertida
 Y las reliquias vivas del vencido,
 Ansi heridos como sin herida,
 Porque la multitud del atrevido
 Jebo cruel, con indomable pecho,
 Aun no se contentaba con lo hecho.

Desde que los vivos fueron congregados,
 Hallaron que faltaban muchos buenos
 Y estaban de sus armas cercenados
 Aquellos que vinieron dellas llenos.
 Los hijos de Orozco congojados
 La prenda paternal echaron menos:
 Preguntan, y afirmó testigo cierto
 Que con los demás muertos quedó muerto.

Aquesta ceridumbre les aumenta
 Las penas, las fatigas, los enojos;
 La muerte desastrada se lamenta
 Y el quedarse por bárbaros despojos:
 Era su dolor tanto, que revienta
 Por boca de los dos y por los ojos,
 Y tales son los dichos y los hechos,
 Que hacen impresion en otros pechos.

Dijo el menor al otro: «¿Qué hacemos
 Llorando sin provecho ni esperanza?
 Cumplamos con aquello que debemos
 Tomando destes bárbaros venganza.
 Pues el cómo tiempo que tenemos
 Podríase perder con la tardanza;
 Vamos, ya muerte venga, ya nos huya,
 Y no queramos vida sin la suya.»

Dijo, y ambos á dos, como leones
 Hambrientos que saltan las manadas,
 Rompieron por aquellos escuadrones
 De gentes con victorias levantadas,
 Y en los de mas gallardas proporciones
 Iban ensangrentando las espadas:
 Matan á Marocinda, Sanga, Toche,
 Y Panto vió su fin y eterna noche.

Andando de los dos la punta aguda
 Intestinos y entrañas descubriendo,
 Sin esperar favor que les acuda
 En riesgo y en peligro tan horrendo,
 Acudió don Luís con buen ayuda
 Poniendo duros frenos á Coendo,
 El cual venia contra los hermanos
 Con nube furiosa de paganos.

El don Luís los suyos solicita
 Usando de caudillo diligente;
 Con obras y palabras los incita,
 Pero los mas pelean flojamente
 Por el cansancio grande que les quita
 Las fuerzas y el calor del sol ardiente,
 Bien que con arcabuces hacen tiros
 No todos con mortíferos suspiros.

Y Anton Bocancha, negro arcabucero,
 El serpiente del arcabuz aprieta
 Contra Jebo que sale delantero
 Llamándole de perro negro jeta;
 Pero la flecha que salió primero
 En la coce le dió del escopeta,
 Y fué la punta della de tal arte,
 Que la coce pasó de parte á parte.

Al fin el barbarismo prevalece,
 Y vista la pujanza y el estruendo,
 Y que la multitud de indios crece,
 Y los cristianos iban descreciendo,
 Al don Luís de Rojas le parece
 Irse su poco á poco retrayendo,
 Llevando por delante recogidos
 Ansi los sanos como los heridos.

Mas no por eso la canalla para,
 Pues como victorioso los aqueja;
 Y entre tanto que el bárbaro dispara
 Y la gente de á pié dellos se aleja,
 Los de caballo van haciendo cara
 Al escuadron que punto no los deja
 Por arcabucos y por partes rasas,
 Hasta que los metieron en sus casas.

Y como gentes de temor exentas,
 A voces dicen: «Esperad, gallinas,
 Para que rematemos nuestras cuentas
 Al son de las cornetas y bocinas.»
 Esto decian y otras mil afrentas
 Que de poner en letras son indinas,
 Porque de las naciones es aquesta
 La mas desvergonzada y deshonesta.

Después que los metieron en los puertos,
 Revuelven los del bárbaro rebaño
 A ver sus casas y hacerse ciertos
 De su bien ó su mal con desengaño:
 Remanecieron muchos indios muertos
 Sin que pensasen ser tanto su daño;
 Recogen á difuntos sus parientes
 Poniéndoles renombres eminentes.

Pues aunque nunca gocen de victoria,
 De los indios que mueren en la guerra
 Dicen los vivos ser cosa notoria,
 Digo los moradores desta sierra,
 Aquella muerte ser la mayor gloria
 Que les puede venir sobre la tierra;
 Y así les cantan por algunos dias
 Sus grandes hechos y sus valentías.

Y en una barbacoa se procura
 Al cuerpo suponer brasas ardientes,
 Y recoger en vasos la grosura
 Por ministros que tienen competentes,
 La cual beben en tanto questo dura
 Los mas aventajados y valientes;
 Después dan al sepulcro la ceniza,
 A la cual su linaje solemniza.

Y de los españoles hecha cuenta
 De los muertos á manos y heridos,
 Huidos de la haz sanguinolenta,
 Hallaron ser entonces fallecidos
 Número que pasaba de noventa,
 Todos los mas de los recién venidos,
 Sin los que remediaron cirujanos,
 O mancos de los piés ó de las manos.

Esteban de las Alas, cuando llavo
 Pensó quedar el bárbaro guerrero,
 Oyó que lo dejaban mas ufano,
 Y en muy peor estado que primero,
 Y cómo convenia mayor mano
 Para domar esfuerzo tan entero,
 Y tomar las católicas banderas
 Aquesta punicion mas á las veras.

Considerando pues que no cumplia
 Dejar en tantos riesgos aquel puerto,
 Quiso con don Luís, que lo pedía,
 Efectuar aquel primer concierto,
 Y así dejó bastante compañía
 Para se defender del indio yerto,
 Y despidiéndose de los vecinos
 Adelante prosigue sus caminos.

Viéndose don Luís con mas pujanza,
 A la fortuna quiere dar un tiento,
 Y para tener cierta la venganza
 Fatigaba su buen entendimiento;
 Y como yo también tengo la lanza
 Cansada del pasado rompimiento,
 Quiero primero que el suceso diga
 Algun alivio dar á mi fatiga.

CANTO CUARTO.

de se cuenta cómo en sabiendo los Indios de Bonda ser ida el armamento, vinieron sobre la ciudad de Santa María; cómo se reedificó la fortaleza, con otras muchas cosas que en la reedificación acontecieron.

Los hombres honorosos que declinan
Del punto adonde estaban colocados,
Cuando contrarias partes arruinan
Honores que tenían granjeados,
Siempre sus pensamientos encaminan
A verse satisfechos y vengados,
Y mas si quien padece tal afrenta
Tiene superior á quien dar cuenta.

Pues como don Luís de Rojas era
Estimado varon y bien nacido,
Y de los hárbaros desta frontera
Fué su sobrino muerto y él vencido,
Deseaba de cualquiera manera
Cobrar algo del crédito perdido,
Porque muchos de fuera hacen pausa
Juzgando los efectos sin la causa.

Y cuando para dar un estampida
El orden mas sin riesgo tantearon,
En gente de los hondos atrevida,
Que también sus venganzas deseaba,
Supieron el armada ser partida,
Pero no del presidio que quedaba;
Y así hasta quinientos indios diestros
Determinaron dar sobre los nuestros.

Con intenciones malas y protervas
Se disponen el viejo y el mancebo;
Son guias de las pérdidas catervas
Goendo, Gamita, Maciringo, Jebo;
Y cuando ya las rociadas yerbas
Enjugaba calor del claro febo,
Ocuparon los bajos y los altos
Para dar en el pueblo los asaltos.

Hacen ostentacion de su tesoro
Puestos brazales, pechos, orejeras,
Con otras diferentes joyas de oro
Para cebar las gentes estranjeras;
Daba su resplandor luz y decoro
Al escuadron que va por las laderas
Cuando lucido rayo del oriente
Hiere las diademas de la frente.

Al claro manifiestan sus corajes
El meneo feroz y la postura,
Y aquellos sagitíferos carcajes
Cuyo veneno no consiente cura;
Todos con superbisimos plumajes,
Como de carrizal gran espesura
Cuando vellosos por las partes sumas
Producen tallos que parecen plumas.

Llegados á las partes mas vecinas,
Subidos en cerrillos y peñoles,
Tocaron las cornetas y bocinas,
Cócavos y marinos caracoles,
Llamando por sus nombres de gallinas
Á los mas conocidos españoles,
Con un título mas tan sin vergüenza
Que por su fealdad no se comienza.

Alborotóse la cristiana gente,
Y quisieron los mas apercebidos
Al encuentro salir incontinentes,
Porque les ofendian los oidos;
Mas don Luis de Rojas no consiente
Sino tener los suyos abscondidos,
Para que crean, viendo cobardía,
No ser mas gente de la que solia.

Porque los españoles presumian
Estar todos los indios ignorantes
De las defensas nuevas que tenían,
Sino que se quedaban como antes,
Y en hecho de verdad no lo sabiau;
Y si como venian elegantes
Entraran en el pueblo con sus galas,
Mas de cuatro dejaron las chaguaslas.

Mas pajecillo vil del tesorero
Recorrió los retretes y recodos,
Ladino, mas al parecer sincero;
Y tuvo tal ardid y tales modos
Que sin fallar primero ni postrero
Con granos de maiz los contó todos,
Y hecho cerca desto lo que quiso
A Jebo dió los granos y el aviso.

Vistos los granos, lo demás pregunta,
Y la respuesta fué no sin fastidios;
Porque mirada bien, della barrunta
Tener el puerto ya buenos presidios,
Y desta causa congregarse junta
Para les imponer nuevos subsidios;
Y así volvieron no con pasos lerdos
A Bonda por tomar nuevos acuerdos.

Idos los indios, hubo gran consulta
Entre los españoles de mas suerte,
En parte que sabian ser oculta
Para que lo que cumple se concierte;
Y al fin de parecer comun resulta
Primeramente levantar el fuerte,
Pues para proceder mas adelante
Era negociacion muy importante.

Previene necesarios materiales,
Sin que ladinos indios los entiendan,
Y diestros y peritos oficiales
Que las obras del fuerte comprehendan,
Con doscientos soldados principales
Para que de los indios los defiendan;
Y Castro, Torquemada, Campuzano
Y don Antonio guian esta mano.

Luego pusieron manos en la obra
Con gran hervor y viva diligencia;
Pereza falta y el deseo sobra,
Vela la discrecion y la prudencia;
Mas todo se hacia con zozobra
Por la cuotidiana resistencia
De bárbaros que tienen por injuria
El no mostrar allí toda su furia.

En esto se deleitan y recrean
Para les estorbar lo que pretenden,
Y aunque con arcabuces los ojean,
Son poca parte para que se enmienden:
Unos labran al fin y otros pelean,
Y el fuerte defendiendo los ofenden,
Pues cuantas veces son acometidos
Quedaban nueve ó diez indios tendidos.

Y aun entre muchos dias hubo dia,
Segun hombre de vista representa,
Que de la porfiada compañía
Quedaron sin la vida mas de treinta;
Mas no por eso cesa la porfia
De la bestialidad sanguinolenta,
Porque el mas flaco destas gentes todas
Reñir y pelear tiene por bodas.

Viendo pues su maldad tan obstinada
Sin dia reposar desta contienda,
Determinaron una madrugada
Poner á su furor alguna rienda,
Acometiéndoles con emboscada
Donde ninguno dellos se defienda
De los caballos diestros, si por caso
Los pudiesen sacar mas á lo raso.

Hay un monte que poco se desvia
De los ranchos que tienen fabricados,
Donde sin esperar la luz del dia
Entraron á caballo bien armados
Don Antonio y Bartolomé Garcia,
Y otros cuatro bien acreditados,
Para que si los indios acudiesen,
Los seis á las espaldas respondiesen.

Y si bajasen del cerro cercano,
Que del fuerte distaba poco trecho,
Mostrasen los demás tibia la mano
Por ensobrerhelles mas el pecho,
Porque los caballeros en lo llano
Les pudiesen herir mas á provecho,
Y allí la furiosa destemplanza
Ensangrentase filos de la lanza.

Después que se hicieron los conciertos,
Entraron cuando mas obscuro era,
Esperando que salga por los puertos
La mas lucida lumbre de la esfera:
Los caballos armados y cubiertos
De pechos, faldas, auca y testera,
Los cuales, segun el silencio tienen,
Parece barruntar á lo que vienen.

Al tiempo pues que la febea lumbre
Los rayos por las sierras estendia,
Vieron cómo bajaba de la cumbre
Armada y arriscada compañía,
Segun y como tienen de costumbre,
Y por el orden mismo que solia;
Todos al cerro van primeramente
A fin de descubrir aquella frente.

Subido Jebo con escuadron luengo
Dió voces al ejército cristiano,
Diciendo: «Ya sabeis á lo que vengo,
Subid, gallinas, daros hemos grano,
Y pues que me pedis de lo que tengo,
Estos regalos salen de mi mano.»
Con esto ladeó sus hombros anchos,
Cuya flecha llegó hasta los ranchos.

No fué cualquiera dellos menos presto
Con la grita que suelen y algazara;
Y visto por los españoles esto,
Veinte y cinco peones hacen cara,
Llegando con rodela al recuesto,
Del cual bajan los indios como jara,
Porque viendo tan pocos, están ciertos
Que podian contállos con los muertos.

Todos acuden al número poco,
Y los cristianos por sacallos fuera,
Ibause retrayendo poco á poco,
Por apartallos mas de la ladera;
Y por los alcanzar el indio loco
A los caballos dió llana carrera;
Y en oyendo las señas que desean
Baten las piernas recio y espolean.

Menéase con buen aire la lanza
De jerifaltes sueltos en la priesa,
Cada cual de los seis á quien alcanza
Las espaldas y pechos atraviesa;
Gente de pié tras ellos se abalanza;
Anda la cuchillada muy espesa;
Rompen entrañas y abren corazones
Las pelotas y duros perdigones.

El brazo se cercena con el hueso;
Llueve sangre del duro desafío;
Grande priesa les dan, mas no por eso
Ven desmayar al bárbaro gentío,
Pues cuanto su destino mas avieso,
Mostraban mas valor y mayor brío;
Y así formaron escuadron unido
Que nunca después pudo ser rompido.

Y los que ya de flechas carecian,
Que no gastaron números pequeños,
De los robustos arcos se valian,
Que no son menos que rollizos leños,
Con cuyos golpes grandes rebatian
Las lanzas, los caballos y los dueños,
Trabajando llegar á la ladera
Para se reducir al escalera.

Procuran impedirles los lugares
Los caballeros, viendo su concierto;
Mas á los sagitarios singulares
El viento mostró pelo descubierta,
Por donde traspasados los ijares
El un caballo dellos cayó muerto;
Y desta suerte van en remolino
Sin poder estorballes el camino.

Tomaron en efecto la subida,
No menos los heridos que los sanos,
Dejando diez y ocho sin la vida
De los mas señalados y lozanos;
Viéndose Jebo pues ir de vencida,
Esto habló con nuestros castellanos:
«Hoy por engaños ha sido la vuestra,
Y mañana quizás será la nuestra.

» Bien podeis regalar aquellos potros
Porque tengais socorro caballuno:
Que tras unos recuentros vienen otros,
Y no será yo menos importuno
Hasta que de nosotros ó vosotros
Uno no quede vivo ni ninguno:
Que la gente de Bonda no se cansa,
Ni fortuna podrá hacella mansa.»

Ensangrentando pues los escalones,
Con esto consolaban su zozobra;
Mas en sus alterados corazones
El placer falta y el pesar les sobra:
Los nuestros, todos libres de lesiones
Apriesa vuelven manos á la obra,
Unos tapiando y otros dando tierra
Y todos armas prestas para guerra.

Parte velan la senda y el camino
Atalayando toda la frontera;
Otros hachean el teoso pino
Y ponen en concierto la madera;
Otros mondan las ramas del espino
O planta que será buena solera
Para ranchos que dentro de los maros
Hacian para mas estar seguros.

Vivieron en aquesta coyuntura
Los de Macinga, poblacion notoria,
So color de dar paz, y por ventura
Antes no la tenían en memoria;
Mas como quien sus tierras asegura
Dieron el parabién de la victoria,
Ayudas y favores prometiendo
Para la obra que se va haciendo.

Destose recibió harto consuelo
Por los que á todas horas trabajaban,
Viendo que les venia muy á pelo
El ayuda que tanto deseaban;
Y así ya por temor, ya con buen celo,
Los bárbaros ya diellos ayudaban,
Cuya labor no fué tan sin aliento
Que no fuese con grande crecimiento.

Sabido por los bondos el ayuda
Que daban indios á los andaluces,
Procuran enviar á quien acuda
Con macanas, con flechas y gorguces,
Y entrellos de la gente mas aguda
Seis ó siete con buenos arcabuces,
Tan bien ejercitados en la mira
Que nadie dellos yerra donde tira.

Estando todos pues apercebidos,
Bajaron sin hacer vanos bullicios,
Y viendo dos ó tres indios subidos
En buhios haciendo sus oficios,
Con arcabuz despierta los dormidos
Jebo, segun se supo por indicios,
Y el muslo pasa de Juanico Minga,
Capitan de los indios de Macinga.

Cada cual de los seis luego dispara
El suyo, sin topar á quien ofenda;
Los nuestros viendo cómo se declara
Por los indios beligeras contienda,
El arma necesaria se prepara
Dejando de hacer otra hacienda;
Y así salieron todos á buscarlos,
Los seis ó siete dellos en caballos.

Puesto por orden el cristiano bando,
Arcabuces con diestros rodeleros,
En dos alas se fueron allegando
A los cerros y términos fronteros
A las alturas dellos apuntando
Con los fogosos globos y lijeros,
Donde los posesores de la roca
Aprestaron las manos y la boca.

Porque segun sus viejas condiciones
Levantán algazara, saltan, gritan,
Mas viendo humear nuestros cañones
Con gran velocidad se precipitan,
Y desde los ya dichos cerrejones
Con retorno de flechas los visitan;
Pero duraron poco, porque luego
Dejaron á los nuestros en sosiego.

Y no se supo si la despedida
 Fué porque recibieron algun daño;
 Pero quedó sin muerte ni herida
 La gente del católico rebaño;
 Mas no por eso mal aperechida,
 Antes con miedo de mayor engaño,
 Tanto, que cuando van por agua ó leña
 Arcabucean la cercana breña.

Y para descubrir maldad cubierta
 No fueron diligencias sin provechos,
 Pues un día sin verse cosa cierta
 Disparan recelando los acechos,
 Y en dos fuertes gandules abren puerla
 Dos balas por enmedio de los pechos:
 Los otros, como vieron estos muertos,
 Con grita se hicieron descubiertos.

Los cuales bien pensaron darse maña
 Entomar la venganza destas muertes;
 Mas á la grita sale la compañía
 De los que trabajaban en los fuertes,
 Y así no desamparan la montaña
 Los indios, ni pudieron hacer suertes,
 Antes se meten á lo mas espeso
 Con esperanza de mejor suceso.

Pues como gente que de sí confia,
 Este juzgaban por su mejor rato,
 Y así nunca jamás tuvieron dia
 Que se pasase sin algun rebato;
 Mas como lo pasado les dolía
 Bajaban con grandísimo recato,
 Y en los cerros cercanos y fronteros
 Subidos, les hacían estos fieros.

«¿Y de qué sirve trabajar en vano,
 Gente vil, apocada, burladora,
 Pues cuanto trabajais este verano
 Hemos de deshacer en una hora?
 ¿Quién te hizo valiente, Campuzano?
 ¡Ah Torquemada! ven por la demora:
 Las indias hilan ya vuestras desquitas
 Para meteros dentro de mochilas.»

En tanto que estas cosas sucedían,
 So color de vender mantenimiento
 Algunos otros indios acudían
 A ver la fortaleza y el asiento,
 Y en paga de las cosas que traían
 Ninguno revolvia descontento:
 Traían yucas, plátanos, ayumas,
 Manzanas olorosas, piñas, guamas.

Y un robusto gandul, de miembros llenos
 Alto, fornido, bien proporcionado,
 Llamado Tiguer, con un ojo menos,
 En varias guerras bien ejercitado,
 Con una carga de plátanos buenos
 Llegó con otros indios al mercado;
 Preguntan ¿cuánto? los que le pretenden,
 Y respondió diciendo: «No se venden;

»Pero si de vosotros hay quien pruebe
 En la lucha mis fuerzas y mis huellos,
 Deposite cualquiera que se atreve
 Dos reales de plata contra ellos;
 Y si pudiese mas, gratis los lleve
 Y á su contento pueda gozar dellos,
 Y si mis brazos fuesen mas cabales
 Quedaránseme con los dos reales.»

De la cristiana gente que se halla
 Presente, como vieron tanto brio,
 Ningunos aceptaron la batalla
 Ni salieron al dicho desafío;
 Y así cada cual dellos mira y calla
 Mostrándose con un semblante frio,
 Bien que quisieran ver este certamen
 Mas ninguno de sí hacer examen.

Mas el Antonio de Torquemada,
 Capitán señalado desta gente,
 Viéndola toda cuasi demudada
 Y uno y otro hablar confusamente,
 Con una cierta risa disfrazada,
 Al dicho Tiguer dijo lo siguiente:
 «¿Para qué quieres intentar contienda
 Adonde pierdas crédito y hacienda?

»De buena gana cada cual te escucha
 Y el mayor y el menor esta rabiando,
 Para meter las manos en la lucha
 Sin esperar mas tiempo que mi mando:
 Mira que todos tienen fuerza mucha
 Y al cabo tienes de salir llorando;
 Si con la tuya vives á contento,
 No te pongas en este detrimento.»

Responde: «Puesto caso que así sea,
 No vemos esa fuerza tan patente
 Que nie fuerce razon á que la crea
 Hasta que su valor espermentee;
 Será mi desengaño la pelea,
 Y así la pido con el mas valiente,
 Y tú ten las apuestas, si saliere,
 Para dallas á quien las mereciere.»

El Torquemada dijo: «Pues porfiás,
 Presto verás aqueste desengaño,
 Y así quiero vencer tus valentías
 Con el mozo menor que viste paño;
 Mas tus quejas después serán baldías
 Si de la lucha te viniere daño,
 Y los reales, si vencedor vienes,
 En tu bolsa haz cuenta que los tienes.»

Luego señaló cierto compañero,
 Dicho Diego Rodriguez, no menudo
 Ni grueso, pero joven: es lijero,
 Medianete de cuerpo y espaldado,
 El oficio del cual era platero
 Y en las presas de lucha nada rudo,
 En todas las posturas maña varia,
 E hijo de las islas de Canaria.

Habia por delante plaza llana,
 Bien limpia de cualquier inconveniente,
 En torno mucha gente castellana
 Y en el mismo compás bárbara gente:
 Allí con el frescor de la mañana
 Se ven el uno y otro combatiente,
 Como si fueran Hércules y Anteo,
 A lo menos iguales en deseo.

Desnudos miembros el gandul robusto
 Y limpios del paléstrico ceroma,
 Aquella parte que le dió mas gusto
 Del lugar que decimos, esa toma;
 Diego Rodriguez con vestido justo
 Muslos y partes impudentes doma:
 Ambos se van llegando con gran tiento
 Y en los rostros algun demudamiento.

Firmes los piés, los brazos estendidos,
 Entrambos iban por la llana mesa,
 Los ojos vigilantes y advertidos:
 Arremetieron para hacer presa;
 Ya los atletas dos andan asidos;
 Resuena con buñidos la dehesa;
 Bien tienen menester la plaza larga
 Segun el uno sobre el otro carga.

Ambos reguardos dan á las gargantas
 Y á las partes que pueden dalles pena;
 Las prestezas de vueltas eran tantas
 Cuantas un remolino desordena;
 La tierra se rompía con las plantas;
 Desgarros grandes bay por el arena;
 Del gran reholladero de la rueda
 Los cubria nublosa polvareda.

No reposan en unos mismos puestos
 Aquí y allí los lleva furia loca;
 Los indios que los miran hacen gestos
 Queriendo ver su Tiguer hecho roca;
 Hasta los españoles mas embiestos
 Hacían mil visajes con la boca:
 Uno se terce y otro se menea,
 Y cada cual sin pensar pelea.

Bien como cuando dos toros valientes
 Muestran sus furias en el campo verde,
 Y hacen con los golpes de las frentes
 Al ganado dormido que recuerde;
 Crecen impetuosos accidentes
 Y el que tierra ganó luego la pierde,
 Y el perdidoso vuelve mas atroce,
 Y superioridad no reconoce:

Esta manera cada cual se muestra
 En su postura y en su movimiento,
 Sin que del gran rigor de la palestra
 Se pueda declarar el vencimiento:
 Está dudosa ya la gente nuestra
 Y no menos el bárbaro convento,
 Viendo que el español en la congoja
 Cuanto trabaja mas menos afloja.

Andando pues trabada la rencilla,
 Diego Rodriguez con honroso celo
 No sé cómo se puso la rodilla
 A tiempo que le vino muy á pelo,
 Y de tal suerte fué la zancadilla
 Que dió con el gandul en aquel suelo,
 Diciendo: «Perro, ¿tú no me conoces?»
 Y dióle luego tres ó cuatro coces.

Después que sus furores ejecuta,
 Con él se fueron hasta la posada
 La gente principal desta conduta
 Por mandado del dicho Torquemada,
 Y él ocupó los dientes en la fruta
 A fuerza de sus brazos granjeada,
 Jurando que dulzuras de panales
 Para su paladar no fueran tales.

El indio Tiguer bien arrepentido
 De tomar con sus manos aquel baño,
 Fuése corriendo por quedar corrido,
 Y tuvo sentimiento tan extraño
 Que por allí jamás hombre lo vido
 Ni pareció por mas tiempo de un año;
 Pero vino después, mas no tan teso,
 Sino con un poquillo de mas seso.

Otro gandul entonces y en aquella
 Coyuntura que fué lo del atleta,
 Con gran instancia pide para vella
 Que le cargasen bien una escopeta,
 Estimulado de tirar con ella;
 Mas el soldado con razon discreta,
 Le dijo: «Mira que no te conoce
 Y sé que te dará terrible coce.»

El indio dijo: «Vete en hora fea
 Con otros á hablar esas razones,
 Que yo no tengo para qué las crea,
 Entendiendo dó van tus intenciones,
 Porque yo no soy negro de Guinea
 Para no conocer estos cañones;
 Echale la carga si quisieres,
 Y verás cómo doy do me dijeres.»

El Esteban Gonzalez enojado
 Dos cargas le metió dentro del seno,
 Redondo plomo puesto y apretado,
 De muchos tacos el cañon relleno;
 Y cuando para juego tan pesado
 A él le pareció que estaba bueno,
 De polvorin la cazoleja hecha,
 El arcabuz le dió con viva mecha.

El dispuesto gandul la coce puso
 Do la suele poner el que bien tira,
 Por do manifestaba tener uso
 Y que su blasonar no fué mentira;
 El serpentín fumoso se dispuso
 Y el blanco disponia por la mira;
 El gandul apretó la mano luego
 Y en ese mismo punto tomó fuego.

Dió tan terrible golpe y estampida
 Como si se soltara verso grueso,
 Tanto quel indio loco dió caída,
 Como la carga fué con grande esceso,
 La carne de los hombros despedida
 Y fuera de los límites el hueso:
 Llegaron muchos por tener por cierto
 Quel misero gandul estaba muerto.

Aquel que fué la causa destes males
 Para lo remediar tomó la mano,
 Que digo ser el Esteban Gonzalez
 Hoy en aqueste pueblo cirujano;
 Y con los necesarios materiales
 Dentro de pocos dias lo dió sano,
 Y el indio que hablaba de la oseta
 No quiso tirar mas con escopeta.

Cuando pasaban estas circunstancias,
 Los bondos no vivian sin bullicio,
 Mas antes salteaban las estancias
 Y en ellas captivaban el servicio,
 Aprovechándose de las substancias
 Del rústico trabajo y ejercicio,
 Y prendieron también del Torquemada
 Un negro que guardaba su manada.

Y porque desto fuese mas pesante,
 Dos indios de los desta cabalgada
 Salieron de aquel monte circunstado,
 Quedando los demás en emboscada,
 Y al Torquemada ponen por delante
 La presa que traían maniatada,
 Porque si vienen á quitar la pieza,
 A su salvo le den en la cabeza.

Y en efecto salia cierta banda
 De la gente mejor y mas hidalga,
 A causa de quel negro con voz blanda
 Y lastimosa pide quien le valga;
 Mas Torquemada con rigor les manda
 A grandes voces que ninguno salga,
 Por entender las mañas y cautela,
 Y la gran multitud quel bosque cela.

Mas un arcabucero diligente,
 Que se decia Pedro de Ribera,
 Apuntó bien con el cañon ardiente
 Al uno de los dos que estaban fuera,
 Y dióle por lo alto de la frente,
 Partiéndole por medio la mollera:
 Dos ó tres vueltas dió con desatiento,
 Perdida ya la vista y el aliento.

El otro, como vido su pariente
 Del resuello vital desamparado,
 Bió con flecha mortal á mantenido
 Al negro que traían amarrado,
 Y al compañero, de la luz absente,
 Sobre sus hombros lo llevó cargado
 A la montaña, pasos abreviando,
 Do los otros estaban esperando.

El negro, como nadie lo tenía,
 Con piés lijeros hizo su huida,
 Mas ¿qué prestó huir? Pues otro día
 Al miserable le huyó la vida,
 Sin que pudiese nuestra compañía
 Algun remedio dar á la herida;
 Los indios huyen, porque ya sus hechos
 Eran tan solamente por asechos.

Con estos ocupaban el sendero
 Esperando ver gente divertida;
 Y entonces á cualquiera compañero
 Español no sobraba la comida:
 Estaba pues un guayabal frontero
 Cerca de do tenían su manida,
 Y gente chapetona mal instruta
 Entraban á coger aquella fruta.

Y así porque tenia la celada
 Que podria cubrir el arboleada,
 El capitán Anton de Torquemada
 Con penas y amenazas se lo veda;
 Pero como con gente mal criada
 No todas veces prohibirse pueda,
 Hizo meter allí ciertos soldados
 Ocultos y de flechas preparados.

Para que si personas desmandadas
 Entrasen á los frutos referidos,
 Tirasen silbaderas despuntadas
 Que les amedrentasen los oídos,
 Y abreviasen al fuerte las pisadas
 Sospechando ser indios abscondidos,
 Porque con esta falsa diligencia
 Tuviere cada cual mas advertencia.

Abseñdióse pues Esteban Gonzalez,
 Y con él Aravaca su vecino:
 Luego vieron llegar á los fruitales
 Un Izaguirre, mozo vizcaino,
 Con otros dos mancebos sus iguales,
 Los cuales con hambriento desatino
 Comienzan á comer del fruto bueno,
 Y á meter en la boca y en el seno.

Los abscondidos tras matas fronteras
 Por ponelles temores y escarmiento
 Tiraron tres ó cuatro silbaderas;
 Huyen los vizcainos al momento
 Como tres velocisimas galeras
 Impelidas de remos y de viento,
 Y á grandes voces dicen deste modo:
 «Arma, arma, que viene sierra todo.

» Por orden luego, buenos escuadrones,
 Daca, rodela grande y azagaya,
 Porque, juras á tal, flechas montones
 Venian sobre hijos de Vizcaya.»
 Causaron estas voces turbaciones,
 Y nadie dellos sabe dónde vaya
 Porque de ningun indio ven la cara.
 Ni suena de contrarios algarazara.

Echan sillas y frenos á rocinés,
 Previénense las armas que convienen,
 Y con alborotados desatinos
 Preguntan todos por adónde vienen,
 Y respondianles los vizcainos:
 «Guayabos abscondidos te los tienen,
 A mal viaje bagas salvajina,
 Y como tiras flecha que rechina.»

Andando pues la gente negociada
 Aunque ningun contrario se divisa,
 El capitán Anton de Torquemada
 Apenas puede comportar la risa;
 Todavía con voz disimulada,
 Sin descubrir el hecho, les avisa
 A todos que procuren adelante
 No se poner en riesgo semejante.

Con aqueste temor se reportaban
 Aquestas gentes ya menesterosas,
 Y así cuando la fruta procuraban,
 Llegaban muchos, y ante todas cosas
 Aquellas partes arcabuceaban
 Que parecían ser mas sospechosas,
 Y en tanto que en coger los unos tardan,
 Otros los velan, miran y reguardan.

Però los alimentos mas granados
 Como de la ciudad los esperasen,
 Torquemada mandó trece soldados
 Para que los caminos franqueasen;
 Los bondos pues no son tan descuidados
 Que no los viesen luego y asechasen,
 Encubriéndose cerca de sus huellos
 Para cuando volbiesen dar con ellos.

Fueron los trece acia Mamatoco
 Para ver si venia bastimento;
 Los indios en la parte que ya toco,
 Perseverantes en su mal intento,
 Vieron tres de caballo desde á poco
 Que de los trece van en seguimiento;
 Dejaronlos pasar por ir armados
 Y los caballos bien encubiertos.

Pues como la primera compañía
 Llevase limitado su camino,
 Paró segun el orden que traia
 Para volver al fuerte de do vino,
 Viendo que de la mar nadie venia,
 Y se llegaba tiempo vespertino;
 Mas luego sin pasar mucha tardanza
 La gente de caballo los alcanza,

Diciéndoles que vuelvan al instante
 Donde quedaba la demás compañía,
 Porque los tres pasaban adelante
 Hasta ver la ribera quel mar baña,
 Y que no hallarán quien los espante
 En la senda que va por la montaña,
 Por pasar ellos sin que se sintiese
 Alguna cosa que de riesgo fuese.

Por esto los peones, sin sospechas
 De los indios que estaban emboscados,
 Apagaron el fuego de las mechas
 Algunos neciamente confiados;
 Pues en entrando caen tantas flechas
 Como gotas espesas de nublados,
 Y antes que se revuelva ni se valga
 Al Caravaca hieren en la nalga.

Con otra le pasó tupido sayo
 Al Esteban Gonzalez un mozelto:
 La barriga rompió, mas á zozlayo,
 Causándole tan intimo recelo
 Que con el golpe grande y el desmayo
 Tocó con las espaldas en el suelo,
 Y al mismo punto con furor insano
 Salieron ocho por echalle mano.

Però hallóse junto Juan de Alba,
 Fidalgo portugués, que lo levanta,
 Y al tiempo que de aquel riesgo lo salva
 Una flecha llegó con fuerza tanta
 Que voló la montera de la calva,
 Clavándole con la frontera planta,
 Y allí se la dejó clavada y rota,
 Segun están orejas en picota.

Pues como la canalla los lastima,
 Y pone turbacion al mas entero,
 Bartolomé Carrasco los anima,
 Mancebo cordobés arcabucero,
 Y los llevó hasta poner encima
 Del mogote mayor que está frontero,
 Donde con brevedad mechas encienden,
 Y con los arcabuces se defienden.

Viendo que los cristianos representan
 Quererse defender y aun ofendellos,
 Los indios con lo hecho se contentan,
 Y antes de les venir nuevos resuellos
 Del emboscada huyen y se absentan,
 Sin padecer desdén ninguno dellos;
 Luego del fuerte salen andaluces
 Al estampido de los arcabuces.

Llegaron muchos bien apercebidos
 Para los socorrer en la presura;
 Però como los indios eran idos,
 Y nadie suena por el espesura,
 Recogieron al fuerte los heridos
 Para ponellos en dudosa cura,
 Y aunque cortaron carne y hubo fuego
 El pobre Caravaca murió luego.

Otro soldado, que se dijo Teva,
 Segun dicen, del reino de Toledo,
 Un sutilísimo rasguño lleva
 Entre las coyunturas del un dedo;
 Nunca se hizo medicinal prueba,
 Porque su poquedad no puso miedo,
 Però rabiando concluyó la vida,
 Con no tener semeja de herida.

Quedó herido pues en la barriga
 El Esteban Gonzalez, cirujano,
 Y padeció martirios y fatiga
 Cauterizado por ajena mano;
 No se guarda, recata ni se abraiga,
 Y con hacer escesos quedó sano:
 Tiene salud y vida de presente
 Y es en aqueste pueblo residente.

Al tiempo pues que ya tenían llenas
 De tierra las paredes de los muros,
 Y en torno levantadas las almenas,
 A cuyo respaldar estén seguros,
 Y en lo mas bajo prevenciones buenas
 Que puedan contrastar males futuros,
 El don Luís envia nueva cierta
 De que tienen cosarios á la puerta;

Y que para defensa de la playa,
 Do cada cual tenia su hacienda,
 La poca fuerza della lo desmaya,
 Pues no son parte para poner rienda;
 Y así se les mandó que luego vaya
 Presidio largo con que se defienda;
 Y en cumplimiento desto Torquemada
 Envio gente bien aderezada.

Y como por sus letras les espresa
 Que corria notable detrimento,
 Los soldados se dieron tanta prisa
 Por escusar aquel desabrimiento,
 Que llegaron, segun fué su promesa,
 En menos de tres horas mas de ciento.
 A hora deseada y oportuna,
 Pues ellos y el francés fueron á una.

El cual, reconocida la falanga
Que de gente de pié se muestra fuera,
Y de los de caballo buena manga,
Que también rodeaban la frontera,
Volvió con sus navios á Taganga,
Ancon de los que tiene la ribera,
Donde luego surgió y en tierra salta
A fin de tomar agua que le falta.

Sabiendo don Lúis cómo tenía
El puerto que decimos ocupado,
Allá llevó por tierra compañía,
De cuyo valor iba confiado,
Y con los arcabuces que traía
Lo hizo retirar mal de su grado,
Y á vela y remo sale de los puertos
Con algunos heridos y otros muertos.

Salidos á la mar los luteranos,
Huyendo del beliger rebato,
Los que para robar quedaron sanos
Recompensaron el pasado rato
Con venillas á dar entre las manos
Una naveta del comun contrato
Que traía de mas de marineros
Alguna cantidad de pasajeros.

Holgarónse con las mercaderías,
Por ser la cargazon de blanco y tinto,
Y con aquellas presas compañías
Volvieron al ancon que llaman Cinto,
Donde se detuvieron ciertos dias,
Que llegaron á ser número quinto,
Y resgataron oro y otros dones
Con los indios que moran los ancones.

Entre tanto los hondos avisados
De todos los negocios sucedidos
Y de cómo los mas de los soldados
A defender los puertos eran idos,
Al fuerte vienen bien aderezados,
Donde estaban los pocos recogidos;
Cercólos luego bárbara corona
Por mandado del nuevo Macarona.

Los buhíos y ranchos que están fuera
Primeramenté fueron encendidos;
La vocería de la gente fiera
Rompe los aires con sus alaridos;
El encerrado capitán espera
Cuando serán los muros combatidos,
Para que visto tiempo conveniente
Eu su defensa haga lo posible.

Llegaron pues los indios inquietos,
Encaminando flechas por la cumbre;
Españoles callados y secretos
A los cargados tiros ponen lumbre,
Pero no fueron tales los efectos
Que pudiesen causales pesadumbre,
Por llegar, temerosos del engaño,
Por donde no les puede venir daño.

Y ellos tiemplan la vira cuando hieren
Los altos aires por do va derecha
Con tiento tan sagaz, que lo que quieren
Enclavan á la vuelta con la flecha;
Por estas vias españoles mueren,
Si maña no les da cubierta hecha,
Y agora ya ninguna les acierta
Por tener un terrado por cubierta.

Combatian los fuertes aposentos
Segun que suele furiosa saña,
Mas no pueden salir con sus intentos
A causa de no darse buena maña;
De mas de que faltaban instrumentos
Del globo que los muros desentraña;
Pero duraron sin cesar porfias
Espacio de dos noches y dos dias.

Y como don Lúis ya conocia
Las inmites y duras condiciones
Que el inquieto bárbaro tenia,
Temíendose de sus alteraciones,
Dándoles provision, al tercer dia
Mandó volver aquellos escuadrones;
Y cuando descubrieron por los llanos
Dejaron el empresa de las manos.

Apartáronse del alojamiento;
Pero no de sus mañas y reverses,
Pues para no venir en rompimiento
Necesidad les hizo ser corteses;
Y dicen que salieron con intento
De se comunicar con los franceses,
Por saber que se estaban reparando
Y en el ancon de Cinto resgalando.

Tuvieron luego por aviso cierto
Haber de Cinto ya hecho desvío,
Dejando mal parados en el puerto
Los que robaron en aquel navio,
Do ninguno dejara de ser muerto
A no les socorrer con buen avio
El don Lúis que de un indio ladino
Tuvo razon del mal que les avino.

Y así certificado, mandó luego
Que fuesen al ancon treinta soldados
Para sacallos del insano fuego
De que estaban los pobres rodeados;
Y por estar el mar en gran sosiego
Fueron en seis canoas aviados,
En las cuales llegaron al abrigo
Donde estaban los náufragos que digo.

En la sobresaltada compañía
El gozo y el contento fué supremo,
Y de tal cualidad el alegría,
Cuando vieron llegar cristiano remo,
Cuanta puede sentir el que se via
De peligro mortal en el estremo,
Y teniendo por cierta su caída
Sobrevino socorro de la vida.

De lo que se les dió comen y beben;
Quiérentos embarcar, y de repente
Los vientos circunstantes el mar mueven
Con tal furor que no se les consiente;
Parécetes á todos que no deben
Fiarse del cerúleo tridente;
Desvíáronse pues de la mar fonda,
Y por tierra se fueron hasta Bonda.

Quedaron en el fuerte detenidos
Los que del francés fueron salteados,
Tostados, lacos y descoloridos,
Y desnudos, descalzos, destocados;
Pero de su pobreza de vestidos
Repartieron con ellos los soldados,
Hasta que diese provision del cielo
Otro remedio de mayor consuelo.

Como creciesen pues alteraciones
En el ancho reinado de Neptuno,
Guió la proa á los ancones
Aquel cosario para tomar uno,
Y en Chenque largó cables y resones
Por ser puerto seguro y oportuno,
Entre tanto que las ondas mudables
Ofrecian carreras navegables.

Sabiendo los franceses ser entrados
En Chenque por huir las tempestades,
Jeho hizo sus piés apresurados
A celebrar con ellos amistades;
Indios llevó consigo desarmados
Para representar seguridades,
Y en poniendo los piés en la ribera
Mostró señal de paz, blanca bandera.

Los navegantes, no sin gran recato,
Envían un bajel en el cual vino
Un vascongado con quien un buen rato
El Jeho razonó como ladino,
Deciéndole que vienen á contrato
Y que traian joyas de oro fino;
Y el navarrisco, que por ellas muere,
Dijo que le dará cuanto pidiere.

Que traian buen vino de Sorrento,
Hachas, machetes, coseletes, cotas;
Jeho responde: «Mi mayor intento
No fué comprar el vino de tus botas,
Mas la playa tendrás muy á contento
Si pólvora me dieres y pelotas
Y algunos arcabuces competentes,
Que sean lisos, limpios y sin fuentes.

Como Jebó ceñía espada y daga,
Entienden que de veras lo decía,
Y con tan buenas joyas los amaga
Que le vendieron cuanto les pedía;
Y es cosa creedera que la paga
Fué siete veces mas que merecía;
Al fin los indios vuelven á sus aidos
De pólvora y pelotas proveidos.

Y en todo tiempo, donde residían,
En las horas nocturnas y quietas,
Para velar personas se ponían
De las mas avisadas y discretas,
Y al tiempo que los cuartos se rendían
Disparaban cargadas escopetas,
De tal manera que cristianos hartos
Oyéndolas también rendían cuartos.

Así que, si recuentros sucedían,
Atiende de los arcos y las flechas,
También con arcabuces acudían
Algunos dellos ya las cargas hechas,
Frascos que de los hombros dependían,
En los brazos los rollos de las mechas,
Las cabezas cubiertas con celadas
Y todos los mas dellos con espadas.

En esta sazón pues el fuerte estaba
Para se defender del enemigo,
Y el dicho don Luís á quien tocaba
Tener en la ciudad mejor abrigo,
Allí dejó la gente que bastaba
Y toda la demás llevó consigo,
Y por los bajos valles ó por altos
Salían á hacer algunos saltos.

Cuadrillas de soldados se metían
Cerca de los caminos y las vías
Por do los indios iban y venían
A sus contratos y sus granjerías,
Y por la mayor parte recogían
Algunos por ser diestros los espías,
Y viñoles en esta coyuntura
Un lance de grandísima ventura.

Y fué Jebó pasar por la montaña
Cerca de donde estaban abscondidos
Con breve número que lo acompaña,
Tres indios y seis indias sin maridos;
Y el Jebó de los hechos en España
Lleva sus aderezos y vestidos
Y espada, daga, por bordon jineta,
Y un paje junto con el escopeta.

El Jebó sospechoso destes mates
Haciales apresurar la buelta;
Pero salieron águilas caudales
Con gran velocidad á detenella:
Fernán Dominguez y Esteban Gonzalez
Al Jebó por llevar la mejor pella,
Y Orozco y Juan de Alba juntamente,
Y Gordero, caudillo diligente.

Viendo contrarios el gandul membrado
Y tantos españoles de improviso,
Quiere valerse del guzguz agudo,
Pero lugar no tuvo cuando quiso,
Que cuando lo bajaba, ya no pudo,
Porque los cuatro con gentil aviso
Juntáronse con él pecho con pecho,
Sin consentille golpe de provecho.

Mas como tiene fuerzas de gigante,
Nervosas y terribles proporciones,
No pudo la de cuatro ser bastante
A le poner las manos en prisiones,
Sin acudir ayuda del restante
Que pasaba de veinte y seis peones,
Asiéndote de brazos y de dedos
Hasta ligalle brazos y molledos.

Y sin derramar sangre, hecho esto,
Con él y las mujeres se camina,
Haciéndoles venir á paso presto
Para los presentar en la marina,
Porque corrian riesgo manifiesto
Si los sentía gente convecina;
Y al tiempo que venían caminando
Las indias todas seis iban cantando.

Viendo las muestras y los pareceres,
Algunos de la gente castellana
Dicen: «Contentas van estas mujeres,
Pues canta cada cual de buena gana;
Di, Jebó, ¿si serán estos placeres
Por parecelles bien gente cristiana,
Y porque salen ya de vuestras redes,
Que las guardáis detras de mil paredes?»

El Jebó les responde: «No me espanto
Que levanteis tan falso testimonio,
Pues de vosotros ellas al mas santo
No querían mas verle que al demonio:
Es esa la manera de su llanto,
Y llaman á don Gairo y á don Nonio
Y á don Barco, porque estos son mohanes
Que las pueden librar destes desmanes.

»Y estas no son mujeres labradoras,
Antes en Bonda pocas hay iguales:
Mi mujer una, las demás señoras
Casadas con varones principales,
Como veremos antes de mil horas,
Que cada cual vendrá con sus caudales
Para dar libertad á su querida,
Aunque por precio della dé la vida.»

Esto que Jebó dijo salió cierto,
Como quien los tenía conocidos;
Y así no bien entradas en el puerto,
De paz vinieron todos los maridos
Para hacer con ellos el concierto,
Y cumplir los rescates prometidos;
Mas don Luís pidió por esta suerte
Todo cuanto robaron en el fuerte.

No pudieron salir á los partidos,
Y aunque quisieran, imposible fuera,
Por ser bienes á muchos repartidos
Y que se trasportaban donde quiera:
Dieron los que pudieron ser habidos,
Y entrellos las dos piezas de fusiera,
Y con añadir mas de sus haberes
Todos ellos llevaron sus mujeres.

Y aunque piden á Jebó, no por eso
El don Luís cumplió su pedimento,
Antes por sus delitos en exceso
Se procedió por orden mas sangriento.
Pónese defensor, hace proceso,
Dásele crudelísimo tormento,
Y confesó que por sus propias manos
Mató mas de tres veintes de cristianos.

Y él fué quien hizo levantar la tierra,
Y otros atrevimientos infinitos
Durantes los encuentros de la guerra,
De los cuales los menos van escritos;
Al fin, el gobernador lo destierra,
Vistos sus atrocísimos delitos,
Y lo mandó llevar aprisionado
Al navío que estaba preparado.

Ligados piés y manos con prisiones,
Yendo para la dicha carabela,
Bien fuera ya de las reventaciones,
Se trastornó la chica canotuela,
Adonde fenecieron sus traiciones
Y todas sus cautelas con cautela,
Y las ondas del mar y su fondura
Le dieron inquieta sepultura.

Fué, demás de su fuerza y aspereza,
En regular la flecha tan perito,
Que pudo competir con la destreza
Del Hércules discípulo de Eurito:
Un tiro solo de su gran destreza
Manda razon que pongan en escrito
En un francés que va con vuelo presto
A la gabia del árbol mas enhiesto.

Donde por ser el término prolijo
Ningun arcabuz llega desde el puerto,
Y este gandul á don Luís le dijo:
«Dime qué me darás si yo le acierto;
Quedareis todos libres de cojió
Si yo le hago venir al agua muerto.»
El don Luís promete y el vecino
Que le darán un cántaro de vino.

Llegóse luego do la mar batia ;
 Después que le dió vueltas á la cuerda
 Según el punto que le parecia
 Para quel duro tiro no se pierda ,
 Tentó la flecha que le convenia ,
 El arco toma con la mano izquierda ,
 Atrás estriba con el pié derecho ,
 Tuerce para tirar el ancho pecho .

Encorva los fortísimos pulgares ,
 Y sale dellos la veloce flecha
 Cortando los aéreos lugares
 Por do la mandan ir vía derecha ;
 Rompe la dura punta los lijares
 Del triste que no tuvo tal sospecha ;
 Recógele la mar , do su caída
 Fué para despedirse de la vida .

Viendo la buena suerte de la jara
 Los bárbaros que están en la ribera
 Alzaron grande grito y algazara ,
 Contentos por el premio que se espera ;
 La suya cada cual dellos dispara ;
 Mas no llegaron donde la primera ;
 Trajéronles el vino prometido ,
 Que fué por todos ellos consumido .

Viendo pues los piratas y cosarios
 La obra que hacian las pajuelas ,
 Tenian por juicios temerarios
 Esperar mas tan impías espuelas ;
 Y así, sin hallar votos contrarios
 Procuraron huir á todas velas
 Desde donde flecharon al mancebo ,
 Que fué la parte donde murió Jebo .

Que fué mas por industria que por yerro
 Haberse la canoa trastornado ,
 Para que se cumpliese su destierro
 Primero que saliese desterrado ,
 Por ser para cristianos tan mal perro
 Que jamás les dejó de dar bucado ,
 No faltando después entrestas gentes
 Otros tan atrevidos y valientes .

Pues otras muchas veces acudieron
 Al fuerte y á los fosos que estan hechos ,
 Pero ninguna cosa conchuyeron
 Por faltalles las mañas y pertrechos ;
 Y aunque valientes bárbaros murieron ,
 Jamas faltó la furia de sus pechos ,
 Antes como fortísimos y diestros
 Derribaban algunos de los nuestros .

Pues no pudo librarse desta plaga ,
 Cuando pensaba della ser seguro ,
 Un Pulgarin , vecino de Azuaga ,
 Detrás de las almenas en el muro ,
 Por haber en lo bajo quien amaga
 Y no ver en lo alto mal futuro ;
 Pero cierto gandul de la canalla
 A raiz se pegó de la muralla ,

Y estando puesto donde deseaba ,
 Envioó su arpon al alto cielo ,
 Y en faltando la fuerza que llevaba
 Que ya no pudo dar mas alto vuelo ,
 Abajo vuelve y al bajar enclava
 El hombro del impróvido mozuelo :
 Lloraron todos esta desventura ,
 Porque su vida fué de poca dura .

Durante pues las guerras y pependencias
 Del español y bárbaro vecino ,
 Nacieron, sobre ciertas diferencias
 De pescas en el término marino ,
 Pesadas y sangrientas competencias
 Entre los bondos y los del Dorsio ;
 Y con aquestas guerras intestinas
 Descansaban las gentes peregrinas .

Mas aqueste descanso duró poco ,
 Porque teniendo preso por tributo
 Al indio principal de Mamatoco ,
 El padre dél , como varon astuto ,
 Por dalle libertad , un modo loco
 Tomó pensando que sacara fruto ,
 Y fué debajo de sus amistades
 Abrasar las cristianas vecidades .

A sus indios el viejo les decia :
 « Como la llama por los altos vuela ,
 La guarda de la cárcel se desvia
 A socorrer aquello que les duele ;
 Llegará luego nuestra compañía
 Viendo que ya no tiene quien lo vele ,
 Y , aunque con grillos , nos daremos maña
 Para lo retraer á la montaña . »

Con estas intenciones se congrega
 Toda la gente de mayor sustancia ,
 Y con el nublido de la noche ciega
 Caminaron con cauta vigilancia :
 El escuadron en breve tiempo llega
 Al pueblo por ser breve la distancia ;
 Mas vieron gentes bien apercebidas
 Que velaban entradas y salidas .

He dicho cómo toda la frontera
 Desta ciudad es monte y espesura ;
 La iglesia della tiene algo fuera ,
 De los tales rebalos mal segura ,
 Y ocho gandules desta gente fiera ,
 Viendo por esta parte coyuntura ,
 Al oratorio santo ponen fuego ,
 El cual por todas partes ardió luego .

Vistos los resplandores de candela
 En tal lugar y en noche tan obscura ,
 Adevinose luego la cautela
 Y de quien emanaba la locura :
 Al arma tocan los que hacen vela ;
 Acuden muchos á la voz del cura ;
 Sacaron el divino Sacramento ,
 Y la posible ropa y ornamento .

El viejo con los otros no se tarda
 En ir para soltar el hijo preso ;
 Pero para ponerle mejor guarda ,
 Cuando mas confusion hubo mas seso :
 Hubo ballesta , lanza y alabarda ,
 Y españoles con él de mucho peso ;
 Y los indios por no ser conocidos
 Se volvieron confusos y corridos .

Pensando pues que de la maldad hecha ,
 Por ser ellos de paz , nadie podria
 Tener ni concebir mala sospecha ,
 A los puertos volvieron otro dia
 Con intencion que no les aprovecha ,
 Calpando la rebelde serranía ;
 Mas con el agua y el cordal molesto
 Hicieron su delito manifiesto .

Visto de sus delitos el abismo ,
 Al viejo con tres otros ahorcaron ,
 Y precediendo santo catecismo ,
 Antes que padeciesen se lavaron
 Los cuatro con el agua del bautismo .
 Porque con gran hervor lo demandaron
 Y como no constó ser delincuente ,
 Ir dejaron al preso libremente .

Después de cumplida la sentencia
 Que mereció tan torpe desatino ,
 El dicho don Luís tuvo licencia
 Del rey para seguir otro camino ;
 Y para le tomar la residencia
 El buen don Lope de Orozco vino ,
 Y por gobernador y por regente ,
 Adonde permanece de presente .

El rey al don Luís manda que lleve
 Cargo de gobernar á Venezuela .
 Don Lope resta ver , á quien se debe
 El elogio postrero desta tela :
 Este quiero cantar , y será breve ;
 Pues tratando del Cabo de la Vela
 Hice memoria dél en Mocoira
 Y de los que mató bárbara ira .

ELOGIO

de don Lope de Orozco desde que vino á gobernar á Santa Marta, donde se hace mención de las cosas en aquella gobernacion sucedidas hasta el año de 1583.

CANTO PRIMERO.

Ya corria la era de setenta
Y seis años del santo nacimiento,
Demás de quince cientos, cuya cuenta
De cuentas es la luz y fundamento,
Cuando don Lope de Orozco tienta
Sulcar la mar y dar velas al viento
Con dos naves fortísimas aposta
Hechas á sus espensas y á su costa.

Trescientos hombres van, buenos soldados,
De gente principal y populares,
De todas armas bien aderezados
Y ropas y atavíos singulares;
Los ciento desta gente son casados,
Dispuestos á poblar nuevos lugares,
Y en ellos con desiguos y esperanzas
De se valer por crias y labranzas.

Trajo sus hijos, porque con él vino
Don Alonso y don Pedro y otro hermano,
Don Andrés de Pineda, su sobrino,
Hombres para regir guerrera mano;
Porque don Diego ya fué peregrino
En estas tierras y hombre baquiano,
Varon en este reino muy aceto
Y á quien todos tenían gran respeto.

Porque don Lope de Orozco tuvo
En este reino cargos eminentes,
Y en el servicio de su rey anduvo
En Indias por provincias diferentes,
Y aquí no pocos años se entretuvo,
Casando muchos deudos y parientes,
Y á su hermosa hija Mariana,
Ejemplo grande de virtud cristiana.

Agora de sus peregrinaciones
En aqueste compendio no se trata,
Por no poder decir breves renglones
Los naufragios del Rio de la Plata,
Do fortuna le dió de los baldones
Que suele cuando mas se desacata;
Y estos para ponellos en memoria
Han menester particular historia.

Pudiéramos correr á vela y remos,
Segun teníamos materia harta;
Mas como vamos ya por los extremos,
De donde razon pide que me parta,
En esta parte solo tractaremos
Los negocios que son de Santa Marta,
Cuyas revueltas, tramas y marañas
Me dejan quebrantadas las entrañas.

Con esta gente pues conmemorada
Guió don Lope proas al poniente,
La mar algunas veces alterada
Y llena de mortal inconveniente;
Pero pudo llegar á la Ramada,
Donde desembarcó toda la gente,
Porque en la costa y en aquellos llanos
Está puerto poblado de cristianos.

Por Bartolomé de Alba fué fundado,
Por mandado desta real audiencia,
El año de sesenta ya pasado,
Que llevó deste reino la licencia;
Y aunque fué por algunos contrastado
No pudieron borrar su permanencia:
Es para sementeras tierra franca,
Y llámase la nueva Salamanca.

Por ser tierras de sus jurisdicciones,
Allí fué recebido del vecino,
Y con refrescos y recreaciones
En dar el hospedaje fué benino;
E informado destas poblaciones,
A Salamanca hizo su camino,
Donde luego tomó la residencia
Hasta que pronunció final sentencia.

De su venida la razon se lleva
A Bonda y á la tierra comarcana,
Y como viesen ya justicia nueva,
Vinieron á la paz de buena gana,
La cual el buen gobernador aprueba,
Y toda aquella tierra quedó llana,
Hallando para esto ser remedio
Quitar la fortaleza de por medio.

Porque por todos gran examen hecho,
Vian ser en cualquiera coyuntura
Las costas muchas y ningún provecho,
Y de los españoles sepultura;
Cesaron pues asaltos y el asecho,
Dudosos trances de la guerra dura,
Y agora un hombre solo no recela
Por tierra ir al Cabo de la Vela.

De donde, por haber seguras treguas
Con todos los caciques del terreno,
Por espacio de mas de treinta leguas
Ha mandado hacer camino bueno,
Y ha metido por él vacas y yeguas,
De quel compás de Bonda tiene lleno;
Porque los que tenían en la tierra
Habian perecido con la guerra.

Puestas todas las cosas en sosiego,
Y dejando recado conveniente,
Al gran valle de Upar se partió luego
Con razonable número de gente,
Llevando su mayor hijo don Diego
Cargo de general y de teniente,
El cual poco después hizo viaje
A Macoira contra su salvaje.

Por los respetos que mas atrás digo,
Cuando poblaron en aquellos puertos,
Y en la rebelion del enemigo
Los tres hermanos Lermas fueron muertos,
Y fué don Diego para dar castigo
A los culpados en los desconciertos,
Adonde hizo hechos tan notables,
Que á los presentes fueron admirables.

Y un Juan de Sorocois, vizcaíno,
Mancebo de no flacas esperanzas,
Cuyo valor á mi noticia vino
Después de las sangrientas destemplanzas,
Pareceme que no fué menos dino
De lo solemnizar con alabanzas,
Pues á caballo con la crúel asta,
No pocos hizo menos desta casta.

Mas con el grande sol que los fatiga
Causó del Sorocois el caballo;
Cuanto con las espuelas mas instiga,
Tanto menos podía rodeallo;
Y la crúel canalla y enemiga
A manos procuraban de tomallo,
Y cuando su prision via ser cierta,
La lanza de don Diego lo liberta.

Con no menos furor que brava fiera
Revuelve luego sobre los paganos;
El cansado rocín en la carrera
Los piés mostró mas tardos que livianos,
Y dos veces demas de la primera
Don Diego lo sacó dentre sus manos;
Mas no salió tan libre del enojo,
Que no le diese flecha por un ojo.

Por la cuenca rompió de tal manera,
Que no quedó la lumbre dél difunta;
El tendal se quitó que quedó fuera,
Y dentro consumió toda la punta,
Y segun pareció, tan larga era,
Que con la nuca, sin salir, se junta,
Y por entonces no se vido cosa
Que mostrase herida peligrosa.

Antes el dicho golpe se le enjuga,
Y todos lo tuvieron por sencillo;
Mas allí se crió cierta berruga,
Y á la parte también del colodrillo
Un cierto torterillo como oruga,
Que crecía segun un lobanillo,
Que tuvo muchos meses, y por donde
Después aquella punta corresponde.

Y así, sin la torcer, vía derecha,
 Juan Perez, un mulato, por su mano
 Un largo gemo le sacó de flecha,
 Sin que menester fuese cirujano,
 Pues la tubércula quedó deshecha
 Y el dicho Sorocois vive sano,
 El ojo claro, sin lesión alguna,
 Que fué caso de próspera fortuna.

Fué pues la conclusión del marció juego
 Los bárbaros quedar con la victoria
 Y con mayor furor, según allego
 En lo que dicho queda desta historia:
 Lo cual reconocido por don Diego,
 El poder escapar tuvo por gloria,
 Y así con los que puede se retira
 Del feroz morador de Macoira.

Con su padre habló dándole cuenta
 De sus trabajos y dolor inmenso;
 Y como para guerra tan sangrienta
 No tenían posible tan estenso,
 Hasta después tres años del de ochenta
 Aquel castigo se quedó suspenso;
 Y entonces de lugares diferentes
 Determinaron de convocar gentes.

Y teniendo de gente castellana
 Cuarenta para lo que se desea,
 Que fué hacer aquella tierra llana
 En tanto que de mas gente se arrea,
 Enviólos al pueblo de Santa Ana
 Y por capitán dellos un Olea:
 Era pueblo de paz y comarcano
 De Macoira y en el mismo llano.

Hay por aquel compás indios anatos
 Con los guanebucanes y cocinas,
 Y en estos llanos grandes muchos hatos
 De vacas que recorren las salinas,
 Sin impedir los tractos y contratos
 Del español las gentes convecinas;
 Y en estos hatos tienen los señores
 Españoles y negros por pastores.

Sabiendo pues los indios que volvía
 Con orden militar gente cristiana,
 Y esperaban mas amplia compañía
 En aquel dicho pueblo de Santa Ana,
 Primero que gozasen deste día
 Quisieron tomar ellos la mañana:
 Digo los indios, porque de repente
 En el Olea dieron y en su gente.

En noche triste, negra y oportuna,
 Se repartieron bárbaros guerreros
 Con orden para dar todos á una
 En las estancias sobre los vaqueros,
 A quien fué tan contraria la fortuna
 Que vieron sus remates postrimeros,
 Y al mismo punto la mortal pelea
 Sobrel desventurado del Olea.

Entraron en el pueblo repartidos
 En donde los cristianos se aposentán;
 Suenan gritos mortales y gemidos
 De los que la crueldad experimentán;
 Huellan sobre los cuerpos de caídos
 Quel suelo de las casas ensangrientán,
 Pechos rompidos, quebrantados brazos
 Y cabezas partidas en pedazos.

Viendo cuán derendo iba la cosa,
 Sin ver por dó huir el mas despierto,
 El mulato Juan Perez de la Rosa
 En el suelo se estiendo como muerto;
 Pasó por él la gente belicosa
 Teniendo, tal está, su fin por cierto;
 Pero después que vido coyuntura
 Como ciervo sus pasos apresura.

E yendo por aquella gran campiña
 Escombrada de montuosa rama,
 En camisa, sin ropa ni basquiña,
 Vido huir también á cierta dama,
 En los trémulos brazos una niña;
 Yerónima de Manjarés se llama
 Esta mujer, que quiso Dios librala
 Del impio furor desta batalla.

Consuela sus tristezas y pesares
 Viendo tan oportuno caminante
 Para poder salir destes lugares,
 Pues sola no pudiera ser bastante;
 Y un Antonio Gonzalez y un Suárez
 Se juntaron con ellos adelante,
 Y estos solos de todos los cuarenta
 Pudieron escapar de la tormenta.

Corren luego las gentes rebeladas
 La costa donde está la granjería
 De perlas, defendiendo las aguadas
 De donde el español se proveía;
 Huyeron las canoas asombradas,
 Con la gente que en ellas residía,
 Y al río de la Hacha se vinieron
 Donde por muchos meses estuvieron.

Llamaron al don Lope los vecinos,
 Vista la desventura sucedida;
 Suspende por entonces sus caminos,
 Dándoles certitud de su venida
 En castigando ciertos desatinos
 De otra rebelion mas atrevida,
 De la cual brevemente se despacha,
 Y partió para el río de la Hacha.

Y en servicio de la real corona
 El trabajo tomó por regocijo,
 Queriendo castigar por su persona
 El mas recio furor que duro guijo,
 En cuyo riesgo grande no perdona
 A don Pedro de Carcamo su hijo,
 Que hizo cosas en aquel viñe
 Decentes al valor de su linaje.

Estimulados pues de justa ira,
 Rompieron los caciques rebelados
 En tierras de Soturnia y Macoira,
 Con número de hasta cien soldados;
 A defenderse cada cual aspira;
 Mas brevemente son desbaratados,
 Los principales dellos hechos piezas
 Y las sendas pobladas de cabezas.

Punida con rigor la gente suelta
 Y puestos los rebeldes en cordura,
 Al valle de Upar luego dieron vuelta,
 Provincia que tenían mal segura,
 Por una pesadísima revuelta
 Y suceso de grande desventura,
 Del cual aqui daremos breve cuenta
 Según la relacion nos representa.

Hay dentro del Upar muchas naciones,
 En las lenguas y ritos diferentes,
 Pero todas de fieras condiciones,
 Y destas son los tupes mas valientes,
 Altos y de fornidas proporciones
 Y á los cristianos no muy obedientes;
 Mas todavia por aquel paraje
 También reconocian vasallaje.

Destos, Francisca, india ya cristiana,
 Casada con Gregorio, muy ladino,
 Vivian entre gente castellana
 Instructos en católico camino;
 Y un Pereira, de gente lusitana,
 Que en el valle de Upar es hoy vecino,
 Tenia sin pensar tal maleficio
 A marido y mujer en su servicio.

Antonio de Pereira era casado,
 Y según dicen con mujer celosa,
 La cual siempre vivia con cuidado
 De la Francisca, porque fué hermosa;
 Y por ventura, sin haber pecado,
 El ama desta india sospechosa,
 Con azotes hirió sus miembros belios
 Y trasquilóle todos los cabellos.

Corrida desto la Francisca bella,
 Según suele feminea destemplanza,
 Puso los ojos en venganza della,
 Y para ver cumplida la venganza
 Al Gregorio presenta su querrela;
 Y ambos debajo desta confianza
 Se fueron á los tupes sus pariente:
 Movidos destes locos accidentes.

Cuando la india vió las plantas puestas
No su querer mandó que las aplique,
Sus bellas carnes hizo manifiestas
Ante Coro Ponaimo su cacique;
Pues en aquel lugar las mas honestas
Y todos cuantos hay andan á pique,
Usando de la justa vestidura
De que los proveyó don de natura.

Y así la dicha moza se compuso
Con desnudez, aunque ropas llevaba,
Para mas conformarse con el uso
De la bárbara tierra que hollaba:
El indio, contemplando lo recluso,
Con amorosos ojos la miraba,
Y pidiendo razon de su venida,
Dijo que á le servir toda la vida.

Porque las españolas son molestas,
Y no queria mas gustar sus hieles:
Y en aquestas demandas y respuestas
Saliéronse las gentes infieles,
Y ellos entre requiebros y recuestas
Vinieron á juntar entrambas pieles.
Quedando del contacto de los pechos
Los dos nuevos amantes satisfechos.

Después del sensual ayuntamiento,
Supo tan bien jugar con el tirano,
Que cosa no le daba mas contento
Que lo que se guiaba por su mano;
Y al marido le hizo tractamiento
Como si fuera su mayor hermano:
Y viendo la Francisca ser dispuesto
A no la disgustar, le dijo esto:

« Dime, señor, un hombre tan discreto,
No menos poderoso que valiente,
¿Cómo puede sufrir estar subyeto
A los mandados de estrañera gente,
Pudiéndotos poner en el aprieto
Que suele decepar mala simiente,
Pues para concluir cosa tan alta
Sola la voluntad es la que falta?

» A los hombres, señor, de tu valía
Y que tienen tan amplios los poderes,
No cumple por temor ni cobardía
Obedecer ajenos pareceres;
Y aquesta servidumbre se desvia
Facilísimamente si quisieres,
Porque solo querello, como digo,
Será la perdición del enemigo.

» Ningun cristiano dellos se recela
Sea con claridad ó con obscuro;
Yo sé que su ciudad nunca se vela,
Con no la rodear cerca ni muro;
En niugun tiempo ponen centinela;
Duermen á sueño suelto sin seguro;
La gran dispusición y el aparejo
Son los que también dan este consejo.

» El cual si por ventura se tomare,
Siendo como lo es tan acertado,
Por todas las provincias del Upare
Será siempre tu nombre celebrado;
Y así lo necesario se prepare
Para hacer mi corazón vengado,
Pues cierto, si tus armas no se ablandan,
Tú solo mandarás lo quellos mandan.»

Dijo la mala hembra, y el hecdo
A todo le prestó fácil oído,
Y la respuesta suya fué de inodo
Que hizo general á su marido;
El cual desque juntó su poder todo,
Y estando cada cual aperechido,
El cacique que vió sus gentes prestar
Dijo pocas palabras, y son estas:

« Amigos y parientes, de quien fio
La guerra do me lleva mi deseo;
Bien sabéis todos el intento mio
Y en que pretendo de hacer empleo;
Estais compuestos de valor y brío,
Armas bastantes, militar arreo;
Venid á redimir vuestra zozobra:
Resta poner las manos en la obra.

» Solo quiero decir que cada uno
Trabaje no tener la mano floja,
Y en viendo lugar cierto y oportuno
Procure de hacer la tierra roja,
De manera que cristiano ninguno
Se libre de mortífera congoja,
Y dé cada caudillo buen recado
Del cuartel que le fuere encomendado.

» Entrar por cuatro partes sea notorio
A todos: por la una Quiria Imo;
Por otra con su gente va Gregorio;
Por otra mi hermano Curunaimo;
Otra, que es mia, con el oratorio
Buena cuenta dará Coro Panaimo;
Vendrán itotos y los caríachiles,
Y si no, quedaránse para viles.

» Podrá ser que de industria se detengan
Y estar como cohordes á la mira,
O que en el parecer se desavengan
Tomando por escudo la mentira;
Pero digo que vengan ó no vengan,
Cristianos han de ver su fatal ira,
Pues para tan liviano hecho hasta
Coro Ponaimo con los de su casta.

» Por tanto caminemos con el día
Lo que nos resta dél ineontinente,
Porque llegada ya la noche fría
Estemos á la hora competente
Sobre Guatapori, que se desvia
Pocos pasos de la cristiana gente;
Y cuando se tocare la corneta
Cada cual á sus casas arremeta.»

Dijo Coro Ponaimo su desino,
Y los guerreros escuadrones puestos
Continuando fueron su camino
Por lugares que ven menos enbiestos,
Hasta que ya la noche sobrevino
Y fueron repartidos por sus puestos,
Presentes de Francisca los enojos
Para ver la venganza por sus ojos.

» Oh cuánta desventura, cuántos daños
Al pueblo lleva su furor sangriento!
¿Cuán descuidados ya destos engaños
Dormía cada cual en su aposento!
Pues se pasaron bien treinta y seis años
Del tiempo que poblamos el asiento,
Sin que cacique desta serranía
Concibiese jamás tal osadía.

Bien que nos defendian sus partidos
No con menos valor que de romanos,
Y en algunos recuentros bien reñidos
Hubieron españoles á las manos;
Pero nunca jamás tan atrevidos
Que bajasen al pueblo de los llanos,
Con ser á los principios los soldados
Muy pocos y muy mal aderezados.

Mas es así que la gente mas llana
De cuantos indios hoy están subyetos,
Con la conversacion cotidiana
Despiden los temores y respetos,
Y notan de la gente castellana
Sus mañas, sus ardidés y secretos;
Y todos ellos cuando ven la suya
No dejan ocasion que se les huya.

No toman la virtud destas escuelas,
Sino pecados, juegos, desatinos,
Y tanto mas abundan de novelas
Cuanto se van haciendo mas ladinos;
Y estos en los engaños y cautelas
Son peores que espíritus malinos,
Y entrellos no se ve mozo ni viejo
Que quiera ser capaz de buen consejo.

Y con ser el ladino desta gente
En astucias plenísimo venero,
Por no perder algun gusto presente,
No recelan del gusto venidero,
Y á trueco de vengar un accidente
Dejan la sogu ir tras el caldero,
Segun estos presentes enemigos
Que pensaban quedar se sin castigos.

Porque llegada ya la fatal hora,
El Gregorio dió golpes á la puerta
Del Antonio Pereira y su señora;
El amo recordó y ella despierta;
Y mandan que no abran á deshora;
Pero sus pajes se la dan abierta:
Entró luego de gente gran ruido
Y el Pereira saltó del dulce nido.

Y al tiempo de salir del aposento,
En el rostro le dan una herida;
Otro golpe secundan mas sangriento,
Pero ninguno le quitó la vida;
Una lanza sin hierros y sin cuento
En el suelo topó que está caída,
Y con ella sin armas y desnudo
Los entretuvo todo cuanto pudo.

Pero su mujer Ana de la Peña,
Hiriéndole las voces el oído,
Reconoció ser bárbara reseña,
Y femenino miedo despedido
Saltó como novilla zabareña,
Empuñando la espada del marido:
Da tajos y reverses de tal suerte
Que se libraron ambos de la muerte.

Rompieron ambos el contrario bando
Escapando del duro captiverio;
Juntos, el uno al otro reguardando,
No padecieron otro vituperio;
Por medio de la calle van volando
Para poder llegar al monasterio,
Donde los religiosos y reclusos
Andaban ya revueltos y confusos.

Porque de la ciudad no queda casa
Por cuya cumbre no volasen llamas,
De lo superior hasta la basa
Deshechas todas las pajizas tramas;
El templo principal ya hecho brasa,
Donde llegaron con ardientes ramas,
Mas ante todas cosas los violentos
Robaron los benditos ornamentos.

Coro Ponaino de su furor ciego,
Viendo quel monasterio permanece,
Cinco veces ó seis le puso fuego
Y admirase de ver que no le empeece;
Crece la grita y el desasosiego,
El fuego donde quiera resplandece;
Los frailes viendo tanto desconsuelo
Invocan el favor del alto cielo.

Mas el viejo fray Pedro de Palencia,
Con un mulato suyo Juan Carrero,
A los bárbaros hizo resistencia
En una puerta del zaguán primero,
Tanto que no bastó su violencia,
A volvelle los filos del acero,
Ni para que dejase la rodela
Que fué mantenedora de la tela.

Y así con ella del furor escapa
Diciendo con acentos conocidos:
«Ovejás del obispo de Chiapa,
Ningun gusto me dan vuestros balidos,
Pues que por fuerza nos quitais la capa
Sin darnos un vellon para vestidos;
Y así de lana que tan mal se hila
Renuncio para siempre la desquita.»

Fray Dionisio de Castro, sin aliento,
Viendo de desventuras tal sumario,
Convocó religiosos del convento
Y abrió presto las puertas del sagrario;
Sacau el sacrosanto Sacramento
Y á la bendita Virgen del Rosario;
Llevólos á lugar sin cobertura,
Aunque la iglesia se quedó segura.

Delante dél, hincadas las rodillas,
Con intimos suspiros y vertiendo
Lágrimas con que riega sus mejillas,
Auto su Majestad está diciendo:
«Restaurador de las eternas sillas,
Libradnos de peligro tan horrendo:
Oid, Señor, los gritos y clamores
Destos atribulados pecadores.

» Socórranos, Señor, vuestra clemencia,
Y en este movimiento tan atroz
No prevalezca bruta pestilencia
Que no os sabe, ni cree, ni conoce;
Nuestros grandes pecados y demencia
Mercedores son de mayor coque;
Pero no midais vos, Redentor mio,
La punición según mi desvario.

» Estrella de la mar, Virgen, Señora,
Santa de santidad insuperable,
Tened por bien de ser intercesora
Por esta compañía miserable;
Cánsese ya la mano vengadora
Desta nación bestial y detestable;
Matan vuestros devotos y sirvientes,
Van degollando niños inocentes.»

Y es así que por todos se reparte
La turbación, la confusión y pena,
Porque la furia del sangriento Marte
Cosa no ve mover que no cereena,
De tal manera, que cualquiera parte
De miembros palpitantes está llena;
Casa no queda donde falte llanto,
Dolor, temor, horror, mortal espanto.

Bien como los mortíferos venenos
En los estómagos de los humanos,
Que de los miembros que tenían buenos
Ningunos dellos les quedaron sanos,
Antes los hacen de vigor ajenos
Debilitando piés, brazos y manos,
Sin dejalles artejo ni juntura
Que no recorra tanta desventura:

Así también los bárbaros tumultos
Donde quiera sus furias acrecientan,
Corriendo los lugares mas ocultos,
Que todos los maculan y ensangrientan,
Y donde quiera que divisan bultos,
Jácilos penetrantes les presentan,
Y de la mas que bárbara caterva
Ningun varon ni hembra se reserva.

Vieron su triste fin en la pelea,
Partidas sus cabezas con macana,
La bella doña Guiomar de Urrea
Y doña Beatriz, su cara hermana;
Este mismo rigor mortal se emplea
En otra principal dicha doña Ana,
Doña Ana de Anibal digo que era,
Quel pecho mas feroz enterneciera.

Isabel de Briones quedó manca
De vida temporal, y en dura tierra
El arroyo de sangre no se estanca
Del cuerpo bello de María Becerra;
Cayó la varonil Elvira Franca,
Ana Ruiz del mundo se destierra,
Ana Fernandez en escondedrijos
La vida concluyó con sus dos hijos.

Quebrantadas las frentes y las cejas
Luego con asperisimos cuchillos,
A las galanas mozas y á las viejas
Que traen arracadas y zarcillos,
A raíz les cortaban las orejas
Y los dedos también de los anillos,
Desnudándolas de sus vestiduras
Hasta dejallas en las carnes puras.

Catalina Rodriguez, desposada
El infelice día malhadado,
En el infausto lecho fué hallada,
Su muy hermoso pecho traspasado,
Adonde la dejó desamparada
El mas que teneroso desposado;
El cual salió después de salir ellos
Chamuscadas las barbas y cabellos.

En manos la dejó de quien la mata;
Mas della se colige, si pudiera,
Que no buyera dél en el combate,
Antes otra Hipsicratea fuera,
Aunque él no se mostró ser Mitridate,
Pues en huir de allí salud espera,
Dejando su querida para cebo,
Venciendo su temor al amor nuevo.

Fueron mas de cincuenta los difuntos,
Los cuales por sus nombres no refero,
Pues no podré decir en breves puntos
Los que vieron su día postrimero;
Mas con mujer y cuatro hijos juntos
También murió Hierónimo Romero,
Y su pequeña hija quedó viva
Que los bárbaros hoy tienen captiva.

Durantes pues los gritos y clamores
Y el mal que por momentos se empeora,
Tomó sus armas Antonio de Flores,
Un principal hidalgo de Zamora,
Y ensilló su caballo sin favores,
Por nadie los tener en esta hora;
Y dígolo porque este zamorano
Es un soldado manco de una mano.

Púsole su pretal de cascabeles,
Y abrevia lo posible la carrera
A la parte do suenan mas tropeles
Y mayor junta de la gente fiera;
Y como por algunos fuefies
Entendieron andar caballo fuera,
Antes que contra ellos arremeta
A recoger tocaron la corneta.

Recogieronse todos al momento
En arboledas y lugar opaco;
Va solo Flores en su seguimiento
Amenazándolos con brazo floco,
Pero no les perturba su contento
Ni les pudo quitar el rico saco;
Que por las muchas piedras del camino
No podia romper con el rocino.

Antes cuando los iba persiguiendo,
Que la distancia fué largo pedazo,
Un ladino gandul iba diciendo:
« Volvamos á matar tan duro mazo
Que nos hizo huir con el estruendo,
É yo sé que no tiene mas de un brazo,
Y nos ha hecho con su vana lanza
Quedar sin hacer llena la matanza ».

Fácil se les hiciera la contienda,
A no tener sus tretas el tullido
Para poder meter y sacar pedazo,
Y así ninguno fué tan atrevido:
Fuéronse pues con toda la hacienda
Y saco que llevaban recogido;
El Flores se volvió via derecha
A ver la destrucción que quedó hecha.

En este tiempo ya llegó la hora
Que por los abrasados aposentos
Estendiese sus ojos el aurora,
Ojos encarnizados y sangrientos,
Segun suele tenellos cuando hora
Quien por ellos desagua sus tormentos;
Y así luego cubrió su rostro puro
Con toca de nublado muy obscuro.

¡ Oh! qué espectáculo tan lastimero
Al Flores se le puso por delante!
¡ Qué corazón de piedras ó de acero,
Qué pecho de tan duro diamante,
Qué hombre tan cruel y carnicero
Que viendo lo qué vió no se quebrante!
¡ Quién estuviera sin alterar venas
Viendo caidas tantas Polixenas!

Unas desnudas, otras mal vestidas,
Y todas de su sangre rubricadas,
De los terribles golpes y heridas
Las íntimas entrañas traspasadas;
Cabezas en pedazos repartidas,
Orejas y narices cercenadas;
Otras con fuego de sus propios nidos
Sus cuerpos en carbones convertidos.

Viendo la destrucción digna de luto,
Y no por ilusión ni por antojos,
Engrandeció su voz Flores Enjuto,
Enjuto, pero ya no de los ojos,
Pues llorando llamó los que tributo
Al bárbaro pagaron con despojos.
Porque los que tuvieron buenas piernas
Metieronse por bosques y cavernas.

Como fuese con voces importuno
Por recoger la gente divertida,
Dos á dos, tres á tres y uno á uno,
Salían á la voz reconocida,
Hasta tanto que ya quedó ninguno
De los que se escaparon con la vida,
Pero ninguno dellos tan exento
Que no guie sus pasos con gran tiento.

Bien como los ratones que comiendo
Algun mantenimiento que los ceba,
Que si perciben el menor estruendo,
Con gran prisa se vuelven á la cueva,
Mas luego poco á poco van saliendo
No sintiendo remor de cosa nueva,
Y de tal modo gustan la comida
Que el ojo principal es la huida:

Los mismos sobresaltos y recatos
Traían las mujeres y varones,
Y con mayor temor que de los gatos
Suelen tener los tímidos ratones;
Aumentando con otros malos ratos
Aquellas angustiosas turbaciones,
Viendo la cantidad de gente muerta
Que para grandes gritos abrió puerta.

El rostro de las dueñas era rio;
Hinchese de clamores aquel llano;
Unas están diciendo: « ¡ Hijo mío! »
Otras: « ¡ Ay, primo! Y otras: ¡ Ay, hermano! »
Otras dicen: « ¡ Ay, madre, padre ó tío! »
Otras el parentesco mas cercano;
Suena dolor, terror, angustia, duelo,
Congoja, turbacion y desconsuelo.

Lleva Guataporí por sus riberas
Un ronco son de voces mal abiertas,
Porque de lamentar las mas enteras
En su pronunciaçion quedan inciertas:
Y no menos dolores concibieras
De ver las gentes vivas que las muertas;
Pues en aquel bullicio ya propuesto
Saltó quien mas llevaba descompuesto.

Porque de la manera que despierta
En aquel repentino sobresalto,
Saltó por los corrales ó la puerta
Y otros algunos por lugar mas alto;
El uno la cabeza descubierta,
Otro descalzo, y el que menos falto
Hallóse rico, si la tierra pisa
Con solo zarafueles y camisa.

Como quien naufragó cerca de puerto,
Que para se salvar en la ribera,
El vestido de que estaba cubierto
Desechó por ir mas á la lijera,
Y aquel que mas no pudo salió muerto,
Y desnudo también quien salió fuera:
Así se vian semejantemente
Los muertos y los vivos desta gente.

Mas Antonio de Flores, como era
Persona principal y proveida,
Hizo subir la gente mas entera
A caballo muy bien apercebida;
Y si tan buen aviso no tuviera
Todos ellos quedarán sin la vida,
Porque vino gran copia de gentiles
Ílotos y de indios cariacchites.

Venían caciquejos seis ó siete,
Que fueron con los tupes en consejo:
Orva, Alonso, Cuoque é Ichopete,
Y Pericote y un Juan Cabellejo,
Que para lo que cada cual promete
Traían gentil orden y aparejo,
Pensando de hallar el otro alarde;
Pero cuando llegaron era tarde.

Todos los escuadrones son lucidos,
Con soberbios plumajes y galaños:
A vista llegan de los adigidos
Que temblaban de vellos tan cercanos,
Mas viéndolos estar apercebidos
Con adargas y lanzas en las manos,
Pasaron á quemalles las estancias
Por quitalles del todo las substancias.

Fueron á ellos pues incontinentemente
Con grandes alborotos y bullicios,
Y allí mataron toda cuanta gente
Tenian para rústicos servicios ;
Las violentas llamas del ardiente
Fuego les consumió los edificios ;
Y á estas heredades hechas brasas,
Se volvieron los indios á sus casas.

De los cristianos unos los senderos
Velan , y los demás llaman al cura
Para que den, según los pios fueros,
A los nuestros terrena sepultura :
Hicieron á don Lope mensajeros,
Dándole cuenta desta desventura ;
El cual, viendo negocio tan terrible,
Apresuróse todo lo posible.

Procuró consolar los moradores,
Dándoles de las cosas qué alcanza,
No sin reprehension á regidores
Por su demasiada confianza,
Y prometió que de los malhechores
Presto se tomaria la venganza ;
Y así para que fuesen castigados
Nombró luego caudillos y soldados.

Guerreros instrumentos apareja,
Y para que subiesen la ladera
Nombró cincuenta de la gente vieja
Y de las otras la que mejor era,
Y un Alonso Rodríguez de Calleja,
Natural de Jerez de la Frontera,
El cual con el recato que convino
Guió para los tupes su camino.

Cuando subían por los altos puertos,
Donde los enemigos habitaban,
Fueron al mismo punto descubiertos
Por espías de indios que velaban,
Que ya todos sabian los conciertos
Y duras intenciones que llevaban ;
Y así se junta toda la ralea
Dispuesto cada cual para pelea.

Ocuparon las cumbres y peñoles :
Hieren con grita los mudables vientos
Cornetas y torcidos caracoles,
Usados en guerreros movimientos ;
Muchos traen vestidos españoles,
Y muchos los benditos ornamentos,
Haciendo por escarnios y desdenes
Ostentacion de los robados bienes.

A vueltas del clamor y vocería
Galgas se precipitan, flechas vuelan ;
Respóndeles el arcabuceria,
Que todos estos bárbaros recelan ;
Y nuestros españoles todavía
Por les ganar un reventon anhelan :
Aumentase la grita y el estruendo,
Uno subiendo y otros defendiendo.

Estaba Curumaimo delantero,
Sin recelar los manuales truenos,
Y el Alonso Rodríguez mas certero
Que muchos, con tener un ojo menos,
Con una bala le pasó el garguero,
Haciendo sus clamores menos llenos ;
Y no cayó con el caliente rayo,
Aunque sintió con él algun desmayo.

Pero después que vió de la garganta
El golpe grueso que de sangre mana,
Arrimó las espaldas á la planta
Que por allí tenia mas cercana,
Y con ferocidad que los espanta,
El arco suelto, toma la macana
Para vengar con ella sus enojos,
Mas faltóle la vista de los ojos.

Pues al tiempo que hizo movimiento,
La maza levantada y estendida,
Llegó de su salud el rompimiento,
Y el ánima se fué por la herida
A las eternas penas y tormentos,
De la tierra de vivos despedida,
No sin grandes congojas y pesares
De los indios cercanos en lugares.

Pues alojando van en gran manera
Turbados con aquella pesadumbre ;
Y los de la cristifera bandera,
Conociendo de indios la costumbre,
Abrevian el subir de la ladera
Hasta que ya llegaron á la cumbre ;
Los defensores della viendo esto
Procuraron tomar otro recuento.

A sus casas llegó nuestra cuadrilla
Donde tuvieron no menor recuento ;
Mas aunque duró mucho la rencilla,
Con voces que metian en el centro,
Pudieronles ganar aquella villa,
Y aquella noche reposaron dentro,
En confianza de sagaces velas
Y á punto las espadas y rodelas.

Venidos ya los rayos soberanos,
Por asechos de amigos naturales
Coro Ponaimo les cayó en las manos
Con otros ciertos indios principales :
El castigo se dió según los males
Que dellos recibieron los cristianos,
En la uña haciendo los procesos,
Vista la gravedad de los sucesos.

Este castigo que decimos hecho ;
Aunque no por entonces concluido,
Los españoles con algun provecho
Volvieron sanos á su propio nido ;
Pero nunca Francisca por asecho
Se pudo descubrir ni su marido,
Ni don Francisco, bárbaro ladino,
No menos atrevido que malino.

Pero los tupes deste territorio,
Mirando lo que cada cual arrisca,
Y el daño recibido ya notorio,
Cuyo principio vino de Francisca
Y del indio Francisco y del Gregorio,
Principales cabezas en la trisca,
Andaban por quebrar allí sus sañas
Y ver qué color tienen sus entrañas.

Con este miedo que los tres atierra,
Huyendo por lugares mas opacos
Se pasaron á la frontera sierra,
Donde residen indios araucos,
Los cuales en los trances desta guerra
Nunca tuvieron términos bellacos,
Antes su principal cacique quiso
De la venida dellos dar aviso.

Sabida por don Lope la venida
Y parte donde estaban abscondidos,
Envío gente bien apercebida
Para que fuesen presos y traídos
A pagar cada uno con la vida
Pecados y delitos cometidos ;
Y así los trajo Pedro de Morales,
Con guardas y durísimos ramales.

Venidos pues los malaventurados,
Procédese con suma diligencia,
Y todos tres procesos substanciados
Con la declaracion de su demencia,
A muerte natural son condenados,
Y ejecutóse luego la sentencia,
Con un alto pregon que dió noticia
Del caso por que hacen la justicia.

Antes de lo subir al escalera
Pidió Gregorio, por merced subida,
Que su muerte dél fuese la primera
Por no padecer dos en una vida,
Una, la suya propia qué él espera
Y otra de ver morir á su querida ;
Admiranse de ver lo que decia,
Y así se hizo como lo pedia.

Demandaron perdon puestas las manos
Por todas las pasadas insolencias,
Diciendo cómo con furores vanos
Usaron de tan grandes inclemencias ;
Finalmente, con muestras de cristianos
Hicieron otras santas diligencias,
Y créese, según pios motivos,
Que fueron á la tierra de los vivos.

Castigaron después á los itotos
Y á los que fueron en el movimiento,
Los cuales en batalla fueron rotos
Y en ella perecieron mas de ciento ;
Y mitigados estos alborotos
Con medicina de rigor sangriento,
Luego don Lope nil cosas ordena ,
Mas una dellas sobre todas buena.

Aquesta fué, que para mas seguro
De los que padecieron el asalto,
Y en las horas de luz ó con obscuro
Pudiesen reposar sin sobresalto ,
Hizo cercar la ciudad de muro
Que dicen ser de seis tapias en alto
Muy anchas y de buenos fundamentos ,
Y de piedras bien puestos los cimientos .

Llamó copia de indios , y dió corte
Cómo les ayudase la canalla
Por términos guiados con reporte ;
Y es la ciudad primera que se halla
En tierra firme de la mar del norte ,
Toda fortalecida de muralla,
Sin mucha pena de los naturales,
Por tener á la mano materiales .

Porque hizo domar muchos novillos
Con que los traigan y con que cultiven,
Y hizo labrar tejas y ladrillos
Para cubrir las casas donde viven ,
Que pueden hoy servillas de castillos,
Donde de sus haciendas no los priven,
Porque la fabrica de paja hecha
Consigno se traia la sospecha .

Está la ciudad en gran zavana,
Y tiene nobilísima templanza ;
Posee gran compás de tierra llana ;
Es fértil en labranza y en crianza ;
Hay frutos de la tierra castellana,
Y de los naturales mil alcanza ;
Gran cantidad de vacas y de yeguas,
Y estará de la mar veinte y dos leguas .

En tanto que don Lope proveía
Tantas cosas, que yo me maravillo,
Andaba fuera mucha compañía,
Y como general y su caudillo
Pero Ruiz de Tapia la regia ;
Junto con él don Alonso Carrillo,
Que es hijo del don Lope, cuya lanza
No recelaba la mayor pujanza .

Ven los que nunca dieron obediencia
Lejanos aruacos, gente fiera,
Que tienen su lugar y residencia
En lo supremo desta cordillera ,
Donde tuvieron dura competencia ,
Pero prevaleció nuestra bandera ;
Saleu de sus asientos esto hecho
Por parcelles gentes sin provecho .

Corrieron por las cumbres comarcanas,
Hasta que ya bebieron agua fria
En la provincia de los maconganas,
Indios, seguían á todos parecia,
Que nunca vieron gentes castellanas
Hacer camino por aquella vía ;
Y así tres mil ó mas en ordenanzas
Acometen con flechas y con lanzas .

Animan los caciques sus vasallos
Con principal ardor y diligente ;
Pero con arcabuces y caballos
Fueron desbaratados fácilmente ;
Huyeron, y procuran alcanzarlos
Y prendieron algunos desta gente .
Los cuales se mataban con sus manos
Por no se ver en las de los cristianos .

Aquestos españoles eran ciento ;
Y pareciendo número bastante,
Por no les contentar aquel asiento,
Ni para fundar pueblos elegante,
A que llevaban principal intento,
Determinaron ir mas adelante
Haciendo su camino la corona
A las otras vertientes á Tairona .

Y así Pero Ruiz su gente saca
Caminando por do mejor pudieron ,
Tierra de poblaciones algo flaca,
Hasta ver la provincia que dijeron
Val de San Sebastián de Taironaca ,
Desde cuyos asientos se volvieron
Por no hallar la tierra tan entera
Cuanto solía ser en otra era .

Por Tairona después hizo camino,
Valle por muchas veces referido ,
Mas con temor del otro torbellino,
De Castro lo halló todo barrido,
Por estar, según dicen el vecino
Dentro de Pocigüeyca recogido ,
Y de presente ser aquella tierra
La mayor fortaleza de la sierra .

En efecto volvieron al arena
Del valle do tenían sus reposos,
Tan vacía de oro la crumena
Cuanto de vella hiena deseosos ;
Mas pues cansancio , sinsabor y pena
Olvidan con regalos amorosos,
Razon será que yo huelgue la siesta
Antes que se dé fin á lo que resta .

CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo don Lope de Orozco envió al capitán Antonio Cordero á poblar la provincia de Chimila, y gente blanca, y las cosas que sucedieron durante la población.

Muchas veces habemos dado cuenta
De las cosas antiguas de Chimila ,
En lo que mas atrás se representa
Y mi memoria flaca recopila :
Tierra bien asombrada, clara, exenta ,
Pero sus poblaciones anihila
La gran saca de esclavos que solía
El antiguo tener por granjería .

Que los antiguos no tenían ojo
A se perpetuar ni hacer nido ,
Sino con los esclavos y despojo
Mejorar cada uno su vestido :
Y así las inquietudes y el enojo
Han muchos destes indios consumido,
Mas no de tal manera que no quede
Quien de sus descendientes los herede .

Y aun en aqueste tiempo que lo cuento,
En belicoso tracto y ejercicio
Uno vale ya tanto como ciento,
Por ser cursados bien en el oficio ,
Y en un desesperado rompimiento
Ningun indio presume ser novicio ;
Mas todos usan de sagacidades
Segun los tiempos y necesidades .

En la sazón que Manjarés vivía,
Allí tuvieron un pueblo fundado ,
Y despoblóse no sé por qué vía,
Porque desto no soy bien informado ;
Mas Lorenzo Jimenez se decía
El capitán entonces señalado,
Y este desapareció por allí junto,
Sin mas hallarlo vivo ni difunto .

Viendo don Lope pues ser conveniente
Aquella población ir adelante ,
Para los allanar envió gente
Tal cual le parecia ser bastante :
Fué Antonio Cordero por teniente,
Cursado para cargo semejante ;
Eran ciento y setenta los soldados,
De cosas necesarias pertrechados .

La ciudad en llegando fué trazada ,
Y las cuadras iguales en medidas ,
En parte rasa bien acomodada
Y con buenas entradas y salidas ;
La población Sant Angel fué llamada
Por causas que no tengo conocidas ;
Buscaron hombres destas vecindades
Para hacer con ellos amistades .

Pero primero que saliesen fuera
A descubrir los bárbaros avaros,
Hicieron un buen fuerte de madera,
Con bastiones, trincheas y reparos,
Pues á causa de ser gente guerrera
Pudieran los descuidos costar caros;
Y esto hecho salieron á buscarlos
Con copia de peones y caballos.

Salió Sorli, cacique conocido,
Con mucha gente bien apercebida;
El capitán Cordero que lo vido
A concierto de paces lo convida;
Sorli también acepta su partido,
Sin poner dilacion en su venida,
Y así con un mozo de bien ladino
Se dieron relacion de su destino.

Diciendo que en pasados desatinos
Los españoles no paraban mientes,
Antes serian mansos y benignos,
Como no fuesen indios imprudentes;
Porque venian para ser vecinos,
Amigos verdaderos y parientes,
Y con determinados presupuestos
De no selles pesados ni molestos.

Los indios estuvieron muy atentos
Notando las pacíficas razones,
Y aunque fuesen contrarios sus intentos
Correspondieron á sus opiniones:
En efecto, volviéronse contentos
Y agasajados con algunos dones
De rescates que tienen por ganancia
Y no son cosas ellas de substancia.

Otros también vivieron de buen arte,
Con cantidad de indios de rebaño,
A ver nuestra bandera y estandarte
Usando de la paz mas de medio año,
Sin que la una ni la otra parte
Se desmandase ni hiciese daño;
Pero cosa no dan de su cosecha
Que con paga no sea satisfecha.

Y al tiempo de poner en astillero
El reconocimiento y obediencia,
En prisiones llevaron al Cordero
Por provision desta real audiencia;
Gran desavio fué, pero primero
Nombró por capitán en su tenencia
Un Cristóbal Fernandez de Sanabria,
Natural de las islas de Canaria.

Y viendo ser el general absente,
Teniendo por incierta su venida,
Huyóseles de noche mucha gente
Sin poder estorballes la salida;
Y así quedaron poco mas de veinte
No menos deseando la partida,
Pero púsose grande diligencia
En no les consentir hacer ausencia.

Mas como por don Lope se supiese
Que le llevaron preso su caudillo,
Envio luego para que lo fuese
A su hijo don Alonso Carrillo.
A ninguno pesó de que viniese,
Y el pueblo se holgo de recibillo,
Porque todos estaban descontentos
Y no menos medrosos que hambrientos.

Padeciase miserable vida,
Pues cualquier indio se les desacata,
Y quien antes vendia la comida
Ya no la daba cara ni barata;
Andaba la vergüenza despedida,
El fiero presto, pronta la bravata,
Menosprecios aliende de los fieros,
Y aun mataron algunos compañeros.

Diéronle larga cuenta del aprieto,
Que fué de mas desgusto que se intima,
Y la dificultad de ver subyeto
A bárbaro que tanto los lastima;
Mas don Alonso como muy discreto
Y mozo valeroso los anima,
Pues para levantar á los caidos
Hirió desta manera sus oidos:

«Señores, la necesidad presente
Y el blanco donde va vuestro deseo,
No quiero consentir que se me cuente,
Pues por mis propios ojos yo lo veo,
Y sabe Dios lo que mi alma siente
Viendo tan pocos en tan buen empleo,
De donde me parece ser afrenta
El querer alijar sin ver tormenta.

»Y puesto caso que veais alguna,
No por eso tengais desconfianza:
Que cuando su furor mas importuna
Lo suele mitigar cristiano lanza,
Y nunca duró tanto la fortuna
Que no venga tras ella la bonanza;
Demás de que también hay parentesco
Que me envíe soldados de refresco.

»Entre tanto los que se sienten buenos
Estén á todas horas vigilantes,
Que no digo nosotros, pero menos,
Para se defender serán bastantes,
Aunque vengan aquestos campos llenos
De grandes estaturas de gigantes;
Pues para confundir bárbaro marie
Está la voz de Dios de nuestra parte.

»Aquesta es la principal ayuda;
Y teniendo propicios sus favores,
¿Qué nos pueden hacer gente desnuda,
Que no quedemos siempre por mejores?
Ninguno de vosotros tenga duda
De ser en los encuentros vencedores;
Pues bien sabéis ser sus antiguos modos
Viendo caido uno huir todos.

»Y pues en el mayor inconveniente
Fuesteis tan valerosos y constantes,
Agravio me haceis si yo presente
No fuerdes todos lo que fuestes antes;
Pues yo no tengo de volver la frente,
Antes, adonde todos sois atlantes,
Sin ser el compañero que no nombro,
A vuestro peso suporné mi hombro.

»Cerca del galardón ternáse cuenta
Con aquellos que han permanecido,
Asegurándoles la mejor renta
De todo cuanto fuere repartido;
Pues este poco número sustenta
La tierra que los otros han perdido,
Y es razon que donde ella no fallece
Lleve buen galardón quien lo merece.

»Así que, pues el duelo padecido
Ha de ser olvidado con ganancia,
A todos amigablemente pido
Se perfeccione la perseverancia;
Que para mejorar vuestro partido
En mí no faltará toda constancia,
Como después vereis por el efeto,
Con mas ventaja de lo que prometo.»

Dijo su voluntad, y los soldados
Que estaban en aquel ayuntamiento
Quedaron satisfechos y pagados
De ver aquel urbano cumplimiento,
Y por las mismas causas obligados
A no le dar jamás desabrimiento,
Y tan feroz la minina bandera
Como si se hallara muy entera.

Y así por muchos dellos se procura
Dejar algunas horas sus abrigos,
Con quien el don Alonso se aventura
A contrastar algunos enemigos,
Donde de su valor en guerra dura
Los unos y los otros son testigos;
Y también en el bélico teatro
Murieron en los suyos tres ó cuatro.

Mas ya ganando tierra, ya perdiendo,
No holgaban espadas ni paveses,
Cuotidianamente recorriendo
Rancherías de indios y conveses;
Y en esta variedad que voy diciendo
Se gastarían tres ó cuatro meses,
Al cabo de los cuales el Cordero
Volvió libre y al cargo que primero.

Don Alonso holgó con su venida,
Y porque conyenta que se parla,
En orden puso luego su partida
Para la ciudad de Santa Marta;
Y como por la falta de comida
La gente se ballaba no bien harta,
El Cordero quisiera salir fuera
A recoger maiz por la frontera.

Pero venia muy debilitado
A causa de continua calentura,
Y así para vivir le fué forzado
Irsé donde pudiese hallar cura,
Quedando por caudillo señalado
Sanabria, que por tierra mal segura
Fué con los diez y ocho desta gente
A ver y ranchear aquella frente.

Aqueste capitán, sin advertencia
Las rozas y labranzas les estraga,
Aprovechándose con violencia
De lo que no quisieran dar sin paga;
Vase llegando su fatal sentencia
Que con acerbo golpe les amaga;
Y en cierto pueblo que llamaban Ancho
Quisieron una noche hacer rancho.

Donde dormían, vela tienen puesta
Y ronda de caballo con su lanza;
Mas á los miserables, ¿qué les presta
Velarse de tan áspera pujanza?
Fuéales la huida mas honesta
Que loca y atrevida confianza,
Porque gente terrible de pelea
Por todas cuatro partes los rodea.

La noche por igual peso partida.
Y al tiempo que la lumbre de Diana
Fué de aquel hemisferio retraída
(Seria por no ver sangre cristiana
Por mano de los bárbaros vertida),
Rodearon la gente castellana,
En el acometelles tan á punto,
Quel peligro y el miedo llegó junto.

Corre los campos anchos són horrendo,
Estiéndese la grita y el ruido;
Pero mayor la obra quel estruendo
Y mas grave la plaga quel gemido,
Vanse los españoles consumiundo,
Y es de contrarios número crecido
Y tan apresurada la rencilla,
Que falta huelgo para resistilla.

Bien como nave cuando le sacude
Por una y otra parte la refriega,
Que para tener término que ayude
No se le da lugar al que navega,
Antes cuanto mas agua mas acude
Hasta que la zozobran y se aniega,
Y aquella presurosa desventura
Fué la que les sirvió de sepultura:

Ansi fué huracán no menos ciego
Aqueste mal, y tan impetuoso,
Que para poder entablar el juego
Nunca se les dió punto de reposo;
Pues acudían unos y otros luego,
Sin cesar el estrago presuroso,
Hasta que todos en aquel combate
Ovieron triste fin y mal remate.

Y en aquellos nocturnos desconciertos,
Comun fué para todos el engaño,
Porque vieron también pechos abiertos
Y rotos los que nunca rompen paño;
Pero fueron sus números de muertos
Muy pocos en razon del otro daño;
Y cuando sucedió la mala suerte
Ocho solos quedaban en el fuerte.

Los cuales como viesan la tardanza
Y no venir al tiempo prometido,
Adivinaron luego la matanza
Y que todos habían perecido;
Perdieron de vivir el esperanza
Y cada cual se tuvo por perdido:
Diez mujeres habia que con llantos
Mucho mas aumentaban los espantos.

Esperaban por horas el rebato
De parte de la gente monstruosa;
Y estando con el tímido recato
Con que suele vivir la sospechosa,
Llegó de las marinas el mulato
Que se dice Juan Perez de la Rosa,
Al cual agasajaron aunque solo,
No menos que si fuera dios Apolo.

Este, como no vió mejor portillo
Para poder salir del labirinto,
Hizo que se nombrase por caudillo
Un cierto portugués, Salvador Pinto,
Y de cuantos están en el castillo
Ninguno tuvo parecer distinto,
Sino que cada cual quedó contento
De se hacer en él el nombramiento.

Y para que mas bultos pareciesen,
Viendo cuán pocos eran, el Juan Perez
También aconsejó que se vistiesen
En hábitos de hombres las mujeres,
Y así se les mandó que lo hiciesen
Teniéndolos por buenos pareceres;
E ya cubiertas de viriles telas
Les dieron sus espadas y rodela.

Las cuales bien armadas, como vian
En trajes usurpados sus personas,
Tal furor les tomó, que presumian
De ser otras segundas Amazonas,
Y en la postura con que se movian
Todas eran Minervas ó Belonas,
Y el riesgo de los riesgos mas acedo
Abuyentaba femenino miedo.

Tenian un caballo los cristianos,
Para socorro deste su trabajo,
Manco de todos cuatro piés y manos,
Y los cuadriles hechos un andrajó;
Cubren con armas pues sus pelos canos
Para que les sirviese de espantajo,
Encima dél, no mas que para carga,
Un español con lanza y con adarga.

Estando cada cual apercebido
Certisimos del bárbaro bullicio,
Vieron venir un indio mal herido
De los quellos tenían de servicio;
Este dentro del fuerte recebido
Les dió de sus sospechas mas juicio,
Diciendo cómo grande compañía
Habia de venir siguiente dia.

«Y para certidumbre, dijo, sea
Aviso, que vereis por la mañana
Un bárbaro con una hicootea
Y señales de paz, pero no sana,
Pues su venida es para que vea
Y cuente bien la gente castellana;
No le dejeis entrar, estése fuera,
Y aun si posible fuere luego muera.

»Esto me fué notorio, porque yendo
A casa de Sorli para holgarme,
Oí las tramas y escapé huyendo,
Porque su voluntad era matarme;
Viniéronme con flechas persiguiendo,
Pero nunca pudieron alcanzarme,
Sino fué con los tiros, y Dios quiso
Darme la vida hasta dar aviso.»

Dados estos avisos á quien toca
Guardallos en peligros semejantes,
La vida del ladino fué muy poca
Por ser las mas heridas penetrantes:
El gran temor á vela los provoca,
Y así todos estaban vigilantes.
Hasta tanto quel sol dia siguiente
Los visitó con su dorada frente.

Miran, y ven venir por aquel llano
Al que enviaban para los acechos,
Y con las hicooteas en la mano
A los nuestros llevó pasos derechos;
Mas el Juan Perez viéndolo cercano
Con una bala le rompió los pechos;
Cayó luego con un terrible grito
Que oyeron los que vienen al confito.

Por estar ya cercanos á los muros,
Porque el muerto tomó la delantera
Con intenciones de hacer seguros
A los que tienen relacion entera,
Y usando la cautela de sus juro
Armales so color de paz sincera,
Y los demás guiaban tras sus huellas
A repentinamente dar en ellos.

Pensando de hallar lugar abierto
Por do la fortaleza se destruya,
Mas no permitió Dios que tal concierto
Con daño de los nuestros se concluya,
Pues el falace bárbaro fué muerto
Y estotros no salieron con la suya;
Pero reconociendo ser sentidos
Descúbrense con grandes alaridos.

Y sale la caterva de salvajes
Con posturas feroces y galanas,
Las cabezas vestidas de plumajes,
Arcos, flechas, y dardos y macanas,
Saltos y brincos, gestos y visajes,
De que suelen usar gentes insanas;
Mas no van tan derechas sus derrotas
Que no tengan temor de las pelotas.

Con cuyo miedo tiemblan los insultos
Y para les entrar no hacen prueba,
Sospechando segun vian los bultos
Habelles socorrido gente nueva
Y que tenían muchos mas ocultos
De aquellos do Sorli la vista cebo;
Descúbrase también por el cercado
Aquel caballo bien encubertado.

Un español,alzada la visera,
Encima dél, con armas bien cubierto,
No para confialle la carrera,
Pues demas de sus males era tuerto,
Y en meneo y en paso de manera
Que sin mas lo matar estaba muerto;
Pero con todo esto fué tan bueno,
Que sin lo tener él les puso freno.

Porque viendo blandir aquella lanza
Y en la cerca soldados mentirosos,
Sospechando tener mayor pujanza,
Han por bueno volver a sus reposos;
Y los que no tenían confianza
Quedaron por industria victoriosos;
Y al partir la canalla les decía:
«Por acá nos ternéis á tercer día».

Estando con temor desta tormenta,
Antes de ser los tres días cumplidos
Volvió Cordero con soldados treinta
De todas armas bien apercebidos,
Diósete á los indios larga cuenta,
Cerca de los que son recién venidos;
Y así vistas las nuevas municiones
No procedieron en sus intenciones.

A la gente con él recién venida
Como perder el tiempo les escuece,
Y demas de lo dicho la comida
Es tal que ni se asa ni se cuece,
Huyeron, y después de la huida,
Cordero se quedó con solos trece,
Con los cuales también quiso mudarse
Viendo que no podía sustentarse.

Porque le parecía ser mal seso
Permanecer en tales confusiones,
Como faltaba gente de buen peso
Que resistiese bárbaras naciones;
A Santa Marta fué, y estuvo preso,
Porque desamparó las poblaciones,
Pero dió sus descargos por escrito,
Y así disimularon el delito.

Don Lope tuvo vivos los aceros
Para hacer aquella gente blanda;
Y así convocó muchos compañeros
De que se hizo razonable banda;
Por capitán un Melchior Rieros
Que tuvo por acepta la demanda,
El cual entró también con los de España,
Y á los principios dióse buena maña.

Porque prendieron veinte principales
Y á todos los pusieron en cadena,
Entrellos á Sorli, que de los males
Pasados merecia mayor pena;
Estragaron sus casas y caudales
Procurando hacer la bolsa llena,
Y puestas en collera tantos cuellos
A la ciudad de Ancho van con ellos.

Repararon allí, por ser asiento
De cosas necesarias abundante,
Y porque si tuviesen rompimiento
Tuviesen lugar ancho y elegante;
Y es donde vió también su fin sangriento
Cristóbal de Sanabria y el restante,
Y allí venian indios desarmados
A ver á los que estan aprisionados.

Y un día segun tienen de costumbre
Entraron donde estaban con Rieros,
Con muestras de quieta mansedumbre,
Desarmados, alegres, placenteros;
Pero cargó tan grande muchedumbre
Que fatigó cristianos compañeros,
Y el mulato Juan Perez de la Rosa
Dijo: «No juzgo yo bien desta cosa».

«Señor Rieros, mucha gente carga;
Bueno será que nos salgamos fuera
Do tengamos compás de plaza larga,
Que gran zagalagarda nos espera,
Y será menester lanza y adarga
Antes que nos santigüen la mollera.»
El Rieros con áseros vocablos
Respondió: «Los con todos los diablos».

«Que vos con vuestros miedos indiscretos,
Sin qué ni para qué tengais sospecha,
Quereis alborotar pechos quietos
Á fin de quebrantar las paces hechas,
Viñiendo todos ellos mansuetos
Sin macanas, sin arcos y sin flechas.»
Juan Perez de la Rosa quedó mudo,
Y salióse lo mas presto que pudo.

Poco después, un indio cimiteño,
Entre la muchedumbre recogido,
Un pato recogió nada cimbreño
Por modo tan sagaz que no se vido;
Y en un instante con el grueso leño
A Rieros le dió tras el oido,
Con tal vigor que dió con él en tierra
Dando principio de sangrienta guerra.

Porque en el mismo punto cada uno
Eso que puede ver toma y apaña
Con que pudiese ser mas importuno
Y dar mejores cebos á su saña;
No queda indio uno ni ninguno
Que no dé gran calor á la cizaña,
Tiembra la tierra con los duros huellos;
Barren el suelo barbas y cabellos;

Vuelan sobrellos piedras y tizonas,
Echando mano de lo que se halla;
Andan los puntapiés y mojicones,
Suena la grito y arde la batalla;
Crece por las cabezas torondones,
No vale morrion ni presta malla;
Aqui se desmenuzan las rodellas,
Aqui derriban dientes y allí muelas.

Echan mano de cepas y raíces;
Sácanse varas de las casas viejas;
Unos andan torcidas las cervices,
Otros destilan sangre de las cejas;
Los unos ahajadas las narices,
Los otros arrancadas las orejas;
Ningunos golpes hay que no segunden,
Y todos se revuelven y confunden.

Bien como cuando dos mozos livianos
Echan en plaza mano á las espadas,
Que los tios, los primos, los hermanos,
Con piedras, palos y armas enastadas,
Acuden á meter allí las manos
Y sobre todos cargan cuchilladas
Y en la revolucion y desconcierto
Uno queda herido y otro muerto:

Ansí por no temer primer encuentro
Y en los principios ser mal avisados,
De los cristianos en aquel recuento
Y de los indios hay descalabrados,
Y los que se hallaron mas adentro
Aquesos fueron los peor librados,
Porque los otros como gente suelta
Señores de sí son en la revuelta.

Echó mano Juan Perez el mulato
Diciendo con airado movimiento :
« Bien me temia yo deste rebato ;
; A ellos , que se van del aposento ! »
Acuden todos , y en pequeño rato
Murieron de los indios mas de ciento ;
Desamparan el pueblo los restantes ,
Mas no todos tan sanos como antes.

Pues en retorno de sus malos hechos
No pocos llevan fieras cuchilladas :
Unos rompidos parte de los pechos ,
Otros con las espaldas coloradas ,
Otros iban torcidos y contrechos
Huyendo de las lanzas afiladas ,
A causa del caballo que va encima
Y con pena de muerte los lastima.

Ejecutándose la misma pena ,
Sin tener antes tales intenciones ,
En aquellos que estaban en cadena
Y por quien fueron las revoluciones ,
Porque la turbamulta tal ordena ,
A fin de los librar de las prisiones ;
Y aquello que tomaron por remedio
Fué causa de quitillos de por medio.

Entrando pues do fueron los rúidos
Dejando de seguir al fugitivo .
Hallaron veinte suyos mal heridos
Con el Riéros todavía vivo ,
Aunque cuasi perdidos los sentidos
Para reconocer su mal motivo ;
Mas él y los demás con los escesos
Molidas las entrañas y los huesos.

Y así de todos estos que lastaron
El impetu primero de la gente ,
Los seis ó siete dellos escaparon
Y los demás murieron brevemente .
Yendo por el camino que llevaron
Al pueblo del Upar incontinentemente ,
Porque les pareció ser desatino
Querer esperar otro remolino .

Aderezado pues cristiano bando ,
En efecto se puso la partida
Por derecha derrota caminando
Hasta tanto que vieron la guarida ;
Llegó vivo Riéros , y en llegado
Partió de los peligros desta vida ,
En la ciudad llamada de los Reyes ,
Con diligencias de cristianas leyes .

Esta , lectores , es la postrimera
Cosa que sé decir de Santa Marta ,
De casos sucedidos en mi era
Y donde padecí congoja harta ;
Y porque tengo larga la carrera
La misma Marta dice que me parta
A la solicitud de lo que resta ,
Y la segunda parte será esta .

Segun primera traza , yo quisiera
Tractar también aquí de Cartagena ,
Y por ser esta mas que la primera
Aquel orden que di se desordena :
Allí comenzaremos la tercera ,
Y no creo será la menos llena ,
Pues las cosas en ella sucedidas
No pueden ser en poco resumidas .

De hechos venderos soy exento ,
Los cuales siendo dignos de memoria
Otros habrá de muy mejor talento
Que hagan dellos general historia ;
Y aunque la suya sea de momento ,
No se terná la mía por escoria ,
Por ser el fundamento de la casa ,
Y aquella chapitel y aquesta basa .

También con gran instancia le suplico
A quien en Santa Marta residiere ,
Que si deste principio que publico
En algun tiempo sus hazañas viere ,
Y se sintiere con talento rico ,
Sobré el asiento lo que mas oviere ,
Y sea con tan pura y verdadera
Relacion como fué nuestra primera .

Pues sin fantasear vanos concetos ,
Segun suelen cursados y novicios ,
Aquellos indios son tan inquietos
Y tan acostumbrados á bullicios
Que le darán materias y subyelos
Para fabricar altos edificios
Sin enjeriles fábulas inciertas
Que yo quiero llamallas obras muertas .

LAUS DEO.

Salid, historia fiel,
Compuesta de verdad pura,
Y donde vierdes laurel
Tened á muy gran ventura
Que os dejen llegar á él.
Conviene que lo adoreis,
Pero no que os coroneis
Con él, porque sois indios,
Aunque coronia de encina
Yo sé que la mereceis.

